BIZANCIO



El imperio que hizo posible la Europa moderna

JUDITH HERRIN

Durante mil años un extraordinario imperio hizo posible que Europa alcanzara la modernidad: Bizancio. El Imperio bizantino fue una sociedad audaz y resistente que combinaba, por un lado, la fe ortodoxa con el paganismo y, por el otro, la sabiduría clásica griega con el poder romano, para producir una civilización tan dinámica como poderosa, que plantó cara durante siglos al islam.

La fascinante obra de Judith Herrin descarta el enfoque cronológico de las historias habituales de Bizancio para dedicar cada uno de los capítulos a un tema concreto, como la arquitectura (con la construcción de Santa Sofía de Constantinopla), un conflicto religioso (la iconoclasia), sexo y poder (el papel de los eunucos), un personaje extraordinario (la historiadora Anna Kommene), un símbolo de la civilización (el tenedor) o una guerra expansiva (las cruzadas). Así logra una historia más amena y accesible del imperio desde la fundación de su magnífica capital, Constantinopla (el actual Estambul), en 330 hasta su caída ante los turcos otomanos en 1453. Un panorama fascinante y detallado de las fuerzas y creencias vigentes durante el milenio medieval, este libro es también una contribución original a las obras de historia. Presenta los resultados de muchas investigaciones recientes, al tiempo que recrea la vida de Bizancio para el público general. Escrita en la tradición de la Ilustración, por fin acaba con los estereotipos y las caricaturas de la pasividad y la decadencia de Bizancio que popularizaron Montesquieu, Voltaire y Gibbon.

Judith Herrin

Bizancio

ePub r1.0
Un_Tal_Lucas 21-03-2018

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Byzantium*
Judith Herrin, 2007
Traducción: Francisco J. Ramos Mena
Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2018
Conversión a pdf: FS, 2020

A Tamara y Portia, quienes también se preguntaban: ¿qué es Bizancio?

Lista de ilustraciones

Los créditos de las fotografías se mencionan entre paréntesis.

13. Karanlik Kilise, fresco interior con tenedor (copyright © Dick Osseman).
14. Placa de marfil representando a Jesucristo, siglo X, Museo de Cluny, París (copyright © Bridgeman Art Library).
15. Miniaturas del Salterio Jludov, siglo IX (copyright © M. V. Shchepkina, *Miniatiury Khludovskoi Psaltyri*, Moscú, 1977).
16. Santa Sofía desde el mar (copyright © Dick Osseman).
17. Mosaico de Zoé y Constantino IX flanqueando a Jesucristo, Santa Sofía (copyright © Dumbarton Oaks, Image Collections & Fieldwork Archives, Washington).
18. Santa Sofía, interior desde la galería occidental (copyright © Dumbarton Oaks, Image Collections & Fieldwork Archives, Washington).
19. Mosaico de la emperatriz Teodora, San Vitale, Ravena (copyright © Bridgeman Art Library).
20. Mosaico del emperador Justiniano, San Vitale, Ravena (copyright © Bridgeman Art Library).
21. Icono de Jesucristo, Santa Catalina, monte Sinaí (copyright © Sagrado Monasterio de Santa Catalina, monte Sinaí, reproducido con la amable autorización del monasterio).
22. Monedas de oro de Constantino I y Basilio II (copyright © The Henry Barber Coin Collection, Universidad de Birmingham).
23. Cáliz de Romano II, Tesoro de San Marcos, Venecia (copyright © Bridgeman Art Library).
24. Pendiente, siglo VI o VII, Museo Benaki (copyright © Museo Benaki, Atenas).
25. «Fuego griego», de la *Crónica* de Juan Skylitzes

(copyright © Biblioteca Nacional de España, Madrid, reproducido con la amable autorización de Miletos Press Archive, Atenas).

26. Mosaico de Teodoro Metoquites, monasterio de Chora, Constantinopla (copyright © Dumbarton Oaks, Image Collections & Fieldwork Archives, Washington).
27. El «Triunfo de la Ortodoxia», *c.* 1400, icono (copyright © The Trustees of the British Museum).
28. Frontispicio del Salterio de Basilio II, *c.* 1000 (copyright © Biblioteca Nazionale Marciana, Venecia).
29. Basílica de San Marcos, fachada oeste (copyright © Bridgeman Art Library).
30. Dos de los cuatro caballos clásicos de bronce erigidos en la fachada oeste a partir de 1204 (copyright © Courtauld Institute, Londres).
31. Monasterio de San Lucas, Steiris, Grecia central (copyright © Judith Herrin).
32. Teófilo y la viuda, de la *Crónica* de Juan Skylitzes (copyright © Biblioteca Nacional de España, Madrid, reproducido con la amable autorización de Miletos Press Archives, Atenas).
33. Monasterio de Chora, Constantinopla (copyright © Courtauld Institute, Londres).
34. Monasterio de la Virgen, Dafni, Grecia central (copyright © Judith Herrin).
35. Arta, iglesia de la Parigoritissa, exterior (copyright © Lioba Theis).
36. Iglesia de la Parigoritissa, interior (copyright © Lioba Theis).
37. Mistra, la ciudadela (copyright © Judith Herrin).
38. Libro de Job, copiado por Manuel Tzykandeles,

probablemente en Mistra *c*. 1362 (Biblioteca Nacional de Francia, París, copyright © Bridgeman Art Library).

39. Juan VI Cantacuceno presidiendo el concilio de 1351, *c*. 1370-1375 (Biblioteca Nacional de Francia, París, copyright © Bridgeman Art Library).
40. Manuel II Paleólogo y su familia, manuscrito del Seudo-Dionisio (Museo del Louvre, París, copyright © Bridgeman Art Library).
41. Dioscórides, *De materia medica*, «La fabricación del plomo», de una traducción árabe de 1224, copiada por Abd Allah ibn alFadl (Museo del Louvre, París, copyright © Bridgeman Art Library).

Ilustración del apartado *Conclusión*: Reloj de sol flanqueado por pavos reales, iglesia de Skripou, Grecia central, 873-874 (copyright © Judith Herrin).

Lista de mapas

Introducción

Una historia de Bizancio distinta

Una tarde del año 2002, dos trabajadores llamaron a la puerta de mi despacho en el King's College de Londres. Estaban haciendo reformas en los edificios, ya obsoletos, y habían pasado varias veces por delante de mi puerta, donde un letrero rezaba: «Catedrática de historia bizantina». A ambos se les ocurrió detenerse y preguntarme: «¿Qué es la historia bizantina?». Imaginaban que tenía algo que ver con Turquía.

De modo que me encontré tratando de explicar brevemente qué es la historia bizantina a dos serios albañiles ataviados con cascos y gruesas botas. Mis numerosos años de docencia no me habían preparado para ello. Intenté resumir toda una vida de estudio en una visita de diez minutos. Me dieron las gracias calurosamente, me dijeron lo curioso que les resultaba eso de Bizancio, y me preguntaron por qué no escribía sobre el tema para ellos. Para alguien dedicado precisamente a publicar textos sobre Bizancio, su comentario parecía fuera de lugar, pero, obviamente, yo sabía a qué se referían. Continuamente se escriben libros sobre historia bizantina; demasiados para enumerarlos y la mayoría de ellos demasiado largos para leerlos. A menudo describen la sucesión de 90 emperadores y alrededor de 125 patriarcas de Constantinopla, junto con innumerables batallas, en predecibles categorías de actividad política, militar y religiosa, ininterrumpidamente a lo largo de mil cien años. Pocos de ellos son lo bastante atractivos como para captar el interés de los trabajadores de la construcción, o, seamos sinceros, de prácticamente nadie que no sea especialista en la materia. Así pues, empecé a elaborar una respuesta a la pregunta de «¿Qué

es la historia bizantina?».

De inmediato me tropecé con dificultades: daba demasiadas cosas por supuestas, no podía resistirme a la anécdota abstrusa […] Sin embargo, yo siempre me había enorgullecido de ser capaz de hacer la historia bizantina interesante para el público no familiarizado con ella. Mientras buscaba un método, era consciente de que, durante su largo milenio de existencia, Bizancio poseía suficientes aspectos llamativos, chocantes y trágicos como para atraer la atención de quienes buscasen el sensacionalismo. Pero ello reduciría su historia a una serie de episodios dramáticos sin profundidad, desluciendo toda la experiencia. Bizancio significa algo más que riqueza, dominio del mar y ejercicio del poder imperial. Yo quería que ellos, y usted, lector, percibieran por qué Bizancio resulta también difícil de captar y de situar, y por qué también puede ser oscura. A esta dificultad viene a añadirse el uso que hace la prensa contemporánea del término «bizantino» en su acepción peyorativa, por ejemplo, en expresiones tales como «regulaciones tributarias de una complejidad manifiestamente bizantina» (mencionada en una reciente descripción de las negociaciones en el ámbito de la Unión Europea).

Bizancio evoca la imagen de una opaca duplicidad: complots, asesinatos y mutilación física, por una parte, junto con una excesiva riqueza, acompañada de oro y joyas refulgentes, por la otra. Durante la Edad Media, sin embargo, los bizantinos no tuvieron precisamente el monopolio de la complejidad, la traición, la hipocresía, la oscuridad o las riquezas. Dieron lugar a un gran número de inteligentes líderes, brillantes generales militares e innovadores teólogos, ampliamente difamados y calumniados por los mencionados estereotipos «bizantinos». No crearon ninguna Inquisición, y por regla general se abstuvieron de quemar a las personas en

la hoguera. Pero hay un misterio asociado a ese mundo «perdido» que resulta difícil de definir debido, en parte, a que carece de un heredero moderno. Permanece todavía oculto tras las glorias de su arte medieval: el oro, los mosaicos, las sedas y los palacios imperiales.

Para explicar mi valoración de Bizancio, en este libro pretendo exponer sus aspectos más destacados de la forma más clara y convincente posible, revelando las estructuras y mentalidades que lo sostenían. Con ello deseo mantener el interés del lector hasta el final, de modo que sienta que ha llegado a conocer una nueva civilización. Por encima de todo, quisiera que entendiese que el moderno mundo occidental, que se desarrolló a partir de Europa, no podría haber existido de no haber tenido que protegerse frente a lo que ocurría más al este, en Bizancio, al tiempo que se inspiraba en ello. También el mundo musulmán constituye un importante elemento de esta historia, como lo es la relación de amor-odio entre el cristianismo y el islam.

¿Cuáles son los rasgos clave de esta importante, por más que poco conocida, historia? En primer lugar, Bizancio fue una civilización milenaria que influyó en todos los países del Mediterráneo oriental, los Balcanes y Europa occidental a lo largo de toda la Edad Media. Desde el siglo VI hasta el XV, dicha influencia tuvo algunos altibajos, pero fue constante. Su civilización integró componentes paganos, cristianos, griegos, romanos, antiguos y específicamente medievales. Sus influencias artísticas y culturales se reconocen hoy como un legado duradero. Pero, además, diversos aspectos fundamentales del gobierno, tales como el desarrollo de una corte imperial con un servicio diplomático y una burocracia civil, así como el ejercicio del poder político por parte de la mujer, se desarrollaron en Bizancio.

La grandeza de Constantinopla, en el centro de un vasto imperio, con un sistema heredado de gobierno imperial, y la serie de fuentes que la inspiraron, se combinaron para dar una enorme confianza tanto a gobernantes como a gobernados. Es importante subrayar este aspecto de Bizancio. En la época del emperador Justiniano (527-565), las estructuras que sustentaban el imperio tenían ya doscientos años, y se hallaban tan firmemente consolidadas que parecían inamovibles. Habían creado una cultura firmemente arraigada que bebía de fuentes de la antigua Grecia y precristianas, así como de ideas romanas y cristianas, tanto de cariz ideológico como práctico (por ejemplo, argumentos filosóficos y fortificaciones militares). Todo el sistema era celebrado en la retórica imperial y exhibido en el arte imperial, que aspiraban a elevarlo a una permanencia imperecedera. Por muy vacuos que fueran los sentimientos expresados, estos vinieron a confirmar y agrandar la confianza en sí mismos de los emperadores bizantinos, de sus cortesanos y de sus más humildes súbditos. Proporcionaron el sustrato sobre el que se asentaría la excepcional capacidad de Bizancio para responder a los graves desafíos del siglo VII, luego del XI y, de manera más espectacular, de 1204. En cada una de estas ocasiones, Bizancio fue capaz de adaptarse y reformarse haciendo uso de esas profundas estructuras heredadas que se combinaban en una rica conciencia de tradiciones.

En ese sentido, la cultura bizantina encarna la noción de *longue durée* («largo plazo») del historiador francés Fernand Braudel: sobrevive a las vicisitudes de los gobiernos cambiantes, las nuevas modas o los avances tecnológicos, una herencia constante que tanto puede aprisionar como inspirar. Aunque Braudel aplicaba esta idea más bien a los factores geográficos que determinaban la historia del Mediterráneo,

nosotros podemos adaptarla para diferenciar la cultura bizantina de las de sus vecinos. Y ello porque, a diferencia de otras sociedades medievales tanto de Occidente como del mundo musulmán, en los tiempos de Carlomagno y de Harun al-Rashid, en el año 800 de nuestra era, Bizancio tenía ya muchos siglos de antigüedad, y la estructura de su cultura representaba tanto una limitación como una fuente de fortaleza. De hecho, y como veremos, ya nació dotada de dicha antigüedad, importando en su capital, en el momento de su construcción, la autoridad de una arquitectura y una estatuaria que ya eran antiguas. Su marco cultural establecido, condenado por conservador o elogiado por tradicional, proporcionaba un sentimiento compartido de pertenencia que era conmemorado de maneras peculiares y cambiantes, todas ellas consagradas a la mayor gloria de Bizancio. Ello creaba un patrimonio flexible que se revelaría capaz de reaccionar, a menudo con gran determinación, de cara a potenciar, preservar y sostener al imperio a través de numerosas crisis.

La identidad imperial de Bizancio se veía fortalecida por una continuidad lingüística que vinculaba a sus eruditos medievales a la antigua cultura griega, al tiempo que los alentaba a preservar los textos de los grandes filósofos, matemáticos, astrónomos, geógrafos, historiadores y médicos, copiándolos, editándolos y comentándolos. Sobre todo, Bizancio apreció especialmente los poemas de Homero, y produjo las primeras ediciones críticas de la *Ilíada* y la *Odisea*. Aunque las representaciones teatrales públicas se fueron extinguiendo, las obras de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes eran cuidadosamente estudiadas y a menudo aprendidas de memoria por varias generaciones de colegiales, que estudiaban también los discursos de Demóstenes y los diálogos de Platón. Así se incorporó a Bizancio un importante

componente de la antigua sabiduría pagana.

Esta antigua herencia se combinó con la creencia cristiana, que poco a poco vino a reemplazar a los cultos de los dioses paganos. Bizancio alimentó las primeras tradiciones monásticas cristianas en montañas sagradas como el monte Sinaí y el monte Athos, donde las enseñanzas espirituales siguen inspirando a monjes y peregrinos. Acometió la conversión de los búlgaros, serbios y rusos al cristianismo; de ahí que hoy gran parte de los Balcanes todavía esté salpicada de iglesias ortodoxas decoradas con frescos e iconos medievales. Y mantuvo el contacto con los centros cristianos que en el siglo VII pasaron a estar bajo el control musulmán, respaldando a los patriarcas de Jerusalén, Alejandría y Antioquía, además de otras comunidades aún más distantes como las iglesias de Etiopía y Sudán, Persia, Armenia y Georgia.

Empleando la tecnología y las técnicas de ingeniería que había heredado de Roma, Bizancio siguió construyendo acueductos, fortificaciones, carreteras y puentes, además de enormes construcciones como la iglesia de la Sagrada Sabiduría, Santa Sofía de Constantinopla, que todavía exhibe su enorme estructura del siglo VI, coronada por la mayor cúpula jamás construida hasta que se erigió la de San Pedro en Roma, mil años después. Esta cúpula bizantina ha sido reparada en numerosas ocasiones, pero permanece intacta, y se ha reproducido en versiones reducidas en iglesias de todo el mundo ortodoxo. Asimismo, inspiró la forma de las mezquitas cubiertas, construidas una vez que los árabes abandonaron su desértica patria, donde practicaban su culto en patios abiertos. La Cúpula de la Roca de Jerusalén fue acertadamente bautizada con ese nombre para conmemorar la ocupación musulmana de un lugar sagrado especialmente apreciado por judíos y cristianos. No solo su techo circular,

sino también sus vívidos mosaicos exhiben su origen bizantino, dado que en el siglo VII el califa Abd al-Malik le pidió al emperador bizantino Justiniano II que le enviara artesanos bizantinos para tallar las teselas de piedra y cristal de colores, que relucen cada vez que la luz incide sobre ellas. También es posible que fuesen ellos quienes colocaran la inscripción del Corán, de 240 metros de longitud, que rodea la base de la Cúpula, y que reza que el islam es la revelación última de Alá (Dios) y que es superior a todas las demás.

De Roma, Bizancio heredó también un sistema de leyes muy desarrollado y toda una tradición militar, que contribuirían a sustentar su larga historia. En teoría, la sociedad bizantina vivía bajo el imperio de la ley: había jueces que se formaban como tales, que cobraban un salario y que arbitraban la resolución de las disputas. A lo largo de todo el imperio, la gente llevaba sus agravios ante los tribunales y aceptaba sus juicios. Aunque las célebres legiones romanas no persistieron más allá del siglo VII, las fuerzas de combate, tanto de infantería como de caballería, eran entrenadas siguiendo los manuales militares romanos. Las estrategias de combate por tierra y por mar, las armas de asedio, los métodos para abastecer a las tropas, su armadura y vestimenta protectora: todo ello fue adaptado de una práctica más antigua. La composición del denominado «fuego griego», una sustancia sulfurosa que arde en el agua, fue siempre un secreto de Estado, y todavía hoy desconocemos la combinación exacta de sus componentes. Aunque los árabes desarrollaron un arma parecida, el fuego griego aterrorizaba a quienes no estaban familiarizados con él, tanto en las batallas navales como en los asedios a ciudades.

Bizancio se consideraba a sí misma el centro del mundo, al tiempo que consideraba a Constantinopla la sustituta de Roma. Aunque de lengua griega, se veía a sí misma como el

Imperio romano, y a sus ciudadanos como romanos. Ejerció el liderazgo sobre las comunidades de habla griega de Sicilia y el sur de Italia, que eran un producto de la antigua emigración griega. Protegió y estimuló a la vez el desarrollo de las ciudades de la costa italiana, como la Amalfi y la Venecia medievales, que vivían del comercio internacional. En su momento estos centros incluso llegarían a superar a Bizancio como núcleos económicos por derecho propio, al tiempo que desarrollarían una capacidad naval y mercantil superior. Pero su deuda con Bizancio sigue siendo evidente: puertas de bronce encargadas en Constantinopla adornan sus catedrales, que frecuentemente están decoradas también con mármoles, mosaicos e iconos de estilo bizantino. Su prosperidad nació bajo las alas del imperio.

Quizá para nosotros, hoy en día, el rasgo más significativo de Bizancio resida en su papel histórico a la hora de proteger al Occidente cristiano en la alta Edad Media. Hasta el siglo VII, Bizancio constituía, de hecho, el Imperio romano. Dominaba el norte de África y Egipto —los graneros que alimentaban tanto a Roma como a Constantinopla—, el sur de Italia, Tierra Santa, Asia Menor hasta el monte Ararat, toda la Grecia actual y una gran parte de los Balcanes. Entonces las tribus de Arabia inspiradas por la nueva religión islámica conquistaron la mayor parte del Mediterráneo oriental. Combatían en nombre de una revelación que se presentaba como la sucesora de las religiones judía y cristiana. Bizancio frenó su expansión en Asia Menor y evitó que cruzaran los Dardanelos y pudieran acceder a los Balcanes. Constantinopla resistió numerosos asedios.

La aspiración de los musulmanes de tomar Constantinopla, convertirla en su capital y apoderarse de todo el mundo romano era más que legítima. Y además era lógica. Dado que el islam afirmaba desbancar tanto al judaísmo como al

cristianismo, era natural que sus fuerzas reemplazaran a Roma y se adueñaran de las estructuras políticas del mundo antiguo. Si había que hacer caso de las ambiciones consignadas en el Corán, todo el Mediterráneo debería haberse reagrupado bajo el control musulmán. También el mundo persa de las creencias zoroástricas sucumbiría al islam. En una serie de campañas extraordinariamente rápidas y fructíferas realizadas entre 634 y 644, los hombres de las tribus árabes estuvieron a punto de alcanzar su objetivo, provocando el primer gran punto de inflexión en la historia bizantina.

Si Bizancio no hubiera detenido su expansión en 678, las fuerzas musulmanas, dotadas ahora de los recursos adicionales de la capital, habrían difundido el islamismo a través de los Balcanes, hacia Italia y Occidente, durante el siglo VII, en un momento en el que la fragmentación política reducía la posibilidad de una defensa organizada. Al evitar aquella potencial conquista, Bizancio hizo posible Europa. Dio tiempo a que las fuerzas cristiano-occidentales, que estaban divididas en pequeñas unidades, pudieran desarrollar su propia fortaleza. Cien años después de la muerte del profeta Mahoma (que había acontecido en 632), Carlos Martel derrotó en la Francia central, cerca de Poitiers, a los invasores musulmanes procedentes de España, forzándolos a retroceder hasta los Pirineos. La naciente idea de Europa adquiriría una forma concreta bajo el mandato del nieto y homónimo de Carlos, «Carlos el Grande». Carlomagno y sus sucesores librarían sus propias batallas y serían responsables de crear su propia Europa.

Durante la Edad Media, la mayoría de los eclesiásticos y gobernantes occidentales fueron conscientes, aunque fuera de una manera vaga, de la existencia de una civilización cristiana de Bizancio en Oriente. A pesar de que Bizancio controlaba

un imperio mucho menor que Roma en su apogeo, entre los siglos VII y XV este estado medieval desarrolló nuevas formas políticas y culturales. Combinó diferentes facetas de su pasado para forjar una nueva civilización medieval, que atrajo a muchas tribus del norte no cristianas. A su vez, los búlgaros, rusos y serbios adoptaron la fe cristiana y diversos elementos de la cultura bizantina. Durante unos setecientos años Bizancio seguiría siendo un modelo de creencia ortodoxa y conocimiento clásico.

El período de las Cruzadas situó a Bizancio en el centro de la tentativa cristiana de recuperar los Santos Lugares, que estaban bajo el control musulmán. A partir del siglo XI, Bizancio y Occidente pasaron a mantener una relación más estrecha, a menudo con resultados negativos. Pese al éxito de la Primera Cruzada con la creación del Reino Latino de Jerusalén, la Cuarta Cruzada se volvió contra Constantinopla y supuso el saqueo de la ciudad en 1204. Ello marcó el segundo gran punto de inflexión en la historia bizantina. El imperio jamás fue capaz de recuperar su fortaleza o su forma anteriores. Aunque recuperaron la capital, los emperadores bizantinos gobernaron sobre lo que en realidad había sido una ciudad-Estado desde 1261 hasta 1453, cuando Constantinopla fue finalmente tomada por los turcos otomanos.

Pero, curiosamente, la influencia cultural bizantina se expandió casi en proporción inversa a su fortaleza política. A partir de 1204, cuando numerosas obras de arte se recuperaron para Europa occidental, la contribución bizantina al resurgimiento del arte y el conocimiento occidentales resultó notable. En el siglo XIV, las universidades italianas contrataban a profesores de griego bizantinos; estos, junto con sus pupilos, empezaron a traducir las obras de Platón. Las de Aristóteles habían llegado ya a Occidente a

través del mundo musulmán, pero la mayor parte de la filosofía platónica seguía siendo desconocida. Durante las negociaciones que en Florencia llevaron a la reunificación de las Iglesias occidental y oriental en 1439, las lecturas públicas de Platón a cargo del famoso erudito y experto en filosofía griega Jorge Gemisto Pletón inspiraron a Cosme de Médicis para crear su Academia Platónica. La contribución bizantina al Renacimiento italiano se inició, pues, mucho antes de 1453, cuando los turcos hicieron de Constantinopla su propia capital. Tras la caída de la ciudad, los refugiados que huyeron a Italia con sus manuscritos vinieron a reforzar los nuevos conocimientos y el nuevo arte. Y unas cuantas décadas después, cuando los reformadores protestantes condenaron el arte religioso y propugnaron un estilo de culto cristiano más espiritual, emplearon para ello todos los textos bíblicos y patrísticos recopilados por los iconoclastas bizantinos de los siglos VIII y IX.

A lo largo de este libro trato de aclarar qué era Bizancio, cómo funcionaba y qué representa. Esta visión, marcadamente personal, surgió de la anterior investigación para mi libro *La formación de la cristiandad*, que trata sobre la importancia de la religión en la historia del alto Medievo. Las cuestiones de fe resultaban de vital importancia para la gente que vivía en la Edad Media, de una manera que a la mayoría de nosotros, en el Occidente moderno, nos resulta extraña; y tanto la erudición secular como la apreciación popular del arte medieval requieren entender de qué modo eso fue así. Además de las cuestiones que unían a los cristianos al mismo tiempo que los dividían, su mundo religioso estaba lleno de otras creencias: politeístas impenitentes, partidarios de los cultos orientales, seguidores de Zoroastro y de Mani […] aparte de las ya consolidadas comunidades judías. El islam causó un profundo impacto a

través de todo ese mundo, en todos los que vivían en las orillas oriental y meridional del Mediterráneo, en Siria y en España, y en todas las regiones comprendidas entre una y otra. En el siglo VIII, la primera destrucción oficial de iconos que tuvo lugar en Bizancio (iconoclastia) causó la muerte de ciudadanos de a pie por culpa de sus imágenes religiosas. Mientras el islam desarrollaba una prohibición estricta de representar imágenes sagradas, Roma descubría su adhesión a los iconos, y los teólogos de Carlomagno empezaban a dudar de los suyos. Los siglos VII y IX resultaron, pues, cruciales para el desarrollo de tres regiones distintas, pero relacionadas entre sí: el Oriente bizantino, el Sur islámico —Egipto, norte de África y España— y el Occidente latino, que se convertiría en Europa. Bajo formas distintas, esta división ha permanecido hasta nuestros días.

Otro elemento de fascinación de este período de la historia reside en la aparente devoción de las mujeres a los iconos religiosos en la Bizancio medieval, un hecho que puede relacionarse con la exclusión de estas de la jerarquía eclesiástica oficial. Ello plantea también diversas cuestiones en torno a los motivos de las dos soberanas sobre las que escribí en *Mujeres en púrpura*, que restauraron la veneración a los iconos en 787 y 843. Cuando las emperatrices Irene y Teodora revocaron la política iconoclasta, introducida y respaldada por sus esposos y por sus parientes masculinos más distantes, me parece que actuaron con una crueldad y astucia propias de hombres. Pero al emprender esas iniciativas también asumieron una prominencia política que no tiene parangón en otras sociedades medievales. De modo que, mientras los cronistas de la época suponen que su amor por los iconos constituye un rasgo de debilidad femenina, es evidente que aquí hay algo más en juego, algo que yo relacionaría con una tradición bizantina de gobierno

femenino que denomino «el femenino imperial».

Desenterrar Bizancio también era otra manera de descubrir a los bizantinos. En diversas excavaciones realizadas en Grecia y Chipre, así como en Kalenderhane Camii, un importante yacimiento situado en el corazón de Constantinopla, la moderna Estambul, tuve ocasión de trabajar con la cultura material sobre la que se construyó esta civilización. Explorando las iglesias de Creta y de Kíthira, una isla situada en la costa sur de Grecia, y examinando la cerámica hallada en la mansión medieval de Kouklia, en el sudoeste de Chipre, uno puede tener una visión muy cercana de sus habitantes medievales. En mi primera temporada arqueológica en Páfos, también en Chipre, encontramos los restos de un esqueleto femenino en las ruinas del castillo de Saranda Kolonnes, con los anillos de oro y perlas que llevaba cuando le sorprendió el terremoto de 1222. En Estambul, unos trabajadores que investigaban una filtración invernal en la mezquita de Kalenderhane descubrieron un hueco tras un muro cerca del monumental acueducto que todavía domina la ciudad antigua. Uno de aquellos hábiles restauradores palpó a tientas el borde de una pieza e identificó las teselas de lo que resultaría ser un antiguo mosaico cristiano de la Virgen presentando al Niño Jesús a Simeón. Posiblemente se había cubierto con un muro para protegerlo de la destrucción iconoclasta. Del mismo modo, una capilla entera con frescos fragmentarios dedicados a san Francisco de Asís se había tapiado con ladrillos en 1261, cuando los frailes huyeron de Constantinopla tras la ocupación latina. Estas dos magníficas obras de arte cristiano, oriental y occidental, serían posteriormente restauradas por Ernest Hawkins, y hoy se exhiben en el Museo Arqueológico de Estambul.

Mi conocimiento de Bizancio se vio también impregnado de los extensos testimonios de su predominio medieval. De

adolescente me llevaron a Ravena, en el norte de Italia, donde pude contemplar con asombro los retratos en mosaico del emperador bizantino Justiniano y su esposa, la emperatriz Teodora, las estrellas del celeste firmamento de la tumba de Gala Placidia, así como las procesiones de santos y rebaños de ovejas que decoran las iglesias de la ciudad. En 2005, más de cuarenta años después, tuve el privilegio de poder subir al tejado de la iglesia del monasterio de Santa Catalina en la península del Sinaí, que fue construido por la misma pareja imperial a pesar de los más de tres mil kilómetros que separan el Adriático norte del mar Rojo. Allí, donde se creía que estaba el emplazamiento de la zarza ardiente, en la que se le ordenó a Moisés que se despojara de sus sandalias porque el suelo era sagrado, pude leer las inscripciones que dan fe del patrocinio de Justiniano y Teodora, talladas en las vigas originarias del siglo VI que se conservan perfectamente en el clima del desierto egipcio, seco y carente de termitas. Tales experiencias físicas dan un sentido de inmediatez a lo que escribieron los historiadores bizantinos sobre el emperador y su esposa.

En Roma, Sicilia, Moscú y, por supuesto, de manera más clara en Constantinopla, en toda Turquía, Grecia y los Balcanes, se puede ver preservada una parte de Bizancio. Pero no hay nada comparable al asombro que produce encontrar mosaicos bizantinos en el *mihrab* de la mezquita de Córdoba, en España, que fueron encargados por el califa del siglo X al-Hakam II; o a la sorpresa de llegar a última hora de la tarde a Trebisonda, a orillas del mar Negro, tras un largo viaje a través de los Alpes Pónticos, y observar en lo alto el palacio que domina la ciudad.

Bizancio vive también en la experiencia de presenciar el descenso del fuego de Pascua sobre el Santo Sepulcro en Jerusalén, cuando en medio de la oscuridad el metropolitano

emerge de la tumba con una vela encendida que señala la resurrección de Jesucristo, y de la que todos los fieles encienden a su vez la suya. Incluso hoy, en la moderna Atenas, las multitudes que descienden del monte Lycabettus con sus velas a partir de la medianoche del Domingo de Resurrección recuerdan de manera convincente la fuerza de las ceremonias que han conmemorado ese evento durante casi dos milenios.

Por razones que se harán evidentes a lo largo de este libro, los objetos bizantinos se han esparcido por toda Europa y se conservan en los museos más inesperados. Tropezarse con la seda bizantina conocida como el Manto de Alejandro en Baviera, o encontrar el contrato de matrimonio del siglo X de Teofanía y Otón II en Wolfenbüttel, o marfiles del siglo X hoy utilizados como cubiertas de libros, le hace a uno ser consciente de los artesanos que los fabricaron y de la cultura en la que se produjeron tales objetos de lujo. En Occidente han sido celosamente custodiados durante siglos, aunque los eruditos y eclesiásticos medievales occidentales también fueron responsables de fomentar muchos de los engañosos estereotipos acerca de lo que significaba «bizantino».

Bizancio se me iba haciendo más familiar cada vez que preparaba cursos sobre su historia. Quiero dar las gracias especialmente a todos aquellos estudiantes que cuestionaron mis opiniones. Aunque es habitual reconocer esta influencia, tengo que decir que, en mi caso, mi estancia en Princeton en 1990 me proporcionó una ventaja inesperada en la forma del contacto con un grupo de graduados especialmente brillantes atraídos por una facultad de historia sin parangón. Entre los estimulantes colegas y los estudiantes intelectualmente curiosos, me sentí alentada a probar nuevas maneras de comunicar mi pasión por Bizancio. Christine Stansell, una de dichas compañeras, fue a verme más tarde a Londres y me

preguntó con simpatía y expectación si no era ya el «momento de recoger la cosecha». Este libro se debe en parte a ella, así como a mis inesperados visitantes.

Ello me lleva de nuevo a la cuestión de la forma. En el Londres de Shakespeare era tan familiar el bezante como el caviar: la moneda de oro así llamada por su nombre bizantino y las huevas de pescado que sus habitantes consumían en grandes cantidades. De maneras tan indirectas como estas se puede encontrar el legado de Bizancio en los lugares más inesperados. Y este libro pretende mostrar por qué. Lejos de seguir el patrón de las numerosas introducciones y estudios publicados hasta ahora, he decidido seleccionar acontecimientos, monumentos e individuos concretos característicos de Bizancio, y explorarlos en un marco que observa las divisiones básicas de la historia bizantina. Los primeros siete capítulos están dedicados a temas esenciales como la ciudad de Constantinopla, la ley o la ortodoxia, y abarcan toda la extensión del milenio bizantino. Otros capítulos se superponen, pues abordan los mismos acontecimientos desde perspectivas distintas. Mi principal problema ha sido el de la exclusión, ya que resulta difícil omitir tantos ricos ejemplos y fascinantes detalles. No puedo sino ofrecer una selección de *meze*, un plato de entrantes. La bibliografía recomendada que se presenta al final del libro puede invitar a degustar muchos otros platos más completos. Aquí trato de responder a la pregunta planteada por los albañiles del King's College, y de explicar por qué todos deberíamos saber más sobre la historia bizantina.

Primera parte

Los fundamentos de Bizancio

1

La ciudad de Constantino

> Constantino decidió hacer de la ciudad un hogar digno de un emperador [...] La rodeó de una muralla [...] aislando el istmo entero de mar a mar. Construyó un palacio apenas inferior al de Roma. Decoró el Hipódromo de la forma más bella, incorporando en su interior el templo de los Dioscuros[1].
>
> ZÓSIMO, *Nueva historia*, *c.* 501

Bizancio-Constantinopla-Estambul constituye uno de los parajes naturales más extraordinarios. Como Nueva York, Sidney y Hong Kong, es una gran metrópolis con un puerto de aguas profundas que lleva el mar al corazón de la ciudad. La proximidad del agua, el juego de la luz del sol en las olas y las vistas en dirección al horizonte crean una luz de una cualidad muy especial. Lo que atrajo a Constantino cuando buscaba una nueva capital para el Imperio romano a comienzos del siglo IV de nuestra era fue una situación desde la que podía controlar las rutas marítimas y terrestres entre Asia y Europa. Encontró un lugar adecuado con un puerto resguardado en el Cuerno de Oro, que podía cerrarse con una cadena para impedir la entrada de barcos enemigos y proteger a los propios de las peligrosas corrientes del Bósforo. Se creía que el faro conocido como la Torre de la Doncella marcaba el lugar donde, según cuenta el mito de Leandro de Grecia, este se lanzó a nado hacia su amada Hero (una confusión entre el Bósforo y los Dardanelos). Hoy sirve de guía a los petroleros rusos. Sin embargo, hasta hace poco todavía podía alquilarse un pequeño bote de remos en el que a uno le llevaban a través del estrecho, disfrutando de un magnífico panorama de Constantinopla. Y aunque actualmente hay dos puentes que unen Asia y Europa, y la moderna Estambul cuenta con una población de doce millones de habitantes, sigue habiendo transbordadores que cruzan el Bósforo, ofreciendo a los

pasajeros vasos de té negro y *semits*, unos aros de masa horneada recubiertos de sésamo. Los días soleados, uno de los grandes placeres de la vida en Estambul consiste en sentarse en la cubierta y contemplar la magnífica vista de la ciudad de Constantino.

Nacido en Naissus (hoy Niš), en los Balcanes, Constantino era hijo del emperador Constancio Cloro, uno de los cuatro gobernantes instituidos por Diocleciano (284-305) en un intento de proporcionar un elemento de estabilidad del que el vasto mundo romano estaba extremadamente necesitado. La tetrarquía, o «gobierno de cuatro», dividía de hecho el imperio en dos mitades, gobernadas por dos emperadores que actuaban de común acuerdo, junto con otros dos gobernantes de rango inferior que asumirían plenos poderes si los primeros morían. Sin embargo fracasó debido a las ambiciones de los hijos de los emperadores a los que no se otorgaba ningún papel. Constantino manifestó ese mismo problema tras la muerte de su padre en York en 306, cuando fue proclamado emperador por sus tropas. Pese a ello, no fue reconocido por Licinio, el emperador de Oriente, y unos años después habría tres jefes militares distintos, cada uno de los cuales reclamaba para sí el título imperial en Occidente. Avanzando hacia el sur desde Inglaterra, Constantino combatió y derrotó a los demás, y luego, en 312, se enfrentó a Majencio en el puente Milvio, en las afueras de Roma. Tras esta decisiva victoria, Constantino entró triunfante en la Ciudad Eterna, donde fue aclamado por el Senado, aunque se negó a dar las gracias a los dioses por su éxito ante el Altar de la Victoria como se esperaba que hiciera. Más tarde diría que había tenido una visión de la cruz en el cielo, que él interpretó como una señal del Dios de los cristianos, que le prometió la victoria. Se había convertido en emperador de Occidente por medio de la conquista militar, y ahora tenía que negociar con

Licinio, el emperador de Oriente.

Los dos gobernantes se reunieron en Milán en 313 y consolidaron su administración conjunta por medio de una serie de alianzas matrimoniales que unieron al imperio. También decidieron promulgar un Edicto de Tolerancia, que proclamaba que podían practicarse libremente todas las religiones, incluido el cristianismo, con tal de que los fieles del dios que fuera rezaran por el bienestar del Imperio romano y del emperador. Desde entonces los cristianos han rezado por el bienestar de sus monarcas. Fueran cuales fuesen realmente las creencias personales de Constantino (véase más adelante), lo cierto es que en 313 había dado un gran paso de cara a convertir el cristianismo en la religión oficial del imperio, y constantemente favoreció a los cristianos. La intensa rivalidad entre los dos soberanos solo se resolvería once años después, cuando Constantino derrotó a Licinio en Crisópolis, en el lado asiático del Bósforo. Hizo prisionero a su rival, lo exilió a Tesalónica y luego lo mandó asesinar a traición. De este modo, en 324 Constantino se convirtió en emperador de Oriente, más extenso, rico y poblado, además de Occidente. Había cabalgado y combatido por todo lo largo y ancho del mundo romano, que gobernaría durante otros trece años más, hasta su muerte en 337.

Tras su victoria sobre Licinio, Constantino decidió que el imperio necesitaba una capital en Oriente, más cerca de su rival más serio, Persia, que regularmente amenazaba con la invasión. La antigua ciudad de Troya se consideró como candidata. Pero en lugar de ello, Constantino eligió la colonia fundada por los griegos de Megara, supuestamente en el siglo VII a. C., en la orilla europea del Bósforo. A partir de ese mítico origen había surgido Bizancio, que ahora controlaba el paso de barcos por las traicioneras aguas que unen el mar Negro con el de Mármara, que a su vez desemboca en el Egeo

en los Dardanelos.

Bizancio se construyó en una elevación y contaba con un puerto bien resguardado en el Cuerno de Oro. Dado que el mar la rodeaba por tres lados —por el norte (el Cuerno de Oro), el este (el Bósforo) y el sur (el mar de Mármara)—, la única fortificación requerida para cercar la ciudad era una muralla en la parte oeste. Además, Bizancio dominaba las rutas del lucrativo transporte marítimo de ámbar, pieles, metales y madera del norte, aceite, cereales, papiro y lino del Mediterráneo, y especies importadas de Extremo Oriente, así como del comercio terrestre entre Occidente y Asia. A finales del siglo III, el emperador Septimio Severo había reforzado las murallas, que siempre representaban un punto débil, y había añadido nuevos monumentos.

Constantino transformó Bizancio en una nueva capital con su propio nombre, del mismo modo que Adriano había fundado Adrianópolis y Alejandro Magno había fundado Alejandría. En una serie de ceremonias tradicionales realizadas en 324, se trazó una línea que señalaba el emplazamiento de las nuevas murallas terrestres, que ahora cuadruplicaban la extensión de la ciudad y maximizaban el potencial de su emplazamiento, rodeando un área de aproximadamente ocho kilómetros cuadrados, según lo describe Zósimo. Se construyeron puertas en la muralla occidental y a orillas del mar de Mármara y del Cuerno de Oro. Tras seis años de intensiva construcción, la ciudad de Constantino, Constantinopla, se inauguró el 11 de mayo de 330 con una serie de ceremonias que recordaban al orgullo cívico y los festivales urbanos de los antiguos. En el Hipódromo se realizaron carreras de caballos y de carros, el deporte favorito de todos los romanos; los nuevos baños de Zeuxippos se abrieron para el uso público, y se distribuyeron alimentos, ropa y dinero entre los habitantes de la ciudad. Los

privilegiados que vivían en la nueva capital adoptaron el nombre de bizantinos para indicar su afinidad con la antigua colonia de Bizancio, así como para distinguirse como sus auténticos habitantes.

La ciudad de Constantino atrajo hacia su centro las grandes rutas comerciales, tanto marítimas como terrestres, que convergían en el canal de aguas profundas que separaba Europa de Asia. A diferencia de la colonia griega de Crisópolis, en la parte asiática del Bósforo, se hallaba protegida por su emplazamiento físico sobre una elevada península rocosa. Una gran ventaja de estar casi totalmente rodeada de agua era que la muralla occidental que se extendía a lo largo de toda la península rodeaba una vasta extensión de tierra con una línea de fortificación relativamente corta. Asimismo, resultaba más difícil que los defensores de la ciudad se vieran cogidos por sorpresa mediante un ataque por tierra. Ello requería un suministro regular de agua, que se garantizaba por medio de largos acueductos y cisternas que recogían agua de lluvia. Con fácil acceso a las fértiles tierras circundantes y a ricos bancos de pesca, Constantinopla se convirtió también en una fortaleza natural excepcionalmente difícil de asaltar.

Aun con todas esas ventajas naturales, el elemento decisivo en la defensa de la ciudad fueron siempre sus habitantes, sus instituciones, su cultura y su organización creadas dentro de las murallas. Desde el primer momento, Constantinopla fue llamada también la Nueva Roma. A imitación de la Antigua Roma, aquella se diseñó con catorce distritos y siete colinas, unidas por amplias avenidas que iban desde el centro hasta las puertas de la muralla occidental. Sus plazas se decoraron con esculturas antiguas traídas de todos los rincones del imperio. En su acrópolis, que dominaba el Bósforo, había dos templos dedicados a Rea, la madre de los dioses, y a *Fortuna Romae* (la

Fortuna de Roma). En el céntrico Foro de Constantino se alzaba una espectacular columna de pórfido construida a base de cilindros de piedra púrpura traída de Egipto. En lo alto se adaptó una estatua pagana de Apolo para que representara al emperador. Diversas obras de arte decoraban los pórticos que rodeaban aquel espacio público circular, el cual contaba con arcos de triunfo en sus lados este y oeste que señalaban la entrada a la Mese (la principal vía pública).

Constantino trajo esculturas de todas partes del imperio para embellecer su nueva capital, incluida la Columna Serpentina, alzada tras la victoria griega sobre los persas en Platea (479 a. C.), de Delfos, y un obelisco egipcio de Karnak que conmemoraba un triunfo mucho más antiguo. El Hipódromo se convirtió en un museo al aire libre adornado con imágenes grecorromanas protectoras, simbólicas y victoriosas. Las estatuas de dioses paganos (Zeus, Heracles), de animales salvajes o fantásticos, y de gobernantes, incluyendo a Alejandro Magno, Julio César y Augusto, así como de Roma, en la forma de la loba con Rómulo y Remo, rivalizaban con los trofeos de victorias militares. Se instalaron cuatro antiguos caballos de bronce en la zona de salida para inspirar tanto a los competidores como a los espectadores en el antiguo arte de las carreras (lámina 30). Con amplias vías públicas que unían los distintos distritos de la ciudad, cada una de ellas flanqueada de columnatas donde instalaban sus puestos los comerciantes y artesanos, la nueva capital se había construido de forma que causara una gran impresión.

En su ciudad, Constantino acuñaba el sólido (en griego *nomisma*), que ya había introducido en Occidente en 309. Era un nuevo tipo de moneda de oro de 24 quilates, que se convertiría en la moneda más fuerte de la Antigüedad tardía y del mundo bizantino. Hasta comienzos del siglo XI, todos los emperadores acuñarían monedas de oro de una pureza y

calidad comparables, manteniendo un patrón estable durante más de setecientos años, lo que constituiría un extraordinario logro (lámina 22). Dado que con frecuencia se habían representado personificaciones de Roma y de la Victoria en las monedas imperiales, Constantino adaptó este tipo utilizando la Tiqué (buena suerte o fortuna) de Constantinopla. Esta aparece como una mujer entronizada, ataviada con una corona almenada que representa las murallas de la ciudad, y sosteniendo una cornucopia que representa su riqueza; una alegoría del poder masculino en forma femenina, tal como dilucidaría Marina Warner. Las monedas imperiales acuñadas en Constantinopla hicieron circular ampliamente el símbolo de la nueva capital. La cruz cristiana fue haciéndose poco a poco más prominente y reemplazó a los antiguos símbolos, aunque la representación del rostro de Cristo no se emplearía hasta finales del siglo VII (lámina 11*a*). A partir de ese mismo siglo, la *nomisma* se convertiría en la única moneda de oro disponible en la Edad Media, y sería muy apreciada en aquellas regiones donde solo se acuñaba plata. Se han encontrado monedas de oro bizantinas en diversas excavaciones de Escandinavia, Europa oriental, Rusia, Persia y Ceilán.

Al fundar su Nueva Roma, Constantino I llevó muchas de las características de la Antigua Roma del Tíber al Bósforo. Concedió tierras y privilegios a las familias senatoriales que aceptaron trasladarse hacia oriente y establecer un nuevo Senado en Constantinopla. Se vinculó el derecho a tener un suministro de pan gratis a la construcción de nuevas viviendas. A quienes se construían una residencia en la Nueva Roma se les garantizaba vales de pan, que les permitían recoger cada día el pan recién hecho en diversos puntos situados en los catorce distritos de la ciudad. Se construyeron silos de cereales y cisternas de agua a fin de asegurar el

abastecimiento de la ciudad. En 359 fue nombrado un prefecto para que se hiciera cargo de la ciudad siguiendo el modelo de Roma, y toda la administración imperial se concentró allí. Repitiendo la pauta romana de «pan y circo» (véase el capítulo 3), Constantino completó la construcción del Hipódromo y encargó a artistas profesionales (las facciones circenses o *demes*) la organización de las carreras y espectáculos de los que tanto se disfrutaba en tiempos antiguos.

Desde 330 hasta su muerte en 337, Constantino siguió en campaña contra las fuerzas hostiles de Oriente, trasladándose de palacio en palacio en lugar de residir de forma permanente en Constantinopla. Tras su victoria inicial en Roma, solo volvería una vez a la antigua capital, para celebrar el décimo aniversario de su accesión al poder (315); entonces inauguró la Basílica Nova y su Arco de la Victoria, que todavía decora el Foro. La ciudad por él fundada creció a expensas de la Antigua Roma, pero también de otras ciudades anteriormente utilizadas como residencias imperiales: Tréveris y Nicomedia, favorecidas por Diocleciano; Sirmio, a orillas del Danubio, o Antioquía, en la frontera entre las actuales Turquía y Siria. Aunque muchas familias senatoriales permanecieron en Occidente, Constantinopla atrajo a artesanos, arquitectos, comerciantes y aventureros, mientras que la nueva corte necesitaba también de hombres instruidos que cantaran las alabanzas de los nuevos emperadores cristianos, además de encargarse de la administración. A falta de una casta tradicional de familias establecidas que conservaran su genealogía al estilo romano, Constantinopla estaba más abierta al talento personal; los recién llegados que demostraban su valía ascendían con rapidez. Esta movilidad social se traducía en que la ciudad experimentaba una división menos pronunciada entre aristócratas y plebeyos,

aunque los advenedizos seguían siendo objeto de mofa y seguía golpeándose a los esclavos.

La naturaleza y el grado de compromiso de Constantino con la cristiandad es objeto de debate; su biógrafo Eusebio (obispo de Cesarea, 313-*c.* 340) lo subraya por encima de todo lo demás, mientras que los historiadores seculares registran su devoción al invencible sol, o *Sol Invictus*, que compartía con su padre. A finales del siglo V, Zósimo culpa a Constantino de todos los males del Imperio romano, afirmando que abandonó su religión ancestral (la de los dioses paganos) debido a que «un determinado egipcio le aseguró que la religión cristiana podía absolverle de la culpa…». El historiador explica también por qué el emperador se sentía tan culpable: Constantino había matado a su hijo Crispo, acusado de mantener relaciones impropias con su madrastra, la emperatriz Fausta, a la que posteriormente Constantino sumergiría en un baño de agua hirviendo hasta su muerte. Constantino fue ciertamente bautizado en la nueva fe, pero solo cuando ya estaba moribundo. Esta práctica no era infrecuente, puesto que los cristianos deseaban evitar pecar después de su bautismo, de modo que dicha ceremonia se posponía hasta el último momento posible.

Diversas versiones de la historia de su visión de la cruz antes de la batalla del puente Milvio sugieren que se trata de un mito, aunque más tarde los historiadores cristianos afirmarían que aquel fue el momento de su conversión. Sin embargo, estando en Roma, durante el invierno de 312-313, Constantino dio instrucciones al gobernador de Cartago para que restituyera las posesiones cristianas al arzobispo local, que habían sido confiscadas durante una reciente persecución, además de compensarle por los objetos que hubieran sido vendidos o fundidos. Ello implica un cambio definitivo con respecto a la anterior visión imperial del

cristianismo como una fuerza capaz de corromper la fuerza militar, además de negar la reverencia debida a los antiguos dioses y emperadores.

Aunque Constantino apoyó a los líderes cristianos y financió la construcción de iglesias cristianas, sus hijos también permitirían la construcción de un templo en Italia dedicado al culto a la familia imperial, que contaba con sacerdotes consagrados al sacrificio al viejo estilo pagano. Paralelamente, parece ser que algunos templos se vieron obligados a renunciar a sus estatuas, al tiempo que sus puertas y techos se despojaban de cualesquiera metales preciosos. El elemento sacrificial del culto pagano sería gradualmente restringido, y la muerte de animales sería reemplazada por el sacrificio incruento ofrecido al Dios cristiano. Dado que muchos filósofos paganos también habían subrayado la necesidad de una interpretación espiritual del «sacrificio», esta no puede considerarse una restricción exclusivamente cristiana. Pero sí es indicativa, no obstante, de la gradual desaparición del sacrificio animal, que era el acto central del culto pagano. Así pues, ya se convirtiera gracias a la visión de 312, ya lo hiciera solo cuando supo que iba a morir en 337, el caso es que Constantino fue durante la mayor parte de su vida adulta defensor de la cristiandad, apoyando a las comunidades anteriormente perseguidas; dotó a sus grandiosas nuevas iglesias de objetos litúrgicos de metales preciosos con joyas engastadas, y trató de ayudarles a definir más estrechamente su fe.

No está claro cuántas de las nuevas edificaciones religiosas de Constantinopla fueron construidas por Constantino. Probablemente fue él quien planificó la iglesia de los Santos Apóstoles, a la que luego se añadió el mausoleo imperial, la catedral de Santa Irene y sendas iglesias dedicadas a los cultos de dos mártires locales, Mocio y Acacio. Fuera de su capital,

Constantino prestó especial atención a los lugares asociados a la vida de Jesucristo en la tierra, enviando a su madre Elena a Tierra Santa en 326.

En el transcurso de aquella primera peregrinación imperial, Elena fundó las iglesias de Belén, sobre el pesebre de la Natividad, y de Jerusalén, sobre la tumba de Jesucristo, cerca del Gólgota, donde se dice que descubrió la Vera Cruz. También repartió dinero entre las tropas, lo cual pudo haber sido la principal razón de su viaje. Con ello establecía una pauta para futuras peregrinaciones, que se verían facilitadas por la construcción de albergues y hospitales. En 335, el propio Constantino siguió sus pasos; consagró otro santuario al Salvador y asistió a un concilio en Jerusalén, antes de celebrar el trigésimo aniversario de su reinado.

Sin embargo, en un cambio decisivo con respecto a la tradición romana de la cremación imperial, Constantino fue enterrado según el rito cristiano en el mausoleo destinado a albergar las reliquias de los doce apóstoles. El emperador deseaba reposar entre los discípulos escogidos por Jesucristo; Eusebio le describe como el decimotercer apóstol, aunque la propia percepción del emperador sugiere que de hecho se consideraba superior a ellos. El hijo de Constantino, Constancio II, completó la iglesia de los Santos Apóstoles y entre 356 y 357 trasladó allí lo que se creía que eran los huesos de los santos Timoteo, Lucas y Andrés. Otros gobernantes posteriores añadirían una impresionante colección de reliquias: el velo, el cinto y el sudario de la Virgen depositados en su santuario de Blachernae adquirieron especial importancia. Los emperadores visitaban cada año aquellas reliquias y el mausoleo, donde incensaban las tumbas, encendían velas y rezaban oraciones por sus predecesores. Ceremonias como aquellas vendrían a consolidar la idea de una sucesión ininterrumpida de gobernantes cristianos

establecida por Constantino.

Mediante un sistema de nombres que se haría predominante en Bizancio y que complica bastante su historia, hubo numerosos emperadores posteriores que se llamaron también Constantino, once en total. Era habitual que el primer hijo varón de un matrimonio recibiera el nombre de su abuelo paterno, lo que explica algunos de esos Constantinos. Otros fueron aclamados como un «Nuevo Constantino», como si así se pretendiera subrayar su equiparación con el fundador de Bizancio, o bien añadieron el de Constantino a su nombre de pila, como Heraclio Constantino a comienzos del siglo VII. Además de los once Constantinos, hay también ocho emperadores Migueles, ocho Juanes y seis Leones. Todos ellos aparecen enumerados al final de este libro, en un intento de diferenciarlos tanto por las fechas como por sus hazañas. Ninguno de ellos, no obstante, cambió la perdurable posición del primer Constantino.

Poco a poco, el culto de este gran emperador y de su piadosa madre, Elena, se fue convirtiendo en un modelo de gobierno cristiano. Los legendarios relatos sobre su devoción borraron la implicación de Constantino en los asesinatos de su hijo y de su segunda esposa, así como los oscuros orígenes de su madre. Un momento clave en este sentido fue el Concilio de Calcedonia, cuando Marciano y Pulqueria, el emperador y la emperatriz reinantes, fueron aclamados como «un nuevo Constantino y una nueva Elena»[2]. Marciano fue también comparado con Pablo y con David, mientras que de Pulqueria se decía que había demostrado la misma fe y el mismo celo de Elena. Los cortesanos y funcionarios seculares que orquestaron tales aclamaciones en el siglo V sin duda vieron la importancia de elevar de aquel modo a sus señores.

Y de paso contribuyeron asimismo a la transformación del fundador de Constantinopla y de su madre en santos de la Iglesia cristiana, y así es como aparecen en los posteriores relatos y frescos medievales, donde se les muestra a menudo flanqueando la Vera Cruz.

2

Constantinopla, la mayor ciudad de la cristiandad

> ¡Oh, Ciudad imperial, fortificada Ciudad, Ciudad del gran rey […] Reina de la reina de las ciudades, cantar de cantares y esplendor de esplendores![3].
>
> NICETAS CHONIATES, principios del siglo XIII

En la historia de Constantinopla se produjo una gran crisis cincuenta años después de la muerte de Constantino I, cuando los godos infligieron una aplastante derrota a los romanos en la batalla de Adrianópolis, el 9 de agosto de 378. El emperador Valente (364-378) había avanzado con un gran contingente de tropas para hacer retroceder a los invasores bárbaros sin esperar a los refuerzos occidentales. Pereció en la batalla, junto con los comandantes orientales más experimentados, con lo que la clase política quedó decapitada. Solo dos generales escaparon para informar del desastre al joven emperador de Occidente Graciano (375-383), mientras los godos devastaban el territorio imperial hasta las propias murallas de la ciudad de Constantino.

En respuesta a aquel desastre, el imperio recurrió a sus tradicionales habilidades diplomáticas, mientras los bizantinos se recluían tras sus fortificaciones. Graciano, ahora el único emperador superviviente, recurrió a Teodosio, que había dejado su carrera militar para retirarse al otro extremo del Mediterráneo, a las propiedades que poseía en España. Inicialmente, la negociación entre ambos implicaba su nombramiento como comandante militar de Oriente; pero dado que Valente carecía de sucesor, y que el dividido imperio requería el trabajo conjunto de dos emperadores, Teodosio sin duda debió de apreciar el significado subyacente de la invitación. Aceptó dirigir el ejército en los Balcanes, y más tarde sería aclamado como emperador por sus tropas.

Después de varias campañas contra los godos, Teodosio firmó la paz con los invasores, y en noviembre de 380 entró triunfante en Constantinopla, que hasta entonces no había visto nunca. Tras un interregno de dos años, la Nueva Roma contaba con un nuevo soberano, y su futuro quedaba asegurado.

Teodosio I (379-395) era un cristiano estricto, que en 381 convocó un concilio para condenar las definiciones arrianas de la fe, además de promulgar leyes contra la celebración pública de ritos paganos. Pero también dejó su impronta en la ciudad de Constantinopla de la forma más tradicional. Construyó un nuevo foro, que incluía su estatua en lo alto de una columna, así como una monumental veleta que ejercía también la función de reloj público, de forma parecida a la Torre de los Vientos de Atenas. En la barrera central del Hipódromo, en torno a la cual corrían los carros, erigió también un obelisco egipcio traído de Karnak, que conmemoraba una victoria egipcia de 1440 a. C. según la más antigua —y hoy largamente olvidada— religión y lengua del Mediterráneo oriental. Este se convertiría en otro símbolo más del triunfo militar romano. En la base que sustentaba el obelisco, Teodosio mandó que se le representara a él mismo presidiendo las carreras, flanqueado por su corte, con bailarinas y músicos, y con apretadas filas de bárbaros rindiéndole tributo (lámina 6). En la cara norte, diversas esculturas documentan la técnica utilizada para levantar un monolito tan pesado, que también queda registrada en sendas inscripciones en griego y en latín. Aunque con frecuencia los terremotos han hecho que muchos edificios de Constantinopla se derrumbaran y que muchas estatuas caigan de lo alto de sus columnas, el obelisco sigue todavía donde lo colocaron los ingenieros en el año 390, sobre cuatro soportes situados en las cuatro esquinas de su base.

Bajo la nueva dinastía fundada por Teodosio, el mundo romano se transformó. Antes de morir, en 396, el emperador dividió el imperio entre sus dos hijos, de modo que Honorio se convirtió en emperador de Occidente, mientras que Arcadio lo fue de Oriente. A comienzos del siglo V, la parte occidental sucumbió a la presión cada vez mayor de las fuerzas no romanas como los godos, los hunos, los vándalos y los francos, que poco a poco establecieron su dominio bárbaro en distintas regiones. Roma fue saqueada dos veces, en 410 y 455, y en 476 las tropas germanas mandadas por un jefe huno, Odoacro, depusieron al último emperador romano de Occidente. La Nueva Roma se expandió y prosperó a expensas de la Antigua, e incluso algunos contingentes bárbaros fueron comprados por los emperadores orientales para que se desplazaran hacia el oeste, dejando tranquilo a Oriente. A través de este largo proceso, la parte oriental del mundo romano se convertiría en lo que hoy denominamos Bizancio (véase el capítulo 3).

Constantinopla creció con tanta rapidez que en 412 hubo que construir nuevas murallas un kilómetro y medio más al oeste que las originarias defensas de Constantino. Un año después se completó una nueva y enorme triple línea de fortificaciones de 6 kilómetros de longitud. Con una muralla interior de 11 metros de altura y torres cada 70-75 metros; luego una muralla intermedia más baja, también con torres, y finalmente otra muralla exterior y un profundo foso. Estas fortificaciones protegerían la ciudad de todos sus enemigos hasta 1204, y todavía hoy resultan impresionantes. También se construyeron murallas marítimas a lo largo de las barreras naturales del Cuerno de Oro y el mar de Mármara. Las tierras así incluidas vinieron a incrementar la extensión de la ciudad en unos 5 kilómetros cuadrados, incorporando ahora a ella los viejos cementerios, donde los constructores narrarían

escalofriantes relatos sobre tumbas removidas y hallazgos de estatuas funerarias y huesos en dichas tumbas. Gran parte de la zona se dedicó a la horticultura, con viñedos, frutales y huertas de hortalizas, que también se extendían más allá de las murallas. Bajo el emperador Anastasio (491-518) se construyeron las denominadas Murallas Largas entre Selimbria, a orillas del mar de Mármara, y el mar Negro, una distancia de 45 kilómetros, concebidas como el anillo más externo de la defensa de Constantinopla, aunque los historiadores actuales tienden a interpretarlas como un signo de debilidad, puesto que una vez que los invasores habían alcanzado las Murallas Largas se encontraban tan solo a 65 kilómetros al oeste de la capital.

Todos los emperadores trataron de añadir sus propios monumentos a la ciudad, tales como columnas honorarias, a fin de mejorar sus mercados y puertos, además de construir iglesias, monasterios y ampliaciones del palacio imperial. En el siglo IV, se asocia a Valente con la construcción de un gran acueducto, que traía agua desde los frescos manantiales de Vize, en Tracia, a una distancia de 120 kilómetros en línea recta (lámina 5). Aunque este enorme proyecto de ingeniería para asegurar el suministro de agua todavía puede verse entrando en la ciudad vieja a cierta altura del suelo, un complejo sistema de drenaje subterráneo canalizaba las aguas residuales fuera de la urbe. El agua se empleaba en baños y fuentes tanto públicos como privados, y se almacenaba en grandes cisternas revestidas de cemento impermeable. Una de las mayores cisternas abiertas destinadas a recoger agua de lluvia fue construida en 421 en la zona recién amurallada de Constantinopla, probablemente por Aetio, prefecto de la ciudad, con una capacidad de 250 000 a 300 000 metros cúbicos. Justiniano añadió la cisterna cubierta de Basílica, con 336 columnas, algunas de ellas construidas sobre antiguos

bloques de estatuaria, como, por ejemplo, una colosal cabeza de Medusa. Esta podía almacenar alrededor de 78 000 metros cúbicos. La visita a este monumento subterráneo con la música y la luz apropiadas constituye una de las atracciones turísticas de la moderna Estambul. Pero proporciona asimismo una idea bastante buena de la capacidad de la ciudad para resistir al asedio.

Dentro de sus magníficas defensas y con su creciente capacidad para almacenar tanto agua como cereales, Constantinopla resistiría numerosos ataques, especialmente el asalto combinado de fuerzas ávaras, eslavas y persas en 626, así como varios importantes asedios. El ataque de 626 fue breve pero extremadamente delicado, ya que el emperador Heraclio (610-641) no se hallaba en la ciudad. Este había emprendido una larga campaña contra los persas en el este, dejando Constantinopla al mando del patriarca Sergio y el general Bono. Los ávaros y eslavos bloquearon la capital por tierra y cortaron el suministro de agua destruyendo el acueducto, mientras una fuerza persa llegaba a la orilla asiática del Bósforo. Bono ordenó a las fuerzas navales que impidieran que los eslavos transportaran a los persas a través del Bósforo, que negociaran con el ávaro Chagan y que realizaran incursiones contra los sitiadores. Paralelamente, el patriarca organizó a todo el conjunto de la población civil en una profesión por todo el trazado de las murallas de la ciudad, llevando sus iconos de Jesucristo y cantando el himno Akáthistos, que pide la divina asistencia de la Virgen María. Cuando los ávaros construyeron armas de asalto y atacaron las murallas, hubo testimonios de personas que aseguraron haber visto a una mujer dirigiendo la defensa, a la que identificaron como la propia Virgen. Puede que la supervivencia de Constantinopla contra tan temibles enemigos requiriera de poderes sobrenaturales; lo cierto es

que estos se convirtieron en un rasgo característico de la ciudad, que ya se daba a sí misma el nombre de Theotokoupolis, o «ciudad de la madre de Dios», cuyas reliquias custodiaba.

A partir de 626, fueron las fuerzas árabes las que emprendieron la lucha por la conquista de Constantinopla, que pretendían convertir en su propia capital. Durante todo el siglo VII hubo varios asedios frustrados. Bajo Anastasio II (713-715), los bizantinos supieron que se planeaba un gran asalto a la ciudad, y el emperador ordenó que todas las familias que no pudieran garantizarse el propio sustento alimenticio durante tres años abandonaran la urbe, un claro signo de que se preparaban para un largo asedio. Justo antes de que llegaran las fuerzas árabes (dos ejércitos por tierra y la armada por mar), en la primavera de 717, León III juraba como emperador. Este utilizó la habitual combinación de estrategias militares y diplomáticas, persuadiendo a los jázaros de que hostigaran a los árabes por la retaguardia y lanzaran «fuego griego» contra sus barcos. Después de un invierno extremadamente frío en el que los sitiadores se vieron obligados a comerse sus camellos, de nuevo reanudaron el ataque. Sin embargo, el verano siguiente el califa les ordenó retirarse, y en el camino de regreso sufrieron nuevas derrotas. Bizancio conmemoró la victoria de 718 con una serie de servicios litúrgicos que se celebrarían cada 15 de agosto, que era también la festividad de la *Koimesis* o Dormición de la Virgen María (conocida en Occidente como la Asunción). Mientras que la Iglesia adscribió la supervivencia de la ciudad al poder protector de la Virgen, León III se atribuyó el mérito por su organización de la defensa de la urbe.

Tras producirse una serie de disputas internas en el mundo árabe, fueron los búlgaros quienes pasaron a tratar de

conquistar Constantinopla, realizando serios intentos a comienzos del siglo IX, y de nuevo en la década de 920. Pero debido a que resultaba difícil mantener sus largas líneas de abastecimiento, no pudieron planificar un asedio prolongado, y en ambas ocasiones hubieron de retirarse al cabo de algunas semanas. Más tarde fue el turno de los rusos, que cruzaron el mar Negro y atacaron la ciudad en 860, 941 y 1043. En todas esas ocasiones Constantinopla logró resistir. A comienzos del siglo XIII, no obstante, el asedio de los cruzados latinos de 1204 finalmente consiguió forzar un punto de entrada —a través del Cuerno de Oro—, pero solo gracias a la astucia, la traición y la debilidad interna antes que a la fortaleza militar. Esta triste historia del ataque cristiano a Bizancio se narra en el capítulo 24. Pese al devastador saqueo y a los cincuenta y siete años de ocupación latina de Constantinopla, entre 1261 y 1453 la ciudad recuperó su carácter bizantino y parte de su antigua gloria. Finalmente, en mayo de 1453, las fortificaciones del siglo V no bastaron para resistir a la pólvora y las balas de cañón de los turcos.

Durante toda su historia bizantina, la población de la ciudad se expandió y se contrajo en función de distintas presiones. Su constante crecimiento a partir del siglo IV hizo que en tiempos del emperador Justiniano (527-565) el número de habitantes rondara el medio millón. Aunque todas las estimaciones demográficas son meras conjeturas, la cifra de 500 000 habitantes se basa en la capacidad de la flota mercante que llevaba los alimentos básicos a la ciudad, así como en la actividad administrativa y de construcción dentro de ella. La Nueva Roma atraía habitantes, convirtiéndola, con mucho, en la mayor ciudad del mundo en la Antigüedad tardía, al tiempo que la Antigua Roma declinaba. Luego, en 541, un brote de peste bubónica afligió a todo el imperio, dejando innumerables muertos conforme iba avanzando de

una región a otra, transmitida por las ratas que iban en los barcos y en las mercancías que se transportaban por tierra. Cuando el historiador Procopio, que presenció aquellos horrores, trató de describirlos, adaptó para ello el famoso relato que hiciera Tucídides de la peste del siglo V a. C. Al modelo antiguo, Procopio añadió sus propias observaciones: cómo los vivos eran demasiado pocos para enterrar a los muertos, a los que tenían que arrojar al otro lado de las murallas o dentro de cisternas. La población debió de haber sufrido un fuerte descenso, no solo en 541-542 sino también en nuevos brotes recurrentes de la enfermedad producidos durante los siglos VII y VIII. Además de esta imparable causa de muerte, toda una serie de terremotos afectaron a la capital, provocando más terror, destrucción y pérdida de vidas. En 740, un fuerte temblor redujo la catedral de Santa Irene a sus cimientos, al tiempo que muchas otras edificaciones se derrumbaban, llevando el número de habitantes de la ciudad a uno de sus puntos más bajos.

Constantino V (741-775) invirtió esta tendencia mediante un plan específico de reconstrucción, empezando por Santa Irene, que se restauró dejándola todavía más magnificente que antes. En 766, en lo que representó una medida aún más importante para la revitalización de la ciudad, organizó la inmigración forzosa de miles de obreros para la reparación del gran acueducto, cortado durante el asedio de 626. Fueron reclutados en Ponto, Asia, Grecia y las islas egeas, y probablemente se quedaron en la ciudad una vez terminado el trabajo. Constantino también mandó reparar un reloj del Gran Palacio, y en 757 envió un órgano como regalo a los francos en una embajada, reflejando así su interés en dichos instrumentos. Probablemente funcionaban mediante energía hidráulica, como las fuentes y los ornamentos dorados mecánicos de la corte bizantina. Nuevas iglesias como la del

Faro, construida junto a este dentro del Gran Palacio, reflejaban esta ambiciosa estrategia de regeneración, que atrajo a nuevos habitantes y mercaderes a la ciudad. Mediante la expansión interna y la revitalización de los mercados, Constantinopla recuperó su posición de eje del comercio internacional.

Como centro de toda la administración, la diplomacia, el mecenazgo cortesano y la enseñanza de las artes y oficios de todo el imperio, la ciudad proporcionaba numerosas oportunidades a las gentes de las provincias y de otros territorios más lejanos que buscaban trabajo o mecenas, así como a mercenarios y a líderes espirituales. A mediados del siglo IX, un luchador y domador de caballos llamado Basilio utilizó su talento para hacer amistad con el emperador Miguel III, al que acabaría suplantando en 867. Incluso quienes carecían de especiales dotes buscaban empleo en las grandes casas y monasterios de la ciudad. Las muchachas jóvenes competían por un puesto de trabajo en la corte, donde numerosas damas de compañía atendían a la emperatriz y atraían la atención de potenciales esposos. Varios extranjeros, identificados por apodos como «el Italiano» o «el Eslavo», llegaron a ocupar altos cargos. Las estrechas relaciones con el Cáucaso vinieron a sumarse a esta sociedad multicultural en la que los militares solían hacer carreras de éxito. Los emperadores Filípico (711-713) y Romano I (920-944) —este último comandante naval— eran ambos de Armenia, mientras que León III (717-741) provenía de una familia siria que se había trasladado a Isauria, en la parte meridional de Asia Menor. En el siglo IX, Constantinopla de nuevo se vio dotada de numerosas villas y palacios construidos por mecenas individuales, así como patriarcas, funcionarios imperiales y administradores.

A finales del siglo XI y durante todo el XII, cuando los turcos

selyúcidas penetraron en Asia Menor (véase el capítulo 21), muchos refugiados huyeron a Constantinopla. Pese al evidente incremento de la población, al parecer la ciudad fue capaz de alimentar a todo el mundo, lo que reflejaba la eficiente explotación de las fincas de las provincias orientales del imperio, muchas de las cuales eran propiedad de instituciones religiosas, como los monasterios del monte Athos. A finales del siglo XII, uno de los mayores, el de Gran Laura (véase el capítulo 18), poseía incluso una pequeña flota de barcos en los que transportaba el excedente de cereal desde sus tierras en las inmediaciones de la Montaña Sagrada[4] hasta la capital. Aunque resulta imposible disponer de cifras exactas sobre la población de Constantinopla, los visitantes occidentales se quedaban asombrados ante la cantidad de gente que veían y lo abarrotadas que estaban las calles.

En su historia de la Cuarta Cruzada, Geoffrey Villehardouin, que murió entre 1212 y 1218, calculaba que había unos cuatrocientos mil habitantes, y dejaba clara su propia impresión de que la ciudad era sin duda la mayor de la cristiandad.

Dentro de sus murallas, Constantinopla contenía numerosos monasterios, iglesias y santuarios, que atraían a peregrinos y a anacoretas de todos los rincones del mundo cristiano. En el siglo V, Daniel, un monje sirio, erigió su columna ante las murallas de la ciudad y desde lo alto empezó a dar consejos, incluso a los propios emperadores. Tales ascetas eran sumamente respetados por los principales obispos que administraban la Iglesia. El patriarca de Constantinopla dirigía la educación religiosa y reunía una gran biblioteca de textos teológicos. Al mismo tiempo, existía una importante tradición de enseñanza secular que se remontaba a los tiempos más antiguos. En 425, Teodosio II

reforzó dicha enseñanza estableciendo 31 cátedras para profesores especializados en el estudio de la gramática griega y latina, la retórica, la filosofía y el derecho en unas salas especiales del Capitolio. Con el patrocinio imperial, Constantinopla seguía siendo el centro de todos los estudios jurídicos superiores, además del cuadrivio avanzado de las ciencias matemáticas y la filosofía. Paralelamente, la hermana mayor de Teodosio, Pulqueria, fomentó el culto a la Madre de Dios, con liturgias especiales que se prolongaban toda la noche.

Con el apoyo de la emperatriz Verina, esposa de León I (457-474), dicho culto arraigó en dos importantes santuarios de Constantinopla: en Blachernae, en la esquina noroccidental del recinto amurallado, y en el distrito de los obreros del cobre, Chalcoprateia, cerca del Gran Palacio. Además de las reliquias de su velo, su cinto y su manto, ciertos iconos de la Virgen y el Niño, así como el ciclo litúrgico de sus festividades, conmemoradas en sermones y plegarias, vinieron a potenciar la devoción popular a ella. Se decía que algunos de los cuadros eran obra de san Lucas y se remontaban a los años en que este vivió. Otros emperadores posteriores siguieron aumentando la colección imperial de reliquias; a comienzos del siglo X, León VI instaló dos iconos milagrosos particularmente importantes a ambos lados de la entrada principal de la catedral de Santa Sofía (véase el capítulo 5). Los visitantes occidentales del período de las Cruzadas expresaban su asombro ante las colecciones de importantes reliquias e iconos, así como su sorpresa ante el número de eunucos de la corte (véase el capítulo 15).

También los visitantes musulmanes proporcionaban fascinantes comentarios sobre Constantinopla y los bizantinos. En el siglo XI, el diplomático al-Marwazi explicaba:

> Los *rum* son una gran nación. Poseen extensas tierras, abundantes de cosas buenas. Tienen talento para los oficios y son hábiles en la fabricación de [diversos] artículos, tejidos, alfombras y barcos[5].

Con la palabra *rum*, al-Marwazi aludía a los romanos, el término que empleaban los bizantinos para referirse a sí mismos. Para él, solo los chinos les superaban en artes aplicadas, y dado que ya había visitado la corte del Gran Kan, se hallaba en una buena posición para juzgar. También explicaba la riqueza de Bizancio, informando de que el imperio obtenía sus ingresos de «aranceles que recaudan de los mercaderes y barcos de todas las regiones… y de las caravanas [que] llegan por tierra […] de Siria, de los eslavos y rus, y otros pueblos». Para muchos visitantes occidentales, la riqueza de los ciudadanos de Constantinopla, que vestían de seda y comían caviar, parecía algo fabuloso. Para algunos de sus habitantes más cultos, como Nicetas Choniates, que registró la historia de Bizancio desde 1118 hasta 1206, Constantinopla era de hecho la «Reina de la reina de las ciudades», un juego de palabras con el término griego *basilissa*, que significa «imperial», «dirigente» y «emperatriz» o «reina». Su grandeza se derivaba de su belleza, marcada por monumentos y colecciones de obras de arte, así como de su riqueza. Ello contribuyó a generar cierta envidia en Occidente, que se vería avivada por el hecho de que Alejo IV no pagara a las fuerzas de la Cuarta Cruzada, y que llevaría al saqueo de la ciudad en abril de 1204.

Aunque Constantinopla jamás recuperó su nivel de población anterior a ese año, sí mantuvo su destacada posición intelectual prácticamente hasta que sucumbió ante los turcos, y siguió atrayendo a comerciantes, artistas y eruditos, que financiaron nuevas construcciones así como la redecoración de las iglesias. Teodoro Metoquites (1270-1332), estadista y erudito, restauró el antiguo monasterio de Chora

(Kariye Camii) en la región noroccidental de la ciudad, con nuevos y magníficos mosaicos y frescos (láminas 26 y 33). Inspirándose en la historia y la fuerza de la cultura imperial, diversos arquitectos y artesanos contribuyeron a crear nuevas formas de civilización bizantina, por ejemplo, con las capillas funerarias con tumbas para sus mecenas que se añadieron a muchas iglesias. El veredicto de los visitantes árabes seguía siendo favorable; a comienzos del siglo XIII, al-Harawi informaba de que «Constantinopla es una ciudad aún mayor que su reputación», y añadía: «¡Ojalá que Dios en su gracia y generosidad se digne hacer de ella la capital del islam!». Más tarde al-Qazwini (1203-1283) afirmaba: «Jamás se construyó nada parecido ni antes ni después», mientras que el gran historiador y sociólogo Ibn Jaldún (1332-1406) la describió como «una ciudad magnífica, sede de los Césares, que contiene obras famosas por su construcción y su esplendor»[6].

Esta apreciación contribuyó a la decisión de los otomanos de convertirla en su capital. Tras el asedio de 1453, el sultán Mehmet II permitió tres días de saqueos y luego pasó muchos años reconstruyendo y repoblando la ciudad. Las iglesias abovedadas de esta inspiraron su propia aportación, la mezquita del Conquistador (Fatih Camii), erigida en el emplazamiento de la iglesia de los Santos Apóstoles, a la que se agregara el mausoleo imperial. Aun después de la conquista, Constantinopla pervivió como capital del Imperio otomano. Durante quinientos años se la conocería como «la Sublime Puerta», un centro de la diplomacia internacional y del quehacer político en Oriente Próximo. Constantinopla encarnaba una estimulante combinación de comercio internacional, actividad local comercial, burocracia y ceremonial.

Hoy Estambul no es ya la capital de Turquía, y sus antiguas murallas están rodeadas de nuevas autopistas y vastos barrios periféricos. El bulevar Atatürk pasa por debajo y por entre los arcos del principal acueducto; la torre construida por los genoveses en Gálata, el barrio septentrional situado al otro lado del Cuerno de Oro (también llamado Pera), se alza entre los modernos edificios que hoy la rodean, mientras que las cúpulas de Santa Sofía y de la Mezquita Azul rivalizan por captar la atención en la ciudad vieja. Pero la ciudad de Constantino sigue siendo reconocible, con sus vistas, espacios públicos y monumentos que continúan evocando la grandeza de mil setecientos años de historia.

3
El Imperio romano de Oriente

Arrojad vuestras jabalinas y flechas contra ellos […] para que sepan que están luchando […] con los descendientes de los griegos y los romanos[7].

Emperador CONSTANTINO XI PALEÓLOGO arengando a sus tropas el 28 de mayo de 1453, *Crónica del Seudo-Sfrantzes*

La expansión del imperio de Roma y la difusión de la cultura de Roma a Gran Bretaña, el norte de África, los Balcanes, Egipto, Europa central y Oriente Próximo sigue siendo un fenómeno asombroso. Con su capacidad para obtener impuestos de todas sus provincias para financiar nuevas actividades militares y para mantener la burocracia central, la administración romana logró un control hasta entonces inimaginable sobre territorios de muy distinta naturaleza. La fortaleza del imperio residía en el sistema que le permitía integrar las regiones conquistadas de modo que vinieran a incorporarse a su poder. Dominaba el arte de reclutar a los talentos locales de las provincias para su propia causa, al tiempo que reducía las regiones a un estatus subordinado.

Mientras que el latín se empleaba en todo Occidente, el griego siguió siendo la lengua franca de todas las regiones orientales. Hasta el siglo VI, el Imperio bizantino utilizó las dos antiguas lenguas. Los administradores enviados desde Occidente a la parte oriental del imperio solían ir provistos de vocabularios que daban el equivalente griego de las palabras latinas y explicaban la terminología local. La traducción del griego al latín era en gran medida el trabajo de los eruditos cristianos que querían poner las Escrituras y los textos teológicos a disposición de los occidentales. En cambio, era mucho menos la literatura latina que se traducía al griego.

Así, por ejemplo, la mayor parte de las obras de Cicerón, Ovidio, Virgilio y Horacio eran desconocidas para los hablantes de griego que no eran políglotas. No obstante, la mayor parte de los hombres instruidos eran bilingües. Amiano Marcelino (*c.* 330-392 o más tarde), un erudito nacido en Antioquía que se identificaba a sí mismo como griego y como soldado, escribió una historia de su época en latín que documenta las campañas del emperador Juliano. También evocó de manera brillante la belleza de antiguos lugares como el templo de Serapis en Alejandría, derribado por los cristianos en 391, o el Foro de Trajano en Roma.

Aunque los emperadores trataban de mantener la unidad de su vasto imperio, también reconocían las dificultades de imponer un gobierno uniforme hasta las regiones más remotas. La solución ideada por Diocleciano (284-305) dividía el imperio en dos mitades, cada una de ellas gobernada por un emperador y un asistente o emperador «menor». Los dos emperadores «mayores» habían de actuar de manera coordinada, promulgando leyes que serían observadas en ambas partes del mundo romano, al tiempo que defendían sus propios territorios. Este «gobierno de cuatro» (o tetrarquía) pretendía estabilizar la administración civil y la defensa militar. Ciertamente funcionó lo bastante bien como para permitir tanto a Diocleciano como a su homólogo, el otro emperador «mayor», retirarse al cabo de veinte años de servicio, cuando sus asistentes se convirtieron ellos mismos en emperadores. Pero como ya hemos visto en el capítulo 1, Constantino revocó este sistema con su decisión de convertirse en el único gobernante, y, con ello, restauró la monarquía.

Esta, sin embargo, no tuvo más éxito que la tetrarquía a la hora de resolver los problemas del Imperio romano en el siglo IV. Los descendientes de Constantino se vieron enfrentados a

dos clases distintas de amenaza militar. En Oriente, los romanos hubieron de contener a Persia, considerada siempre el «otro ojo» del rostro del mundo conocido. En el norte y el oeste, las tribus germánicas se mostraban aún más ansiosas por invadir y ocupar territorio romano. Dado que carecían de lenguaje escrito, de moneda y de leyes o de un sistema de gobierno reconocible, tradicionalmente se les consideraba bárbaros y primitivos. Pese a ello, Juliano (361-363) se vio obligado a emprender sendas campañas contra los alamanes al este del Rin, antes de convertirse en emperador, y contra los persas más allá del Éufrates. Ningún emperador podía defender a la vez todas las fronteras de su vasto imperio.

En 395, Teodosio I impuso una solución distinta con la división formal del imperio entre sus dos hijos: Honorio fue proclamado emperador de Occidente y Arcadio, de Oriente. Pero dado que los dos jóvenes emperadores necesitaban guardianes y consejeros, los generales militares se aprovecharon de la situación. Estilicón —medio vándalo, medio romano— se hizo con el control de Occidente, mientras que Eutropio —esclavo emancipado y eunuco— asumió el de Oriente. Ambos eran una muestra del reclutamiento de fuerzas no romanas, especialmente de godos, en el ejército, lo que permitía a los soldados bárbaros llegar hasta los más elevados puestos militares. Aunque este proceso se dio en ambas partes del imperio, la influencia bárbara resultaría mucho más peligrosa en Occidente. Una rebelión en Britania forzó la retirada de las tropas imperiales en 406, lo que coincidió con una importante incursión de vándalos, suevos y alanos, que cruzaron las aguas congeladas del Rin y luego avanzaron hasta la Galia y penetraron en Hispania. Esto marcaría el principio del fin para la parte occidental del Imperio romano.

Pero el desafío más serio al poder imperial vendría de la

mano de los visigodos (o godos del oeste), cuyo jefe, Alarico, fue nombrado *magister militum per Illyricum* (es decir, comandante supremo de la provincia oriental de Iliria, una extensa región de los Balcanes). En el año 410 condujo a los visigodos hasta Italia, bloqueó Roma y rechazó las negociaciones y la oferta de oro del Senado. En agosto de aquel año, Roma, la Ciudad Eterna, capital del mayor imperio del mundo antiguo, fue saqueada por sus insatisfechas tropas. Aquel desastre llevó a san Agustín, obispo de Hipona, en el norte de África, a escribir su obra *La ciudad de Dios*, en la que advertía a los cristianos de Occidente que no debían dar excesivo valor a la gloria terrenal.

Al saqueo de Roma le siguió un número cada vez mayor de conquistas bárbaras, especialmente las del huno Atila, el segundo saqueo de Roma a manos de los vándalos del norte de África en 455, y la deposición del último emperador romano establecido en la propia Roma, Rómulo Augústulo, en 476. A partir de entonces, la parte occidental del mundo romano quedaría dividida entre diversos gobernantes bárbaros. Algunos de ellos, como Alarico y el ostrogodo (o godo del este) Teodorico, fueron alentados por los emperadores orientales a dirigirse hacia el oeste y dejar en paz a Constantinopla. Otros, como los burgundios y los francos, cruzaron el Rin para establecerse en lo que había sido la Galia central y septentrional. Los pocos funcionarios que representaban lo que quedaba del dominio romano retrocedieron hasta Arlés, en el sur de la actual Francia, y negociaron los mejores acuerdos posibles con los recién llegados. Muchos de los que tenían estatus senatorial buscaron refugio en la Iglesia.

La parte oriental del imperio, sin embargo, no experimentó el mismo proceso de decadencia y colapso. Por el contrario, sobreviviría durante otro milenio asentado en su fuerte

metrópolis, Constantinopla, y sustentado por las ricas provincias de Oriente Próximo. Controlaría la cuenca oriental del Mediterráneo, aproximadamente la parte comprendida al este de la línea que iba de Singidunum, a orillas del Danubio (la actual Belgrado), hasta Cirene, en el norte de África (la actual Libia), pasando por el Adriático (véase el mapa 2). La mayor parte de los Balcanes, Grecia, las islas egeas y toda la actual Turquía configuraban la mitad norte de esta región, mientras que las zonas oriental y meridional estaban formadas por la totalidad de Siria, Palestina, Egipto y Libia. Al otro lado del mar Negro, el poder romano conservaba un pequeño enclave en Crimea, lo que permitiría que la navegación por el Euxino, o mar «hospitalario», se mantuviera. En el Mediterráneo, Creta, Chipre y Sicilia representaban puntos clave en las rutas marítimas, mientras que los puertos de Alejandría, Gaza, Cesarea y Antioquía mantenían su comercio bajo la autoridad de Constantinopla. Hasta el siglo VII, el comercio internacional se extendía también a diversos centros occidentales como Cartago, en el norte de África, y Cartagena y Sevilla, en la península Ibérica.

Esta parte oriental del Imperio romano es Bizancio, aunque no se le daría ese nombre hasta el siglo VI, cuando los eruditos humanistas trataban de hallar el modo de identificar lo que quedaba tras el colapso de la Antigua Roma en Occidente. Aunque el término que estos acuñaron se ha utilizado desde entonces, es importante recordar que los habitantes del imperio se denominaban a sí mismos «romanos» (en griego, *romaioi*) y se veían como tales. El hecho de que se atribuyeran cualidades romanas no era mera vanidad o esnobismo. Desde 330 hasta 619, Bizancio disfrutó de unas realidades no menos imperiales que su ideología, sobre todo en lo referente al «pan y circo», una manera abreviada de aludir a la norma de proporcionar los productos alimenticios básicos y un

entretenimiento público gratuito a todos los habitantes de la capital oriental.

Como ya hemos visto, Constantino I insistió en mantener el subsidio del pan para todos los que se construyeran nuevas residencias en Constantinopla. La organización de una importación suficiente de cereales desde Egipto constituía una de las principales empresas del estado, que servía para dar trabajo a los propietarios de los barcos de transporte del grano, a los marineros y capitanes de la marina que realizaban el viaje anual a Alejandría, y a los estibadores que desembarcaban la carga en la isla de Ténedos, a la entrada de los Dardanelos, donde se almacenaba en inmensos silos hasta que los vientos favorables permitían que se transportara hasta la capital. Allí se distribuía a los gremios de molineros y panaderos, que se aseguraban de que hubiera pan cada día. A los que podían documentar su residencia en la ciudad se les entregaba una ficha de bronce que tenían que enseñar para poder recibir su ración de pan gratis en determinados puntos de distribución convenientemente señalados. La disposición de pan gratis no se hacía según fueran las necesidades, sino que se trataba más bien de un privilegio para quienes podían demostrar que eran bizantinos, es decir, que vivían en la ciudad.

Tras la ocupación persa de Egipto, en 619, dejó de llegar la flota de transporte de cereal, pero en cambio el abastecimiento de pan continuó. Diversas fuentes alternativas de grano, principalmente de Tracia, aseguraron el suministro de este, que luego se horneaba en barras. A partir de esa fecha, no obstante, los habitantes de la ciudad tuvieron que pagar el pan. Aunque había revueltas cada vez que la calidad de este disminuía, y cuando había escasez se producían ataques al eparca (o prefecto) de la ciudad, la norma de proporcionar los productos alimenticios considerados más básicos en la

Antigüedad a la ciudad más importante de la época se mantendría durante siglos. Aun cuando la población de Constantinopla alcanzó su cifra máxima, llegando probablemente casi al medio millón bajo el mandato de Justiniano, antes de la peste, y a unos cuatrocientos mil en el siglo XII, se horneó el suficiente pan para cubrir sus necesidades.

Junto con el suministro de pan, el estado garantizaba también el entretenimiento público, que tenía lugar en el Hipódromo de Constantinopla, renovado por Constantino I. Este recinto de carreras se construyó con unas considerables dimensiones, dando cabida a los senadores y dignatarios en los asientos de mármol más cercanos a la pista, mientras que el resto de la población ocupaba bancos de madera situados más arriba, al tiempo que las mujeres y los niños se apretujaban de pie en la zona más alta. Los bizantinos eran apasionados entusiastas de las carreras de caballos y de carros, y los partidarios respectivos de cada equipo se identificaban por un determinado color: Rojos, Blancos, Verdes y Azules, importados de Roma, que se organizaban en corporaciones profesionales. En el siglo VI, solo los Verdes y Azules tenían relevancia, aunque, por otra parte, se habían convertido en grandes y poderosos organismos con plena responsabilidad no solo de las carreras sino también de organizar las exhibiciones de gimnasia, atletismo, boxeo, animales salvajes, pantomima, baile y canto con las que se llenaban los entreactos entre carrera y carrera.

Gracias a la historia de Procopio disponemos de una descripción detallada de una famosa artista del espectáculo público: Teodora, nacida alrededor de 497. Algunos historiadores consideran su versión un relato infundado que aspira a condenarla, pero dado que el emperador hubo de cambiar las leyes para convertirla en su esposa, es muy

probable que procediera de una familia de bajo nivel social aun en el caso de que no actuara como Procopio afirma insistentemente que lo hizo. Su relato revela algo sobre la forma en que los Verdes y Azules organizaban el entretenimiento popular, documentando las distintas tareas que habían de realizar sus miembros: el padre de Teodora, Acacio, aparece como el responsable del cuidado de los osos, a los que se hacía bailar o luchar en determinadas exhibiciones; tras su muerte, su viuda trató de forjar una nueva alianza con la figura homóloga en la facción azul, aunque sin éxito. Luego subió a sus tres hijas al escenario, con lo que logró reemplear de nuevo a su familia.

Se dice que Teodora no tenía especiales dotes ni como bailarina ni como flautista (los papeles que se le atribuyen en la base del obelisco erigido en el Hipódromo), pero se convirtió en una famosa artista circense, apreciada por sus sensuales actuaciones y astracanadas. Esta clase de espectáculos eran muy distintos de los de las bailarinas teatrales, que recreaban historias de los antiguos mitos griegos en mímica y con acompañamiento musical. Teodora destacaba, pues, en la clase de entretenimiento más grosera, y es posible que fuera así como atrajo al sobrino del emperador, Justiniano, que compartía sus gustos. Una vez se hubo cambiado la ley para permitir a Justiniano casarse con ella, Teodora se convertiría en su consorte, y, llegado el momento, en la emperatriz. Más adelante hablaremos de su papel y de su famoso retrato conservado en Ravena.

La política romana del pan y circo fue poco a poco convirtiéndose en una política cristiana de sopa y salvación en la medida en que la Iglesia trató de frenar el entusiasmo popular por las carreras, las apuestas y lo que se consideraban espectáculos indecentes. Las representaciones teatrales de antiguas obras griegas fueron declinando, y los teatros y

odeones, que habían constituido un rasgo tan prominente de las ciudades de la Antigüedad, se convirtieron en canteras para la extracción de material de construcción. Al convertirse en ruinas, a menudo se asoció aquellos lugares con los malos espíritus, al tiempo que se atribuían poderes proféticos a ciertas estatuas antiguas: ambas cosas consideradas peligrosas por los cristianos. En sus ataques a determinadas tradiciones urbanas como los baños públicos, así como a otras de carácter rural tales como la celebración de la fiesta de la vendimia, la Iglesia trató asimismo de poner fin al comportamiento inmoral e inapropiado. Pese a ello, jamás logró erradicar de los bizantinos su pasión por el espectáculo del Hipódromo.

Los Azules y los Verdes que organizaban las carreras también tenían encomendadas otras tareas más serias, tales como aclamar al emperador cada vez que se sentaba en el palco imperial del Hipódromo, al que podía acceder directamente desde el interior del palacio. De esta responsabilidad se derivó una dimensión política, en la que determinadas personas o grupos utilizaban las facciones para expresar su enfado. A través de las intervenciones organizadas que seguían a las aclamaciones obligatorias, los Verdes o los Azules podían corear observaciones críticas, por ejemplo, respecto a los precios. En un debate del siglo VI se registraba la condena de determinadas prácticas, así como la respuesta del emperador, transmitida a través del chambelán principal (*praipositos*). Así, una parte del potencial de disensión política se recondujo hacia el espacio común del Hipódromo, donde podía controlarse. De ese modo podían airearse los agravios contra funcionarios corruptos o impuestos excesivos. Pese a ello, el Hipódromo no representaba un verdadero espacio de auténtica deliberación o debate serio, algo que la naturaleza autocrática del gobierno bizantino no habría admitido jamás.

Sí proporcionaba, en cambio, un espacio de emocionantes

espectáculos públicos compartidos por todas las clases sociales de Bizancio, incluido el emperador. En ciertas ocasiones, el soberano incluso participaba en las carreras de carros; en el siglo IX se dio instrucciones a las facciones de que permitieran al emperador Teófilo (829-842) llevar la victoria a los colores de los Azules. Las facciones también se encargaban de organizar espectáculos privados para los huéspedes imperiales en el interior del palacio, junto con los coros de las iglesias de la ciudad. En el siglo X, los grandes banquetes se animaban con danzas realizadas al son de órganos que funcionaban con energía hidráulica. Las exhibiciones de gimnasia, acrobacia y otros espectáculos circenses, a veces sobre camellos o sobre alambres suspendidos en lo alto del Hipódromo, que hacían las delicias de los visitantes de Constantinopla, también eran responsabilidad de las facciones.

El Hipódromo era el lugar donde los bizantinos se reunían para celebrar eventos ceremoniales tales como la conmemoración del aniversario de la ciudad, que se celebraba siempre el 11 de mayo; las celebraciones de las victorias; la muerte de enemigos y de criminales condenados, y el nacimiento o la coronación de un joven coemperador. Era allí donde el emperador se encontraba con su pueblo. En el siglo XII, cuando la dinastía de los Ángelo decidió celebrar las bodas imperiales en la intimidad del palacio de Blachernae, la plebe se opuso violentamente. A veces las circunstancias podían revelarse adversas antes que favorables. No cabe duda de que se conspiraba y se maquinaba en las zonas subterráneas del Hipódromo, donde Azules y Verdes guardaban sus trajes, accesorios y demás equipamiento, mientras que varios departamentos del gobierno funcionaban en cámaras situadas bajo las gradas. El Hipódromo desempeñaba un papel tan significativo en la vida de la ciudad

que los emperadores dedicaron siempre cuantiosos fondos al entretenimiento público.

La ideología imperial sustentaba todos los aspectos de la corte bizantina con los símbolos romanos de poder, además de otros nuevos adoptados de Persia. Diocleciano fue el primer emperador que llevó diadema, ropajes de oro y una insignia de su posición —todo ello importado de Oriente—, además que esperar que la gente se postrara ante su presencia. Los soberanos del siglo IV importaron esas costumbres de Persia, donde el rey de reyes (*shahanshah*) se sentaba en el trono bajo árboles de oro llenos de pájaros de oro a los que se podía hacer cantar, flanqueado por leones que también rugían. Teodosio II construyó un campo de polo para que los emperadores bizantinos pudiesen jugar al real deporte, que era otra importación de Persia.

En la propia corte bizantina, dentro del vasto complejo palaciego, coincidían los símbolos y las realidades del poder autocrático. La autoridad imperial se exhibía a través de innovaciones tecnológicas tales como relojes de agua y aparatos astronómicos. Los bizantinos utilizaban los principios desarrollados en el siglo I de nuestra era por Herón de Alejandría para construir autómatas movidos con energía hidráulica destinados a impresionar a los visitantes de la corte. En el siglo X, Liutprando de Cremona, enviado como embajador a Constantinopla, informaba de que el inmenso trono custodiado por «leones que rugían» se elevaba en el aire. «¡Observen! El hombre al que justo antes acababa de ver sentado en un asiento de moderada altura había cambiado ahora su vestimenta y se hallaba sentado a la altura del techo». En los baños imperiales y afuera, en los jardines, las fuentes rociaban agua, mientras los pájaros de oro cantaban y los órganos proporcionaban entretenimiento musical. Al igual que los relojes que medían el tiempo con precisión y los

instrumentos astronómicos que podían predecir los eclipses, todo ello simbolizaba el poder de los emperadores, su incomparable prestigio y su ostentosa grandeza. El entorno arquitectónico de esta celebración de supremacía imperial se inspiraba en el palacio de Augusto, en el monte Palatina de la Antigua Roma. Fue Septimio Severo (193-211) quien construyó el palacio original en la antigua Bizancio, y luego los posteriores soberanos lo ampliaron hasta que el complejo del Gran Palacio llegó a cubrir una extensa área situada en el primero de los catorce distritos de Constantinopla. Este palacio contenía no solo las principales salas de recepción, las habitaciones de la familia imperial y de sus sirvientes, numerosas iglesias, baños y guarniciones, sino también numerosas oficinas de la administración central, todas ellas unidas por corredores, jardines jalonados de terrazas y fuentes alimentadas por cisternas (véase el capítulo 16). Desde su emplazamiento sobre acrópolis, gozaba de espectaculares vistas sobre el Bósforo. A finales del siglo VII, Justiniano II (685-695 y 705-711) rodeó toda la zona de una muralla, convirtiéndola así en la que sería la primera de numerosas ciudadelas. Pese a esta fortificación, muchos rebeldes y asesinos lograrían entrar en palacio, por ejemplo en 820, cuando se disfrazaron de miembros del coro que había de cantar en las celebraciones navideñas y asesinaron a León V.

El palacio fue siempre un centro de aprendizaje, que proporcionaba educación a los infantes imperiales y conservaba una gran biblioteca. La mayoría de los emperadores favorecieron la erudición y patrocinaron a determinados maestros. Basilio I, que destituyó a Focio del patriarcado, más tarde volvió a llevarle a palacio para que enseñara a sus hijos: Constantino, León y Alejandro. El segundo, que más tarde reinaría con el nombre de León VI (886-912), pasaría a conocerse con el sobrenombre de «León

el Sabio», lo que posiblemente fuera en parte un tributo a su maestro. La biblioteca palaciega nutrió a algunos soberanos intelectuales, como Constantino VII (913-959), además de mantener a un conjunto de escribas que hacían lujosas copias de manuscritos que luego se regalaban a gobernantes extranjeros. Así, en 827, estos copiaron los textos de Seudo-Dionisio el Areopagita en un manuscrito que se entregó a Ludovico Pío y que se guardó en el monasterio de Saint-Denis, en las afueras de París (actualmente se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia). Y durante el reinado de Romano II (959-963) produjeron una copia ilustrada del texto médico y farmacológico de Dioscórides para el califa de Córdoba.

En la administración práctica de la parte oriental del imperio también persistían las tradiciones romanas, especialmente en las cuestiones tributarias. Los funcionarios seguían realizando tanto el censo de la población como la evaluación de la calidad de la tierra a fin de gravar a las personas, las propiedades y los bienes inmuebles. Los ingresos tributarios seguían siendo esenciales para el gasto imperial, y su disminución debida a las concesiones de tierras libres de impuestos, así como a la adopción del arrendamiento de la recaudación tributaria en el siglo XI, habría de causar una grave crisis. En la transición de la inscripción tallada y los documentos en papiro a los registros escritos en pergamino se mantuvo la práctica registral romana, y se guardaban copias por triplicado de todas las decisiones imperiales. Así, por ejemplo, se utilizaron inscripciones monumentales en piedra para fechar las reparaciones en las murallas de Constantinopla y para consignar una victoria lograda en Nicea a comienzos del siglo VIII. Tanto el pergamino como el papiro eran materiales que difícilmente resistían los incendios y saqueos, por lo que apenas se han conservado unos pocos

indicios de su poderosa organización burocrática, principalmente en la correspondencia oficial como la que mantenían con los obispos de Roma, o en las donaciones imperiales a monasterios.

En el procedimiento fundamental para la proclamación de un nuevo soberano, Bizancio añadió un elemento cristiano a su herencia romana. La aclamación por parte del Senado, el ejército y el pueblo en el Hipódromo se vio transformada en 457 por la adición de una ceremonia de coronación realizada por el patriarca en Santa Sofía. León I fue el primer emperador confirmado por este ritual cristiano. El patriarca Anatolio insistió en ello posiblemente porque León era una figura militar desconocida que había llenado el vacío dejado por la muerte de los últimos representantes de la dinastía Teodosiana. La celebración de la ceremonia y el uso de una corona se convirtieron en una de las formas por las que pretendientes y usurpadores tratarían de aumentar su poder. Sin embargo, y de manera más significativa, en Bizancio la coronación simboliza la transformación de las tradiciones imperiales romanas en otras de carácter cristiano.

El ritual de coronación de la Bizancio medieval habría de ser imitado en las cortes de toda Europa. En la ceremonia de elevación de Carlomagno a la posición de emperador, en el año 800, el papa León III tuvo que buscar una corona para ponérsela en la cabeza, puesto que no podía haber coronación sin corona. Asimismo, le ungió con los santos óleos, lo que constituía una innovación occidental en el ritual. En el Occidente medieval, la «unción», como se la denominaba, normalmente estaba reservada para los obispos y el clero de alto rango. Cuando León III la empleó en la coronación de un monarca, reclamaba con ello un papel vital y superior para la Iglesia, que tanto los papas de Roma como los metropolitanos de Rusia y los arzobispos de Canterbury se mostrarían

ansiosos de perpetuar. Napoleón rompería esta dependencia de la Iglesia al coronarse a sí mismo en París. Otros monarcas tanto del Viejo Mundo como del Nuevo, sin embargo, perpetuarían el estilo de coronación bizantino, y de hecho este constituiría la base de la coronación de la reina Isabel II de Inglaterra, la primera televisada, en 1953, mil quinientos años después de que León I fuera coronado por Anatolio. Pese a ello, el momento crucial de la unción, cuando los obispos se congregaron en torno a la monarca, se consideró todavía demasiado sagrado como para mostrarlo a los televidentes.

Aunque ornadas de cristiandad, Bizancio mantuvo las tradiciones romanas que hicieran famoso al gobierno imperial, y especialmente a la ideología imperial, con sus ramificaciones en el derecho, la organización militar, la medicina, la administración, la tributación y los ceremoniales cortesanos. El emperador siguió siendo un personaje divino en la tierra, aunque su indiscutible autoridad era ahora sancionada por Dios. Él formaba y dirigía a sus tropas en la batalla, aunque ahora eran los eclesiásticos quienes bendecían la campaña y rezaban por la victoria, que era concedida por Dios. La corte imperial seguía siendo un lugar de refinada pompa y ostentosa exhibición, si bien ahora era un reflejo de la corte celestial. La justicia seguía siendo prerrogativa y deber imperial, y se prestaba atención a las apelaciones ante el emperador incluso de los súbditos pobres y anónimos. Los antiguos templos de Constantinopla no fueron demolidos o convertidos de manera inmediata; de hecho sobrevivieron hasta el siglo VI, en que fueron readaptados para un uso laico. Algunas obras de arte antiguas siguieron siendo apreciadas pese a representar a dioses y diosas desnudos.

Aunque las hazañas de la ingeniería romana eran visibles en la construcción de puentes, carreteras, fortificaciones y

acueductos, que seguirían construyéndose durante siglos, las invisibles funciones de la administración burocrática remunerada probablemente resultaron más significativas en el sostenimiento de Bizancio. Cuando algunos rebeldes incompetentes como Focas (602-610) se apoderaron del trono, la estructura oficial de gobierno siguió funcionando sin grandes cambios.

Pese a ello, algunos emperadores, incluyendo a Alejo I Comneno (1081-1118), pudieron intervenir para reformar el sistema. La necesidad de funcionarios cualificados contribuyó también a mantener unos elevados estándares de educación y a aumentar el nivel general de alfabetización. Y los propios burócratas desarrollaron un sentimiento de su propia valía y un espíritu corporativo que se manifiesta claramente en su correspondencia.

Conforme la parte oriental del Imperio romano se transformaba en la Bizancio cristiana, nuevas tradiciones relacionadas con la creencia religiosa venían a añadirse a las viejas tradiciones imperiales y clásicas, incluyendo la preservación consciente de los tiempos paganos precristianos. La vitalidad de Bizancio y su supervivencia le deben mucho a esta coexistencia de distintas facetas opuestas. Cuando Constantino XI Paleólogo urgió a sus súbditos a defender su capital contra los turcos otomanos, el día antes del asalto final del 29 de mayo de 1453, les pidió que mostraran el espíritu y la fortaleza de sus ancestros, los griegos y romanos. Él mismo pereció en la batalla por defender aquel espíritu, muriendo menos como un mártir cristiano que como un descendiente de César y Augusto, Constantino y Justiniano.

4

La ortodoxia griega

La profesión del divino símbolo de fe [el credo], que todos hacen, prefigura el agradecimiento místico de la era futura… por la que somos salvados[8].

SAN MÁXIMO EL CONFESOR, *Mistagogia*, escrita *c*. 640, citado por el patriarca GERMANO en su *Comentario sobre la Divina Liturgia* (posterior a 730)

Los historiadores suelen preguntarse por qué triunfó el cristianismo, cómo se ganó la lealtad de quienes previamente habían adorado a numerosos dioses, y qué factores aseguraron su presencia permanente en el antiguo mundo mediterráneo. Como descendiente del judaísmo, heredó la convicción de que existía solo un Dios creador, al que universalizó predicándolo a todo el que quisiera escuchar. Pero los viejos cultos habían satisfecho la mayoría de las necesidades durante siglos. ¿Por qué los seguidores de Apolo, Isis, Zoroastro, Mitra y otros dioses establecidos pasaron a adoptar el cristianismo?

A diferencia de sus contemporáneos, los seguidores de Jesucristo confiaban en que la muerte no era el final: se levantarían de nuevo en un cielo de paz y de luz. Esta creencia les llevaba a comportarse de una forma cristianamente correcta, evitando pecar y fomentando la fe, la esperanza y la caridad, a fin de que Dios les juzgara merecedores de la vida eterna en el otro mundo. Esto les diferenciaba de los judíos, los politeístas y los miembros de otros cultos diversos que habían florecido en los primeros siglos de nuestra era.

También predisponía a algunos de ellos a preferir la muerte antes que renegar de su fe, que era lo que las autoridades romanas encontraban más extraordinario. Desde los tiempos del emperador Nerón, que endosó la responsabilidad de los incendios que asolaron Roma en el año 64 a este grupo,

«odiado por sus abominaciones», los cristianos optaron por el martirio antes que renunciar a sus creencias. La muchacha esclava Blandina, que fue arrojada a las fieras salvajes junto con sus compañeros en el anfiteatro romano de Lyon en 180, se limitaba a repetir constantemente «Soy cristiana», y nada más. Luego seguirían numerosas torturas públicas y humillaciones, y finalmente sería corneada por un toro. «Tras seis días de ser expuestos a toda clase de insultos y a la intemperie, los cuerpos de los mártires fueron quemados y reducidos a cenizas, y luego barridos por aquellos malvados al Ródano […] para que no volviera a verse sobre la tierra ni el menor rastro de ellos». Pero quienes presenciaron el espectáculo se quedaron asombrados y conmocionados, e incluso es posible que algunos de ellos se sintieran inspirados por su coraje. El ejemplo de Blandina se vería repetido en todo el mundo romano por parte de cristianos de todas clases: Lorenzo en Roma, Perpetua en Cartago, Artemio en Egipto, y Tecla, supuesta compañera de san Pablo, en Seleucia. Siempre que podían, los cristianos erigían santuarios en los lugares de martirio y construían tumbas que contenían las reliquias de los mártires.

Puede que el martirio no fuera el rasgo definitorio de aquel primer cristianismo, pero lo cierto es que durante las persecuciones por parte de los emperadores Decio y Diocleciano, en el siglo III y comienzos del IV, hubo comunidades enteras que prefirieron morir antes que quemar incienso en honor de los soberanos romanos. Ello se debía a que su Dios prohibía el culto a otros dioses. En las celebraciones cristianas, el sacrificio incruento bajo la forma del pan y el vino, que simbolizaban el cuerpo y la sangre de Cristo, señalaba la conmemoración de la muerte de este y venía a reemplazar a toda otra forma de sacrificio. La resurrección del Hijo de Dios traía la promesa de otra vida en

el cielo a todos los creyentes. Y de ahí la importancia del credo: «Creo en un solo Dios, creador del cielo y de la tierra…», que recitaba la congregación entera en todas las celebraciones de la eucaristía.

A través de sus viajes y sus cartas a las comunidades cristianas del Mediterráneo oriental, san Pablo había documentado la expansión inicial de su fe. Más tarde, los evangelistas recopilaron diversas versiones sobre la vida de Jesús, a menudo con sus propias palabras, como en el Padrenuestro, las parábolas o el Sermón de la Montaña, además de instrucciones básicas acerca de cómo ser cristiano. Al expandirse cada uno de aquellos grupos, en su mayoría urbanos, nombraba a un «supervisor» (en griego, *episkopos*) para que actuara como su portavoz. Este obispo-«supervisor» se fue convirtiendo poco a poco en una figura de autoridad, con una serie de funcionarios que le ayudaban en la celebración de la liturgia, la instrucción de los nuevos conversos, el cuidado de los fieles ancianos o enfermos y la explotación de las tierras legadas a la comunidad cristiana. En Roma, al obispo se le consideró un descendiente directo de san Pedro, que había sido crucificado allí, al tiempo que las cadenas utilizadas para sujetarle se convirtieron en apreciadas reliquias. Dado que se decía que Jesús había dicho: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia», los posteriores obispos cristianos de la antigua capital pagana se atribuirían una autoridad única.

Así pues, mucho antes de la «conversión» de Constantino I, los cristianos habían creado una red de iglesias que se extendía por todo el mundo romano. La suya era una organización pequeña, con lugares de culto menos impresionantes que los templos dedicados a los antiguos dioses, menos corrientes que los altares consagrados a Mitra, el dios persa, y menos populares que los cultos a Isis y Osiris

importados de Egipto. De ahí que a comienzos del siglo IV se viera profundamente afectada por la «Gran Persecución» instituida por el emperador Diocleciano (284-305). Hubo muchos que apostataron, aceptaron los sacrificios y entregaron sus libros sagrados y sus cálices. Otros huyeron al campo para ocultarse. La lista de mártires aumentó. Aunque los historiadores siguen discutiendo qué porcentaje de la población era cristiana en la época del Edicto de Milán de 313, sí coinciden en señalar que los edictos imperiales contra la fe cristiana habían debilitado y dividido a las diversas iglesias.

Sin duda, el rasgo más significativo del nuevo patrocinio imperial del cristianismo por parte de Constantino reside en su decisión de convocar a todos los obispos del mundo cristiano a una reunión que se celebró en Nicea, en la parte occidental de Asia Menor, en el verano de 325. No hay constancia documental de cuántos obispos había por entonces, aunque en varias ciudades diversos obispos rivales se atribuían el control de distintas iglesias. La tarea del concilio consistía en examinar las doctrinas propugnadas por Arrio, un diácono de la Iglesia de Alejandría, y en dejar establecida la redacción del credo —la declaración básica del creyente—, así como el método para calcular la fecha de la Pascua. El emperador se hizo cargo de todos los gastos de viaje y alojamiento, y presidió personalmente el concilio. Debido a la presencia de autoridades eclesiásticas de todos los rincones del imperio, aunque de hecho asistieran muy pocas de Occidente, posteriormente se daría al concilio el epíteto de «universal», o *ecuménico*. Otros encuentros posteriores, convocados por distintos emperadores para solventar los problemas teológicos más graves, seguirían el mismo patrón. Ocho de ellos serían identificados como universales (el último, celebrado en 879-880, no siempre ha sido reconocido

en Occidente), y todos serían convocados por un emperador que a menudo participaría también en sus actividades. Así, el control secular se estableció en la organización de la Iglesia cristiana ya desde la fase más temprana de su incorporación al Imperio romano.

Antes había habido ya concilios locales que habían proporcionado un modelo para resolver las divisiones en el seno de la Iglesia; pero Constantino planificó algo de mucha mayor envergadura. Las veinte leyes disciplinarias (o cánones) adoptadas en Nicea se concibieron como una legislación que se había de aplicar en todo el mundo cristiano. Del mismo modo, la decisión del concilio en torno a las opiniones de Arrio —que afirmaba que Jesús, el Hijo de Dios, había de subordinarse a Dios Padre y no podía ser de la misma sustancia— habría de ser de aplicación universal. Tras los debates, el concilio declaró al Hijo consustancial (*homoousios*) y coeterno con el Padre, y partícipe de la misma naturaleza divina. Esto resultaba de una importancia crucial, ya que si Cristo no era el *Logos* (Palabra de Dios) Encarnado, con la misma naturaleza plenamente divina, entonces los simples seres humanos no podían esperar compartir la vida eterna a través de la salvación. Así, los escritos de Arrio fueron condenados, y él mismo exiliado. Finalmente, el concilio promulgó una definición dogmática de la creencia cristiana, el credo, y decidió el método que se emplearía para calcular la fecha de la Pascua (que se celebraría el domingo posterior a la luna llena que sigue al equinoccio de primavera). Se dice que todos los obispos presentes, menos dos, firmaron el acuerdo.

La condena de Arrio, los cánones y los textos relativos a la Pascua y al credo son los únicos documentos que se han conservado del I Concilio Ecuménico, tal como pasaría a conocerse a finales del siglo IV. El número de obispos que

asistieron se fijó en la cifra de 318, que pasarían a conocerse como los 318 padres de la Iglesia. Dado que no se conserva ninguna lista de asistencia, siguen formando un grupo anónimo, aunque de gran autoridad. La reunión estableció un importante precedente: que fuera el emperador quien convocara tales concilios, los cuales en teoría representaban a la comunidad íntegra de los cristianos y promulgaban regulaciones para su correcta práctica y creencia. En realidad, no obstante, todos se celebraban en Oriente, sus debates se realizaban en griego y, a menudo, el obispo de Roma era el único representante de Occidente. La dificultad de viajar y la mayor distancia debían de disuadir a los obispos occidentales, que se enteraban de las decisiones conciliares por los informes divulgados por el Papa. Posteriormente se convocaron nuevos concilios para abordar la cuestión de las divisiones en el seno de la Iglesia, aunque asimismo definieron y condenaron las creencias heréticas. Sus actas, que a menudo registran todos los detalles de los debates, proporcionan valiosas evidencias de la expansión del cristianismo y de las diversas variantes locales tanto en la creencia como en la práctica de este.

Pese a la condena de Arrio en Nicea, posteriormente fue perdonado, y en 335 se rehabilitó su teología. Durante la mayor parte del siglo IV, los hijos de Constantino favorecieron sus definiciones teológicas, lo cual tuvo graves consecuencias tanto para quienes respaldaban los decretos de Nicea como para la difusión del cristianismo entre las tribus no romanas. Durante la década de 340, Ulfilas, un jefe godo, visitó Constantinopla y fue ordenado obispo por las autoridades arrianas. Luego ideó un alfabeto para representar el gótico hablado en forma escrita y tradujo los Evangelios a la nueva escritura. Los godos no fueron el único pueblo que abrazó las definiciones arrianas del cristianismo: casi todas las demás

tribus germánicas las adoptaron. Así, cuando el Imperio romano de Occidente sucumbió al dominio bárbaro, los ostrogodos, visigodos, suevos, burgundios y vándalos importaron sus creencias arrianas, que habían sido repetidamente condenadas por los concilios eclesiásticos. En este proceso, los recién llegados chocaron con la enérgica oposición de los cristianos antiarrianos. En la Ravena de Teodorico se conservan todavía baptisterios arrianos y ortodoxos, además de iglesias concebidas para servir a los dos grupos cristianos rivales. En el norte de África, los vándalos se mostraron mucho menos tolerantes e instituyeron una encarnizada persecución de los cristianos antiarrianos. El arrianismo solo sería finalmente erradicado en el siglo VI, cuando las tropas de Justiniano impusieran las definiciones ortodoxas. Poco a poco, los suevos, visigodos y burgundios irían abandonando su pasado pro arriano en favor de las definiciones aprobadas por los concilios ecuménicos y de un carácter más «romano».

Aunque la mayor parte de las fuentes que se conservan tienen un origen marcadamente cristiano, es evidente que los cultos paganos no desaparecieron con rapidez. Las escuelas de filosofía, que sustentaban la enseñanza superior en Alejandría, Atenas y Antioquía, siguieron funcionando en el entorno precristiano. Para los hombres jóvenes e inteligentes, esa era la única forma de poder disponer de una instrucción avanzada, y los cuatro grandes santos orientales a quienes hoy se reconoce como los padres de la Iglesia griega —Basilio, Gregorio Nacianceno, Gregorio de Nisa y Juan Crisóstomo— estaban totalmente imbuidos de aquella cultura. Del mismo modo, san Agustín, que se convirtió en el más importante padre de la Iglesia latina, había seguido un currículo íntegramente pagano en su educación. Basilio, que más tarde sería obispo de Cesarea, asistió en Atenas a clases de filosofía

antigua a cargo del experto platónico Proheresio, junto con el que sería el futuro emperador Juliano. Cuando este último asumió el trono imperial, en 361, trató de revigorizar el culto a los dioses paganos; pero su muerte prematura, solo dieciocho meses después, eliminó también al líder de su movimiento, que pereció con él. Sin embargo, numerosos grupos de eruditos siguieron practicando los antiguos cultos, al tiempo que los habitantes de las zonas rurales que no habían tenido contacto con las doctrinas cristianas mantenían sus costumbres tradicionales, marcando las estaciones por los ritmos del sol y la luna, y las actividades de culto asociadas a los dioses.

Sobre este persistente sustrato de confianza en los antiguos dioses, los emperadores utilizaron los encuentros universales de obispos para legislar en contra de las creencias tanto paganas como heréticas, así como para establecer una jerarquía cristiana fija. Teodosio I (379-395) convocó un concilio que se celebró en Constantinopla en 381. Bajo su autoridad, 150 obispos confirmaron las decisiones que se habían tomado en Nicea, condenaron de nuevo el arrianismo, añadieron nuevas y significativas medidas contra los cultos paganos y clarificaron la redacción del credo, que habría de ser recitado por todos los cristianos como declaración de fe. Teodosio insistió también en la elevación de las sedes de Constantinopla y Jerusalén al mismo rango patriarcal de Roma, Alejandría y Antioquía, tres sedes que habían sido fundadas por apóstoles. Jerusalén se honraría como el lugar del ministerio de Cristo y de su muerte en la cruz, que había sido descubierta por Elena, mientras que el derecho de prominencia de Constantinopla se basaba en el hecho de que se había convertido en la capital del Imperio romano, donde residía el emperador.

Obviamente, la elevación de Constantinopla era disputada

por Roma. Pero en 451, en el Concilio de Calcedonia, cuando la reunión de 381 obispos fue reconocida como el II Concilio Ecuménico, se mencionaba como vinculante. La Nueva Roma se elevaba, pues, a la misma posición que la Antigua, pese a que esta conservaba la primacía honorífica debido al hecho de haber sido fundada por san Pedro. A la Antigua y la Nueva Roma le seguirían Alejandría, Antioquía y Jerusalén, y sus obispos se sentarían en orden de precedencia a la derecha del emperador y firmarían las actas del concilio en el mismo orden. A finales del siglo V, no obstante, Constantinopla había pasado a ser conocida también como la «Nueva Jerusalén», un claro signo de su aspiración a un poder espiritual superior.

Estos cinco centros —Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén—, gobernado cada uno de ellos por un obispo denominado patriarca o papa, constituían la denominada «pentarquía» (o «gobierno de cinco»), con la responsabilidad de mantener la creencia y la disciplina eclesiástica correctas en todo el orbe (*ecúmene*) cristiano. Poco a poco se fue desarrollando un sistema de gobierno eclesiástico basado en los cánones promulgados por los concilios ecuménicos. La rivalidad entre Alejandría y Constantinopla exacerbó las diferencias teológicas en los concilios III y IV, celebrados en Éfeso, en 431, y en Calcedonia, en 451. El patriarca Nestorio de Constantinopla (428-431) provocó una gran disputa en torno al papel de la Virgen María al predicar que debería ser considerada solo «madre de Cristo» (en griego, *Christotokos*). En Éfeso, sin embargo, los obispos allí reunidos insistieron en que el término apropiado era el de *Theotokos*, o «madre de Dios», y Nestorio fue condenado por hacer hincapié en la naturaleza humana del Cristo Encarnado.

Esta decisión no impidió que hubiera nuevos debates en torno a los elementos humanos y divinos de Cristo, cuya

naturaleza dual fue siempre objeto de preocupación. El patriarca Cirilo de Alejandría (412-444) elaboró la teología de la unión de ambas en la persona de Cristo (utilizando el término *hypóstasis* como sinónimo de «persona»). En posteriores elaboraciones, esta unión hipostática, «la naturaleza encarnada de Dios, la Palabra», pasaría a confundirse con las definiciones del ser (*ousía*) y la naturaleza (*physis*) de Cristo. El apoyo a la creencia en la «unión en una sola naturaleza» dio origen a un grupo de cristianos claramente diferenciado que posteriormente pasaría a conocerse como monofisita, del griego *monos* («uno») y *physis* («naturaleza»). Sin embargo, en el IV Concilio Ecuménico, convocado en Calcedonia por el emperador Marciano y su esposa Pulqueria en 451 para resolver la cuestión, se declaró que Cristo poseía «dos naturalezas… perfecto en Divinidad, perfecto en Humanidad». El papa León I prestó su apoyo a esta definición en una carta conocida a menudo como el *Tomus Leonis* («Tomo de León»). La negativa de los monofisitas a aceptarla haría de Calcedonia un símbolo permanente de división y llevaría al desarrollo de Iglesias cismáticas, especialmente en Siria y Egipto, donde la Iglesia copta sigue manteniendo la creencia en la «unión en una sola naturaleza».

Dado que la mayor parte de esta historia institucional del cristianismo había tenido lugar en la parte oriental del imperio y había quedado registrada en griego, resultaba directamente accesible para los bizantinos. En cambio, Occidente contaba con traducciones insuficientes de las definiciones teológicas griegas, que no reflejaban adecuadamente las sutilezas del debate oriental en torno a lo divino y lo humano en la naturaleza de Cristo. Aparte de las declaraciones oficiales, el entusiasmo popular por la creencia cristiana produjo historias y actividades de culto

extraoficiales, a menudo centradas en personajes especialmente santos. La creencia en los milagros era generalizada —estos habían constituido un rasgo esencial de la predicación de Jesús—, y las personas que necesitaban alguna curación emprendían viajes especiales a los santuarios de los sanadores cristianos. Así, por ejemplo, los huesos de san Menas, que murió en un anfiteatro romano, se harían célebres por sus curaciones, y los peregrinos que viajaban hasta su tumba, al oeste de Alejandría, solían llevarse a casa pequeños tarros con polvo de su sepulcro. Estos frascos, que estaban decorados con un dibujo del santo de pie entre sus dos camellos y con las manos alzadas (lámina 9), circularon por todo el mundo cristiano y difundieron la historia de sus poderes curativos. Aunque tales centros no se limitaban al ámbito oriental, muchas de las historias asociadas a los primeros santos cristianos se escribieron inicialmente en griego, y solo después se tradujeron al latín.

El ejemplo más famoso de esta nueva literatura fue la *Vida de Antonio*, escrita por el patriarca Atanasio de Alejandría (328-373), que fue también uno de los más destacados adversarios de Arrio. En varias ocasiones, cuando los emperadores favorecieron la teología arriana, fue exiliado y buscó refugio en el desierto. Fue allí donde conoció a Antonio. Utilizando fuentes orales transmitidas en el egipcio que hablaban los compañeros del santo, que le habían seguido al desierto para aprender de su solitaria vida ascética, Atanasio escribió la primera biografía cristiana en griego, donde registraba la larga vida de un hombre que de joven renunció a su familia y a su fortuna para practicar ejercicios espirituales, vigilias que duraban toda la noche y una intensa oración y contemplación de Dios, a solas en el desierto. Esta *Vida de Antonio* vino a establecer un modelo de hagiografía —o escritos sobre los santos— que tendría una influencia

dominante no solo en la literatura bizantina sino también en Occidente. En el plazo de unos años la biografía sería traducida al latín y leída por Agustín, que más tarde se convertiría en obispo de Hipona, en el norte de África. Como autor de una obra autobiográfica extremadamente inusual, las *Confesiones*, el interés de san Agustín en la formación personal bien pudiera haberse visto influenciado por la *Vida* de san Antonio. Sin duda, esta última inspiró su propia conversión de maestro de retórica antigua en el obispo cristiano y asceta que se conocería durante toda la Edad Media como el padre fundador de la Iglesia de Occidente.

Similares tradiciones se desarrollaron asimismo en Siria y Palestina, donde también hubo anacoretas que abandonaban las ciudades del mundo mediterráneo para enfrentarse al reto de vivir en el desierto. En el siglo IV, san Caritón estableció la primera *laura* (un conjunto de celdas para monjes individuales) en el desierto de Judea, al sur de Jerusalén; se trataba de un centro de reunión para ascetas, que se congregaban para celebrar la liturgia dominical, pero luego pasaban la semana en sus celdas, diseminados en cuevas, antiguas tumbas y montañas remotas. Más o menos al mismo tiempo, Pacomio, un soldado egipcio que moriría aproximadamente en 346, estaba escribiendo una serie de regulaciones para sus seguidores que se convertirían en reglas monásticas profusamente copiadas. La vida comunitaria coexistía con los eremitas aislados, y ambos tipos de ascetismo inspiraban a seguidores y peregrinos. Para Bizancio, probablemente el autor más influyente fue san Basilio de Cesarea (*c.* 329-379), que visitó las comunidades monásticas de Siria y Egipto antes de fundar la suya propia en las proximidades de Cesarea, en Capadocia, en la zona central de Asia Menor, y asimismo redactó una serie de «reglas largas» y «reglas cortas» para monjes y monjas que hacían

hincapié en la importancia de la vida en común, o *koinobion*. Este término griego daría origen a la palabra *cenobio* como sinónimo de monasterio, mientras que su derivada *cenobita* se emplearía también para designar a la persona que profesa la vida monástica. Basilio subrayó también la necesidad de cuidar de los miembros más débiles de la sociedad —viudas, huérfanos, enfermos, ancianos y leprosos— en fundaciones piadosas consagradas a la filantropía.

Algunos anacoretas en concreto vivían encaramados en lo alto de columnas, por lo que se les conocía como *estilitas* (del griego *stylos*, «columna»); entre ellos destacan san Simeón el Viejo y su discípulo san Simeón el Joven, cuyos santuarios en las proximidades de Antioquía atraerían a numerosos peregrinos y obrarían curas milagrosas. Pocas mujeres santas llegaron a alcanzar posiciones destacadas en las comunidades desérticas. Susana, una de las denominadas «*Ammas* (Madres) del Desierto», fue una excepción, pero las historias sobre mujeres santas como María Egipcíaca, una prostituta reformada, perpetuaron la idea de que las mujeres también eran capaces de sobrevivir en el desierto. Para ello, a menudo tuvieron que disfrazarse de eunucos, lo que dio origen a algunas historias sumamente populares. Marina se cortó el cabello y se vistió con una túnica de hombre, se convirtió en Marino y se unió a un monasterio; allí se le acusó de ser el padre de un niño. Excluida de la comunidad, crió al hijo sin queja alguna, y solo a su muerte los monjes se dieron cuenta de que jamás pudo haber cometido el delito que le habían atribuido.

Entre los primeros centros monásticos, el asentamiento establecido a finales del siglo IV en la parte más remota de la península del Sinaí se convirtió en uno de los más célebres. Se construyó para proteger la zarza ardiente a través de la que Dios había hablado a Moisés, situada al pie de la montaña

sagrada donde más tarde recibiría las tablas de la ley. Estas etapas cruciales en la huida de Egipto de los hijos de Israel en su largo viaje hacia la Tierra Prometida fueron conmemoradas por un grupo de ascetas cristianos, que construyeron una torre cerca de la zarza ardiente. Cuando la peregrina Egeria fue a visitarles a comienzos de la década de 380, leyó en voz alta las partes relevantes del libro del Éxodo recordando la historia de Moisés. En el siglo VI, los monjes apelaron al emperador Justiniano para que les protegiera contra las redadas de los beduinos locales, y este ordenó que se construyera una fortaleza en medio del desierto rocoso, en torno a la zarza. El historiador Procopio describe la región como «deshabitada […] Una tierra yerma, sin agua y que no produce ni cosechas ni ninguna otra cosa útil».

La guarnición enviada a proteger a los monjes de los ataques de las tribus del desierto erigió enormes murallas de fortificación que se han mantenido en pie hasta nuestros días (lámina 2). Empleando piedra volcánica local, un arquitecto llamado Esteban, que procedía de Elath (la actual Aqaba), diseñó la basílica dedicada a la Madre de Dios, y en las vigas del techo dejó constancia de la generosidad del emperador y la emperatriz (Teodora había muerto recientemente, en 548), además de su propio nombre. Se conserva aún la forma originaria de la iglesia, así como las puertas originales de madera. Unos años después de la consagración de la iglesia, el abad Longinos encargó un magnífico mosaico de la Transfiguración para decorar el ábside. En él se representa la luz que rodeó a Cristo en el huerto de Getsemaní, así como a Moisés y Elías, los profetas que habían sido testimonios de la presencia de Dios en el monte Sinaí. Numerosos peregrinos habían seguido a Egeria, llevando regalos al monasterio: iconos, objetos litúrgicos y donaciones que permitían a los monjes sobrevivir en el más inclemente de los entornos. Poco

a poco, la comunidad fue acumulando la más extraordinaria colección de manuscritos en muchas lenguas, además de pinturas religiosas, incluyendo los célebres iconos de Cristo, la Virgen con el Niño y los Santos, y san Pedro (lámina 21).

Tras las conquistas árabes del siglo VII, el Sinaí pasó a estar bajo el control musulmán y fue quedando cada vez más aislado de otras comunidades cristianas. Los monjes se aseguraron la independencia estableciendo relaciones mutuamente beneficiosas con las tribus beduinas locales, las cuales se vieron favorecidas por un documento «firmado» por el profeta Mahoma que se supone que daba permiso a los monjes para permanecer en el Sinaí. Cada vez que los gobernantes musulmanes amenazaban con apoderarse de la comunidad, los monjes mostraban la «Mano del Profeta». En el monasterio se conserva una copia tardía con la imagen de la mano de Mahoma (dado que no sabía escribir su nombre). Durante toda la Edad Media, tanto los monjes como los árabes del Sinaí sobrevivieron juntos, ayudados por el peregrinaje cristiano y musulmán a la montaña sagrada, así como por su relación con santa Catalina de Alejandría y sus reliquias. El monasterio del monte Sinaí, actualmente consagrado a su nombre, representa las tradiciones más antiguas del monasticismo cristiano, un vínculo viviente con el siglo IV de nuestra era y, antes de él, con la historia de Moisés en el Antiguo Testamento. En 2006, los iconos del monasterio se expusieron en Los Ángeles, y, más tarde, en Londres, antes de regresar a su árida fortaleza.

Mientras los famosos monasterios desérticos de Egipto, Palestina y Siria seguían inspirando prácticas ascéticas, diversas invasiones hostiles, que culminarían con la conquista árabe de Oriente Próximo en la década de 640, forzaron a muchos a buscar refugio más al norte. Varios lograron llegar a Constantinopla o a Roma, y adaptaron su actividad a un

papel más filantrópico en la sociedad urbana. Al principio los emperadores habían prohibido a los monjes la entrada en Constantinopla, considerándolos inapropiados para la vida ciudadana, dado que el movimiento ascético se basaba en el rechazo al mundo civilizado y la huida a lugares desérticos. Pero a mediados del siglo V ya se habían establecido numerosos monasterios en ciudades. Antes de 454, un senador llamado Studios construyó una basílica en su propiedad, en el extremo suroccidental de Constantinopla, donde se estableció una comunidad monástica encargada de custodiar su reliquia, la cabeza de san Juan Bautista. El monasterio de Studion sería uno de los más importantes de la capital hasta el siglo XIV. Otros monasterios urbanos se establecieron en casas particulares, fundados por sus propietarios, como en el caso de las dos santas Melania. Melania la Anciana viajó por todo el Mediterráneo y fundó comunidades en Jerusalén, seguida luego de su nieta, Melania la Joven, que se trasladó de Italia al monte de los Olivos.

La Iglesia secular de los obispos y la Iglesia monástica de las comunidades espirituales constituían dos ramas de la ortodoxia griega, el mundo cristiano de la creencia correcta tal como se había definido en griego por parte del concilio ecuménico. Se hallaban vinculadas por su devoción compartida a las rutinas diarias de la oración. También poseían un código de derecho eclesiástico, que incluía todos los cánones de los concilios ecuménicos y locales, además de las regulaciones monásticas derivadas de san Basilio y de los padres de la Iglesia de Capadocia. En el siglo VI, todo esto se había resumido en un sistema diferenciado de derecho eclesiástico utilizado para regular los asuntos espirituales, tales como la edad permitida para ingresar en los monasterios y para la ordenación en los ministerios de la iglesia. Este coexistía con el derecho civil, y se inspiraba en los edictos

imperiales dedicados a cuestiones relacionadas con el cristianismo. Aunque no se enseñaba de la misma forma sistemática que el derecho civil, el derecho canónico suscitaba comentarios, compendios, tratados sobre problemas específicos y recopilaciones de decisiones judiciales que lo hacían especialmente práctico y útil. A comienzos del siglo XIII, las actas del arzobispo Demetrio Comateno de Ohrid revelan una sofisticada aplicación del derecho justiniano, así como del canónico, a la resolución de problemas como el secuestro de una virgen por parte de un hombre casado (como fornicador, este tenía que pagar a la muchacha una compensación monetaria o entregarle la mitad de sus propiedades, y el prelado local había de excluirle de la comunión durante siete años).

Del mismo modo, los patriarcas de Constantinopla presidían un sínodo o tribunal que veía casos relacionados con clérigos y promulgaba fallos definitivos sobre cuestiones tales como el matrimonio dentro de los grados de consanguinidad prohibidos. En 1316, por ejemplo, el patriarca Juan XIII juzgó una disputa en torno a una herencia entre los hijos del primer matrimonio de un hombre y la hija de su segunda unión. Al año siguiente, el sínodo hubo de decidir quién era el propietario de un icono de la Virgen y de una parcela de tierra, originariamente entregados al metropolitano de Lacedemonia por la monja Eufrósine Marinia. La propiedad había pasado luego a manos de otro obispo, y Eufrósine pedía que se le devolviera. Aunque muchos de los casos estaban relacionados con los bienes de la Iglesia, otros revelan delitos cometidos por clérigos, relaciones incestuosas, uso impropio de encantamientos mágicos y otras prácticas supersticiosas, todo lo cual nos proporciona fascinantes indicios de lo que fue la vida cotidiana en Bizancio.

Aunque la Iglesia tenía su propia administración independiente, el emperador solía tratar de nombrar a un determinado aliado suyo como patriarca. Teóricamente se limitaba a elegir a uno de tres candidatos cuyos nombres le presentaba el clero de la catedral de Constantinopla. Pero en muchas ocasiones podía imponerse a un candidato externo, al hijo más joven del emperador o a un monje favorito. Los conflictos en torno a estas cuestiones y otras más graves solían desembocar en una ruptura de la cooperación, y los patriarcas podían verse depuestos por el poder imperial. San Juan Crisóstomo, elegido en 398, sería una de las primeras y más célebres víctimas de esta práctica. Fue exiliado a Armenia en 404 tras haber denunciado a la emperatriz Eudoxia por erigir una estatua de sí misma con estridentes ceremonias consagradas y paganas, y moriría tres años más tarde tras haber defendido siempre su inocencia en varias cartas a sus partidarios. En 907, cuando León VI se casó con su cuarta esposa, el patriarca le negó la entrada en la iglesia durante diez meses. Pese a tales ejemplos de conflictos, la cooperación entre el Imperio y la Iglesia sería uno de los principales puntos fuertes de la cultura cristiana en Bizancio.

También vendría a diferenciar la situación de Bizancio de la que se vivía en el Occidente medieval, donde el principal obispo, el de Roma, contaba con mucho menos apoyo secular y regularmente había de negociar con diversos invasores. Aunque Roma fue reintegrada al control imperial en el siglo VI y permaneció nominalmente bajo la administración bizantina hasta el VIII, con frecuencia los funcionarios y las tropas imperiales no supieron proteger a la ciudad de los ataques. Los herederos de san Pedro, como se consideraban a sí mismos los obispos de Roma, subrayaban su superior autoridad moral para contrarrestar la realidad de su debilidad política. En el siglo V se adoptó el término *papa*, que significa

«padre», y aunque es normal dirigirse a todos los clérigos cristianos como padres, solo los obispos de Roma pasarían a distinguirse con el título de papas. Se reconocieran o no las pretensiones romanas de superioridad moral, lo cierto es que apelar a Roma se convirtió en una costumbre por parte de los clérigos o monjes orientales desafectos que habían sido condenados por el emperador o el patriarca. Con ello esperaban ganarse el respaldo de las autoridades cristianas de fuera del imperio.

Esta práctica, que vendría a enfrentar a la Nueva y a la Antigua Roma, puede observarse en las diversas peticiones de apoyo por parte de los disidentes, por ejemplo, durante la controversia iconoclasta (véase el capítulo 10), y también cuando León VI fue excomulgado por su patriarca tras contraer matrimonio por cuarta vez. El emperador apeló entonces al Papa, y se sintió encantado al saber que Roma no tenía objeción alguna a su boda. Este hecho, en 907, abrió una brecha entre Constantinopla y Roma, que no se cerraría hasta trece años después. Tales apelaciones a la sede de San Pedro, ya fueran por parte de quienes en Oriente habían sido condenados y exiliados, ya de patriarcas que consideraban que habían sido depuestos injustamente, vendría a potenciar la posición del Papa como árbitro último de las disputas entre cristianos. A ojos de los líderes de la Iglesia oriental, para quienes resultaba incómodo reconocer la primacía papal, aquello creaba también un peligroso precedente.

Durante el reinado de Constantino IX Monómaco (1042-1055), esta hostilidad latente desembocó en una mutua condena. Los contactos entre la Antigua y la Nueva Roma habían llamado la atención sobre las diferencias entre la práctica de las iglesias occidentales y orientales. Algunas de ellas eran fundamentales, tales como la redacción del credo, el pan utilizado en la eucaristía (fermentado con levadura, o

zymos, en Oriente, y sin fermentar, o *ázymos*, en Oriente), el hecho de que los sacerdotes pudieran casarse o no (el celibato era obligatorio para todos los clérigos de Occidente, mientras que en Oriente se permitía casarse tanto a los sacerdotes como a los miembros de las órdenes menores) y la primacía de los obispos de Roma. Otras eran relativamente insignificantes y habían surgido a lo largo de los siglos; así, por ejemplo, en Oriente se comía queso (aunque no carne) durante la semana anterior a la Cuaresma, mientras que en Oriente no se podía comer en determinados días de ayuno. Con el trasfondo de la mayor conciencia generada por reformadores como el papa León IX (1049-1054), Occidente reafirmó la pureza de sus tradiciones. Paralelamente, Bizancio subrayaba que Occidente había añadido una frase de más a la redacción del credo.

La diferencia teológica esencial tenía que ver con el origen del Espíritu Santo, «que procede del Padre», según la definición adoptada en los concilios de Nicea y Calcedonia en 325 y 451, respectivamente. La enseñanza ortodoxa con respecto a la Trinidad estaba clara: las tres manifestaciones de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo compartían su esencia increada y su sustancia preexistente; en una palabra, eran consustanciales. Pero cada una tenía su propia *hypóstasis*, un término difícil de traducir, y que en latín se había traducido por *natura* (naturaleza) o *substantia* (sustancia). Esto no era lo mismo que la potencia preexistente que la ortodoxia identificaba como la naturaleza o sustancia (*ousía*) de la divinidad. Las complejas relaciones definidas en griego por los primeros teólogos cristianos jamás se habían visto plenamente reflejadas en las traducciones latinas, un hecho reconocido ya en el siglo V por san Agustín.

La relación del Hijo (o *Logos*, la Palabra) y el Espíritu Santo (*Pneuma*) con respecto al Padre no era la misma, ya que el

Hijo es generado y el Espíritu Santo procede del Padre. El Hijo participa en este proceso, ejerciendo la posición de mediador, lo que da origen a la fórmula: «el Espíritu Santo procede del Padre a través del Hijo» (*dia tou Hyiou*). Así era como Máximo el Confesor entendía dicha relación en el siglo VII. No obstante, aproximadamente en la misma época, en España se había añadido al credo la cláusula «y del Hijo» (*filioque*, en latín), y dado que el añadido venía respaldado por la autoridad de san Isidoro de Sevilla, esta fórmula se fue extendiendo gradualmente a otras iglesias. Roma no la aceptó de inmediato; a comienzos del siglo IX, el papa León III mandó colocar blasones con la redacción tradicional del credo tanto en griego como en latín en la entrada de San Pedro. En 879-880, en el Concilio de Constantinopla, la formulación occidental «el Espíritu Santo procede del Padre *y del Hijo*» fue condenada como herética, considerándola una adición no autorizada al credo tal como había sido definido en los Concilios Ecuménicos de 325 y 451. En el siglo XI, no obstante, Roma adoptó la cláusula, respaldando así una nueva interpretación del Espíritu Santo que jamás se reconocería en Oriente.

En 1054, Constantino IX invitó al papa León IX a que enviara una delegación a Constantinopla para debatir la posibilidad de constituir una alianza bizantino-papal que resultara eficaz para combatir a los normandos en el sur de Italia. Aunque los tres enviados eran conocidos por su hostilidad hacia Bizancio, se mostraron corteses con el emperador. Pero el principal responsable de la legación, el cardenal Humberto de Silva Candida, chocó de inmediato con el patriarca, Miguel Cerulario. Tras varias acaloradas reuniones, el 16 de julio depositó una bula de excomunión en el altar de Santa Sofía, y Cerulario respondió de inmediato con la misma moneda. En aquel mismo momento moría León

IX, dejando vacante la sede de Roma y la cuestión de la bula sin resolver. Este acontecimiento se califica en ocasiones de «Gran Cisma» entre las Iglesias de Oriente y Occidente. Pero las excomuniones se consideraron personales y pronto se levantaron, al tiempo que también se restauraría la comunicación regular entre los jefes de las Iglesias de Roma y Constantinopla.

Cuando Alejo I Comneno (1081-1118) pidió pruebas de una ruptura de relaciones entre ambas Iglesias, no pudo hallarse ningún documento en ese sentido en la biblioteca del patriarca. Constantinopla y Roma permanecerían en comunión, y muchos occidentales asistirían al culto en iglesias griegas y viceversa. La petición de ayuda militar que Alejo I formuló al Papa se basaba en las tradiciones cristianas compartidas, y dio origen a la Primera Cruzada y a la reconquista de Jerusalén (véase el capítulo 24). Vista retrospectivamente, no obstante, la escisión de 1054 alcanzó grandes proporciones, y posteriormente sería utilizada por los cruzados para justificar su deseo de atacar Constantinopla.

Apenas resulta sorprendente que surgieran diferencias entre las dos grandes sedes de la cristiandad. Constantinopla seguía siendo una ciudad de habla griega, mientras que en Roma se hablaba latín, y la traducción entre ambas lenguas no siempre resultaba acertada. A diferencia de las iglesias del Occidente medieval, en Oriente se permitía casarse a todo el clero situado por debajo del rango de obispo. Solo a los obispos orientales se les exigía el celibato, de manera que si un sacerdote casado era elegido para el episcopado, él y su esposa habían de acordar una separación amistosa, y ella había de ingresar en un convento de monjas que estuviera distante de la sede que él iba a ocupar. En Occidente, en cambio, el celibato se convirtió poco a poco en una exigencia para todo el clero (para todo aquel que recibía el orden sacerdotal). Los

hombres casados seguían convirtiéndose en obispos y disponiendo que sus hijos heredaran sus iglesias. En una diferencia notoriamente visible, las iglesias occidentales utilizaban un pan sin levadura —que se convertiría en la actual hostia— en la eucaristía, mientras que en Oriente se repartía pan subido con levadura, más parecido a un bollo. La genuflexión era más común en Occidente que en Oriente, donde los sacerdotes se postraban ante el altar en determinados momentos de la liturgia. Las diferentes costumbres locales vinieron a aumentar esa variedad, especialmente en la cuestión del ayuno: en Oriente se comía carne los sábados, mientras que esta estaba prohibida en algunas iglesias de Occidente, que se preparaban para el domingo ayunando.

Las iglesias permanecían unidas, no obstante, en su celo común por cuidar de las almas cristianas y convertir a quienes no habían sido educados a la cristiana usanza. En Bizancio, la mayoría de la población vivía en pueblos, donde los sacerdotes casados asistían a las necesidades de sus rebaños cristianos, bautizaban y casaban a sus hijos, enterraban a sus muertos y guiaban la vida moral de la gente. En las poblaciones de mayor tamaño era el obispo y su personal quienes desempeñaban ese papel. Por su parte, los obispos estaban subordinados al metropolitano o arzobispo, que residía en la capital de su archidiócesis. Esta estructura quedaba reflejada en la jerarquía de las sedes eclesiásticas, que iba desde el patriarca de Constantinopla hasta los obispos, pasando por los diversos rangos numerados de metropolitanos. Durante la última parte del período bizantino, muchas sedes de las provincias europeas adquirieron importancia y ascendieron en la lista para asumir un rango superior, a expensas de las de Asia Menor, devastadas y empobrecidas por las constantes guerras.

Mientras el monte Athos se convertía en punto de referencia del ascetismo monástico, los monjes y anacoretas locales inspiraban constantemente a otros hombres y mujeres a dedicar sus vidas a Dios, al tiempo que dirigían su vida espiritual. Cuando el joven Lucas de Steiris (en la Grecia central) abandonó su hogar a comienzos del siglo X, supo de la presencia de un estilita en Zemenna, en el Peloponeso, y le imploró que le admitiera a su servicio. Durante varios años estudió prácticas ascéticas con él, y luego se trasladó a un aislado lugar de retiro en Ioannitza como eremita solitario. Con el tiempo, los discípulos que le siguieron formaron un monasterio, y el gobernador local, general Krinites, le añadió su primera iglesia, dedicada a santa Bárbara, patrona de los combatientes militares. Posteriormente, la comunidad erigiría la iglesia de Hosios Loukas (o San Lucas) sobre la tumba del santo, uniéndola a la iglesia de la Theotokos (o Madre de Dios), creando de ese modo en Steiris una estructura dual (lámina 31). Al extenderse la fama de los milagros realizados en su tumba, diversas donaciones en propiedades y en dinero permitieron a los monjes decorar el santuario con exquisitos mosaicos y frescos que se han conservado hasta nuestros días. Gracias a esta clase de donaciones, los monasterios a menudo se convirtieron en instituciones muy ricas y poderosas. Es importantísimo recordar que sus recursos se basaban no solo en el mecenazgo imperial, sino también en la fe de las familias campesinas, cuya devoción a la ortodoxia era característica de Bizancio.

Habría, obviamente, cuestionamientos al predominio cristiano en la sociedad por parte de intelectuales o herejes como el filósofo Juan Ítalo y Basilio el Bogomilo (un carismático líder búlgaro) a comienzos del siglo XII, o Jorge Gemisto Pletón (que adoptó la religión y la filosofía paganas) en el XV. En general, no obstante, la herejía sería menos

común que en el Occidente medieval. Las disputas teológicas a menudo revelan la característica mezcla de elementos de la cultura bizantina. Ítalo y Pletón representaban las tradiciones filosóficas y cultos de la antigua Grecia; Basilio, las variantes en la observancia religiosa medieval. Aunque Bizancio era la depositaria de todas las tradiciones cristianas escritas en griego, también preservaba poemas y relatos sobre los dioses antiguos, además de algunos de sus templos y estatuas.

He subrayado aquí la duradera fortaleza que la herencia clásica pagana proporcionó a Bizancio a través de sus tradiciones educativas, administrativas y culturales. Todas ellas se hallaban unidas por un sistema de creencias que era decididamente ortodoxo, vigoroso en su desarrollo de definiciones cristianas que permitían toda una variedad de experiencias distintas, masculinas y femeninas, solitarias y ceremoniales. Fue a través de su religión como Bizancio manejó sus grandes disputas, no solo con los musulmanes, primero árabes y luego turcos, sino también con otros cristianos, especialmente occidentales. Con el transcurso de los siglos, esas disputas llevaron a la negativa bizantina a aceptar la subordinación a los obispos de Roma. La sofisticación teológica de esta tenaz y persistente ortodoxia griega construyó un sistema de creencias característico y una autoridad coherente a través de la combinación del emperador y el patriarca en su centro. A pesar de que, hasta el final, los emperadores lucharan y murieran como griegos y romanos, quisieron que se les enterrara y se rezara por ellos como cristianos.

5

La iglesia de Santa Sofía

> Alzándose sobre este círculo se halla una enorme cúpula esférica, que hace al edificio excepcionalmente hermoso. No parece estar asentada sobre mampostería sólida, sino que esté suspendida del cielo por esa cadena de oro, cubriendo así el espacio[9].
>
> PROCOPIO, *Sobre los edificios, c.* 560

Aunque Yeats eligió el título de «Navegando hacia Bizancio» para su poema de 1928, lo cierto es que nunca estuvo en Estambul, el nombre que los turcos dieron a Constantinopla. En realidad visitó Ravena, y vio los mosaicos bizantinos que allí había, pero no experimentó la emoción de llegar a Bizancio por mar. Al acercarse a ella desde los Dardanelos, a través del mar de Mármara, se vislumbran con impaciencia los primeros signos de la ciudad antigua. Finalmente, las murallas terrestres y marítimas anuncian las defensas circundantes, y pronto aparecen los minaretes que rodean la cúpula de Santa Sofía. Es este un momento extrañamente emocionante. Fue así como yo la vi por primera vez cuando era estudiante, y esa es una experiencia que permanece a pesar de los rascacielos que ahora dominan el barrio moderno. El poderoso perfil de la iglesia domina la silueta que se recorta contra el cielo, y la envergadura de la inmensa estructura crece conforme uno se va acercando por mar (lámina 16). Su gran cúpula resulta asombrosa ya desde lejos, y se hace aún más impresionante cuando se revelan los enormes contrafuertes que la sostienen. Más allá, hacia la punta del Serrallo y dentro del puerto del Cuerno de Oro, puede verse la misma iglesia desde el norte.

Si el exterior del edificio sorprende, su vasto interior resulta impresionante. Iluminadas por la luz del sol que penetra a través de las ventanas de la cúpula y en el nivel de la galería,

las distantes alturas de la iglesia se reflejan en los relucientes mosaicos dorados, mientras que los niveles inferiores permanecen en penumbra. Cuando uno se acostumbra a este contraste, puede apreciar la multicolor decoración de mármol de las paredes y el suelo, al tiempo que los capiteles finamente labrados asentados sobre magníficas columnas llevan la vista de nuevo hacia la cúpula (lámina 18). Este monumento es el símbolo capital de Bizancio.

Para los visitantes medievales, el asombro ante la envergadura del edificio y su belleza en los usos cristianos resultaba aún más pronunciado por el hecho de que apenas conocían edificios de gran tamaño. La iglesia estaba iluminada por miles de velas y lámparas que colgaban frente a los iconos, iluminando los coloridos mármoles y los mosaicos dorados y azules. Desde un ambón central, una plataforma labrada como un púlpito, frente a las decoradas cortinas que separaban el cuerpo principal de la iglesia del santuario que rodeaba el altar, el diácono hacía las lecturas y el patriarca predicaba. Los embajadores del príncipe Vladímir de Kiev le dirían:

> No sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra, puesto que no hay en la tierra esplendor o belleza iguales […] Solo sabemos que allí mora Dios entre los hombres, y su servicio es más bello que las ceremonias de otras naciones.

En la época de su consagración, el 27 de diciembre de 537, no había figuras que decoraran las paredes, aparte de los cuatro grandes serafines que todavía asoman entre sus largas alas que cubren las pechinas. El predominio de los mosaicos dorados en los pasillos y galerías laterales se repetía en la cúpula, decorada con una enorme cruz en un medallón.

Su forma resultaba completamente novedosa. La mayoría de las antiguas iglesias cristianas adoptaban la planta de una basílica, basada en las salas de recepción imperiales. Aquellas construcciones altas y alargadas, de las que hoy sobreviven

ejemplos como Santa Sabina de Roma y la basílica construida por Constantino en Tréveris (Alemania), se adaptaron con facilidad al uso eclesiástico con la adición de una plataforma elevada en el extremo oriental del altar. Los santuarios de los mártires, a menudo construidos en torno a su tumba, favorecían una forma alternativa, con galerías alrededor de un foco central, como en el caso de Santa Costanza de Roma. Aunque la cúpula era conocida ya por los arquitectos romanos y se había empleado con gran efecto en el Panteón, con sus óculos abiertos hacia el cielo, hay pocas evidencias de su utilización en el Mediterráneo oriental. Se han buscado precursores de la cúpula de Santa Sofía en pequeños edificios abovedados de Isauria, lo que demuestra que se poseían las habilidades técnicas requeridas. Pero nadie en la ciudad había tratado jamás de erigir una cúpula tan inmensa hasta que Justiniano encargó la nueva iglesia de la Sagrada Sabiduría, o Hagia Sophia.

Para entender lo extraordinario de aquel encargo, primero echaremos un vistazo a las tradiciones artísticas precristianas, que Bizancio empleó para crear sus propios estilos peculiares. La herencia más obvia de la Antigüedad era el arte imperial: la representación de los gobernantes (estatuas, relieves y retratos en mosaicos y en monedas) y sus diversos atributos (coronas adornadas con joyas, orbes y cetros, cinturones de boda, así como ropajes de púrpura imperial y borceguíes rojos). Bizancio adaptó también al uso cristiano técnicas decorativas artísticas para esculpir elementos arquitectónicos como columnas, capiteles y relieves de cara a decorar monumentos funerarios y sarcófagos. Del mismo modo, los artesanos bizantinos continuaron las antiguas técnicas del trabajo con metales preciosos, esmalte, marfil y cristal de roca. Eran especialmente buenos en estas técnicas: acuñar monedas, tallar colmillos de elefante, cortar mármoles de diferentes

colores para formar pavimentos policromados y recubrimientos murales, y tejer complejos patrones multicolores de seda.

Antes del siglo VI, la ropa de seda importada de China y Persia era tan apreciada que incluso se la destejía a fin de disponer de hilo para los telares romanos y bizantinos. Según Teodoreto de Ciro, en esta actividad se empleaban los «ágiles dedos de las mujeres y los niños». Cuando se descubrió el secreto del ciclo vital de la mariposa de la seda, supuestamente por parte de unos monjes que trajeron clandestinamente unos cuantos gusanos de seda de China y se los regalaron a Justiniano, la plantación de moreras para proporcionarle el alimento esencial inició toda una nueva industria en Bizancio. Tras la conquista árabe de Persia y Oriente Próximo en el siglo VII, las sederías de Tiro y Sidón se trasladaron tras la frontera de los montes Tauros y, más tarde, a la capital. Se permitió, no obstante, cierta producción provincial, al tiempo que se alentaba mediante exenciones fiscales la elaboración de tinte púrpura a base de diminutos moluscos del género *Murex* que se pescaban frente a las costas de Grecia y Asia Menor.

El tejido de la seda se concentraba, pues, en los talleres imperiales de Constantinopla, donde los procesos de elaboración eran cuidadosamente protegidos como monopolio estatal. Se aplicaban estrictos controles a todas y cada una de las fases de producción, que se organizaba por grupos de trabajadores cualificados. Tradicionalmente, las sedas exhibían motivos naturales, seculares e imperiales: parejas de leones, águilas, grifos, cazadores, amazonas o aurigas, en vívidos colores (lámina 7). Los temas cristianos, como las escenas de la vida de Jesucristo, eran mucho menos comunes. En los siglos VII y VIII, la producción en el imperio se desarrolló de forma tan espectacular que los obispos de

Roma acumulaban regalos de sedas bizantinas, como las que llevó a Roma Lázaro, un pintor de iconos jázaro, en 857-858. Una embajada enviada al emperador de Occidente Ludovico Pío en 824 incluía diez sedas de distintos colores entre los obsequios diplomáticos.

Entre otros objetos de lujo, se fabricaban esmaltes y joyas de oro, incluyendo cinturones y anillos de boda con imágenes tradicionales de *Homonia* (Concordia), a las que se añadían imágenes de Cristo bendiciendo a los recién casados. En los pendientes, colgantes y brazaletes de filigrana de oro y esmalte se mantenía la misma mezcla de temas antiguos y cristianos. Similares asociaciones de autoridad sagrada y poder secular resultan evidentes en monedas y marfiles, donde Cristo corona al emperador, confiriendo así la aprobación celestial a su representante en la tierra (lámina 14). En la producción de manuscritos, teñir el pergamino de púrpura y escribir en él con tinta plateada representaba también la preservación de una antigua práctica. Las copias ilustradas de la *Ilíada* y la *Odisea*, normalmente sobre papiro, servirían de modelo para los textos bíblicos ilustrados por los pintores medievales, a menudo empleando un estilo muy parecido a la actual tira cómica.

Tras cierto énfasis inicial en los rasgos simbólicos del cristianismo —panes y peces, el signo de la cruz…—, los artistas empezaron a representar a sus principales figuras: Jesucristo, la Virgen y los mártires. Estos retratos bizantinos de personajes santos empleaban la técnica de la pintura al encausto (cera caliente coloreada con un amplio rango de tonos), que ya se había utilizado en los retratos funerarios romanos. Los iconos religiosos suelen considerarse la quintaesencia del arte bizantino, aunque existen amplias discrepancias con respecto a cómo llegaron a ser tan predominantes (trataré del problema en el capítulo 9).

Algunos de los más antiguos se conservan en el monasterio de Santa Catalina, en el monte Sinaí, que alberga tres magníficos iconos a menudo asociados al mecenazgo del emperador: la célebre imagen del Pantocrátor (o «Señor de Todo») (lámina 21), la de la Virgen y el Niño con santos militares y ángeles, y la de san Pedro. Posteriormente se pintaría sobre la imagen original del icono de Cristo, de modo que más tarde no se la identificaría como una obra del siglo VI hasta después de su restauración. Parece mirar al espectador con dos enormes ojos que todo lo ven y que se diferencian en su forma y función: uno parece condenar duramente, mientras que el otro perdona. Los iconos de la Virgen y de san Pedro, en cambio, no se dirigen al espectador de una manera tan abierta. Las tres figuras aparecen representadas en un marco arquitectónico. Este tipo de pinturas al encausto resultan extremadamente impresionantes, llamativas y con una gran fuerza; son asimismo obras elaboradas con rapidez para captar rasgos humanos, especialmente los ojos y los tonos de la piel, en colores realistas. No parece que esta técnica sobreviviera durante el período medieval, en que fue reemplazada por el uso de clara de huevo para fijar los colores.

En todos estos ámbitos artísticos, los artesanos bizantinos adaptaron técnicas antiguas a nuevos fines. Pero para la construcción de Santa Sofía probaron algo hasta entonces insólito. El contexto de este novedoso experimento reside en los primeros años del gobierno de Justiniano. Este se convirtió en emperador en 527 tras la muerte de su tío Justino, que le había llevado a Constantinopla y preparado para la sucesión. A diferencia de Justino, que era un gran comandante militar, pero no un hombre culto, Justiniano tenía un gran dominio de la administración imperial, el derecho, la teología y los ceremoniales cortesanos. Durante

los diez años de gobierno de su tío, desempeñó un influyente papel y asumió la responsabilidad de importantes cambios políticos. Como ya hemos visto, insistió en revisar la ley que prohibía a los senadores casarse con plebeyas para poder hacer de Teodora su esposa, contra la firme desaprobación de su tía, la emperatriz Lupicina Eufemia. En cuanto se convirtió en el único gobernante, tomó diversas iniciativas: reformar la ley, imponer mayores tributos y renovar la guerra con Persia. Nombró a varios generales para que se encargaran de luchar por el imperio, y él permaneció la mayor parte de su vida en la capital. No está claro dónde ni cómo adquirió su pasión constructora.

En 532, los Verdes y los Azules, los dos grupos responsables de los espectáculos del Hipódromo, organizaron un grave desafío al poder del emperador. Normalmente rivales, en esta ocasión ambos grupos se unieron en su hostilidad a las políticas financieras de Justiniano y proclamaron a Hipatio, un sobrino del emperador Anastasio I, como emperador rival. Pese a las objeciones de su esposa y a regañadientes, Hipatio se avino a servir a sus propósitos, y en el Hipódromo se congregó una multitud para presenciar su aclamación y su investidura con la púrpura imperial. La rebelión recibió el nombre de *Niká*, un término que significaba «conquista» y que fue el que corearon los participantes. Para intensificar aún más la amenaza, los Verdes y Azules prendieron fuego al centro de la ciudad y quemaron una extensa zona, incluyendo la basílica de Hagia Sophia. Según la versión del incidente que da Procopio, Justiniano se reunió con sus consejeros en palacio para considerar qué debía hacer. Mientras escuchaban los gritos de la muchedumbre, elaboraron planes para huir en botes desde el puerto del palacio. Entonces, la emperatriz Teodora —que antaño fuera señora de la multitud y de su aplauso— se

apresuró a declarar que ella no estaba dispuesta a marcharse. «El púrpura queda muy bien en la mortaja —dijo, citando a autores antiguos como Isócrates—. Preferiría morir con este ropaje imperial». Inspirado por su resuelta determinación, al parecer su esposo se convenció de que debía usar la fuerza antes que negociar con los rebeldes o huir. De modo que ordenó a las tropas entrar en el Hipódromo, tras de lo cual se produjo una auténtica matanza de bizantinos desarmados.

Teodora no sería la primera, aunque sí una de las más notables, de entre toda una serie de mujeres enérgicas que ejercerían un gran poder en Bizancio. A menudo se trataría de foráneas que defenderían un poder autocrático que habían doblegado a su voluntad, y serían responsables de grandes derramamientos de sangre. Las esposas y viudas imperiales tomarían iniciativas impensables en otras sociedades medievales. Aun en el caso de que los detalles exactos de la versión de Procopio sean inventados, es probable que las historias sobre la intervención de Teodora circularan tanto en palacio como entre los habitantes de la ciudad. Su ejemplo se cita como un modelo que otras mujeres querrían seguir. Es evidente que emperatrices como Irene (780-790, 797-802), Teodora (842-856), Zoé (914-919) y Teofanía (963-969), aunque estuvieron siempre tuteladas por hombres y documentadas solo por escritores masculinos, configuraron y dirigieron el poder imperial.

Las mujeres que, como Teodora, se incorporaron a la dinastía gobernante por su matrimonio, pronto aprendieron a explotar las tensiones palaciegas en su propio beneficio. La trayectoria de Irene proporciona notorias evidencias de esta habilidad, ya que cultivó el respaldo de las facciones cortesanas y de la Iglesia para alzarse hasta la posición del emperador, cegando a su hijo Constantino VI y gobernando en solitario durante cinco años (véase el capítulo 10). En

cambio, las nacidas en el seno de la familia imperial, como Zoé y su hermana Teodora en el siglo XI, o Ana Comnena en el XII, por ejemplo, se formaron en las rutinas ceremoniales y en las costumbres filantrópicas ya desde temprana edad. Sin embargo, también ellas sorprendieron a sus contemporáneos al asumir un papel mucho más importante de lo que se permitía a las mujeres en general. Zoé y Teodora dominaron el período de 1028 a 1056, gobernando juntas o en solitario y promoviendo a cinco hombres distintos al rango imperial. Tras la muerte de Zoé, Teodora asumió el control exclusivo del imperio, que, a su vez, pasaría a su esposo. El legado de la esposa de Justiniano puede seguirse, pues, a través de los siglos, reflejando el recuerdo de un personaje de gran fuerza y de un insólito, pero tremendamente fructífero, matrimonio.

Para las zonas quemadas creadas por el fuego en el centro de Constantinopla, Justiniano concibió un grandioso plan de reconstrucción, diseñado en torno al Augústeo, una gran plaza cuadrada dedicada a los emperadores. Al norte situó las dos iglesias más importantes: la catedral dedicada a la Sagrada Sabiduría (Hagia Sophia, o Santa Sofía) —comúnmente denominada la Gran Iglesia—, y su vecina, la de la Sagrada Paz (Hagia Eirene, o Santa Irene). Al sur y el oeste planificó la restauración del Senado, partes del patriarcado, el hospicio de Sansón (una institución benéfica) y la Puerta Chalke, que constituía la entrada principal al Gran Palacio. En las cercanías reconstruyó también los baños públicos, a los que se dio el nombre de baños de Zeuxippos, y la zona de soportales situados a ambos lados de la principal vía pública, la Mese, que se extendía hasta el foro de Constantino.

Al considerar la forma de la catedral, Justiniano pudo haberse visto influenciado por la actividad constructora de una rica dama senatorial, Juliana Anicia, que recientemente había completado una iglesia extremadamente grande

dedicada a san Polieucto en su propiedad, cerca del acueducto de Valente. Aunque no está claro si esta iglesia tenía una cúpula o un tejado a dos aguas, Justiniano estaba decidido a que la iglesia de Santa Sofía fuera mayor y aún más hermosa. El emperador no reparó en gastos en su construcción, que se inició inmediatamente después de la revuelta. Encargó a dos ingenieros, Antemio de Tralles (conocido también como matemático) e Isidoro de Mileto, que erigieran una enorme cúpula, de 31 metros de diámetro, sobre la nave de la iglesia, a una altura de 55 metros de la base, algo que hasta entonces jamás se había intentado. En su panegírico del emperador, *Sobre los edificios*, Procopio describe la técnica empleada para construir este edificio sin precedentes, que al parecer se terminó a los cinco años de la revuelta. Probablemente él fue uno de los fieles que asistieron a la inauguración en la nueva iglesia, justo después de las Navidades de 537. Pero no encontró palabras para explicar cómo la estructura podía soportar una cúpula tan grande, perforada por cuarenta ventanas a través de las que el sol se filtraba en la vasta caverna de debajo; de modo que la describió como una estructura que flotaba.

Aunque la existencia de anteriores cúpulas indica que se dominaban las técnicas de ingeniería necesarias, la envergadura de Santa Sofía era excepcional. Erigir aquel techo requería estructuras de considerable importancia en cada esquina de la base cuadrada, desde donde las pechinas en forma de medio diamante se curvaban hacia arriba para sustentar la base circular de la cúpula. Al este y al oeste, unas semicúpulas situadas en un nivel inferior resguardaban el ábside y cubrían el doble nártex, por el que la gente entraba a la iglesia a través de siete puertas. El grupo de puertas central, el mayor de ellos, se reservaba para el patriarca y el emperador, que se saludarían mutuamente aquí antes de

entrar en el cuerpo principal de la iglesia. En el interior, el suelo de mármol multicolor se extendía hasta los niveles inferiores de los muros laterales, y una multitud de columnas de colores sustentaba un panel labrado decorativo que discurría alrededor de todo el interior del edificio. Los capiteles preservaban las letras de los nombres imperiales, Justiniano y Teodora, y los techos de las galerías estaban cubiertos de teselas doradas. Se dice que cuando el emperador vio por primera vez la obra terminada declaró: «¡Salomón, te he superado!»[10]. Evidentemente, deseaba que se le incluyera en la categoría de uno de los más grandes constructores conocidos. El resultado del trabajo de Antemio e Isidoro es una innovación arquitectónica justamente célebre que no tendría parangón durante cerca de un millar de años.

En la plaza del Augústeo, decorada con estatuas clásicas de emperadores, Justiniano erigió su propia columna coronada por una estatua ecuestre. Se le representaba ataviado con el uniforme militar persa, en una referencia a las victorias militares romanas sobre Persia logradas por Belisario. Justiniano reconstruyó también el edificio del Senado, con magníficas columnas de mármol blanco que sustentaban un pórtico embellecido con mármoles de colores, y con el tejado coronado por numerosas estatuas. También encargó la construcción de dos nuevos hospicios, además de la enorme cisterna hoy denominada de Yerebatan Sarayi, al oeste de Santa Sofía. Gracias a todas estas reconstrucciones, Justiniano dejó su impronta en el centro de la ciudad de Constantino.

Veintiún años después, un terremoto provocó grietas en la cúpula. Cuando estas se reparaban, la parte oriental de la semicúpula situada sobre el altar se derrumbó. Junto con otros expertos constructores, Isidoro el Joven, hijo del ingeniero original, decidió asegurar la cúpula elevándola

otros siete metros, haciéndola más estrecha y empinada. Asimismo, fue redecorada con una cruz monumental con el mismo diseño a base de mosaicos dorados, y la reconstrucción fue conmemorada con una larga descripción en verso por un funcionario de la corte llamado Pablo. Dicha descripción nos da una idea de la mezcla de colores lograda mediante la utilización de mármoles variados en las columnas: verde de Caristo, Laconia y Tesalia; jaspeado de Frigia; blanco de Proconeso, en el mar de Mármara; púrpura de Egipto, y otros importados de Libia y Lidia. Pablo documenta el uso de ónice, de metales muy preciados y cortinas que separaban el cuerpo principal de la iglesia de la zona del ábside (*bema*), y que estaban decoradas con imágenes de Cristo, su Madre y los santos. En el presbiterio había también discos de plata grabados con imágenes similares, y el ambón estaba completamente revestido de plata.

En *Sobre los edificios*, Procopio nos da una descripción detallada de Santa Sofía y de numerosas iglesias de otras ciudades, así como de fortificaciones, baños, carreteras, puentes y posadas en las que el correo imperial cambiaba de caballos, todo ello construido por Justiniano. Las finanzas del imperio habían mejorado gracias al emperador Atanasio, y aparentemente se disponía de recursos ilimitados para financiar la manía imperial por la construcción. El ejército proporcionaba técnicas de ingeniería y mano de obra para las construcciones militares, al tiempo que debieron de emplearse cientos de albañiles y artesanos en la decoración de los mosaicos y mármoles que adornaban las numerosas iglesias del emperador dedicadas a la Madre de Dios, como la Nueva Iglesia de Jerusalén. Justiniano exigía los mejores técnicos, los artesanos más cualificados, y les desafiaba a realizar sus grandes ambiciones. El coste de todos aquellos

edificios debió de mermar las arcas imperiales, aunque resulta extremadamente difícil calcular su presupuesto (véase el capítulo 14). El relato de Procopio es un elogio del emperador, posiblemente escrito para acceder a un puesto imperial. El mismo autor registraba también las campañas del emperador contra los persas, los vándalos y los godos en *Historia de las guerras*. Dado que acompañó al general Belisario en calidad de civil, su testimonio presencial de muchas batallas y negociaciones constituye una remarcable historia de estilo clásico, llena de información detallada sobre la estrategia de Justiniano para restaurar el Imperio romano. Sin embargo, sabemos muy poco sobre el propio autor.

Por otra parte, en su *Anécdota*, o *Historia secreta*, Procopio escribe lo que no podía incluir en sus otros textos: los orígenes de la emperatriz como artista de circo, o que su despiadado trato a los cortesanos y su decidida persecución de los adversarios religiosos estaban relacionados con la debilidad del emperador para resistirse a su esposa y con sus propias prácticas diabólicas. La capacidad de Justiniano de pasar sin dormir, y sin necesitar apenas alimento, se relaciona aquí con poderes sobrenaturales y con una malvada intención de destruir el tejido social del imperio. Tanto la emperatriz como el emperador, que procedían de la clase baja, desconfiaban de los arraigados poderes de la aristocracia y trataban de reducir su tradicional superioridad. Pero la extrema condena de Procopio señala aquí un marcado contraste con su mesurado relato de las campañas militares o su acrítico elogio de los edificios. La *Historia secreta* se denomina también así porque permaneció inédita durante toda su vida, y no se descubrió hasta el siglo XVII, en un manuscrito en Roma. Al principio los eruditos creían que era obra de otro Procopio, pero actualmente Averil Cameron ha demostrado que las tres obras son claramente del mismo

autor. Procopio era, obviamente, un autor polifacético, y sus motivos para utilizar enfoques tan contrapuestos siguen constituyendo un reto para los modernos lectores.

Durante su largo gobierno de casi cuarenta años, Justiniano logró muchas cosas; pero ninguna de ellas fue más gloriosa o duradera que Santa Sofía. En las festividades importantes, cuando la imperial pareja asistía a los servicios en la catedral, el emperador junto con el patriarca, la emperatriz sentada en la galería sudoeste, podían presenciar la brillantez de la liturgia bizantina en Santa Sofía. A diferencia de otros laicos, los gobernantes podían entrar en el santuario reservado al clero, por ejemplo, cuando cambiaban los paños del altar o regalaban coronas a la Iglesia. Todas las descripciones del edificio subrayan el efecto reluciente de la luz de innumerables lámparas, algunas de ellas suspendidas de la cúpula y otras resaltando las estructuras, lo que causaba un impacto inolvidable.

El asombro expresado por los visitantes posteriores también era común entre los propios bizantinos, que se preguntaban cómo demonios podía haberse erigido una estructura así. Los visitantes árabes dejaron constancia de su admiración por el gran reloj de Santa Sofía, con veinticuatro puertas que se abrían y cerraban para marcar las horas. El monumento daría origen a toda una serie de historias legendarias que van desde el *Relato de la construcción* (probablemente de la segunda mitad del siglo X) hasta el moderno folclore griego, pasando por los textos de los peregrinos rusos. El *Relato* describe cómo Justiniano planificó el monumento, utilizando la madera del Arca de Noé para las puertas; cómo un ángel vigilaba el edificio para asegurarse de que no se derrumbara, y exigió que los trabajadores construyeran una triple ventana en el ábside en honor a la Trinidad. Estas historias pasarían a la memoria popular y

resurgirían en distintos siglos con ligeras variaciones y adornos. Santa Sofía, durante siglos la mayor iglesia de la cristiandad, seguiría asombrando y suscitando explicaciones imaginativas.

La iglesia de la Sagrada Sabiduría inspiró también la mezquita que construyó el sultán Mehmet II en el emplazamiento del mausoleo imperial y la iglesia de los Santos Apóstoles tras la ocupación de Constantinopla en 1453. Era un importante símbolo de un cambio fundamental; pero la nueva mezquita abovedada, que tomó su nombre del conquistador, celebraba una forma arquitectónica que era claramente cristiana. Del mismo modo, cuando uno se acercaba a Estambul por el mar, la mezquita del Sultán Ahmed, conocida como la Mezquita Azul por el color de sus tejas, parece rivalizar con Santa Sofía, pese a que se construyó un millar de años después, y, dado que se asienta un poco más abajo en la ladera, queda por debajo de su gran prototipo. A partir de 1453, cuatro minaretes añadidos a las esquinas de la iglesia de Justiniano marcaron la conversión del antiguo monumento al islam; pero lo cierto es que estos no hacen sino reforzar la peculiaridad de la mezquita llamada de Ayasofya, y la enorme envergadura de la estructura que yace bajo su cúpula sigue siendo un símbolo físico de la aspiración de Constantinopla de gobernar el mundo. Mientras permanezca en pie, Bizancio estará siempre presente.

6

Los mosaicos de Ravena

En el ábside de San Vitale, la imagen de este mismo Maximino y del emperador y la emperatriz aparecen bellamente creadas en mosaico[11].

ANDRÉS AGNELO, *Libro de los pontífices de la iglesia de Ravena*, principios del siglo IX

Los mosaicos de Ravena representaron mi primera y más emocionante introducción al arte bizantino. Durante la Segunda Guerra Mundial habían resultado dañados por los bombardeos aliados, pero a partir de 1945 se enviaron copias de esas obras maestras del siglo VI por toda Europa a fin de recaudar fondos para su restauración. Mi madre había visto la exposición y estaba ansiosa por poder contemplar los originales; yo estaba aprendiendo italiano en la escuela, y ambas pensamos que Ravena debería ser el centro de nuestras próximas vacaciones de verano. Así pues, partimos de Milán en un Fiat Cinquecento de alquiler para ver los mosaicos que conmemoran a Justiniano y Teodora. Solo tiempo después me preguntaría por qué los retratos de unos gobernantes bizantinos que jamás estuvieron en Ravena flanqueaban el acceso al altar de la iglesia de San Vitale. ¿Por qué están ahí?

En el año 89 a. C., Ravena, una pequeña ciudad de la costa adriática de Italia, fue conquistada por los romanos, y más tarde se convertiría en la capital de la provincia italiana de Flaminia et Picenum. El emplazamiento, bien fortificado, contaba con un puerto seguro en Classis (la actual Classe), con importantes vínculos marítimos en todo el Mediterráneo, lo que llamó la atención del emperador Honorio (395-423), que gobernaba la parte occidental del imperio mientras su hermano Arcadio gobernaba la oriental (395-408). Como la mayoría de los emperadores del siglo IV, Honorio no vivía en

Roma, sino que tenía su residencia imperial y su corte en Milán. En 402 decidió trasladarse de Milán a Ravena, que podía protegerse mejor de las incursiones bárbaras. Bajo el patrocinio imperial, Ravena creció con rapidez, aumentando en población y en edificaciones esenciales para administrar los restos del Imperio romano de Occidente. La ciudad atrajo a aristócratas de Roma y de otros centros occidentales, a comerciantes de todos los rincones del Mediterráneo y a embajadas de los gobernantes que ostentaban el poder fuera del mundo romano.

Entre quienes se establecieron en Ravena se hallaba Gala Placidia, hija de Teodosio I y hermana pequeña de Arcadio y Honorio. En 423, su hijo Valentiniano III fue proclamado *augustus* (emperador) de Occidente cuando solo tenía cinco años, de modo que Gala asumió el poder y gobernó como regente durante más de veinticinco años. Patrocinó la construcción de numerosas iglesias dedicadas al rito «ortodoxo» (antiarriano), al tiempo que mantenía relaciones con la facción cristiana pro arriana. Su basílica de San Juan el Teólogo debió de haber sido un monumento espectacular, que rivalizaba con la catedral de la ciudad consagrada a Apolinar, el santo local, cuyas reliquias se conservaban en Classis. La iglesia se construyó después de que experimentara una fuerte tormenta en el mar a su regreso de Constantinopla. Rezando a san Juan (pescador además de evangelista), Gala le prometió que le construiría una iglesia si el barco se salvaba. Los detalles de esta historia decoraban la basílica original. Gala también tuvo bastante éxito a la hora de proteger las aspiraciones imperiales de su hijo de los generales ambiciosos. En 437, Valentiniano se casó con Eudoxia, hija de Teodosio II, en una grandiosa ceremonia que también fue conmemorada en los mosaicos que decoraban el palacio de Ravena.

Poco antes de su muerte, en 450, Gala había dispuesto su propio mausoleo, con mosaicos cristianos sobre los tres sarcófagos destinados a contener sus restos mortales junto con los de su marido y los de su hijo. Con sus finas ventanas de cuarzo, las escenas simbólicas del Buen Pastor, las palomas y el ciervo bebiendo en la fuente de la vida, y el cielo estrellado en la cripta central, se trata de una exquisita y pequeña cámara mortuoria en forma de cruz. Se consagró al mártir romano san Lorenzo, que aparece representado junto al fuego donde fue torturado en una parrilla. Probablemente el mausoleo estaba relacionado con el gran complejo palaciego, donde todavía se conserva el suelo de mosaico de una capilla dedicada al culto de la Santa Cruz. Bajo la batuta del obispo Pedro Crisólogo (432-450), se adjudicaron a Ravena seis sedes episcopales de Emilia que anteriormente habían estado bajo la autoridad de Milán. Al convertirse en la capital indiscutible de Italia, la ciudad obtuvo un poder eclesiástico adicional, proporcional a su autoridad política.

En 455, Roma fue saqueada por los vándalos que habían ocupado el norte de África, con una brutalidad tal que marcaría una nueva pauta y daría origen al moderno término de «vandalismo». La urbe no volvería a recuperar su antiguo estatus. Pero la decadencia política de Roma discurrió paralela al auge de Ravena, que se convirtió en una auténtica capital imperial bajo el mandato del líder ostrogodo Teodorico, que estableció allí su gobierno y su corte en 489. Teodorico era uno de los jefes militares no romanos a quienes los emperadores de Constantinopla habían alentado a desplazarse hacia Occidente para mantener la autoridad entre las fracturadas provincias de Italia. Esta tortuosa estratagema estaba destinada a aliviar la presión sobre Oriente, al tiempo que proporcionaba a los soldados bárbaros un papel en el imperio, aunque con frecuencia provocó graves problemas

para las autoridades autóctonas, especialmente para los obispos de Roma. Teodorico era, sin embargo, una clase de bárbaro distinta, puesto que había pasado su juventud (entre *c.* 461 y 470) en Constantinopla como garante de la buena conducta de su padre; era una persona culta, y había asimilado las tradiciones de la corte imperial.

Aunque se atribuía el título de rey de los godos, y el término *rex* normalmente solo era utilizado por los gobernantes no romanos, Teodorico tenía ambiciones imperiales. Tras su llegada a Ravena con el respaldo del emperador Zenón (474-491), esas esperanzas se reflejan en varias cartas escritas por su canciller, el erudito senador Casiodoro, en su nombre. Al emperador Anastasio (491-518) le declaraba:

> Nuestra realeza es una imitación de la vuestra, basada en vuestros buenos designios, una copia del único imperio, y en la medida en que os seguimos descollamos sobre todas las demás naciones[12].

En su actividad constructora, el patrocinio de la cultura antigua tardía y el hábito de vestir ropas púrpura, no cabe duda de que seguía la práctica imperial. Sin embargo, aunque el gobierno de Teodorico sobre romanos y godos se reconocía como superior por parte de sus contemporáneos tanto en Oriente como en Occidente, Constantinopla jamás le otorgó el título oficial de *augustus*.

En el primer cuarto del siglo VI, Teodorico emprendió un importante programa de construcción en Ravena para celebrar la fe pro arriana de los godos, con la catedral dedicada a Cristo (hoy San Apolinar Nuevo), el baptisterio arriano y un palacio decorado en el típico estilo imperial con escenas de carreras en el Hipódromo. Para su iglesia, Teodorico encargó mosaicos de la vida y milagros de Cristo, además de imágenes de sí mismo dirigiendo a los godos en el culto, de su palacio y de la ciudad portuaria de Classis. De ese

modo, la teología arriana, condenada en los dos primeros Concilios Ecuménicos (de Nicea y Constantinopla, respectivamente), pero conservada por los godos y otras tribus no romanas, se consagraría en una serie de iglesias dotadas de una elegante decoración a base de mosaicos. A imitación de Gala Placidia, Teodorico construyó el monumento en el que habría de ser enterrado, un mausoleo que actualmente todavía permanece en pie, con un impresionante bloque único cubriendo la tumba. También construyó palacios, fortalezas, acueductos, baños y otros edificios públicos dignos de un mecenas imperial.

Teodorico visitó Roma solo en una ocasión, en 500, cuando celebró sus *tricennalia* (treinta años en el trono) de la apropiada manera imperial. Al parecer, su accesión al poder databa de la fecha de su primera victoria militar, alrededor de 470, tras la muerte de su padre. Tras un recibimiento ceremonial a cargo del papa Simaco, todo el Senado y todo el pueblo, Teodorico rezó en San Pedro, se dirigió al Senado, inauguró juegos circenses e incrementó la *annona*, la distribución del pan. Durante seis meses vivió en el Palatino, en el antiguo palacio imperial, y prometió mantener las ordenanzas de los anteriores emperadores romanos. Consideraba la antigua capital como un centro de aprendizaje: «Todos deberían disfrutar de Roma, esa fértil madre de la elocuencia, ese inmenso templo de toda virtud, esa ciudad que no puede considerarse un lugar extraño». Pese a ello, Teodorico dedicó los veinticinco años siguientes a su propia capital, Ravena, donde gobernó sobre una sociedad mixta de godos y romanos, pro y antiarrianos, con una habilidad y tolerancia considerables.

Esto puede verse en numerosas cartas redactadas por Casiodoro, que reflejan las ambiciones de Teodorico. En respuesta a una apelación, por ejemplo, replicaba: «Yo, que

pienso en la justicia, aún sin requerimientos, celebro con gusto las razonables peticiones de los suplicantes. Porque, ¿qué es más apropiado que la inviolada equidad para preservar mi estado, aunque las armas lo protejan?». Del mismo modo, cuando los judíos de Génova pidieron permiso a Teodorico para reconstruir su antigua sinagoga, él respondió que podían volver a techar la estructura, pero no ampliarla. «Doy licencia, pues, pero condeno los rezos de los hombres extraviados […] No puedo imponer vuestra fe, ya que nadie está obligado a creer contra su voluntad[13]». De ese modo, Teodorico fortalecía la lealtad de sus numerosos y variados súbditos.

En Ravena acuñó monedas de estilo imperial y emitió un medallón con su propio retrato característico. Con la ayuda de Casiodoro, aseguró la eficiencia de la administración mediante la elaboración de registros en papiro. Encargó al instruido senador que escribiera la historia de los godos, lo que Casiodoro hizo en una obra de doce volúmenes, parcialmente conservada en una versión posterior de Jordanes conocida como *Getica*. Teodorico potenció la vida intelectual de la ciudad y patrocinó a diversos eruditos, como el filósofo Boecio, a quien se pidió que documentara el modo de construir relojes de sol, relojes de agua y otros dispositivos técnicos. Alrededor de 524, Boecio fue acusado de traición, y en prisión escribió su célebre *Consolación de la filosofía* antes de que fuera ejecutado, un acto que más tarde Teodorico lamentaría.

Aunque Teodorico mantuvo su compromiso con las definiciones arrianas de la naturaleza y la posición de Cristo, y alentó a los eruditos neoarrianos a rebatir las afirmaciones de los ortodoxos, las dos comunidades religiosas coexistían pacíficamente. Bajo su patrocinio, se redactaron lujosos

manuscritos de los Evangelios, en la tradición gótica realizada por Ulfila, con tinta de plata sobre pergamino púrpura. En términos de lenguaje, derecho y definiciones religiosas, el contraste entre gótico y romano supuso que Ravena se convirtiera en un punto de encuentro clave para ambas culturas. Aquí se integraban las creencias y prácticas no romanas y romanas, un logro que resultaría crucial para la futura historia de Occidente. Este proceso de confrontación y aculturación queda brillantemente reflejado en la historia de Ravena, que atraería tanto a grupos romanos como no romanos, y se convertiría en la nueva capital de Occidente.

Al morir Teodorico en 526, la hija de este, Amalasunta, asumió el puesto de regente en nombre de su hijo pequeño, Atalarico, que fue proclamado rey a los diez años de edad. Amalasunta había sido educada al estilo romano y simpatizaba con Constantinopla, lo que poco a poco provocó la hostilidad de los cortesanos godos. Aunque logró mantener la regencia hasta 534, cuando murió su hijo, estos la obligaron a aceptar a su primo Teodato como copartícipe del poder. Pero este la mandaría exiliar y luego estrangular, lo que provocaría que Justiniano vengara su muerte. Dado que los gobernantes de Constantinopla habían mantenido la ficción de que poseían la autoridad última sobre Italia, Justiniano justificó el envío de tropas contra Teodato alegando que había usurpado el trono. El emperador había emprendido ya una campaña para restaurar el dominio romano sobre las provincias occidentales invadidas por tribus bárbaras. En 533, el general bizantino Belisario, que se había labrado su reputación en el frente oriental contra Persia, logró una gran victoria sobre los vándalos en África. Luego avanzó hacia Sicilia, y desde allí Justiniano le ordenó marchar al norte contra los godos, mientras que otro general, Mundo, invadía Italia por el norte. Enfrentados a tales amenazas, los godos

abandonaron a Teodato y eligieron a otro líder, Vitiges. Pero este no fue capaz de derrotar a Belisario, que entró en Ravena en 540, capturó a Vitiges y restauró el dominio imperial directo. Procopio registra los detalles de estas campañas en su obra *Historia de las guerras*.

La derrota de los godos fue ocasión de un nuevo auge constructivo, organizado sobre todo por los obispos de Ravena, con la ayuda de un rico comerciante de plata, Juliano, que previamente había contribuido ya a la basílica pro arriana de San Apolinar en Classis. También había ejercido de banquero para la construcción de la iglesia de San Vitale, consagrada al otro patrón de Ravena, Vital. Esta había sido iniciada por el obispo Eclesio bajo la dominación goda, y solo sería completada por su sucesor Maximiano en 547. En este edificio octogonal, los mosaicos del emperador Justiniano y su esposa Teodora flanqueando el acceso al altar contrarrestaban los anteriores retratos de Teodorico y confirmaban el retorno de la ortodoxia a Ravena. A ambos gobernantes se les representaba ofreciendo sus regalos al santo, acompañados de sus cortesanos (láminas 19 y 20).

Estos mosaicos llevaron al emperador oriental y su esposa a los muros de una iglesia del siglo VI en Ravena a pesar de que no habían estado jamás en Italia. ¿Quién insistió en poner los mosaicos imperiales en San Vitale? Dado que Justiniano construyó y decoró otras tantas iglesias en distintas partes del imperio, bien podía haber financiado las partes finales de la construcción y la decoración de mosaicos. Pero posiblemente el responsable de ello fue Juliano, el comerciante de plata, o bien el obispo Maximiano insistió en la inclusión de la imperial pareja. Sea cual fuere su origen, los mosaicos son piezas únicas, y constituyen la única ocasión que se ha conservado hasta hoy en que se representa a esos gobernantes bizantinos del siglo VI dentro del santuario que rodea al altar.

El retrato de Teodora también es objeto de una gran polémica. Aquí aparece representada con sus imperiales vestiduras, el púrpura que ella afirmaba preferir como mortaja antes que huir. En el dobladillo se representa a los Reyes Magos llevando sus regalos al Niño Jesús, mientras que debajo de la túnica blanca tiene una cenefa de color dorado, rojo y verde. Sobre los hombros lleva un amplio collar decorado con joyas y en la cabeza, una alta corona con largas tiras de perlas que cuelgan del borde sobre los pechos. A diferencia de sus damas de honor, que llevan espléndidos ropajes de colores vivos, decorados con motivos que se encuentran también en otros trozos de tela que se han conservado, zapatos rojos, collares, pendientes y tocados, Teodora tiene un aire más monumental que humano. Algunos historiadores del arte creen que está ofreciendo su regalo, un gran cuenco lleno de monedas, a una fuente que aparece delante de un espacio oscuro, que representa su muerte. Cualquiera que sea la razón, esta grave figura imperial capta la autoridad suprema de la emperatriz Teodora, transformada desde su origen como artista de pantomima. Aparece frente a su esposo, al que se representa vestido con todos sus imperiales ropajes, acompañado del obispo Maximiano, varios miembros del clero y su guardia personal.

Los ortodoxos continuaron el proceso de eliminar todo signo de arrianismo en Ravena. En 561, el obispo Agnelo volvió a consagrar la catedral de Teodorico, conocida como el Paraíso Dorado, a san Martín y el culto ortodoxo. Reemplazó el retrato del emperador por mosaicos dorados de él mismo junto al emperador Justiniano. Se conservan restos del mosaico original arriano en la sección de palacio, donde las manos que han sobrevivido estuvieron unidas antaño a unos piadosos cuerpos. En otros lugares, otras imágenes de

Teodorico seguirían en su sitio y continuarían produciendo una profunda impresión. Casi tres siglos después, un historiador eclesiástico elogiaba un retrato en mosaico del gobernante godo con personificaciones de Roma y Ravena, que decoraba el palacio de Pavía en la década de 830. También dejaba constancia de que Carlomagno había trasladado la estatua ecuestre de Teodorico, «un caballo de bronce recubierto de reluciente oro […] a su palacio llamado de Aquisgrán», donde todavía se puede ver.

El resultado final de las campañas de Justiniano en Occidente no solo aseguró la eliminación de las fuerzas pro arrianas, sino que asimismo puso dos grandes áreas del norte de África y de Italia bajo el control imperial. A finales del siglo VI, Constantinopla nombró a dos funcionarios denominados *exarcas*, dotados de poderes extraordinarios que combinaban la autoridad civil y militar, para que gobernaran desde Cartago hasta Ravena. Esta ruptura con la tradición romana de mantener separados el ejército y la administración refleja la importancia asignada a los territorios reconquistados. En África, el exarca controlaba la rica y próspera región costera, que seguía exportando cereal y produciendo la fina cerámica roja africana que podía verse por todo el Mediterráneo. Desde Ravena, el exarca gobernaba la Italia septentrional, extendiéndose hacia el sur hasta Roma, mientras que las provincias de la Italia meridional y Sicilia estaban administradas por funcionarios de menor rango nombrados desde Constantinopla. La preeminencia de Ravena quedaba, pues, asegurada, y durante casi dos siglos funcionaría como la capital bizantina en Occidente y el eje de los contactos imperiales entre Constantinopla e Italia. Seguía siendo el principal puerto de la costa oriental de Italia, cerca de la desembocadura del Po, importando mercancías raras como papiro de Egipto y redistribuyéndolas en lugares más

septentrionales y occidentales. Mantenía un contacto naval regular con Constantinopla y otras zonas del Mediterráneo oriental, no solo durante la estación estival sino también en invierno, cuando la mayoría de los capitanes se negaban a arriesgarse a viajar por mar. Patrocinaba talleres artísticos que formaban artesanos en la talla del marfil, la creación de mosaicos y otras técnicas.

La ambición de Justiniano de restaurar el gobierno romano en Occidente se conmemoraba en los imperiales mosaicos de San Vitale. Antes de finales del siglo VI, no obstante, las fuerzas bárbaras iniciaron su conquista de la región italiana septentrional de Lombardía, pasando así a adquirir la denominación de lombardos. Una vez establecidos en las antiguas ciudades de Pavía y Monza, dirigieron sus fuerzas contra Roma y Ravena. Tras numerosas tentativas, el último reducto de la autoridad bizantina en Italia, defendida por el exarca, cayó bajo el control lombardo en 751. En Constantinopla, Constantino V (741-775) no estaba en situación de poder enviar refuerzos militares a Roma, y el papa Esteban II se vio obligado a buscar protección militar alternativa (véase el capítulo 10). Esto marcaría un cambio significativo en la historia de Europa, ya que el obispo de Roma abandonó los ejes tradicionales de la lealtad diplomática a Constantinopla y realizó un viaje sin precedentes a través de los Alpes hasta Ponthion, en el norte de Francia, a fin de negociar una alianza con el rey franco Pipino. Los francos aceptaron proteger a Roma contra los lombardos y devolver al patrimonio de San Pedro todo el territorio italiano que reconquistaran.

De ese modo, Pipino y el papa Esteban crearon un nuevo eje que vinculaba Europa septentrional con el centro de la cristiandad occidental, y que poco a poco iría excluyendo a Bizancio e ignorando a Ravena. El hijo de Pipino,

Carlomagno, utilizaría más tarde la ciudad como su base administrativa en el norte de Italia, y también saquearía sus columnas y capiteles clásicos empleándolos como material de construcción para su nueva capital de Aquisgrán, además, como hemos visto, de eliminar la estatua ecuestre de Teodorico. Pero para los francos, y sus sucesores los carolingios, serían Roma y las reliquias de san Pedro las que dominarían tanto su devoción espiritual como su esfuerzo militar.

Ravena declinó conforme su puerto de Classis se iba encenagando. Entre 830 y 846, el sacerdote Andrés Agnelo dio varias conferencias públicas sucesivas sobre la historia de la ciudad, que más tarde serían recopiladas para formar su «libro pontifical» de Ravena, es decir, sobre las vidas de sus obispos. Aunque el relato está dominado por rivalidades locales y conflictos sangrientos, Agnelo registraba las inscripciones de los monumentos y las obras de arte que conocía, como los hexámetros inscritos en los mosaicos dorados del baño construido por el obispo Víctor, o los versos pintados en los cuatro ríos del *Paraíso* de san Zacarías. También relataba numerosas leyendas divertidas, como la del abad que milagrosamente volvió volando de Constantinopla a Ravena cuando no había ningún barco disponible, y momentos solemnes en que las imágenes sagradas ocupaban el lugar de garantías escritas. En un caso, los socios de un préstamo mercantil invocaban un icono de san Andrés como testigo y garante; del mismo modo, cuando los clérigos de Ravena acusaron al arzobispo Teodoro de saquear las riquezas de su iglesia, lo hicieron en presencia de unas imágenes de san Apolinar.

En el siglo X, Ravena era literalmente una ciénaga separada varios kilómetros del mar, aunque tres generaciones de emperadores germánicos —Otón I, Otón II y Otón III—,

supieron de su pasado imperial y fueron a visitarla. Su comercio con el Mediterráneo oriental y sus conexiones con Constantinopla fueron heredados por una nueva comunidad situada en la parte norte del Adriático: Venecia. Los habitantes de las islas dispersas a lo largo de la laguna veneciana se centraron más intensamente en la construcción de barcos, la guerra naval y el comercio internacional, y fueron capaces de establecer unas relaciones distintas con Bizancio, que explicaremos con más detalle en el capítulo 19. Por fortuna, el eclipse de Ravena preservó sus mosaicos, que recordarían los días de esplendor en que romanos, godos y bizantinos gobernaban Italia desde aquella ciudad, la Constantinopla de Occidente.

7
El derecho romano

> Todos reconocemos el derecho como general benefactor, salvador, guardián de nuestras vidas, etcétera, porque elimina el vicio y fomenta la virtud, y porque hace pensar a los hombres que deben honrar la virtud y castigar a los malhechores[14].
>
> TOMÁS MAGISTRO, *Sobre el deber de un rey*, finales del siglo XIII

La aplicación del derecho escrito fue fundamental para Bizancio durante toda su larga historia, y los ciudadanos normales y corrientes utilizaban los tribunales para obtener una solución legal vinculante a sus disputas sobre herencias, propiedades y familiares. El derecho bizantino evolucionó a partir del sistema legal romano, que hoy se reconoce como una de las grandes contribuciones que hizo Roma a la civilización mundial, elaborado por una serie de juristas entre los siglos V a. C. y I de nuestra era. La innovación de este sistema consistió en crear tribunales de justicia y en dotar a unos magistrados especialmente cualificados para su labor del poder de presidirlos. Estos funcionarios podían emitir una citación, ver el caso y ordenar la ejecución de una sentencia, con la posibilidad de una posterior apelación. Este mismo proceso legal sigue empleándose todavía en todos los países regidos por un código de derecho civil. Las tradiciones romanas trajeron también al Mediterráneo oriental un nuevo énfasis en el derecho escrito, que adoptaba varias formas: edictos de magistrados, resoluciones del Senado romano y decretos imperiales (constituciones). Estos diversos corpus de derecho se aplicaban en tribunales establecidos en todas las grandes ciudades y en todas las capitales provinciales.

También constituían fuente de derecho las apelaciones planteadas ante el emperador, por ejemplo, pidiendo exenciones tributarias después de una mala cosecha. Las

ciudades y provincias empleaban a sus mejores oradores en tales misiones, que a menudo daban lugar a constituciones especiales que se incorporaban a los decretos imperiales. A mediados del siglo II de nuestra era, el emperador era la única fuente de derecho, pero los comentarios de cinco juristas romanos anteriores —Papiniano, Pablo, Gayo, Ulpiano y Modesto— se reconocían de particular importancia de cara a la interpretación de las leyes del pasado. Para asegurar el correcto uso de esas diversas recopilaciones en latín, así como su interpretación y aplicación, hacían falta expertos cualificados, y de ahí el desarrollo de escuelas de derecho y el surgimiento de una clase específica de juristas con experiencia práctica, los *scholastikoi*. El dominio de la retórica era un rasgo esencial entre las habilidades que requerían los tribunales. En la Antigüedad tardía, Roma, Alejandría, Atenas, Constantinopla y Berytus (actual Beirut) emergieron como los centros más importantes de formación jurídica.

Como ya hemos mencionado, en 425 Teodosio II creó una escuela de derecho financiada por el estado en la capital. Reconocía que resultaba difícil utilizar leyes que entraban claramente en conflicto y decretos que fomentaban interpretaciones distintas del mismo tema. Así, en 429 ordenó a varios expertos jurídicos que recopilaran un libro de derecho para el Imperio romano, donde se comentaran y actualizaran todas las leyes imperiales promulgadas desde la época de Constantino I en un solo volumen. Aunque anteriormente ya se habían realizado diversas recopilaciones, que eran conocidas por los nombres de sus autores, esta fue la primera codificación oficial. El denominado *Codex Theodosianus* se presentó a los principales funcionarios del imperio en Constantinopla en noviembre de 437, y entró en vigor el primer día del año siguiente. Luego se llevaron copias a la Antigua Roma y se presentaron a los senadores, que se

encargaron de organizar su posterior distribución. El Código contenía más de dos mil quinientos textos comentados de leyes promulgadas entre 313 y 437, incluyendo leyes relativas al cristianismo en su parte final. Las contradicciones y confusiones entre distintas leyes habían sido eliminadas, y se había establecido un sistema simplificado. Este había de aplicarse en ambas partes del imperio y enseñarse en las escuelas de derecho, por entonces concentradas en Oriente.

Durante muchos años, la colonia romana de Berytus, en la costa libanesa, había descollado en la enseñanza del derecho, y su fama continuaría hasta la destrucción de la ciudad por un terremoto en 550 o 551. La *Vida de Severo* (que más tarde se convertiría en patriarca monofisita de Antioquía, de 512 a 518) conserva una descripción de los cinco años de estudios jurídicos en Berytus, que incluían el análisis de comentarios concretos. Pero su autor, Zacarías, que también se hizo jurista, presta más atención a los vívidos esfuerzos de los estudiantes cristianos para erradicar las prácticas mágicas que invocaban a los antiguos dioses, las interpretaciones dualistas del mundo desarrolladas por los seguidores de un profeta persa del siglo III, Mani, y otras creencias ilegales.

Casi un siglo después de la publicación del *Codex Theodosianus*, Justiniano asumió el poder imperial, y de inmediato abordó una nueva reforma del derecho. En 528 estableció un comité de diez experimentados juristas, dirigidos por Triboniano, el máximo funcionario judicial (o *cuestor*), a los que encomendó la tarea de localizar todas las constituciones imperiales de valor práctico, ordenarlas y adaptar sus disposiciones a las condiciones del siglo VI. Como resultado, en 529 se publicó el *Codex Constitutionum*, y todas las leyes imperiales no incluidas en él fueron revocadas. Esta recopilación simplificada no ha llegado hasta nosotros, pero sí aparece resumida en el *Corpus Iuris Civilis* (Corpus de

Derecho Civil), que constituye la base del derecho europeo todavía actualmente en vigor. En esta segunda fase de la reforma jurídica, que duró de 530 a 534, Justiniano nombró a dieciséis juristas para que pusieran orden en los comentarios de destacados jurisconsultos clásicos, que se habían acumulado formando un engorroso conjunto de opiniones contradictorias. Su trabajo produjo un conjunto de cincuenta volúmenes de textos aprobados conocidos como el *Digesto* o *Pandectas*, publicado en 533, después de lo cual se revocaron todos los demás comentarios. Paralelamente se publicó, en los llamados *Institutos*, un esbozo de los elementos del derecho romano destinado a guiar a los estudiantes. Justiniano siguió promulgando numerosas leyes, que recibirían el nombre de *Novelas* (o nuevas) para distinguirlas de las antiguas. El *Código de derecho civil* de 534 contaba, pues, con cuatro partes: las viejas constituciones en una edición revisada en doce volúmenes identificada como *Codex Justinianus*, el *Digesto*, los *Institutos* y las *Novelas*, a las que los emperadores posteriores añadirían sus propias promulgaciones. Este código se mantendría en vigor en Bizancio hasta la caída del imperio en manos de los otomanos, novecientos años después.

En Occidente, sin embargo, la codificación de Justiniano jamás llegaría a ser tan generalizada como la de Teodosio, que influyó tanto en el derecho consuetudinario local como en los códigos jurídicos bárbaros empleados en la España visigoda, Francia, Burgundia y la Italia lombarda. El conocimiento del *Corpus Iuris Civilis* prácticamente se perdería entre comienzos del siglo VII y finales del siglo XI, cuando se redescubrió una magnífica copia del *Digesto*, «hermosa como una estrella». Probablemente se había realizado en el siglo VI y se había conservado en el sur de Italia, donde las provincias gobernadas desde Constantinopla seguían utilizando el

derecho romano. Poco a poco se fue identificando el texto de los *Institutos*, y los profesores de Ravena, Pavía y, sobre todo, Bolonia empezaron a escribir glosas sobre las leyes y sus posteriores comentarios. A mediados del siglo XII, la colección de derecho canónico conocida como *Decreto de Graciano* (*c.* 1130-1140), y los privilegios del emperador Federico I Barbarroja para los estudiantes de Bolonia (1158) alentaron y extendieron el conocimiento de las antiguas fuentes de ambos tipos de derecho. Tuviera o no la codificación jurídica bizantina una influencia clara en las relaciones Iglesia-Estado en Occidente, lo que resulta evidente es que el derecho canónico tendió a reforzar la autoridad papal, mientras que los emperadores occidentales utilizaron el derecho civil para potenciar su propio poder.

El derecho romano se caracteriza por su atención al derecho de las personas, libres y esclavas, y sus relaciones en el matrimonio y el divorcio; al derecho de propiedad y posesión; a las infracciones y contratos, y a la sucesión, todo ello regulado por el derecho procesal, que establecía el principio de un juicio justo ante un juez competente, ya fuera en materia civil o penal. Asimismo, en el siglo VI existía un creciente corpus de regulaciones eclesiásticas: cánones decretados por concilios ecuménicos, sínodos provinciales y resultados de apelaciones a patriarcas. Tanto en Antioquía como en Constantinopla, alrededor de 580 se realizaron diversas recopilaciones de este corpus de material. Se les dio el nombre de *Nomocanon*, derivado de *nomos*, el derecho civil, y *canon*, el derecho eclesiástico. El más significativo de ellos, el *Nomocanon en catorce títulos*, probablemente fue recopilado durante el reinado de Heraclio (610-641), inspirándose en la obra de los patriarcas del siglo VI.

Un proceso similar había tenido lugar ya en Occidente, cuando el papa Hormisdas (514-523) encargó al monje

Dionisio, apodado «el Exiguo», que realizara las traducciones latinas de los cánones griegos más significativos. Dionisio incluyó las cincuenta primeras de las Constituciones Apostólicas (y no las treinta y cinco restantes reconocidas en Oriente), los cánones de los concilios ecuménicos y otros, y las decisiones de treinta y ocho cartas papales fechadas entre 384 y 498, que pasarían a conocerse como *decretales*. Las dos recopilaciones tenían, pues, idéntico material conciliar, pero allí donde las recopilaciones orientales incluían las reglas de san Basilio y las leyes de Justiniano, Dionisio insertó resoluciones papales que elevó al estatus canónico. Este material adicional constituiría la base de posteriores desacuerdos entre las iglesias occidentales y orientales.

A diferencia del *Código de Teodosio*, los doce libros de Justiniano daban prioridad a las cuestiones de la fe cristiana y a las decisiones que afectaban a los asuntos eclesiásticos, sociales y económicos del siglo VI. Algunas de las posteriores *Novelas* de Justiniano ampliaban la moral cristiana, por ejemplo, insistiendo en la necesidad de proteger a las mujeres consagradas a la virginidad y de evitar la contratación de jóvenes prostitutas en el país. El derecho civil y eclesiástico fueron armonizándose poco a poco en un sistema dual de administración jurídica, que adaptaba los principios romanos a las necesidades del imperio cristiano de Bizancio. Tras la clausura de la Academia Platónica de Atenas (529), y después de que un enorme terremoto destruyera Berytus en 550-551, Alejandría y Egipto se convirtieron en los únicos centros de formación jurídica y filosófica aparte de la capital. Sus eruditos enseñaban una versión cristianizada de la filosofía aristotélica, considerada menos perjudicial que las enseñanzas neoplatónicas de Atenas. Tras las conquistas árabes del siglo VII, no obstante, toda la enseñanza jurídica y filosófica se concentraría en Constantinopla.

Utilizando los *Institutos* como base de la enseñanza jurídica, se esperaba que los estudiantes llegaran a dominar el derecho en cinco años de estudio, y habían de satisfacer a sus profesores antes de que pudieran ser admitidos en los dos grupos profesionales de juristas: los abogados (*synegoroi* o *scholastikoi*) y los notarios (*taboularioi*). El término *scholastikos* lo emplean numerosos autores hasta el siglo VII, cuando al parecer se ve reemplazado por el de *krites*, o juez, un título utilizado por el cuestor, el eparca (prefecto o gobernador) de Constantinopla y el máximo juez de apelaciones (*epi ton deeseon*), un cargo creado en el siglo VII. El eparca dirigía la judicatura de la ciudad, controlaba los guardias y las prisiones, y asimismo era el responsable del ceremonial, el comercio y la industria de la capital.

En el transcurso del siglo VI, el latín, hasta entonces fundamental en todos los estudios del derecho romano, fue reemplazado por el griego. El *Corpus Iuris Civilis* publicado en noviembre de 534 fue rápidamente traducido, y todas las nuevas leyes posteriores de Justiniano se promulgaron únicamente en griego. Al dejarse de usar, el latín fue desapareciendo paulatinamente al tiempo que cesaba su enseñanza. Solo en el ejército y en los tribunales, dos instituciones que tenían una gran deuda con las tradiciones romanas, sobrevivieron unas cuantas expresiones latinas: el «Bene, Bene», pronunciado como bienvenida oficial a la sala de justicia, y varias órdenes y nombres de armas y grados militares, que, aunque se transliteraron al griego, revelaban claramente su origen latino. Tampoco se leía mucha literatura latina en Bizancio hasta que Máximo Planudes tradujo a Virgilio, Ovidio, Cicerón y Boecio a finales del siglo XIII (véase el capítulo 27).

Los emperadores siguieron promulgando leyes que reflejaban la creciente influencia cristiana en los asuntos

relativos al matrimonio, por ejemplo, en la *Ekloga* de 740, un breve código legislativo de León III que sustituía también la mutilación física por la pena capital. A finales del siglo IX, las *Basílicas* proporcionaron una edición en seis volúmenes del derecho imperial integrada por sesenta libros dispuestos por materias y en orden cronológico, con la parte relevante del *Digesto* precediendo al *Codex Justinianus* y a las *Novelas*. La nueva reordenación fue ordenada por Basilio I (867-886) y completada por su hijo, León VI, llamado «el Sabio» (886-912), que además escribió el prefacio. Al mismo tiempo, el patriarca Focio escribió un nuevo prólogo a la segunda edición del *Nomocanon* publicada en 882-883; en ella se incluían todos los cánones promulgados desde la primera edición, y fue inmediatamente traducida al eslavo para ayudar a la recién establecida Iglesia búlgara. Se da, pues, un claro resurgimiento del interés tanto por el derecho civil como por el eclesiástico, que continuaría hasta el año 1204. Teodoro Bestes, un jurista canónico, escribió un tercer prólogo al *Nomocanon* de 1089-1090, y en 1177 un destacado eclesiástico, Teodoro Balsamon, redactó un cuarto prólogo y un comentario. En el ámbito del derecho civil, los emperadores siguieron promulgando *Novelas* sobre todos los asuntos importantes.

También se esforzaron en imponer la ley. Bajo el mandato de Teófilo (829-842), una ceremonia imperial repetida todos los viernes y que consiste en dirigirse a caballo desde el Gran Palacio hasta la iglesia de Blachernae, para luego volver, proporcionaba a los ciudadanos normales y corrientes la oportunidad de apelar al emperador. En una de esas ocasiones, una viuda se quejó a Teófilo de que el eparca de la ciudad le había robado un caballo (lámina 32), afirmando incluso que se trataba del mismo caballo que en aquel momento montaba el emperador. Este ordenó una

investigación y descubrió que la historia de la mujer era cierta: el eparca le había quitado su caballo y se lo había regalado al emperador. Teófilo devolvió el caballo de inmediato a su legítima propietaria y mandó castigar al funcionario pese a su altísimo rango. El hecho de que existan varias versiones de la historia sugiere que llegó a hacerse muy conocida. Esta práctica continuaría en la Nicea del siglo XIII y en la Constantinopla del XIV, donde se transformaría en una ceremonia oficial denominada *kavalikeuma* («salida a caballo»). Por entonces iría acompañada de cuernos y trompetas:

> … a fin de que el paso del emperador se anuncie a quienes hayan sido tratados injustamente, de modo que los que necesiten la ayuda de este recurso puedan acercarse a la Imperial Cumbre[15].

Dentro del firme marco de la ley escrita, para los jueces particularmente inteligentes era posible emitir opiniones minoritarias, lo que evidencia la flexibilidad y la confianza internas de los juristas bizantinos. A comienzos del siglo XI, Eustatio Romaios, cuyo abuelo también había sido juez, ocupó el más alto cargo judicial, el de *droungarios tes vigles* (originariamente «comandante de la guardia», un puesto militar que por entonces había pasado a ser de carácter civil). Como juez del tribunal imperial, hasta su muerte en 1034, elaboró numerosos veredictos, opiniones y estudios jurídicos especiales, que hoy nos permiten ver cómo se aplicaba e interpretaba la ley. En un caso que generó una amplia polémica, Eustatio resolvió una impugnación de un matrimonio basada en el cargo de secuestro con fuerza. Contra las opiniones divididas de sus colegas, señalaba que la acusación original no había mencionado la cuestión de la violación, y más tarde varias «mujeres entendidas» habían ratificado la virginidad de la chica, de modo que no había lugar a considerar el matrimonio ilegítimo por violación. En

cuanto a las evidencias proporcionadas por las mujeres, que habían sido cuestionadas por los demandantes, era evidente que debían admitirse en un tribunal, puesto que en tales asuntos los hombres no podían testificar. Eustatio confirmaba, pues, que el matrimonio era perfectamente legítimo. Sus escritos fueron recopilados por otro juez, o por un estudiante, en un libro de texto, la *Peira* («experiencia»), destinado a presentar reglas sencillas basadas en su interpretación creativa de las leyes. Este representa el máximo ejemplo de la adaptabilidad y flexibilidad del legado romano, y con frecuencia aparecería citado en obras posteriores.

En 1047, esta vívida actividad intelectual alentó a Constantino IX (1042-1055) a crear dos escuelas oficiales en la capital, una dedicada al derecho y la otra a la filosofía. La nueva escuela de derecho aspiraba a formar a dos clases de juristas: los notarios (*notarioi*) y los abogados (*synegoroi*), ambos organizados en colegios profesionales. El *nomophylax* (o «guardián de las leyes») elegido para dirigirla fue Juan Xifilino, que escribiría numerosos comentarios legales antes de hacerse monje en el monte Olimpo y, más tarde, convertirse en patriarca (1064-1075). Para la dirección de la escuela de filosofía, el emperador nombró a Miguel Pselo. Erudito de gran inteligencia, Pselo es hoy más conocido por su *Crónica* dedicada a los reinados de catorce emperadores (976-1078), pero también fue autor de numerosos textos sobre cuestiones filosóficas y matemáticas, además de una gran colección de cartas (véase el capítulo 21). Hacia finales del siglo XI, un texto denominado *Tipoukeitos* («lo que se encuentra aquí») proporcionaba un índice detallado de las *Basílicas*, añadiendo referencias a la legislación del siglo XI y a las interpretaciones jurídicas de Eustatio Romaios. El *Tipoukeitos*, posiblemente obra de un juez llamado Patzes, facilitaba el uso de las fuentes jurídicas citando las palabras

iniciales de determinadas leyes.

Paralelamente, en la esfera eclesiástica, particulares y obispos llevaban sus casos a Constantinopla, donde el patriarca presidía un tribunal de apelación. Cuando el avance y la ocupación de Asia Menor por los turcos selyúcidas en el siglo XI forzó a muchos obispos a buscar refugio en la capital, estos se unieron al sínodo permanente (*synodos endemousa*) vinculado al patriarca y asimismo se incorporaron a su tribunal. Este promulgó resoluciones destinadas a mantener el estatus de los obispos en el exilio, o a proporcionar directrices a quienes vivían bajo el dominio musulmán, que se quejaban de que «los sesenta libros de las leyes llamadas *Basílicas* no se conocen ampliamente en nuestras tierras […] ¿Es seguro para los sirios y armenios ortodoxos […] decir la liturgia en su propia lengua?»[16]. Al redactar la respuesta jurídica en 1194, Balsamon subrayaba que las liturgias vernáculas debían ser siempre traducciones de modelos griegos autorizados, y presionaba en favor de una mayor armonización con Constantinopla. Balsamon desarrollaba la tradición de los comentarios sofisticados sobre el trabajo del derecho canónico e incluía numerosos ejemplos de comportamiento cristiano ilícito e impropio registrados a finales del siglo XII.

Pese a la inmensa perturbación que supuso la ocupación latina de Constantinopla entre 1204 y 1261, este elevado nivel se mantuvo tanto por parte del patriarca exiliado en Nicea como de los tribunales eclesiásticos de otros lugares. Se conservan registros de derecho aplicado en resoluciones del siglo XIII dictadas por los arzobispos Demetrio Comateno de Ohrid y Juan Apocauco de Naupacto. Todavía hoy podemos admirar sus resoluciones, por ejemplo, en la concesión de un divorcio basándose en la existencia de un intenso odio, que

había evitado la consumación del matrimonio aun después de que se hubiera recluido juntos a ambos miembros de la pareja durante una semana; o en el caso de un esclavo convicto de robo al que se evitó la pérdida de la única mano que le quedaba, tal como exigía su propietaria, argumentando que la pérdida de ambas manos hacía imposible la supervivencia de una persona.

En el siglo XIV, entre los expertos jurídicos más distinguidos se contaban Mateo Blastares, que trató de reconciliar derecho canónico y derecho civil en su *Syntagma kata stoicheion*, un tratado alfabético dividido en secciones según los distintos temas, y donde el derecho eclesiástico precede a la resolución civil sobre el mismo asunto, y Constantino Harmenopoulos, que publicó su *Procheiron Nomon* (Manual de las leyes) en 1354. Su estudio en seis volúmenes, llamado por ello *Hexabiblos*, se convirtió en una de las más importantes contribuciones al derecho medieval y fue rápidamente traducido al serbio, como también lo fue el *Syntagma* de Blastares. Harmenopoulos recopiló asimismo una selección de cánones, *Epitome kanonon*, con comentarios sobre problemas de derecho eclesiástico, mientras que Blastares compuso breves sinopsis de derecho canónico, himnos y obras teológicas, además de una lista de términos jurídicos latinos. Por otra parte, un tribunal de distrito de Tesalónica conserva evidencias de jueces que citaban el *Codex Justinianus* correctamente y utilizaban sus disposiciones en conjunción con las leyes de su propia época.

En la misma ciudad de Tesalónica, donde Tomás Magistro compuso su discurso *Sobre el deber de un rey* (citado al principio de este capítulo), este elogiaba asimismo el respeto por la ley, en el contexto del deber del gobernante de alentar un conocimiento más amplio y profundo, diciendo:

> … las leyes fueron originariamente promulgadas y en general siguen siendo

> sustentadas por el conocimiento […] y el conocimiento es la más peculiar, la más beneficiosa y la más valiosa de todas las cosas para los hombres, simplemente porque, además de sus otros beneficios, eleva a los hombres por encima de la categoría de hombres[17].

Luego insiste en que el estado y el gobernante deben promover la educación, deben cultivarla y ponerla a disposición de todos. Mientras el derecho bizantino seguía adaptándose a las circunstancias de un imperio ahora considerablemente reducido en tamaño y fortaleza, sus abogados, jueces y clérigos con formación jurídica seguían enorgulleciéndose de su sistema judicial.

Como todas las sociedades, también Bizancio conoció ejemplos en los que podía abusarse de la ley, como el caso de los matrimonios disueltos por razones de consanguinidad, o en el ilegal desmembramiento del emperador Andrónico I en 1185. Muchas resoluciones implicaban un elevado nivel de violencia, por ejemplo, en el castigo de los rebeldes, pero el sistema jurídico bizantino se basaba en principios distintos de la justicia arbitraria común entre los pueblos no romanos. Su superioridad se vería confirmada por la adopción del derecho civil y canónico mucho más allá del ámbito del imperio tanto en el tiempo como en el espacio, especialmente a través de las traducciones del *Hexabiblos* de Harmenopoulos. De hecho, tras la guerra de Independencia griega de 1821, el nuevo estado adaptaría los seis libros y los actualizaría para emplearlos como base del código jurídico, que seguiría en vigor hasta el siglo XX.

La devoción bizantina al derecho también puede haber influido en otro rasgo significativo de su civilización: la noción de guerra justa. Esta idea se desarrolló durante los siglos medievales para sancionar las guerras de reconquista del territorio imperial perdido, así como las guerras defensivas destinadas a proteger al imperio y evitar futuras

pérdidas. Bizancio empleaba una hábil diplomacia para tratar de evitar la acción militar mediante la discusión y la negociación. Los emperadores y generales que dedicaban su atención a las tácticas militares subrayaban siempre la necesidad de evitar la guerra en la medida de lo posible. Y cuando esta se revelaba inevitable, buscaban los medios legales para justificar el combate. En el siglo XII, los cruzados occidentales condenaron esta dependencia de la diplomacia como un signo de cobardía por parte de los bizantinos. Pero el imperio siguió evitando el derramamiento de sangre siempre que le fue posible. Es probable que esta política estuviera relacionada con la preferencia de Bizancio por la mutilación física en lugar de la pena de muerte. Y asimismo refleja el estatus especial del que gozaban los sacerdotes ordenados y los monjes en el imperio, que les prohibía tomar parte en actividades militares. Podían bendecir a las tropas y rezar por su victoria, pero los líderes religiosos y los monjes no tomaban las armas. Aunque el emperador y el patriarca estaban unidos a la hora de fomentar las políticas cristianas, mantenían sus respectivos sistemas jurídicos separados. Al insistir en la existencia de un ámbito aparte para la Iglesia, gobernada por su propia ley, Bizancio sentó las bases del estado secular administrado por el derecho civil. En conjunto, ambos estamentos reflejaban el profundo respeto que había en Bizancio por la ley escrita, y que tan marcada influencia llegaría a ejercer en los estados vecinos.

Segunda parte

La transición de lo antiguo a lo medieval

8

El bastión contra el islam

> Solimán, rey de los árabes, decía: «No cejaré en la lucha contra Constantinopla hasta que logre introducirme a la fuerza en ella o provoque la destrucción de todos los dominios de los árabes»[18].
>
> *Crónica de Dionisio de Tel-Mahre*, siglo IX

En el siglo VII, Bizancio casi fue destruida por las tribus del desierto que surgieron de la península Arábiga para invadir el Mediterráneo oriental. Este inesperado reto vino a añadirse a casi una década entera de guerra con Persia en la década de 620 y a las persistentes incursiones eslavas en las provincias de los Balcanes. Sus consecuencias fueron tan graves que en la década de 660 el emperador Constante II abandonó Constantinopla por la seguridad de Sicilia. Algunos senadores, no obstante, se negaron a dejar la capital bizantina, y su confianza en la capacidad de resistencia del imperio se vería confirmada por un gran triunfo sobre los árabes en 678. Pese a ello, este turbulento período vino a transformar el antiguo mundo romano, y el establecimiento de un califato islámico en Damasco crearía un rival permanente para la Bizancio cristiana.

Para entender este devastador cambio (o triunfo, según el punto de vista), debemos considerar los acontecimientos de finales del siglo VI y comienzos del VII. Bajo el reinado del emperador Mauricio (582-602), las amenazas simultáneas de los eslavos en los Balcanes y de los persas en el este llevaron al límite la capacidad defensiva de Bizancio. En la década de 580, tribus eslavas y ávaras cruzaron la frontera del Danubio y tomaron importantes ciudades fortificadas como Singidunum (actual Belgrado), lo que les permitió desplazarse hacia el sur con sus familias y sus rebaños en busca de mejores pastos. A

comienzos del siglo VII sitiaron Tesalónica, cuyo santo patrón Demetrio se afirmaría que resultó crucial para evitar su caída. Extensas regiones de los Balcanes, Grecia y el Peloponeso occidental fueron poco a poco conquistadas y excluidas temporalmente del control imperial. El resultado inmediato de esta presión fue que en el invierno de 602 las tropas romanas se negaron a avanzar al norte del Danubio, marcharon sobre Constantinopla y derrocaron al emperador.

Poco después de este golpe de Estado, los persas cruzaron la frontera oriental y devastaron las principales ciudades de Asia Menor. En una situación de extrema confusión, el Senado de Constantinopla apeló al exarca de Cartago, que envió a su hijo Heraclio y a su sobrino Nicetas con un contingente militar para restablecer el orden en Bizancio. Pero nada podía detener los ataques persas: Antioquía sucumbió, y Jerusalén fue salvajemente saqueada en 614. Tras producirse una matanza de la población local, el patriarca y los cristianos que todavía quedaban huyeron llevándose consigo la reliquia de la Vera Cruz, aunque solo para acabar cautivos de los persas; una cautividad que ellos compararían con la de los israelíes en manos de los babilonios. En 619, los persas ocuparon Alejandría e impidieron que la flota de transporte de cereal zarpara con rumbo a Constantinopla.

Con la ayuda del patriarca Sergio (610-638), que le coronó emperador en 610, Heraclio concentró toda su atención en derrotar a Persia. Durante más de diez años se dedicó a mejorar las fuerzas de combate bizantinas y a elaborar nuevas estrategias, que luego se utilizaron en la prolongada campaña de 622-628, en la que pasó años enteros lejos de la capital, forjando alianzas con las tribus del Cáucaso y planificando profundas incursiones en territorio persa. Durante su ausencia, no obstante, los persas hicieron causa común con los ávaros, que ahora dominaban a sus aliados eslavos, y

avanzaron hasta las orillas del Bósforo. El asedio de 626 representó un momento decisivo en la historia del imperio, tal como ya vimos en el capítulo 2. Los bizantinos creyeron que la Madre de Dios en persona había defendido la ciudad y que esta había pasado a estar bajo su especial protección.

Menos de dos años después, Heraclio marchó sobre Persia desde el norte y tomó la importante ciudad de Nínive, obligando a Cosroes II a huir de Ctesifonte a Dastgerd. En 628, el «sha de shas» fue derrocado, su palacio saqueado y la Vera Cruz recuperada, al tiempo que hubo que quemar una gran parte de su botín porque el ejército no podía acarrearlo. El anuncio oficial de la victoria fue enviado a Constantinopla y el patriarca lo leyó ante la población congregada en Santa Sofía: «Que todos los cristianos den gracias al único Dios… ya que ha caído el arrogante Cosroes, adversario de Dios». Luego pasaba a describir el regreso del ejército desde Persia, y concluía: «Tenemos confianza en nuestro Señor Jesucristo, el bueno y todopoderoso Dios, y en nuestra señora la Madre de Dios, que dirigirán todos nuestros asuntos según su bondad»[19]. Probablemente, Heraclio restituyó la Vera Cruz a Jerusalén en la primavera de 630, antes de volver finalmente a la capital imperial, donde se celebró una gran ceremonia triunfal. El patriarca Sergio, el joven príncipe Heraclio Constantino y toda la población salieron a recibirle y le acompañaron hasta la ciudad «bailando de alegría», según la expresión que registra Teófanes en su *Crónica*.

Mientras tenía lugar esta culminación de las hazañas de Heraclio, el profeta Mahoma moría en Arabia (632), y la derrota definitiva del enemigo más serio de Bizancio coincidiría con el nacimiento de otro enemigo nuevo: los persas zoroástricos se verían reemplazados por los árabes musulmanes. Llevados por la confianza posterior a la victoria,

los funcionarios imperiales negaron el tributo que tradicionalmente pagaban a las tribus que custodiaban las lindes del desierto y que hasta entonces habían actuado como un sistema de alerta anticipada. Bizancio quedó, pues, completamente desprevenida ante una posible invasión por el sur. En las provincias recuperadas de Siria, Palestina y Egipto, las autoridades militares establecidas por Heraclio a partir de 630 se vieron cogidas por sorpresa, al tiempo que se quedaban desconcertadas ante el coherente desafío militar representado por las tribus árabes, a las que Mahoma había logrado unir después de un largo período de luchas intertribales.

La muerte del Profeta no hizo sino confirmar la determinación de los árabes de extender la dominación islámica por todo el mundo conocido. Adoptaron el año de la huida de Mahoma (*hégira*) de La Meca a Medina (622 de nuestra era) como el primero de su propio calendario lunar, y empezaron a fechar las conquistas que siguieron a partir de aquel año (a. H., o «año de la Hégira»). Utilizando camellos acostumbrados al desierto, desarrollaron fructíferas tácticas militares basadas en incursiones rápidas y una eficaz tecnología de asedio. Las grandes ciudades de Oriente Próximo cayeron en rápida sucesión: Damasco en 634, Gaza y Antioquía en 637, y Jerusalén en 638. En la batalla del río Yarmuk, en el norte de Siria, librada en 636, Heraclio sufrió una terrible derrota. A continuación se retiró a Antioquía, pero se vio obligado a abandonarla en manos de los árabes. Aunque nadie en Constantinopla imaginaba que aquellas enormes pérdidas serían permanentes, lo cierto es que resultaría imposible recuperarlas. En 661 los musulmanes establecieron su capital en Damasco y empezaron a realizar campañas anuales contra Bizancio.

En el curso de una sola década (632-642), los árabes habían ocupado Siria, Palestina y la provincia más rica de Egipto,

incluyendo los Santos Lugares cristianos de Jerusalén y Belén. Aquello representó un importante punto de inflexión en la historia bizantina. Los árabes habían conquistado alrededor de las dos terceras partes del territorio imperial, y tenían la intención evidente de apoderarse del resto, ya que seguían decididos a proseguir su expansión a través de Asia Menor y la costa del norte de África. En ese proceso estuvieron a punto de acabar con Bizancio. La conquista de Jerusalén infligió una profunda humillación al prestigio cristiano, mientras que la de Egipto puso fin a un sistema económico construido por la Antigua Roma y heredado por la Nueva. Utilizando su dominio de la astronomía práctica para viajar a través del desierto, los árabes se adaptaron al mar sin mayor dificultad y empezaron a atacar las islas y las costas del imperio.

Por sus contactos comerciales con los habitantes de Oriente Próximo, los líderes árabes sabían que el Imperio romano había tenido una gran historia; ellos aspiraban a recrear su antigua unidad a través del Mediterráneo, pero bajo su propio control. Para los historiadores occidentales puede que aquello pareciera «el estancamiento de la civilización cristiana», pero los árabes lo veían de manera distinta. El islam había reemplazado al cristianismo del mismo modo en que este había reemplazado al judaísmo y había proscrito los cultos paganos, y ahora se instaba a todo el mundo a convertirse a esta revelación final de Dios. Pero los árabes tenían que conquistar la Nueva Roma antes de poder avanzar hacia la Antigua, y Bizancio resultaría ser el escollo que vendría a frustrar su tentativa inicial de conquistar todo el mundo conocido.

Las ambiciones de los árabes se vieron confirmadas por su destrucción del Imperio persa: Ctesifonte, Tikrit, Nínive, Isfahán y Persépolis fueron conquistadas todas ellas en 648, al tiempo que las nuevas guarniciones establecidas en Kufa,

Basora y Mosul servirían de base para posteriores conquistas. Los árabes combinaron un ataque por el este sobre Kabul, en Afganistán (664), con un avance por el oeste a través del norte de África hasta Kairuán (670), cerca de Cartago. En 711 cruzaron el río Oxus para tomar Bujara y Samarcanda, y el estrecho de Gibraltar para invadir la península Ibérica. Las mezquitas de azuladas tejas de Samarcanda y Taskent, junto con las grandes mezquitas de Kairuán y Córdoba, simbolizan el alcance de esta expansión. Desde su base en Arabia, la nueva religión del islam no solo vino a reemplazar al cristianismo en su territorio natal, sino que también pasó a controlar toda la extensión —más amplia— del mundo conocido.

Ya desde la década de 1930, cuando el gran historiador belga Henri Pirenne señaló la trascendencia de la expansión árabe con la memorable frase de «Sin Mahoma, Carlomagno resulta inconcebible», se ha vinculado al islam con el nacimiento de Europa. Pirenne afirmaba que la alteración musulmana de las antiguas pautas comerciales, que habían unido todas las orillas del Mediterráneo, forzó al norte de Europa a desarrollar su propia base económica independiente del sur. Los contactos a través del mar del Norte con Gran Bretaña y Escandinavia llevarían a la larga al surgimiento de la Liga Hanseática que uniría Alemania con las regiones bálticas. Pirenne, sin embargo, no reconocía el papel desempeñado por Bizancio a la hora de evitar que la expansión musulmana prosiguiera a través de Asia Menor y los Dardanelos, penetrando en Europa. En lugar de analizar cómo luchó el imperio por su existencia, dio por sentado su papel a la hora de proteger a Occidente. Pero si Constantinopla hubiera caído en manos de los árabes a mediados del siglo VII, estos habrían empleado sus grandes riquezas y su poder imperial para avanzar directamente hacia

Europa. La arremetida de las primeras conquistas musulmanas se habría repetido en los Balcanes y más aún al oeste, donde los pueblos eslavos y germánicos no habrían sido capaces de resistir. Y sin este entorno cristiano, seguramente también Roma se habría convertido. Sin Bizancio, Europa tal como la conocemos resulta inconcebible.

Bizancio sobrevivió. Pero habría de negociar con un nuevo enemigo que había provocado un cambio permanente en el mundo de la Antigüedad tardía; un enemigo al que no podía ni derrotar ni asimilar. En lugar del dominio romano en todo el Mediterráneo, una triple división dio lugar a un Sur islámico, un Oriente cristiano bizantino y un Occidente cristiano latino. Sin duda, las largas guerras libradas entre Bizancio y Persia habían debilitado las dos viejas estructuras imperiales, creando un vacío parcial en el que ahora se movían los árabes maximizando su energía para nuevas campañas. Pero la conquista árabe, impulsada inicialmente por las presiones económicas en Arabia, se lo debe casi todo a la nueva religión del islam, un término que significa «sumisión» (a la voluntad de Alá). Las revelaciones de Mahoma, que se identificaba a sí mismo como el «último profeta de Dios», unieron a los guerreros del desierto bajo una vigorosa aunque estricta bandera. Sus máximas fueron los primeros textos escritos en árabe, en contraste con la rica poesía oral de quienes hasta entonces habían adorado a numerosos ídolos. El Corán, escrito en árabe clásico, no es solo el primero, sino también un hermoso ejemplo de aquella lengua previamente hablada. Así, las tribus árabes se convertían en un pueblo elegido, que había recibido el mensaje definitivo de Dios y lo había registrado en su propia lengua. La insistencia en el monoteísmo y el culto espiritual en unos rituales fáciles de dominar inspiraba a los creyentes, disciplinaba a los conversos, por más reticentes que fueran, y

proporcionaba a todos los adeptos el nuevo sentimiento de tener un fin común.

Aunque la guerra santa, la *yihad*, no constituía uno de los cinco pilares del islam (estos eran la profesión de fe, la oración diaria, la peregrinación, el ayuno en el mes del Ramadán y la limosna), pronto se convirtió en un rasgo característico de la nueva fe. Los miembros de las tribus árabes que participaron en la primera gran oleada de conquistas necesitaban partidarios y fuerzas adicionales para sostener sus campañas al este y al oeste. Inicialmente, los guerreros, a los que se pagaba y alentaba mediante el botín, vivían en guarniciones separadas de la población conquistada. A los judíos y cristianos, los denominados «pueblos del Libro» (esto es, del Antiguo Testamento), se les permitió conservar su religión con tal de que pagaran impuestos extra bajo el dominio del islam; pero muchos de ellos se convirtieron. Como han mostrado Patricia Crone y Michael Cook, la historia de este asombroso proceso ha de reconstruirse a partir de los relatos contemporáneos externos, dado que casi todos los registros árabes datan de varios siglos después y mantienen notables aspectos míticos.

A la larga, las campañas árabes se extenderían más allá de los conocimientos geográficos que nadie poseía en el siglo VII. Es difícil para nosotros percibir con qué rapidez se llevó la religión del islam desde Arabia hasta los confines del mundo conocido. En 712, los árabes tomaron la capital visigoda de Toledo y crearon un estado musulmán en la península Ibérica. Cuarenta años después, derrotaban a las fuerzas chinas en Talas (Sogdiana), asegurando así la difusión del islam a través de Asia central. Este nuevo mundo estaba unido por caravanas de camellos que seguían rutas que atravesaban el desierto desde Ceuta hasta Extremo Oriente. Pero el ardor desértico de la guerra santa estaba reñido con

las seducciones urbanas que traía la ocupación, y los combatientes empezaron a establecerse en las ciudades, a casarse con lugareñas y a perder su identidad tribal. Casi de manera inevitable, este proceso generaría divisiones y guerras civiles.

Mucho más al principio de sus campañas, sin embargo, cuando los árabes trataban de conquistar Bizancio, se vieron detenidos por los escarpados montes Tauros, que separan Asia Menor del continente asiático propiamente dicho. Bizancio se convirtió en una zona fronteriza, en la barrera entre el cristianismo y el islam, entre Europa y Oriente Próximo. En el apogeo del poder árabe, de 660 a 740, el imperio hubo de batallar con constantes incursiones anuales a través de los montes Tauros, y además hubo tres grandes campañas dirigidas contra Constantinopla por tierra y por mar. Como declaraba el califa Solimán (715-717), Constantinopla era un gran trofeo, y en el año 717 estaba decidido a conseguirlo. Su derrota, tras doce meses de asedio, resultaría de vital importancia para la supervivencia de Bizancio. Los árabes fueron rechazados, y sus ambiciones de hacer de Constantinopla la base de su posterior expansión se vieron frustradas.

Por su parte, los árabes establecidos en la península Ibérica descubrirían que los Pirineos marcaban el límite de su expansión occidental. En 733, cuando trataban de avanzar más al norte, un combinado de fuerzas francas al mando de Carlos Martel (es decir, «el Martillo») les derrotó cerca de Poitiers y les obligó a retroceder. Permanecerían detrás de aquella frontera natural durante los setecientos años siguientes, generando una sociedad extremadamente refinada en España, especialmente en Andalucía. Dos cordilleras montañosas marcaron, pues, los límites de la conquista musulmana del mundo romano, y ambas fronteras se

mantendrían inamovibles durante siglos. En el año 800 surgió en Occidente una nueva sociedad cristiana, que identificó su territorio como «Europa», mientras que en Oriente era Bizancio el garante de dicha fe. Ambas florecieron fuera de los recién establecidos límites de la expansión islámica, a la que poco a poco irían haciendo retroceder.

En el extremo oriental del mundo mediterráneo, Jerusalén había pasado a manos musulmanas: el patriarca Sofronio prefirió entregar la ciudad a Umar, el segundo califa (o sucesor del Profeta) árabe (634-644) antes que permitir una nueva edición de la profanación y la matanza realizadas por los persas en 614. En el Corán, Jerusalén aparece como la ciudad desde la que Mahoma fue transportado al cielo tras una milagrosa visita nocturna desde Arabia. La roca desde donde había ascendido, en el monte del Templo, fue circundada por un edificio. En 691-692, el califa Abd al-Malik lo reemplazó por un santuario más hermoso, la Cúpula de la Roca, cuyo interior está decorado con mosaicos de estilo bizantino, los cuales, aunque realizados por artesanos bizantinos, transmiten un mensaje puramente islámico. Los versos del Corán en árabe, proclamados en una franja sobre imágenes absolutamente no figurativas de jardines idílicos, árboles, flores y urnas ornamentales, se dirigen contra los bizantinos:

> El mesías, Jesús, hijo de María, fue solo un mensajero de Dios y de Su palabra que Él transmitió a María, y un espíritu emanado de Él. Así pues, cree en Dios y en Sus mensajeros, y no digas «tres» [una referencia a la Trinidad cristiana]: abstente, es mejor para ti[20].

Este monumento simboliza el decisivo cambio de poder y de observancia religiosa en Oriente Próximo.

Solo se conservan registros indirectos de la reacción bizantina contemporánea, en apocalípticas historias sobre el fin del mundo que dan a entender que los árabes son los

precursores del Anticristo. Basándose en antiguas predicciones, como el Libro de las Revelaciones, estos relatos reinterpretan la historia del último emperador romano que iría a Jerusalén y colgaría su corona para significar el fin de los tiempos. En una de estas versiones, la columna de Constantino situada en su Foro en Constantinopla sería el último monumento que sobreviviría a la crecida de las aguas que destruiría la tierra. Tomando prestado el nombre de Metodio, obispo de Patara, que se supone que escribió un Apocalipsis en sirio, estos textos seudometodianos reflejan la inquietud que provocaba en los cristianos del siglo VII la posible conquista árabe de su capital.

Y esa era de hecho la intención de los musulmanes; pero tal cosa no sucedió. La resistencia bizantina se inspiró en su fortaleza militar, dinástica, cultural y religiosa. Las gigantescas murallas de Constantinopla, sus fosos y sus defensas costeras, generaron una profunda confianza entre los habitantes de la ciudad, inspirada asimismo en su fe en el respaldo de la Madre de Dios; a su vez, este elemento proporcionó la vital inversión humana necesaria para mantener las murallas que aseguraban la inexpugnabilidad de la ciudad. La fuerza interior del imperio se alimentaba de su devoción cristiana, en su creencia de que era Dios quien concedía las victorias militares bizantinas y de que, por medio de la oración sincera, Él seguiría protegiéndoles.

Detrás de la barrera natural de los montes Tauros, las pocas tropas que quedaban de las provincias de Oriente Próximo fueron reagrupadas y estacionadas en diversas zonas de Asia Menor. En lugar de los tradicionales métodos militares romanos de reclutamiento y salario, poco a poco se fue desarrollando un nuevo sistema al que hoy clasificamos como «medieval»: a las fuerzas combatientes se les asignaban tierras en una determinada región militar, o tema (en griego, *thema*;

plural, *themata*), donde vivían sus familias y donde los soldados se equipaban para las anuales campañas de verano. Los tres primeros de dichos temas, identificados como Anatolikon (oriental), Armeniakon (armenio) y Opsikion (del latín *obsequium*, un término empleado para designar a los partidarios militares), parecen haber surgido en el período *c*. 630-680. Poco después se crearon Thrakia (Tracia, la zona situada al oeste de Constantinopla), Thrakesion (en la parte occidental de Asia Menor) y un tema naval situado en la costa meridional de Asia Menor y denominado Kibyrraioton (con sede en la ciudad portuaria de Antalya). Una fuerza naval independiente (*Karabisianoi*) siguió patrullando las aguas del Egeo, pero no parece que llegara a formar un tema.

En estas nuevas unidades de gobierno militar, el general (*stratregos*) combinaba todos los poderes. Los funcionarios civiles se subordinaban a su autoridad, y su principal función estaba relacionada con el reclutamiento de soldados, cuyos nombres se registraban en listas militares (*katalogoi*). Aparte de este aspecto esencial, su tarea consistía en medir la tierra, y calcular, registrar y recaudar impuestos en todo el territorio que estaba bajo el control imperial. Esta sería la base de la administración bizantina hasta el final del imperio, ochocientos años después. Pero el establecimiento de la nueva administración provincial requirió varias generaciones, y no evitó las incursiones regulares por parte de las fuerzas musulmanas desde Damasco. Bizancio había tenido que cambiar su método de financiación y organización de la defensa militar, adaptando su sistema de gobierno a una menor escala. Tendría que hacer frente a la pérdida de Egipto, que durante siglos había suministrado el trigo necesario para alimentar a la metrópolis, así como de las prósperas regiones y ciudades de Siria y Palestina. Este decisivo cambio modelaría toda la historia posterior y contribuiría a definir la

Bizancio medieval. A pesar de tales mermas, Bizancio seguiría acuñando una moneda de oro fuerte y manteniendo su sistema jurídico. El derecho romano se tradujo al griego, al tiempo que el emperador abandonaba su designación latina, *imperator*, en favor de la griega, *basileus*. Heraclio también promulgó nuevas leyes y reformó la moneda de cobre.

A mediados del siglo VII, los árabes navegaron hasta Chipre, Cos y Rodas, que cayeron bajo el control musulmán. Desde estas bases los árabes recorrieron el Egeo, haciendo incursiones en las islas y poblaciones costeras, a veces para talar madera a fin de utilizarla en la construcción de barcos. En 655 derrotaron al joven emperador Constante II (641-668), nieto de Heraclio, frente a las costas meridionales de Asia Menor. Luego, en 662, este decidió trasladar su corte al entorno, más seguro, de Siracusa, en Sicilia. El *Libro de los pontífices* romano describe que Constante visitó Roma, fue ceremoniosamente recibido por el papa Vitaliano, y ofreció regalos a sus iglesias, incluyendo un palio (una pieza de ropa griega) dorado, que depositó en el altar de San Pedro:

> Permaneció en Roma doce días; desmanteló todas las decoraciones de bronce de la ciudad; quitó las tejas de bronce del techo de la iglesia de Santa María *ad martyres* […] Entró en Sicilia, y vivió en Siracusa. Impuso tal aflicción al pueblo […] durante inacabables años […] como nunca antes se había visto. El 15 de julio, en la duodécima indicción, el llamado emperador fue asesinado en su baño[21].

Cuando un pretendiente reclamó el trono, el Senado de Constantinopla de inmediato hizo coronar emperador al hijo mayor de Constante con el nombre de Constantino IV (668-685), y Siracusa recuperó su estatus provincial. Sicilia y el sur de Italia permanecieron bajo el dominio imperial, aunque en el transcurso del siglo IX la isla acabaría poco a poco sucumbiendo a la conquista árabe. Sin embargo, mucho después de la derrota militar que allí sufrió Bizancio, algunos tribunales seguían registrando sus sentencias en griego, había

personas que seguían fundando monasterios ortodoxos, y los talleres artísticos copiaban manuscritos griegos al estilo bizantino.

Desde el comienzo del reinado de Constantino IV, Constantinopla fue asaltada por persistentes ataques árabes; en una campaña que duró cinco años, los sitiadores pasaban el invierno en Kizikos y atacaban a la marina bizantina cada verano. En aquellas batallas, por primera vez se utilizó eficazmente el «fuego griego» para destruir los barcos enemigos. Finalmente, en 678, Constantino IV invirtió la tendencia de las conquistas musulmanas, no solo al demostrar lo fuertemente defendida que estaba su capital, sino también al persuadir a los mardaítas, unas tribus montañosas independientes del Líbano, de que atacaran a los árabes. Impuso entonces un tratado de paz de treinta años al califa Muawiya, que aceptó pagar un tributo anual de tres mil piezas de oro, cincuenta cautivos y cincuenta caballos de pura sangre. De esa manera, el emperador puso fin a lo que había parecido una campaña imparable contra el imperio, si bien posteriormente el califa Abd al-Malik (685-705) reanudaría los ataques. Constantino IV negoció acuerdos favorables con los lombardos en Italia y con los ávaros en Europa central, y restauró las buenas relaciones con Roma. Apartando a sus hermanos del poder, insistió en que fuera su hijo Justiniano II quien le sucediera.

Este punto de inflexión en las relaciones arabo-bizantinas permitió a Constantino IV desplazar su atención de la amenaza musulmana hacia otra amenaza, muy distinta, que planteaban los eslavos en las provincias occidentales. Aunque también ellos eran capaces de asediar grandes ciudades, tendían a establecerse en tierras productivas desde una perspectiva agraria, en grupos identificados por Teófanes como *sklaviniai*. Su infiltración gradual a través de los

Balcanes había obligado a numerosas comunidades autóctonas a huir a ciudades fortificadas, cumbres montañosas e islas. En 584 se fundó Monemvasia, la ciudad «de una sola entrada», en un saliente rocoso unido al Peloponeso por una única calzada. La población de Argos huyó a Orove, una isla situada en el golfo Sarónico (actual golfo de Egina), mientras que los habitantes de Patras cruzaron el mar hasta Sicilia. Tanto el nivel de arraigo eslavo, que puede verse en topónimos y evidencias arqueológicas, como su escala temporal siguen siendo objeto de debate. Pero a la larga casi todos los eslavos se convertirían en bizantinos, ya fuera por la fuerza militar, ya por la interacción comercial y social.

En este proceso de incorporación y conversión, el nuevo sistema de administración y la Iglesia desempeñaron un significativo papel. En 695, Hellas, la Grecia central, constituía su propio tema, con su general y su estado mayor, que respaldaba al clero local (por ejemplo, los obispos de Atenas y Corinto) a la hora de mantener las tradiciones ortodoxas en parroquias y monasterios. Inicialmente a través de sus contactos comerciales, los eslavos aprendieron griego y poco a poco fueron asimilándose al imperio, sirviendo en el ejército, adoptando el cristianismo y pagando sus impuestos a Constantinopla, como los demás súbditos imperiales. Su conversión cultural fortaleció a Bizancio y profundizó la identidad cristiana del imperio.

Los nombres o los orígenes eslavos aparecen anotados en las fuentes documentales de una forma bastante neutra: Nicetas, patriarca de Constantinopla (766-780), era un eunuco eslavo; Tomás el Eslavo fue un general militar que aspiró al título de emperador. Epítetos como este entran en la categoría de las etiquetas derivadas del origen geográfico de una persona, de sus rasgos personales o de su oficio, que en

Bizancio solían ser objeto de chanza. A los llamados Paflagonios (oriundos de Paflagonia) se les solía caricaturizar como sucios comedores de cerdo, mientras que también podía ridiculizarse a los Simokattes («nariz chata»), Sarandapechys («cuarenta codos», es decir, de elevada estatura) o Podopagouros («pies de cangrejo»). El desarrollo de los apellidos, no obstante, marcó un proceso social que vino a otorgar una identidad más fuerte a los individuos, incluso si eran humildes. En el siglo XI, el patriarca Miguel Cerulario (es decir, «cerero») tenía rango senatorial, pero sin duda debió de haber cereros entre sus antepasados. En la amplia visión de la historia medieval, este temprano y generalizado uso de los apellidos diferencia a Bizancio de otros estados, como una sociedad con una desarrollada conciencia de la importancia de la genealogía y las relaciones personales.

En el proceso de transformar a los eslavos en bizantinos, también la Iglesia desempeñó un papel vital al expandir los obispados y construir templos. Fue un proceso largo e irregular, marcado por contratiempos como el sitio de Patras en 806, cuando unos piratas árabes se unieron a rebeldes eslavos para amenazar la ciudad. Gracias a la milagrosa intervención del santo local, Andreas, además de la de un general establecido en Corinto, los sitiadores fueron derrotados. Los griegos que originariamente vivían en Patras, y que habían huido a Sicilia, fueron invitados por su obispo a regresar a la urbe a fin de repoblarla. Sabemos por los textos de un erudito del siglo IX, Arethas, que sus padres se encontraban entre los que regresaron.

Además de convertir a las tribus eslavas al cristianismo, los patriarcas de Constantinopla trataron asimismo de imponer una creencia ortodoxa más uniforme. Durante las invasiones persas de 611-619, muchos cristianos monofisitas de las

provincias orientales, que se negaban a aceptar el Concilio de Calcedonia (451), no habían apoyado a las fuerzas imperiales, argumentando que un régimen zoroástrico sería más tolerante que el bizantino. Las controversias religiosas se traducían en problemas políticos. Utilizando definiciones concebidas para ganarse a aquellas comunidades monofisitas, el patriarca Sergio I y su sucesor, Pablo II, promulgaron sendas declaraciones teológicas en 634, 638 y 648, que extendieron el debate sobre las dos naturalezas de Cristo a la cuestión de su energía y su voluntad. Pero la doctrina del monotelismo (la creencia de que Cristo tenía una sola voluntad) provocó una gran oposición tanto en Bizancio como en Occidente, sin que, por otra parte, lograra ganarse a los monofisitas.

La búsqueda de definiciones teológicas más claras pudo haber recibido un ímpetu añadido gracias a la expansión del islam, que vino a socavar la confianza de los bizantinos. Aunque condenaban como herejía la nueva revelación del islam, las autoridades cristianas de Constantinopla se preguntaban inquietos por qué Dios permitía a los infieles ganar tantas batallas. Sin embargo, el esfuerzo por reintegrar a las iglesias monofisitas a la comunión con Constantinopla se vio debilitado por la conquista musulmana, que de hecho se apoderó de los territorios que respaldaban a la jerarquía de iglesias y obispos rivales. Muchos se convirtieron al islam. A otras comunidades cristianas que permanecieron fieles a Constantinopla se las identifica a veces como *melquitas*, por el término sirio que significa «imperial». Bajo el islam, todos estos grupos cristianos estaban protegidos (*dhimmi*) y tolerados. Poco a poco fueron adoptando el árabe como su lengua litúrgica, y muchos de ellos han sobrevivido hasta nuestros días, por ejemplo, en Palestina y el Líbano.

La campaña oficial para imponer el monoteísmo llevó a la

persecución de los oponentes ortodoxos. Máximo el Confesor, un monje bizantino, y el papa Martín I fueron llevados a Constantinopla, sometidos a juicio y luego proscritos. El Papa murió en el exilio en Jersón, a orillas del mar Negro, mientras que Máximo fue mutilado y luego trasladado de prisión de un castillo a otro, sufriendo grandes privaciones. Sus escritos dejan constancia de esta debacle teológica, en la que participó el papa Honorio, además de varios patriarcas de Constantinopla.

El monotelismo fue finalmente condenado en el VI Concilio Ecuménico, convocado por Constantino VI en 680. El propio emperador presidió muchas de las sesiones, en las que se analizaron y finalmente juzgaron incorrectos los textos aducidos en apoyo de la teología de la voluntad única. Constantino ordenó que se quemaran todas las copias de aquellos escritos, con la sola excepción de un ejemplar, que se guardaría bajo llave en la biblioteca patriarcal de herejías. Este procedimiento confirmaba el papel vital de la Iglesia a la hora de respaldar la estructura imperial de gobierno. Por su parte, los emperadores ortodoxos utilizaban los concilios eclesiásticos para consolidar su propio dominio dinástico.

En 692, Justiniano II convocó otro concilio, normalmente denominado *in Trullo* porque se celebró bajo la cúpula (*troullos*) del Gran Palacio, para revisar el derecho eclesiástico. Esta reunión de 211 obispos, entre los que se incluían representantes de los cinco grandes patriarcados, promulgó 102 cánones destinados a imponer definiciones más coherentes de la creencia y a actualizar las regulaciones de cara a una conducta más uniforme. Entre ellos se incluían la condena de muchas actividades precristianas, como la celebración de las Calendas (el Año Nuevo) y la festividad del Primero de Marzo, con bailes públicos realizados por mujeres, travestismo y uso de máscaras teatrales; la

invocación a Dioniso al pisar las uvas; la predicción del futuro por parte de osos y otros animales, o por parte de videntes, hechiceros, proveedores de amuletos y adivinos que pretendían predecir la fortuna, el destino o la genealogía. Aparentemente estaba resultando difícil erradicar las viejas tradiciones.

El concilio también legisló por primera vez sobre el arte religioso: el canon 100 decretaba que no podía exhibirse ninguna clase de arte que pudiera suscitar sentimientos lascivos, mientras que el canon 82 prescribía que había que retratar al Salvador en su forma humana, como hombre encarnado, en lugar de utilizar el antiguo símbolo cristiano del Cordero de Dios. El primero podía aplicarse a los iconos de dioses y diosas paganos, así como a los retratos de prostitutas y concubinas, que decoraban muchas ciudades, junto con unos versos en los que se describían sus habilidades. El segundo influyó de inmediato en la producción de iconos religiosos, que a menudo eran pintados por monjes. Esto se vio reforzado asimismo por la nueva y revolucionaria moneda de oro acuñada por Justiniano, que mostraba el rostro de Cristo en el anverso, mientras que relegaba el retrato del emperador al reverso (láminas 11*a* y 11*b*). Se acuñaron de dos tipos distintos: en el primero se representaba una imagen de Cristo con barba, mientras que en el segundo aparecía más joven y con el pelo corto y rizado; ambas imágenes familiares gracias a los mosaicos. Los pintores de iconos habían desarrollado ya el primer estilo, que actualmente se conserva en un magnífico ejemplo en el monte Sinaí. El hecho de que el Concilio *in Trullo* se sintiera obligado a abordar estas cuestiones artísticas sugiere que estas estaban adquiriendo una mayor significación como resultado de los crecientes contactos con el islam. A la luz de los continuos éxitos militares de los árabes, la acusación de

idolatría referida al culto a los iconos tenía cierta resonancia, ya que los musulmanes observaban la prohibición de los ídolos del Antiguo Testamento.

Aunque Justiniano II representaba la cuarta generación en la familia de Heraclio, en 695 fue derrocado por un golpe militar y exiliado a Jersón. Pese a la mutilación de la nariz y la lengua —cuyo objetivo era evitar que gobernara de nuevo—, logró sobrevivir y regresar al poder con una nariz postiza de oro y utilizando a un intérprete para que hablara por él. Luego trató de asegurar la sucesión de su hijo, Tiberio; pero su segundo reinado, de 705 a 711, estuvo marcado por tal nivel de crueldad y de venganza contra sus enemigos que toda la familia acabaría siendo asesinada en otro golpe de Estado.

Pese a ello, durante el período inicial de la amenaza islámica, Bizancio experimentó un sentimiento de continuidad y fortaleza derivado de la dinastía fundada por Heraclio. Aunque hubo varias crisis, una misma familia imperial ejerció el poder desde 610 hasta 695, y proporcionó una sucesión más ordenada de padres a hijos, lo que contribuyó a asegurar al imperio en su transformación de un estado antiguo a uno medieval. En Constantinopla, el Senado demostró su importancia asumiendo la responsabilidad en los momentos de crisis. Hizo el llamamiento a Cartago que salvaría a Bizancio de una administración caótica; se erigió en el más alto tribunal cuando se juzgó al papa Martín y a otros acusados de herejía; evitó que Constante II se llevara a su familia a Occidente, y proporcionó los experimentados patricios que negociarían los tratados diplomáticos. Sin embargo, el Senado fue incapaz de contrarrestar las ambiciones generadas por los jefes militares rivales que entre 695 y 705, y de nuevo entre 711 y 717, vinieron a usurpar su influencia. Esta nueva base de poder, basada en los temas, destruyó la autoridad civil del Senado y vino a potenciar a los

soldados que competían por imponer a sus propios candidatos a emperador.

Bajo el embate del islam, el imperio se vio reducido a un estado medieval mucho más pequeño, identificado por su compromiso con las tradiciones imperiales romanas, el cristianismo ortodoxo y su herencia griega. Asimismo, adoptó el gobierno dinástico como una forma de fortalecer su nueva administración. Al resistir a los árabes, los bizantinos sostuvieron el cristianismo en el Mediterráneo oriental y frenaron la expansión del islam en Asia Menor. Desde esta base, extremadamente limitada, iniciaron la conversión de las tribus eslavas, que habría de tener trascendentales consecuencias. Pero el principal logro de la nueva Bizancio medieval fue evitar las tentativas musulmanas de tomar Constantinopla, lo que habría abierto el camino hacia una rápida conquista de los Balcanes, la Europa central y, probablemente, la propia Roma.

9

Los iconos, una nueva forma de arte cristiano

> Cuando el marido [que había encargado un icono de madera dorado de san Miguel Arcángel] sintió que estaba a punto de morir, cogió la mano de su esposa y la puso sobre la mano del arcángel diciendo: «¡Oh, arcángel Miguel […] observa, en tus manos deposito a mi esposa Eufemia a fin de que puedas cuidar de ella». Y tras su muerte, Eufemia siguió ofreciendo incienso al icono, manteniendo una lámpara encendida ante él en todo momento, y, venerándolo tres veces al día, le pedía al santo que la ayudara y la protegiera del Diablo[22].
>
> Sermón de EUSTATIO DE TRACIA, probablemente del siglo VII

En esta sencilla historia vemos cómo una pareja de ancianos expresaban su fe gracias a un icono de san Miguel Arcángel. La viuda Eufemia guardaba la imagen pintada que ambos habían encargado en el dormitorio, donde realizaba sus actos de veneración ante él. Este no solo la defendió de los intentos del Diablo por destruir su fe, que se describen en el relato con vívido detalle, sino que además, tras su muerte, fue colocado sobre su rostro como una cubierta protectora. Luego, el obispo local presenció la aparición del propio arcángel, acompañado de muchos otros ángeles, todos ellos ataviados con ropas doradas, que venían a llevarse el alma de Eufemia al cielo. El icono desapareció temporalmente, pero luego se lo encontró suspendido en el aire en la iglesia episcopal, donde realizó numerosos milagros.

Quemar incienso y encender una lámpara ante una imagen era, obviamente, una antigua forma de mostrar respeto. Todas las imágenes imperiales tenían que ser honradas de ese modo, y en los siglos III y IV, el hecho de que hubiera cristianos que no lo hicieran había desencadenado la persecución oficial contra ellos. Las estatuas públicas de dioses y emperadores, a veces colosales, dominaban el paisaje urbano y recibían muestras de respeto en ritos especiales. En los festivales paganos, a las estatuas de los dioses se las lavaba,

se las acicalaba y se las hacía desfilar por las ciudades; se instalaban en altares, se adornaban con guirnaldas de flores y se les rendía culto. En los templos de Asclepio, los pacientes dormían cerca de la estatua del dios y le ofrecían oraciones pidiéndole su curación. En las casas se veneraba también a los *lares*, o dioses del hogar; las mujeres en particular les atendían en santuarios domésticos y les hacían ofrendas. Esta importante tradición de búsqueda de protección en el hogar proporcionó un contexto en el que los iconos cristianos fueron reemplazando poco a poco a los antiguos. Aunque no hay constancia escrita de este proceso, parece probable que, cuando los cristianos adoptaron su nueva fe monoteísta, debieron de eliminar los antiguos *lares* y establecer nuevas imágenes protectoras. Al consolidarse el cristianismo, fueron las imágenes de Jesucristo, la Virgen y los santos las que asumieron el papel de asegurar el bienestar de la familia. Aunque raramente se hace hincapié en esta forma doméstica de veneración, puede haber sido el medio a través del cual los iconos cristianos pasaron a considerarse indispensables por los fieles.

Recientemente, Thomas Mathews ha demostrado que en la Antigüedad tardía los iconos de dioses paganos se exhibían también en el interior de los hogares. Podían enmarcarse y colgarse en la pared; a veces incorporaban paneles laterales con bisagras que podían cubrir toda la zona pintada, o bien tapas que encajaban sobre ella. Estaban pintados al encausto, utilizando cera caliente que podía colorearse y aplicarse a finas piezas de madera para crear retratos muy realistas. Estas imágenes de dioses y divinidades locales tenían unos ojos grandes y de mirada intensa que se dirigían directamente al espectador. En su honor se quemaban incienso y lámparas. A menudo se asociaban a prácticas funerarias. Por ejemplo, varios cuerpos momificados de la zona de Fayum, en Egipto,

conservan retratos colocados sobre el rostro del difunto. No solo mujeres ricas, ataviadas con sus joyas de oro, sino también hombres ancianos, niños pequeños, atletas y dioses paganos se conmemoraban de este modo. Sus imponentes rasgos personales nos hacen sentir que podemos conocerlos tal como eran cuando estaban vivos. Gracias al clima seco de Fayum muchos se han conservado, mientras que en otros lugares, por más numerosos que fueran en todo el mundo romano, acabaron por descomponerse.

Mathews sugiere que esos retratos paganos son los precursores de los iconos cristianos pintados empleando la misma técnica, y que las imágenes de Isis proporcionaron el modelo para las de la Virgen María, mientras que las de Zeus y Serapis lo fueron para las primeras imágenes de Cristo. Estos antiguos iconos se encuentran en un entorno privado y doméstico, además de los templos consagrados al culto. Un posible respaldo a las evidencias de que los iconos derivaron de modelos paganos son los relatos de castigos milagrosos sufridos por pintores cuando trataban de representar a Cristo como Zeus (atrofiándoseles transitoriamente una o ambas manos). Incluso en una época tan tardía como la década de 580, se descubrió que unos paganos habían encargado iconos a fin de aparentar que veneraban a Cristo cuando, en realidad, eran devotos de Apolo. Este engaño dio lugar a una serie de juicios en los que los paganos adoradores de Apolo fueron condenados a muerte, y asimismo parece sugerir que podría resultar difícil diferenciar los iconos al encausto de los dioses paganos de los de Jesucristo. A los artistas también les preocupaba si había que representar a Cristo con cabello largo y barba, o bien con el cabello corto y rizado. Mientras que algunos autores cristianos elogiaban la imagen de cabellos largos inspirada en lo que denominaban «el Nazareno», otros afirmaban que el cabello corto y crespo resultaba más

auténtico.

El término griego *eikon* puede aludir a cualquier imagen, pero parece ser que en el siglo IV se refería especialmente a las primeras representaciones al encausto de Cristo, la Virgen, los santos, y los mártires, obispos y monjes locales (láminas 21 y 27). En contraste con el uso doméstico de los iconos en el hogar, las imágenes religiosas eran frecuentes en las tumbas. Los cristianos que eran enterrados en féretros de mármol, o sarcófagos, escogían símbolos e imágenes que reflejaran sus convicciones religiosas, y a menudo aquellos monumentos tan elaboradamente tallados se colocaban en el interior de las iglesias. El mecenazgo imperial, junto con las reliquias sagradas, con frecuencia supuso un estímulo para el arte cristiano, como, por ejemplo, cuando León I (457-474) y su esposa Verina llevaron el cinto y el velo de la Madre de Dios a Constantinopla y construyeron santuarios especiales en la iglesia de Blachernae para albergarlos. Estas capillas se decoraron con grandes iconos de la Virgen con la imperial pareja y los dos senadores responsables de la identificación de las reliquias. En las festividades dedicadas a la Virgen los iconos se llevaban en procesión por toda la ciudad. En otras celebraciones menos oficiales se conmemoraban también imágenes de santos varones, obispos, mártires y santos en mosaicos pintados al fresco y exhibidos en lugares públicos. Estas pinturas eran rápidamente copiadas en metal, mosaico, esmalte y otros materiales menos preciosos; se enmarcaban y cubrían con tapas de plata adornadas con piedras preciosas, y se colgaban velos de seda delante para proteger la superficie pintada. Los iconos crearon una nueva forma de arte, que sigue estando especialmente asociada a Bizancio. No solo llegaron a tener una importancia capital en el imperio, sino que también ejercieron una enorme influencia fuera de él.

¿Cómo alcanzaron los iconos ese lugar preponderante en

Bizancio? Pese a ciertas reservas teológicas, relacionadas con la prohibición de los ídolos del Antiguo Testamento, las imágenes religiosas se mencionan ya en los primeros textos cristianos. Aunque no hay evidencias de su existencia en vida de Cristo, una historia que afirmaba que san Lucas había pintado a la Virgen y el Niño, y que todas las copias posteriores estaban impregnadas de ese auténtico poder, asociaba los iconos con las cualidades sagradas de las figuras que representaban. Otras imágenes milagrosamente creadas, como el Mandylion, el paño en el que se creía que Cristo había dejado impresos sus rasgos, recibían la denominación de *acheiropoietai* («no hechas por las manos») y eran particularmente apreciadas. En Edesa (Siria) y Kamuliana (parte central de Asia Menor), sendos iconos inspirados en este sagrado paño desempeñaban el papel de protectores de la ciudad, y se hacían desfilar a lo largo de las murallas cada vez que aparecía un enemigo. Del mismo modo, tras el I Concilio Ecuménico, se atribuyó a las imágenes de los 318 Padres la responsabilidad de proteger Nicea, mientras que el icono más importante de la Virgen desempeñaría un papel enormemente significativo en la defensa de la capital. Como hemos visto, este hecho daría lugar a otro de los nombres de Constantinopla: Theotokoupolis, es decir, la ciudad guardada por Theotokos, la «madre de Dios».

La creencia en el poder de los iconos estaba relacionada con la teoría de que, de alguna manera, el icono captaba la esencia de la figura sagrada que representaba, y que a través del icono podía establecerse comunicación con dicha figura. San Basilio de Cesarea (*c.* 329-379) consagró esa idea en un famoso comentario sobre las imágenes imperiales: el honor que se rendía a la imagen se transmitía a su original. Los iconos, pues, podían servir como intercesores: las oraciones a ellos dirigidas se transmitían a las figuras sagradas que

representaban. Esta idea se vio reforzada por el modo en que los iconos «se dirigían» al espectador. Las figuras representaban una autoridad dignificada de una manera frontal y directa, con grandes ojos que miraban fijamente desde la tabla como invitando a la comunicación. A través de este contacto inmediato, los iconos exigían atención. Como respuesta, los cristianos profesaban una total devoción a las imágenes. Se decía que ante los iconos cristianos se producían visiones y conversaciones. Cuando una pareja sin hijos visitó el santuario de Santa Gliceria en Heraclea, por ejemplo, el marido dijo que la santa se le apareció y le habló, asegurándole que tendrían un hijo, y con el tiempo engendrarían a la que sería santa Isabel. Así, los iconos facilitaban un método de comunicación espiritual que no dependía del poder consagrado de un sacerdote u obispo. Funcionaban en el entorno doméstico como en la iglesia, y proporcionaban un especial consuelo a las personas que manifestaban en privado sus devociones, tal como cuentan diversas historias. En este sentido, representaban la misma función que los dioses domésticos precristianos.

También se producían iconos en otros soportes, ya que los artesanos prosiguieron las antiguas técnicas de grabar metales preciosos y materiales caros, como marfil, piedras preciosas, esmalte y cristal de roca. Los dípticos de marfil de contenido profano encargados por los cónsules romanos se extinguieron junto con esta institución en el siglo VI, aunque los emperadores seguirían encargando tablas de marfil para conmemorar una celebración o un matrimonio. La mayoría de placas de marfil medievales que se han conservado representan motivos cristianos, como san Miguel Arcángel, o escenas de la vida de Cristo. Con frecuencia, esos objetos religiosos mantienen la forma de los dípticos consulares, unidos por bisagras en el centro, o bien de trípticos, lo que

permite que pueda cubrirse la parte central; en algunos de estos trípticos todas las superficies externas e interiores están talladas. También se combinaban placas individuales para decorar grandes piezas de mobiliario de iglesia (por ejemplo, solios de marfil como el que tenía en el siglo VI el obispo Maximiano de Ravena). Cuando los colmillos de elefante pasaron a resultar demasiado caros, empezaron a utilizarse los de morsa y otras clases de huesos para fabricar peines, agujas y cajitas redondas. En Occidente, los marfiles bizantinos con motivos cristianos serían con frecuencia reutilizados como cubiertas de los libros medievales. Montados sobre marcos metálicos decorados con joyas y antiguos camafeos, daban lugar a relucientes guardas doradas que protegían los dos extremos de los manuscritos de pergamino.

Un conjunto de placas de plata decoradas con escenas de la vida de David reflejan la inspiración del arte bizantino en el Antiguo Testamento; el uso de marcas de plata para garantizar la calidad significa que muchas de estas piezas pueden datarse con seguridad en años concretos del reinado de Heracleo (610-641). Otros objetos de plata se identifican por las dedicatorias inscritas encargadas por lugareños sirios para las iglesias rurales locales, las cuales, a su vez, pueden fecharse por las inscripciones de los mosaicos del suelo. Cruces, patenas, cálices, cucharas, coberturas de libros y de altares destinadas al uso litúrgico: todo ello sugiere que dichas ofrendas eran generalizadas en todos los niveles de la sociedad.

Del mismo modo que los cultos a los antiguos dioses se habían difundido a través del arte (escultura y pintura), también los iconos se convirtieron en una forma efectiva de propagar las historias de determinados santos. Cuando los peregrinos iban en busca de curas milagrosas, obtenidas

mediante el contacto con las reliquias de un santo, se encontraban con iglesias a menudo decoradas con imágenes: de Demetrio en Tesalónica, de Artemio en Constantinopla, de Menas acompañado de sus camellos en las inmediaciones de Alejandría, y de Simeón sobre su columna en las proximidades de Antioquía. A veces los iconos exudaban un líquido que se revelaba una poderosa cura; el aceite que ardía en las lámparas colocadas delante de ellos también tenía poderes curativos. A finales del siglo VI, el patriarca Sofronio de Jerusalén experimentó esto mismo personalmente en Alejandría, donde fue testigo de las multitudes de peregrinos que allí llegaban; luego, las personas que se creían curadas compraban frascos de arcilla o de plata decorados con la imagen del sanador (lámina 9). También se hacían iconos portátiles con tapas que protegían la superficie pintada, mientras que otros, de tamaño diminuto, se llevaban en gargantillas como protección personal. Estos, junto con los frascos de peregrinos y los pequeños iconos metálicos de materiales más baratos, ayudaron a difundir tanto la fama de los santos sanadores como las Vidas y recopilaciones escritas de sus historias milagrosas.

Pese a esta concentración de imágenes religiosas, los artesanos bizantinos nunca perdieron su capacidad de representar a personajes de historias paganas, y sus clientes siguieron pidiéndoles todo lo que deseaban. Diversos descubrimientos recientes en antiguas provincias de Siria, Palestina y Transjordania confirman la existencia de cierta fascinación por los mitos de la Antigüedad —el amor condenado de Fedra e Hipólito, Prometeo creando a los primeros humanos, o Dionisio y Heracles compitiendo por ver quién bebe más—, representados en mosaicos fechados en el siglo VIII, bajo el dominio musulmán. También se hacían cajas de marfil en las que se representaban con gran realismo

imágenes del rapto de Europa y de los amores de Zeus. Del mismo modo, los orfebres y plateros, tradicionalmente restringidos a los gremios, que limitaban su número y aseguraban la calidad, siguieron decorando sus productos con imágenes de la mitología antigua, como, por ejemplo, representaciones de Baco y Sileno con ménades ligeras de ropa. El uso del encausto en la producción de representaciones de personajes profanos también se mantuvo en el siglo VI, donde muchos de ellos incluso eran celebradas con versos:

> Yo fui una ramera en la Roma bizantina, concediendo mis venales favores a todos. Soy Calírroe la versátil, a la que Tomás, incitado por el amor, grabó en este cuadro, mostrando el gran deseo que hay en su alma, por el que incluso se funde su corazón como se ha fundido esta cera[23].

El abanico de objetos artísticos decorados con lo que la Iglesia consideraba absolutamente inaceptable nos recuerda la fascinación de los bizantinos por la imaginería precristiana, que se prolongaría hasta el siglo XII, e incluso más tarde.

Aparte de determinados símbolos como la cruz, las imágenes cristianas no se introdujeron en la acuñación de moneda hasta el período 692-695, cuando Justiniano II acuñó prototipos de oro con retratos de Jesucristo, utilizando tanto la representación del cabello largo como la del cabello corto (láminas 11*a* y 11*b*). Después, la Virgen o los santos aparecerían más comúnmente representados en las monedas a fin de invocar su especial protección y apoyo; el emperador Alejandro (912-913), por ejemplo, introdujo la imagen de Juan el Bautista, coronándole emperador en el reverso de sus monedas. En la década de 860, el sello del patriarca Focio exhibía una imagen de la Virgen sosteniendo al Niño dentro de una aureola, lo que se conocería como el prototipo de la Blachernitissa por un célebre icono conservado en la iglesia de Blachernae; y poco después, el emperador León VI pondría

una imagen de la Virgen en sus monedas de oro. El hecho de que Focio copiara la imagen de un icono en su propio sello refleja la importancia de los iconos en Bizancio. En el siglo IX, estos representaban la quintaesencia del arte bizantino, y entonces, como hoy, inspiraban la devoción de los creyentes ortodoxos.

Casi todos los componentes del arte bizantino eran antiguos y se basaban en técnicas antiguas. En el caso de los iconos, el encausto se había utilizado con gran efectividad para celebrar a los dioses paganos y a ciudadanos romanos de todas las clases sociales. Pero en la Bizancio cristiana, el icono piadoso creó una nueva forma de arte que se convirtió en su rasgo más característico. Junto con otros objetos de lujo, hechos de oro, plata y marfil o sedas de colores, los cristianos apreciaban los iconos como evidencia de la cultura superior de Bizancio. Esas mismas tradiciones artísticas sostenían también la ideología imperial, en imágenes que representaban a los gobernantes como mecenas, en monedas que los asociaban a figuras sagradas, así como en obras de arte profanas que representaban a emperadores victoriosos, patrones de manuscritos, coronas y otros símbolos imperiales. De ese modo, el arte sustentaría al imperio en su transición hacia un estado medieval, y sus productos artísticos seguirían simbolizando a Bizancio aun después de 1453. Y debido a la devoción personal que engendraban, los iconos cristianos constituirían también el centro de un gran debate que conmocionaría al imperio entre los años 730 y 843.

10

La iconoclasia y la veneración de iconos

> El falsamente denominado «icono» no debe su existencia a la tradición de Cristo o los Apóstoles o los Padres, ni tampoco existe ninguna plegaria de consagración que lo traslade del estado de lo corriente al de lo sagrado. Lejos de ello, sigue siendo tan corriente y carente de valor como lo hizo el pintor.
>
> *Definición* del concilio iconoclasta de 754

> La elaboración y culto de iconos no es un invento nuevo, pero la antigua tradición de la Iglesia […] Para nosotros es imposible pensar sin emplear imágenes físicas […] por la visión material alcanzamos la contemplación espiritual. Por esta razón, Cristo asumió tanto un alma como un cuerpo, puesto que el hombre está hecho de ambos[24].
>
> SAN JUAN DAMASCENO, siglo VIII

La iconoclasia (literalmente, «ruptura de iconos») es uno de los pocos términos bizantinos que aún siguen vigentes en las lenguas occidentales. Por sí mismo, ello constituye un testimonio de la perdurable fuerza del conflicto al que alude: la disputa en torno a los peligros y poderes de las imágenes peligrosas. En Bizancio, la iconoclasia se inspiraba en el segundo mandamiento de la Ley de Moisés, que establece: «No te harás ídolos ni los adorarás». La recapitulación de esta ley en el Deuteronomio resulta aún más severa:

> No te harás ningún ídolo ni nada que se asemeje a lo que hay arriba en el cielo, o abajo en la tierra, o en las aguas de debajo de la tierra. No te inclinarás ante ellos, ni les servirás. Porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso[25]…

Pero no fueron la tradición judaica ni la cristiana las que sacaron la iconoclasia bizantina a la palestra. Fue la observación islámica de este mandamiento contra la idolatría la que vino a poner en cuestión el papel de las imágenes en el seno de la cristiandad imperial.

En Bizancio, como hemos visto, la gente se había vuelto muy apegada a los iconos de personas santas, y las imágenes de Cristo circulaban por todo el imperio grabadas en las

monedas. En 692, cuando el Concilio *in Trullo* insistió en que se representara a Cristo en su forma humana, argumentó que la Encarnación justificaba un arte cristiano corpóreo, que resultaba más instructivo que las representaciones simbólicas del Cordero de Dios. Los escribas autores de los primeros manuscritos cristianos solían ilustrar las escenas bíblicas, lo que manifestaba su creencia en el poder de las imágenes a la hora de enseñar las Escrituras. En ello seguían el consejo del papa Gregorio I a los obispos de Occidente: las imágenes servían como enseñas a quienes no sabían leer. Esta idea de que las pinturas eran «las Biblias de los analfabetos» alentó un arte narrativo que representaba historias del Evangelio, por contraposición al icono devocional estilo retrato. Ambos experimentaron un gran desarrollo en Bizancio a comienzos del siglo VIII.

Dado que los bizantinos apreciaban tanto su arte y sus iconos religiosos, ¿por qué se volvieron contra ellos? El fenómeno de la iconoclasia, en el que la gente destruyó las imágenes que hasta entonces había venerado, requiere una explicación. Abundan las teorías al respecto, desde la afirmación de que todo se debió a León III (717-741) hasta la reciente interpretación de que en realidad fue solo cuestión de un pequeño grupo de personas, mientras que la mayoría permaneció indiferente. Pero lo cierto es que la iconoclasia fue una de las grandes disputas ideológicas de la historia escrita. Durante más de un siglo la batalla fue casi constante; se han documentado dos períodos distintos de destrucción de iconos —de 730 a 787, y, de nuevo, de 815 a 843—, al tiempo que se tiene constancia de varias muertes y martirios. En cuanto al atractivo de los iconos en el sentir popular, posiblemente quienes mejor lo entendieron fueron los comandantes soviéticos locales de la década de 1930: cuando se les ordenó hacer campaña contra la influencia de la Iglesia,

se sabe que cogieron los iconos, los pusieron en fila, los condenaron a muerte y luego los fusilaron.

Para entender la aparición de la iconoclasia, resulta esencial resumir los problemas militares de la Bizancio de comienzos del siglo VIII. León III fue el último de una serie de emperadores básicamente incompetentes impuestos por tropas vinculadas al gobierno provincial de los temas (o *themata*) que marcharon sobre la capital y se deshicieron impunemente de quienes en ese momento ostentaban el poder. En los veintidós años transcurridos entre 695 y 717 se habían producido seis cambios de gobernante. La inestabilidad resultante impidió que se prestara una atención mínimamente seria a la peligrosa expansión de los árabes en Asia Menor y de los búlgaros en los Balcanes. En la época de Anastasio II (713-715) era evidente que los árabes estaban preparando un gran asalto a la capital, y el emperador solo supo reaccionar reparando las murallas y haciendo acopio de suministros. Otra revuelta de las tropas del tema Opsikion, con apoyo naval, instauró a un recaudador de impuestos provincial como emperador a su pesar, con el nombre de Teodosio III (715-717). Ello provocó que los ejércitos de los temas Anatolikon y Armeniakon trataran de poner fin a las constantes revueltas estableciendo a un gobernante militar competente.

En marzo de 717, León, general de las fuerzas del tema Anatolikon, negoció con Teodosio III y el patriarca Germano para hacerse con el control, con el resultado de que fue coronado emperador a condición de que no perturbara a la Iglesia y de que se permitiera a su predecesor retirarse de la vida pública para hacerse monje. Una vez reconocido como soberano, León III preparó de inmediato la capital para resistir al esperado asedio. Sabedor de que, durante décadas, los árabes habían tratado de hacer de la capital bizantina la

suya propia, incrementó las medidas que ya se habían tomado anteriormente, almacenando nuevas reservas de alimentos, preparando la armada y reforzando las fortificaciones de la ciudad. Durante los doce meses que duró el asedio de 717-718, la vigorosa defensa de León, lograda por medio del habilidoso uso del «fuego griego», la ayuda búlgara y la intercesión de la Virgen, representó una gran victoria sobre los árabes, que reflejaba tanto su experiencia militar como la creencia popular en la protección divina de la ciudad, y desde entonces se conmemoraría cada año.

Para impedir nuevos ataques de los árabes por mar, León III prestó especial atención a las fuerzas navales, reforzando el tema Thrakesion a lo largo de la costa occidental de Asia Menor, elevando el Kibyraioton al estatus de tema, y estableciendo nuevos mandos navales en el Egeo y en Creta (véase el mapa 3). También sofocó una revuelta en Sicilia y fortaleció el control imperial en el sur de Italia. Manifestó su ortodoxia tratando de forzar la conversión de los judíos y de los cristianos heréticos denominados «montanistas» (seguidores del profeta del siglo II Montano de Frigia). Asimismo, al coronar emperador a su hijo Constantino, que entonces tenía un año de edad, reveló su intención de establecer una nueva dinastía imperial que gobernara durante generaciones. Se acuñaron nuevas monedas que difundieran ese mensaje. Pero las provincias de Asia Menor siguieron sufriendo repetidas incursiones, que las fuerzas de los temas se vieron incapaces de detener pese a los esfuerzos de León. Dado que los bizantinos sabían que Dios les garantizaba la victoria en la batalla, y que en el pasado les había ayudado a la hora de derrotar al histórico Imperio persa, no podían por menos que preguntarse por qué ahora les daba el triunfo a los árabes. Siendo, como eran, un pueblo temeroso de Dios, buscaban la explicación de la desaprobación divina en sus

propios fallos humanos.

Entonces, en 726, desde las profundidades del Egeo, una gran erupción volcánica lanzó por los aires lava hirviente y trozos de piedra pómez «del tamaño de colinas», que oscurecieron el cielo durante días y que luego el mar arrastró hasta las orillas de Asia Menor, Grecia y las islas. Entre Thíra (Santorín) y Thirasía emergió una nueva isla. Cuando León preguntó qué significaba aquella señal divina, sus consejeros la interpretaron como una advertencia contra la idolatría, y le aconsejaron que prohibiera los iconos de las iglesias y los lugares públicos. No está claro si sabía o no que el obispo Constantino de Nacolea, en Asia Menor, había advertido ya de la incapacidad de los iconos para proteger a las ciudades asediadas por los árabes, o que algunos iconos milagrosos habían dejado ya de obrar sus esperados milagros, pero el caso es que posteriormente se identificaría a Constantino como uno de los consejeros de León. Cuando el emperador supo que el favor divino se retiraba a causa de la excesiva veneración de iconos, que era equivalente a la idolatría, «empezó a despotricar contra los sagrados iconos», en palabras del cronista Teófanes, quien cita también el ejemplo del califa Yazid, que en 722-723 ordenó la destrucción del arte cristiano, y afirma que León actuó «con mente sarracena», inspirado por la misma idea. Para León, sin embargo, era necesario asegurarse el apoyo de Dios en la batalla contra los árabes, y si eso significaba imponer la iconoclasia, entonces debía imponerse. Esta se instituyó, pues, como un modo de recuperar el respaldo divino en un momento crítico para la supervivencia de Bizancio. Puede que los motivos de León se manifestaran en términos teológicos, pero el caso es que expresaban asimismo su conocimiento de los métodos musulmanes para asegurar la disciplina y la eficacia.

La primera fase de la iconoclasia se inició en 730, en el

momento en que León III ordenó a los líderes religiosos que retiraran los iconos. Cuando el patriarca Germano se negó a hacerlo, fue destituido por un tribunal integrado por senadores y funcionarios civiles. Anastasio, hasta entonces su ayudante, fue designado para dirigir la nueva Iglesia iconoclasta. En Roma, sin embargo, el papa Gregorio II (715-731) y su sucesor Gregorio III (731-741) reaccionaron con hostilidad a la carta oficial sobre los peligros de los iconos. Su antagonismo se vio alimentado asimismo por las disputas sobre los impuestos en Italia, que habían aumentado como resultado de un nuevo censo imperial de la población. Aparte de la retirada de un destacado icono que se exhibía en el palacio imperial, apenas se tiene constancia de muy pocas destrucciones concretas, como si ese cambio en la práctica religiosa requiriera una base teológica más completa y más firme. Sería el hijo de León, Constantino V, quien proporcionaría más tarde dicha base en sus propios escritos y en la consiguiente campaña para imponer la iconoclasia.

Tras un largo reinado de veinticuatro años, León III murió pacíficamente en 741. Entre sus logros más notables se cuentan una decisiva derrota de los árabes el año anterior en Akroinon; un nuevo código jurídico, la *Ekloga*, que exigía que los jueces provinciales cobraran un salario a fin de evitar la corrupción, entre otras reformas destinadas a reforzar el sistema legal, y la transferencia de la diócesis eclesiástica de Iliria oriental del control romano al de Constantinopla. Con ello se colocaba de nuevo a las regiones de habla griega del sur de Italia, Sicilia, los Balcanes y Grecia —así como sus rentas— bajo la órbita de la capital bizantina, lo que suscitó la lógica oposición de los obispos romanos. En 731, el papa Gregorio III celebró también un concilio local para condenar la iconoclasia, lo que abrió un cisma religioso entre Roma y Constantinopla. Y sus sucesores seguirían reclamando los

territorios de Iliria. Pese a ello, el reinado de León trajo estabilidad al imperio, consolidó las defensas imperiales y frenó la expansión musulmana. Parece, pues, que la iconoclasia tuvo éxito a la hora de lograr su principal objetivo de recuperar el favor divino en la batalla, aunque sin provocar todavía una destrucción de iconos a gran escala.

Los cien años transcurridos entre 743 y 843 estuvieron dominados por la batalla en torno a las imágenes religiosas. Tras una breve, aunque violenta, guerra civil, Constantino V (741-775) asumió el control de la capital y empezó a desarrollar su propia teoría de la iconoclasia, abogando en favor de una forma de culto espiritual que evitara toda veneración idólatra de maderas pintadas. Esta teología de una creencia cristiana desprovista de iconos se elaboraba en sus *Peuseis* («Indagaciones»), donde se subrayaba que la eucaristía era la auténtica imagen de Cristo, y la Cruz, el símbolo más poderoso del cristiano. Como preparación para la celebración de un concilio ecuménico destinado a consolidar la creencia y la práctica iconoclastas, Constantino V organizó una serie de debates a fin de contrarrestar la oposición iconófila y asegurarse que todos los obispos respaldaban la teología correcta. Cuando finalmente se reunieron en Hiereia, en 754, los obispos iconoclastas denunciaron la veneración de iconos como idolatría, citando las escrituras, y subrayaron que los cristianos debían rendir culto sin utilizar como base ningún objeto material como las imágenes pintadas sobre madera:

> Dado que la Iglesia católica de nosotros los cristianos se alza entre el judaísmo y el paganismo, transita por la nueva senda de piedad y culto […] sin reconocer los sacrificios de sangre […] del judaísmo, aborreciendo asimismo por completo la práctica de fabricar y adorar a ídolos, de la que el abominable arte del paganismo es exponente e inventor[26].

Roma no participó en el concilio y rechazó sus decisiones. Aunque posteriormente se destruirían todas sus actas, aparte

de la *Definición*, que se conservó y fue denunciada en 787, es evidente que Constantino desempeñó un destacado papel en él. Luego siguió la persecución y muerte de quienes persistían en la veneración de iconos, principalmente monjes que no solo pintaban imágenes religiosas, sino que además alentaban su culto. San Esteban el Joven fue uno de los más prominentes.

Tras un rebrote de la peste bubónica en la década de 740, Constantino hizo traer obreros a la capital para reparar su gran acueducto, además de restaurar otros monumentos que habían resultado dañados en un fuerte terremoto. La iglesia de Santa Irene, que había sido fundada por Justiniano, fue reconstruida al estilo iconoclasta, con una cruz de mosaico en su ábside, y todavía hoy puede admirarse como un impresionante ejemplo del arte simbólico entonces en boga. Obviamente, también los iconófilos veneraban la Cruz como el más potente símbolo del poder de Cristo, y tanto ellos como los iconoclastas la utilizaban para bendecir, proteger, curar y exorcizar demonios. Pese a ello, en 751 el emperador iconoclasta fue incapaz de salvar Ravena de los lombardos, y no se envió ayuda militar alguna a Occidente (como ya se dijo en el capítulo 6). Ello se debió en parte a las campañas casi ininterrumpidas de Constantino V contra los árabes, los eslavos y los búlgaros, que resultaron bastante fructíferas. Como resultado de sus triunfos militares, la idea de la victoria imperial pasó a asociarse a la política religiosa de la iconoclasia, y quienes combatían en las guerras a menudo se convertían también en fervientes partidarios de ella. A su muerte, en 775, Constantino V legó un imperio mucho más fuerte a su hijo, León IV (775-780), al que había casado con Irene, una muchacha ateniense.

Pese a los cuarenta y cinco años de política iconoclasta, cuando la emperatriz Irene accedió al trono en 780, al morir

su esposo León IV, decidió abolirla; un atrevido y sorprendente cambio que contó con el respaldo de los iconófilos exiliados, especialmente los monjes. En nombre de su hijo mayor Constantino VI, que entonces tenía dieciséis años, la emperatriz convocó otro concilio ecuménico en Constantinopla. Tanto el papa Adriano I como los tres patriarcas orientales fueron invitados y enviaron a sus representantes al concilio, que sería presidido por un patriarca recién nombrado: Irene había otorgado dicho cargo a Tarasio, el jefe de su gobierno civil. Tras un desastroso primer encuentro en 786, perturbado por los obispos leales a la iconoclasia, el concilio se reunió de nuevo en Nicea en 787, donde denunció la iconoclasia como una innovación en la tradición de la Iglesia. La veneración de iconos, justificada citando milagros registrados principalmente en vida de los santos, fue restaurada, y se promulgaron veintiún cánones para asegurar que no se construyeran nuevas iglesias en las que las reliquias y los iconos de santos estuvieran ausentes. El principal argumento de los iconófilos era que la encarnación del Hijo de Dios permitía la representación de Cristo tal como se le había visto en la tierra. Esa imagen podía venerarse con relativo honor (*proskynesis*), aunque el verdadero culto (*latreia*) se reservara solo a Dios:

> La santa Iglesia de Dios, que confiesa acertadamente que existe una hipóstasis de Cristo en dos naturalezas, ha sido instruida por Dios para representarle en iconos, a fin de que recuerde Su dispensación redentora [VI sesión del Concilio de 787].

Asimismo, se ordenó la destrucción de todos los textos iconoclastas.

No cabe duda de que la emperatriz Irene explotó las divisiones generadas por medio siglo de iconoclasia y aprovechó la oportunidad para restaurar la veneración de iconos en Bizancio debido a que ello le permitía ejercer un

mayor control. Su afán de restituir los ídolos tenía poco de piadoso. Prueba de ello es el hecho de que, cuando Constantino VI se liberó de su influencia y trató de gobernar solo, ella mandó que le cegaran en la misma habitación púrpura donde le había dado a luz veintiséis años antes. Entre 797 y 802, le sustituyó y gobernó como si fuera el emperador, promulgando leyes y negociando con el califa Harun al-Rashid y Carlomagno. Puede verse su retrato en las dos caras de la moneda de oro acuñada en su nombre, y que representa un estilo único, con cruces en su corona, su orbe y su cetro (lámina 11*c*). Cuando su ministro de Economía la derrocó en un golpe de Estado palaciego, llevaba gobernando más años que su esposo León IV.

En 815, el emperador León V inició la segunda fase de la iconoclasia, una reanudación íntimamente vinculada a la promesa del éxito militar, que ahora se hallaba firmemente asociado a Constantino V. En una ceremonia organizada a tal fin, un grupo de soldados leales a su memoria irrumpieron en las tumbas imperiales del mausoleo anexo a la iglesia de los Santos Apóstoles y pidieron a su héroe que les condujera a la victoria. Bajo el mandato de León V (813-820) y Miguel II (820-829), las fuerzas iconoclastas combatieron a los búlgaros con cierto éxito, y el patriarca Juan, llamado «el Gramático» debido a sus profundos conocimientos, desarrolló novedosas justificaciones para la destrucción de iconos. Durante el reinado del emperador Teófilo (829-842), estas justificaciones vinieron acompañadas de una persecución más vigorosa de quienes persistían en pintar o en venerar iconos.

A la muerte de Teófilo, no obstante, su viuda Teodora asumió el poder imperial en nombre de su hijo pequeño, Miguel III. Pese a los retos planteados por varios oficiales militares y por sus propios parientes masculinos, logró forjar una firme alianza con la jerarquía de la corte, liderada por el

jefe de eunucos Teoctisto, así como con los monjes iconófilos anteriormente exiliados, y de nuevo una emperatriz abolió la iconoclasia. Teodora nombró patriarca a Metodio, que había sido torturado y encarcelado, y le encargó que escribiera una nueva liturgia (el *Synodikon de la ortodoxia*) para señalar el retorno a la creencia correcta. Reafirmando el concilio de 787, el 10 de marzo de 843 se restauró la veneración de iconos, y de nuevo se ordenó la destrucción de todos los textos iconoclastas. Teodora exigió también que la Iglesia concediera a su esposo Teófilo el perdón póstumo por su iconoclasia, de modo que el joven príncipe Miguel no hubiera de sufrir por su relación con la herejía. Así, el *Synodikon* sería recitado con los nombres de los iconoclastas León III y Constantino V, pero no el de Teófilo, entre una larga lista de herejes condenados; dicha ceremonia se realiza todavía en las iglesias ortodoxas el primer domingo de Cuaresma.

El «Triunfo de la Ortodoxia», como pasaría a conocerse este acontecimiento, fue conmemorado en diversos iconos, aunque ninguno de ellos se conservaría más allá del siglo IX. Una copia del siglo XIV, actualmente en el Museo Británico, representa a la emperatriz con Miguel III y el patriarca Metodio venerando un icono de la Virgen y el Niño sobre una hilera de mártires iconófilos, varios monjes y una monja (ficticia), Teodosia (lámina 27). También los salterios iluminados reflejan la restitución del arte figurativo con numerosas imágenes en los márgenes, que a menudo ilustran la propia controversia iconoclasta (por ejemplo, el patriarca Juan el Gramático pisoteado por los iconófilos; véase la lámina 15). Tres manuscritos de este tipo, incluyendo el famoso Salterio Jludov, datan del período inmediatamente posterior a 843 y sirvieron de modelo a otros posteriores. En los monumentos, por su parte, el arte iconoclasta simbólico seguiría en vigor durante varios años, ya que ningún iconófilo

podía poner objeciones a la representación de la Cruz. Solo en 866 se renovó la decoración del ábside de Santa Sofía de Constantinopla con un mosaico de la Virgen entronizada con el Niño. El patriarca Focio lo inauguró el Domingo de Pascua con un sermón en el que describía su significado, y todavía hoy se le puede venerar. En otros lugares, las pinturas figurativas y mosaicos que habían sido blanqueados con una lechada de cal o cubiertos por algún otro medio fueron restaurados. De forma milagrosa, un relámpago reveló el mosaico original de la Visión de Ezequiel en la iglesia de San David de Tesalónica. Aunque el patriarca temiera el retorno de la iconoclasia, el Triunfo de la Ortodoxia había garantizado la veneración de iconos, y la honorable posición de estos jamás volvería a verse amenazada.

• • •

A partir de este repaso de la iconoclasia debería hacerse evidente el hecho de que todas las reconstrucciones modernas de su impacto se basan en una documentación a todas luces insuficiente. Ello se debe a que los victoriosos partidarios de los iconos insistieron en la destrucción de los argumentos de sus adversarios. Como ya hemos visto, en 787, y de nuevo en 843, exigieron la total obliteración de la teología iconoclasta mediante la quema de todos sus textos. Esta sistemática destrucción eliminó la mayoría de las evidencias relativas a lo que pretendían los destructores de iconos. El texto completo de las *Peuseis*, escrito por Constantino V; las actas de los concilios iconoclastas de 754 y 815, y los escritos teológicos de Juan el Gramático: todo ello se ha perdido. Si conocemos el texto básico de la *Definición de la creencia* promulgada por los teólogos iconoclastas en 754 es solo porque se leyó en voz alta en 787, cuando fue denunciada frase por frase. Varios mosaicos colocados por los iconoclastas en ábsides de iglesias, y en los que se representaban cruces monumentales, acabaron

siendo reemplazados a la larga por imágenes de la Virgen y el Niño, dejando solo la marca de su contorno. Y una gran parte del arte profano del período iconoclasta, como, por ejemplo, escenas de carreras de carros y de caballos, sería eliminado por irreverente.

La iconoclasia, por su propia naturaleza, significa destrucción. Pero se ignora cuántos iconos, o pinturas, frescos o manuscritos iluminados fueron realmente destinados a las llamas, cubiertos con otras pinturas o borrados. Las estimaciones modernas varían. Documentar las pérdidas y reconstruir cómo pudo ser el arte entonces vigente resulta obviamente imposible. Pero sí se tiene constancia de la destrucción iconoclasta; en el Patriarcado de Constantinopla, las figuras sagradas que anteriormente decoraban las salas fueron reemplazadas por cruces, aunque ello no ocurrió hasta la década de 760. Los manuscritos de los períodos iconoclastas que se han conservado carecen de imágenes, las cuales han sido suprimidas, mientras que los salterios elaborados inmediatamente después de 843 muestran representaciones de pinturas iconoclastas sobre los iconos.

La única forma de que podamos entender estos cien años de debate iconoclasta es situarlos en su contexto histórico. Los bizantinos se volvieron contra sus imágenes sagradas entre 730 y 843, en una gran insurrección desencadenada por el reto planteado por la conquista islámica, la pérdida del imperio y las expectativas del fin del mundo. Cuando Bizancio se adaptó a su nueva situación y adquirió confianza en su propia capacidad de supervivencia, retornó a los iconos: primero en 787, y luego en 843, cuando las emperatrices Irene y Teodora tomaron el mando. Al sentirse amenazada, como ocurrió a principios del siglo IX, Bizancio adoptó una política que se hallaba íntimamente vinculada a la victoria militar, con los soldados asumiendo el control. La segunda fase de la

iconoclasia, de 815 a 843, solo puede explicarse como reflejo de la reacción de Bizancio ante un nuevo y devastador desafío militar a su propia existencia.

Si observamos más atentamente los argumentos empleados por ambos bandos, podemos ver de qué forma tan directa se relacionan con la amenaza del islam. Los iconoclastas afirmaban que las imágenes religiosas eran peligrosas y que llevaban a la gente a la idolatría, un pecado por el que serían castigados. Señalaban asimismo el hecho de que los iconos ya no resultaban eficaces y habían perdido su poder de defender y curar a los verdaderos creyentes cristianos. Ambos argumentos se utilizaron en 730, cuando León III introdujo la iconoclasia como política oficial. Contra todo esto, los iconófilos desarrollaron sofisticados argumentos basados en la encarnación, la cual permitía a los artistas representar al Cristo humano. San Juan Damasceno y otros creían que mediante la veneración de iconos se podía infundir en los cristianos una mayor conciencia de lo divino.

En el curso del debate en torno a los iconos, Bizancio establecería sus imágenes sacras como intercesoras a la hora de definir su arte contra la influencia de los iconoclastas árabes. Los bizantinos sabían de las pretensiones de superioridad del islam con respecto a las revelaciones previas de Dios a los judíos y cristianos; unas pretensiones manifestadas en las monedas musulmanas y en monumentos como la Cúpula de la Roca. Por su parte, los suras coránicos repetían el mensaje de que Jesús no era más que otro profeta, y no el hijo de Dios. Los artistas cristianos contrarrestaron esto representando la crucifixión, a fin de recalcar su creencia en la resurrección. En el monasterio del Monte Sinaí, completamente rodeado de musulmanes que negaban que Cristo hubiese resurgido de la muerte, diversos iconos del período de la iconoclasia representaban la muerte de

Jesucristo en la cruz, subrayando que Jesús murió, fue enterrado y volvió a la vida antes de su ascensión a los cielos. El debate en torno a cuál de las revelaciones divinas era la verdadera se extendió a todas las regiones y se refleja en todos los aspectos de la propaganda política, además de los edificios e iconos.

La iconoclasia afectó también a numerosos estratos de la sociedad, en especial a los propios pintores de iconos, principalmente monjes, que fueron perseguidos por seguir fabricando iconos, y a las comunidades monásticas que se opusieron a la iconoclasia, como las de Studios y Chora, ambas en la capital. Los monjes iconófilos se exiliaron a distintos lugares, mientras que otros, que suscribían el cambio a la iconoclasia, se instalaban en esos y en otros centros anteriormente favorables a los iconos. Del mismo modo, todos los que siguieron venerando iconos en sus hogares, especialmente las mujeres, corrían el riesgo de ir a la cárcel o de algo peor. Cuando san Esteban y sus compañeros fueron encarcelados por orden de Constantino V, se dice que la esposa del responsable de la prisión les llevó sus propios iconos en secreto a fin de que pudieran proseguir con su culto. Se vieron afectados clérigos de ambos bandos, que se aferraron a su ideología y se negaron a aceptar una solución de compromiso: los patriarcas iconófilos Germano y Nicéforo se vieron obligados a retirarse; Pablo abdicó (algo muy poco habitual en Bizancio); los obispos iconoclastas que perturbaron el concilio de 786 fueron castigados, y el patriarca Juan el Gramático, que se negó a renunciar a su cargo en 843, fue enviado el exilio.

Pero probablemente el más significativo de los sectores afectados fue el militar, como en el caso de los soldados que se convirtieron en iconoclastas convencidos bajo el mandato de Constantino V, cuando este les condujo a grandes victorias

tanto sobre los árabes como sobre los búlgaros a mediados del siglo VIII; a sus ojos, la acertada teología iconoclasta producía triunfos militares sobre los enemigos externos de Bizancio. Fuera del imperio, las reacciones registradas en otros centros cristianos nos dan una idea de con qué seriedad se tomaba la veneración de iconos. En su monasterio, en las inmediaciones de Jerusalén, san Juan Damasceno (*c.* 675-753/754) elaboró una defensa de los sagrados iconos. En Roma, la teología iconoclasta se veía como una nueva herejía oriental, al estilo del monotelismo, y contó con una firme oposición. Más al norte, sin embargo, los teólogos francos se mostraron consternados ante los aspectos idólatras de las justificaciones esgrimidas por los iconófilos cuando tuvieron ocasión de conocerlas en una mala traducción de las actas del concilio de 787. Incluso fuera de las fronteras imperiales, los argumentos y consecuencias de la iconoclasia se consideraron de gran trascendencia.

Quizá el signo más relevante de que la iconoclasia tuvo repercusiones profundas resida en los esfuerzos realizados por los iconófilos para borrar todo rastro de ella. Durante varias décadas, a partir de 843, el patriarca Focio temió su resurgimiento y escribió sobre sus peligros, sugiriendo que dicha práctica conservaba su poder y su fuerza aun después de haber sido condenada. Lo cierto es que se equivocaba. Pero la destrucción de la teología iconoclasta no fue del todo completa, ya que, durante la Reforma europea, los protestantes críticos con la imaginería religiosa citarían precisamente los mismos textos y conceptos derivados de la experiencia bizantina. La comparación con la posterior experiencia de iconoclasia viene a confirmar asimismo las causas subyacentes de la inquietud cristiana en torno a las imágenes religiosas; los iconos ejercían una función similar a las representaciones de los antiguos dioses paganos. Todas las

antiguas prácticas se reproducían en la veneración de iconos: se les besaba y adoraba; se quemaban velas y lámparas de incienso ante ellos, y se dirigían plegarias a las figuras sagradas que representaban. Los iconoclastas condenaban tal comportamiento como una nueva forma de idolatría pagana, la cual generaba la supersticiosa creencia de que la madera pintada podía responder. También los musulmanes habían observado tal similitud, y afirmaban que hacía del cristianismo algo parecido a «la religión del pueblo de los ídolos». De ahí la determinación de los iconófilos de diferenciar los iconos cristianos de los paganos, y la veneración del verdadero culto, que está reservado solo a Dios. Todavía hoy esta sigue siendo una delicada cuestión en algunos círculos ortodoxos.

Afirmar que la iconoclasia tuvo una importancia fundamental no reduce la trascendencia de otros logros de este período. La mayoría de los habitantes del imperio, ahora extremadamente reducido, experimentaron los siglos VIII y IX como un período de fuerte amenaza militar. Al derrotar a las fuerzas árabes y búlgaras, León III y Constantino V garantizaron la supervivencia del imperio. Los habitantes de las provincias fronterizas tanto orientales como occidentales dejaron de verse expuestos a la misma devastación regular. Aunque Constantinopla sería asediada de nuevo, resistiría todos los ataques posteriores hasta 1204. Las reformas jurídicas, la consolidación del gobierno militar de los temas, la restauración del gobierno dinástico y el restablecimiento de Constantinopla como un importante mercado en el Mediterráneo oriental fueron más importantes para la vida de Bizancio que la iconoclasia. Debe atribuirse a la conexión íntima entre esta última y la victoria militar forjada por Constantino V e imitada por sus sucesores la responsabilidad de la destrucción sistemática del arte figurativo —apenas se

conservan iconos cristianos de Constantinopla hechos antes de 730—, al tiempo que los artistas y monjes iconófilos fueron perseguidos, torturados y asesinados.

Las batallas iconoclastas también llaman la atención sobre el fascinante contraste entre el apoyo a la iconoclasia por parte de los hombres y su oposición a ella por parte de las mujeres, encarnada esta última en las emperatrices Irene y Teodora, que se las arreglaron para abolirla. Ambas mujeres al parecer actuaron por consideraciones políticas antes que motivadas por una creencia personal. Irene en particular estableció un significativo precedente cuando asumió la autoridad imperial en 780, convocó el VII Concilio y más tarde se libró del dominio de su hijo. Obviamente, no todo el mundo lo aceptó. Algunos observadores occidentales se negaron a creer que Irene pudiera gobernar como un emperador, defendiendo el argumento de que el cargo imperial permaneció vacante para favorecer la superior autoridad de Carlos, rey de los francos. El día de Navidad del año 800, cuando acudió a rezar ante la tumba de san Pedro, el papa León III improvisó la coronación de aquel, que fue aclamado como «emperador de los romanos». El Papa sabía que Irene estaba gobernando y que aquel nuevo título resultaría inaceptable en Bizancio. El propio Carlos trató de superar la ruptura de relaciones provocada por la ceremonia respondiendo favorablemente a las negociaciones de Irene de cara a un matrimonio de conveniencia, lo que habría permitido a ambos emplear el título imperial en sus respectivas esferas políticas. Ese fue precisamente el acontecimiento que provocó la revuelta contra Irene. No obstante, su ejemplo sería imitado no solo por Teodora sino también por otras emperatrices posteriores. En Bizancio, las madres imperiales que enviudaran seguirían actuando como regentes en nombre de sus hijos pequeños, tal como habían

hecho Irene y Teodora.

Al desarrollar su propio culto de iconos, el cristianismo bizantino rompió con la interpretación establecida de lo que representaba un ídolo. Todo el arte bizantino posterior se basaría en principios forjados en este período, y la confianza en los iconos se celebraría en impresionantes manifestaciones de arte público, como los mosaicos de Santa Sofía que representan a Constantino y Justiniano flanqueando a la Virgen o a Cristo sobre la entrada principal, así como en el ámbito doméstico. Los períodos de iconoclasia probablemente vinieron a reforzar este enfoque, alentando a mujeres como la esposa de un funcionario de prisiones a conservar sus propios iconos pese a la política oficial de la Iglesia. Resulta irónico, pues, que Irene y Teodora, que abolieron la iconoclasia bizantina, lo hicieran movidas por su amor al poder no menos que por su piedad. Acaso inadvertidamente, alentaron asimismo tradiciones artísticas que se traducirían en un gran florecimiento de la pintura de iconos, la talla de marfil, la iluminación de manuscritos, así como la elaboración de mosaicos y frescos que se convertirían en el rasgo distintivo del arte bizantino. Si los emperadores iconoclastas salvaron a Bizancio de los árabes, las emperatrices iconófilas aseguraron la gloriosa representación de las figuras sagradas del cristianismo durante seiscientos años, y durante mucho más tiempo aún fuera de las fronteras del imperio.

11

Una sociedad culta y elocuente

> Lee manuales militares e historias y los libros de la Iglesia […] Si prestas mucha atención encontrarás en ellos […] máximas de inteligencia, de moral y de estrategia, puesto que casi todo el Antiguo Testamento son historias de estrategia. Un lector diligente encontrará también […] muchas en el Nuevo Testamento[27].
>
> CECAUMENO (general retirado), *Consejo a sus hijos*, siglo XI

Una de las razones para creer que los argumentos en torno al papel de los iconos eran ampliamente conocidos, firmemente defendidos y transmitidos de generación en generación, reside en el hecho de que Bizancio era una sociedad en la que existía un gran aprecio por la cultura. Las escuelas rurales y episcopales, los sacerdotes, los monjes y los profesores individuales proporcionaban un medio para aprender a leer. Existía la posibilidad de recibir una educación que iba más allá de las habilidades básicas de lectura y escritura, y en la capital esta posibilidad se extendía hasta los niveles superiores, lo que producía hombres cualificados para la administración pública, el ejército y la Iglesia. Y dado que los principales puestos en todas las esferas estaban al alcance de las personas de talento, se veía la educación como un medio de movilidad social, como una llave para acceder a las recompensas de los altos cargos y la prominencia social. En un proceso circular, la educación de los miembros más jóvenes de la sociedad podía producir un incremento de la fortuna familiar, lo que beneficiaba a todos los parientes, y estos, a su vez, invertían en las instalaciones educativas y en las actividades intelectuales que consolidaban y potenciaban el estatus de los eruditos de Bizancio. El respeto y admiración bizantinos por el saber constituye un rasgo definitorio de la cultura del imperio.

A diferencia de Occidente, donde la enseñanza superior se hallaba restringida a quienes seguían la carrera eclesiástica, en Bizancio cualquier niño varón con talento podía acceder a ella. Mientras que en la comunicación cotidiana se empleaba el habla vernácula de la calle, con su propio vocabulario y pronunciación, el griego ático clásico dominaba la enseñanza superior, vinculando la épica de Homero con la lengua de la Bizancio medieval. Los eruditos bizantinos empleaban el griego antiguo en sus escritos e incluso es posible que lo hablaran. En la Europa occidental, sus colegas estudiaban latín o griego como lenguas extranjeras que se hallaban muy distantes de sus lenguas natales germánicas o anglosajonas, o de las lenguas románicas que poco a poco iban dando lugar al francés, el español y el italiano. Aunque estudiaban a los clásicos —Cicerón, Virgilio y Ovidio— con una pasión comparable a la devoción bizantina por el griego, estos carecían de una continuidad comparable. Solo los chinos ostentan una historia lingüística más larga que los griegos.

El sistema educativo bizantino era, y seguiría siendo siempre, clásico, basado en las siete artes liberales de la Antigüedad: tres materias literarias (gramática, retórica y lógica), seguidas de cuatro matemáticas (aritmética, geometría, armonía y astronomía). La argumentación filosófica informaba todo el currículo, aunque solo los alumnos avanzados estudiaban los textos de Platón y Aristóteles. Los niños empezaban con las letras básicas, y practicaban la escritura del alfabeto en tablillas de cera o en pizarras. Luego pasaban del estudio de las fábulas de Esopo a realizar ejercicios basados en el *Arte de la gramática* de Dionisio de Tracia (un gramático del siglo II a. C.). Aprendían poesía de memoria, sobre todo la épica de Homero. Como media, podían memorizar y entender unas treinta líneas diarias, de modo que su progreso a través de la *Ilíada*, con

más de quince mil, debía de resultar muy lento. Tras la poesía y la gramática, el adolescente estaba preparado ya para la retórica, el estudio de las oraciones y de la forma de realizar discursos persuasivos, utilizando breves textos modelo (*progymnasmata*) de Aftonio de Antioquía y otras recopilaciones posteriores. Leían discursos de Demóstenes y Libanio, y practicaban pronunciando los suyos propios en ocasiones especiales, como los matrimonios imperiales. Todo ello precedía a los estudios del cuadrivio de ciencias matemáticas y filosofía, que se concentraban en la capital.

Este currículo pagano tenía una gran fuerza, y se siguió sin apenas cambios desde el siglo V hasta el XV. Proporcionaba a los bizantinos cultos una base profana de conocimientos derivados de los antiguos principios griegos, a los que se añadían las enseñanzas y la teología cristianas. Tal como Cecaumeno, un militar autodidacta del siglo XI, les decía a sus hijos, la Biblia estaba llena de historias útiles además de preceptos morales. Como la mayoría de oficiales de alto rango, combinaba la conciencia de la importancia de la enseñanza profana con el profundo respeto por las creencias cristianas. Esto tenía asimismo su contrapartida entre los eclesiásticos, que prestaban especial atención a los beneficios de una buena educación profana de cara a debatir los problemas teológicos. Así, por ejemplo, las actas del VI Concilio Ecuménico, celebrado en 680-681, revelan un sofisticado procedimiento para cotejar la autenticidad de las fuentes cristianas comparándolas con las copias autorizadas que se guardaban en la biblioteca patriarcal. Los altos niveles de cultura y el desarrollo intelectual en el clero permitirían a la Iglesia bizantina defender su ideología con eficacia.

En Bizancio era de lo más normal disponer de un sistema de registros altamente desarrollado que en la alta Edad Media prácticamente carecía de parangón. Así, por ejemplo, las

sentencias judiciales se transcribían por triplicado a fin de que tanto el tribunal imperial como las dos partes implicadas en el juicio pudieran disponer de una copia. En una disputa por unas tierras vista en el tribunal patriarcal en 1315, una mujer y su cuñada produjeron seis documentos que intercambiaron mutuamente, todos ellos relativos a la misma parcela, dos de los cuales resultaron ser falsos. También las negociaciones diplomáticas quedaban minuciosamente registradas, como sabemos por la amenaza del emperador Nicéforo Focas de sacar una copia de un acuerdo realizado en 967 si la embajada occidental de 968 trataba de contravenirlo. Los registradores tributarios conservaban los detalles de las generaciones anteriores de terratenientes, así como los de la persona responsable del pago, y los contratos privados redactados por los notarios proporcionan detalles personales similares. El oficio imperial se sostenía gracias a la actividad de miles de funcionarios y escribas cualificados y sus sistemas de archivos, junto con numerosas generaciones de funcionarios públicos bien instruidos.

Asimismo, Bizancio reconocía los acuerdos no escritos realizados por quienes eran pobres o humildes, y alentó una profunda cultura oral que se desarrolló en relación con la cultura escrita y a la que podría definirse como «elocuencia». Esta se originó en las canciones, relatos y recuerdos memorizados y transmitidos de generación en generación, como en la mayor parte de las sociedades medievales. Las evidencias escritas de esta cultura oral resultan, por su propia naturaleza, escasas, pero en numerosas ocasiones resulta evidente que los padres y los parientes mayores eran los responsables de enseñar a los niños proverbios derivados del teatro y la poesía de la antigua Grecia, además de historias sobre los dioses y diosas antiguos, y valores morales. Las habilidades técnicas relacionadas con la construcción, la

agricultura y la partería, por citar solo algunas, debieron de transmitirse de generación en generación en el seno de la propia familia, del mismo modo que los padres formaban a sus hijos como herreros y las madres enseñaban a sus hijas a cocinar y a tejer. En el ámbito —más importante— de la medicina, la comadrona local era literalmente una mujer sabia cuyos conocimientos podían salvar vidas, al tiempo que quienes cuidaban de los epilépticos y los leprosos en general lo hacían basándose en una experiencia conservada de forma oral. Así, junto a la tradición manuscrita del conocimiento médico, basado en Galeno y en otros expertos anteriores, los médicos bizantinos tenían acceso a una instrucción no escrita en forma de una serie de métodos orales de cuidar de los enfermos.

Paralelamente al sistema educativo clásico, los monasterios de los primeros tiempos proporcionaban a los hombres y mujeres analfabetos que se comprometían con la vida cristiana una forma mucho más simple de aprendizaje oral: la memorización de los salmos y los relatos evangélicos. Algunos, no obstante, insistían en que sus pupilos aprendieran a leer a fin de que pudieran participar en la liturgia con conocimiento de causa. Esta educación cristiana elemental se menciona en las *Vidas* de los santos bizantinos, que a menudo mostraban ya que habían sido elegidos para la santidad por la rapidez y facilidad con la que podían aprenderse de memoria largos pasajes de las Escrituras. Los niños en general adquirían algo de educación cristiana en el seno de sus propias familias. Era mucho mayor el número de los que aprendían a leer que el de los que aprendían a escribir, ya que esto último requería varios años de práctica. Las *Vidas* de los santos se escribían en un griego muy sencillo, que también se empleaba en las recopilaciones de milagros y en las historias «beneficiosas para el alma». También algunas

niñas adquirían el suficiente dominio de la lengua como para poder redactar testamentos, donar propiedades y participar en la vida monástica, aunque pocas de ellas alcanzaron el nivel de conocimiento de Casiana, una monja del siglo IX que compuso himnos, epigramas y poemas. Diversos estudios sobre alfabetización basados en documentos posteriores sugieren que la capacidad de leer, cuando no de escribir, era más generalizada entre las mujeres bizantinas que en la Europa medieval.

Inevitablemente, existía cierta tensión entre el contenido básicamente pagano de la enseñanza y la cultura cristiana del imperio. Un texto del siglo VIII arroja una fascinante luz sobre los problemas que afrontaba un grupo de autoproclamados filósofos locales que se disponían a registrar las inscripciones de los pedestales de las estatuas de Constantinopla y comentar monumentos antiguos. Sus *Breves notas históricas* incluyen descripciones de grupos de estatuas clásicas y sus «poderes», referencias a retratos de emperadores, e identificaciones de edificios, tanto paganos como cristianos. La investigación de los autores se dirige a la comprensión del entorno pagano de la «Ciudad Reina». Advierten de los malévolos poderes de las estatuas antiguas, que podían caer y matar al investigador, tal como le ocurrió a Himerio durante el reinado de Filípico (711-713) en el Kynegion, un antiguo anfiteatro destinado a los espectáculos con animales salvajes y situado en la acrópolis de Bizancio. Proporcionan etimologías, a menudo ridículas, de algunos de los nombres que pueden identificar, y citan a autoridades desconocidas en apoyo de sus interpretaciones. Leer inscripciones en griego antiguo les resultaba casi tan difícil como nos resulta a nosotros actualmente. Sin embargo, proporcionan evidencias claras de su interés en el pasado clásico; un interés que también aparece documentado en los ámbitos, íntimamente relacionados, de la

astronomía y la astrología.

Bajo el reinado de Constantino V —y, por tanto, antes de 775—, se hizo una copia de las *Tablas prácticas* de Tolomeo, la herramienta esencial para calcular el movimiento del Sol, la Luna, los planetas y, en consecuencia, los eclipses. A finales de siglo, la corte bizantina empleaba a un astrólogo que utilizaba las *Tablas* para realizar horóscopos y predecir eventos. Esa misma tradición científica era sumamente apreciada en Bagdad, donde un monje cristiano, Teófilo, fue astrólogo jefe de al-Mahdi (775-785) y tradujo numerosas obras de la antigua Grecia al sirio y el árabe. Sus escritos también se conocían bien en Bizancio, y probablemente estimularon un mayor interés en obras de astrología generalmente consideradas inapropiadas por la Iglesia. La revisión de textos científicos en Bizancio resulta más llamativa que la cultura literaria evidente en las *Vidas* de varios patriarcas y santos de los siglos VIII y IX, como Tarasio (784-806) y Nicéforo (806-815), así como san Teodoro, abad del monasterio de Studios (muerto en 826), que recibió instrucción en la métrica poética clásica y la escritura de epigramas en el estilo correcto.

Estas habilidades también se mantuvieron vivas en los monasterios palestinos bajo control musulmán. En la primera mitad del siglo VIII, san Juan Damasceno y su hermano adoptado Cosmas tenían un conocimiento excepcionalmente alto del currículo clásico, incluyendo las ciencias matemáticas. Mar Saba, el monasterio de San Sabas, en las inmediaciones de Jerusalén, contaba con una rica biblioteca a la que contribuyeron numerosos eruditos y escribas hasta el período de las Cruzadas. En la década de 790, no obstante, cuando el dominio musulmán se hizo menos indulgente, muchos monjes palestinos se trasladaron a Constantinopla, llevándose consigo sus conocimientos. Uno de ellos fue Jorge, llamado Sincelo, debido a que había sido *synkellos*

(literalmente, «compañero de celda», «asistente») del patriarca de Jerusalén, y que llegó a la capital con su legendaria *Historia* que abarcaba los seis primeros milenios desde la creación del mundo hasta el reino de Diocleciano. La tradición de registrar toda la existencia humana, empleando el sistema de datación a partir del primer año de existencia del mundo, o *anno mundi*, se había preservado más allá de las fronteras del imperio y había traído un nuevo ímpetu a los textos historiográficos en la propia Bizancio. Su influencia resulta evidente en la *Crónica* atribuida a Teófanes el Confesor, que prosiguió la obra de Jorge Sincelo desde el *anno mundi* 5777 (284/285 de nuestra era) hasta 6305 (812/813), probablemente utilizando material recopilado por este. El patriarca Nicéforo también escribió una *Historia*, más breve, de carácter narrativo y no basada en los acontecimientos acaecidos año a año, que proporciona un interesante elemento de comparación con la de Teófanes para el período 602-769 de nuestra era.

Las cartas escritas por san Teodoro el Estudita indican una preocupación paralela por revigorizar una peculiar forma retórica que tendría un gran futuro en Bizancio. Aunque tuvo buen cuidado de proteger el anonimato de los iconófilos, las cartas de Teodoro desde el exilio tienen un propósito claro: respaldar a quienes se oponían a la iconoclasia. A través de ellas podemos rastrear la creación de una comunidad virtual de veneradores de iconos, dispersos, pero unidos por el aliento de su líder. Del mismo modo, las cartas de cierto maestro de escuela del siglo X contienen una serie de quejas detalladas sobre los estudiantes que no asistían a sus clases y los padres que no pagaban. Este maestro, cuya identidad permanece en el anonimato, deja constancia del placer que experimentó al comprar un ejemplar de Sófocles, y escribe a sus amigos pidiendo prestado un texto antiguo que deseaba

copiar. Muchos eruditos, o sus discípulos, organizaban la colección de sus propias cartas, quizá más por su estilo que por su contenido. Predominan los rasgos de la vida bizantina, como la dieta, el clima, la amistad (particularmente marcada en el caso de escritores distantes de la capital), sistemas de mecenazgo, expresiones de compasión ante la enfermedad o la muerte, y felicitaciones por el matrimonio o el nacimiento de algún hijo. Escribir una carta solía ser un ejercicio retórico en el que se evitaba dar nombres y hablar con sencillez. A veces a los corresponsales les resultaba difícil entender el objeto de la comunicación, y a menudo se daba instrucciones al portador de la misiva de que transmitiera oralmente el verdadero mensaje. Pero la supervivencia de tantas colecciones de cartas en Bizancio refleja una práctica común entre sus intelectuales, tanto clericales como profanos, que descollaban especialmente en esta forma literaria de comunicación.

En el siglo IX se produjo un avance técnico que favorecería un mayor esfuerzo literario: el desarrollo de la escritura corrida en minúscula, que puede haber tenido su origen en la cancillería imperial. Más o menos en la misma época tuvo lugar una mejora similar en el latín escrito, lo que sugiere que los escribas de ambas culturas consideraron que la escritura en mayúsculas resultaba tan lenta como engorrosa. En Bizancio, este cambio estuvo asociado a la transferencia de material de los rollos de papiro al pergamino, que constituía un medio más duradero. En este proceso, los copistas no solo utilizaron el nuevo y más rápido estilo de escritura, sino que asimismo realizaron diversos cambios gráficos, estableciendo títulos de capítulo, insertando puntuación e incluyendo notas al margen. De ese modo pudo conservarse para la posteridad una parte significativa del antiguo saber griego, como la obra de Arquímedes *Sobre los cuerpos flotantes*, recientemente

descubierta en un pergamino que se había mandado limpiar a fin de copiar un libro de oraciones en el siglo XIII.

La enseñanza de las matemáticas y los temas científicos también experimentó un desarrollo en la medida en que se copiaron textos de Euclides y Tolomeo del papiro al pergamino. Dos figuras clave en este proceso fueron Juan el Gramático, el último patriarca iconoclasta, y León llamado «el Matemático» y «el Filósofo», que también compuso epigramas al estilo clásico. Bajo el reinado del emperador Teófilo (829-842), Juan formó parte en dos ocasiones de sendas embajadas enviadas a los árabes, y a su regreso trajo noticias de la obra científica emprendida por estos. Supuestamente, la fama de León llegó hasta el califato abasí de Bagdad, donde uno de sus discípulos fue hecho prisionero. Al saber por boca de dicho discípulo que un experto bizantino podía demostrar los teoremas de Euclides, se dice que el califa requirió sus servicios. Pero Teófilo se negó a dejar marchar a León y le empleó como profesor en la capital, donde encargó copias de numerosos textos científicos y literarios de la antigua Grecia. En 863, cuando Bardas, el cuñado de Teófilo, fundó nuevas escuelas de enseñanza superior, León fue nombrado «jefe de los filósofos», y, con un equipo de cuatro ayudantes, pasó a hacerse cargo de la enseñanza de todos los aspectos del cuadrivio matemático.

Aunque probablemente la historia del discípulo de León es una fábula, lo cierto es que refleja la existencia de un intenso desarrollo intelectual tanto en Bagdad como en Bizancio. Bajo el reinado de los califas abasíes del siglo X al-Mamun, al-Mutasim y al-Mutawakkil, los eruditos de la corte estaban adscritos a una «Casa de Sabiduría», y en los observatorios construidos por los astrónomos árabes de al-Mamun se mejoró la precisión de las observaciones tolemaicas. En este estimulante entorno, al-Juarizmi (*c.* 790-*c.* 850) desarrolló un

nuevo campo de las matemáticas, el álgebra, que constituía la primera solución sistemática de las ecuaciones lineales y cuadráticas; asimismo, utilizó los numerales indios/arábigos, el concepto de cero y la coma decimal, además de escribir sobre geografía, astronomía y astrología. Estos avances se vieron estimulados por la traducción de antiguas obras científicas del griego y el sirio al árabe. De los trece libros de teoremas de Diofanto (un matemático alejandrino del siglo III de nuestra era), en árabe se han conservado diez y en griego seis, mientras que hay tres que se han perdido, lo que sugiere que a comienzos del siglo IX fueron los eruditos musulmanes quienes tradujeron la versión más completa entonces conocida. El intercambio cultural entre Constantinopla y Bagdad fluyó en ambos sentidos, pero el conocimiento científico avanzó más deprisa y más lejos en el mundo islámico. En los siglos posteriores, los textos árabes serían traducidos al griego, completando así el círculo del potente legado del mundo antiguo.

Tanto en los centros musulmanes como en los cristianos, el mecenazgo imperial y privado resultó vital para el desarrollo del saber. Una parte del palacio de Constantinopla, la denominada Magnaura (llamada así por la expresión latina *magna aula*, o «aula magna»), se utilizaba para las clases en las que los imperiales infantes recibían instrucción. Hasta el siglo XV, los emperadores y patriarcas siguieron fomentando la enseñanza superior en Constantinopla. Sus bibliotecas aseguraron la copia de manuscritos y el almacenamiento de textos ortodoxos, que podían ser consultados por los eruditos. En la mayoría de las ciudades de provincias, los obispos dirigían escuelas donde se enseñaba a los niños destinados a hacer carrera en la administración pública, el ejército o la Iglesia. También los monjes y eremitas proporcionaban instrucción, y los monasterios —como el de San Juan, en la

zona suroccidental de Constantinopla, conocido como monasterio de Studios— desarrollaron importantes *scriptoria* donde los monjes aprendieron a copiar e iluminar manuscritos. Las comunidades del monte Athos adquirieron ricas colecciones de textos tanto profanos como cristianos, a menudo a través de los legados de hombres ricos que, al retirarse del mundo, se llevaron sus libros consigo. En 1354, cuando el emperador Juan VI Cantacuceno abdicó, se retiró a un monasterio de Constantinopla, donde se convirtió en el monje Josafat y posteriormente escribió sus memorias. El ingreso regular de hombres instruidos de edad avanzada aumentaba de manera natural el nivel intelectual de una comunidad.

Uno de los puntos culminantes del desarrollo intelectual en la Bizancio altomedieval viene marcado por la trayectoria de Focio, cuyos logros constituyen un símbolo secular de la cultura escrita y el esfuerzo académico. Aunque fue una figura excepcional, su compromiso con la cultura antigua estuvo sujeto a la característica combinación bizantina de comedimiento e inspiración. Focio dejó constancia de sus ideas —sobre temas teológicos, filosóficos, literarios y de historia del arte— en un griego extremadamente elegante.

Focio procedía de una familia iconófila perseguida durante la segunda fase de la iconoclasia (815-843). Como su tío Tarasio antes que él, había ido ascendiendo en las filas del funcionariado hasta convertirse en jefe de la administración pública. Y luego, siguiendo también en ello la pauta de la trayectoria profesional de Tarasio, en el año 858 fue designado para dirigir la Iglesia bizantina en sustitución de Ignacio, que fue destituido. Como patriarca, Focio escribió numerosos sermones y cartas, así como un tratado sobre la venida del Espíritu Santo que resultaría fundamental en todos los análisis posteriores de la materia. No obstante, su rápido

ascenso desde el estatus laico hasta la jefatura de la Iglesia causó problemas en Bizancio, un lugar donde su predecesor, Ignacio, contaba con numerosos partidarios. Cuando estos apelaron al papa Nicolás I, la disputa se extendió también a la Iglesia occidental (véase el capítulo 12). El nombramiento de Focio como patriarca (858-867) terminó con la accesión al poder del emperador Basilio I, que reinstauró a Ignacio. A la muerte de este último, Focio volvió a ocupar el cargo por un segundo período (877-886), y más tarde fue destituido de nuevo por León VI, llamado «el Sabio» (886-912). Durante su primer período en el exilio, no obstante, Focio fue empleado como tutor de los imperiales príncipes; un signo de su reputación como maestro y, a la vez, de la importancia del palacio imperial como centro de aprendizaje. Es posible que en esta función inspirara al joven León, uno de los hijos de Basilio, que se revelaría un competente autor de sermones además de un serio partidario de la reforma jurídica, la organización económica y las tácticas militares. De ser así, León mostraría ser un discípulo desagradecido: una de sus primeras decisiones desde el trono sería la de destituir a Focio, que más tarde moriría en circunstancias desconocidas.

La espectacular trayectoria eclesiástica de Focio no resultaba un hecho inusual, y se vio acompañada de una excepcional e inquebrantable dedicación a la labor intelectual. En general, hoy se le atribuye la autoría de la introducción a la *Epanagoge*, un código jurídico revisado publicado por Basilio I, que establece la relación ideal entre Iglesia y Estado. El texto sostiene que el emperador debe someterse a las leyes, aunque sea él quien las haga, debido a que es el único representante de Dios en la tierra. La carta de Focio al kan de Bulgaria, firmemente arraigada en la retórica de Isócrates con relación a lo que debe ser la práctica correcta de un buen gobernante, describe los deberes de un monarca cristiano de manera

similar. El patriarca insta a su hijo espiritual a convertirse en un «nuevo Constantino», llevando al pueblo búlgaro a la ecúmene cristiana. En sus respuestas a las cuestiones planteadas por su amigo Anfiloquio de Cicico, Focio muestra sus extensos conocimientos sobre un amplio abanico de temas. Pero es sobre todo su *Biblioteca* la que ilustra su saber y la que ha hecho que se le identifique como «el inventor de las reseñas de libros». En este texto da una lista de 279 libros que recomienda a su hermano, Tarasio, acompañada de un detallado análisis de su contenido y de una serie de comentarios idiosincrásicos. Contiene una mezcla de escritos profanos y cristianos, heréticos y ortodoxos, de autores estilísticamente buenos y malos, lo que permite a Focio mostrar su gusto por la cultura literaria. Aunque una gran parte de los libros comentados en la *Biblioteca* de Focio son teológicos, también contiene notas sobre obras de Esquilo que actualmente se han perdido y alude a una enciclopedia, más completa, de Juan de Stobi, o Estobeo, que sí ha llegado hasta nosotros.

Sus notas sobre determinadas obras constituyen en sí mismas una interesante lectura:

> Leo *Los prodigios más allá de Thule*, de Antonio Diógenes, en veinticuatro secciones. Es una novela […] Su contenido ofrece un grandísimo placer; aunque la narración roza lo mítico y lo increíble, dispone el material en una estructura de ficción muy plausible.

Luego da un resumen del argumento, que tiene muy poco que ver con Thule (el extremo norte de Europa), pero que contiene emocionantes viajes a través de pueblos desconocidos con las más inusuales vestimentas, maravillas y aventuras. Finalmente, concluye:

> Este libro aparece como la fuente y origen de la *Historia verdadera* de Luciano […] En esta novela, como en otros relatos de ficción del mismo estilo, hay esencialmente dos rasgos muy útiles: uno, que el autor muestra que el hombre injusto siempre tiene su castigo, aun cuando parezca escapar en numerosas ocasiones; en segundo lugar, que describe a mucha gente inocente expuesta a un

gran peligro y a menudo salvada en contra de todas las expectativas.

Esto puede compararse con un comentario posterior:

> Leo una obra sustancial, de hecho, enorme, en quince secciones y cinco volúmenes. Es una colección de testimonios y citas de libros completos, no solo griegos, sino también persas, tracios, egipcios, babilonios, caldeos y romanos, de autores muy bien considerados en cada nación. El recopilador trata de mostrar que están de acuerdo con la pura, sobrenatural y divina religión de los cristianos; que anuncian y proclaman la Trinidad sobrenatural de una única sustancia […] El autor no se muestra renuente a explotar del mismo modo los escritos sobre alquimia de Zósimo (un tebano de Panópolis). Aquí expone el significado de términos hebreos y trata de dónde proclamó cada uno de los apóstoles la doctrina de la salvación y cesó en sus mortales fatigas. Al final de la obra ofrece una exhortación personal, mezclada y reforzada con máximas paganas y citas de las escrituras. Aquí en particular se puede reconocer la devoción del hombre a la virtud y la piedad irreprochable […] Hasta ahora no he podido descubrir el nombre del recopilador de estos volúmenes […] Pero vivió en Constantinopla con su esposa y sus hijos, y su actividad es posterior al reinado de Heraclio[28].

Hoy esta obra se ha perdido, pero la descripción de Focio nos permite reflexionar acerca de lo poco que sabemos del siglo VII y de cuánta de su literatura ha sido destruida.

En la *Biblioteca*, Focio comenta sus propias lecturas a instancias de su hermano y promete nuevas notas en el futuro. Sus esfuerzos por resumir el contenido de libros raros serían imitados por otros eruditos posteriores, que recopilaron compendios de información útil, especialmente el emperador Constantino VII (véase el capítulo 16). Del mismo modo, el grupo reunido en torno a Focio para analizar algunos de los textos menos conocidos disponibles en el siglo X marcó una pauta. Focio no comentó todos los textos que circulaban por entonces, lo que probablemente explica por qué las obras más obvias de Platón y Aristóteles no aparecen en su *Biblioteca*. Los encuentros donde los autores leían sus últimas composiciones se convertirían en un rasgo característico de la vida intelectual bizantina, y seguirían estimulando el debate y los comentarios literarios hasta el final del imperio. Los salones literarios dirigidos por mujeres

instruidas como Ana Comnena, en el siglo XII, o por princesas extranjeras que querían conocer la cultura bizantina, como María de Alania, en el siglo XI, contarían con la participación de filósofos, retóricos, poetas e historiadores siguiendo exactamente ese modelo.

Aunque resulta evidente que Focio poseía unos conocimientos fuera de lo común, no por ello deja de ser también una figura representativa de su sociedad, que escribía para lectores con gustos y habilidades similares. En sus cartas a Anfiloquio podemos observar el conocimiento común por parte de ambos de los textos clásicos griegos, que habían sido copiados una y otra vez, extractados y reordenados en compendios (*florilegia*) del saber antiguo. La misma atención se otorgaba a la Biblia, estudiada tanto por los eclesiásticos como por los laicos como fuente de conocimiento. Aunque es cierto que los eruditos bizantinos seguían un currículo de estudios bastante rígido, dichos estudios incluían todo lo que pudieran leer en griego, con disciplina y curiosidad, además de la copia minuciosa de textos antiguos. De ese modo se preservó para la posteridad un corpus de autores griegos clásicos mucho mayor del que habría sobrevivido en otro caso. Focio, sin embargo, en su devoción a todos los aspectos del legado griego, pagano y cristiano, clásico y medieval, científico, jurídico y literario, encarnó plenamente las aspiraciones de Bizancio. Traspasó las fronteras de la cultura establecida para componer sermones, tratados y cartas de gran interés. Y alentó una comprensión más clara de la importancia del pasado de la antigua Grecia para la Bizancio medieval, que sustentaría a esta a lo largo de muchos siglos de incertidumbre política.

12

Los santos Cirilo y Metodio, «apóstoles de los eslavos»

> ¿Cómo es que ahora enseñáis y habéis creado letras para los eslavos, cosa que nadie había acertado a hacer antes?… Sabemos solo de tres lenguas dignas de alabar a Dios en las Escrituras: el hebreo, el griego y el latín[29].
>
> *Vida* de Constantino, probablemente de METODIO, siglo IX

En el siglo IX, dos hermanos, Metodio y Constantino, que vivían en Tesalónica, donde su padre, León, era oficial del ejército, aprendieron a hablar eslavo. Llegaban muchos eslavos a la capital para comerciar, y el bilingüismo era un rasgo característico de la vida en las fronteras del imperio. Pero estos dos jóvenes resultaban excepcionalmente buenos en el dominio de las lenguas. Cuando el patriarca Focio se dio cuenta de ello, alentó a los dos hermanos a inventar una forma de escribir la lengua eslava. Idearon un alfabeto que representara los sonidos del lenguaje hablado y empezaron a traducir los textos clave de la ortodoxia. Su primer intento dio lugar a un alfabeto denominado *glagolítico*, que posteriormente evolucionaría hasta convertirse en el eslavo litúrgico; el segundo todavía sigue utilizándose actualmente en Rusia. Este último se denomina *cirílico* por el nombre monástico —Cirilo— que adoptó Constantino poco antes de su muerte en 869. Los dos hermanos pasarían a la posteridad como los santos Cirilo y Metodio, «apóstoles de los eslavos».

El hermano mayor, Metodio, inicialmente siguió una trayectoria profana y llegó a ostentar un cargo oficial en un principado eslavo de Macedonia, donde debió de vivir entre eslavos. Más tarde se hizo monje en el monte Olimpo. Tras la muerte del emperador Teófilo en 842, el menor de los hermanos, Constantino (más tarde adoptaría el nombre de Cirilo), fue enviado a completar su educación a

Constantinopla. Su primer protector, el eunuco Teoctisto, le promovió al rango de sacerdote ordenado adscrito a la iglesia de Santa Sofía. Pero además de eso, estudió sirio, hebreo (tradujo una gramática hebrea al griego) y filosofía. Su segundo protector fue el propio patriarca Focio, con quien compartía intereses intelectuales y la misma preocupación por la educación. Como Focio, fue enviado en misiones diplomáticas a la corte musulmana de Samarra y al centro del poder jázaro, al norte del mar Negro, donde se supone que descubrió las reliquias de san Clemente, un oscuro obispo de Roma del siglo I de nuestra era, desterrado a Crimea.

Según la *Vida* de Constantino, probablemente escrita por Metodio, la familiaridad con el lenguaje hablado por los eslavos resultaba bastante común en la región de Tesalónica, ya que numerosas tribus se habían establecido allí tras cruzar la frontera del Danubio a finales del siglo VI. Aunque algunos grupos tomaron importantes ciudades fortificadas y en varias ocasiones sitiaron la propia Tesalónica —aunque sin éxito—, otros se desplazaron hacia el sur con sus familias y rebaños, y ocuparon tierras de labranza. Su presencia en toda la extensión de los Balcanes y en una zona tan meridional como el Peloponeso resultó lo bastante hostil como para provocar la huida de gran parte de la población autóctona a castillos ubicados en montañas o a islas, según relatos posteriores. Desde finales del siglo VIII, diversas campañas imperiales empezaron a reafirmar el control de Constantinopla, y en 786, la emperatriz Irene y su hijo Constantino VI hicieron un real viaje en el que llegaron hasta Beroea (actual Stara Zagora, en Bulgaria). Acompañados de bailarines y músicos, conmemoraron la pacificación de los eslavos y consagraron la iglesia de Santa Sofía de Tesalónica. Al parecer, veinte años después Nicéforo I frustró una insurrección conjunta eslavo-árabe en Patras, e invitó a la población originaria a regresar a

la ciudad. Como registra Aretas, un erudito del siglo IX, sus propios parientes se contaban entre quienes regresaron de Sicilia a Patras, donde encontraron a los derrotados eslavos bajo la autoridad del obispo.

A pesar de la pérdida de control sobre grandes áreas de los Balcanes y Grecia occidental durante muchas generaciones, a la larga Constantinopla restauró la administración imperial a través del nuevo sistema de gobierno de los temas. En el siglo X había temas en el Peloponeso, Hellas (Grecia central), las islas de Cefalonia, Zacinto, Kérkira (Corfú), Dyrrachion (actual Durrës, en Albania), Tesalia, Tesalónica y Macedonia. Después de muchos años de contacto con Bizancio, los eslavos que originariamente se habían establecido en *sklaviniai* ahora conocían tanto el cristianismo como la lengua griega. Solo en el monte Taigeto, que se alzaba sobre Esparta, dos tribus permanecían hostiles a la misión civilizadora de Bizancio, aunque a la larga también acabaron siendo asimiladas. Al igual que Roma latinizó y cristianizó a los invasores bárbaros en Occidente, a pesar de perder el control sobre ellos, del mismo modo las fuerzas de la Roma oriental, su cultura griega, su comercio, sus leyes y su riqueza absorbieron a numerosos intrusos.

Sin embargo, en 862 el emperador Miguel III recibió una petición de Moravia (parte de la antigua Panonia, las modernas Eslovaquia y República Checa) para que enviara sacerdotes bizantinos. El rey Ratislav estaba ansioso por contrarrestar la influencia de los misioneros francos de Baviera y crear una Iglesia morava independiente. Aunque al patriarca Focio consideraba la lengua griega superior, alentó a Metodio y Constantino a utilizar el nuevo alfabeto para traducir al eslavo los Evangelios y los Salmos, así como la liturgia atribuida a san Juan Crisóstomo. En 863 envió a los dos hermanos a Moravia, donde dedicaron cuatro años a la

creación de una Iglesia utilizando tanto la nueva lengua vernácula como el griego. Su labor contó con la oposición de los misioneros occidentales, que celebraban la liturgia en latín. Acaso a instancias de Ratislav, los hermanos decidieron que algunos de sus discípulos se ordenaran sacerdotes a fin de fortalecer su Iglesia morava, y en 867 partieron hacia Roma.

Cuando llegaron a Venecia, tuvo lugar un famoso debate en torno a su utilización de la liturgia eslava. En un bando estaban los occidentales (obispos, sacerdotes y monjes venecianos, y, posiblemente, también francos), que insistían en que había únicamente tres lengua sagradas —el hebreo, el griego y el latín—, puesto que eran las lenguas empleadas en la Cruz para registrar la muerte de Jesús. En el otro bando, Constantino defendía la recién creada lengua vernácula, señalando:

> Sabemos de numerosos pueblos que poseen escritura, y glorifican a Dios, cada uno en su propia lengua. Sin duda resultan obvios: armenios, persas, abjasios, íberos, sogdianos, godos, ávaros, turcos, jázaros, árabes, egipcios y muchos otros… ¿Acaso la lluvia de Dios no cae sobre todos por igual? ¿Y no brilla el sol asimismo sobre todos[30]?

Aunque le atacaron «como cuervos contra un halcón», según la *Vida* del santo, Constantino replicó que debían avergonzarse de condenar a todas las demás naciones a ser ciegas y sordas, y adujo numerosas justificaciones de las Escrituras para permitir a todas las naciones alabar al Señor.

Luego recibieron una invitación del papa Nicolás I, de modo que partieron de Venecia con rumbo a Roma, aunque solo para encontrarse con que, a su llegada, el Papa acababa de morir. Sin embargo, su sucesor, Adriano II, acogió favorablemente a los misioneros. Constantino le regaló al Papa las reliquias de san Clemente, que se había traído del mar Negro. Los discípulos de Moravia fueron debidamente ordenados, y «de inmediato cantaron la liturgia en la lengua

eslava en la iglesia del Apóstol Pedro». En la de Santa María del Pesebre se añadieron las Escrituras en eslavo, y tanto allí como en otras iglesias de Roma se celebró la liturgia en dicha lengua en varias ocasiones. En febrero de 869, cuando sintió aproximarse su muerte, Constantino se hizo monje adoptando el nombre de Cirilo. Fue enterrado en el santuario de San Clemente, donde unos frescos posteriores conmemoran su aventurada vida.

El papa Adriano no solo aprobó el uso de la lengua vernácula por parte de los misioneros, sino que también nombró a Metodio legado papal ante los príncipes de Moravia y de Panonia, dándole instrucciones de que hiciera sus lecturas primero en latín y solo después en eslavo. Al poco tiempo de morir su hermano, abandonó Roma para tomar posesión de su cargo, y durante más de quince años prosiguió su obra de traducción y conversión, a pesar de la creciente oposición franca. Tras el derrocamiento de Ratislav, en 870, por parte de su sobrino Svatopluk, Metodio fue encarcelado en Suabia (en el sur de Alemania) durante varios años; a la larga, él y sus partidarios serían expulsados de Moravia. Pese a los esfuerzos de los dos hermanos, la Iglesia de Moravia pasaría a estar cada vez más bajo el control franco, y en la actualidad sigue siendo mayoritariamente católica romana.

En otros lugares, sin embargo, la liturgia eslava tuvo un mayor éxito. Antes de la muerte de Metodio, en 885, él y sus discípulos realizaron traducciones de la Biblia, de los servicios litúrgicos y de recopilaciones del derecho canónico. El propósito de hacer de los eslavos «uno de los grandes pueblos que alaban a Dios en sus propias lenguas», según reza la *Vida* de Constantino, finalmente se alcanzó. Así pues, no solo los búlgaros, sino también, más tarde, los rusos y los serbios, pudieron celebrar el culto en su propia lengua. Dada la insistencia bizantina en la posición central del griego de cara a

la transmisión de toda la cultura, ¿cómo debemos ver este triunfo de la lengua vernácula? Representa un tributo al patriarca Focio, que había alimentado el excepcional talento lingüístico de dos hermanos misioneros de Tesalónica. Pero también se puede interpretar como una ruptura radical con la tradición, otro ejemplo de la innovación y la creatividad bizantinas, lo que contrasta con el insistente uso del latín exigido en la Iglesia occidental.

Focio fue un erudito y diplomático brillante; pero cuando inició el proceso de convertir a los búlgaros al cristianismo bizantino, provocó una enconada oposición por parte del papa Nicolás I. Roma se había mostrado ya crítica con el rápido ascenso de Focio en el escalafón del clero, y en 861 condenó su nombramiento al patriarcado como «una invasión de la sede ostentada por Ignacio». Se inició un intercambio de correspondencia de carácter hostil, que llevó a un debate en torno a la pretensión de Constantinopla de ejercer poderes equivalentes a los de Roma en Occidente, su preservación de la correcta doctrina cristiana y su autoridad para convertir a las tradiciones ortodoxas a los no cristianos, y, más concretamente, a los búlgaros.

La importancia de Bulgaria residía en su posición intermedia entre las esferas de influencia oriental (bizantina) y occidental (franca). En 862, cuando el kan Boris estableció una alianza con Luis el Germánico, un descendiente de Carlomagno cuyo territorio lindaba con Bulgaria por el oeste, Miguel III envió una expedición militar para contraatacar, y Boris se vio obligado a aceptar las condiciones de Bizancio y el bautismo cristiano. Focio realizó la ceremonia, y se dio al kan el nombre cristiano de Miguel en honor al emperador, su padrino. Sin embargo, Boris-Miguel no supo convencer a sus propios partidarios paganos, que se opusieron al clero griego y organizaron una revuelta. El kan sofocó la revuelta de

inmediato y cambió drásticamente de actitud: volvió los ojos hacia Occidente, y en 866 escribió a Luis el Germánico y al papa Nicolás. Trataba de averiguar cuál de los dos principales centros de la cristiandad otorgaría a su Iglesia búlgara un mayor grado de independencia.

Mientras Boris-Miguel volvía a un bando contra el otro, tanto la Nueva como la Antigua Roma respondían a sus preguntas sobre la verdadera fe. La carta de Focio sobre la teología correcta como aquella definida por los concilios ecuménicos, así como sobre los deberes de un príncipe cristiano, implicaba la subordinación del kan a Constantinopla. En cambio, en sus *Responsa* («Respuestas»), el Papa hacía hincapié en el control romano y en el uso de la liturgia latina en la naciente Iglesia búlgara. Mientras que Nicolás citaba la absoluta superioridad del obispo de Roma, basada en su descendencia de san Pedro, Focio subrayaba la teoría de la pentarquía, la reunión de los cinco grandes patriarcas en concilio, como la más alta autoridad de toda la cristiandad. Nicolás mencionaba la reivindicación del papado con respecto a la diócesis de Iliria oriental, que había sido transferida a Constantinopla en el siglo VIII, y ridiculizaba algunas de las costumbres atribuidas a los sacerdotes bizantinos que trabajaban en Bulgaria. Ambas partes trataban de asegurarse de que el estado de Boris adoptara el cristianismo de una determinada forma, enviando a grupos de misioneros rivales a convertir a sus súbditos.

Este conflicto llevaría a la mutua excomunión de Focio y Nicolás en el verano de 867. En septiembre, sin embargo, Miguel III fue asesinado por su valido, Basilio, que asumió todo el poder como único emperador (véase más adelante). Una de las primeras acciones de este fue la de destituir a Focio y restituir a Ignacio, como ya señalábamos en el capítulo 11. Unos meses después, Nicolás I moría en Roma. La

desaparición de estos dos importantes elementos del conflicto permitió al emperador convocar un concilio ecuménico (el octavo) a fin de resolver el cisma, y que se celebró en la capital bizantina de octubre de 869 a marzo de 870. Solo cuatro días después de la sesión de clausura llegaron los enviados de Boris-Miguel a fin de consultar al concilio sobre la Iglesia de Bulgaria: ¿a qué patriarcado debía pertenecer? La cuestión molestó a los delegados romanos, que protestaron en vano argumentando que el concilio no estaba capacitado para decidir tal cosa. Pero Basilio I había dado a los búlgaros la oportunidad de zanjar el asunto mediante una decisión conciliar, e insistió en favor de Constantinopla.

Los esfuerzos de Cirilo y Metodio, así como de Focio, se vieron, pues, felizmente coronados por el éxito, a pesar de que el primero de ellos había fallecido ya y los demás no tomaron parte en su resolución. Mediante una maniobra política destinada a reducir la influencia romana en Bulgaria, Basilio I se aseguró de que el imperio obtuviera un aliado ortodoxo en su frontera occidental. Pese a la negativa del papa Adriano II a aceptar la decisión del concilio sobre Bulgaria, diez años después un nuevo concilio celebrado en 879-880 vendría a confirmar aquella decisión. Este último concilio, convocado por Focio tras recuperar su cargo de patriarca, se consideraría el octavo en Oriente. Aunque en Occidente no se reconoce, su decreto relativo a la orientación de la Iglesia búlgara no tuvo vuelta atrás. El kan Boris-Miguel mantuvo su país en el seno de la «familia de reyes» bizantina y alentó el uso de la lengua vernácula tanto en la enseñanza profana como en la religiosa. Aunque, extrañamente, no se ha conservado ningún relato contemporáneo sobre la vida de Focio, la Iglesia ortodoxa le cuenta entre sus santos por sus esfuerzos de cara a la conversión de los búlgaros.

• • •

Al reexaminar la labor de Focio desde la óptica actual, podemos apreciar que su destacado papel y sus dotes pedagógicas establecieron un nuevo estándar de excelencia y ampliaron el abanico de intereses intelectuales de Bizancio. Subrayó la necesidad de que Boris-Miguel adoptara los atributos cristianos del gobernante justo, como miembro de la familia de reyes bizantinos sometidos a la figura paterna del *basileus* (emperador) de Constantinopla, y fortaleció la práctica de la corte de integrar a los príncipes extranjeros mediante la concesión de títulos, los distintivos y las costumbres oficiales. La difusión de la ortodoxia a Bulgaria vino acompañada por la adaptación de numerosas formas de arte bizantino, arquitectura eclesiástica, iconos y azulejos decorados, y el propio kan Boris-Miguel se hizo construir grandes palacios a imitación del de Constantinopla. La adopción del cristianismo no frenó la rivalidad búlgara con respecto a Bizancio, pero sí extendió la fe ortodoxa a grandes áreas de los Balcanes.

Asimismo, y de manera más significativa, creó un modelo que podría volver a utilizarse en la conversión de otros pueblos del norte. En 860, los guerreros rusos bajaron por el Dniéper, atravesaron el mar Negro y atacaron su costa meridional en las inmediaciones de Sinope (actual Sinop). Luego penetraron en el Bósforo, llegando a amenazar las murallas de Constantinopla. Según el patriarca Focio, que fue testigo del ataque, su repentina aparición causó una gran consternación: sus cabellos rojos, su vestimenta y fiereza, así como sus gritos incomprensibles, aterrorizaron a los bizantinos, que nunca antes habían visto a los *rusii*. Siete años después, Focio envió a un obispo con la tarea misionera de encontrar al soberano (*jagan*) de aquellos rusos, establecido en Gorodishche (posteriormente Nóvgorod, en el norte de Rusia), y convertirle al cristianismo. Así, antes aún de que se

hubiera ganado a los búlgaros para la nueva fe, Focio ya miraba más allá y planificaba una campaña todavía de mayor envergadura. Unas pocas monedas bizantinas excavadas en Gorodishche confirman la existencia de cierto contacto comercial con este asentamiento del norte, aunque la tentativa misionera no dio ningún otro fruto. En cambio, cuando las autoridades cristianas de Constantinopla identificaban alguna secta herética —como los paulicianos, una secta dualista activa en la frontera oriental—, trataban de derrotarla militarmente. Basilio I llevó a cabo una fructífera campaña contra los paulicianos, trasladando a algunos de ellos a los Balcanes, donde más tarde resurgirían como bogomilos (véase el capítulo 22).

En 911, algunos comerciantes rusos, probablemente del centro, mucho más próximo, de Kiev, a orillas del Dniéper, habían forjado un tratado comercial con Constantinopla, donde viajaban con regularidad. Pese a ello, en 941 hubo que repeler un ataque hostil a la Ciudad Reina empleando barcos cargados con «fuego griego». Finalmente, en 944, un nuevo tratado reguló el número de sedas preciosas que los rusos podían adquirir a cambio de sus esclavos, cera y miel. A través de aquellos intensos acuerdos comerciales, los rusos vinieron a familiarizarse más con la cultura bizantina, y los bizantinos con la suya. A mediados del siglo X, Olga, viuda del líder ruso Ígor, visitó Constantinopla acompañado de numerosos comerciantes, dos intérpretes y un sacerdote cristiano. Fue bautizada, y adoptó el nombre cristiano de Elena en honor a la emperatriz, la esposa de Constantino VII, que la recibió en una ceremonia especial realizada en el ala femenina de palacio. Aquel fue el comienzo de un trascendental cambio que desembocaría en la conversión de los rusos a finales del siglo X; volveremos sobre ello en el capítulo 17.

En este largo proceso de ganarse a los pueblos no cristianos para las definiciones bizantinas de la fe cristiana, Focio sigue siendo una figura destacada. Al alentar a los santos Cirilo y Metodio para que desarrollaran formas escritas del eslavo, contribuyó a la novedosa solución de emplear la lengua vernácula a fin de ganarse a los pueblos de habla no griega para la fe. En contraste, el papa Nicolás I y los misioneros francos insistían en el carácter central del latín en el culto cristiano, del mismo modo que se esperaba (y se sigue esperando aun hoy) que los musulmanes aprendieran el Corán en el árabe clásico original aun cuando no fuera su lengua materna. Occidente no llegaría a ponerse a la altura de Bizancio hasta la Reforma del siglo XVI, cuando los protestantes proclamaron el derecho a traducir la Biblia a sus propias lenguas; a menudo se dice que el islam jamás ha experimentado una reforma similar. Focio comprendió que las necesidades de los pueblos eslavos podían satisfacerse mejor si podían disponer de las enseñanzas cristianas en su propia lengua. Aunque él mismo empleaba un refinado griego ático, que consideraba inmensamente superior a cualquier otro medio lingüístico, inspiró a los «apóstoles de los eslavos» a inventar un alfabeto escrito para la lengua eslava, y luego a traducir la Biblia, la liturgia cristiana y diversos libros de derecho canónico. De ese modo, proporcionaron a los búlgaros, serbios y rusos una forma de practicar el culto en sus propias lenguas, lo que daría origen a sus propias tradiciones ortodoxas. A su vez, y durante varios siglos a partir de 1453, la religión constituiría un elemento central de las pretensiones rusas con respecto a las tradiciones imperiales de Bizancio.

Tercera parte

Bizancio se convierte en un estado medieval

13

El «fuego griego»

> Los griegos empezaron a lanzar su fuego por todas partes; y los *rusii*, al ver las llamas, se arrojaron apresuradamente de sus barcos, prefiriendo ahogarse en el agua a quemarse vivos en el fuego[31].
>
> LIUTPRANDO DE CREMONA, *Antapódosis* (o *Retribución*), sobre el ataque ruso a Constantinopla en 941

Todavía hoy el «fuego griego» sigue siendo un misterio. Probablemente se fabricara a base de petróleo crudo adquirido en los pozos de nafta de Crimea y mezclado luego con resina, pero las proporciones exactas y el mecanismo hidráulico empleado para proyectarlo siguen sin estar nada claros. En cualquier caso, esa indeterminada combinación de sustancias creó el arma más importante del arsenal militar bizantino, que podía arrojarse sobre los barcos enemigos, sembrando el terror y la destrucción. Ya hemos mencionado sus efectos durante los asedios a Constantinopla. En la famosa *Crónica* ilustrada de Juan Skylitzes, que prosigue la narración histórica desde 813 —cuando termina Teófanes— hasta 1077, la mecánica del fuego griego aparece vívidamente descrita: un pequeño barco de vela guiado por remeros avanza hacia un barco enemigo; se proyecta el líquido caliente a través de un largo tubo, y luego este incendia el agua entre los dos barcos, engullendo a la embarcación enemiga (lámina 25). Aunque los eruditos no se ponen de acuerdo con respecto al origen de los dibujos, el lugar donde se copió el manuscrito o los grupos de artistas que intervinieron en su elaboración, las 524 ilustraciones resultan tan fascinantes como aparentemente realistas. El manuscrito, conocido también como *Skylitzes Matritensis* debido al hecho de que se conserva en Madrid, en la Biblioteca Nacional, contiene una colección única de imágenes en su mayor parte profanas: emperadores

recibiendo o enviando embajadas, o haciendo entradas triunfales en Constantinopla, escenas de batallas y asedios a ciudades, y también retratos de diversos personajes.

Parece ser que el inventor del fuego griego fue un tal Calínico, que llegó a Constantinopla justo antes del largo asedio árabe de la capital (674-678) y mostró su secreto con gran efectividad. Se convertiría en una de las armas técnicamente más potentes empleadas no solo en las batallas navales sino también en los ataques terrestres a ciudades, donde las llamas líquidas se lanzaban sobre las almenas. Incluso llegarían a utilizarse barcos no tripulados que aprovechaban los vientos predominantes, como ocurriría en 1204 durante el asedio a la capital. En el año 2006, el estudioso John Haldon publicó una descripción de su propio intento de recrear tanto la sustancia utilizada como el modo de proyectarla. En diversas fotografías puede verse el líquido caliente saliendo de un estrecho tubo y ardiendo «con un ruido atronador y una espesa nube de humo negro». Empleando un sifón reconstruido y petróleo de Crimea, la llama se proyectó a 10-15 metros de distancia, y resultó tan intensa que en cuestión de segundos quemó completamente un barco diana. Gracias a este moderno experimento, hoy podemos empezar a apreciar el horror y la confusión que causaba el fuego griego en la guerra medieval.

Debido a su capacidad de sembrar el pánico en el enemigo, en el siglo X Constantino VII lo clasificó de secreto de Estado bizantino, cuya naturaleza jamás había de revelarse a ningún extranjero. No parece que este secretismo resultara del todo eficaz, ya que los árabes no tardaron en desarrollar su propia versión. Sin embargo, según su hijo Romano II, cuenta el emperador que los extranjeros solían ir a Constantinopla buscando tres cosas: fuego griego, privilegios imperiales e imperiales novias «nacidas en la púrpura». En ningún caso,

no obstante, se otorgaban estas últimas, salvo en el de un matrimonio celebrado entre una princesa imperial y un franco. En numerosas ocasiones sí se otorgaban privilegios imperiales a extranjeros a fin de conseguir alianzas ventajosas, y también se organizaban matrimonios como parte de la política exterior; sin embargo, el secreto del fuego griego no se reveló jamás.

Estas tres aspiraciones, en cualquier caso, reflejan la posición única que ostentó Bizancio durante la Edad Media: el imperio contaba con prestigiosos símbolos estatales, tradiciones y secretos militares que muchos codiciaban. La imitación generalizada de los privilegios bizantinos, así como de sus títulos, trajes imperiales, coronas enjoyadas, orbes y cetros, en la Europa occidental y central, viene a confirmar su decisivo estatus. Siempre que los reyes y príncipes pretendían elevar su rango a uno auténticamente imperial, querían ser aclamados al estilo bizantino, sentarse en un trono bizantino, ser coronados a la manera bizantina y ostentar símbolos bizantinos de poder. En este sentido, la imitación representa de hecho la máxima forma de adulación. Pero esta también podía ser indirecta. En la Sicilia normanda, durante los siglos XI y XII, el rey Rogelio II —que pudo haber sido quien encargó el *Skylitzes Matritensis*— construyó los exquisitos mosaicos de la capilla palaciega de Palermo a la manera bizantina. Estos, a su vez, serían luego copiados por Luis II de Baviera para su fantástico castillo de Neuschwanstein en la década de 1880.

Cuando el imperio restableció el control sobre sus regiones fronterizas en los siglos IX y X, hubo que empezar a defender una larga franja costera de posibles ataques navales, especialmente después de la conquista de Creta por los árabes (*c*. 820). Se reclutó entonces a constructores de barcos, capitanes y marinos con experiencia en todas las

comunidades marítimas a fin de formar unidades navales especiales. Diversas islas como la de Eubea, adscrita al tema de Hellas, hubieron de suministrar marineros, barcos y equipamiento naval (maromas, velas y anclas, entre otras cosas) para la guerra en el mar. La flota imperial protegería Constantinopla y llevaría a cabo las grandes campañas navales de reconquista. Se reclutó asimismo a nuevos contingentes de soldados profesionales a tiempo completo (*tagmata*) a fin de proteger la ciudad; estos se acuartelaban en la capital o en sus inmediaciones, y proporcionaban también el cuerpo de guardia encargado de proteger a la familia imperial en el Gran Palacio. A diferencia de las tropas de los temas, que eran convocadas en primavera y libraban las campañas al mando de sus generales (*strategoi*) solo hasta el otoño, estas unidades recibían un salario a cambio de sus servicios permanentes y constituían el núcleo del ejército. Empleando esta reorganizada y potenciada administración militar, los generales bizantinos iniciaron campañas que aspiraban no solo a reconquistar territorios que anteriormente habían sido imperiales, sino también a anexionarse otras regiones más distantes.

Bizancio se fue convirtiendo poco a poco en un estado medieval estable y eficiente, a lo que vino a contribuir la movilidad ascendente de hombres relativamente desconocidos, ya fuera a través del ejército o de otras carreras profesionales. El éxito de Basilio I (867-886) se basó en sus dotes como domador de caballos y boxeador, unas habilidades que había aprendido en Macedonia, donde su familia, de origen armenio, se había establecido en las comunidades agrarias encargadas de vigilar la frontera noroccidental. Dado que allí no podía encontrar grandes oportunidades, Basilio se dirigió a la capital, donde su habilidad para domar caballos llamó la atención de ricos

patronos. Del empleo privado ascendió luego a los establos imperiales, donde Miguel III le eligió «guardián de la alcoba imperial» (*parakoimomenos*), un puesto normalmente reservado a los eunucos. Basilio hizo todo lo posible por agradar a Miguel y eliminó implacablemente a todo el que se le opuso. Su ambición culminó en una ceremonia que describiría el mismo patriarca Focio: en 866 se montó un doble trono en la galería de Santa Sofía, y Miguel coronó a Basilio como su colega y co-emperador. Sin embargo, su reinado conjunto resultaría breve. Poco más de un año después, Miguel III sería asesinado —según ciertas versiones, por el propio Basilio— y el campesino armenio se convertiría en el único gobernante de Bizancio.

Pese a su escasa educación, Basilio se reveló un hábil comandante militar, y prosiguió las campañas del imperio contra los árabes tanto en la Italia meridional como en el este. Una generación después de su muerte (en 886), otro armenio, Romano Lecapeno (920-944) utilizó su posición de comandante de la armada en su fructífero ascenso al poder. De origen relativamente humilde, había ascendido en el escalafón naval hasta encabezar un golpe de Estado en 921. Casó a su hija Elena con el joven emperador Constantino VII, y como co-emperador de este organizó la defensa de la capital frente al ataque ruso de 941, dando instrucciones a su flota de montar «dispositivos que disparen fuego […] en la proa y también en la popa y en ambos lados de cada barco». Los rusos, cogidos por sorpresa, calificaron el fuego griego de «relámpago del cielo».

Además de la promoción de hombres de talento incluso de origen pobre, en el siglo X el ejército bizantino desarrolló todo su poderío medieval. Tras numerosos intentos de recuperar Creta, Nicéforo Focas finalmente expulsó a los árabes de la isla en 961, y cuatro años después Chipre se reintegraba de

nuevo al control imperial. La expansión bizantina en Armenia creó la provincia de Tarón entre 966 y 967, y alentó a numerosas familias armenias a emigrar al imperio. Juan I Tzimisces prosiguió esta reconquista oriental, con la recuperación de Antioquía en 969, que permanecería bajo el dominio bizantino hasta 1084, y, asimismo, en 975 ejerció un breve control sobre Damasco y Beirut. Aunque no pudo lograr su objetivo de recuperar Jerusalén, este refleja el constante deseo bizantino de restaurar el control cristiano de los Santos Lugares.

A medida que los bizantinos fueron desarrollando formas más eficaces de defender el imperio, los manuales de estrategia militar empezaron a cambiar, si bien continuaron inspirándose en las fuentes anteriores. La *Taktika*, atribuida a León VI (886-912), hacía especial hincapié en el modo de hacer frente a las tácticas de combate de los árabes, que habían desarrollado una peculiar forma de incursiones de castigo; frente a esta actividad, el emperador recomendaba evitar el contacto directo con el enemigo, pero siguiendo de cerca y acosando a las tropas en retirada, ya que estas podían llevar consigo botín, reses robadas y prisioneros. En su posterior manual, Nicéforo Focas, otro brillante general que ascendió hasta convertirse en emperador (963-969), expandió este tipo de guerra de guerrillas, que se reveló sumamente eficaz. Tras ella solía producirse un intercambio de prisioneros que tenía lugar en los ríos fronterizos y en la que estaban ausentes las hostilidades. De ese modo se introdujeron también las formalidades pacíficas en las relaciones arabo-bizantinas a través de las regiones fronterizas orientales.

Como resultado de la expansión de la autoridad bizantina en el este, se desarrolló una nueva forma de vida tanto entre los cristianos como entre los musulmanes que habitaban en

dichas regiones fronterizas. Mientras que anteriormente aquellos territorios en su mayoría apenas tenían habitantes, ya que estos buscaban refugio en los castillos que custodiaban los pasos montañosos, ahora estaban poblados. A ambos lados de la frontera nominal, bizantinos y árabes extendieron los cultivos en las zonas fértiles y se construyeron casas. En el célebre poema épico de *Digenis Acritas*, el mítico héroe fronterizo de origen mestizo, se añaden también alianzas matrimoniales a las incursiones militares: el padre del héroe era un emir del lado árabe que raptó a una mujer bizantina y luego se convirtió al cristianismo. Su historia constituye la primera parte de este largo relato, que se conserva en varias versiones, todas ellas consignadas por escrito más tarde, pero que parecen reflejar la situación de los siglos IX y X. La segunda parte está dedicada al propio héroe, Digenis Acritas, medio árabe y medio bizantino, cuyo nombre de pila era Basilio. Este, por su parte, persuadió a la hija de un distinguido general para que se fugara y se casara con él. Aunque estaba encerrada en una torre, cuando él le dio una serenata desde abajo, la joven tomó la iniciativa y envió a su ama a que le entregara su anillo como prueba de afecto. Luego sigue la boda y después las hazañas del héroe, con historias que le deben mucho a la tradición popular, como la de Basilio matando a unos leones con sus propias manos. El entorno de los matrimonios entre cristianos y musulmanes, de los grandiosos palacios y jardines a orillas del alto Éufrates, donde el control bizantino facilitaba un estilo de vida suntuoso, aparece brillantemente descrito: «En este maravilloso y delicioso jardín de placeres, el noble fronterizo [Basilio] erigió una agradable morada, de buen tamaño, cuadrada y de piedra labrada»[32], que decoró con mármoles preciosos, techos de mosaico y suelos de ónice. Mandó representar los triunfos militares de Sansón, de David contra

Goliat y de Aquiles, así como las historias de Penélope y Odiseo, de Belerofonte, de Alejandro, de Moisés y el Éxodo de los judíos. En la iglesia dedicada a Teodora, la santa militar, Basilio enterró a su padre y a su madre, además de construir su propia tumba.

Tales actividades se ven confirmadas por las fuentes árabes, que dan fe del conocimiento de la lengua árabe entre los bizantinos cristianos de las regiones fronterizas, así como del constante movimiento de personas a través de ellas. Los versos inscritos en una tumba situada cerca de Melitene (actual Malatya, en Turquía) deben su existencia a la profunda amistad entre un lugareño —posiblemente un médico— y un iraquí que se estableció en la región. Tras la muerte de este último, su amigo cristiano le enterró con la debida orientación islámica (es decir, de cara a La Meca) y grabó en su tumba los versos árabes que había escrito:

Hice largos viajes,
yendo de acá para allá en busca de fortuna,
y las desventuras del tiempo me superaron,
como puedes ver.
Quisiera saber si mis amigos lloraron
cuando me perdieron
o si llegaron a saberlo[33].

Alrededor del año 1100, el duque de Melitene encargó una traducción del cuento persa de «Syntipas el Filósofo», lo que reflejaba estos mismos estrechos contactos. La versión griega se elaboró a partir de una adaptación de la popular historia de las aventuras de Simbad, un joven príncipe injustamente acusado de delitos sexuales. A través de este lento proceso de aculturación de las poblaciones fronterizas —árabes, armenias y georgianas en el este; búlgaras, eslavas y serbias en

el oeste—, Bizancio vino a consolidar su población multiétnica y políglota.

Además del arma secreta del fuego griego, otro rasgo que contribuyó a la recuperación de Bizancio tras sus pérdidas a manos de los árabes fue el concepto de dinastía imperial. Pese a sus oscuros orígenes, la familia de Basilio I mantuvo el control del Imperio bizantino durante casi dos siglos, desde 867 hasta 1056. En el siglo X, Constantino VII encargó una biografía de Basilio (su abuelo), que inventaba un noble origen armenio para la familia y daba cuenta de los augurios que llevaron a Basilio a «salvar» al imperio de un gobernante ebrio y disoluto, Miguel III, en lugar de plasmar su acceso al poder en circunstancias traicioneras. Al manchar la reputación del patrono y colega de Basilio, Constantino se aseguraba de dar a su abuelo un papel tan original como inventado, el de acreedor del título imperial más digno y legítimo que Miguel. Por tales medios, la dinastía Macedonia —como pasaría a conocerse— contribuyó a establecer un sentido más profundo del orden, o *taxis*, y a fortalecer el cargo imperial a través de una adecuada y controlada línea sucesoria de padres a hijos. Obviamente, surgieron rivales cada vez que el imperio pareció carecer de un liderazgo firme (como, por ejemplo, durante los primeros años del gobierno personal de Basilio, de 976 a 1025), pero la dinastía conservó el poder. Asimismo, reafirmó el principio de que el imperio debía ser gobernado por una familia, cuyos miembros estaban legitimados tanto por los precedentes como por la sangre. En algunos casos esto otorgaría un importante papel a las mujeres de la dinastía imperial, como ocurriría en el siglo XII cuando las hermanas Zoé y Teodora representaron a su última generación (véase el capítulo 17).

Este resurgimiento se vio respaldado también por una recuperación económica, de la que hablaremos en el capítulo

14. Pero las victorias militares de los siglos posteriores al Triunfo de la Ortodoxia de 843 representan un importante logro; y en la esfera concreta de la guerra, el arma secreta bizantina del fuego griego desempeñó un papel fundamental. Sus problemas técnicos se ponen de manifiesto en una descripción del modo en que unos búlgaros se hicieron con un envío de la sustancia utilizada y de los tubos empleados para proyectarla: aun disponiendo de ambas cosas, no pudieron hallar el modo de aprovecharlas. Aunque el moderno experimento de Haldon para recrear el fuego griego ha resuelto muchos de sus misterios, durante toda la Edad Media su secreto permaneció intacto, y la versión bizantina de esta arma moriría junto con el propio imperio.

14

La economía bizantina

> El 8 de mayo de 795 [Constantino VI] participó en una partida de asalto contra los árabes […] los derrotó y luego fue a Éfeso, y tras rezar en la iglesia del Evangelista, remitió los derechos arancelarios de la feria (equivalentes a 100 libras de oro) a fin de ganarse el favor del santo apóstol, Juan Evangelista[34].
>
> *Crónica de Teófanes el Confesor*, principios del siglo IX

En esta breve nota, el cronista Teófanes consignaba la victoria de Constantino VI sobre los árabes y su agradecimiento en Éfeso. Allí, la enorme basílica del Evangelista, fundada por Justiniano y Teodora, coronaba la colina que había dominado el antiguo templo de Artemisa. Esta famosa maravilla del mundo antiguo se había demolido en gran parte a fin de poder emplear sus piedras para fortificar la colina y construir la iglesia. Dado que la festividad de San Juan se celebraba el 8 de mayo, el desvío del emperador para pasar por Éfeso se hallaba claramente relacionado con dicha celebración. En la época medieval era común que el aniversario de la muerte del santo se celebrara con una feria festiva que atraía a los mercaderes a menudo, incluso, desde largas distancias. Pese a la aparente incongruencia entre la actividad comercial y la festividad religiosa, las ferias habían pasado a estar estrechamente relacionadas con las iglesias, en especial con aquellas que contaban con impotentes reliquias que atraían a los peregrinos. A partir de la considerable suma donada al Evangelista, resulta evidente que la feria de San Juan de Éfeso representaba un importante acontecimiento comercial en la parte oriental de Asia Menor.

Bizancio heredó de Roma cierto desprecio por el comercio como una actividad indigna de los hombres libres, y solo en raras ocasiones el intercambio comercial atrajo la atención de

los cronistas bizantinos. De modo que la mención de esta feria resulta excepcional y permite hacerse una idea del volumen e importancia del *kommerkion*, un impuesto del 10 por ciento sobre el valor de los bienes vendidos, que podía llegar a generar 100 libras de oro en derechos arancelarios. Si la facturación total de la feria equivalía, pues, a 1000 libras de oro, esta cifra resulta perfectamente comparable con la paga de 1100 libras de oro que recibía el ejército en la campaña en Strimon (norte de Grecia), o las 1300 libras del presupuesto anual del tema Armeniakon a comienzos del siglo IX. Unos agentes comerciales conocidos como *kommerkiarioi* recaudaban los impuestos devengados por todas las transacciones comerciales producidas en el imperio. Gracias a los sellos de estos funcionarios imperiales podemos hacernos una idea de la determinación del estado bizantino de gravar los intercambios económicos, tanto en las ferias como en diversos puntos clave situados en las fronteras del imperio donde existía importación y exportación de bienes. Dichos sellos, que se han conservado por millares, contienen el nombre de cada *kommerkiarios* concreto, al que se asignaba una zona determinada durante un año determinado en el reinado de un determinado emperador (lámina 8). Su tarea consistía en recaudar el impuesto del 10 por ciento sobre todos los productos que pasaban por su oficina arancelaria, donde añadía su sello de plomo a las sacas para indicar que el impuesto ya estaba pagado.

Esta clase de tributación parece tener su origen en el intento de controlar la exportación de productos valiosos como las sedas. Y también nos permite detectar la presencia de agentes comerciales activos en los puestos fronterizos y, más tarde, en todo el imperio. En los accesos a Constantinopla, los *kommerkiarioi* gestionaban los principales puestos aduaneros de Abidos y Hierón, que

controlaban los extremos meridional y septentrional de ambos estrechos entre el Egeo y el mar Negro. De ese modo supervisaban también el tránsito marítimo por el Bósforo y el aprovisionamiento de la capital. Tras la conquista de Egipto por los persas en 619, que puso fin a las importaciones de cereales establecidas por Constantino I, hubo que buscar fuentes de aprovisionamiento alternativas en Tracia y en diversas partes de Asia Menor occidental. Los comerciantes locales debieron de asumir esa tarea, y junto con los *kommerkiarioi* desempeñaron un papel fundamental a la hora de asegurar el suministro de alimentos a la capital. Probablemente, entre el funcionariado había competencia por optar al puesto de funcionario de aduanas, dado que este cargo llevaba aparejada la posibilidad de comerciar a nivel personal aparte de la tarea oficial de recaudar el arancel del 10 por ciento. En Bizancio había, pues, oportunidades de obtener beneficios en todos los ámbitos del comercio.

Constantinopla dominó las rutas comerciales marítimas y terrestres entre el norte y el sur, el este y el oeste, y mantuvo el control sobre lucrativos mercados frecuentados por numerosos comerciantes extranjeros. En el siglo VII, la riqueza de la ciudad atraía a mercaderes de todas partes del Mediterráneo oriental e incluso de la Galia. En los siglos VII u VIII se elaboró un conjunto de reglamentos que regulaba los contratos navales, conocido como el «Derecho Marítimo Rodense», que garantizaba que los comerciantes locales recibieran una compensación prefijada por daños o pérdidas de manos de los navieros con los que acordaran el transporte de sus productos por mar. Entre 809 y 810, los principales navieros de Constantinopla eran tan ricos que el emperador Nicéforo I pudo obligar a cada uno de ellos a recibir un préstamo de 12 libras de oro al tipo de interés del 16,67 por ciento, una cifra excepcionalmente alta si se tiene en cuenta

que el tipo normal para la usura se fijó más tarde entre el 4,17 y el 6 por ciento. Así pues, pese a la escasez de referencias escritas a la actividad comercial, lo cierto es que los comerciantes, navieros y hombres de negocios bizantinos generaban beneficios y riquezas en la capital, una gran parte de las cuales tenían su origen en la gestión de las provisiones destinadas a alimentar a sus habitantes.

Sin embargo, los ingresos derivados del comercio representaban tan solo una pequeña parte del presupuesto global del estado bizantino, que obtenía una renta mucho mayor de los impuestos sobre la tierra y las personas. Ello se debía en parte a la regularidad del impuesto territorial, que constituía una fuente de ingresos constante, y en parte a la tradicional inversión en tierras por parte de la élite social. Las clases senatoriales no participaban en el comercio; creían, con una especie de esnobismo tradicional, que el rango social superior, identificado por la posesión de grandes haciendas y de puestos en la corte, les diferenciaba del resto. Quienes sí participaban en el comercio, ni que fuera en el internacional, eran despreciados como personas ordinarias y se les consideraba manchados por tal actividad. Parece ser que en el siglo X, el emperador Teófilo (829-842) hizo quemar el cargamento entero de un barco cuando descubrió que su esposa, Teodora, mantenía cierta relación comercial con la embarcación. Pese a ello, los ciudadanos ricos de Tesalónica desempeñaron un importante papel en el suministro de cereales a la que constituía la segunda ciudad del imperio, y diversas personas acaudaladas que respaldaron a los iconófilos exiliados a las islas del mar de Mármara no tuvieron problema en contratar y cargar un barco para llevarles provisiones. De este modo, pues, algunas personas, normalmente anónimas, empleaban las pautas establecidas de intercambio comercial cuando era necesario. No obstante, en

general la actitud tradicional de las capas superiores de la sociedad bizantina vino a crear una paradoja: desdeñaban la misma actividad de la que dependía la ciudad.

El enfoque bizantino del comercio seguía siendo muy tradicional: no podía exportarse ningún producto esencial para el estado. El fuego griego, las reservas de oro, de sal y de hierro para fabricar armas, o de madera para la construcción de barcos, en resumen, todo lo que pudiera ayudar al enemigo, jamás había de salir del imperio. La lista de artículos prohibidos incluía todas las sedas teñidas con el denominado «púrpura real» (elaborado con moluscos del género *Murex*), un color que se reservaba a los miembros de la familia imperial, aunque en ocasiones dichas sedas podían enviarse al extranjero como regalos diplomáticos. Gracias al *Libro del eparca*, atribuido al emperador León VI (886-912), que regulaba los gremios de artesanos y mercaderes en Constantinopla, podemos hacernos una idea de la determinación por controlar toda la producción, no solo de sedas valiosas o de objetos elaborados con metales preciosos, sino también de velas, jabón, pescado e incluso registros notariales. Aunque no parece que en otros centros se desarrollaran parecidos gremios con regulaciones, no cabe duda de que Bizancio deseaba fijar los márgenes de beneficio y los tipos de interés en todo su imperio.

Sin embargo, ferias como la celebrada anualmente en Éfeso reflejan un comercio sostenido con ciudades, aldeas y castillos fortificados, incluso en períodos en los que apenas circulaba moneda fuera de la capital. Durante todos los siglos de vida de Bizancio, los emperadores acuñaron monedas de oro, plata y cobre, con sus propias imágenes grabadas. Desde los primeros sólidos de oro acuñados por Constantino I en 312 hasta las últimas emisiones de Basilio II en la década de 1020, se mantuvo un patrón oro invariable, lo que constituyó un

extraordinario logro (lámina 22). Las monedas de oro circulaban por todo el imperio gracias a la paga de los funcionarios públicos y los soldados inscritos en los catálogos militares (véase el capítulo 8). Además de su valor propagandístico, una de las principales funciones de la moneda era la de facilitar la recaudación de impuestos. La forma de tributación más significativa era la que gravaba las personas y la tierra, y el gobierno central exigía que se pagara en monedas de oro. De ese modo, el oro pagado a los administradores y soldados regresaba al centro en forma de impuestos.

La administración de mecanismos fiscales detallados refleja un supuesto bizantino tradicional con respecto a la economía: gravar la tierra y a su población constituía el modo más eficaz de financiar el gasto público destinado a las necesidades militares, de mantener la corte imperial, de abastecer a la capital y a otros centros urbanos, y de producir los más codiciados artículos de lujo, tales como sedas, artesanía en metal, esmaltes e iconos. La tierra se utilizaba asimismo para el sostenimiento de las familias militares, que proporcionaban a un miembro plenamente equipado al ejército de cada tema (o su equivalente en metálico) a cambio de exenciones fiscales sobre su propiedad. Aunque los modernos intentos de calcular el presupuesto imperial parecen condenados al fracaso, dado que solo se conservan cifras fragmentarias, todo hace creer que el sistema funcionaba bastante bien. Bajo el gobierno de soberanos como Justiniano, el gasto en iglesias, fortificaciones y otras construcciones es posible que superara a los ingresos procedentes tanto de los impuestos directos sobre las personas y sobre la tierra como de los indirectos que gravaban el comercio. Pero esto se vio compensado por el botín obtenido en fructíferas campañas militares y la tributación añadida de las áreas reconquistadas, reintegradas

ahora a la órbita tributaria del gobierno central. Los emperadores se consagraron siempre a la expansión del imperio, la recuperación de las provincias perdidas y la incorporación de nuevas regiones bajo su control, a fin de materializar la posibilidad de incrementar esas formas de renta. En cierta medida, esos cálculos se vieron confirmados por las conquistas del siglo X y la pacificación de Bulgaria en el XI (véase el capítulo 20). Inversamente, cualquier reducción del territorio sometido al control imperial se traducía en una inmediata caída de los ingresos tributarios. Ello explica en parte el constante empobrecimiento del imperio a partir de 1261.

Durante el turbulento período de las conquistas musulmanas del siglo VII, la pérdida de territorios y las invasiones hostiles generaron un gran número de refugiados. Al huir a regiones más seguras, la población rompió el viejo vínculo romano entre el campesino y la tierra que cultivaba. En tales circunstancias, la administración central perdió el control de su base impositiva más allá del área principal que aún seguía siendo imperial, e hicieron falta muchos años para recuperar la capacidad de recaudar una tributación directa. Desde finales del siglo VII en adelante, y en la medida en que la administración imperial se extendió a las zonas interiores de los Balcanes y de Asia Menor oriental con la creación de nuevos temas, se envió a funcionarios de Constantinopla con el encargo de elaborar nuevos registros a fin de recaudar dichos impuestos. Al censo de la población (impuestos sobre las personas y sobre los hogares) añadieron una evaluación de la productividad de la tierra (si esta era rocosa y podía soportar poca agricultura, se gravaba con un tipo más bajo que la tierra arable o los pastos), así como un registro de los animales de tiro y de los animales de granja (como cerdos y vacas) que poseía cada familia campesina. Los olivares, viñas

y plantaciones de moreras (base de la industria sedera) representaban productos esenciales de cara a la tributación, mientras que, por otra parte, se ofrecían exenciones para ciertos productos como los moluscos del género *Murex* empleados en la elaboración del tinte púrpura. La complejidad de este proceso de registro resulta manifiesta en diversos tratados financieros que detallan el modo de evaluar la tierra y las propiedades, así como en posteriores documentos monásticos con largas listas de exenciones tributarias.

Los emperadores nunca dejaron de acuñar moneda, lo cual nos ayuda a estimar la realidad del comercio bizantino. Pese a ello, se han encontrado muy pocas monedas acuñadas entre 668 y 820 en los diversos yacimientos excavados en las provincias, como en Corinto, Éfeso, Sardes, Afrodisias o Pérgamo. La estudiosa Cécile Morrisson ha resumido recientemente estas evidencias en una serie de gráficos, todos los cuales muestran el tremendo descenso en los hallazgos de monedas acuñadas durante ese período de ciento cincuenta años. Difícilmente puede ser coincidencia el hecho de que esta fuera precisamente la época de las disputas iconoclastas. En Atenas, por ejemplo, tras muchas décadas de excavaciones arqueológicas, apenas se han desenterrado monedas de oro de ese período, de modo que el descubrimiento de una *nomisma* de Justiniano II (685-695, 705-711) resulta particularmente notable. Este hallazgo único, desenterrado durante las excavaciones para la construcción del nuevo metro de Atenas, puede vincularse a la creación del tema de Hellas por parte de este mismo emperador.

Algunos historiadores modernos han interpretado esta laguna en los hallazgos numismáticos como un indicio de que en dicho período Bizancio se vio reducida a una economía de trueque y los impuestos se pagaban en especie. De ser así, no

es posible que esto durara hasta finales del siglo VIII, cuando los funcionarios de la administración central podían gravar la feria de Éfeso obteniendo una importante suma en monedas de oro. La existencia de una economía plenamente monetizada es algo que parece desprenderse claramente de las medidas emprendidas por el emperador Nicéforo I (802-811), que contaba con recaudar una suma sustancial en oro a partir de los impuestos de Tracia. Este sería condenado por subir los impuestos, a veces hasta un 50 por ciento, por imponer el impuesto sobre los hogares a instituciones benéficas que hasta entonces estaban exentas de él, y por cobrar un nuevo impuesto de dos monedas de oro sobre cada esclavo familiar importado del Dodecaneso, entre otras «vejaciones» financieras.

Sin embargo, al parecer muy pocas de las monedas acuñadas por los emperadores desde Constantino VI hasta Miguel II (668-829) se utilizaron fuera de la capital y de las provincias occidentales de Sicilia, Italia meridional y el norte de África, que tenían moneda propia. Es este un problema que todavía hoy sigue desconcertando a los historiadores. Posiblemente esta laguna resulte más visible en los lugares elegidos para sus excavaciones por los arqueólogos clásicos, más interesados en los hallazgos antiguos que en los medievales. Estas ciudades sufrieron un particular declive en el período de las invasiones y durante las divisiones causadas por los iconoclastas: se transformaron en asentamientos fortificados (como la Acrópolis de Atenas o el Acrocorinto, el castillo situado sobre Corinto), o quedaron temporalmente abandonadas. Quizá cuando los arqueólogos empiecen a excavar en los castillos y sitios fortificados de las fronteras orientales del imperio se encuentren más monedas. O tal vez es que se acuñaron menos monedas y estas circularon solo en la zona inmediatamente circundante a la capital. El caso es

que esta laguna parece señalar el punto más bajo del poder económico de Bizancio, que correspondió a la turbulencia de las invasiones del siglo VII y al declive demográfico (véanse los capítulos 2 y 8), después del cual se observa una recuperación en todos los ámbitos.

A lo largo de toda la historia de Bizancio, como en Roma, la sede imperial se sostuvo gracias a los productos agrícolas de sus extensas propiedades y haciendas en distintas partes del imperio. Dado que se trataba, con mucho, del mayor terrateniente de todo el territorio imperial, controlaba sustanciales recursos, incluyendo importantes granjas de cría de animales, además de bosques, plantaciones de moreras, viñas y olivares, todo ello administrado directamente por agentes. Los emperadores solían recompensar a los generales de éxito, administradores y eclesiásticos con concesiones de tierras, que bien pudieron constituir el núcleo de grandes latifundios posteriormente controlados por familias ricas y poderosas. Los gobernantes también donaban tierras a los monasterios y les concedían exenciones tributarias, pese a la riqueza económica que estos acumulaban. Los regalos hechos a personas concretas, sin embargo, podían recuperarse con facilidad. Así, todos los soberanos confiscaban con regularidad las riquezas y tierras de sus oponentes políticos, a los que luego se exiliaba. Nicéforo I, por ejemplo, fue responsable de transferir a la propiedad imperial diversas haciendas que anteriormente habían pertenecido a instituciones benéficas; de ese modo aportó grandes riquezas a la sede imperial al tiempo que empobrecía a las «casas pías».

A partir de los documentos financieros más antiguos que han llegado hasta nosotros, parece deducirse que todas las aldeas contaban con pagar una suma global a los recaudadores de impuestos cuando estos llegaban en su visita anual tras la cosecha de otoño. Aunque se gravaba

individualmente a cada familia y terrateniente, era la comunidad en su conjunto la que proporcionaba la suma total debida en oro y en fracciones de monedas de oro (en medios y tercios de *nomisma*). En este proceso, los ancianos de la aldea tenían la responsabilidad de asegurarse de que no hubiera déficit. Si una mujer perdía a su marido y a sus hijos, por ejemplo, y era incapaz de cultivar las parcelas de tierra familiares, se alentaba a sus vecinos a que hicieran ese trabajo, compartiendo la cosecha con ella y posibilitando de ese modo que pagara sus impuestos. Los funcionarios tributarios podían otorgarle también alguna reducción fiscal o incluso una exención; a la larga, los vecinos podrían tomar posesión de la tierra. En contraste, hay muchas viudas que aparecen en los registros como cabezas de familia; de hecho, en el registro de Tebas hay un contribuyente masculino al que se identifica únicamente como el yerno de una mujer llamada Sofronia, que al parecer era responsable de una familia multigeneracional con considerables posesiones en tierras.

Aunque estos registros proporcionan algunas evidencias del tamaño de las familias a lo largo de varias generaciones, calcular la población rural y su crecimiento resulta extremadamente difícil. Diversos indicadores indirectos, como la construcción de iglesias y la ampliación de los obispados, sugieren que a partir de mediados del siglo IX la expansión demográfica y el incremento de los fondos de superávit se tradujeron en una inversión en edificios de piedra labrada. La impresionante iglesia de Skripou, por ejemplo, registra la contribución de un general local a su construcción, realizada entre 873 y 874. Casi de la misma época, una iglesia dedicada a san Juan en Atenas exhibe los nombres de su fundador, Constantino, de su esposa, Anastaso, y de su hijo, Juan, por lo demás personajes desconocidos. Del mismo modo, en Capadocia se excavaron

residencias e iglesias en la toba volcánica (lámina 12). No se sabe mucho de las gentes que moraron en esas viviendas rupestres y excavaron las iglesias, aunque sus pinturas murales reflejan una sociedad local rica y refinada, que celebra la figura de Juan I Tzimisces (969-976) en varios frescos. Después de muchos siglos de incursiones y guerras con los árabes, Asia Menor central estaba experimentando un crecimiento económico y un aumento de riqueza.

En las comunidades rurales bizantinas de los siglos IX y X, las ventas de tierras se regulaban a fin de mantener la unidad fiscal de la aldea. Las desigualdades en el seno de esta se traducían en el hecho de que los miembros más ricos iban convirtiéndose en la clase dominante y adquirían propiedades fuera de la comunidad. No se permitía a los foráneos comprar tierras de la aldea, pero la existencia de haciendas privadas, otorgadas a sus propietarios por la generosidad imperial, dio lugar a una nueva fuerza en el entorno rural. El establecimiento de estos grandes terratenientes amenazaba con destruir la estructura social del campo bizantino mediante la acumulación de propiedades en las comunidades rurales. Al adquirir parcelas de tierra rural, los poderosos (*dynatoi*) aumentaron sus propios recursos al tiempo que mermaban los de la comunidad campesina. Los campesinos empobrecidos que habían sido los dueños de dichas parcelas generalmente pasaban a estar bajo el control del nuevo terrateniente, y quedaban así ligados a la tierra a la manera de los siervos medievales.

A partir del reinado de Romano I Lecapeno (920-944), los emperadores trataron de restringir los poderes de aquellos individuos protegiendo los derechos de los aldeanos y prohibiendo la fundación de nuevos monasterios mientras los antiguos se convertían en ruinas. Este doble esfuerzo por sostener las estructuras tradicionales probablemente tenía un

origen económico: aspiraba a preservar la base impositiva del imperio. Pretendía proteger a los aldeanos libres, que pagaban sus impuestos, antes que permitir que sus tierras pasaran a manos de poderosos terratenientes que a menudo podían resistirse a los funcionarios tributarios o reclamar exenciones fiscales. Los emperadores del siglo X promulgaron una serie de leyes destinadas a sostener la identidad colectiva de las aldeas y a mantener a raya a sus poderosos enemigos. Pero el hecho de que Basilio II se sintiera obligado a rehacer la ley en 996, a fin de cubrir una laguna legal por la que los pobres se habían visto legalmente despojados de sus tierras después de cuarenta años, sugiere que no había podido ponerse freno a los poderosos. Sin embargo, el incremento de las grandes haciendas también vino a alentar el cultivo de tierras hasta entonces improductivas y la inversión en mejoras tecnológicas tales como los molinos hidráulicos, así como el cultivo de productos tales como la oliva, que tarda años en madurar. La confianza en la agricultura a largo plazo suele ser habitualmente un signo de expansión económica. Y también coincidió con el propósito de la élite bizantina de expandir sus propiedades en tierras, granjas y mano de obra.

Pero las leyes no podían evitar que las personas concretas dedicaran su riqueza a la construcción de nuevas iglesias y de monasterios propios, por más que los otros cayeran en ruinas. Así, cuando Basilio I se convirtió en emperador, en 867, se encontró con que había en la capital un gran número de instituciones eclesiásticas que necesitaban importantes reparaciones. Poco después, sin embargo, un almirante retirado, Constantino Lips, fundaba su propio monasterio en Constantinopla, y la iglesia de este, que todavía se conserva, exhibe unos azulejos y una decoración escultórica de gran elegancia. Algunos funcionarios se construyeron residencias tan altas y grandiosas en Constantinopla que el eparca de la

ciudad publicó una serie de regulaciones para evitar que taparan toda la luz a los edificios más bajos.

Lejos de invertir en la actividad económica, la élite bizantina prefería comprar tierras e invertir en cargos administrativos, con los que luego podían ganarse además un dinero extra. También compraban títulos honoríficos de la corte, que llevaban aparejados una pensión del estado. El estudioso Nicolas Oikonomides calcula que el rendimiento de esta clase de inversión, alrededor de un 2,5-3 por ciento anual, era muy inferior al tipo de interés oficial del 6 por ciento, si bien podía aumentar hasta el 8,3 por ciento en los títulos más elevados como el de *protospatharios* (literalmente, «primer portador de espada»). Pero dado que esos títulos no eran hereditarios y que la suma original invertida en su compra jamás se recuperaba, parece más bien que su principal motivación eran el honor y el estatus. El uso de un pomposo título y la posibilidad de llevar la adecuada vestimenta en las comparecencias en la corte resultaba más significativo que cualquier beneficio económico. Así, por ejemplo, un *protospatharios* con barba llevaba un collar de oro con piedras preciosas y una capa roja ribeteada en oro, mientras que un *protospatharios* imberbe (es decir, eunuco) vestía ropas de color blanco y llevaba un collar blanco con decoración dorada. Pese al tradicional desdén hacia las personas que ganaban dinero con el comercio, los emperadores también las admitían en el elitista círculo de los poseedores de títulos; por supuesto, pagando un precio.

Este mecanismo servía también para atraer a la corte —esto es, al corazón de la capital— a todos los funcionarios de alto rango civiles y oficiales militares, así como a los extranjeros. El proceso les integraba más estrechamente en el sistema imperial de gobierno, y ofrecía el beneficio adicional de reforzar la jerarquía de la corte y la burocracia centralizada.

En 950, Liutprando de Cremona, un enviado italiano a la corte de Constantinopla, presenció el pago anual a los funcionarios de la corte, y su descripción confirma la importancia del empleo público en Bizancio. La ceremonia se inició el Domingo de Ramos y duró tres días:

> Se trajo una mesa […] que tenía paquetes de monedas atados en bolsas, según la paga de cada hombre, con la cantidad escrita en el exterior de la bolsa […] el primero al que se llamó fue el mariscal del palacio, que se llevó su dinero, no en las manos, sino cargado al hombro, junto con cuatro capas honoríficas. Tras él vino el comandante en jefe del ejército y el primer almirante de la flota…

Después de que estos hubieran retirado laboriosamente sus bolsas de oro, la distribución prosiguió siguiendo un orden descendente con los patricios y dignatarios menores. Cuando Constantino VII (945-959) le preguntó si disfrutaba con la ceremonia, Liutprando se comparó inteligentemente con Epulón en el infierno, atormentado por la visión del descanso de Lázaro (en referencia a la parábola del rico y el pobre), y el emperador entonces le obsequió con una libra de oro y una larga capa.

La Reina de las Ciudades —la urbe capitalina de Constantinopla— era un foco de atracción para numerosos extranjeros que acudían a comprar y vender en sus mercados, lo que vino a estimular el resurgimiento comercial del imperio en la Edad Media. Sus productos de oro y seda atraían a cada vez más comerciantes; sus escuelas atraían cada vez a más estudiantes; sus iglesias, reliquias e iconos fascinaban cada vez a más peregrinos; su administración imperial generaba cada vez más puestos de trabajo, y su diversa sociedad creaba más oportunidades que ninguna otra del Mediterráneo. Es cierto que en el mundo islámico había ciudades mayores, como Bagdad, y también mayores mercados. Pero Constantinopla no tenía rival en la cristiandad. Para los mercaderes sirios, rusos y venecianos que a menudo pasaban meses en Constantinopla,

representaba el eje seguro en torno al que giraba el crecimiento económico. Cada grupo étnico se alojaba en un barrio concreto, donde rendía su culto religioso en sus propios monumentos: los comerciantes árabes en sus mezquitas, los comerciantes judíos en sus sinagogas, y los comerciantes árabes en sus iglesias. Pero todos ellos estaban sujetos a la supervisión del eparca de la ciudad, que también era el encargado de mantener la ley y el orden.

En 992, Basilio II otorgó a los venecianos una reducción del impuesto básico sobre los barcos que entraban en los Dardanelos, que pasó de 30 a 17 sólidos de oro por cada uno, concediéndoles de ese modo un trato más favorable que a los comerciantes locales o a otros extranjeros. La razón de este favoritismo era que Venecia también ayudaba militarmente al imperio contra sus enemigos transportando a soldados bizantinos a través del Adriático para hacer campaña en el sur de Italia. Aunque este acceso privilegiado a la capital a menudo se ha interpretado como un ataque a los mercaderes locales, que seguían estando obligados a pagar el impuesto completo, es posible que se considerara una forma de asegurarse de que los comerciantes occidentales seguían utilizando Constantinopla como su principal mercado. Lo que otorgaban los emperadores también podía rescindirse, y así, en el siglo XII, los privilegios venecianos se retiraron aduciendo razones políticas. Aunque los comerciantes bizantinos eran menos competitivos en el transporte internacional de productos, parece ser que se conformaron con realizar un tipo de transporte comercial menos rentable limitado a los puertos del Egeo. Y algunos de ellos se enriquecieron lo suficiente como para comprar cargos y títulos, que vinieron a reforzar el carácter centralizado de la corte y el sentido del orden y la jerarquía establecidos.

Venecia desarrolló una actitud bien distinta con respecto al

comercio como fuente de poder y prosperidad. Para la pequeña ciudad-estado, el comercio era una necesidad impuesta por las circunstancias de su fundación como colonia de refugiados. Sus ciudadanos estaban obligados a comerciar por mar para sobrevivir, e hicieron de la construcción de barcos de pesca y del intercambio comercial un rasgo esencial de sus vidas. El Senado veneciano protegía su flota mercantil con buques armados para que el comercio de esclavos, sal y madera a todos los rincones del mundo musulmán, así como del bizantino, pudiera florecer. En contraste, la insistencia imperial en el funcionariado y la inversión en tierras como la forma más segura de hacer fortuna apartó a los bizantinos de la actividad comercial. Los comerciantes se vieron obstaculizados por restricciones y controles que limitaban sus iniciativas. El imperio descuidó las flotas de pesca locales, a las que obligó a proporcionar capitanes, marineros y equipamiento para las expediciones militares. A finales del siglo XII, incluso a los monjes del monte Athos se les impusieron limitaciones con respecto a la capacidad de los barcos empleados para transportar cereales desde sus propiedades hasta Constantinopla.

La actitud imperial frente al comercio evitó el desarrollo de instituciones económicas más flexibles y fue incapaz de responder a las iniciativas desarrolladas por los comerciantes italianos y musulmanes. Sin embargo, durante siglos Bizancio logró mantener su posición económica en el mundo medieval gracias a la emisión de una moneda de oro fuerte y a la presencia de mercados dinámicos en su seno. Incluso después de la devaluación del siglo XI se reestableció una moneda de oro estable y Bizancio mantuvo sus tradicionales industrias de artículos de lujo, generando una gran riqueza que causaría una profunda impresión a los caballeros occidentales cruzados. En Constantinopla se han excavado muy pocas

monedas extranjeras acuñadas antes de 1204, lo que refleja el elevado prestigio y suficiencia del sólido de oro bizantino, símbolo de una economía imperial antes que comercial.

15

Los eunucos

> Su rostro era el de una rosa; la piel de su cuerpo, blanca como la nieve; era bien formado, rubio, estaba dotado de una suavidad poco habitual y desde lejos se percibía su olor a almizcle[35].
>
> *Vida de san Andrés el Necio*, probablemente del siglo X

El empleo de eunucos para proteger y servir a los grandes soberanos se remonta al antiguo Egipto y la antigua China. Al igual que el gran imperio medieval de Japón y que el califato musulmán, Bizancio también empleaba a eunucos, que con su voz aguda, su piel de suavidad infantil, su cuerpo lampiño y sus alargadas extremidades venían a sumarse a los elementos exóticos de la vida cortesana. A aquellos hombres castrados —de hecho, un tercer sexo, ni masculino ni femenino—, que no podían engendrar su propia familia, se les encomendaba la tarea de atender al emperador y la emperatriz bizantinos, proteger a las mujeres de la dinastía reinante y gestionar la realización de los ceremoniales de la corte. En los países musulmanes, asimismo, era frecuente que custodiaran los santuarios sagrados del islam. Y en la China imperial, todavía en el siglo XX los varones pobres seguían ofreciéndose para ser castrados a fin de obtener un puesto en la corte. El fenómeno de los eunucos cortesanos es históricamente universal, y la práctica bizantina no resultaba inusual en los gobiernos jerárquicos e imperiales.

Los eunucos bizantinos, sin embargo, estaban excepcionalmente bien integrados en la sociedad en su conjunto. Además de ejercer el control sobre las actividades de la corte imperial, alcanzaron puestos destacados en la Iglesia, la administración, el ejército y las casas de las grandes familias en toda la extensión del imperio. Los cruzados

occidentales que llegaban a Bizancio se mostraban sorprendidos, y a veces aterrorizados, ante la ubicuidad de los eunucos. Durante la visita del rey Luis VII a Constantinopla, en 1147, Manuel I envió un coro para celebrar la festividad de San Dionisio con los francos:

> Aquellos clérigos causaron una favorable impresión debido a su dulce canto, ya que la mezcla de sus voces, las más pesadas con las más ligeras, es decir, las de los eunucos con la voz principal […] ablandaron el corazón de los francos. Asimismo, hicieron las delicias de los espectadores por su elegante porte y sus delicadas palmadas y genuflexiones[36].

Dado que el autor de este texto, Odón de Deuil, se muestra generalmente hostil a Bizancio, su apreciación del sonido de los *castrati* en conjunción con los cantantes masculinos resulta sorprendente.

En la Persia y la Roma antiguas los eunucos tenían papeles específicos, que se vieron aún más reforzados cuando Diocleciano adoptó los atributos persas, como la corona, el globo, el trono y las vestiduras doradas, para simbolizar el dominio imperial. En Bizancio, la restricción de las tareas más íntimas relacionadas con la familia imperial a hombres castrados se basaba en el presupuesto de su lealtad a la dinastía reinante, aunque este no siempre se vio confirmado por los ambiciosos planes de los principales eunucos cortesanos. A los que habían sido castrados antes de la pubertad se les conocía como «hombres imberbes», mientras que los castrados de adultos, obviamente, conservaban los signos físicos de la masculinidad. Los eunucos bizantinos a menudo llegaban a acumular considerables riquezas, se convertían en generosos mecenas de las artes y potenciaban la corte imperial. Asimismo, con demasiada frecuencia compartían las mismas arbitrariedades y crueldades de las mujeres y los hombres no castrados.

Pese al supuesto de su blandura de carácter, a los eunucos

se les encomendaba también la dirección de ejércitos. El caso del general Narses (de origen armenio), que completó la conquista de Italia durante el reinado de Justiniano, es comparable al del almirante chino Zheng, de quien se dice que descubrió América noventa años antes que Colón[37], o al del comandante naval japonés de la Edad Media que navegó hasta las Indias Orientales. Las referencias a comandantes militares eunucos se dan en toda la historia bizantina, aunque con menos frecuencia en los siglos XIV y XV. Es evidente que algunos de ellos eran esclavos que habían sido castrados antes de entrar al servicio de la corte bizantina, como, por ejemplo, Pedro Focas, que adoptó el apellido de su amo y destacó en el combate personal contra los rusos. Jefe de la guardia imperial bajo el mando de Nicéforo II (963-969), en la década de 960 fue nombrado comandante del frente oriental. A finales del siglo X, Basilio II encomendó a un patricio eunuco llamado Nicolás la dirección de un ataque a Alepo que sería coronado por el éxito (realizado en 995).

Basándose en la descripción de los eunucos que diera san Mateo (19, 12) («Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos»), algunos cristianos trataban de frenar sus apetitos sexuales por medio de la autocastración. Pero el I Concilio Ecuménico de Nicea, celebrado en 325, promulgó un firme canon en contra de esta práctica: a los cristianos que deseaban seguir la carrera religiosa se les ordenaba resistir las tentaciones de la carne y controlar su lujuria por medio de la disciplina ascética. La Iglesia bizantina, no obstante, aceptaba a hombres castrados tanto en las filas del clero como en calidad de monjes. Hubo eunucos que serían patriarcas de Constantinopla e incluso santos, lo que indicaba que a los hombres castrados no se les negaban los más altos puestos en

la jerarquía eclesiástica ni la posibilidad de alcanzar la santidad. Los sacerdotes y monjes eunucos a menudo desempeñaban un importante papel en las comunidades religiosas femeninas, donde realizaban la consagración de la eucaristía los domingos. De hecho, algunos estatutos fundacionales incluso estipulaban que todos los cleros que tuvieran algún papel en los conventos de monjas habían de ser eunucos. E inversamente, en algunos monasterios masculinos se negaba el acceso a los eunucos debido a que estos representaban una tentación sexual para los monjes (véase más adelante).

La castración siempre se había considerado un procedimiento humillante que repugnaba a los ciudadanos romanos libres, de modo que los futuros eunucos eran escogidos entre los pueblos no romanos, a menudo entre los hombres capturados y esclavizados en la guerra. Esta práctica se vio reforzada en el siglo VI cuando el Código de Justiniano declaró la operación ilegal en todo el imperio. Así, a los prisioneros de guerra extranjeros a menudo se les castraba en las fronteras y luego se les llevaba a Bizancio para satisfacer la demanda de sirvientes «de fiar».

Procopio señala que la región de Abasgia (Abjasia, en el Cáucaso) representaba una fuente de suministro de eunucos, como el cortesano Eufratas, que ejerció de diplomático; más tarde, serían sobre todo prisioneros «escitas», árabes y balcánicos quienes serían castrados y vendidos en el mercado de esclavos a los bizantinos ricos. Había sirvientes eunucos en la mayoría de las grandes familias, donde atendían a la señora de la casa, educaban a los niños y actuaban como intermediarios. Las santas Irene de Chrysobalanton y Eufrosina la Joven también emplearon a sus sirvientes eunucos para comunicarse con sus parientes y con la corte imperial.

La expansión del islam, sin embargo, aumentó en gran medida la demanda de esclavos y eunucos para trabajar en el califato, y hubo que buscar nuevas fuentes de abastecimientos para satisfacerla. Diversas referencias a los mercados de esclavos de Roma y Venecia indican la presencia de un floreciente comercio en Occidente, mientras que el creciente número de eunucos de Paflagonia, en la costa del mar Negro de Asia Menor central, refleja un nuevo desarrollo dentro de la propia Bizancio que desafiaba la ley. Nicetas el Paflagonio, que sirvió en la corte de la emperatriz Irene en el siglo VIII, fue uno de los primeros en la que sería una larga sucesión de jóvenes de dicha zona que serían castrados por sus propias familias. A diferencia de los anteriores eunucos no romanos, estos eunucos «de producción local» eran hombres libres y de lengua griega, cuyas familias les buscaban un puesto en el Gran Palacio o en la Iglesia bizantina.

En el siglo X, Liutprando, obispo de Cremona, explicaba cómo funcionaba el tráfico occidental de eunucos. La operación de crear «eunucos a quienes se les ha quitado tanto los dos testículos como el pene […] la realizan los comerciantes de Verdún, que se llevan a los muchachos a España y obtienen un enorme beneficio». Pese a las dificultades físicas, los que sobrevivían a menudo llegaban a una edad avanzada y eran reconocidos por la longitud de sus extremidades, mayor de lo habitual. El mercado de Verdún, en el norte de Francia, se había desarrollado para proporcionar mano de obra esclava a los territorios islámicos, como el califato Omeya en la península Ibérica, donde los eunucos eran muy apreciados. Pese a los repetidos decretos papales en contra del tráfico de eunucos, los comerciantes cristianos se negaban a renunciar al lucrativo negocio de esclavizar, castrar y vender a unos jóvenes que a menudo eran cristianos como ellos. También había demanda de mujeres en

los harenes de las cortes islámicas. Las emocionantes aventuras de diversos personajes capturados por piratas y vendidos luego como cautivos constituyen un tema familiar en la épica y la novela medievales, tanto en Oriente como en Occidente.

En 949, cuando Berengario, rey del norte de Italia, envió a Liutprando en su primera misión diplomática a Constantinopla, no le proporcionó los regalos que solían llevar aparejadas tales misiones; de modo que Liutprando, cuyo padre y padrastro habían ejercido anteriormente de embajadores en Bizancio, recordó el consejo de estos y compró unos cuantos eunucos. Cuando el nuevo embajador fue admitido ante la imperial presencia…

> Le obsequié [a Constantino VII] con nueve excelentes corazas […] dos calderos dorados de plata […] y lo que era más precioso para el emperador que ninguna otra cosa, cuatro *carzimasia*, que ese era el nombre griego para los jóvenes eunucos[38].

La buena acogida que tuvo Liutprando y los placeres de su estancia en Constantinopla pudieron estar o no relacionados con el regalo de los eunucos, pero está claro que él creía haber tomado una decisión acertada.

Una razón adicional para el empleo de eunucos es la relacionada con su actividad sexual, que puede que fuera limitada, pero resultaba obviamente valiosa. La *Vida de san Andrés el Necio* no solo describe la hermosa apariencia de un esclavo eunuco, sino que documenta asimismo cómo se le obligaba a «realizar la enfermiza práctica de los sodomitas» en el dormitorio de su amo, por la que el santo le amenazó con el fuego del infierno. Cuando un amigo señaló que el chambelán había de complacer a su amo o sería golpeado y severamente castigado, Andrés respondió que si los esclavos se resistían a aquella abominable pasión: «serán bendecidos una y tres veces, pues gracias a los tormentos que mencionas serán

reconocidos como mártires». Era evidente que los eunucos sentían impulsos sexuales, aunque normalmente se les acusaba de adoptar el papel pasivo (es decir, femenino) en la actividad homosexual y, en consecuencia, de alentar la sodomía. La historia de un tal Bagoas, un joven del siglo XI criado en el Orfanato Imperial de Constantinopla, parece confirmar esta acusación: a la manera de Dorian Gray, eligió la autocastración para preservar su buen aspecto y conservar la devoción de sus amigos de mayor edad.

En cuanto a su talento musical, los eunucos desempeñaban un papel sin parangón: formaban los coros de *castrati*. Junto con jóvenes varones, cantaban en las principales iglesias de Constantinopla, así como en la corte imperial. Parece probable que el orfanato se convirtiera en otra fuente de abastecimiento de eunucos, que de ese modo preservaba su habilidad para cantar al estilo *castrato*, algo que resultaba muy apreciado. Es posible que dichos coros sirvieran de modelo a los *castrati* que luego actuarían para los obispos de Roma en el Vaticano. La introducción de un nuevo estilo de canto se halla vinculada al papa Vitaliano (657-672), que también instauró los *diakoniai* al estilo bizantino, consagrados a actividades filantrópicas tales como el cuidado y alojamiento de los peregrinos. Ambas instituciones se inspiraron en la práctica bizantina. En el caso de los cantores eunucos, Roma establecería una tradición tan duradera que solo sería abandonada, por más que a regañadientes, a comienzos del siglo XX.

Hay que mencionar otro método más de crear eunucos: cuando se imponía la castración como castigo, por ejemplo, para evitar que los varones engendraran herederos. Este fue a menudo el caso de los hijos jóvenes de un emperador caído en desgracia (Mauricio, 582-602; Miguel I Rangabé, 811-813; León V, 813-820), o de rebeldes (Germano, hijo de un rebelde

contra Constantino IV). La mutilación excluía en la práctica a aquel hombre del cargo imperial, ya que se esperaba que los emperadores pudieran engendrar herederos. Era asimismo la forma más extrema de mutilación corporal introducida en el sistema legal por León III en su *Ekloga* (740), que castigaba el robo con la pérdida de una mano y la mentira con la de la lengua. También la ceguera provocada se convertiría en una forma común de inhabilitar a un rival que tratara de apoderarse del trono o a un emperador que no gobernara adecuadamente (Filípico Bardanes en 713, Constantino VI en 797, Romano IV Diógenes en 1072, Isaac II en 1195 o Juan IV Láscaris en 1261). Aunque hoy estas mutilaciones físicas nos parecen bárbaras, los bizantinos —no sin cierta razón— veían la castración o la ceguera como un castigo menor que la pena de muerte.

La prominencia de los eunucos en Bizancio, no obstante, se vio garantizada por el desarrollo en la corte imperial de una serie de puestos clave reservados para ellos. Muchos de esos puestos implicaban el contacto con el emperador y la emperatriz en sus habitaciones privadas; otros estaban consagrados al mantenimiento del protocolo y el ceremonial cortesanos. Para tan delicados cargos, a los eunucos no solo se les consideraba deseables, sino esenciales. Y una vez que arraigó esta tradición, la lista de puestos reservados a los «hombres imberbes» requeriría una oferta regular de eunucos adecuadamente firmados para ejercerlos. Las familias de Paflagonia que castraban a un hijo sabían de esta necesidad, y trataban de aprovecharse de los potenciales beneficios de una carrera en palacio.

En el *Tratado* redactado por Filoteo a finales del siglo IX, que registra la disposición de los comensales en las comidas oficiales, se designaban por ley ocho puestos oficiales reservados a eunucos, mientras que otros nueve eran

otorgados verbalmente por el emperador a sus destinatarios. Cada puesto entrañaba su propia vestimenta, con unos determinados zapatos y atributos del cargo. El primer grupo incluía los rangos de *praipositos*, ostentado por el más brillante, y *klarissimos*, que actuaba como chambelán y portavoz del emperador, dirigiendo los ceremoniales de la corte en calidad de mayordomo. Cada vez que había que celebrar una ceremonia importante, la noche antes el *praipositos* convocaba a todos los funcionarios que habían de participar en ella y les daba instrucciones sobre su vestimenta, atributos y puestos. Luego, durante lo que podía llegar a ser un acontecimiento de todo un día de duración, ponía en movimiento cada una de sus fases dando la señal de inicio de cada nueva parte de la ceremonia y ordenando a los participantes que pasaran a ocupar sus nuevos lugares con las palabras: «Si os place…». Este puesto lo ostentaba siempre uno de los principales eunucos, que con los años sin duda había participado muchas veces en esa clase de ceremonias, y que instruía a los más jóvenes para que recordaran lo que tenían que hacer y cómo había de desarrollarse el acontecimiento en su conjunto. Antes de que las ceremonias se consignaran por escrito en el registro encargado por Constantino VII Porfirogéneta (véase el capítulo 16), esta información se transmitía por tradición oral, lo que constituye un buen ejemplo de la elocuencia bizantina.

El segundo grupo de eunucos estaba integrado por el *parakoimomenos*, que dormía junto a la alcoba del emperador, el *protovestiarios*, que cuidaba de su guardarropa, y los que estaban a cargo de los comedores del emperador y la emperatriz, así como de sus bodegas. Entre ellos se incluían cuatro funcionarios responsables de mantener el orden en el Gran Palacio y en dos partes claramente diferenciadas de este conocidas como los palacios Magnaura y Dafne. Entre sus

principales responsabilidades se contaba la de escoltar al emperador cada vez que abandonaba sus aposentos y la de protegerle de la vista de los hombres con barba (y de todos los demás) cuando se cambiaba de ropa o de zapatos, o cuando se ponía la corona. Dado que las ceremonias imperiales a menudo implicaban numerosos cambios de vestimenta en lugares ajenos al Gran Palacio (por ejemplo, cuando el emperador iba en procesión al santuario de la Virgen de Pege, fuera de las murallas), los eunucos formaban un círculo, protegiéndole y ocultándole mientras era coronado y vestido. Su presencia junto a la imperial pareja y la responsabilidad de sus efectos personales les otorgaba un puesto de confianza, que las personas ajenas a la corte siempre estaban ansiosas por explotar. Como los médicos que atendían al emperador, los principales eunucos tenían acceso directo a sus aposentos privados, y podían entrar y salir de ellos sin dar explicaciones. Su capacidad para evitar que otras personas hablaran directamente con el emperador, o siquiera le vieran de lejos, les confería un gran poder.

La historia de Bizancio está salpicada de ejemplos de eunucos cortesanos a los que algunos historiadores condenan por su excesivo poder, y que de hecho trataron de dominar a sus soberanos. Desde Crisafio en el siglo V hasta Juan el Orfanotrofo (es decir, el responsable del gran Orfanato Imperial de Constantinopla) en el XI, pasando por Eufratas en el reinado de Justiniano y Teodora, Staurakios y Aecio, que rivalizaron por el afecto de la emperatriz Irene, Samonas en el siglo IX y Basilio Lecapeno en el X, la lista es extensa. Basilio Lecapeno, hijo ilegítimo de Romano I y conocido como *Nothos* («el Bastardo»), tuvo una trayectoria especialmente brillante. Tras ser castrado de niño a fin de destruir cualesquiera ambiciones imperiales que pudiera albergar, fue nombrado *parakoimomenos* por Constantino VII. Ostentó un

gran poder durante los reinados de Nicéforo II y de Juan I, y prácticamente gobernó el imperio durante la primera década del reinado de Basilio II (976-985). Con sus grandes riquezas, encargó la elaboración de magníficas piezas de arte como el relicario de Limburgo. También escribió un tratado sobre batallas navales y lo hizo copiar en un espléndido manuscrito de *Taktika* militar.

En este sentido, Basilio Lecapeno constituye un caso representativo de varios eunucos de alto rango que se convirtieron en mecenas de las artes, diplomáticos, generales, administradores, maestros, escritores, teólogos y eclesiásticos (lámina 10). En muchos casos, estos funcionarios fueron apartados de sus deberes cortesanos para asignarles misiones concretas, diplomáticas o militares, como Andreas, que negoció con los árabes en el siglo VII, o Teoctisto, que mandó la flota en el IX. En Bizancio, como en el califato, era frecuente que los eunucos encontraran empleo como generales del ejército y como diplomáticos. Su elevado estatus se ve confirmado en el *Libro sobre la interpretación de los sueños*, escrito por un autor griego cristiano llamado Achmet, que se basaba en fuentes bizantinas y árabes, así como en sus propios sueños. En un rasgo común con muchos otros autores, compara a los eunucos más agraciados con los ángeles. Ambos, obviamente, eran considerados seres asexuados, dado que los ángeles no tienen sexo y se suponía que los eunucos habían perdido el suyo. Aunque de hecho esto último no era correcto —como ya hemos visto y como ponen de manifiesto las numerosas acusaciones sobre eunucos que mantenían relaciones sexuales—, el caso es que refleja los importantes papeles que desempeñaban los eunucos en diversas sociedades tanto cristianas como musulmanas, especialmente los de mensajero, secretario privado y mediador.

Además de estos eunucos funcionarios de alto rango, otros

hacían carrera muy lejos del Gran Palacio y el patrocinio imperial. Se les menciona de vez en cuando en las fuentes hagiográficas, y en ocasiones figuran en alguna lista de regalos de boda, como en la historia de Digenis Acritas, el héroe de la frontera. Cuando Basilio finalmente se casa con la muchacha (cuyo nombre no se menciona en ningún momento), el mayor de sus tíos les regala diez muchachos:

Eunucos, todos bien parecidos y de hermosos cabellos,
ataviados con vestiduras persas de seda
y con dorados torques en el cuello[39].

Era un costoso regalo de boda, que podía rivalizar perfectamente con los caballos pura sangre equipados con hermosas sillas y bridas, los perros de caza y los iconos dorados que también se mencionan. Cuando la acaudalada viuda Danelis hizo un viaje desde Constantinopla hasta el Peloponeso, fue transportada por sus criados eunucos en litera, y entre los muchos y ricos presentes que hizo al emperador Basilio I se dice que había un centenar de eunucos.

Dos nuevas leyes (o *Novelas*) de León VI, publicadas hacia comienzos del siglo X, abordaban la situación de los eunucos en el imperio. La primera de ellas prohibía el matrimonio de eunucos con mujeres, argumentando que el propósito del matrimonio era la procreación, mientras que la segunda permitía a los eunucos adoptar niños, que podían convertirse en sus herederos. De ese modo, los eunucos cortesanos que alcanzaban los más altos cargos y acumulaban riquezas podían transmitirlas a sus hijos adoptados. León VI reflejaba una visión más humana sobre los eunucos, que coincidía con la paulatina relajación de las leyes contra la castración en el territorio imperial. En el caso de san Metrio, cuyo hijo

castrado, Constantino, realizaría una brillante carrera en la corte imperial, se justificó la operación por una visión angélica que le anticipó su futuro.

También era frecuente que los eunucos se hicieran monjes. Un tal Kosmas, monje eunuco de Paflagonia (una vez más), iba de viaje a Italia cuando se detuvo a descansar cerca de la tumba de san Lucas en Steiris (lámina 31). Allí tuvo una visión que le incitó a quedarse junto a la tumba, para protegerla y embellecerla. Sin embargo, había monasterios que no estaban dispuestos a aceptar eunucos ni muchachos jóvenes en sus comunidades, presumiblemente porque temían que provocaran perturbaciones sexuales. En el monte Athos fueron gradualmente excluidos como un posible peligro para los otros monjes. El *Tragos* (o «Regla») de Juan I Tzimisces declara:

> Os ordeno que no recibáis a jóvenes ni hombres imberbes ni eunucos que vengan a la Montaña para ser tonsurados […] Y si algún abad o *kelliotes* [ermitaño] desobedece mi prohibición e introduce en su dominio o en su celda a un eunuco o un muchacho […] creemos que es mejor expulsarle de la Montaña[40].

La presencia profundamente arraigada de eunucos en la corte bizantina, su aceptación en la sociedad en general y estatus legal establecido les otorgaron aquí un papel más prominente que en otras sociedades medievales. En contraste, los eunucos provocaban horror en el Occidente medieval, donde solo los hombres «completos» podían ser obispos. Pese a ello, aun en Bizancio no dejaban de persistir algunos prejuicios subyacentes, tal como pone de manifiesto el texto *Defensa de los eunucos*, de Teofilacto de Ohrid. Este diálogo entre un monje y un eunuco, escrito en el siglo XI por un obispo culto, muestra una hostilidad generalizada hacia los eunucos basada en su debilidad moral, su codicia, sus costumbres licenciosas, su ambición, su afeminamiento y su perversidad al cantar canciones indecentes, comportarse

histriónicamente como si fueran actores y beber en exceso. En respuesta, el eunuco defiende a su grupo social, diferenciando a los eunucos bizantinos, que a menudo ejercen de obispos o se hacen monjes, de los extranjeros. Elogia la castración de los jóvenes como un modo de preservar su castidad, y señala que hay muchos eunucos que se mantienen castos e inspiran a otros con su conducta. Obviamente, hay otros que llevan una vida menos moral, pero también se puede decir lo mismo de los hombres completos. Finalmente, insta a su oponente a juzgar al eunuco por sus logros espirituales antes que por su apariencia.

El tratado de Teofilacto está dedicado a su hermano, Demetrio, que era eunuco, y no aspira a tener ninguna difusión. Pero en el prefacio, compuesto en versos yámbicos, declara que confía en responder a las acusaciones que generalmente suelen hacerse a los eunucos. El tratado se reprodujo, con sus oraciones y cartas, en las principales colecciones de manuscritos, y debió de ser bastante leído. Según la estudiosa Kathryn Ringrose, los autores bizantinos se enfrentaban a un «dilema retórico» a la hora de tratar de los eunucos: por una parte, los hombres castrados no debían ser poderosos, y no se esperaba de ellos que dirigieran ejércitos con éxito, pero en cambio habían de desempeñar todos los servicios que sus soberanos les demandaban. Cualquier habilidad excepcional que mostraran en el campo de batalla había de explicarse como una anomalía, debida a las excepcionales dotes tácticas del individuo, dado que a los eunucos se les consideraba incapaces de hazañas militares. Esta situación contradictoria refleja el modo en que la sociedad bizantina conceptualizaba el género de los eunucos como una tercera categoría, distinta tanto del género varón como de la hembra.

Aunque las funciones cortesanas de los eunucos declinaron

en el último período del Imperio bizantino, quizá porque las presiones militares del imperio se hicieron más acuciantes, estos seguirían desempeñando importantes papeles y representando una línea de continuidad que se extendería hasta mucho después de la caída de Constantinopla en 1453. Con el establecimiento del harén del sultán en el palacio Topkapi, ahora ampliado, un gran número de ellos fueron empleados para custodiar a las numerosas esposas y esclavas del soberano musulmán. Con esta nueva responsabilidad se hicieron de nuevo muy poderosos, y la historia recordaría a los eunucos negros (africanos) y blancos (europeos) implicados en numerosos escándalos otomanos.

16

La corte imperial

> Por la mañana, el rey entra [en el palco imperial que da al Hipódromo] con sus íntimos y sirvientes, todos ellos vestidos de rojo. Se sienta en un lugar elevado que domina la estancia y luego aparece su esposa, llamada *dizbuna* [del griego *despoina*, «señora de la casa»] con sus sirvientes e íntimos, todos ellos vestidos de verde, y se sienta en un lugar opuesto al del rey. Luego llegan los artistas y tañedores de instrumentos de cuerda y empiezan su representación[41].
>
> AL-MARWAZI, *Propiedades de los animales, c.* 1120

Mientras la sagrada liturgia y los coros de *castrati* causaban una gran impresión en los visitantes de Santa Sofía, las ceremonias, recepciones y banquetes de la corte imperial proporcionaban una variopinta contrapartida profana. Al-Marwazi seguía un relato más amplio de Harun ibn Yahya, que fue capturado y llevado a Constantinopla a finales del siglo IX o principios del X. Ambos describen las carreras de carros del Hipódromo, con dos hombres vestidos de color dorado cada uno de los cuales conduce una cuadriga —es decir, un carro tirado por cuatro caballos—, cómo entran y corren dando tres veces la vuelta a la plaza «con ídolos y estatuas» (una referencia a los monumentos que adornan la división central, o *spina*, del Hipódromo). Pero las ceremonias más impresionantes tenían lugar dentro del Gran Palacio, donde la corte bizantina constituía el eje del imperio; toda la actividad giraba en torno a él. El propio palacio ocupaba una gran área en el elevado extremo oriental de la ciudad y contenía monumentos clásicos asociados a los baños, iglesias construidas para exhibir reliquias cristianas y salas de recepción destinadas a realzar la autoridad imperial. Dentro de sus muros estaban los aposentos privados del emperador y la emperatriz, zonas especiales dedicadas a las actividades ceremoniales y cuarteles reservados a la guardia

palaciega. Aunque los soberanos podían celebrar reuniones extraoficiales con sus consejeros, todas las ceremonias oficiales tenían lugar en la corte, que constituía un punto de referencia en el mundo de la política bizantina.

A diferencia de los gobernantes de Europa occidental, que tardaron siglos en establecerse en capitales donde pudieran crear cortes permanentes, Constantino I había transferido tanto el centro del gobierno romano como la corte imperial a Bizancio. El complejo conocido como el Gran Palacio de los emperadores no varió de ubicación desde 330 hasta 1453, aunque desde el siglo XII los emperadores utilizaron el palacio de Blachernae, una zona situada en el extremo noroeste de las murallas de la ciudad. El Gran Palacio se convirtió en la mayor de todas las cortes cristianas, con la que únicamente rivalizaron la de la antigua Persia y, más tarde, la del califato. Los rituales cortesanos impresionaban tanto a los extranjeros como a los propios súbditos del imperio. Incluso antes de tener ocasión de asistir a las ceremonias, todos los visitantes del Gran Palacio comentaban otros aspectos no menos espectaculares: las antiguas estatuas que flanqueaban las salas de recepción, algunas de ellas supuestamente capaces de predecir el futuro; los mosaicos dorados y los metales preciosos que decoraban los edificios, cada uno de ellos más grandioso y extravagante que el anterior, y las tropas de palacio, de distintos grupos étnicos, cada uno de ellos con sus peculiares armas.

En las recepciones celebradas en el Chrysotriklinos, una sala dorada construida dentro del palacio por Justiniano II a finales del siglo VII, el emperador aparecía en un trono elevado directamente bajo el mosaico del Pantocrátor que decoraba el ábside. En otras partes se empleaba la fuerza hidráulica para crear efectos sorprendentes. En Bizancio se habían conservado antiguos órganos que funcionaban

mediante la presión del agua y que ahora se empleaban en las recepciones y los baños imperiales, donde también había fuentes y pájaros cantores para entretenimiento de los emperadores. En el palacio Magnaura, el emperador se sentaba en un gran trono dorado, flanqueado por leones dorados que rugían y pájaros dorados que trinaban en árboles también dorados y adornados con joyas. Y mientras un embajador hacía la *proskynesis* (es decir, pegaba la frente al suelo en el debido acto de reverencia), de repente el trono se elevaba del suelo y se alzaba hasta el techo. En su primera embajada a Constantinopla, en 949, Liutprando de Cremona fingió no sorprenderle aquella extraordinaria visión, pues su padre y su padrastro le habían advertido ya sobre la ceremonia; sin embargo, admite: «No sé cómo lo hacían».

Además de su propósito de infundir temor y asombro en el visitante, la corte ejercía una función vital en el imperio: vincular a todos los súbditos en una relación más próxima con el emperador, con una lealtad más ferviente inspirada tanto en un sentido de pertenencia como en una subordinación fatalista a su autoridad. Esto se lograba en parte mediante la promoción de jóvenes hombres y mujeres de talento a puestos de responsabilidad y de poder, lo que causaba respeto y admiración. Aunque la cifra real de personas normales y corrientes así promocionadas no dejaba de ser reducida, la posibilidad de ser una de ellas seguía estando abierta, y ello motivaba a más de una familia a tratar de colocar a un hijo o una hija en la órbita del poder. La corte ejercía un poder hegemónico que integraba a todos los sectores de la sociedad y reforzaba la autoridad imperial; se reconocía como centro de cultura superior y esplendor sin parangón. Los habitantes más ambiciosos de las provincias normalmente se identificaban con ella y aspiraban a un puesto en ella. En el siglo XI, Cecaumeno, un general retirado,

condenaba la corte como un centro de intrigas, cosa que seguramente debía de ser. Pero su brillante carrera refleja la capacidad de la corte para atraer y conservar los leales servicios de un oficial de talento de origen armenio.

Aparte de los eunucos, que gestionaban la corte imperial, los hombres instruidos encontraban empleo en el extenso campo de la administración pública, que a menudo potenciaba su ascenso a altos cargos en el gobierno. Como ya hemos visto, otros competían —y pagaban— por el honor de ostentar determinados títulos ceremoniales, que llevaban aparejada una pensión del estado (*roga*). De todos ellos se esperaba que asistieran a la corte cuando eran invitados, ataviados con sus vestiduras y acompañados de sus asistentes en el cargo, junto con los principales eclesiásticos, los miembros del Senado de Constantinopla, las facciones circenses con sus uniformes verdes y azules (véase el capítulo 3) y toda una serie de unidades militares ataviadas con los colores de sus regimientos. En orden jerárquico, entraban en la zona ceremonial, saludaban al emperador y la emperatriz, y ocupaban su lugar para las festividades, dando lugar a impresionantes filas de diferentes colores e identidades.

También se reclutaba a muchachas jóvenes para servir en la corte, no solo como damas de compañía de la emperatriz, sino a veces también para desempeñar el más importante papel al que podía acceder una mujer en Bizancio. En teoría, un método de seleccionar a las esposas de los futuros emperadores era la exhibición de imperiales novias, en la que el príncipe escogía como esposa a la más atractiva de las pretendientes. En diversos relatos se describe cómo la emperatriz madre seleccionaba a una serie de muchachas apropiadas y hermosas y luego se las presentaba al emperador en una especie de concurso de belleza. Parece improbable que tales eventos realmente tuvieran lugar del modo narrado,

pero la idea de que una familia de provincias con una hija atractiva de la edad adecuada pudiera recibir tal honor no carecía de fundamento. Las imperiales esposas de los siglos VIII y IX a menudo procedían de familias de provincias relativamente comunes y corrientes, como Irene de Atenas, María de Amnia y Teodora de Paflagonia. María y Teodora supuestamente fueron elegidas mediante una competición abierta. Aun en el caso de que la «belleza» no fuera el factor decisivo, la idea apunta a la vitalidad y apertura de la corte. Y ello porque la posibilidad de incorporar a esta a una nueva familia de cualquier lugar del imperio generaba una identificación con su buena fortuna, y de ese modo las familias de provincias se veían atraídas al ciclo del ceremonial imperial y eran permanentemente conscientes de la vida cortesana. El premio beneficiaba a todos los implicados; así, por ejemplo, las hermanas de las muchachas elegidas como imperiales esposas también podían realizar matrimonios ventajosos con cortesanos. De hecho, acceder al puesto de dama de compañía de la emperatriz constituía un objeto sumamente deseable, y muchos hombres trataban de promover a sus hijas de ese modo. En más de una ocasión el asunto terminó en boda con el emperador (Teodota a finales del siglo VIII, Zoé Zautzina en el IX). De este modo, mientras los muchachos jóvenes eran castrados por sus familias y enviados a hacer carrera entre los eunucos, a las muchachas se las acicalaba para que atrajeran la atención de un futuro emperador o de un funcionario de alto rango. La corte imperial se convirtió, pues, en un centro de promoción social y, por ende, financiera.

La supuesta exhibición de novias por sí sola únicamente desempeñaba un pequeño papel en la selección de las futuras emperatrices. Dado que las alianzas matrimoniales a menudo resultaban vitales para el éxito de las negociaciones

diplomáticas, también llegaron a la capital bizantina novias extranjeras de fin de sellar importantes tratados, como en el caso de la jázara Čiček, rebautizada como Irene, en 732, o el de Marta/María de Alania en 1072. También se enviaba al extranjero a novias bizantinas con los mismos fines, y a la larga incluso una princesa «nacida en la púrpura» hubo de honrar una alianza militar (véase el capítulo 17). Durante el período de las Cruzadas, el número de princesas occidentales que se convirtieron en emperatrices bizantinas experimentó un gran aumento. Juan II e Isaac II tenían esposas húngaras; Manuel I se casó primero con una germana y después con una princesa latina de Antioquía, y eligió una esposa francesa para su hijo Alejo II. Los parientes femeninos de los emperadores también se casaban con mucha frecuencia con soberanos occidentales, lo que indicaba un extendido uso de las alianzas matrimoniales en las relaciones extranjeras. Sin embargo, las familias Comneno y Ángelo tuvieron especial cuidado de atraerse a prominentes familias bizantinas de cara a forjar alianzas estratégicas: para todos sus miembros, masculinos y femeninos, el matrimonio era una cuestión de política, y no de elección personal.

Ya desde el siglo IV, cuando Eusebio de Cesarea formuló la teoría de que el soberano obtenía el poder imperial solo por la voluntad de Dios, al que servía como su representante en la tierra, las ideologías cristiana y romana se habían unido para sustentar la supremacía cultural bizantina. Según esta teoría, la corte imperial era un reflejo de la celestial, y el poder superior del emperador estaba destinado a implantar el gobierno divino. La política exterior, administrada por diplomáticos cualificados, así como el ceremonial cortesano, dirigido por los eunucos, y también la administración central utilizaban esta teoría para asegurarse de que todo el imperio estuviera impregnado de un profundo y penetrante sentido de

la autoridad imperial.

Desde el Gran Palacio se gestionaba un sistema de gobierno tan original como efectivo. Este sistema controlaba la mayoría de los aspectos de la vida bizantina, desde los asuntos financieros, como la acuñación de moneda y las regulaciones comerciales, hasta la promulgación de nuevas leyes. El emperador nombraba también al patriarca, y podía ejercer una considerable influencia en la Iglesia. Este sistema extremadamente centralizado estaba sustentado por toda una jerarquía de burócratas, lo cual creaba una interminable demanda de escribas y copistas para asegurarse de que las decisiones tomadas en la corte se pusieran efectivamente en práctica. Los registros públicos se almacenaban en los sótanos del Hipódromo, donde también trabajaban los administradores y donde en el siglo XI algunos jueces se quejarían de lo apretado de sus despachos. Sin embargo, con el transcurso de los siglos aquellos inmensos archivos han quedado destruidos. Los pocos documentos que han llegado hasta nosotros se encuentran hoy generalmente en monasterios (sobre todo en los del monte Athos), en el Vaticano y en otras colecciones extranjeras.

Se ha dicho que el gobierno bizantino pudo sobrevivir pese a los frecuentes cambios de gobernante gracias a la solidez de su administración. Puede que los emperadores fueran y vinieran, pero las rutinas de la burocracia se mantenían. Algunos aspectos de este sistema solo pueden reconstruirse mediante el estudio de los sellos de plomo que antiguamente se incorporaban a los pergaminos hoy perdidos. Cuando el emperador nombraba a un funcionario para ocupar un nuevo puesto, o ascendía a un oficial militar, el sujeto en cuestión registraba su nuevo rango y su nuevo título en sellos de plomo que luego incorporaba a sus órdenes como garantía de su autenticidad. Dichos sellos se fabricaban como las

monedas, a partir de una matriz forjada en escritura invertida, pero estaban hechos de plomo, un metal mucho más barato (lámina 8). Aunque se han conservado muy pocos pergaminos bizantinos originales, los sellos de plomo que antiguamente se incorporaban a ellos no han resultado tan fáciles de destruir. Cuando se construyó la Universidad de Estambul, en la década de 1920, en la zona donde antes se alzara el Foro de Teodosio, probablemente los cascotes excavados provenían de un archivo documental, ya que contenían miles de sellos. Aunque este hecho no se advirtió cuando los cascotes se arrojaron fuera de las murallas marinas, a la larga el agua de la orilla lavó los sellos, que finalmente fueron recogidos. Del mismo modo, en yacimientos arqueológicos como Corinto, los sellos de plomo constituyen un hallazgo muy común. A partir de la gran cantidad de ellos que han llegado hasta nosotros, los especialistas pueden reconstruir las trayectorias profesionales de muchos administradores y soldados. Sin embargo, siglos y siglos de archivos medievales —los documentos que dichos sellos autentificaban— se han perdido casi por completo.

Para quienes se convertían en la élite de la sociedad bizantina contribuyendo a la administración del imperio, las ceremonias cortesanas por las que se otorgaban los títulos, las vestiduras y las insignias propias de cada cargo venían a confirmar no solo su propio papel sino también el de sus esposas. Cuando los funcionarios públicos y los oficiales militares recibían un título honorario, se otorgaba a sus esposas una versión femenina de dicho título. Así, la esposa de un *kandidatos* imperial obtenía el título de *kandidatissa*, que se le otorgaba oficialmente en el mismo momento en que se concedía el nuevo cargo a su esposo. Unos cuantos sellos hallados con estos rótulos femeninos indican que las mujeres también autentificaban sus actos del mismo modo. Todas las

esposas tenían que presentarse en la corte, correctamente vestidas y después de haber ensayado apropiadamente todos los pasos de la ceremonia. Cuando llevaban un sombrero especial llamado *propoloma* estaban exentas de hacer la *proskynesis*, presumiblemente porque podía caérseles.

Dos importantes fuentes documentales permiten reconstruir la jerarquía de cargos bizantina: las *taktika* de los administradores imperiales (listas en las que se recoge la disposición de los comensales en los grandes banquetes) y los rituales de la corte descritos en el *Libro de ceremonias* (véase más adelante). Era el emperador, obviamente, quien encabezaba la jerarquía cortesana, seguido por el patriarca. Durante el reinado de Juan I Tzimisces (969-976), un *taktikon* registra los cinco mayores honores ostentados por los miembros de la familia imperial (incluido el título de *zoste patrikia*, o «patricia de la faja» o «cinto» —*zoste*—, normalmente reservado a la suegra del emperador). Les siguen los jefes militares y navales que mandan los temas; luego viene el rector (que ostenta la responsabilidad de la casa imperial); el *synkellos* (ayudante del patriarca); los jueces, incluido entre ellos el eparca de la ciudad, y los jefes (o «demarcas») de los Azules y los Verdes. A continuación vienen los funcionarios responsables de dirigir las grandes secciones de la administración pública y su personal directivo, seguidos por los representantes de las industrias y comercios de Constantinopla, los almacenes de cereales y los monasterios locales. Los jefes militares siempre tendrían precedencia sobre los civiles.

El modo en que ambos grupos colaboraban para organizar los recursos del imperio puede ilustrarse mediante los complejos preparativos de una operación militar, planificada en 949, para liberar a Creta de la dominación árabe. Entre el personal y su equipamiento se contaban 20 «dromones»

(barcos de guerra), cada uno de ellos con una tripulación de 300 hombres, 230 remeros y soldados de infantería, y 70 soldados de caballería dotados de 70 cotas de malla, además de 12 cotas de malla ligeras destinadas a los timoneles y los encargados de manejar el sifón que arrojaba el fuego griego, lo que da un total de 600 personas. En los 20 dromones del Vestiarion (una sección independiente del gobierno), cada uno de ellos contaba con tres sifones (lo que da un total de 60 operarios), 120 remos (es decir, 2400 remeros en total) y 120 anclas con sus cadenas. Pero esto no es más que una pequeña parte de una lista mucho más larga. La marina había de proporcionar tanto el transporte como los efectivos humanos, vestimenta protectora para los timoneles y los responsables del manejo de los sifones que lanzaban el «fuego griego», y los 70 soldados de caballería con sus caballos. Dada la necesidad de proporcionar además agua y comida para los animales, así como para los remeros y combatientes, la administración central hubo de requerir los servicios de numerosas secciones del gobierno para poner a la armada en marcha. Y pese a todo ello, la expedición fracasó.

En la práctica de la política exterior y la diplomacia, algo en lo que el Imperio bizantino descollaba especialmente, había todo un cuerpo de intérpretes encargados de tratar con las embajadas extranjeras y traducir las cartas diplomáticas que estas traían a Bizancio. Ocasionalmente, las instrucciones de responder en una forma de griego más sencilla, en lugar de hacerlo en el lenguaje clásico, indican que el griego demótico hablado era bien conocido tanto entre los árabes como entre los italianos. Las fuentes árabes describen una carta oficial de Romano I Lecapeno enviada al califa de Bagdad, Al-Radi, que estaba escrita en griego en letras doradas junto con una traducción árabe en color plateado. Venía acompañada de diversos regalos de vidrio dorado incrustado de piedras

preciosas, con un león de cristal, cálices, láminas de oro y cuencos con joyas incrustadas, además de ropas y especias entre las que se incluían almizcle y ámbar, numerosos perfumes y objetos raros «sin parangón». Posteriormente, en el siglo X, durante la rebelión de Bardas Skleros, un embajador árabe registró sus infructuosas negociaciones con Basilio II en torno a la situación de diversas fortalezas fronterizas clave, citando las triples copias de anteriores acuerdos (que resultaron no ser idénticas). A los diplomáticos bizantinos normalmente se les escogía entre las personas más instruidas, incluyendo a obispos y monjes, además de oficiales militares y funcionarios públicos; y las cartas de León, obispo de Sinada, de León Coirosfactes y de Constantino Manases documentan su trabajo. En el siglo XII, Manuel I Comneno empleó a varios comerciantes italianos como traductores e intérpretes en sus negociaciones con los cruzados.

La fuente documental más importante relativa a la administración imperial es, no obstante, el denominado *Libro de ceremonias*, una detallada recopilación de recepciones, rituales cortesanos y actividades realizadas fuera de palacio, observadas en determinados días, reunida por Constantino VII (945-959). Incluye asimismo material mucho más antiguo recopilado por un tal Pedro, senador, que refleja las actividades cortesanas en el reinado de Justiniano y se basa en documentos tales como el Calendario de 354, un registro romano de los ritos paganos tradicionales para el bienestar de la capital y de sus gobernantes. En Constantinopla, la festividad pública más importante se celebraba el 11 de mayo y conmemoraba la fundación de la ciudad. El *Libro de ceremonias* registra lo que debía ocurrir en determinadas festividades, incluyendo tanto las fiestas cristianas como las celebraciones de aniversarios militares —como el de la derrota de los árabes en 718—, de terremotos especialmente

fuertes o de la vendimia anual, que incluía una expedición en barcazas a lo largo del Bósforo. Obviamente, todos los aniversarios de santos y festividades religiosas requerían la participación imperial, que podía requerir un día entero cuando la corte desfilaba en procesión hasta un santuario y asistía a un servicio litúrgico, y el emperador comía con el patriarca. El libro, organizado según el calendario litúrgico, que empezaba en la Pascua, también da instrucciones acerca de cómo celebrar las aclamaciones, coronaciones y matrimonios imperiales, así como el nacimiento de un hijo varón de la emperatriz. En la mayoría de estos acontecimientos, los eunucos de la corte dirigían cada una de las fases de la ceremonia y señalaban la participación de los distintos grupos.

Entre los numerosos extranjeros que consignaron por escrito sus impresiones sobre la corte bizantina y su funcionamiento, Liutprando de Cremona proporciona dos vívidos, detallados y contrastantes relatos. El primero de ellos, escrito como enviado de Berengario de Italia en 949-950, refleja su positiva acogida por parte de Constantino VII (tal como citábamos ya en el capítulo 14). Dieciocho años después, el segundo da fe de la hostilidad de Nicéforo II Focas hacia su señor, el emperador germánico Otón I, un soberano mucho más poderoso. En su primer viaje, Liutprando explica cómo se celebraba la Navidad en la «Sala de los Diecinueve Divanes» del Gran Palacio, donde el emperador y sus invitados se reclinaban y comían en platos dorados al antiguo estilo romano. En un momento dado, el techo se abrió, y unas pesadas fuentes doradas llenas de fruta descendieron sobre una mesa. Entre los numerosos platos, bailarines y cantantes provistos de órganos y otros instrumentos proporcionaban entretenimiento musical. Liutprando se sintió especialmente impresionado por una exhibición acrobática, realizada por un

forzudo que sostenía un largo palo en equilibrio sobre la frente, mientras dos jóvenes subían y bajaban por él realizando diversos ejercicios en su extremo superior. Una escena similar aparece representada en los frescos de la catedral de Kiev, así como en un magnífico cuenco esmaltado de fabricación islámica, lo que nos recuerda las características comunes de la cultura cortesana medieval. En todo Oriente Próximo, los gobernantes coleccionaban animales raros, intercambiaban artículos de lujo, tales como sillas de montar esmaltadas y telas decoradas con hilos de oro y joyas, y se construían espectaculares palacios con jardines, estanques con peces y fuentes. La red de contactos de Bizancio con los califas y emires musulmanes, príncipes eslavos y otros soberanos se sustentaba en esa clase de regalos; gracias a ello, a mediados del siglo X serían artesanos bizantinos quienes crearían la decoración de mosaicos y azulejos del mihrab de la Gran Mezquita de Córdoba.

Durante su segunda misión, esta vez poco grata, destinada a negociar un matrimonio imperial para el hijo de Otón I, Liutprando fue alojado en un palacio lleno de corrientes de aire y sometido a una estrecha vigilancia. Tampoco se permitió a su grupo dirigirse a caballo a la sede imperial cuando fue convocado para reunirse con el hermano del emperador, y en ocasiones ni siquiera se les dejaría salir a comprar agua. Dado que las relaciones entre Bizancio y Occidente habían cambiado, Liutprando encontró a Nicéforo Focas hostil a la alianza propuesta. El emperador le dijo que resultaba imposible que una princesa nacida en la púrpura se casara con un soberano occidental. Clamó asimismo contra las cartas diplomáticas de Roma que empleaban títulos incorrectos: en lugar de emperador de los romanos, se trataba a Nicéforo de emperador de los griegos; aunque él, por su parte, se dirigió a Otón como rey, en lugar de emperador.

Tras diversas discusiones en torno a los títulos, el latín —la lengua original de los romanos— y las conquistas de Otón en el sur de Italia, Liutprando ofendió a los bizantinos al asegurar que el término *romano* abarcaba «toda forma de bajeza, timidez, avaricia, lujo, falsedad y vicio». A diferencia del banquete del que había disfrutado con Constantino VII, las comidas imperiales, dominadas ahora por los puerros, el ajo y la salsa de pescado, le disgustaban. Le ofendió también que se hiciera sentar a los miembros de una embajada bárbara de Bulgaria más cerca del emperador y con un mantel apropiado. Pero la indignación definitiva se produjo cuando Liutprando abandonaba el territorio imperial y los funcionarios de aduanas le confiscaron unas sedas que él consideraba que había comprado legítimamente.

Las descripciones de Liutprando de los ceremoniales cortesanos nos permiten experimentar los rituales descritos en el *Libro de ceremonias*. Aunque en muchos casos se documenta cómo deben ser (por ejemplo, en los desposorios del hijo del emperador con su futura esposa), en la práctica podían readaptarse en función de determinadas circunstancias inusuales. Los bizantinos solían ser flexibles y considerar acertadas tales adaptaciones. En el segundo año de su gobierno en solitario (799), Irene transformó la ceremonia del Lunes de Pascua (que aquel año cayó en el primero de abril); en lugar de dirigirse a lomos de un caballo blanco a la iglesia de San Mocio, distribuyendo monedas entre la multitud como haría un emperador, dispuso que fuera transportada en un carruaje tirado por cuatro caballos blancos, cuyas bridas sujetaban oficiales militares de alto rango. De ese modo, la emperatriz podía mantener el acto de imperial generosidad, repartiendo el dinero, que era lo que seguramente esperaba la multitud. Del mismo modo, cuando Olga, la princesa viuda de Kiev, visitó Constantinopla a

mediados del siglo X, hubo de revisarse la ceremonia de recepción para los jefes de Estado varones a fin de adaptarla a su condición de mujer. Olga y su delegación tomaron parte en la ceremonia regular del saludo; pero además de ello, fue recibida por la emperatriz Elena, la esposa de Constantino VII, en sus aposentos privados, y participó en una comida exclusivamente femenina mientras los hombres que formaban parte de su embajada (principalmente comerciantes de cuero y ámbar) eran agasajados por el emperador.

La celebración de actos separados para hombres y mujeres eran la norma, y proporcionaban a la emperatriz un papel especialmente importante como anfitriona. Durante su visita, Olga fue investida con el gran título de *zoste patrikia*, distinguido con un cinto especial propio del cargo. Así ataviada, tomó parte en una recepción mixta de hombres y mujeres, en la que se sentó junto a la pareja gobernante y el joven príncipe Romano II. Dado que la disposición de los asientos resultaba de la máxima importancia en la corte, y la proximidad a la mesa principal era extremadamente valorada, este privilegio especial indicaba que a Olga se le había otorgado el más alto estatus entre los extranjeros. Pese a que la disposición de los comensales en los banquetes imperiales aparentemente estaba prefijada, era de prever que hubiesen disputas a este respecto. Ya hemos visto que Liutprando consideró que su señor Otón I había sido insultado cuando se sentó a los búlgaros en una posición superior a la de él mismo. Y también escribió un relato en torno a un banquete planeado en 945 a fin de asesinar a Constantino VII Porfirogéneta. El funcionario que advirtió a Constantino de la amenaza también le aconsejó sobre el modo de evitarla: en el momento en que «se inicie la disputa por el lugar de honor», el príncipe había de golpear un escudo, dando con ello la señal a sus leales tropas macedonias para irrumpir en la sala y

arrestar a los traidores.

Los diplomáticos y prisioneros de guerra árabes proporcionan detalles parecidamente ilustrativos de la vida en la corte imperial. Harun ibn Yahya daba una fascinante descripción del palacio, donde se invitaba a comer a los cautivos musulmanes en ocasiones especiales, asegurándoles, por medio de un heraldo, que «no hay cerdo en esos platos». Describía a los guardias —cristianos negros, jázaros y turcos —, cada grupo con sus propias armas; cuatro cárceles distintas; numerosos talismanes (incluyendo a un caballo y su jinete con ojos de rubíes); un órgano, y la iglesia y atrios del emperador, con mármoles, mosaicos y frescos, además de mesas de madera, marfil y oro. Cerca de la iglesia de Santa Sofía, mencionaba la presencia de un reloj con veinticuatro pequeñas puertas, cada una de las cuales se abría y cerraba automáticamente para marcar las horas. Se mostraba interesado asimismo en una cisterna que se utilizaba para hacer que en los días festivos manara vino y miel de las estatuas que coronaban las columnas, así como por algunas estatuas como la que se alzaba sobre la columna de Justiniano.

En el Hipódromo, Harun concluía que la Columna Serpentina, formada por cuatro serpientes de cobre, tenía la función de alejar a las serpientes de verdad, y describía otras estatuas huecas de cobre amarillo que representaban a personas, caballos y animales salvajes. Observaba con sorpresa que la emperatriz se sentaba junto al emperador para presenciar las carreras de carros y de caballos; una escena que aparece asimismo representada en los frescos que decoran la torre de la catedral de Kiev, donde se muestra a la imperial pareja contemplando los deportes del Hipódromo desde el palco imperial. A comienzos del siglo XV, el embajador español Ruy González de Clavijo consigna la misma tradición: la emperatriz se sienta con el emperador en el

Hipódromo, mientras otras damas observan las justas desde una galería situada sobre la entrada. Aunque los volatineros, malabaristas, gimnastas, luchadores, cantantes, bufones (a menudo enanos) y bailarines, tanto masculinos como femeninos, fueron artistas comunes de la escena cortesana en todo el mundo medieval, Bizancio contaba claramente con sus propias e inusuales distracciones, como los acróbatas que actuaban montados en camellos o sobre cuerdas colgadas entre las elevadas columnas del Hipódromo. Dentro de la corte, la diversión musical corría a cargo de los coros de eunucos, con sus voces siempre infantiles, acompañados de los órganos de oro y plata que tocaban músicos pertenecientes a los Verdes o a los Azules, además de castañuelas y liras.

Los registros más detallados de la actividad de la corte bizantina, así como de su diplomacia y administración, son las recopilaciones de Constantino VII Porfirogéneta: el *Libro de ceremonias*; un tratado *Sobre el gobierno del imperio*, dedicado a su hijo, y otro *Sobre los temas*. Ello refleja la necesidad práctica de preparar a Romano II para su imperial papel, inspirándose en una larga tradición de libros guía. Las dos obras tratan, respectivamente, de los territorios y gobernantes de fuera del imperio, y de las regiones bajo el control imperial, es decir, los temas. Ambas incluyen una buena cantidad de información geográfica sobre los diferentes terrenos, montañas, ríos y características de sus habitantes. *Sobre el gobierno del imperio* se inicia con una descripción de los pechenegos, considerados unos enemigos extremadamente peligrosos, además de «voraces y profundamente codiciosos de artículos raros entre ellos […] descarados en sus demandas de generosos regalos». Constantino advierte:

> Cuando un agente imperial va a Jersón con este servicio, debe enviar a la vez a alguien a Patzinacia (la tierra de los pechenegos) y pedir rehenes y una escolta, y

a su llegada ha de dejar a los rehenes bajo custodia en la ciudad de Jersón y dirigirse con la escolta a Patzinacia y realizar sus instrucciones.

Esta información práctica se ilustra mediante experiencias concretas:

> Una vez, el clérigo Gabriel fue enviado por mandato imperial a los turcos, y les dijo: «El emperador declara que tenéis que ir y expulsar a los pechenegos de su sitio…». Todos los hombres principales entre los turcos clamaron con una sola voz: «Nosotros no vamos a interponernos en el camino de los pechenegos, ya que no podemos combatirles porque su país es grande y sus gentes numerosas, y son vástagos del diablo[42]».

En esta sección sobre los vecinos septentrionales de los bizantinos, Constantino proporciona una detallada descripción de la forma en que las gentes de Nóvgorod, Smolensk y otras ciudades de Rusia se reunieron en Kiev y zarparon Dniéper abajo rumbo a Crimea, desde donde cruzaron el mar Negro hacia Constantinopla. Describe asimismo los siete rápidos o cataratas del bajo Dniéper y la forma de sortearlos. En la primera de ellas, llamada Essoupi, que significa «¡No te duermas!», el agua se estrella contra las rocas del centro «con un potente y terrible estruendo». Para dar una idea de sus proporciones, informa de que esta catarata tiene la misma anchura que el campo de polo de Constantinopla. Allí los rusos desembarcaron a los hombres y guiaron los botes a pie para sortear las rocas del centro del río, impulsándolos con palos:

> En la cuarta presa, la más grande, llamada en ruso Aeifor y en eslavo Neasit, debido a que los pelícanos anidan en las piedras de la presa […] todo se bajó a tierra. Condujeron a los esclavos encadenados por tierra, seis millas, hasta haber pasado la presa. Luego, en parte arrastrando los botes y en parte cargándolos sobre los hombros, los transportaron al otro extremo de la presa.

Continuaron luego hacia la séptima catarata y hacia Krarion, donde había una garganta tan ancha como el Hipódromo y tan alta como podía llegar una flecha disparada de abajo arriba. Fue allí «donde los pechenegos fueron a atacar a los rusos».

Constantino recopiló esta mezcla de experiencias prácticas y consejos políticos de fuentes más antiguas que trataban de la historia de las relaciones de Bizancio con sus vecinos. Aunque una parte de la información no estaba actualizada, las genealogías que proporciona del profeta Mahoma, de la dinastía Bagratida reinante en Georgia y Armenia, y de los francos en Occidente, explican y detallan importantes acontecimientos históricos. Así, por ejemplo, muestra por qué Croacia siguió siendo independiente de los búlgaros:

> El príncipe de Croacia, desde el principio —esto es, desde el reinado de Heraclio, el emperador—, ha rendido pleitesía y sumisión al emperador de los romanos, y nunca se ha sometido al príncipe de Bulgaria[43].

Además de los textos dedicados a su hijo, Constantino describía otro de sus esfuerzos personales en las siguientes palabras:

> La investigación en la historia se ha vuelto nebulosa e incierta, ya sea debido a la escasez de libros útiles o debido a que la cantidad de material escrito ha despertado temor y desaliento. De ahí que Constantino, nacido en la *porphyra*, el más ortodoxo y más cristiano de todos los emperadores que jamás reinaron […] considerara que lo mejor […] era ante todo mandar hacer una investigación activa y reunir de todos los rincones de la *oikoumene* libros de toda clase, llenos de diversos y variados conocimientos[44].

Con respecto a la *porphyra*, trataremos de ella en el próximo capítulo. El resultado de este imperial esfuerzo fue una enorme enciclopedia de 53 volúmenes, que encerraba «todas las grandes lecciones de la historia» y que estaba dividida por temas tales como la estrategia militar, la caza y el matrimonio. Solo tres de esos volúmenes se han conservado: el primero, sobre la elección de los emperadores; el 22, sobre las embajadas, basado en gran medida en la obra de un tal Juan de Antioquía, y el 50, sobre el vicio y la virtud. Otros proyectos del mismo estilo afortunadamente se han conservado intactos: un completo léxico de nombres y términos griegos conocido como la *Suda*, y una edición revisada de una antigua antología de epigramas griegos, que

al principio concede un lugar destacado a las inscripciones cristianas, pero que también preserva incluso los más indecentes versos homoeróticos.

Estas grandes enciclopedias reunían toda la experiencia histórica del pasado en un movimiento que los historiadores modernos han calificado de «renacimiento». Ese pasado también podía distorsionarse, como mostraba Constantino en la *Vida de Basilio*, un relato que encargó sobre el ascenso al poder de su abuelo. Como ya hemos visto, Basilio se convirtió en emperador asesinando a su predecesor, Miguel III. Pero Constantino insistía en interpretar este hecho como un acto que salvó a Bizancio de un borracho, y hacía hincapié en todos los aspectos irreverentes y descabellados del gobierno de Miguel. De ese modo podía retratarse a Basilio I desde una perspectiva favorable como el fundador de la dinastía Macedonia, ahora en su tercera generación bajo el orgulloso liderazgo de Constantino. Asimismo, la palabra *Macedonia* pasaría a estar estrechamente relacionada con este «renacimiento» del antiguo saber.

Los ceremoniales cortesanos documentados por Constantino VII seguirían usándose durante siglos y serían transferidos al palacio de Blachernae cuando Alejo I Comneno (1081-1118) decidiera ir a vivir allí. A partir de 1204, durante la ocupación latina de Constantinopla, todos los centros que afirmaban representar a Bizancio adaptaron las ceremonias de sus propias cortes, y en 1261, cuando Miguel VIII Paleólogo volvió a entrar a pie en la capital, observó el ceremonial apropiado al regreso triunfal de un emperador victorioso. En algunos aspectos, el texto más curioso sobre las ceremonias cortesanas es un texto bizantino tardío, el *Tratado sobre las dignidades y los cargos*, de un autor anónimo conocido como Seudo-Codinos. En él se refleja la persistencia de títulos, costumbres y privilegios hasta bien

entrado el siglo XIV, cuando tanto el imperio como la corte imperial eran ya solo la sombra de su anterior esplendor. En su retrato sobre el mosaico del monasterio de Chora, Teodoro Metoquites, el primer ministro del imperio, aparece representado vestido con caftán y turbante, lo que refleja la influencia de los estilos turcos en la vestimenta cortesana de este período (lámina 26). Así, incluso en los últimos años del imperio no solo aparecen las mismas responsabilidades, junto con la *roga* —la pensión anual—, que antaño hicieran tan deseables ciertos cargos, sino que también las prerrogativas honoríficas se ven groseramente infladas, y las personas compiten por ellas como nunca antes lo habían hecho. Durante el breve reinado del último soberano de Bizancio, Constantino XI (1449-1453), el gran duque, Lucas Notaras, trataba de obtener dos altos cargos para sus hijos mediante un tortuoso servilismo:

> Vuestra Majestad hizo al hijo de Cantacuceno *estratopedarca* a instancias del déspota de vuestro hermano, debido a su relación por matrimonio y debido a que su padre era *protostrator*. Si le dais a Frantzes tan importante cargo, que está por encima del de *gran estratopedarca*, ¿qué ocurrirá? Pero si a Vuestra Majestad le place, recompensadle con el cargo de *gran primicerio*, que es el siguiente en rango[45].

En aquel momento, que un funcionario fuera *protostrator* o *gran estratopedarca* no debía de tener una gran importancia en términos financieros; sin embargo, los cortesanos seguían luchando por hacerse con los puestos más prestigiosos y considerados más elevados en la jerarquía. El emperador se encontraba en una situación embarazosa, ya que deseaba recompensar a otros funcionarios que lo merecían más que el hijo de Notaras. Mientras tanto, los turcos rodeaban la ciudad y traían hasta ella el nuevo cañón gigantesco que habría de derribar sus murallas.

17

Los hijos «nacidos en la púrpura»

> En 1044, los bizantinos protestaron contra la amante de Constantino IX, María Skleraina, y exigieron ver a las verdaderas emperatrices. «No queremos a Skleraina como emperatriz. No queremos que provoque la muerte de nuestras madres, las *porfirogénetas* Zoé y Teodora»[46].
>
> JUAN SKYLITZES, *Crónica*, siglo XI

El adjetivo «nacido en la púrpura» —en griego *porphyrogennetos*, castellanizado como «porfirogéneta» o «porfirogénito»— se deriva del término *porphyra*, que designaba una habitación especial recubierta de pórfido, una piedra de color púrpura, o decorada con sedas de dicho color, construida en el interior del Gran Palacio antes de 750. Aquel año, Irene, la princesa jázara convertida en la primera esposa de Constantino V, dio a luz a un hijo varón, al que llamarían León en honor a su abuelo. Posteriormente, este pasaría a conocerse como «el Jázaro», pero también como «Porfirogéneta», ya que había sido el primer vástago imperial nacido en la Cámara Púrpura. Este edificio especial había sido una iniciativa del emperador iconoclasta (que construyó asimismo la iglesia de la Virgen del Faro dentro del complejo palaciego), y se convertiría en la sala en la que las emperatrices darían a luz a sus hijos, todos los cuales pasarían a llevar el epíteto de «nacidos en la púrpura». Fue una ingeniosa manera de introducir un nuevo título destinado a asegurar la autoridad imperial dinástica.

En la época romana, la de nacer «en la púrpura» era una expresión comúnmente utilizada para referirse a los hijos de los emperadores, a los que incluso era posible que se cubriera con pañales ribeteados de dicho color. El costoso tinte, derivado de un diminuto molusco del género *Murex*, se utilizaba para reforzar la dignidad imperial. Como ya hemos

visto, los emperadores bizantinos y sus familias monopolizaron el uso de sedas púrpura en su vestimenta, además de enviar como regalos ropas del mismo color, que eran especialmente apreciadas en el extranjero. También se reservaba exclusivamente a los soberanos un sarcófago de pórfido, la piedra púrpura que se extraía únicamente de un solo lugar en Egipto.

Pretendiera o no la *porphyra* garantizar la legitimidad de los porfirogénetas, lo cierto es que Constantino V supo entender el importante papel que podía desempeñar de cara a consolidar el gobierno dinástico en Bizancio. No parece que su esposa Irene, llevada a Constantinopla como prometida del emperador cuando todavía era una niña para fortalecer una alianza política, hubiera tenido ningún otro hijo antes del nacimiento de León. Se celebró el feliz acontecimiento, y León fue coronado co-emperador un año después. En estas dos medidas —la construcción de la *porphyra* y la coronación de su primogénito—, podemos percibir la determinación de Constantino de asegurar la continuidad de su dinastía. Aunque posteriormente tendría muchos hijos más de su tercera esposa, a los que elevaría a los más altos puestos, siempre consideró a León su heredero.

Al hacer hincapié en el carácter auténticamente imperial de un nacimiento marcado por la nueva calificación de «nacido en la púrpura», Constantino deseaba hacer el título de emperador hereditario. Al principio romano basado en la elección por parte del Senado, el ejército y el pueblo se le oponía desde hacía largo tiempo el principio de la herencia dinástica de padres a hijos. La Cámara Púrpura, que contribuyó al nuevo método medieval de Constantino para designar al supuesto heredero, venía a marginar al mismo tiempo a la aristocracia senatorial y a los generales. Otros soberanos como Heraclio habían insistido ya en mantener a

sus propias familias en el poder, y en el caso de los que no tuvieron hijos, eran bien conocidas las diversas formas de adoptar un sucesor. Sin embargo, en la larga transición de la Antigüedad a la Edad Media, este representaba un momento crítico. Y la cámara especial para nacimientos dentro del complejo palaciego ayudaba a Constantino V a encontrar una solución frente a quienes cuestionaban el gobierno de su familia: pretendía que desde ese momento solo a los porfirogénetas se les considerara dignos de gobernar Bizancio.

Naturalmente, esto no sirvió para disuadir a los rivales y usurpadores, que seguirían tratando de hacerse con el poder. Pero la *porphyra* se utilizaría también para otros fines, como, por ejemplo, cuando la emperatriz Irene ordenó que se cegara a su hijo Constantino VI en la misma cámara en la que había nacido. Posteriormente, diversas emperatrices la usarían para la distribución de regalos entre las mujeres aristócratas durante la festividad pagana de la Brumalia. Asimismo, en la situación extremadamente difícil que surgió a comienzos del siglo X, se puede observar que el emperador entonces reinante la utilizó de forma totalmente consciente para reforzar sus intenciones dinásticas.

Dicho emperador es León VI, apodado «el Filósofo» y también «el Sabio» (886-912), que se casó tres veces y tuvo la desgracia de perder a sus tres esposas. La primera, Teófano, fue una mujer que se mantuvo en santa reclusión antes que ser una emperatriz activa. Tras su muerte, el emperador conmemoró su vida en varios frescos pintados en el Gran Palacio, y luego se casó con su amante, Zoé Zautzina, que murió sin darle ningún heredero legítimo. Para poder casarse por tercera vez, el emperador hubo de cumplir una severa penitencia, ya que la Iglesia tenía unas reglas muy claras con respecto a la institución del matrimonio cristiano. Incluso el

segundo solo era posible si no había hijos del primero, y un tercero se consideraba inapropiado. Tras la penitencia, no obstante, León consagró debidamente a Eudocia Baiana como su tercera emperatriz. Pero tiempo después, tanto ella como su bebé morirían en el parto, en 901. Ello ponía al emperador en una situación muy difícil, ya que necesitaba desesperadamente un hijo y heredero para que le sucediera en el trono. Sin embargo, el patriarca Nicolás I el Místico le recordó cuáles eran los reglamentos eclesiásticos: «Entrar en un cuarto matrimonio es un acto bestial solo digno de los animales inferiores».

El emperador, pues, vivió con su amante, Zoé Carbonopsina («la de los ojos negros»), hasta que estuvo a punto de dar a luz, momento en el que León la mandó trasladar a la *porphyra*. Allí nacería finalmente su anhelado hijo en mayo de 905. Aunque la tradición exigía que se pusiera al niño el nombre de Basilio en honor a su abuelo paterno (Basilio I), León decidió llamar al porfirogéneta Constantino en homenaje a todos los gobernantes que habían llevado ese nombre desde Constantino I, el fundador del imperio cristiano y de su capital. Pero dado que el patriarca Nicolás seguía oponiéndose férreamente a Zoé Carbonopsina, su hijo solo fue bautizado después de que León accediera a abandonar a su amante y enviarla a un convento de monjas. De ese modo, Constantino fue reconocido como hijo de León. Más adelante, sin embargo, el emperador instaló a Zoé en palacio y sobornó a un sacerdote para que les casara. El patriarca Nicolás se puso furioso, y castigó aquella flagrante violación del derecho canónico excluyendo a León de la Iglesia durante casi un año.

A la larga se llegó a un compromiso, y en el denominado *Tomo de Unión*, Nicolás estipuló que jamás volverían a permitirse cuatro matrimonios. Constantino fue reconocido

como heredero de su padre, y llegaría a convertirse en el más famoso de todos los vástagos nacidos en la púrpura, siempre identificado por su apelativo de porfirogéneta para subrayar su legitimidad. No obstante, ni siquiera eso pudo asegurar un relevo de poder pacífico tras la muerte de León en 912. Tras el breve reinado de solo trece meses de su hermano Alejandro, a los ocho años de edad Constantino quedó como único gobernante. En 913, el Consejo de Regencia incluyó en el gobierno a su madre y al patriarca Nicolás, que, comprensiblemente, seguía sintiendo antipatía por él. Seis años después, bajo el pretexto de proteger la herencia de Constantino, Romano Lecapeno, el gran almirante de la flota, usurpó la autoridad imperial; gobernaría desde 920 hasta 944, promoviendo a sus propios hijos a los más elevados puestos. Aunque nominalmente era emperador desde 913, Constantino no logró expulsar a la familia Lecapeno hasta 945. Su aura púrpura le sostuvo durante veintiséis años, y reinaría hasta 959. Se convirtió en erudito y pintor, actuando como mecenas de orfebres, iluminadores de manuscritos y otros artesanos, y alentó un renacimiento del arte, a menudo basado en temas de la mitología antigua.

Por entonces, el apelativo de porfirogéneta era reconocido en Occidente como una designación especial, lo que provocaba una presión regular en favor de la consecución de alianzas matrimoniales en las que participara una auténtica novia imperial. Como ya hemos visto, Constantino VII Porfirogéneta rechazó enérgicamente tales requerimientos, tratando a las princesas bizantinas de manera parecida a la enseña imperial o el fuego griego. Durante su propia lucha por reafirmar el derecho a la herencia imperial, Constantino desarrolló una exaltada noción de lo que significaba haber nacido en la púrpura. Así, condenó a León III por elegir a una princesa jázara para su hijo, lo que acarreó «gran deshonra al

imperio de los romanos», y a Romano I por permitir que su nieta María Lecapena se casara con Pedro de Bulgaria. En relación con este matrimonio inapropiado, Constantino describía a Romano del siguiente modo:

> [era] un tipo ordinario e iletrado […] no era de imperial y noble raza, y por esta razón en la mayoría de sus acciones se mostró demasiado arrogante y despótico […] y puesto que hizo esto [el matrimonio] contrariamente al canon y la tradición eclesiástica y a la ordenanza y mandamiento del grande y santo emperador Constantino [I], fue sobremanera insultado y escarnecido y odiado por el Consejo Senatorial y por el común del pueblo y la propia Iglesia.

Pese al desprecio mostrado por Romano I, el hijo mayor de Constantino fue debidamente bautizado con el nombre de Romano en honor a su abuelo, y luego se casó con una princesa occidental, Berta. En su libro de consejos *Sobre el gobierno del imperio*, Constantino pone especial cuidado en subrayar la distinguida ascendencia de Berta. Su padre, el rey Hugo,

> descendía de la familia del gran Carlos, un hombre sobremanera celebrado en canciones e historias y autor de heroicas gestas de guerra. Este Carlos fue gobernante único de todos los reinos y reinó como emperador en la gran Francia […] Berta, que vino a Constantinopla y se unió en matrimonio a Romano, el hijo nacido en la púrpura de Constantino, el soberano amante de Cristo, recibió su nombre en honor a su abuela, me refiero a la gran Berta, y ella, la joven Berta, cambió su nombre por el de Eudocia en honor a la abuela y la hermana de Constantino, el soberano amante de Dios[47].

Eudocia, sin embargo, murió poco después, y Romano II (959-963) eligió entonces a una esposa de la que se decía que era la hija de un posadero.

A pesar de su título, muchos porfirogénetas hubieron de sufrir como Constantino VII. Su nieto, Basilio II, también heredó el poder cuando era todavía un niño, en 963, y obtuvo la autoridad imperial en 976. Durante las primeras décadas de su reinado, las familias Focas y Skleros desafiaron su autoridad, mientras Basilio Lecapeno, el *parakoimomenos* —es decir, su jefe de eunucos y chambelán—, ejercía una influencia manipuladora. En 987, cuando Basilio luchaba por

sofocar una revuelta, logró obtener la ayuda militar de Vladimiro de Kiev. Pero hubo que pagar un precio por ello: el joven emperador se vio forzado a prometer que su propia hermana Ana se casaría con Vladimiro. A cambio, el soberano ruso se comprometió a aceptar el bautismo y a cristianizar a sus súbditos. La secuencia histórica de los acontecimientos es objeto de amplio debate, pero el resultado está claro: Ana Porfirogéneta se convirtió en la esposa de Vladimiro y pasó a presidir junto a él su corte en Kiev, donde incorporó los hábitos bizantinos. Los numerosos clérigos bizantinos que la acompañaron desde Constantinopla también impusieron las prácticas ortodoxas, alentando el monasticismo y fomentando la cultura bizantina. Pese a las advertencias de Constantino VII en el sentido de que no se permitiera a las princesas porfirogénetas casarse con extranjeros, en cambio sí se las podía utilizar, y de hecho se utilizaron, en las alianzas diplomáticas, al tiempo que numerosos príncipes bizantinos se casaban con mujeres occidentales.

Los ejemplos más llamativos de porfirogénetas que superaron los obstáculos que se interponían en su derecho a la autoridad imperial son, sin embargo, los de Zoé y Teodora, sobrinas de Basilio II. Dado que el propio Basilio nunca se casó, estas dos hermanas se convirtieron en las últimas herederas de la dinastía Macedonia fundada por Basilio I. Parece extraordinario que ni Basilio II ni su hermano Constantino VIII, el padre de ambas, lograra asegurarse la continuidad de la familia mediante el matrimonio. Zoé, que según parece era una mujer de gran belleza, había sido prometida al joven príncipe medio bizantino Otón III, pero a su llegada a Italia, en 1002, se encontró con que este había muerto. En 1028, cuando el padre de ambas, Constantino VIII, supo que su muerte estaba próxima, dispuso que Zoé se

casara con un general de edad avanzada, Romano III Argiro (1028-1034), pero no tuvieron hijos. Tras la muerte de su primer marido, Zoé elevó al trono a otros tres hombres de su elección: Miguel IV (1034-1041), Miguel V (sobrino de un poderoso cortesano eunuco, al que Zoé adoptó como hijo y que solo llegó a reinar brevemente entre 1041 y 1042) y Constantino IX Monómaco (1042-1055) (lámina 17). Miguel IV se retiró a un monasterio. Miguel V trató de usurpar el poder imperial exiliando a Zoé a un convento de monjas, lo que provocó la revuelta de las gentes de Constantinopla. Luego fue cegado y las dos hermanas porfirogénetas, restauradas en el poder. El incidente refleja el hecho de que la creencia generalizada en la capital del imperio era que Zoé y Teodora eran las únicas herederas legítimas de la dinastía Macedonia.

Con el acuerdo de Zoé, Constantino IX instaló a su amante María Skleraina en el Gran Palacio, en una habitación situada al otro lado de la alcoba imperial. La elevó a un puesto honorario, pero la oposición popular impidió que se la calificara de emperatriz. Pese a sus tres matrimonios, ninguno de los maridos de Zoé le dio el deseado hijo, y en 1050 murió dejando a Constantino IX en el poder. Después, este elevó a un puesto de gran honor a otra amante, dirigiéndose asimismo a ella en privado como emperatriz; en público, sin embargo, Teodora Porfirogéneta siguió siendo la única mujer a la que se permitía usar dicho título. Cuando se enteró de que la muerte de Constantino IX estaba próxima, Teodora volvió a la ciudad y reclamó el trono, ganándose el apoyo de la guardia imperial. El historiador del siglo XI Miguel Pselo escribe:

> Hubo ciertos factores que hicieron que su influencia sobre ellos fuera todopoderosa: el hecho de que hubiera «nacido en la púrpura», su carácter afable, las tristes circunstancias de su vida anterior[48].

Pese a su largo período de reclusión forzosa, «asumió las responsabilidades de un hombre» y gobernó en solitario como si finalmente hubiera podido cumplir su vocación imperial.

Aunque las dos hermanas porfirogénetas reafirmaron de manera sucesiva su derecho a gobernar, la dinastía Macedonia llegó a su fin con la muerte de Teodora en 1056. Luego la familia Ducas trató de utilizar la *porphyra* para establecer su dinastía, pero solo tuvo éxito en su empeño cuando gobernó en coalición con el clan Comneno, que tomó el poder en 1081. Alejo I Comneno y su esposa Irene Ducaena tuvieron nueve hijos, todos ellos nacidos en la *porphyra*, y la mayor de todos, Ana Comnena, basaría su elevada consideración de su propia autoridad precisamente en ese hecho. Aunque creía que, en calidad de primogénita, tenía derecho a la herencia imperial, fue su hermano Juan II, más joven, quien se convirtió en emperador a la muerte de su padre, y luego fue el hijo de Juan, Manuel, el que heredó el título. Sin embargo, el último representante de la dinastía Comneno de porfirogénetas aclamado como soberano, Alejo II (1180-1182), sería derrocado por su tío Andrónico II (1182-1185) y asesinado. Así, aunque la *porphyra* había ayudado a consolidar la dinastía de la familia Comneno, no pudo asegurar su sucesión con un joven príncipe.

Como ya hemos visto, cada vez que uno de los porfirogénetas no tenía edad suficiente para poder gobernar en solitario, otros podían usurpar el poder que el apelativo llevaba aparejado. Hubo emperatrices madres, como Teodora en 843 y Zoé Carbonopsina en 913, que ejercieron como regentes de sus hijos, siguiendo el ejemplo de Irene. Hubo asimismo, en circunstancias adversas, eunucos ambiciosos como Basilio Lecapeno o Juan el Orfanotrofo, tío de Miguel V, que se declararon protectores de los porfirogénetas. Pero

las gentes de Constantinopla, y probablemente también las de fuera de ella, mantuvieron siempre una gran lealtad a quienes ostentaban el apelativo de «nacidos en la púrpura», y en diversas ocasiones incluso intervinieron para defenderlos frente a sus rivales. El duradero prestigio del término queda ilustrado en el hecho de que, a partir de 1204, los miembros de la familia Láscaris, que gobernaba en Nicea, lo reclamaran para sí pese a que era imposible que hubieran nacido en la *porphyra*. El de porfirogéneta se convirtió, pues, en otro título más con el que se distinguía al emperador, y sería utilizado por la dinastía Paleólogo hasta 1453. La sencilla innovación de utilizar una sala de partos púrpura a fin de garantizar la legítima autoridad imperial persistiría durante setecientos años más y beneficiaría a cuatro dinastías reinantes distintas en Bizancio. Ningún otro imperio ideó un mecanismo tan claro y convincente.

18
El monte Athos

> He descubierto por experiencia que es acertado y beneficioso […] que todos los hermanos vivan en común. Todos juntos aspiran al mismo objetivo de la salvación […] Forman un solo corazón en su vida en común, una voluntad, un deseo y un cuerpo, tal como prescribe el apóstol[49].
>
> *Typikon* de SAN ATANASIO, 973-975

El promontorio de Athos forma la rama más oriental de las tres en las que se divide la península de Calcídica, unida al resto de Grecia por un estrecho istmo. Esta penetra hasta 45 kilómetros en las aguas del Egeo norte, con una abrupta pendiente desde el mar, es boscosa y relativamente inaccesible, y culmina en un cono montañoso de más de 2000 metros de altitud (lámina 1). Mucho antes de que se crearan los primeros monasterios, esta estrecha franja de tierra fue escogida por diversos anacoretas aislados que buscaban un refugio remoto y deshabitado del mundo. Al igual que otras zonas montañosas inhóspitas, como Bitinia, en Asia Menor occidental, esta se consideraba un equivalente de los áridos desiertos a los que se retiraron los primeros monjes. Alimentados por los escritos y las máximas (*apophthegmata*) de los originarios «Padres del Desierto», los eremitas del monte Athos adaptaron las instituciones de los siglos IV y V a un nuevo entorno. En este contexto, es posible que la experiencia del exilio de los monjes iconófilos viniera a crear nuevas oportunidades; tras la reanudación de la iconoclasia en 815, cuando san Teodoro —abad del monasterio de Studios, en Constantinopla— fue desterrado, él y varios discípulos pasaron algún tiempo en Tesalónica, cerca de la península athonita.

El monte Athos se convirtió en una célebre montaña sagrada, habitada por monjes que se negaban a admitir a

ninguna mujer en su recluida existencia. Su fama se basaba en unas tradiciones heredadas de vida espiritual cuyo origen se remontaba a los primeros días del cristianismo. Los monjes bizantinos obtuvieron una rica inspiración de los primeros centros monásticos en Egipto, Palestina y Siria, que generaron textos escritos sobre la vida monástica, guías para el desarrollo espiritual, registros de logros ascéticos, oraciones e himnos. Cada nueva generación vino a añadir nuevos comentarios a este material, además de desarrollar nuevos textos sobre la disciplina monástica y nuevas formas de organizar los monasterios. Los distintos tipos de estructura monástica estaban representados por los anacoretas aislados, eremitas que vivían en una especie de comunidad dispersa (o *lavra*, castellanizado como «laura»), y por aquellos grupos que habían elegido la vida en común (*koinos bios*, de donde se deriva el término «cenobio», sinónimo de monasterio). Esta última se convertiría en la opción predominante en el monte Athos durante la Edad Media.

Las comunidades del monte Athos se inspiraban en las primeras tradiciones cristianas de Oriente Próximo, pero poco a poco fueron pasando a formar un tipo distinto de montaña sagrada, con su propia constitución. Desde sus mismos comienzos, posiblemente ya durante la controversia iconoclasta, esta sustentaba a unas comunidades autosuficientes que vivían según las reglas establecidas por sus fundadores. También los emperadores bizantinos auspiciaban el monte Athos, y algunos se hicieron monjes allí. Aun después de la caída de Bizancio, en 1453, el lugar siguió alimentando la vida monástica bajo la ocupación otomana con la ayuda de diversos estados ortodoxos, incluido el Imperio ruso. En 1924, la Constitución del Monte Athos reconocería la autonomía de la Montaña Sagrada dentro del moderno estado de Grecia.

Aunque los registros más antiguos de la vida monástica cristiana contenían numerosos reglamentos —que iban desde el gobierno atribuido a Pacomio hasta las respuestas que daba san Basilio a las preguntas que se le formulaban (en las denominadas «Regla Larga» y «Regla Corta»), pasando por las instrucciones contenidas en la *Vida de Antonio*—, no había un documento único que regulara los monasterios del Mediterráneo oriental. En contraste con la Regla de san Benito, que en Occidente inspiró una orden monástica definida, cada monasterio oriental establecía sus propios reglamentos, al tiempo que los anacoretas aislados seguían profesando la vida eremítica a su propia manera. Las llamativas tradiciones de los estilitas de los siglos V y VI inspiraron a otros seguidores hasta el siglo XI en el monte Galesio —en Asia Menor—, así como en la Grecia central (aunque no en el monte Athos). Los grupos de eremitas dispersos podían reunirse los domingos para participar en la liturgia y regresar luego a sus celdas aisladas, extendiendo así el modelo de la laura siria y palestina. Aunque las conquistas islámicas del siglo VII forzaron a muchos monjes a huir de sus originales hogares, encontraron entornos más receptivos en Bizancio, Italia (especialmente Roma) y Asia Menor (las montañas de Capadocia y de Bitinia). Estudiando los mismos textos, que enseñaban la autodisciplina corporal a través de los ejercicios espirituales, atrajeron a nuevos seguidores con su ejemplo.

Para los monjes y monjas partidarios de los iconos, la persecución iconoclasta no representó otro trastorno más, sino que vino a alentar la veneración privada de los iconos, que habían de mantenerse ocultos. Para quienes aceptaron la reforma espiritual del culto, el apoyo a la iconoclasia comportó diversas recompensas, incluido el uso de edificios de los que previamente se había expulsado a los iconófilos. El

período de persecución activa generó, pues, una considerable movilidad, que vino a reforzar la antigua tradición de vida errante, cuando los monjes que habían adoptado una vida de absoluta pobreza viajaban de un centro a otro, viviendo de la caridad cristiana. Esta seguiría siendo otra de las características del monasticismo cristiano, y permitiría a los monjes realizar peregrinaciones a monasterios especialmente sagrados y visitar a sus jefes espirituales. En Bizancio, el principio occidental de permanecer en un mismo lugar se aplicaría con más frecuencia a las monjas que a los monjes.

Aunque a los monjes del monte Athos se les atribuye el mérito de haber desempeñado un importante papel en el Triunfo de la Ortodoxia, en 843, no está tan claro que fuera así. Los miembros de la comunidad de Studios, así como otros grupos, tuvieron un mayor protagonismo en la revocación de la iconoclasia por parte de Teodora. La vida monástica en Athos se desarrolló con lentitud, desde los eremitas aislados y dispersos a lo largo de determinadas áreas hasta las comunidades establecidas que vivían en alojamientos especialmente construidos. El principio cenobítico de la vida en común solo fue surgiendo poco a poco, y se vio favorecido por fundadores como Eutimio el Joven, que visitó Athos por primera vez en torno a 859. Once años después, el mismo santo transformó una iglesia en ruinas situada en Peristéri, cerca de Tesalónica, en un monasterio consagrado a san Andrés. En 883 se había establecido otra comunidad en Kolobou, cerca de la sede episcopal de Hierissos, pero no en la propia península. Aunque la antigua historia del monasticismo en la Montaña Sagrada está salpicada de numerosas figuras legendarias, no hay duda de que el monje Eustatio, que aparece mencionado en un documento fechado en 894, existió realmente. Actuó como padre espiritual de una dama viuda, Gregoria, que

decidió vender su propiedad a la comunidad monástica de Eustatio. Con la aprobación de sus hijos, Gregoria conservó únicamente la tierra que le había prometido a su esclavo, que había de ser liberado cuando ella muriera. Como condición del acuerdo, los monjes habrían de rezar por su alma. El registro de esta venta revela, pues, una de las formas más comunes en las que los monasterios de la Montaña Sagrada empezaron a florecer.

Para crear un monasterio, los eremitas tenían que empezar por construir una iglesia donde poder celebrar la liturgia. Normalmente el fundador desempeñaba un importante papel en dicha actividad. Más tarde se añadían las celdas para los monjes, un refectorio donde pudieran comer juntos, edificaciones anexas para la cocina, la lavandería, las medicinas (elaboradas en gran medida a partir de la propia huerta de hierbas medicinales) y las despensas. El fundador regulaba su nuevo monasterio por medio de una regla (*typikon*), a menudo basada en documentos ya existentes, como la elaborada por san Teodoro para el monasterio de Studios, en Constantinopla, a finales del siglo VIII, que luego sería ampliamente copiada. También podía hallar inspiración en antiguos textos cristianos, especialmente las Reglas Larga y Corta de san Basilio, recopilaciones de cánones eclesiásticos y consejos de hombres santos. Estas reglas representan una sistematización de la teología cristiana del monasticismo. Cada una de ellas especifica las rutinas que hay que seguir: a qué horas deben celebrar los monjes la liturgia, cuándo han de trabajar en los campos y cuándo se les permite coger libros de la biblioteca, además de qué han de comer y cómo han de vestir. Dado que las diversas reglas presentan características muy similares, las rutinas monásticas resultan bastante comunes. Las menciones de una enfermería donde poder cuidar de los monjes enfermos y ancianos, de una especie de

cárcel donde encerrar a los culpables de pecados graves con una dieta de pan y agua, y de celdas externas habitadas por los monjes que desearan realizar sus devociones en solitario, reflejan las preferencias individuales de cada fundador. También podía haber un osario para guardar las reliquias de los antiguos monjes, que se transferían desde los cementerios con la debida reverencia. Así se hizo en el monasterio de Santa Catalina, en el monte Sinaí, donde todavía hoy los visitantes pueden ver los cráneos y huesos de cientos de antiguos miembros de la comunidad (lámina 2). Cualesquiera que fuesen las variaciones entre monasterios, todos los monjes hacían los mismos votos fundamentales de castidad perpetua, pobreza y obediencia a su abad. La ceremonia formal de admisión incluía un simbólico corte de pelo, aunque más tarde los monjes ortodoxos normalmente se dejarían crecer el cabello y se abstendrían de cortárselo. Aunque siempre se les puede identificar por sus vestiduras negras, no existe la tonsura circular como en Occidente.

Dado que la península de Athos es montañosa y no apta para el cultivo de cereales, los monjes que la habitaban necesitaban donaciones de tierras cercanas y propiedades que pudieran abastecerles de productos alimenticios. De ahí la estrecha relación con la población seglar local, a la que se proporcionaba guía espiritual y asistencia, mientras que, a cambio, esta contribuía al sostenimiento de los monasterios con donaciones. La dinámica de reclutamiento de nuevos miembros para las comunidades se desarrolló a partir de esta integración local, y ello, a su vez, extendió la fama de los nuevos monasterios, atrayendo a hombres de lugares más distantes. A medida que los recursos de los monasterios fueron aumentando, estos vinieron a crear una vía a través de la cual las grandes familias adineradas podían invertir en la vida espiritual: ahora un hijo varón podía consagrarse a la

vida monástica; otro a la militar, y al más joven se le podía convertir en eunuco y enviarlo, junto con una hija hembra, a la corte imperial.

Asimismo, los grandes benefactores seglares deseaban ser recordados mediante oraciones por la salvación de su alma. Desde los primeros tiempos de la historia del monte Athos, y por la misma razón, los emperadores trataron de establecer una estrecha asociación con los monjes. En 883, Basilio I promulgó un decreto imperial protegiéndoles de los pastores locales que trataban de llevar a pastar a sus rebaños a la península. Entre 941 y 942, Romano I Lecapeno asignó a los monjes athonitas una pensión anual y fijó la frontera en Hierissos. Unos catorce años después existía ya el primer monasterio con nombre propio, el de Xiropotamou (literalmente, «río seco»), cuya fundación se atribuye a un tal Pablo el Xiropotamita, a quien un seglar llamado Juan hizo una donación en 956. En cuanto se convirtió en emperador, en 963, Nicéforo Focas hizo grandes donaciones al monasterio de Laura; una subvención anual de 244 monedas de oro y el suministro de trigo vinieron a garantizar su rápido crecimiento.

La historia de este monasterio, que más tarde pasaría a conocerse con el nombre de Gran Laura, está registrada en dos versiones distintas de la *Vida* de san Atanasio. Este nació en Trebisonda, a orillas del mar Negro, alrededor de 925, y antes de abrazar la vida monástica, fue maestro en Constantinopla. Como todos los novicios, buscó el consejo de un asceta experimentado, Miguel Maleinos, que dirigía un grupo de eremitas en el monte Kyminas, en Bitinia. Uno de sus compañeros en esta formación espiritual fue Nicéforo Focas, que más tarde se convertiría en emperador. Desde Bitinia, Atanasio pasó a Athos con la intención de retirarse del mundo. La mención de esta clase de viajes de larga

distancia, como es el de Trebisonda a Athos, no resulta infrecuente en las historias de los monjes medievales, que a menudo hacían peregrinaciones a Jerusalén, Roma y el Sinaí. Pese a los esfuerzos de Atanasio por pasar desapercibido, su fama atrajo a diversos seguidores, y entre 963 y 964 el apoyo imperial posibilitó la fundación del monasterio. Como abad de este, Atanasio escribió su regla y varios otros documentos destinados a guiar a los monjes que tenía a su cuidado. Durante los treinta años siguientes, el número de estos aumentó con tal rapidez que se hizo necesaria la construcción de nuevos edificios. Surgió así un monasterio amurallado de gran envergadura. Atanasio murió alrededor del año 1001, tras caer de una escalera a la que se había subido para inspeccionar la construcción de una nueva iglesia.

Pero la expansión monástica no se limitó a Athos; en todos los rincones del imperio, incluidas las ciudades, hubo fervientes cristianos y benefactores seglares que respaldaron nuevas fundaciones. En Capadocia, diversos descubrimientos inesperados realizados en los valles calcáreos de Göreme y Peristremon han revelado la presencia de estructuras excavadas en la roca, tanto civiles como eclesiásticas, algunas de ellas decoradas con frescos de gran calidad (lámina 13). Sin embargo, no se ha conservado ningún texto que documente quiénes fueron los constructores —que bien pudieron haber sido monjes— de esas iglesias rupestres de los siglos X y XI. En cambio, en Steiris, en la Grecia central, la *Vida* de san Lucas, redactada por sus discípulos, describe cómo este convirtió su jardín en «un hermoso paraíso», pero ocultó su celda «tras un matorral a fin de que resultara difícil de divisar para la mayoría de la gente. Su propósito fue siempre cortar de raíz los impulsos de vanagloria […] y parecerse más a un muerto que a un vivo» (lámina 31). Del mismo modo, el monje Juan Xenos escribió un relato sobre sus propios esfuerzos por

construir iglesias, plantar árboles y cultivos, instalar colmenas, y formar y establecer comunidades monásticas en numerosos lugares montañosos de Creta, algunos de los cuales se han podido identificar. Durante más de treinta años se trasladó de un sitio a otro, recabando el apoyo de la población local para colaborar en las tareas de excavación y construcción de los edificios, y en 1082 viajó a la capital a fin de obtener la protección patriarcal para ellos.

Para algunos bizantinos, el monasticismo urbano representaba una contradicción intrínseca, dado que llevaba a quienes se habían consagrado a una vida de oración, contemplación y silencio al animado bullicio de la ciudad. Pero como hemos visto, en el siglo V se había permitido a los monjes establecerse en Constantinopla, y florecieron numerosas comunidades protegidas por altos muros. Algunas de ellas, como los monasterios de Studios, Chora, Evergetis y Dalmatou, se harían célebres y llevarían una existencia ininterrumpida durante siglos. Dalmatou, el primero que se fundó, justo en la parte exterior de las murallas de Constantinopla, en 382, seguiría en activo hasta el siglo XII, cuando se reconvirtió en un convento de monjas. Muchos otros, como los de Myrokeraton, Xylinites o Koukoubiou, se conocen solo por una única mención y todavía no han podido ser identificados. Este es también un rasgo común de los conventos femeninos, en general mucho menos documentados que los masculinos.

Desde tiempos muy antiguos, las mujeres bizantinas habían compartido también la decisión de consagrar su vida a Cristo, y algunos Padres del Desierto establecieron casas para ellas. También se fundaron comunidades femeninas en el entorno urbano, también bajo la protección de un obispo. En Constantinopla, el patriarca Juan Crisóstomo (390-404) apoyó el convento de monjas fundado por Olimpia, una rica

heredera, que además hizo generosas donaciones de su herencia a la Iglesia. En la correspondencia que mantuvo con ella, Juan elogiaba su dedicación y apreciaba su apoyo material al monasticismo. Su fundación se mantendría activa durante dos siglos, probablemente más, ya que a comienzos del siglo VII la abadesa Sergia escribió un relato sobre la milagrosa recuperación de sus sagradas reliquias. Pero este es un caso excepcional. A partir de las *Vidas* de varias santas se ve claramente que su compromiso con la vida monástica igualaba a la de los hombres; sin embargo, lo más probable era que los conventos de monjas —ya fuera en las ciudades o en el campo— no sobrevivieran más de un par de generaciones después de su fundadora. Durante la persecución iconoclasta, cuando se privatizó la veneración de iconos, las mujeres mantuvieron su devoción en sus propios hogares más que en los conventos de monjas. Es probable que esto alentara un modelo posterior de «santidad doméstica», que permitiría llegar a santas a mujeres seglares casadas, como santa María la Joven en el siglo X.

Aunque los monasterios se expandieron por todo el territorio de Bizancio, Athos desarrolló su propio sistema de gobierno. Inicialmente, todos los que estaban registrados como monjes o eremitas en la Montaña Sagrada elegían a un *protos* (literalmente, «el primero») para que les representara en sus relaciones con el mundo exterior. Más tarde surgió un consejo de monasterios como entidad gobernante, aunque Laura, Vatopedi e Iviron —una comunidad de monjes georgianos— permanecieron independientes, y sus abades tenían precedencia sobre el *protos*. Karyes se convertiría en el centro administrativo de la Montaña Sagrada, y allí se celebrarían reuniones bianuales de todos los monjes. Aunque tanto los emperadores como los patriarcas trataron de influir y de regular las relaciones entre los diversos grupos que

integraban la federación monástica de Athos, los principales abades negociaron diversos privilegios para sus comunidades. Así, consiguieron que se aumentaran las exenciones a todos los impuestos imperiales, además de que se incrementara el número de barcos en los que transportaban sus productos a los mercados.

En 1045, Constantino IX Monómaco promulgó un nuevo estatuto para la Montaña Sagrada, que señalaba y corregía varios problemas. Algunos monjes se quejaban de la admisión de eunucos y muchachos jóvenes, del tamaño de los barcos monásticos y su uso con fines comerciales, del empleo de ganado, de la tala de leña y la exportación de madera para la construcción; había que corregir todo eso. Era evidente que el emperador había tomado conciencia de las intrigas entre facciones, así como de diversos actos poco canónicos tales como la ordenación como diáconos y sacerdotes de muchachos que no tenían la edad requerida para ello. Instaba, pues, a «todos los ancianos más devotos» a asistir a la asamblea general y «participar en la decisión con el temor de Dios y con la verdad, libres de todos los favoritismos y sobornos, de los sentimientos partidarios, de la parcialidad y de cualquier otra pasión: de la envidia, el antagonismo y la vengatividad»[50].

Algunos de estos problemas habían surgido de la rápida expansión en el número de monjes, lo que se traducía en el hecho de que no hubiera comida suficiente. La Montaña Sagrada atraía a gentes de todos los rincones del universo cristiano, primero como visitantes o peregrinos, y luego como hermanos comprometidos ya con la vida monástica. Mientras Iviron pretendía ser una comunidad de georgianos, los monjes benedictinos de Amalfi, en el sur de Italia, fundaron tres casas en el monte Athos, al tiempo que numerosos

armenios, eslavos y búlgaros se establecían también en la montaña. En el siglo XII, los monjes procedentes de Rusia, Bulgaria y Serbia pasarían a desempeñar un papel mucho más importante en el monte Athos a través, respectivamente, de sus casas en Pandeleimonos, Zografou y Chelandariou, donde se retirarían el gobernante serbio Stefan Nemanja y su hijo, que pasaría a la posteridad como san Sava. El monte Athos acogía a ortodoxos de todas partes, y mantenía contactos con el monte Sinaí y otras casas distantes. Algunos monjes que visitaron la Montaña Sagrada y se formaron allí espiritualmente pasaron luego a fundar sus propios monasterios en otros lugares, mientras que otros accederían a obispados e incluso al patriarcado.

Por más que la expansión del monasticismo en el monte Athos contara con el respaldo del mecenazgo imperial, los abades trataron de mantener sus grandes propiedades libres de los impuestos imperiales. Pero los emperadores no siempre se mostraron dispuestos a otorgar garantías de exención, ni tampoco a aprobar la fundación de nuevos monasterios a expensas de otras casas más antiguas a las que a menudo se dejaba deteriorar. Así, en una serie de leyes promulgadas en el siglo X (véase el capítulo 14), los soberanos trataron de concentrar la devoción religiosa en los monasterios ya existentes. Aunque había respaldado a Atanasio en su monasterio de Laura, en 964 también Nicéforo Focas vino a reforzar dichas leyes, aunque sin éxito. Los benefactores seglares a menudo trataban de crear comunidades propias, que llevaran su nombre y conmemoraran su muerte, y el prestigio de Athos no dejaba de fomentar las donaciones.

Al final del período bizantino, los monjes de Athos se enzarzaron en un vigoroso debate teológico en torno al denominado «hesicasmo» (del griego *hesychia*, literalmente «silencio», «quietud»), que vino a poner de manifiesto la

importancia de la Montaña Sagrada en la vida religiosa del imperio. A comienzos del siglo XIII, Gregorio el Sinaíta, que se había formado en el monte Sinaí, introdujo las prácticas hesicastas en Athos. Estas se basaban en la repetición de la sencilla oración «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten misericordia de mí», combinada con ejercicios de respiración destinados a potenciar la concentración y elevar la conciencia espiritual del monje a un nivel superior. La teoría hesicasta atrajo de manera natural a los eremitas athonitas, que ya de por sí vivían en aislamiento y seguían su propia rutina de oración (denominada «idiorritmo»). Luego adquiriría mucha mayor prominencia y fuerza gracias a Gregorio Palamas (1296-1359), abad de Esfigmenou, una de las comunidades más antiguas de la Montaña Sagrada. En sus escritos, Palamas desarrolló los principios hesicastas, que se inspiraban en el momento en el que los discípulos de Cristo presenciaron la luz increada del Cristo transfigurado en el monte Tabor (Mateo, 17, 1-6). Para él, los monjes con una conciencia superior podían experimentar la energía divina y la luz increada, haciéndose semejantes a Dios:

> Los que han agradado a Dios y alcanzado aquello por lo que vinieron al ser, a saber, la divinización (*theosis*), están, pues, en Dios, ya que han sido divinizados por Él, y Él está en ellos, ya que es Él quien les diviniza. En consecuencia, también ellos participan de la energía divina[51].

Esta afirmación fue ardientemente discutida por Barlaam de Calabria, un monje ortodoxo del sur de Italia, y por muchos otros, que ridiculizaron a los hesicastas acusándoles de «mirarse el ombligo». En 1339, Barlaam, abad de Akataleptos, un monasterio de Constantinopla, fue enviado por Andrónico III en varias misiones diplomáticas a Occidente relacionadas con una propuesta de reunión de las Iglesias oriental y occidental. Dada su cultura bilingüe, conocía la teología de santo Tomás de Aquino (que todavía

no había sido traducido al griego), la cual vino a reforzar sus dudas en torno al misticismo espiritual encarnado por el hesicasmo. En varios escritos dirigidos contra Gregorio Palamas, expresaba una firme crítica de las prácticas hesicastas, lo que llevó a su condena por parte de un concilio eclesiástico local en 1341. Un año después se convirtió a la fe católica romana y fue nombrado obispo de Gerace, en el sur de Italia. Aunque sus adversarios destruyeron la mayoría de sus escritos, parece ser que se inspiraba en el aristotelismo lógico de Tomás de Aquino, que oponía a la teología platónica y neoplatónica de los hesicastas. En ese sentido, Bizancio desarrolló una peculiar espiritualidad mística que jamás tuvo parangón en Occidente, y que, de hecho, parece bastante más próxima a muchas religiones orientales. De ese modo, vino a diferenciar la tradición ortodoxa de la teología intelectual de Occidente, donde los monjes contribuían directamente a la argumentación filosófica y el razonamiento lógico.

Durante la guerra civil de 1341-1347 (véase el capítulo 26), el emperador Juan VI Cantacuceno nombró a Palamas arzobispo de Tesalónica y respaldó su elaboración de la teología hesicasta. Los monjes de Athos se implicaron, así, en la disputa entre Palamas y Barlaam, y participaron en los concilios de 1341, 1347 y 1351, que respaldaron al primero y condenaron al segundo (lámina 39). Los elementos místicos de las antiguas oraciones cristianas, elaborados inicialmente por Gregorio el Sinaíta y desarrollados más tarde por Gregorio Palamas, se vieron potenciados hasta convertirse en un rasgo característico de la ortodoxia. De ese modo, Bizancio abrazó una práctica espiritual que le debía mucho al neoplatonismo, y rechazó la aplicación aristotélica de la lógica a la teología debida a Tomás de Aquino y desarrollada en Occidente. La oposición afloró en el Concilio de Ferrara-

Florencia (1438-1439), cuando los eruditos occidentales derrotaron a los teólogos orientales con argumentos basados en las técnicas aristotélicas. Pero en aquel mismo encuentro, la exposición de antiguos textos platónicos por parte del erudito bizantino Jorge Gemisto Pletón dejó embelesados a los filósofos occidentales, que no estaban familiarizados con ellos.

Aunque los cruzados occidentales habían respetado la autonomía de Athos, su prosperidad fue objeto de una atención hostil por parte de los mercenarios almogávares a comienzos del siglo XIV y de los turcos más tarde, que redujeron sus propiedades fuera de la península y obligaron a huir a algunos monjes. Unos cuantos de ellos se establecieron en Meteora (nombre que significa literalmente «en el aire»), en la Grecia central, donde podían repeler cualquier ataque militar desde lo alto de las elevaciones rocosas. Sin embargo, en los siglos XIII y XIV siguieron fundándose nuevas comunidades en Athos, y florecieron asimismo otras formas menos organizadas de vida monástica. El avance de los otomanos en los Balcanes supuso un cambio, marcado por períodos de ocupación temporal y, finalmente, por el control de la Montaña Sagrada en 1430. Aunque se permitió la continuidad de los monasterios como instituciones independientes a cambio de un tributo anual, sus condiciones espirituales y materiales declinaron.

La suerte del monte Athos durante el período del gobierno turco es una triste historia de venta de manuscritos y de una creciente dependencia de los benefactores rusos. Como jefe de la comunidad (o *millet*) ortodoxa griega, el patriarca de Constantinopla obtendría un mayor control sobre los monasterios, tal como se reconocería al final de la Primera Guerra Mundial y se confirmaría en Lausana en 1923. Sin embargo, los acontecimientos más recientes han favorecido al

monte Athos. En particular, la desintegración de la Unión Soviética y el levantamiento de las restricciones sobre la observancia religiosa se han traducido en la afluencia de nuevos miembros ortodoxos a los monasterios. Actualmente muchos de ellos provienen de las comunidades fruto de la diáspora griega en Norteamérica y Australia, así como de las ortodoxas del continente asiático y de los Balcanes. Contra todo pronóstico, hoy se está reescribiendo la historia de la Montaña Sagrada, con teléfonos móviles, ordenadores y lanchas motoras. Se restauran edificios, se pintan nuevos iconos, se preservan frescos y manuscritos medievales. Así, en el siglo XXI, esta venerable institución bizantina está hallando un nuevo fundamento sobre el que asentarse.

19

Venecia y el tenedor

> Ella no tocó la comida con las manos, sino que, cuando los eunucos la hubieron cortado en trozos pequeños, se los llevó delicadamente a la boca con un pequeño tenedor de oro de dos puntas[52].
>
> PEDRO DAMIÁN, *Institutio monialis, c.* siglo XI

Desde el momento (en 1004-1005) en que la aristócrata bizantina María Argyropoulaina utilizó su pequeño tenedor de oro en Venecia, los hábitos alimenticios de Occidente ya no volverían a ser los mismos. Aunque inicialmente fueron condenados por pretenciosos, los tenedores se convertirían en objetos de lujo, a menudo fabricados con metales preciosos con mangos de ébano o de marfil, coleccionados por los monarcas y luego legados a las iglesias. Los romanos ya habían utilizado tenedores en su antigua costumbre de comer reclinados en divanes, pero luego, en la alta Edad Media, divanes y tenedores pasaron al olvido. En lugar de ello, para pinchar la carne se usaban instrumentos primitivos con una sola punta, parecidos a cuchillos, mientras que la gente comía con las manos. Nuestro familiar tenedor, al que el sociólogo Norbert Elias atribuiría un papel «civilizador», volvió a Europa gracias a Bizancio. El tenedor dorado de María representa un buen símbolo de los numerosos aspectos de la influencia cultural bizantina en Occidente.

Dicha influencia resultaría particularmente evidente en un asentamiento del norte del Adriático, fundado por refugiados del territorio italiano durante las invasiones lombardas del siglo VI, que se convertiría en la ciudad de Venecia (véase el capítulo 6). Tras huir, junto con sus riquezas, a los bancos de arena que formaban las islas de la laguna, sus habitantes se hicieron expertos marineros y armadores, explotando las

reservas locales de pescado y sal. Gobernados por el exarca de Ravena, mantenían unos estrechos vínculos con Constantinopla. A comienzos del siglo VII, el emperador Heraclio proporcionó fondos para la construcción de la iglesia de la Virgen de Torcello (o Santa María Assunta, posteriormente remozada con sus famosos mosaicos y la representación del Juicio Final); por su parte, los lugareños crearon una nueva ciudad llamada Heracleana (Civitas Nova Heracleana) en honor al emperador. La combinación de la riqueza local, el apoyo militar de Ravena, un arzobispado establecido en Malamocco y la inversión cultural de Bizancio vino a crear el núcleo de Venecia, un nombre con el que se incluía a varias comunidades dispersas en varias islas.

Las invasiones lombardas del norte de Italia también supusieron una fuerte presión sobre el exarcado bizantino de Ravena, que rara vez disponía de los fondos o las tropas suficientes para defender el territorio reconquistado por las guerras de Justiniano. En 751, el rey Desiderio finalmente hizo realidad las ambiciones lombardas tomando Ravena, y Bizancio desplazó entonces su atención al nuevo asentamiento de Venecia. Pero los habitantes de este trataron de equilibrar meticulosamente su alianza con Bizancio con su necesidad de disponer de aliados en Occidente. Así, a partir del siglo VIII cultivaron unas estrechas relaciones con los francos a fin de preservar su independencia de otras potencias hostiles, especialmente los lombardos y, más tarde, los húngaros. El antiguo título romano de duque de Venecia fue perdiendo poco a poco sus vinculaciones bizantinas; el *dux* se convirtió en el *dogo*, y bajo la autoridad de este surgió gradualmente un sistema autónomo de gobierno de la ciudad. Los contactos con Oriente se vieron reforzados por el control bizantino de ciertos puertos dálmatas en la orilla oriental del Adriático, al tiempo que los barcos venecianos

proporcionaban un servicio regular a los embajadores que se desplazaban entre Oriente y Occidente. Se sabe que los comerciantes venecianos comerciaban en madera para barcos, trigo, sal y esclavos, mientras que las evidencias arqueológicas sugieren también la circulación de cristal bizantino además de objetos de cerámica, tales como ánforas para transportar vino, cereales y aceite. A finales del siglo IX, el dogo Orso II regaló un conjunto de doce campanas al emperador, que a su vez respondió regalándole sedas.

Asimismo, un lucrativo tráfico de esclavos unía Venecia al mundo musulmán, y ello a pesar de que los papas romanos condenaban regularmente el comercio con no cristianos y los emperadores bizantinos lo prohibían cada vez que entraban en guerra con el islam. Los venecianos siguieron vendiendo esclavos (tanto cautivos cristianos como prisioneros de guerra no cristianos) en los mismos centros del Mediterráneo oriental donde compraban especias, joyas e incienso. En 829, se aprovecharon de la inquietud de los cristianos de Alejandría en torno a una posible persecución musulmana para llevarse clandestinamente de Egipto las reliquias de san Marcos. San Marcos se convertiría entonces en su santo patrón, y su león sigue adornando todavía hoy la bandera de la ciudad. Cuando se construyó una iglesia adecuadamente grandiosa para albergar los preciosos huesos, se adoptó un estilo de arquitectura bizantino. En 976, esta iglesia de San Marcos quedó destruida en un incendio, después de lo cual fue reparada y posteriormente reemplazada por la gran basílica que actualmente domina la plaza de San Marcos (lámina 29). Los arquitectos de Constantinopla, inspirándose en la iglesia de los Santos Apóstoles de la capital bizantina, iniciaron la construcción durante el mandato del dogo Domenico Contarini, a mediados del siglo XI, y crearon un edificio caracterizado por las cúpulas de estilo bizantino y la

decoración con mosaicos, añadiéndole asimismo elementos de la arquitectura occidental. Se instalaron puertas de bronce fabricadas en Constantinopla en la entrada oeste, y detrás del altar mayor se erigió la denominada Pala d'Oro, un magnífico frontispicio bizantino de oro y esmalte, encargado por el dogo Ordelafo Faliero en 1105. Estos tributos a la cultura imperial se verían incrementados a partir de 1204 con materiales expoliados a Bizancio, como los cuatro caballos de bronce del Hipódromo (lámina 30), los pilares labrados de la iglesia de San Polieucto y una escultura de pórfido de los tetrarcas hoy incorporada al muro exterior. La basílica de San Marcos simboliza la gran admiración que sentía Venecia por la cultura bizantina.

Los magistrados venecianos también trataron de obtener títulos y cargos honoríficos de Bizancio. Enviaban regularmente a sus hijos a educarse en la capital, y los casaban con damas bizantinas. María Argyropoulaina encarnaba perfectamente esos fuertes vínculos. Su matrimonio con Giovanni, hijo de Pietro II (dogo de 991 a 1008), fue un símbolo de la gratitud bizantina hacia Venecia por su reciente ayuda naval, que había frustrado un asedio árabe a Bari, en el sur de Italia. Asimismo, venía a unir la familia senatorial de los Argyros y Argyropoulos («hijo de Argyros») a la de los Orseolo, una destacada familia veneciana; un pariente cercano de María, Romano Argyros («Argiro» en la forma castellanizada), sería emperador de 1028 a 1034 con el nombre de Romano III. La boda se celebró en Constantinopla, en el verano de 1004, con gran pompa. El patriarca bendijo a la pareja y los emperadores Basilio II y Constantino VIII les pusieron en las manos las coronas de boda doradas. Cuando María y Giovanni regresaron a Venecia, toda la ciudad acudió a su encuentro en una lujosa recepción, y el nacimiento de su primer hijo, llamado Basilio

en honor al emperador bizantino, fue saludado con gran alegría. Dos años después, sin embargo, los tres morirían durante una epidemia. Pese a ello, su unión vino a reforzar una importante relación entre la república y el imperio.

Constantinopla cultivaba especialmente esas relaciones por razones no solo culturales sino también estratégicas: la flota veneciana se había diseñado para servir a fines militares, además de comerciales, y se revelaría un aliado esencial en los esfuerzos de Bizancio por proteger sus territorios del sur de Italia. Tales relaciones se consagrarían en un documento de marzo de 992, promulgado por Basilio II (976-1025), que otorgaba a Venecia un estatus comercial privilegiado bajo el control directo del ministro de Exteriores. Garantizado por un sello de oro (*chryso-boullos*), y conocido por ello como «crisobula», el documento enumeraba las prerrogativas de las que disfrutaban los mercaderes venecianos a cambio de la ayuda militar y naval. La más importante era la reducción de los cargos de entrada y de salida que se pagaban en el puerto de Constantinopla, una reducción restringida únicamente a los comerciantes venecianos y que no podía hacerse extensiva a comerciantes ni productos de otras ciudades; se excluía expresamente a los mercaderes amalfitanos, lombardos o judíos, así como a los bizantinos de la capital. Citando antiguas costumbres, el imperial documento recordaba que los venecianos siempre habían actuado como leales servidores del emperador, especialmente cuando se les había pedido que ayudaran a las fuerzas imperiales en aguas italianas, y contaba con que tal situación se mantendría.

Aunque había sido el dogo Pietro Orseolo quien había iniciado las conversaciones que llevarían a la nueva crisobula, su estilo formal parece sugerir que esta no se negoció como un acuerdo bilateral. Aunque se trataba a la provincia de Venecia como a una potencia extranjera independiente, y no

como a una parte subordinada del imperio, Bizancio dictó los términos, que el dogo aceptó. Basilio II combinó la insistencia en la ayuda naval con los privilegios comerciales, y cuando Alejo I Comneno (1081-1118) necesitó más de la primera, amplió paralelamente la segunda. En el siglo XII, Venecia creó un barrio entero a orillas del Cuerno de Oro, en Constantinopla, y asimismo construyó almacenes en numerosos puertos del Egeo. Los comerciantes bizantinos locales seguían teniendo que pagar el 10 por ciento del impuesto de *kommerkion*, lo que generaría un considerable sentimiento antiveneciano y contribuiría a un desastroso deterioro de las relaciones. A la larga, como veremos, Venecia se volvería contra Bizancio, y a partir de 1204 consolidaría sus dispersas bases en un imperio colonial creado sobre las ruinas del territorio imperial bizantino.

Mientras Venecia desarrollaba sus especiales vínculos con Constantinopla, las regiones del sur de Italia y Sicilia seguían estando bajo el control imperial directo, y en los comienzos de la Edad Media se convertirían en temas bizantinos. Sicilia era estratégicamente importante como escala en la ruta naval entre la Antigua y la Nueva Roma, al tiempo que el paso de Dyrrachion (actual Durrës, en Albania) a Bari unía las dos mitades de la ruta terrestre (la Vía Egnatia). El emperador León III (717-741) transfirió la diócesis de Iliria oriental, que incluía estas áreas, al control del patriarca, reforzando así su identidad griega. El imperio también conservó aliados entre la población marinera de las ciudades costeras, incluyendo Nápoles, Amalfi, Salerno y Ravena. Aunque el norte de Italia pasó a estar bajo el control lombardo en el siglo VIII y los árabes fueron poco a poco conquistando Sicilia en el IX, las dos regiones meridionales de Calabria y Apulia siguieron formando parte del imperio hasta mediados del XI. Luego, Bizancio las perdió a manos de un grupo de aventureros de

Normandía que formaban parte del éxodo de una serie de jóvenes caballeros, originariamente de ascendencia vikinga, que buscaban fama y fortuna en el extranjero.

Mientras que las ciudades comerciales italianas se veían arrastradas hacia una alianza más estrecha con Bizancio por la propia actividad comercial, otras potencias occidentales mantuvieron una relación distinta con el imperio, basada en alianzas matrimoniales. A partir del siglo VIII se negociaron numerosos acuerdos diplomáticos con la promesa de una esposa imperial bizantina, a la que, como hemos visto, las fuentes occidentales denominaban una «porfirogéneta», es decir, nacida en la Cámara Púrpura de la pareja imperial reinante. En 767, Constantino V le regaló un órgano al rey franco Pipino junto con una propuesta de alianza matrimonial, y más tarde, un eunuco cortesano de la emperatriz Irene se quedó en Occidente a fin de instruir a Rotruda, hija de Carlomagno, en las costumbres griegas, aunque ninguno de estos dos proyectos de unión fue coronado por el éxito. Solo en 901, León VI logró que su hija ilegítima Ana se casara con Luis III de Provenza (887-928). Constantino VII Porfirogéneta no solo justificó el hecho, sino que también eligió a una esposa occidental para su propio hijo (véase el capítulo 17).

Las imperiales esposas bizantinas resultaban tan prestigiosas como atractivas, y los gobernantes occidentales medievales seguirían tratando de obtenerlas, lo que en ocasiones conseguirían. Teófano, sobrina del emperador Juan I Tzimisces, fue una de las más notables. En 972, Juan la envió a casarse con Otón, hijo del soberano alemán Otón I (936-973). Aunque Nicéforo II Focas había rechazado previamente la petición de Liutprando con respecto a tal matrimonio, el caso es que ahora Juan necesitaba pacificar el sur de Italia a fin de poder concentrarse en la frontera oriental y reiniciar las

negociaciones con el emperador de Occidente. Teófano era una princesa imperial nacida en la púrpura, pero había estado bien preparada por la corte bizantina para su papel diplomático en Occidente, y además llevó consigo una impresionante dote. Sedas, joyas, iconos y manuscritos acompañaron a su séquito. El contrato matrimonial se escribió con tinta de oro sobre un largo rollo de pergamino pintado para que se asemejara a una seda bizantina, y la ceremonia, celebrada en Roma, se conmemoró con una placa de marfil en la que se representaba a Jesucristo coronando a la pareja al estilo imperial (lámina 14). La boda vendría a confirmar un principio fundamental de la política exterior bizantina: el uso de las relaciones femeninas del emperador para reforzar las negociaciones diplomáticas. Un principio que resultaría esencial tanto en el siglo X, cuando Teófano se casó con Otón II, y Ana, hermana de Basilio II, hizo lo propio con Vladimiro en Kiev, como en el XIV, cuando Teodora Cantacucena, hija de Juan VI, se casó con el gobernante otomano Orhan.

Con la alianza matrimonial entre Otón II y Teófano en 972, la influencia bizantina se extendía desde Italia al norte de Europa. El suegro de Teófano le regaló unas propiedades cerca de Nimega y Colonia, donde vivió y dio a luz a cuatro hijos, tres niñas y un niño (el futuro Otón III). Como esposa del emperador de Occidente, participó en numerosas donaciones a monasterios del norte, y tras la muerte de su marido, en 983, siguió construyendo iglesias en Roma, Frankfurt, Magdeburgo y Aquisgrán, algunas de ellas consagradas a santos orientales como Nicolás, Dionisio, Alejo y Demetrio. Fortaleció el culto a la Virgen y a san Pantaleón en Colonia, y metió a sus hijas en los conventos clave de Quedlinburg y Maastricht, donde todavía se conservan sedas bizantinas. Durante la minoría de edad de su hijo, promulgó

diversas leyes en su nombre, utilizando en una ocasión el término *imperator* en lugar de la forma femenina normal, *imperatrix*. Se aseguró de que su hijo recibiera una buena formación en griego y le alentó a que promoviera el estudio de la cultura clásica. También aprendió matemáticas con Gerberto de Aurillac, un erudito que estaba al corriente de todas las innovaciones científicas árabes gracias a las traducciones al latín realizadas en Cataluña, y al que en 999 Otón promovería al papado con el nombre de Silvestre II. Mucho antes de que su hijo tuviera la edad suficiente para casarse, Teófano había enviado una embajada a Bizancio para encontrarle esposa, y, a la larga, las negociaciones desembocaron en un compromiso con Zoé, sobrina de Basilio II. Sin embargo, el matrimonio propuesto jamás tendría lugar, ya que el emperador de Occidente moriría en 1002, cuando tenía veintidós años.

Esta extensión de la influencia bizantina al norte de los Alpes era algo completamente nuevo. En Italia, la existencia de iglesias y monasterios ortodoxos que observaban las reglas de san Basilio se traducía en el hecho de que Bizancio fuera muy conocida. Los mercaderes de las ciudades de Nápoles, Amalfi y Salerno, así como de Pisa y Génova —más al norte— y Bari —en la costa oriental—, comerciaban regularmente con Constantinopla, y asimismo hubo monjes de la región de Amalfi que se establecieron en el monte Athos. El conocimiento de la lengua griega estaba muy extendido en el sur de Italia y en Sicilia, donde todavía en época moderna se hablaría un dialecto griego. En el siglo XI, al mismo tiempo que la influencia política de Bizancio se desvanecía, el imperio creó una nueva moda de puertas de iglesia fundidas en bronce que se extendió rápidamente por toda Italia; las puertas bizantinas se importarían a Amalfi, el monte Gargano, Montecassino y Venecia. Cuando el abad Desiderio (1058-

1087) reconstruyó la iglesia principal del monasterio de Montecassino, fundado por el propio san Benito, encargó mosaicos a Constantinopla para instalar un nuevo suelo, y encargó asimismo mobiliario litúrgico, incluyendo partes de un biombo de bronce y plata. El *scriptorium* monástico producía manuscritos iluminados inspirados en modelos bizantinos, al tiempo que se formaban artesanos en metalistería y en el trabajo del marfil, la piedra, la madera y el alabastro, así como en la fabricación de vidrio. Bajo los emperadores de las dinastías Otoniana y Hohenstaufen, que gobernaron tanto Italia como Alemania, los monjes benedictinos de Montecassino cruzaron regularmente los Alpes y vinieron a reforzar el conocimiento de Bizancio en la corte imperial.

Aunque los matrimonios de Teófano y María Argyropoulaina indican el profundo aprecio por la cultura bizantina que existía en algunas partes de Europa, en otros lugares el entusiasmo no fue ni mucho menos igual. Ambas mujeres fueron objeto de calumniosos ataques escritos por parte de clérigos occidentales, que condenaban su mala influencia y predecían que iban a sufrir los tormentos del infierno por haber introducido costumbres lujosas en Occidente. En una lista de personas que tuvieron un mal final, el reformador clerical Pedro Damián (1007-1072) cita a María como ejemplo de lo que hay que evitar. Además de criticar su tenedor —anteriormente mencionado—, consideraba que vivía de una forma excesivamente delicada y artificial, puesto que se negaba a lavarse en las aguas comunales de Venecia y hacía que sus sirvientes le recogieran agua de lluvia. María perfumaba su alcoba con tomillo y otras hierbas aromáticas, «un pésimo y vergonzoso hedor», que provocó los mortíferos castigos que cayeron sobre ella durante la epidemia de 1006.

En el caso de Teófano, una visión registrada alrededor de

1050 por Otloh de San Emerando en Ratisbona la describe lamentándose de sus pecados y pidiendo perdón. La visión la había experimentado una monja, y Otloh la puso por escrito. Y de paso, acusaba a Teófano de introducir vestimentas desconocidas y ornamentos superfluos para las mujeres en la corte imperial de Constantinopla, lo que las incitaba a pecar. Esas costumbres depravadas habían corrompido a las mujeres occidentales, llevándolas a adoptar lujosas ropas de seda y malos hábitos. No resultaba sorprendente, pues, que ahora la emperatriz se les apareciera a las monjas en sus visiones nocturnas, pidiéndoles que rezaran por su alma.

¿Y por qué unos clérigos instruidos como Otloh y Pedro Damián habían de lanzar tan violentos ataques contra unas mujeres bizantinas que habían elegido a esposos occidentales al menos dos generaciones antes? Aparte de su evidente desagrado por las mujeres cultivadas, que preferían bañarse en agua limpia, vivir en habitaciones perfumadas, llevar ropas de seda y no comer con los dedos, la razón tiene que ver con la creciente conciencia de las diferentes creencias teológicas y costumbres eclesiásticas de Bizancio. Los teólogos occidentales trasladaban así su hostilidad frente a las definiciones y prácticas ortodoxas a las mujeres que habían introducido las costumbres bizantinas en Occidente. Atacando los hábitos personales de Teófano y de María mucho después de su muerte, los clérigos hallaron una nueva manera de rechazar toda la influencia bizantina en Occidente.

Esta hostilidad aumentó a mediados del siglo XI, cuando los contactos entre la Antigua y la Nueva Roma reforzaron la conciencia de las diferencias entre las prácticas eclesiásticas oriental y occidental, en especial en la formulación del credo. Al mismo tiempo, la conquista de diversas áreas del sur de Italia por parte de aventureros normandos al mando de su jefe Roberto Guiscardo predispuso al emperador Constantino

IX (1042-1055) y al papa León IX (1049-1054) a tratar de buscar el modo de limitar dicha conquista. En 1054, a instancias del emperador, partió de Roma una embajada papal, dirigida por el cardenal Humberto de Silva Candida, con el objetivo de discutir las relaciones bilaterales. Pero en lugar de establecer una firme alianza, la relación entre el cardenal y el patriarca Miguel Cerulario no tardó en deteriorarse, poniendo al emperador en una situación embarazosa. El 16 de julio de 1054 ambos intercambiaron bulas de excomunión, con lo que se perdió toda esperanza de unión frente a los normandos. Este impasse de condena mutua sería rápidamente superado, pero no olvidado (véase el capítulo 4).

Aunque difícilmente puede justificar el nombre de «Gran Cisma», lo cierto es que esta división vino a llamar la atención sobre las diferencias de creencia, el uso de pan sin levadura (ácimo), el celibato sacerdotal y la cuestión subyacente de la primacía romana. Si Bizancio se negaba a reconocer la suprema posición del obispo de Roma, heredero de san Pedro, ello sería un reflejo de lo incorrecto de su teología. Pero la hostilidad occidental hacia Oriente también podía desbordar las cuestiones eclesiásticas, como la procesión del Espíritu Santo, para pasar a otros conceptos más mundanos. Además de expresar un extremado antagonismo hacia las sedas, los eunucos y los tenedores bizantinos, Pedro Damián acusaba a Teófano de conducta inmoral con el monje griego originario de Calabria (y futuro antipapa) Juan Filagato, lo que constituía una manera típica de tratar de minar al adversario. Partiendo de la cuestión de las mujeres que vestían diáfanas ropas de seda, solo había que dar un paso más para condenar también las largas túnicas que llevaban los hombres en la corte bizantina, consideradas menos masculinas que los pantalones occidentales. Y lo mismo para

pasar del tenedor a otros hábitos alimentarios «extraños», como el uso de ajos, cebollas y puerros cocinados en aceite; y de esa extraña comida a la todavía más extraña costumbre de confiar los ceremoniales de la corte a eunucos; y de la prevalencia de los eunucos al supuesto de que todos los hombres bizantinos eran afeminados y preferían no combatir. Todos esos profundos prejuicios se nutrían de estereotipos tan inexactos como antibizantinos. Así pues, la colección de cartas papales del siglo IX, especialmente las últimas de ellas, redactadas por el antipapa Anastasio el Bibliotecario, junto con la *Vida* de Carlomagno escrita por Notker Balbulus, identificaban a los griegos como los seres más abominables (*nefandissimi*). La mayoría de estos estereotipos se originaron en Roma y fueron propagados por los francos, lo que contrastaba con las relaciones, más cálidas, que mantenían Venecia y otras ciudades marítimas con el imperio. Pese a ello, tendrían una influencia tan nefasta como desproporcionada en los historiadores modernos; una influencia que se reflejaría en la repetición de las condenas de Damián, posteriormente reforzadas por san Buenaventura (1121-1174). Aún hoy, algunos eruditos reproducen los viejos estereotipos sin cuestionar siquiera su carácter parcial, utilizándolos como una manera de dar a entender que toda la influencia bizantina —la introducción del tenedor, el órgano o la erudición griega— fue deplorable. Sin embargo, lo que subyace detrás de cualquier inquietud occidental frente a las cuestiones bizantinas es la disputa teológica de 1054, redirigida en forma de ataque a unas mujeres bizantinas concretas. Esperemos que, tras revelar estos conceptos, no hagan falta otros mil años para ponerles fin.

20

Basilio II el Bulgaróctono

> Hemos observado con nuestros propios ojos (cuando hemos recorrido los temas de nuestro imperio y realizado campañas) la avaricia y la injusticia perpetradas cada día contra los pobres […] Los poderosos que desean engrandecer [sus tierras] y disfrutar de lleno de las propiedades que habían expropiado erróneamente a expensas de los pobres […] serán despojados de las propiedades que pertenecen a otros[53].
>
> Ley de BASILIO II, 996

A Basilio II, que gobernó cuatro generaciones después del primer Basilio (el Macedonio), se le recuerda en muchas calles de ciudades griegas con el apelativo de «Bulgaróctono» (o «asesino de búlgaros»). Sin embargo, no fue la derrota de los búlgaros lo que más fama le dio. Su reinado, extremadamente largo —de 976 a 1025—, se caracterizó por una importante expansión del imperio más allá de los montes Tauros, en el este, la conversión de los rusos, la forja de numerosas e importantes alianzas extranjeras, el mecenazgo de las artes y el conocimiento, y la protección de los pobres. En todo esto fue el digno nieto del famoso Constantino VII Porfirogéneta. Pese a ello, debilitó Bizancio de una forma casi fatal al no asegurar la continuidad de la dinastía Macedonia.

Su retrato, que aparece en la portada de un magnífico manuscrito de los Salmos, se ha convertido en un símbolo característico del poder bizantino (lámina 28). Desde el cielo, Cristo hace descender la corona, que luego el arcángel Gabriel le pone en la cabeza, mientras Miguel le entrega su lanza. Sobre un fondo de oro puro, flanqueado por seis santos militares todos ellos ataviados con traje de batalla y esgrimiendo lanzas, Basilio impone su dominio a los súbditos o enemigos derrotados que se arrodillan ante él; han desaparecido el orbe y el cetro de la autoridad imperial

romana. Es esta la imagen de un gobernante militar cristiano medieval que tipifica el aprecio bizantino por el emperador soldado celebrando sus victorias. Se trata de un apropiado tributo a Basilio, que se consagró a la acción militar durante toda su vida. Otros generales como Belisario, Constantino V y Nicéforo Focas son igualmente famosos por sus triunfos militares, que también serían celebrados en Constantinopla. Pero el caso es que a Basilio se le asocia especialmente a la derrota de los búlgaros, que ha adquirido proporciones míticas.

Cuando Romano II murió prematuramente, en 963, Basilio —que entonces tenía cinco años—, su hermano pequeño, Constantino, y su hermana pequeña, Andrea (que había nacido dos días antes de la muerte de su padre), quedaron huérfanos: en Bizancio, el hecho de no tener padre le convertía a uno en huérfano aunque su madre viviera. En el caso de los tres jóvenes porfirogénetas, la madre, Teófano, volvió a casarse de inmediato, elevando al trono imperial a Nicéforo Focas, que recientemente había reconquistado Creta. Basilio creció de forma parecida a como lo había hecho su abuelo Constantino VII, a la sombra de otros personajes: Nicéforo II (963-969), Juan I Tzimisces (969-976) y luego Basilio, el eunuco principal, que dominó el decenio de 976 a 985. Este Basilio era su tío abuelo e hijo ilegítimo de Romano I Lecapeno, de quien se dice que fue como un padre para la princesa. Asimismo, sofocó el intento de golpe de Estado que siguió a la muerte de Juan I en 976. Pero, a la larga, el joven emperador habría de luchar por reafirmar su autoridad tanto frente a su tío abuelo como frente a los representantes de las familias militares Skleros y Focas.

Aunque en 976 Basilio y Constantino se convirtieron en coemperadores, el hermano mayor no tenía intención alguna de compartir el poder. Una vez apartado su tío abuelo, en 985,

Basilio II procedió a excluir a su hermano menor de forma tan efectiva que Constantino VIII se vio limitado a la caza, los banquetes y la vida lujosa en su palacio de Nicea. No obstante, el intento de Basilio de gobernar en solitario se vio cuestionado de nuevo en 987 por dos de sus adversarios. Frente a este peligroso ataque doble, Basilio negoció una alianza con Vladimiro de Kiev, el jefe de los *rusii* (la Rus de Kiev, o estado ruso antiguo, se hallaba en la actual Ucrania); seis mil mercenarios rusos ayudarían al emperador a cambio de la promesa de una esposa imperial: Ana Porfirogéneta, la hermana de Basilio. Como sin duda debía de saber el emperador, esta representaba una de las «exportaciones» expresamente prohibidas por Constantino VII, pero en la desesperada situación militar en la que se hallaba, se veía forzado a aceptarla. Con la ayuda de los *rusii*, los dos rebeldes serían derrotados, y Basilio tendría que enviar a su hermana a Kiev.

Como ya vimos en el capítulo 16, la abuela de Vladimiro, Olga, que visitó Constantinopla durante el reinado de Constantino VII, había consolidado unas buenas relaciones entre los *rusii* y Bizancio, pero su hijo y su nieto habían vuelto a las creencias paganas tradicionales. Los *rusii* se hallaban divididos en su percepción de Bizancio, y Vladimiro decidió alinear sus fuerzas con el Imperio cristiano en lugar de mantener la tradicional hostilidad pagana. También se encontraba en condiciones de exigir un matrimonio con una princesa «nacida en la púrpura» —un símbolo del atractivo de Bizancio—, que añadiera legitimidad y prestigio a su propio gobierno. Solo cuando Vladimiro logró asegurarse esta concesión, todos sus boyardos fueron bautizados en una ceremonia masiva realizada en el río Dniéper. Tras un considerable retraso por parte de Basilio y una presión no menos considerable por parte de Vladimiro, finalmente se

celebró la boda. Ana pasaría a conocerse como la *zarina*, es decir, la hermana del *zar* («césar») griego, y viviría en el complejo palaciego, que Vladimiro había hecho construir en piedra, con una rica decoración de mosaicos y frescos, a fin de proporcionarle una residencia de la magnificencia apropiada. La alianza se registra en la *Crónica primaria rusa*, recopilada a principios del siglo XII a partir de materiales más antiguos y escrita íntegramente en el alfabeto cirílico ideado por Constantino-Cirilo y Metodio.

En este trascendental momento de cambio, la Rus de Kiev adoptó el cristianismo ortodoxo. Vladimiro ordenó la humillación pública de sus antiguos ídolos, que fueron prohibidos, y bajo la influencia del metropolitano y los obispos, clérigos y monjes que habían acompañado a Ana desde Constantinopla, se construyeron iglesias y monasterios siguiendo el modelo bizantino. Los sacerdotes de Jersón también contribuyeron a este proceso de conversión, y Vladimiro puso a uno de ellos, Anastasio, a cargo de la iglesia que consagró a la Madre de Dios, una iglesia que se conocería como «del Diezmo» debido al hecho de que Vladimiro destinó fondos regulares a su sustento. Construida en ladrillo y piedra, con una cúpula, tres naves y tres ábsides, era mucho mayor que todo lo que se había edificado hasta entonces en Kiev. A comienzos del siglo XI, Antonio, que había sido tonsurado en la Montaña Sagrada, fundó una de las primeras comunidades monásticas en lo que sería el monasterio de las Cuevas, y en 1037, el príncipe Yaroslav construyó la catedral de Santa Sofía de Kiev, con mosaicos de estilo bizantino de un Pantocrátor en la cúpula y una Virgen erguida en el ábside. De este modo quedaba asegurada la conversión de Rusia y la difusión del cristianismo oriental en una extensa área.

Mientras tanto, en Bizancio, Basilio II lograba finalmente deshacer la red de alianzas de su tío abuelo y asegurarse el

control sobre la ambiciosa aristocracia militar del imperio, al que aportó un gobierno eficaz, la paz y una enorme acumulación de riqueza. Durante sus casi constantes campañas militares, pudo observar los peligrosos resultados del hecho de que los terratenientes más poderosos extendieran sus propiedades a expensas de los aldeanos más pobres, y trató de legislar para subsanarlo. Aparte de su capacidad de combate, Basilio fue un personaje ascético que insistía en que su padre espiritual, Focio de Tesalónica, le acompañara en sus campañas. Apoyó a intelectuales como Simeón, llamado Metafraste («traductor»), cuyo *Menologio* (un catálogo mensual de vidas de santos) establecía a qué santos había que conmemorar a lo largo del año litúrgico, así como a un grupo de eruditos anónimos que elaboraron el primer léxico popular bizantino, conocido como la *Suda*. El *Menologio* venía a crear una edición estándar de 150 vidas en diez volúmenes, que había que leer en determinados días concretos de cada mes. Con sus completas y detalladas vidas, venía a concluir las investigaciones que León VI y Constantino VII habían dejado incompletas, y, de hecho, posteriormente habría que añadir muy pocos santos. En contraste, el llamado *Menologio de Basilio*, con una dedicatoria poética al emperador, presenta unas vidas de santos uniformemente breves, pero también un amplio abanico de ilustraciones distintas en cada página. Por su parte, la *Suda* no es un diccionario original, pero sería ampliamente utilizado y copiado hasta el siglo XVI por sus explicaciones sobre palabras raras, proverbios, formas gramaticales y nombres de personas, lugares y conceptos antiguos.

Basilio II no se casó nunca, un rasgo de lo más inusual para un emperador bizantino, y la continuidad de la dinastía Macedonia pasaría a depender de su hermano y heredero

Constantino VIII. En 1002 aceptó enviar a su sobrina Zoé a que se casara con Otón III, pero cuando Zoé llegó a su destino, se encontró con que este había muerto. Luego, pese a sus posteriores matrimonios, Zoé no tuvo hijos. Cuando Basilio tenía más de sesenta años, quienes desesperaban ante la perspectiva de que Constantino se convirtiera en emperador intentaron una rebelión, aunque esta fue sofocada por Basilio. Quizá los éxitos de su largo reinado le hicieron confiar en que el sistema de gobierno imperial bizantino sobreviviría. De hecho, la administración que había establecido duraría bastante más que el breve reinado de Constantino VIII (1025-1028), pero el hecho de que Basilio no lograra concertar matrimonios para sus sobrinas y asegurar, así, otra generación a la dinastía Macedonia, vendría a debilitar al imperio.

La expansión del imperio que realizó Basilio II se inició en 989, y poco a poco se fueron incorporando al control bizantino grandes áreas del Cáucaso, los Balcanes y el sur de Italia. Antioquía, que había sido reconquistada de manos de los árabes en 969, se convirtió en la base de la expansión hacia el este. Mediante una combinación de incansables campañas militares y habilidad diplomática, diversas áreas del Cáucaso que previamente se hallaban bajo el control georgiano, armenio y abjasio fueron incorporadas al imperio. Basilio utilizó a las élites locales para gobernar esos territorios en representación de Bizancio. Del mismo modo, en el extremo más occidental, el emperador fortaleció el dominio imperial en el sur de Italia, que en el reinado de Juan Tzimisces —o quizá incluso antes— se había puesto bajo la autoridad de un único funcionario. Para combatir al principal enemigo en la región, los musulmanes de Sicilia, Basilio se aseguró la ayuda marítima de Venecia por medio de la crisobula de 992.

En sus provincias del sur de Italia, Bizancio mantenía a sus

propios administradores y tribunales griegos, e iglesias y monasterios ortodoxos, al lado de los lombardos, que tenían su religión católica, el derecho lombardo y la lengua latina. Esta coexistencia y respeto mutuo contribuyeron a asegurar la prosperidad de la región, alentada por la construcción de canales de regadío y molinos, además de la plantación de viñedos, olivares y moreras, esenciales para la naciente industria sedera de la región. Más al norte, asimismo, Bizancio mantenía buenas relaciones con el monasterio benedictino de Montecassino y con la ciudad de Amalfi. Tras la alianza forjada en 992, se desarrollaron intensos contactos entre Constantinopla y Venecia, y varios dogos enviaron a sus hijos a educarse en la capital bizantina.

No obstante, la figura de Basilio II se halla más estrechamente asociada al área en donde se ganaría su apodo definitivo: Bulgaria. A finales del siglo X y principios del XI, Bulgaria era el vecino más desafiante y peligroso de Bizancio. El zar Samuel, que gobernaba sobre una extensa zona de los Balcanes (véase el mapa 4), reavivó la independencia búlgara en 986. Tras derrotar al joven emperador, avanzó hacia el sur, penetrando en Hellas y en el Peloponeso, devastando ciudades y destruyendo fortificaciones. Tomó la ciudad de Larisa, en la Grecia central, y posteriormente se coronó a sí mismo «emperador de los búlgaros». Sus hazañas se recuerdan hoy en numerosas ciudades de Bulgaria, donde varias calles llevan su nombre. Para hacer frente a las ambiciones de Samuel, Basilio reorganizó la administración de la zona, poniéndola bajo el mando de un *dux* (duque) con sede en Tesalónica, además de llevar a cabo campañas anuales desde 991 hasta 995. En 997, su general Nicéforo Uranos derrotó a Samuel en el río Esperquio, pero Basilio hubo de volver a la región en 1000-1002, y de nuevo en 1005, a fin de imponer la paz a los búlgaros. En 1014, una victoria bizantina

en el paso de Kleidion, al norte de Tesalónica, se vio contrarrestada por la completa derrota sufrida por el *dux* regional, lo que demostraba que las fuerzas militares se hallaban bastante igualadas. Cuatro años después, tras la muerte del sucesor de Samuel, Juan Vladislav, en Dyrrachion, y después de que sus hombres fueran capturados y cegados, los búlgaros se dieron cuenta de que resultaba inútil continuar las hostilidades.

Cuando supo de este decisivo punto de inflexión, Basilio partió de Constantinopla a fin de asegurarse la sumisión búlgara. A medida que avanzaba hacia el oeste desde Adrianópolis, los jefes locales fueron reconociendo su autoridad. En Strumica recibió una carta de María, la viuda de Juan Vladislav, en la que le prometía la sumisión de tres de sus hijos y de sus seis hijas, además de muchos otros miembros más jóvenes de la familia real. Basilio se dirigió luego a Ohrid, donde el palacio de Samuel fue objeto de un intenso saqueo, en el que se encontró plata, coronas adornadas con joyas y ropas bordadas en oro, junto con una reserva de moneda que se distribuyó entre la tropa. Allí recibió a María y a su extensa familia; más tarde, a esta se le concedería el título de *zoste patrikia*, lo que constituía un honor excepcional. Desde Ohrid, Basilio se dirigió al lago Presba y a Kastoria. Por todas partes los jefes búlgaros acudían a rendirle pleitesía; estos recibían entonces títulos y honores imperiales, y eran enviados a Constantinopla. Luego el emperador marchó con su ejército a través de Larisa hasta el río Esperquio, donde se sorprendió al ver todavía los huesos de los búlgaros muertos allí hacía casi veinte años; pasó por las Termópilas, cuyas fortificaciones admiró, y luego se dirigió a Atenas. En la iglesia de la Madre de Dios, dentro del Partenón, dio las gracias por su victoria, e hizo espléndidas y ricas ofrendas. Tras su visita, volvió a la capital

y celebró una ceremonia triunfal, donde se hizo desfilar ante el pueblo el botín procedente del palacio de Samuel en Ohrid, así como a la familia real búlgara. Finalmente entró en la Gran Iglesia y dio gracias a Dios por la victoria.

El prolongado período de guerra debió de provocar numerosas muertes en ambos bandos. Para asegurar unas mejores relaciones en el futuro, Basilio insistió en casar a nobles búlgaros con mujeres bizantinas y en buscar esposos bizantinos a las parientes femeninas de estos. También permitió que los búlgaros siguieran pagando sus impuestos en especie, en lugar de hacerlo en moneda, y que conservaran otras costumbres locales. Así, aparte de matar búlgaros, Basilio también instituyó diversos métodos para asegurar el control en el futuro, y durante su prolongado viaje de ida y vuelta a Atenas, los símbolos de la dominación fueron astutamente acompañados de diversos honores. A su muerte, en 1025, Miguel Pselo reconocía que el imperio era más fuerte y rico que nunca, aunque él no identificaba a Basilio como «asesino de búlgaros»; el epíteto, pues, no se acuñó durante su vida. En la década de 1090, Juan Skylitzes destacaría las grandes victorias de Basilio II sobre los búlgaros por una razón concreta: en aquel momento, Alejo I Comneno necesitaba urgentemente movilizar a las familias aristocráticas para que participaran en sus campañas contra los pechenegos en aquella misma región; pero el apelativo seguía sin emplearse aún. El apodo de Bulgaróctono no surgiría hasta el reinado de Isaac II Ángelo (1185-1195), quien de nuevo se vio desafiado por Bulgaria. Más tarde, un historiador de finales del siglo XII, Nicetas Choniates, identificaría a Basilio II como «asesino de búlgaros» a fin de recordar las largas campañas y las victorias del emperador.

Uno de los aspectos más llamativos de esta evolución es la falsa afirmación de que, tras la batalla de Kleidion, en 1014,

Basilio ordenara cegar a los quince mil prisioneros de guerra búlgaros que tenía en su poder, dejando a uno de cada cien con un ojo sano a fin de que condujera a los demás de nuevo ante la presencia de su soberano. Se dice que, al ver aquel patético espectáculo, el zar Samuel sufrió un ataque cardíaco y murió. Sin embargo, hay muchas razones para dudar de esta historia. Para empezar, se habían producido ya conflictos de mayor envergadura, como, por ejemplo, en el río Esperquio en 997. No es probable que la guarnición de Kleidion hubiera sido atacada por miles de efectivos, y muchos de sus defensores murieron, como los búlgaros, antes de que los bizantinos ganaran la batalla. Aunque las grandes cifras mencionadas por los historiadores bizantinos resultan notoriamente exageradas, la ceguera era un castigo comúnmente impuesto a los prisioneros de guerra. Constituía también un método tradicional de castigar a los líderes de las revueltas y a los adversarios políticos de Bizancio, y resultaba mucho menos desagradable que ser empalado en una estaca. En 995, Basilio impuso la pérdida de la mano derecha a sus prisioneros beduinos, y entre 1021 y 1022 cegó a sus cautivos georgianos; pero ello no implica que fuera excepcionalmente brutal, sino excepcionalmente victorioso. Estaba decidido a derrotar y castigar a las fuerzas rivales, fueran cristianas o musulmanas.

Sin embargo, la muerte del zar Samuel, en 1014, proporcionaría el punto de apoyo en el que sustentar la historia de la ceguera a escala masiva. De hecho, el conflicto se prolongaría durante cuatro años más hasta la muerte de su sucesor, Juan Vladislav. Este hecho pondría fin definitivamente a las guerras búlgaras en 1018. El apodo del emperador ha oscurecido otros excepcionales logros militares de Basilio, la conversión de los *rusii* y su mecenazgo de la cultura enciclopédica bizantina al estilo de su abuelo. Su tipo

de vida ascético y la fundación de la iglesia de San Juan del Hebdomon, un palacio imperial anexo a la plaza de armas situada fuera de las murallas de Constantinopla —donde elegiría ser enterrado—, muestran su lado piadoso. Los versos grabados en esta tumba destacan sus campañas militares en primera persona:

> Desde el día en que el Rey de los Cielos quiso hacer de mí el emperador, el gran señor del mundo, nadie vio que mi lanza yaciera ociosa. Permanecí alerta durante toda mi vida y protegí a los hijos de la Nueva Roma, luchando con valentía tanto en Occidente como en las avanzadas de Oriente […] ¡Oh, hombre que ahora ves aquí mi tumba, recompénsame por mis campañas con tus oraciones[54]!

Del mismo modo, Basilio eligió ser representado en el Salterio armado con su cota de malla y su armadura. Así ataviado, invoca una representación más bien intemporal del poder militar, y las figuras que se postran a sus pies tanto pueden ser búlgaros como cortesanos bizantinos.

21

La crisis del siglo XI

> Pero lo que hay que decir, lo diré: fue en la época de este emperador [Constantino IX], debido a su prodigalidad y a su ostentosa magnificencia, cuando los asuntos de los romanos empezaron a peligrar, y desde entonces hasta nuestros días, poco a poco se han deteriorado para llegar a una extrema debilidad[55].
>
> JUAN SKYLITZES, *Crónica*, siglo XI, sobre los defectos de Constantino IX (1042-1055)

Los estados que duran tanto como el bizantino o el chino inevitablemente experimentan períodos de crisis que parecen amenazar su propia supervivencia. Para Bizancio, el desafío del islam en el siglo VII desencadenó uno de tales momentos y se tradujo en unas nuevas estructuras imperiales establecidas en un territorio más pequeño. La crisis del siglo XI fue percibida por quienes la vivieron como otro punto de inflexión en el desarrollo bizantino.

El signo más llamativo de esta crisis se produjo en el verano de 1071, cuando Bizancio sufrió dos derrotas militares por parte de unos nuevos adversarios. En el extremo oriental, al norte del lago Van, los turcos selyúcidas derrotaron y capturaron al emperador Romano IV Diógenes en la batalla de Manzikert. Al mismo tiempo, en Occidente, los normandos tomaron la ciudad de Bari, en el sur de Italia. Los turcos eran un pueblo estepario, posiblemente de origen mongol y procedente de Asia central, identificados por el nombre de su ancestro Silyuq. Durante su marcha hacia el oeste, habían logrado derrotar a todos los que se les oponían, y como recientes conversos al islam, se tomaban muy en serio su idea de la *yihad* o guerra santa. Después de treinta años de incursiones en la frontera de Asia Menor, obtuvieron una importante victoria en Manzikert, mientras que la campaña

de Roberto Guiscardo contra la Calabria y la Apulia bizantinas culminaba con la conquista de Bari.

Como resultado de esta coincidencia de factores, Bizancio había de enfrentarse a dos enemigos muy distintos en dos fronteras remotas, separadas por miles de kilómetros. Los manuales de estrategia militar aconsejaban firmemente no permitir que se creara una situación así. Pero el hecho de no haber abordado antes estas amenazas formaba parte en sí mismo de una crisis más profunda, a la que los selyúcidas no harían sino añadir una nueva humillación con la captura de Romano IV. Las derrotas de 1071 deben situarse en el contexto, más amplio, de una serie de problemas cuyo origen se remonta al segundo cuarto del siglo XI. El primero de ellos fue una inestabilidad política crónica que siguió a la muerte de Constantino VIII en 1028. A la rápida sucesión de emperadores vino a añadirse un segundo problema: las revueltas internas y las invasiones del norte del Danubio, encabezadas por un pueblo tribal no cristiano, los pechenegos. Cuando las fuerzas armadas regulares bizantinas se revelaron insuficientes y hubo que echar mano de soldados mercenarios adicionales, Constantino IX (1042-1055) acuñó nuevas monedas de poco peso y oro inferior a 24 quilates para financiar sus gastos y mantener su lealtad. Esta era la primera reducción seria del contenido del sólido de oro desde hacía más de setecientos años, y se convertiría en el tercer problema, que vendría a combinarse con la debilidad militar y la inseguridad dinástica de la manera más dañina.

Como ya hemos visto en el capítulo 17, las dos hermanas porfirogénetas, Zoé y Teodora, hijas de Constantino VIII, fueron las últimas representantes de la dinastía Macedonia. Su influencia en el liderazgo político bizantino entre 1034 y 1056 no resultó del todo beneficiosa. Ninguno de los cuatro maridos de Zoé dedicó la suficiente atención a los asuntos

militares o imprimió una dirección clara a la política imperial. Ello otorgó un papel dominante a la corte, con su camarilla de funcionarios públicos y maestros de la retórica que apenas tenían experiencia en cuestiones militares. Cuando murió, en 1050, Zoé dejó el trono a su último marido, Constantino IX Monómaco, y su amante georgiana. La hermana de Zoé, Teodora, sobrevivió al emperador y recuperó el poder imperial en 1055. Un año después, en su lecho de muerte, la convencieron de que nombrara sucesor a Miguel, apodado «el Viejo», lo que no hizo sino prolongar el período de inestabilidad política. De este modo, solo veinticinco años después del excepcional reinado de Basilio II, una descomposición interna sin precedentes de la autoridad bizantina empezaría a deshacer las tradiciones imperiales.

La falta de un gobierno firme en Constantinopla provocó una serie de ataques externos y revueltas internas que alcanzaron su apogeo en los primeros tiempos del reinado de Constantino IX (1042-1055). En el sur de Italia, los mercenarios francos, que protestaban por la falta de paga, pidieron ayuda a los normandos comandados por Guiscardo; en el Cáucaso, diversos jefes locales desafectos encabezaron revueltas en las provincias de Iberia oriental y Abjasia, así como en las áreas fronterizas adyacentes a Ani; el gobernador de Chipre trató de tomar el poder, los búlgaros se rebelaron, los rusos atacaron Constantinopla y los turcos selyúcidas atravesaron las fronteras orientales del imperio. Pero el desafío militar más grave vino de los pechenegos, que cruzaron las heladas aguas del Danubio en el invierno de 1046-1047 e iniciaron una guerra muy larga en los Balcanes (1048-1053).

Aunque Constantino IX contaba con experimentados comandantes, como Jorge Maniaces y Catacalon Cecaumeno, con frecuencia solía encomendar a sus amigos —funcionarios

de la corte— la dirección de las campañas militares. En la expedición de 1042 contra los búlgaros, Miguel, arconte de Dyrrachion, llevó a siete *strategoi* y, supuestamente, a cuarenta mil hombres a la muerte. En varias ocasiones, el emperador también rechazó prudentes consejos militares, con resultados desastrosos. Disolvió el ejército del tema de Iberia oriental y conmutó algunos deberes militares por pagos en efectivo. Tal como comenta Juan Skylitzes, con evidente desaprobación, durante todo su reinado siguió gastando cuantiosas sumas de dinero en sus grandiosos proyectos de construcción: el monasterio y palacio de Mangana, en la capital, y el Nuevo Monasterio de Quíos; numerosas donaciones a iglesias e instituciones filantrópicas, y los célebres mosaicos de Santa Sofía, Kiev y Belén. También formó un pequeño zoológico de animales raros, y exhibió a su jirafa y su elefante en el Hipódromo para entretenimiento público.

Para derrotar a los pechenegos, Constantino IX hubo de aumentar las reservas monetarias del imperio a fin de poder pagar a un mayor número de fuerzas militares. De ahí que acuñara una moneda de oro de poco peso, el *tetarteron*, que se empleaba ya para pagar a los mercenarios y se consideraba un equivalente a la *nomisma*. El emperador prosiguió asimismo la devaluación de la *nomisma*, la moneda de oro tradicional, a la que Constantino VIII (1025-1028) y Miguel IV (1034-1041) habían añadido ya una pequeña cantidad de plata, reduciendo su contenido en oro por debajo del 95 por ciento. Así, los emperadores empezaron a socavar el patrón oro establecido en el siglo IV por Constantino I, y que se había mantenido durante cientos de años. Bajo el reinado de Constantino IX, este proceso se aceleró, revelándose difícil de controlar: se emitieron cuatro monedas de oro distintas, incrementando su devaluación al 81 por ciento. También el

contenido en oro del *tetarteron* se redujo, esta vez al 73 por ciento del original. Los emperadores posteriores seguirían añadiendo plata a las monedas hasta llegar a un punto, en la década de 1080, en que la *nomisma* contendría solo un 10 por ciento de oro. Todo el mundo podía ver la diferencia entre aquellas monedas y las de Basilio II, de modo que la gente rechazaba la moneda devaluada y exigía los pagos en moneda de oro de la buena.

Ningún texto histórico menciona estas devaluaciones; de hecho, fueron descubiertas por los numismáticos, que analizaron el peso cada vez menor de las monedas de oro acuñadas durante el siglo XI y midieron el constante incremento de la aleación de plata empleada. La decisión de mermar la fiabilidad de uno de los principales activos del imperio todavía hoy sigue resultando desconcertante. ¿Cómo es posible que los gobernantes de Bizancio no se dieran cuenta de que devaluar la *nomisma* vendría a socavar la autoridad del imperio, tanto dentro como fuera de su territorio? Parece ser que, una vez iniciado el proceso, los emperadores ya no pudieron evitar que este se acelerara. Y tras la derrota de Manzikert, en 1071, el aumento de los problemas militares y económicos lo hizo todavía más evidente. Se acuñaba más moneda, pero esta ya no generaba el mismo respeto que antes. Las tropas rehusaban el pago en aquellos *tetartera* y *nomismata* cuyo oro tenía tan extraño aspecto, mientras que los comerciantes rechazaban la moneda bizantina en favor de los dinares de oro árabes o incluso las monedas de plata de poco valor acuñadas en las ciudades europeas. Y el estatus imperial de Bizancio se resintió de ello.

Aunque hoy podemos apreciar muy bien los peligros de la devaluación, es difícil valorar el modo en que los emperadores bizantinos entendían y controlaban la economía general de su estado. Probablemente no podían calibrar los efectos a largo

plazo de la reducción del contenido en oro. Constantino IX parece haber autorizado sucesivas devaluaciones como único método de pagar a los mercenarios por defender el imperio frente a los pechenegos. Otros factores, como la disminución de los ingresos tributarios debida a la recaudación ineficaz o a la corrupción, y debida también a las concesiones de tierras realizadas por los emperadores a determinadas personas —que de ese modo pasaban a asumir el control del impuesto territorial básico—, vinieron a contribuir asimismo a la falta de recursos monetarios. A corto plazo, la política funcionó y los violentos ataques de los pechenegos fueron sofocados. Pero al mismo tiempo, Constantino abandonó un rasgo de la civilización bizantina que había perdurado durante ochocientos años. A comienzos del siglo XII, Alejo I Comneno se dio cuenta de que había de reparar el daño, y en 1092 emitió una *nomisma* de oro de 20,5 quilates que venía a reemplazar a las monedas sin valor. Aunque la nueva moneda era curvada en lugar de plana, y no llegaría a adquirir el mismo prestigio que la antigua, con ella el imperio vino a recobrar una moneda de oro fiable e incluso se recuperó de la peligrosa política de devaluaciones.

La crisis del siglo XI aunó, pues, cuestiones relacionadas con la estabilidad dinástica, la potencia de combate de las provincias, la economía y la imagen imperial de una nueva forma. El desafío militar al que hubo de hacer frente se debió principalmente a enemigos poco conocidos, que atacaron las fronteras —enormemente largas— de Bizancio en dos puntos a la vez, los selyúcidas por el este y los normandos por el oeste, a lo que se añadía el peligro, ya advertido, de los pechenegos en los Balcanes. Por desgracia, a mediados del siglo XI la corte imperial estaba dominada por funcionarios públicos e intelectuales, que alentaban las inversiones artísticas y culturales a la vez que prestaban una atención

insuficiente a los problemas militares. Las fuerzas de los temas fueron incapaces de impedir que los turcos saquearan Ikonion (Konya, en Asia Menor central) en 1069. A través de los ojos del filósofo e historiador Miguel Pselo podemos observar de qué modo los cortesanos fueron parcialmente responsables del fracaso político generalizado.

Pselo nació en Constantinopla en 1018, y tuvo la gran suerte de recibir las enseñanzas de un célebre maestro, Juan Mauropo, que posteriormente sería metropolitano de Eucaita. Entre quienes estudiaron con él se encontraba un grupo de amigos que luego pasarían a alcanzar los más elevados puestos en los ámbitos civiles del derecho, la filosofía y la retórica cortesana. Pselo se distinguió de ellos por su dominio de las materias científicas avanzadas, así como de las humanísticas. Era un verdadero erudito y un brillante escritor, cuyas cartas y discursos, así como su *Crónica* de catorce emperadores (976-1078), captan perfectamente el espíritu de la época en la que vivió, con divertidos detalles personales y un exacerbado sentido de su propia importancia. Debido a su fama como filósofo, cuando Constantino IX fundó dos nuevas escuelas, se eligió a Pselo para dirigir una de ellas, consagrada a la filosofía, mientras que su amigo Juan Xifilino pasaría a dirigir la otra, dedicada al estudio del derecho. Las que fueron sus constantes pasiones se ponen de manifiesto cuando uno lee su estimulante *Crónica*, centrada en Constantinopla y en la corte, casi con exclusión de los demás aspectos del imperio. Sin embargo, por las cartas que escribió en apoyo de sus alumnos y amigos cuando estos fueron destinados a las provincias, sabemos que estaba bien informado sobre las distintas regiones, y que trataba de hacer menos dolorosa su experiencia de «exilio» de la capital.

En su descripción del debate de 1071, Pselo señala un significativo elemento adicional: la rivalidad entre la

aristocracia. Las distintas facciones de la corte tenían su reflejo en las rivalidades entre las familias de alta cuna, que competían por obtener cargos, salarios y títulos honoríficos. Pese a la derrota de los clanes Skleros y Focas a manos de Basilio II, a finales del siglo X, hubo otros, como Constantino Dalaseno, que conspiraron para hacerse con el trono imperial bajo el reinado de Romano III. En 1057, la familia Comneno logró promover a su general Isaac al rango de emperador, pero este fue rápidamente derrocado por un Ducas, que a su vez sería luego reemplazado por un Diógenes. Y cuando Romano IV fue capturado por los turcos, su rival Andrónico Ducas promovió a otro miembro de su familia al rango de emperador con el nombre de Miguel VII. Dado que Pselo había sido tutor de este último, el lírico relato que hace de su reinado resulta tan parcial como poco fiable. En cualquier caso, representó una victoria para la corte imperial de burócratas e intelectuales, que siguieron descuidando los asuntos militares.

En medio de aquella crisis de liderazgo, avivada por la rivalidad entre familias, se observa no obstante una clara vitalidad, manifestada asimismo en ciertas innovaciones que tuvieron lugar en el siglo XI. En lo que representaba una ruptura con la tradición, Constantino IX, que procedía de la distinguida familia de los Monómaco, admitió a algunos hombres de origen no aristocrático en el Senado de Constantinopla. Aunque el Senado ya no era un organismo constitucionalmente poderoso, seguía teniendo un papel en las apelaciones legales y las disputas sucesorias. No está claro por qué el emperador promovió esta innovación social: o bien porque había un número insuficiente de familias senatoriales tradicionales dispuestas a prestar sus servicios, o bien porque consideraba que hacía falta sangre nueva. La mayoría de los autores bizantinos se muestran terriblemente esnobs a la hora

de tratar de los orígenes de una persona. Ser «bien nacido» (*eugenes*) se consideraba una distinción necesaria, por más que en realidad no existiera una aristocracia propiamente dicha. Pero la posibilidad de hacer carrera en el ejército, la administración o incluso la Iglesia siempre había estado abierta al talento, y había habido personas de origen extranjero o humilde, como Basilio I, que habían ido ascendiendo en el escalafón social hasta alcanzar posiciones influyentes. Y dado que eran las clases mercantiles las que sustentaban la vida en Constantinopla, es posible que también una cierta conciencia de su valía (tanto literal como socialmente) hubiera influido en la opinión de Constantino IX.

La presencia de los habitantes de la capital —comerciantes, artesanos y residentes— se estaba haciendo más pronunciada, y hallaba eco en los contemporáneos. En 1042, por ejemplo, cuando Miguel V exilió a Zoé de palacio, una multitud de bizantinos de la ciudad se dirigió al monasterio de Petrion, donde vivía Teodora, exigiendo la liberación de esta y el regreso de Zoé. En unas escenas del todo inusuales, las mujeres salieron a la calle para llorar el exilio de sus legítimas emperatrices, e incluso hubo soldados extranjeros adscritos a la corte que expresaron su indignación. Como resultado de esta movilización, las emperatrices porfirogénetas fueron restauradas en el cargo. Cuando Constantino IX murió, en 1055, la misma presión popular aseguró que Teodora heredara su posición legítima como última representante de la dinastía Macedonia.

Pselo denominaría «ejército ciudadano» a aquellos partidarios de las imperiales hermanas, aunque otros autores lo calificaron simplemente de turba y denunciaron sus actividades como *demokratia*, o gobierno del *demos* («pueblo»). En el siglo XI, las carreras de caballos en el

Hipódromo se habían hecho mucho menos frecuentes, y las facciones circenses (*demes*) de los Verdes y los Azules habían perdido una gran parte de su poder sobre la plebe. Aunque sus jefes, los demarcas, seguían participando en los ceremoniales cortesanos, identificados por vestimentas especiales que llevaban sus respectivos colores, una clase distinta de multitud urbana vino ahora a introducir una nueva fuerza en el espectro político de Bizancio. Por primera vez, los habitantes de Constantinopla, que vivían lo bastante cerca del centro del imperio como para movilizarse con facilidad, desempeñaron un papel fundamental en la sucesión imperial. Su poder puede relacionarse con la nueva confianza y la reciente riqueza de los que no eran bien nacidos, pero que contribuían al bienestar de la capital imperial. Y resulta significativo el hecho de que no reclamaran ningún poder para sí mismos, sino únicamente el derecho a restaurar a Zoé y a Teodora en el trono.

Obviamente, en la jerárquica monarquía de Bizancio, ni las autoridades del Estado ni las de la Iglesia podían tolerar el menor indicio de *demokratia*. Pero la multitud había entrado en la vida política de una nueva forma, completamente distinta de la participación urbana en los rituales que invocaban a la Theotokos —o «Madre de Dios»— en la protección de la ciudad contra las fuerzas hostiles, como en 626. Y seguiría desempeñando un importante papel, algo que se hizo evidente por el modo en que el patriarca Miguel Cerulario utilizó a la multitud para reforzar el apoyo local en contra de una embajada enviada por Roma en 1054. El papa León X había enviado a los legados, encabezados por el cardenal Humberto, a fin de tratar de diversas materias eclesiásticas. La hostilidad de los bizantinos desempeñó un pequeño —aunque significativo— papel aquel verano, cuando el cardenal Humberto y el patriarca se excomulgaron

mutuamente: Cerulario logró congregar a una ruidosa multitud a fin de reforzar su propia oposición a Roma, y fue así como los *byzantinoi* empezaron a comprender su nueva e influyente función.

También empezaron a hacer que su lengua vernácula se hiciera más conocida entre los cortesanos, que hasta entonces utilizaban solo el altisonante griego ático. Otra innovación del siglo XI es el incremento de la literatura escrita en este griego hablado o vernáculo, cuya vinculación con el *demos* se hace evidente de inmediato a partir del término utilizado para denominarlo: demótico. La forma coloquial de griego empleada en las calles, en los puertos y en los acuerdos comerciales con extranjeros probablemente tenía siglos de existencia. Los mercaderes de todo el Mediterráneo y el mar Negro que venían a comerciar a Constantinopla empleaban asimismo esta forma de griego más sencilla. En los siglos XI y XII, el demótico empezó a influir en la producción literaria. Diversas versiones del poema épico de *Digenis Acritas*, que hasta entonces habían circulado de forma oral, se consignaron por escrito en el metro pentadecasílabo empleado ya en las aclamaciones políticas. Esto alentó la producción de otras composiciones en lo que constituía un variopinto medio literario con fuertes elementos vernáculos. Utilizando el mismo metro de las aclamaciones imperiales que coreaban los Verdes y los Azules, se escribieron versos satíricos, fábulas sobre animales y, a la larga, poemas narrativos, como el dedicado al general Flavio Belisario, que vivió en el siglo VI. Aunque la mayor parte de los ejemplos de música, canciones y danzas profanas bizantinas se han perdido, parece probable que fuera en esta época cuando empezaran a escribirse canciones en griego vernáculo. En ciertos manuscritos musicales, el escriba había anotado «Para cantarse con la melodía de *x*», lo que parece sugerir que se

reutilizaba una melodía conocida con fines cristianos. Los primeros documentos con neumas —signos musicales pintados en rojo sobre las palabras para indicar la nota— también datan del siglo XI.

La innovación lingüística también tuvo su parangón en otros ámbitos, lo que indicaba que el viejo imperio de Bizancio podía superar el corsé de sus tradiciones heredadas y adaptarse a las nuevas fuerzas. Como hemos visto, algunos jueces del siglo XI documentaron decisiones minoritarias en los tribunales de Constantinopla, demostrando con ello que eran mucho mayores tanto la libertad interpretativa como la importancia concedida a los precedentes jurídicos a la hora de establecer nuevos argumentos. La *Peira* de Eustatio Romaios contiene ejemplos especialmente llamativos de adaptaciones flexibles a las nuevas circunstancias, como, por ejemplo, en el caso de una abuela que había acordado un compromiso matrimonial para su nieto, del que este renegaría posteriormente al alcanzar la mayoría de edad. Estos casos judiciales parecen sugerir que los jueces de los altos tribunales bizantinos confiaban en reformar el antiguo sistema, basado en el derecho de Justiniano, a fin de adaptarse a las realidades medievales. Puede que el cambio no fuera universalmente aceptado, pero seguiría influyendo en la esfera jurídica.

En el ámbito de la medicina, otra importante innovación de este período fue el aumento de las disecciones, hasta entonces prohibidas. Aunque seguían practicándose ciertas operaciones quirúrgicas registradas en un manual de finales de la Antigüedad escrito por Pablo de Egina —los instrumentos quirúrgicos que han llegado hasta nosotros confirman su uso—, el estudio de la anatomía y los órganos internos dependía de la investigación con cadáveres. Normalmente la Iglesia prohibía tal actividad, pero en los siglos XI y XII esta se reanudó. Un intelectual del siglo XII,

Jorge Tornices, señalaba la importancia de la disección para el avance del conocimiento médico en Bizancio. También en Occidente se observa una tendencia similar en la facultad de medicina de Salerno, que preservó y desarrolló las antiguas tradiciones griegas. Miguel Pselo escribió sobre toda una serie de cuestiones médicas, y su contemporáneo Simeón Seth compuso un tratado sobre la dieta, y sobre las ventajas y desventajas de determinados alimentos. Aunque Cecaumeno condenaba a todos los médicos, afirmando que estaban más interesados en los honorarios que en las curas, otros autores empezaban a distinguir entre la buena y la mala práctica médica, elogiando a quienes operaban con habilidad y salvaban vidas. La prestación de una asistencia médica bastante avanzada, al menos para los miembros de la familia imperial y los monjes ancianos, aparece documentada en la detallada descripción del monasterio del Pantocrátor, fundado por Juan II en 1136. Este contaba con un sofisticado hospital donde las mujeres imperiales podían ser tratadas por una doctora, y los hombres y monjes por un doctor, además de disponer también de un *leprosarion*, es decir, una leprosería.

La adaptación constructiva de las tradiciones jurídicas y médicas se correlacionaba con una conciencia creciente de la importancia de la educación y del pasado clásico. Constantino IX fue un generoso mecenas de la erudición y fundó sendas escuelas especializadas en filosofía y derecho. Dado que en Bizancio el estudio de la antigua filosofía griega no se había interrumpido en ningún momento, en el siglo XI numerosos comentarios y adiciones medievales habían venido a enriquecer aquella tradición. Miguel Pselo se había formado con Juan Mauropo, cuya apreciación de Platón y de Plutarco le había llevado a componer una oración en la que pedía a Dios que les admitiera en el cielo, ya que habían sido hombres

buenos que habían vivido antes de la revelación cristiana. Empleando un gran número de antiguos textos conservados en copias bizantinas, Pselo amplió sus intereses filosóficos mucho más allá del estudio de Platón y Aristóteles, incluyendo los denominados «oráculos caldeos», unos documentos fragmentarios relacionados con un mundo dualista de fuerzas buenas/blancas y malas/negras. Afirmaba que era capaz de practicar la teúrgia, el arte de convocar a antiguos espíritus, que estaba estrictamente prohibida por la Iglesia bizantina. También escribió un tratado sobre alquimia —la transformación de metales normales en oro— y practicó la astrología. Otros eruditos anónimos comparaban los antiguos textos de Tolomeo con sus propios conocimientos astronómicos, que podían derivarse muy bien de los avances realizados por los árabes en este campo. Diversas versiones griegas de trabajos árabes sobre astrología se incluyeron en compendios publicados en los siglos XI y XII, alentando el interés de Manuel I Comneno (1143-1180). Dado que la observación de las estrellas y la predicción de la fortuna se hallaban interrelacionadas, los dos ámbitos progresaron de forma paralela y adquirieron un papel destacado en los libros sobre la interpretación de los sueños, muy populares en Bizancio.

El profundo interés en temas tales como la eternidad del mundo, la existencia de la materia o las leyes de la naturaleza, se manifestaba en diversos comentarios sobre textos antiguos que incluían cuestiones como la estructura esférica del mundo o los fenómenos naturales. Simeón Seth daba una explicación al hecho de que el trueno se escuche algo después de haber visto el relámpago: «El sonido requiere tiempo para su transmisión, mientras que la vista es independiente del tiempo»; Pselo, sin embargo, consideraba que la diferencia se debía a la forma plana del oído en comparación con la forma

abultada del ojo. Miguel Ataliates ridiculizaba la idea de que el trueno lo generara un enorme dragón, aunque no era capaz de explicar qué lo causaba. El estudio científico racional llevó, quizá inevitablemente, a un conflicto con las autoridades cristianas. El sucesor de Pselo en la recién fundada cátedra de filosofía, Juan Ítalo, fue llevado a juicio por aplicar la lógica a la teología de la Encarnación y a los milagros realizados por Jesucristo, así como por negar la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo. En 1082 fue condenado por herejía y paganismo, y, más tarde, algunos de sus alumnos compartieron su suerte. Sin embargo, su estudio de diversos textos filosóficos antiguos, entre los que se incluían obras de física, astronomía, matemáticas y lógica, vino a reforzar una tradición que se prolongaría hasta el final del imperio. Pese a los momentos de tensión, esta tradición normalmente lograría coexistir con la creencia cristiana, aunque en Mistra, el erudito Pletón abandonaría completamente su lealtad a la Iglesia y escribiría liturgias completas en honor a Zeus y Apolo.

Además de su profundo conocimiento de la filosofía antigua, Pselo y otros crearon nuevas formas de escribir historia. Su *Crónica* posiblemente exagera sus propias contribuciones a los acontecimientos políticos, pero la narración se basa en la observación directa y la participación personal en los hechos de la corte. Así, él mismo observó personalmente cómo los amigos íntimos de la emperatriz Teodora planeaban una sucesión que protegiera sus propios intereses, «viendo con mis propios ojos y oyendo con mis propios oídos cómo jugaban con el imperio, como hombres jugando a los dados».

Su lenguaje, aunque se basaba en el griego ático empleado por los autores antiguos a los que tanto admiraba, exhibe ironía, humor y percepción psicológica. He aquí, por ejemplo,

un vívido retrato de Constantino X Ducas (1059-1067):

> Constantino sentía un profundo desprecio por los cargos de gran dignidad y prefería la vida retirada. Solía vestir de forma bastante descuidada e ir por ahí como un pueblerino. Es obvio que las mujeres hermosas realzan su belleza vistiendo ropas sencillas: el velo con el que se ocultan no sirve sino para hacer más evidente su radiante gloria, y una vestimenta descuidada resulta exactamente igual de efectiva en ellas que el maquillaje más cuidadosamente preparado. Lo mismo ocurría con Constantino. Las ropas que se echaba por encima, lejos de ocultar sus secretas bellezas, solo las hacían más llamativas[56].

No hubo muchos que fueran capaces de imitar su talento para la escritura, aunque sí que hubo muchos que copiaron sus emocionantes e innovadoras características, como la de ofrecer opiniones en primera persona.

La crisis del siglo XI se resolvió finalmente mediante la usurpación de Alejo I en 1081, que vino a unir a dos familias hasta entonces enfrentadas, los Comneno y los Ducas, a través de alianzas matrimoniales. Ambas lucharon juntas para derrotar a los enemigos del imperio —normandos, pechenegos y selyúcidas— y para superar los efectos negativos de la devaluación monetaria. Como veremos en el próximo capítulo, Alejo I logró establecer su propia dinastía, que gobernaría Bizancio durante un siglo. Pese a ello, a finales del siglo XI, Juan Skylitzes daba cuenta de una «extrema debilidad»: la crisis había dejado una clara huella. Algunos historiadores modernos han destacado este período como una fase de «feudalización» del imperio; otros señalan el declive de Bizancio, que pasó de ser un imperio con una antigua aspiración de dominio mundial a convertirse en un estado medieval más pequeño administrado por una familia, los Comneno. Todo ello apunta, en cualquier caso, al creciente poder de las ciudades comerciales italianas —Amalfi, Pisa, Génova y Venecia— y al surgimiento de identidades claramente diferenciadas, especialmente entre los pueblos balcánicos hasta entonces dominados por Constantinopla.

Estas nuevas fuerzas de carácter republicano y separatista que surgieron en el mundo mediterráneo estaban destinadas a influir en las aspiraciones bizantinas de hegemonía imperial, aunque a la vez vendrían a contribuir a la exploración de nuevas formas de expresión en toda una serie de ámbitos del saber. Por encima de todo esto, sin embargo, podían oírse claramente los tambores de la expansión turca, todavía distantes y menospreciados, pero anunciando ya el que iba a ser el último movimiento del dominio bizantino.

22
Ana Comnena

> Una mujer más sabia que los hombres en sus palabras, más varonil en sus actos, más firme en sus planes, más prudente en sus pruebas […] una mujer enriquecida por tres ojos de percepción, los de su perspicacia natural, la penetración científica y la experiencia consumada[57].
>
> JORGE TORNICES, *Oración fúnebre* por Ana Comnena, siglo XII

Ningún libro sobre Bizancio que se precie deja de dedicar al menos un capítulo a la princesa del siglo XII Ana Comnena, una de las mejores historiadoras y de las estudiosas más célebres del Imperio bizantino, y autora de la *Alexiada*, una biografía de su padre Alejo I Comneno. Empezó a trabajar en esta obra alrededor de 1137, y escribiría las páginas finales diez años después, cuando se hallaba ya en el umbral de la muerte.

Ana recuerda regularmente a los lectores de su libro que había nacido en la *porphyra* del Gran Palacio en 1083, y que era la hija mayor de Alejo y de su esposa Irene Ducaena. Su nacimiento simbolizaba la alianza de las familias Comneno y Ducas, que trajo una mayor estabilidad al turbulento siglo XI. Como parte de esta alianza, su padre adoptó a Constantino Ducas, hijo de Miguel VII (1071-1078) y María de Alania, prometiéndole además a Ana en matrimonio. De niña, Ana recordaba las ocasiones en que su padre era aclamado en público, siendo aclamados también ella y Constantino. Cada vez que el emperador y su familia salían de palacio, las facciones del circo les acompañaban vitoreando: «¡Larga vida al emperador! ¡Larga vida a la emperatriz!», lo que normalmente se repetía tres veces. Ana preveía que en su momento heredaría el poder imperial, un futuro que se vería frustrado por el nacimiento de un hijo, Juan, de Alejo e Irene en 1087. Este vino a reemplazar a Constantino como

heredero, con lo que Ana perdía su papel de futura emperatriz. Por el modo en que describe estos hechos sesenta años después, Ana sigue estando llena de odio hacia su hermano pequeño, aunque sin duda debía de saber que lo normal en un gobernante bizantino era que designara sucesor a su hijo varón.

Ana Comnena tenía recuerdos muy felices de Constantino Ducas y de su madre María de Alania. Siguiendo la costumbre de los matrimonios concertados, cuando tenía unos siete años de edad la enviaron a vivir con ellos, y posteriormente recordaría este período de su infancia con gran alegría. Nunca tenía suficientes palabras de elogio para María y para su prometido. Constantino, que era unos nueve años mayor que Ana, estaba «al parecer dotado de una hermosura celestial que no es de este mundo, y sus numerosos encantos cautivaban al espectador; en resumen, todo el que le veía decía: "Es como el Cupido del pintor"»[58]. A la emperatriz viuda María «se la consideraba el Amor encarnado […] una obra de arte viviente, un objeto de deseo para los amantes de la belleza». Resulta evidente por otras fuentes que a María se la consideraba una mujer muy hermosa, que además logró proteger el derecho al trono de su hijo durante varios años. Asimismo, dirigió un salón literario y encargó obras de autores distinguidos como Teofilacto de Ohrid y Eustracio de Nicea. Es posible que fuera ella quien alentara a Ana a leer y estudiar.

Poco después de 1094, sin embargo, Constantino murió, y Ana regresó con su familia. Fue en ese momento de su vida cuando inició en serio sus estudios intelectuales, desarrollando una aptitud y una curiosidad evidentes, y llegando a dominar el cuadrivio superior de materias matemáticas, además de filosofía y medicina. Cuando sus

padres trataron de impedir que profundizara en un conocimiento más avanzado de los textos aristotélicos, ella contrató en secreto a Miguel de Éfeso, un conocido experto. Ana Comnena sentía una gran admiración por su abuela paterna, Ana Dalasena, en honor de la cual había recibido su nombre de pila, y que había ejercido el poder supremo en Constantinopla cada vez que Alejo I había tenido que ausentarse debido a sus campañas militares. Ana la describe, con amoroso detalle, como un parangón de feminidad, con una mente varonil unida a una extrema piedad, una gran fortaleza de carácter y una notable capacidad intelectual. Es posible que su ejemplo alimentara las propias ambiciones políticas de Ana.

A los catorce años de edad, Ana se casó con Nicéforo Brienio, otro aliado de su padre, y con el tiempo tuvieron cuatro hijos. Nicéforo procedía de una conocida familia de militares, y sirvió lealmente a Alejo durante todo su reinado. Ana habla siempre con devoción de Brienio, al que denomina «mi césar». A lo largo de toda su vida adulta continuó con sus estudios de filosofía, medicina, obras científicas y literatura, leyendo ávidamente tanto textos antiguos como contemporáneos. Al igual que María de Alania, dirigió un salón literario donde los estudiosos, poetas y clérigos leían y discutían sobre sus últimas obras.

Pese a la natural determinación de su hermano de suceder a su padre, Ana no pareció aceptar jamás su destino: que se le negara el papel de emperatriz. Su madre, Irene Ducaena, la alentó en su desacertada oposición a Juan, tratando asimismo de persuadir a su esposo de que nombrara sucesor a Brienio, una posibilidad que Alejo no descartó del todo. Pero el propio Brienio era consciente de que un yerno como él no tenía ninguna posibilidad frente a un hijo legítimo, y se negó a participar en los planes de Ana. Así, cuando Alejo I yacía en

su lecho de muerte, en 1118, fue Juan quien tomó el anillo del dedo de su padre y se hizo aclamar emperador. Aun después de esta sucesión, del todo normal, Irene y Ana siguieron conspirando contra él, y al cabo de un año las obligó a retirarse al monasterio de la Virgen Cecaritomene («llena de gracia»). Allí, en 1127, murió su madre, y tras la muerte de su esposo, alrededor de 1137, Ana se puso a trabajar en la que sería su obra maestra.

La *Alexiada* está dedicada a Alejo I Comneno. Su título es un eco de Homero, dando a entender que su padre fue una especie de Ulises. Aunque no es tan extensa como la *Odisea*, y además está escrita en prosa y no en verso, la historia de Ana está concebida con una ambiciosa envergadura con el fin de abarcar la mayoría de aspectos de la accesión de Alejo al poder y su largo reinado de treinta y siete años. Con una extensión de setecientas páginas en su traducción española, la obra está llena de emocionantes historias y detalles graciosos. Los primeros tres libros están destinados a absolver a la familia Comneno de cualquier culpa por haber usurpado el poder imperial. Los libros IV a IX se dedican a las guerras contra los normandos, los escitas (unas tribus del norte que combatían con armas «bárbaras»), los turcos y los cumanos. En los libros X y XI Ana da su famosa versión de la Primera Cruzada (1096-1104), que puede compararse perfectamente con los documentos occidentales sobre el tema. Luego prosigue con la invasión normanda del imperio dirigida en 1105 por Bohemundo, el hijo de Roberto Guiscardo, y su derrota. Los dos últimos libros abarcan otras campañas militares, el trato dado a los dualistas maniqueos y bogomilos (una herejía que Alejo hubo de erradicar) y la fundación del Orfanato de Constantinopla. En medio de este concentrado relato de heroicidades militares y otras actividades, Ana narra con frecuencia los hechos sin orden cronológico y apenas

habla de los acontecimientos internos.

Sin embargo, resulta evidente que su padre restauró el poder imperial y le dejó a Juan II un imperio mucho más fortalecido. Ana documenta este proceso de manera indirecta, mostrando cómo su padre desarrolló cualidades imperiales.

> Una vez que hubo asumido el liderazgo sobre los romanos, siendo como era un hombre de acción, se vio inmerso de inmediato en los asuntos de Estado […] Alejo, el maestro de la ciencia del gobierno, dirigió todas sus innovaciones hacia el bien del propio imperio.

Se basó sobre todo en sus propias relaciones para cubrir los puestos clave de la administración, incluida su propia madre, Ana Dalasena. Uno de sus primeros actos como emperador fue poner toda la administración bajo su cargo.

> En consecuencia, decreto […] que en virtud de su madura experiencia en materias mundanas […] cualesquiera decretos que ella dé a redactar […] tendrán la misma validez permanente que si hubieran sido dispensados por mi propia serena Majestad […] Y cualesquiera soluciones o cualesquiera órdenes, escritas o no escritas, razonables o irrazonables, que ella dé, con tal que lleven su sello […] se tomarán como procedentes de mi soberana mano.

Dalasena procedió a establecer una rutina monástica en el palacio imperial, lo que ayudó a imponer un mayor orden en la administración. Es evidente que desempeñó un importante papel en la transición al gobierno Comneno, y todavía seguía activa en 1095, cuando ordenó que se cegara y exiliara a Nicéforo Diógenes, que había conspirado contra Alejo.

Esta poderosa dama había criado al menos a ocho hijos, a los que luego casó de la manera más ventajosa a fin de establecer alianzas con otras familias de la élite. Aunque anteriormente se había opuesto al clan Ducas, Ana Dalasena supo ver que la unión de su hijo Alejo con Irene Ducaena consolidaría la nueva dinastía Comneno con una red de apoyos sin precedentes. Cuando Alejo I reorganizó la administración, creó toda una serie de nuevos títulos cortesanos, que restringió a los miembros de su familia y a los

integrantes de esa red de apoyo, lo que venía a constituir un importante y duradero añadido a la jerarquía. En su biografía, Ana Comnena documenta los leales servicios proporcionados por hombres de origen humilde, incluso extranjeros, que también fueron incorporados a los círculos dominantes. Aunque no detalla las reformas monetarias de su padre, la nueva moneda de oro de 20,5 quilates que este emitió sí aparece documentada en un tratado sobre tributación conocido con el nombre de *Logarike*, que incluye diversos informes de recaudadores de impuestos, así como las respuestas de Alejo, que reflejan el modo en que se calculaba la tributación en las provincias en sintonía con la nueva moneda de oro. Y, obviamente, Ana elogia al emperador por mantener la ortodoxia, sobre todo a la hora de condenar el resurgimiento de la herejía bogomila, cuya cabeza visible, Basilio, fue quemado en la hoguera.

En el ámbito de las relaciones exteriores, Ana dedica una particular atención a la estabilidad y el orden que su padre impuso tras una década de guerra civil. Aun antes de su accesión al poder, en 1081, hace especial hincapié en sus negociaciones con Venecia. La crisobula de privilegios que Alejo otorgó a la república favorecía a sus comerciantes por encima de los bizantinos, pero también reforzaba la ayuda naval frente a los normandos. Cuando los turcos atacaron Damalis, en el Bósforo, Ana explica cómo su padre les obligó a retirarse:

> Ordenó a los hombres reclutados apresuradamente que embarcaran en pequeños barcos […] solo con arcos y escudos […] para dirigirse secretamente durante la noche rodeando los cabos de la costa y luego […] saltar de sus barcos y atacar a los turcos; después tenían que volver a embarcar y regresar de inmediato a la base […] Les advirtió de que dieran instrucciones a sus remeros de que no hicieran ruido con los remos.

Poco a poco los turcos se fueron retirando, y de inmediato Alejo ordenó a las tropas que tomaran las aldeas y edificios:

> A los soldados de infantería se les mandó que montaran a caballo, cogieran una lanza y realizaran incursiones de caballería entre el enemigo […] a plena luz del día […] Así, la chispa oculta del prestigio romano empezó a convertirse poco a poco en llama […] y el sultán se vio obligado a suplicar urgentemente un armisticio.

Enfrentando entre sí a los jefes turcos, Alejo logró recuperar un considerable territorio, pero fue incapaz de evitar la caída de Ikonion en 1084, con lo que la ciudad se convertiría en la capital del sultanato selyúcida de Rum.

La conquista de Jerusalén por los turcos en 1087 llevó a Alejo a hacer un llamamiento al papa Urbano II en favor de la unión de todos los cristianos contra los guerreros musulmanes (véase el capítulo 24). Este hecho vendría a inaugurar en Bizancio una política totalmente nueva, que traería a las fuerzas occidentales al Mediterráneo oriental. Y en 1097, con la ayuda de los cruzados, Alejo recuperó Nicea de manos de los turcos. Cuatro años después, los cruzados ayudaron también a recuperar Ankara, y luego Alejo procedió a restablecer el control imperial en las costas septentrional, occidental y meridional de Asia Menor. Aunque la llegada de ambiciosos caballeros y comerciantes occidentales trajo consigo problemas adicionales, Bizancio también se benefició de ello, y Ana puede elogiar con razón a su padre por haber consolidado unos vínculos más fuertes con la cristiandad occidental.

La *Alexiada* está llena de emocionantes descripciones de batallas, debates y recepciones, salpicados de esbozos sobre los diversos personajes implicados, incluyendo sus peculiaridades, vestimenta y filosofía. Tras una derrota especialmente mortificante a manos de los pechenegos, por ejemplo, Ana explica cómo Jorge Paleólogo sobrevivió a la pérdida de su caballo, deambulando a pie durante once días hasta que encontró refugio en casa de una viuda, cuyos hijos habían escapado de la batalla, que le mostró el camino para

llegar de nuevo a donde estaban sus partidarios. Durante la invasión de Chipre, Ana cuenta que Rhapsomates, el usurpador, era tan inexperto en materias militares que sentía pánico y vértigo cada vez que montaba a caballo. Y dedica asimismo un considerable espacio al ingenioso engaño mediante el cual Bohemundo, el jefe normando, escapó de Antioquía en 1104: haciendo correr el bulo de que había muerto, se encerró en un ataúd con un gallo muerto que olía como un cadáver y fue transportado por mar hasta Roma. «Me pregunto cómo demonios soporto aquella ofensa a sus narices», reflexiona Ana, afirmando que se trató de «una treta única y sin precedentes […] destinada a propiciar la caída del Imperio romano». Ignoraba que aquel mismo ardid había sido empleado ya antes por los normandos, a los que Ana denuncia repetidamente como un pueblo tan astuto como traicionero.

En la *Alexiada*, Ana no expresa la menor duda sobre la trascendencia del papel de su padre, y expone extensas razones para justificar las negociaciones que fracasaron y las derrotas sufridas a manos de los normandos, Roberto Guiscardo y Bohemundo, así como excusas por los planes imperiales que salieron mal. En otros apartados hace hincapié en la astucia del emperador a la hora de burlar a los turcos y los escitas, además de su habilidad para persuadirles de que no combatieran. Cualquier posible indicio de disculpa se reviste de floridas declaraciones sobre la «suprema virtud» de su padre y «sus maravillosas cualidades», que exhibía igualmente en las batallas contra enemigos externos que contra los herejes. Ana alude repetidamente al conflicto entre su deseo de elogiar, que emana de su lealtad filial, y su deber de registrar la historia de un modo profesional a fin de asegurarle al lector que ella es antes que nada historiadora.

Ana concluye que el triunfo final de Alejo sobre los herejes

bogomilos pone fin a un «reinado de audacia y novedad sin precedentes». Afirma que «los hombres que vivían entonces y que se unieron a él todavía deben de sentirse asombrados por los logros de esa época». Identifica aquí tres rasgos característicos del reinado de su padre —audacia, novedad y sorpresa—, que contribuyeron al éxito de su restauración del poder imperial. Confirma que Bizancio siempre conservó su capacidad de innovación. Obviamente, Alejo no podía retroceder en el tiempo, pues el imperio se había debilitado por la crisis del siglo XI; pero Ana nos deja con la certera impresión de que la audacia, la novedad y la sorpresa de su padre fueron eficaces a la hora de renovar Bizancio como potencia mundial.

Los lectores de la *Alexiada* no deben olvidar el hecho de que la obra fue escrita por una mujer. Aunque las mujeres bizantinas escribían cartas, himnos, versos y vidas de santos, esta es la única obra historiográfica extensa conocida. Por entonces había en Occidente escritoras muy activas: Hildegarda de Bingen escribía tratados médicos y descripciones de sus visiones, mientras María de Francia redactaba sus *Lais* («Cuentos») y Cristina de Pizán hacía lo propio con su *Ciudad de las damas*. Pero sus relatos, literatura visionaria y canciones trovadorescas, no eran de la misma envergadura, y ninguna de ellas escribió una historia secular equivalente. De hecho, la *Alexiada* resulta tan ambiciosa, que recientemente algunos historiadores incluso han dudado de que fuera la propia Ana quien realmente la escribiera. En particular, han supuesto que ella no podía haber descrito las acciones militares con tanto detalle, y que para ello debió de haber utilizado un dossier de notas recopiladas por su esposo, Nicéforo Brienio. Este había recibido de la emperatriz Irene el encargo de continuar la historia de Pselo desde el reinado de Romano Diógenes

(1068-1071) hasta el de Alejo I Comneno, pero solo logró completar cuatro libros, terminando en 1079 y dejando una versión sin pulir. Aunque Ana alude en repetidas ocasiones a la *Historia* de Nicéforo, no hace ninguna referencia directa al material adicional recopilado por su esposo que ella podría haber utilizado al redactar su propia obra. E incluso cuando cita la *Historia* de Nicéforo, Ana reescribe el material en su propio estilo literario, más desarrollado que el de él. Dado que todos los historiadores, hombres o mujeres, utilizan las fuentes de otros, el hecho de que Ana se basara en informes sobre acontecimientos que ella no presenció personalmente, permitiendo a los lectores juzgar su fiabilidad o sus prejuicios, no disminuye en nada su talla intelectual.

Sí indica, obviamente, cómo se ha informado sobre determinados acontecimientos concretos, estrategias militares y batallas. Al igual que otros historiadores, sigue las tradiciones establecidas de la historiografía bizantina, en la que se estudiaban muy de cerca los modelos clásicos de Tucídides y Heródoto. Siempre que era posible, los historiadores utilizaban relatos de testigos presenciales, o historias que circulaban entre los soldados que habían participado en las campañas militares, o informes escritos tras los acontecimientos. Ana sigue esta práctica, como hacen todos los autores cuando describen campañas en las que no participan. Así, por ejemplo, cita a un legado latino, que había sido enviado por el obispo de Bari a Roberto Guiscardo durante sus campañas contra Dyrrachion, como la fuente de su descripción de una terrible tormenta que destruyó la mayor parte de la flota normanda. Dado que Ana y su madre acompañaron a Alejo en varias de sus campañas, también tuvo ocasión de escuchar lo que ocurrió de boca de su padre, así como las discusiones entre él y sus comandantes militares, como Jorge Paleólogo, así como las experiencias de otros

participantes. Su relato está lleno de debates y conversaciones, donde con frecuencia cita las palabras textuales que se dijeron, y que bien pudo haber escuchado en persona.

Ana se basaba también en fuentes escritas, que incluían registros gubernamentales de alianzas establecidas y estrategias planificadas, así como informes sobre qué tácticas militares funcionaron, cuáles fallaron y cómo respondió el enemigo. También se consignaban por escrito actos individuales de valor o de traición, y las muertes en acto de servicio. Asimismo, las noticias del campo de batalla se anunciaban en la capital, en el Foro de Constantino, como, por ejemplo, cuando Eustatio Kamytzes describió su extraordinaria huida ante el ataque turco contra Nicea. Aunque otros autores —varones— a menudo tuvieran una experiencia directa de la guerra, Ana se hallaba en una posición privilegiada, en el centro del poder bizantino, para averiguar lo que ocurría. Naturalmente, siempre se mostraba ansiosa por retratar a su padre desde una perspectiva favorable, incluso cuando sus planes de batalla habían fracasado y se había visto obligado a huir.

Otra razón para hacer hincapié en las habilidades diplomáticas de su padre puede que surgiera en 1147, cuando Manuel I Comneno acogió a los líderes de la Segunda Cruzada en Constantinopla. Probablemente Ana deseaba contrastar las simpatías prooccidentales de su sobrino en aquel momento con la reacción, más cuidadosa y calculada, que había tenido su padre ante las fuerzas de la Primera Cruzada. La llegada del cuantioso contingente de caballeros cristianos y peregrinos en 1096 constituyó un punto de inflexión crucial en las relaciones entre Oriente y Occidente, que marcaría todas las relaciones posteriores entre los cristianos. Dado que Manuel era muy elogiado por los oradores cortesanos por su porte imperial y su habilidad

militar, es posible que Ana sintiera la necesidad de llamar la atención sobre los logros de Alejo, que corrían el peligro de ser ignorados. Su historia, pues, viene a contrarrestar la propaganda política elaborada por los retóricos cortesanos de mediados del siglo XII en favor de la figura de Manuel.

Este último respaldaba también nuevos y extraños hábitos occidentales, como las justas o la costumbre de llevar pantalones, ambas cosas introducidas en Bizancio en el siglo XII. Aunque el atuendo cortesano seguía siendo la túnica larga de sedas de diferentes colores, el uniforme militar bizantino conservaba el estilo romano de vestir una túnica más corta con protectores en las piernas; ninguna de estas dos tradiciones admitía el uso de pantalones, que se consideraban una novedad más bien indecente. Del mismo modo, aunque la élite cortesana jugaba al polo desde que este deporte se introdujera en el siglo V procedente de Persia, las justas constituían un deporte relativamente nuevo. En el siglo IX hay diversas referencias a exhibiciones de combates a caballo entre individuos en los que un bizantino logra descabalgar a un adversario extranjero, pero el tipo de justa occidental se desconocía. Estos dos inventos provocaron la oposición de los conservadores, de modo que, al vincularlos a Manuel, puede que Ana estuviera expresando una desaprobación personal hacia su sobrino. También es posible que hubiera considerado el entusiasmo de este por las costumbres occidentales no solo desastroso, sino incluso peligroso.

Ana estaba escribiendo su historia cuando la conquista turca de Asia Menor central se convirtió en una realidad de carácter más permanente. Ya desde la derrota bizantina de Manzikert, en 1071, varias tribus habían penetrado en la región, obligando a la población local a huir hacia el oeste; aldeas enteras, obispos y terratenientes buscaban un nuevo hogar en las provincias europeas del imperio. Esta migración

de este a oeste se tradujo en un mayor desarrollo de las provincias balcánicas y griegas, lo que ayudó a compensar las pérdidas sufridas en Asia. Pero la incapacidad del imperio de poner freno a los asentamientos turcos, pese a la ayuda de los cruzados, se hizo todavía más evidente en la década de 1130. Aunque Alejo I había estabilizado la moneda de oro en 1092, la riqueza del imperio había declinado. En Occidente, las principales beneficiarias serían Venecia, Pisa y Génova, mientras que, por su parte, los turcos establecían sus caravasares en las provincias conquistadas de Asia Menor, vinculando así estos territorios a su distante tierra natal. Puede que Ana se mostrara crítica con las estrechas relaciones entre el emperador Manuel y los monarcas occidentales, que no hicieron nada por recuperar el territorio imperial perdido.

Ana concluye la *Alexiada* con una profunda tristeza debida al sentimiento de su propio fracaso, ya que había sido incapaz de persuadir a su esposo, Nicéforo Brienio, de que tratara de hacerse con el poder supremo cuando Alejo I se hallaba en su lecho de muerte. Esto ayuda a explicar por qué termina su historia con lágrimas, describiendo la accesión al poder de su hermano y lamentándose de su propia suerte. Pese a ello, su *Alexiada* constituye una lectura emocionante. Es una historia del reinado de su padre, una biografía de su familia, y también una autobiografía, puesto que Ana habla a menudo de su reacción personal ante los acontecimientos, así como de sus pensamientos y temores. Asimismo, está compuesta en la forma bizantina más desarrollada del griego ático, llena de palabras oscuras y antiguos proverbios. El estilo de Ana es muy cultivado y bastante difícil. Como el reinado de su estimado padre, Alejo I Comneno, su historia es audaz, novedosa y sorprendente. Ninguna otra mujer de la Edad Media, de Oriente u Occidente, tuvo la visión, la confianza y la capacidad suficientes para realizar un proyecto tan

ambicioso.

23

Una sociedad cosmopolita

Se me considera escita entre escitas, latino entre latinos…
Y también a los persas les hablo en persa…
A los alanos les digo en su lengua:
«Buenos días, mi señor, mi *arcontisa*, ¿de dónde son?
Tapanjas mesfili jsina korzi kanda, etcétera»…
A los árabes, como son árabes, me dirijo en árabe…
Y también saludo a los *ros* según sus hábitos…
«*Sdraste, brate, sestritza*», y les digo «*dobra deni*».
A los judíos les digo en una forma apropiada en hebreo:
«Tú, calabozo consagrado a la magia, cuya boca es como una sima que traga moscas,
Memakomene bez fagi beelzebul timaie…»[59].

JUAN TZETZES, Epílogo de su *Teogonía*, siglo XII

En el siglo XII, cuando Juan Tzetzes escribía estos versos destinados a acoger a quienes visitaban la capital bizantina (aparte de los judíos, a los que solo dedicaba insultos), y donde demostraba su conocimiento de las lenguas que empleaba para dirigirse a las diferentes personas con las que se encontraba en las calles de Constantinopla, ciertamente no estaba exagerando en cuanto al número de extranjeros que visitaban la ciudad. De hecho, incluso podría haber mencionado a la célebre guardia varega formada en 988 por Basilio II, entre cuyos miembros se incluían rusos, escandinavos y anglosajones, o el contingente germano establecido en su propio barrio desde la década de 1140, o a los catalanes de Barcelona que también frecuentaban los mercados del imperio y servían como mercenarios en sus ejércitos.

En su actitud hacia los judíos, Juan representa una de las opiniones predominantes en Bizancio, a saber, que los judíos

habían sido incapaces de entender el mensaje universal del cristianismo y seguían apegados todavía a sus propias tradiciones tribales. El verso aquí citado prosigue así: «Tú, judío empedernido, el Señor ha llegado, y caerá un rayo sobre tu cabeza». Y ello porque, dado que Dios había revelado la Ley a Moisés, tal como declaraba el Antiguo Testamento, los judíos eran también un pueblo elegido, de modo que no podía desechárseles sin más como a herejes o paganos. Este comentario de doble filo refleja una incómoda relación: la alusión a Belcebú (del hebreo *Baal Zebub*, «señor-mosca») manifiesta la creencia popular de que este era «el Señor de las Moscas», mientras que la magia se relacionaba a menudo con las prácticas judías. Sin embargo, las comunidades judías vivían y trabajaban en las principales ciudades de Bizancio ya desde los tiempos de Constantino I. No se les obligaba a residir en guetos diferenciados, pero probablemente se congregaban en las zonas próximas a sus sinagogas. Aunque seguramente debían de hablar en hebreo, tal como explica Juan, desde el siglo VI empleaban la traducción griega de la Biblia hebrea (la denominada Septuaginta) y estaban completamente helenizados.

Ocasionalmente eran objeto de persecuciones, como, por ejemplo, bajo el reinado del emperador Heraclio en el siglo VII, que les ordenó que se convirtieran al cristianismo, y de nuevo en el VIII, cuando el emperador León III les obligó a aceptar el bautismo. Pese a ello, sabían cómo zafarse, tal como explica Teófanes: «Los judíos […] eran bautizados contra su voluntad, y luego se lavaban para quitarse el bautismo y participaban en la sagrada comunión con el estómago lleno para profanar la fe». León VI promulgó una ley similar a finales del siglo IX, probablemente con los mismos resultados. Es improbable que se produjeran conversiones permanentes de un gran número de personas. En la Esparta del siglo X —la

Lacedemonia medieval—, san Nicón atacó a la comunidad judía local afirmando que los judíos eran los responsables de la epidemia que asolaba la ciudad. Los expulsó, y se negó a permitirles que regresaran a su trabajo de tejedores y rematadores de ropa si no se convertían. Era frecuente que se responsabilizara a los judíos de las enfermedades o las muertes para las que no se conocía explicación, así como de otras desgracias de los cristianos. A comienzos del siglo VIII, por ejemplo, el primer brote iconoclasta contra las iglesias cristianas en la Siria musulmana se atribuyó a un mago judío.

No obstante, en Bizancio los judíos eran generalmente tolerados y sus rasgos distintivos, permitidos. En todo el territorio del imperio trabajaban como mercaderes, banqueros y prestamistas, y también se les empleaba como tejedores de seda y rematadores de ropa. Gracias al *Libro de viajes* del rabino español Benjamín de Tudela, donde consigna su visita a casi treinta comunidades en Bizancio durante la década de 1160, sabemos de unos nueve mil judíos que se dedicaban a toda una serie de actividades distintas. Dichos colectivos iban desde una pobre y reducida comunidad agraria de doscientas personas en el monte Parnaso, cerca de Delfos, hasta diversos grupos urbanos más grandes o más pequeños, incluyendo a los judíos que residían en Constantinopla, especialmente en Gálata, el asentamiento situado en el lado norte del Cuerno de Oro que formaba el decimotercer sector de la capital y que Benjamín conocería por su posterior nombre de Pera. En su visita se encontró con que los judíos bizantinos que allí residían, al igual que los de Tebas y Tesalónica, destacaban en la industria sedera, y que todos ellos disfrutaban de un nivel de vida bastante alto. No parece que visitara la comunidad de Kastoria, en el norte de Grecia, que a finales del siglo XI se dedicaba a la confección de nuevos himnos para su uso en las sinagogas, pero en todos los

lugares anotó los nombres de los rabinos y de los eruditos talmúdicos más destacados.

En la propia Constantinopla, Benjamín se sorprendió ante el bullicio que formaban los comerciantes de todas partes del mundo, y entre sus orígenes menciona explícitamente a Mesopotamia, Babilonia, Persia, Egipto y Palestina, además de otros países nórdicos y occidentales. Menciona al médico del emperador, rabí Salomón (llamado «el Egipcio»), que es el único judío al que se permite montar a caballo, y señala asimismo la separación entre caraítas, una secta que rechazaba el Talmud —el judaísmo normativo—, y rabanitas, que vivían de acuerdo con la reglamentación que este imponía. En Pera, los curtidores bizantinos se empeñaban en vaciar sus aguas residuales delante de las casas de los judíos, lo que engendraba odio y malas relaciones. Pero las comunidades bizantinas no se veían perturbadas por nada parecido al grado de hostilidad que presenció Renania durante la Primera Cruzada (como veremos). Durante sus últimos viajes a Persia, Benjamín deja constancia del hecho de que los judíos persas eran más ricos que los de Bizancio. Pero también subraya que no había visto ninguna ciudad como Constantinopla, que «es solo comparable a Bagdad». Los judíos eran una parte permanente de la cosmopolita sociedad de Bizancio.

En contraste, muchos otros grupos buscaban empleo temporalmente en el imperio y trabajaban para el sistema imperial de la corte en determinadas labores específicas. Durante siglos, Bizancio había atraído a aventureros, piratas, falsos profetas y herejes, todos los cuales buscaban fortuna o un público para sus exhibiciones, así como a comerciantes y mercenarios que le ofrecían sus servicios. Los armenios, por ejemplo, solían encontrar empleo en las fuerzas armadas bizantinas. Conforme el imperio se fue expandiendo a partir

del siglo X, una amplia órbita de países y culturas pasó a estar vinculada a él. Un ejemplo especialmente llamativo se produjo en 1034, cuando Harald Hardrada llegó a Constantinopla con quinientos vikingos armados con sus tradicionales hachas de doble filo. El joven príncipe se había visto obligado a abandonar Noruega y viajar a Bizancio a través de Nóvgorod, las rutas fluviales rusas y las colonias cristianas, cruzando los rápidos del bajo Dniéper y atravesando el mar Negro. En Constantinopla, a la que los escandinavos llamaban Miklagard («la Gran Ciudad»), sirvió durante diez años en la guardia varega y participó en las campañas de Sicilia. Su éxito atrajo a otros soldados de fortuna de Islandia, Escandinavia y la Inglaterra anglosajona tras la victoria normanda en la batalla de Hastings, en 1066. Además de sus tareas como miembros de una unidad de combate profesional, fueron desplegados en el Gran Palacio como integrantes de la guardia, identificados por su aspecto y su armamento distintivos.

Existe una considerable confusión en torno a la descripción de la partida de Harald de Constantinopla: su *Saga* afirma que se peleó con la emperatriz Zoé, trató de secuestrar a la sobrina de esta, María, y estuvo implicado en el complot para cegar a Miguel V. También describe cómo Harald logró salir del Cuerno de Oro, que estaba bloqueado por cadenas:

> Les dijo a algunos de sus remeros que apretaran con todas sus fuerzas, mientras que los que no remaban corrieron a la popa de las galeras cargados con su equipamiento. De ese modo, las galeras cayeron sobre las cadenas. En cuanto se tropezaron con la parte de arriba de las cadenas, Harald les dijo a todos los hombres que corrieran a la proa. La galera de Harald se inclinó hacia delante por el impacto y se libró de las cadenas; pero el otro barco quedó atascado y se le rompió la parte de atrás. Muchos de sus tripulantes perecieron, aunque algunos fueron rescatados del mar[60].

Más tarde, Harald dejó a María en tierra y zarpó de regreso a Nóvgorod, donde el rey Yaroslav le dio a su hija en

matrimonio. Finalmente, reclamó su herencia como rey de Noruega, donde acuñaría una moneda de plata regular que parece imitar a la moneda de plata bizantina, el *miliaresion* (que valía una doceava parte de la *nomisma* de oro); se han encontrado también imitaciones parecidas en Suecia y Finlandia. Probablemente Harald fundó también una iglesia dedicada a san Olaf en la colonia escandinava de Constantinopla, a la que los devotos del culto nórdico enviarían donativos.

En el siglo XII, este reclutamiento de soldados del norte se vio complementado por diversos peregrinos cristianos, como el rey Erik de Dinamarca y su sucesor, el rey Sigurd, que visitaron Constantinopla de camino a Jerusalén y Roma, y regresaron con presentes en forma de reliquias, aditamentos eclesiásticos de oro y plata, y un libro de oraciones griego. Sigurd había navegado por los sistemas fluviales y a través del mar Negro hasta la capital bizantina en su barco vikingo, que luego regaló a Alejo I Comneno. Dicho barco aparece representado, con su cabeza de dragón, en una famosa imagen de Constantinopla del siglo XV; el emperador puso la dorada cabeza de dragón en la iglesia de San Pedro. La guardia varega continuó su existencia. En julio de 1203, el cruzado occidental Godofredo de Villehardouin describía a una impresionante guardia de honor: «Ingleses y daneses equipados con hachas de combate», flanqueando la ruta desde las puertas del palacio de Blachernae hasta la entrada principal, donde fue entronizado Isaac II Ángelo. Aquellos mismos guerreros lucharían también contra los cruzados durante el asedio de 1204, y morirían junto a los bizantinos defendiendo la ciudad.

Los varegos dejaron su impronta en Constantinopla: un grafito en caracteres rúnicos (un antiguo alfabeto germano) garabateado en un pretil de mármol en Santa Sofía nos hace

pensar en un momento de aburrimiento durante una larga liturgia, mientras que la inscripción rúnica de un león del Pireo, cerca de Atenas, que actualmente se conserva en Venecia, aparece escrita en un lenguaje más formal. Tras cumplir con su servicio, volvieron a casa con monedas bizantinas, sedas utilizadas como sudarios y paños de altar, armas y vestimentas distintivas. Según la *Saga de Laxdaela*, Bolli Bollason volvió ataviado con una magnífica vestidura bordada en oro con una capa púrpura y «ropas de seda, que le había dado el rey de Miklagard». Como resultado de estas estrechas relaciones y del intercambio de regalos, la influencia bizantina en la arquitectura eclesiástica, la pintura al fresco, la iluminación de manuscritos y la talla del marfil se extendió por todo el norte, llegando incluso hasta Islandia. Se erigieron estelas rúnicas en memoria de los que habían viajado a Bizancio como comerciantes, peregrinos y mercenarios, cuyas hazañas se conmemoran asimismo en diversos poemas y narraciones islandeses y escandinavos.

Otro grupo étnico que tuvo un gran impacto en Bizancio en el siglo XI fue el reclutado en las regiones orientales de Armenia y Georgia. Dos familias de Cecaumenos y Pacurianos, en particular, destacan como fuentes de grandes comandantes militares. De la primera familia, el general armenio Cecaumeno aprendió el arte de la escritura a fin de redactar sus memorias, que incluyen estrategias militares y sorprendentes victorias sobre los búlgaros, además de numerosos consejos a sus hijos basados en su experiencia personal. De la segunda, conocemos sobre todo al georgiano Gregorio Pacuriano, que luchó por Bizancio desde 1064 hasta su muerte en combate frente a los pechenegos en 1086. Él y su esposa Kale contribuyeron al monasterio georgiano de Iviron, en el monte Athos, y en el testamento de ella se describe con detalle la distribución de sus posesiones entre sus parientes y

esclavos libertos. Además, Gregorio fundó su propio monasterio en Petritzos (actual Bachkovo, en Bulgaria), y redactó sus estatutos fundacionales con una provisión para 51 monjes georgianos y un escribano, que debía saber griego para poder tratar con las autoridades locales. Los monjes recibirían su pensión anual en Pascua, fecha en que el monasterio celebraría una feria a sus puertas. Muchos de sus compañeros de armas se retiraron a este refugio espiritual, que Gregorio dotó con extensas propiedades.

Gregorio construyó asimismo tres hospederías para los viajeros provenientes de la zona central de los Balcanes que descendían por el valle del Maritsa hacia Adrianópolis y Constantinopla. Con ello seguía una tradición bizantina cuyo origen se remontaba a los primeros tiempos cristianos, que reflejaba un ideal de filantropía y que era practicada por los gobernantes como virtud imperial, e imitada también por otros como Pacuriano. En Constantinopla, la emperatriz Irene fundó comedores de beneficencia, hogares para ancianos y cementerios especiales donde pudiera enterrarse a los extranjeros que caían enfermos y morían en la capital. Los servicios sociales estaban más desarrollados en los centros urbanos, pero también los monasterios rurales podían proporcionar una asistencia médica básica. En 1152, por ejemplo, Isaac Comneno fundó un monasterio imperial en Vera (actual Ferrai, en Tracia), con un hospital de 36 camas y un baño público para los lugareños, además de los monjes. Pacuriano, pues, se adhirió a la arraigada tradición de las instituciones benéficas, que incluía un elevado nivel asistencial para los viajeros medievales y venía a potenciar la movilidad y la mezcla de distintos pueblos.

En el siglo XII, la dinastía Comneno fundada por Alejo I empleaba a un gran número de extranjeros, a los que en ocasiones recompensaba mediante una concesión conocida

como *pronoia* (literalmente, «cuidado»). Aunque el significado exacto del término es objeto de debate, estas concesiones otorgaban al destinatario —a menudo un soldado— el derecho a recaudar durante un tiempo limitado los impuestos estatales de una determinada hacienda o de un grupo de campesinos que vivieran en ella, o bien de fundaciones piadosas como los monasterios. La concesión se consideraba temporal y podía revocarse en cualquier momento, pero su vínculo originario con el servicio militar —ya fuera como recompensa por acciones pasadas o como incentivo para misiones futuras— fue debilitándose poco a poco. Bajo el reinado de Miguel VIII Paleólogo (1259-1282) se hizo hereditaria, despojando así al Estado de una serie de ingresos de forma permanente; los destinatarios de una *pronoia* se limitaban ahora a recaudar los impuestos sin proporcionar ningún servicio a cambio. Con el tiempo, pues, el sistema introducido en el siglo XII para recompensar a los mercenarios extranjeros se convertiría en una de las causas del debilitamiento de Bizancio.

Toda esta mezcolanza cosmopolita plantea la cuestión de si en los siglos XI y XII Bizancio estaba más abierta que antes a las influencias foráneas. Obviamente, la llegada de los cruzados occidentales habría de desencadenar una transformación significativa tanto en las actitudes populares como en las de la élite en relación con los cristianos latinos. Sin embargo, desde finales del siglo X Bizancio atraía y empleaba ya a un amplio abanico de extranjeros, que encontraban trabajo y remuneración en los desarrollados mercados del imperio de Oriente. Su búsqueda de riqueza se veía compensada por la capacidad del imperio para absorber extranjeros y su necesidad de mano de obra cualificada. La estructura imperial era capaz de dar cabida a una gran diversidad, con tal de que hubiera lealtad, y por otra parte, a los emperadores les

encantaba el carácter novedoso y el abanico de habilidades de algunos grupos de combatientes como los varegos. La confianza de Bizancio en su propia organización social y política daba margen a un grado de tolerancia mayor que el de otras sociedades medievales menos consolidadas.

Para todos los que se establecían en Bizancio y pagaban impuestos, el conocimiento del griego adquiría un carácter esencial, y en los siglos XI y XII, aprender griego se había convertido en una tarea más fácil, ya que el griego vernáculo que se hablaba en la calle era más sencillo que el griego ático utilizado por los intelectuales (véase el capítulo 21). El demótico se fue convirtiendo poco a poco en la lengua común del comercio en el Mediterráneo oriental, hablado por los mercaderes árabes, sirios, venecianos, genoveses y pisanos. Era habitual que los traductores de la corte imperial fueran italianos, aunque esto no excluía en absoluto a otros grupos. Durante el debate entre el cardenal Humberto —que encabezaba la embajada romana— y el patriarca Cerulario en 1054, fue un tal Juan el Español quien hubo de manejarse con sus desacuerdos; y en 1192, una embajada bizantina a Génova incluía a cierto intérprete llamado Gerardo Alamanopoulos (es decir, «hijo de Alamán»), un germano que probablemente se había casado con una mujer griega. Los recién llegados, pues, tenían acceso a Bizancio a través de un sistema lingüístico menos complejo, y podían captar los rudimentos del griego hablado sin tener que aprender las formas superiores del idioma.

Los eruditos literarios han señalado desde hace tiempo la existencia de cierta semejanza entre los cantares de gesta occidentales, como la *Canción de Roldán* o la *Peregrinación de Carlomagno*, y la epopeya de *Digenis Acritas* y el resurgimiento bizantino de los romances de la Antigüedad tardía, lo que plantea la cuestión de las posibles influencias

occidentales en Bizancio. Aunque tres de los cuatro romances bizantinos están compuestos en griego ático, las hazañas militares de Digenis están redactadas en el griego vernáculo que se hablaba en el siglo XII. En ello comparten un rasgo común con los versos satíricos sobre funcionarios prominentes, las narraciones de milagros cristianos y los relatos considerados «buenos para el alma»; y también en los cantares occidentales se emplea la lengua vernácula. El griego hablado fue alentado asimismo por María de Alania, la suegra de Ana Comnena, en la década de 1090; por Berta de Sulzbach, la primera esposa de Manuel I (1143-1180), y por otras princesas occidentales que encargaron a diversos autores como Juan Tzetzes la elaboración de versiones demóticas de la *Ilíada* y la *Odisea* para facilitarles su aprendizaje de la cultura griega.

El incremento de esta literatura, que podía ser apreciada tanto por los latinos como por los bizantinos incultos, refleja una nueva conciencia de la dificultad de dominar el griego ático y una necesidad de disponer de textos literarios más sencillos. Aunque algunos historiadores creen que Leonor de Aquitania, a menudo considerada una famosa mecenas de trovadores, acompañó a su esposo el rey Luis VII de Francia en la Segunda Cruzada, en 1147, y pudo haber conocido a Berta en la corte bizantina, lo cierto es que su aliento no resulta en absoluto esencial en este desarrollo literario. El imperio estaba cambiando y adaptándose a nuevas presiones, y entre ellas se incluía la necesidad de una forma alternativa de griego, correspondiente a la lengua hablada.

Además del creciente número de visitantes extranjeros a la corte imperial, la floreciente economía de Bizancio seguía atrayendo a comerciantes de todas partes del Mediterráneo. En una historia satírica escrita por un autor anónimo del siglo XII, el héroe Timarión, que se describe a sí mismo como un

turista de Capadocia, visita Tesalónica durante la celebración de la festividad anual de San Demetrio. Desea ver sus lugares sagrados, la iglesia, con su milagroso óleo que gotea del icono del santo, y se sorprende al ver la envergadura de la feria. Sube a lo alto de la colina del castillo para observar el inmenso océano de tiendas:

> Los tenderetes de los comerciantes, situados unos frente a otros, [estaban] colocados en filas paralelas [...] y en varios puntos había otros dispuestos formando ángulo con las filas [...] No podía dejar de compararlo con un ciempiés, con un cuerpo muy largo mostrando innumerables patitas bajo su vientre [...] Había toda clase de ropa para hombres y mujeres, todo lo que viene de Beocia y del Peloponeso, de Italia y Grecia, Fenicia, Egipto, España y las Columnas de Hércules, donde se fabrican los más finos paños de altar[61].

De ese modo expresa su sorpresa ante «la feria más importante celebrada en Macedonia», concretamente el 8 de octubre, el día de la festividad del santo.

Esta clase de ferias estimulaban la economía local y parece obvio que atraían a comerciantes de todas partes, lo que refleja una constante actividad comercial, a pesar de que en las provincias escaseaba la moneda imperial y de que no se tiene constancia escrita de los nombres de los comerciantes. En el siglo XII, la exportación de aceite de oliva y de los productos de seda locales, que dependían de las plantaciones de moreras, aparece documentada en diversas fuentes italianas. Los mercaderes venecianos frecuentaban numerosos puertos del Peloponeso y la Grecia central, y era evidente que obtenían beneficios con sus negocios, pero era la propia Constantinopla la que seguía siendo el principal centro comercial. Su prosperidad también dependía de la presencia de comerciantes extranjeros, algunos de ellos establecidos de forma permanente en sus propios barrios de la ciudad, y otros de manera más transitoria. A mediados del siglo XII, el geógrafo árabe Al-Idrisi señalaba: «Constantinopla es próspera, tiene mercados y comerciantes, y sus gentes son

acaudaladas». La capital imperial todavía impresionaba, y conservaba el carácter cosmopolita que había atraído a tantos viajeros durante siglos. Aun después de 1261, Abdullah, un comerciante musulmán, encontraba la ciudad de lo más llamativa:

> Es una gran ciudad de la costa, comparable a Alejandría, y se necesita toda una mañana para cruzarla de un extremo a otro. Hay una plaza que es tan grande como dos terceras partes de Damasco, rodeada de murallas con una puerta, que está reservada exclusivamente para ser ocupada por musulmanes. Existe igualmente una plaza similar para los judíos […] Hay cien mil iglesias, menos una […] Él [el emperador] completó la cifra construyendo la Gran Iglesia […] es uno de los edificios más considerables y maravillosos que pueden verse[62].

Desde el momento de mayor expansión en el siglo VI, cuando abarcaba todo el Mediterráneo oriental, hasta el de menor expansión, en el XIV, cuando se convirtió en una diminuta agrupación de ciudades-Estado, Bizancio fue siempre un imperio, no una nación. Sus habitantes, ya fueran griegos, latinos, armenios, judíos o de otras comunidades, se consideraban ciudadanos bizantinos, que pagaban sus impuestos y se beneficiaban de su protección y de sus leyes. La lengua oficial era el griego, aunque en sí misma evolucionó a partir de sus raíces clásicas hasta convertirse en un demótico que resultaba más fácil de aprender y que también podían compartir quienes tuvieran otras lenguas maternas. Al mismo tiempo, Bizancio jamás perdió su cosmovisión homérica de la inmigración y la hospitalidad para con los extranjeros, de la que seguirían disfrutando los recién llegados.

Al igual que otros muchos imperios, la corte importó a extranjeros como mercenarios y funcionarios, libres de lealtades a otros intereses ni en la propia capital ni fuera de ella. La cosmopolita mezcolanza de Bizancio, atraída desde asombrosas distancias por las oportunidades comerciales o

por mera curiosidad, no se limitaba a Constantinopla, como ya hemos visto en el ejemplo de la feria de Éfeso (véase el capítulo 14). Viajaran a donde viajaran sus visitantes, navegando de puerto en puerto o siguiendo las rutas terrestres, todo el imperio aparecía organizado para el comercio y abierto a los peregrinos, y sus hospicios, tabernas y casas de huéspedes aseguraban que el imperio, por muy orgulloso y egocéntrico que fuera, en ningún momento se mostrase provinciano o cerrado.

Cuarta parte

Nuevas formas de Bizancio

24

El punto de inflexión de las Cruzadas

> Considerad, pues, lo que el Todopoderoso os ha dado, quizá con este propósito, que por medio de vosotros Él puede rescatar Jerusalén de tal envilecimiento […] Con ayuda de Dios, creemos que esto puede hacerse por medio de vosotros[63].
>
> GILBERTO DE NOGENT, en torno a la prédica del papa Urbano II sobre la Primera Cruzada en Clermont, en 1095

En 1087, el equilibrio de poderes en Oriente Próximo se inclinó de manera decisiva cuando los turcos selyúcidas tomaron Jerusalén. Tras su victoria en Manzikert (1071), los turcos habían ido avanzando constantemente hacia el sur en dirección a su objetivo, el Egipto musulmán. Su conquista de Jerusalén cortó las rutas de peregrinación a Tierra Santa y predispuso a los cristianos de todo el mundo conocido a entrar en acción. Inspirados por los dantescos relatos del papa Urbano II sobre «los viles y bastardos turcos… una raza maldita» y la «corrupción del paganismo», caballeros, soldados e incluso peregrinos pobres «tomaron la Cruz» (es decir, pintaron el signo de la cruz en sus ropas) en Occidente, y en la primavera de 1096 iniciaron su propia campaña para recuperar Tierra Santa. Las subsiguientes Cruzadas contra los infieles en Oriente Próximo llevaron a Oriente y Occidente a establecer un contacto mutuo mucho más estrecho, aunque a menudo hostil, durante el siglo XII; un contacto en el que Bizancio ocupó el lugar central.

Tras una década de guerra civil entre 1071 y 1081, Alejo I Comneno (1081-1118) se encontró con que las fuerzas de combate bizantinas estaban completamente desorganizadas, advirtiendo la imposibilidad de hacer campaña a la vez en Oriente contra los turcos y en Occidente contra los normandos. Se vio forzado, pues, a concentrarse en expulsar a

los normandos de Epiro (1081-1085), mientras un grupo de turcos selyúcidas se establecían en Nicea, en Asia Menor occidental. En 1088, Alejo pidió y obtuvo el uso de una compañía de quinientos caballeros adscritos al conde de Flandes, que proporcionaban unos excelentes servicios como mercenarios. Así, en 1095, cuando envió una petición de ayuda a Occidente a través del papa Urbano II, se anticipó a la llegada de fuerzas militares adicionales del mismo tipo para que le ayudaran en sus batallas contra los turcos en Asia Menor. Puede que pensara que podían hacerse coincidir sus necesidades con los objetivos de los cristianos latinos. Juntos, expulsarían a los turcos de Asia Menor y luego pasarían a reconquistar Jerusalén.

Pese a la conquista árabe de Jerusalén, durante siglos los cristianos siguieron realizando peregrinaciones a Tierra Santa. Una vez que los húngaros se hubieron convertido al cristianismo, pudo reabrirse la ruta terrestre a Jerusalén a través de los Balcanes y Constantinopla, y con ello los viajeros occidentales pudieron familiarizarse más con las riquezas de Bizancio y con su asombrosa colección de reliquias. Sus visitas también hicieron a los bizantinos conscientes de la fuerza militar de los caballeros latinos. Aunque es posible que el emperador no supiera apreciar la vitalidad del papado, reformado por Gregorio VIII (1073-1085), y la creciente influencia de la orden monástica benedictina en Occidente, sí había cultivado las buenas relaciones con algunos obispos de Roma concretos y había aspirado a promover la unidad de los cristianos. Del mismo modo, aunque el papa Urbano II veía la cruzada como una oportunidad para poner a la Iglesia de Constantinopla bajo el control de Roma, en todas las descripciones de su prédica en Clermont se incluye un llamamiento a los caballeros occidentales, «que están acostumbrados a librar guerras privadas incluso contra

creyentes», para que redirigieran sus fuerzas contra los infieles. Fulquerio de Chartres, por ejemplo, cuenta que les instó a «ayudar a vuestros hermanos que viven en Oriente, que necesitan de vuestra ayuda, que ya muchas veces han pedido a gritos», lo que refleja claramente la idea de un frente común cristiano contra el resurgimiento del islam. Roberto de Reims añade que Urbano II les alentó también de una forma material:

> Emprended el camino al Santo Sepulcro; arrebatad esa tierra a la raza malvada, y sometedla a vosotros. Esa tierra, de la que las Escrituras dicen que «manaba leche y miel», fue entregada por Dios en propiedad a los Hijos de Israel[64].

Pero mientras el Papa predicaba la necesidad de que los cristianos tomaran la Cruz, y ofrecía el perdón (indulgencia) de sus pecados si lo hacían, un gran número de peregrinos, a menudo pobres y desarmados, e incluyendo a mujeres y niños, decidieron partir hacia Oriente, encabezados por predicadores carismáticos como Pedro el Ermitaño, Walter el Indigente y Gottschalk, un sacerdote de Renania. La mayoría de ellos siguieron una ruta que iba desde el norte de Francia y Alemania hasta Constantinopla pasando por Europa central, inspirados por las instrucciones de Urbano II de «apresuraos todo lo que podáis en defensa de la Iglesia oriental». Su presencia alteró esencialmente la idea de una campaña militar cristiana combinada contra las fuerzas del islam.

Algunos caballeros occidentales habían combatido ya a los musulmanes en España, y numerosos peregrinos estaban familiarizados con las rutas que configuraban el Camino de Santiago hasta Compostela. Pero la masiva peregrinación a Jerusalén de 1096 reunió por primera vez a miles de civiles en su mayor parte desarmados. Es posible que la idea de participar en una guerra santa contra el infiel viniera a aumentar su conciencia del «otro» en la sociedad medieval,

una conciencia que luego se volvió hacia los judíos. Según un relato atribuido a Salomón ben Simpson de Spira, que forma parte de una crónica judía más larga elaborada en el siglo XII, los peregrinos cristianos se decían unos a otros:

> He aquí que recorremos un largo camino […] para tomar venganza de los musulmanes. Pero ahí están los judíos viviendo entre nosotros, cuyos antepasados le mataron [a Jesucristo] y le sacrificaron de manera insensata. Tomemos venganza de ellos primero[65].

Así, además de buscar y matar a todos los judíos que pudieron encontrar en Colonia, Maguncia, Spira y Worms, los que habían tomado la Cruz también destruyeron sinagogas y quemaron ejemplares de la Torá. Una violencia similar se desató en Hungría, donde los peregrinos se pelearon con los cristianos locales. Alberto de Aquisgrán, que escribirá su crónica cincuenta años después de la cruzada, cuenta que se portaron bastante mal con los húngaros: «Como gentes toscas, de maneras rudas, indisciplinadas y altaneras, cometieron muchísimos otros crímenes». Tales disturbios al paso de los peregrinos vinieron a crear grandes dificultades para quienes les siguieron, y establecieron asimismo una pauta negativa en las actitudes de Occidente hacia los poco familiares habitantes de Europa oriental, incluidos los bizantinos.

Aunque es posible que Ana Comnena exagere cuando afirma que cien mil caballeros y ochenta mil soldados de infantería participaron en la gran peregrinación, los historiadores modernos reconocen que llegaron a la capital bizantina más de treinta mil caballeros y un número aún mayor de peregrinos. El caso es que el movimiento adoptó una forma muy distinta de la que había pedido el emperador de Bizancio, que aspiraba a disponer de un cuerpo compacto de soldados disciplinados. Aunque hoy se conoce como la Primera Cruzada, en aquel momento sus integrantes se

identificaban a sí mismos como peregrinos, que viajaban a Jerusalén en compañía de un contingente armado y montado que lucharía para recuperar los Santos Lugares. El grupo encabezado por Pedro el Ermitaño llegó el primero a Constantinopla, con la intención de completar su peregrinación a pie, pero con una extremada necesidad de descansar antes de emprender la parte más peligrosa de la ruta a través de Asia Menor. Se instalaron mercados a fin de que pudieran comprar comida, y luego se les transportó en embarcaciones a través del Bósforo. Cuando por fin llegaron las fuerzas combatientes, el emperador insistió en que sus jefes habían de jurar que le restituirían cualquier antiguo territorio bizantino que reconquistaran de manos de los selyúcidas, algo que algunos de ellos se mostraban reacios a hacer. Pese a las numerosas dificultades de su cooperación, las fuerzas cristianas combinadas siguieron a los peregrinos a Asia Menor y lograron recuperar Nicea (junio de 1097). La ciudad fue restituida al control bizantino, y luego las fuerzas Cruzadas partieron a través de la meseta de Anatolia bajo el riguroso calor estival.

Numerosos relatos sobre el progreso de la Primera Cruzada, debidos a autores occidentales, bizantinos y árabes, reflejan las disensiones entre los cruzados y Alejo I, entre los propios cruzados, y también entre las diferentes autoridades musulmanas. Dichas disensiones alcanzaron su punto álgido ante las murallas de Antioquía, fuertemente defendida por musulmanes locales. Tras siete meses de asedio, los cruzados finalmente lograron abrir brecha y ocupar la ciudad (junio de 1098). Pero se vieron enfrentados de inmediato a un poderoso ejército turco, reunido por emires y pequeñas tribus, que acudió en socorro de la población. Algunos occidentales que huyeron de la ciudad disuadieron a Alejo I de que enviara fuerzas bizantinas en ayuda de los cruzados,

afirmando que Antioquía estaba condenada a caer en manos de los turcos. Su decisión, sin embargo, sería posteriormente denunciada como traición. La victoria final cristiana, atribuida en parte al milagroso descubrimiento de la Sagrada Lanza (una reliquia de la pasión de Cristo), instauró a Bohemundo, hijo del jefe normando Roberto Guiscardo, como gobernante de Antioquía, en clara oposición al juramento hecho al emperador bizantino.

La accidentada historia de Antioquía durante las Cruzadas ilustra el carácter contradictorio de los objetivos de sus integrantes. A ojos de los bizantinos, aunque la ciudad había pasado a estar bajo el control árabe entre 636 y 637, había seguido siendo uno de los objetivos de las campañas bizantinas, y de hecho había sido recuperada en 969. Sin embargo, poco más de un siglo después los selyúcidas la ocuparon en su avance hacia el sur en dirección a Jerusalén, y esta simbólica pérdida había de ser rectificada por una guerra santa cristiana, que devolvería Antioquía al control bizantino. Pero para Bohemundo y muchos de los principales caballeros de la campaña, que aspiraban activamente a fundar sus propios principados en Oriente, la toma de Antioquía fue la primera ocasión en que se combinó la peregrinación con la ocupación territorial. Los normandos habían demostrado ya sus ambiciones en ese sentido con la ocupación de las provincias bizantinas del sur de Italia a manos de Guiscardo y la conquista de Inglaterra por parte del duque Guillermo en 1066. En cuanto a Bohemundo, solo logró evitar las represalias bizantinas por haberse apoderado de Antioquía haciéndose pasar por muerto y abandonando la región en un ataúd maloliente, tal como cuenta Ana Comnena.

En 1098, cuando los cruzados partieron de Antioquía a la conquista de Jerusalén, se enteraron de que la ciudad había sido recuperada por los fatimíes. Dado que los selyúcidas y

otras tribus turcas habían adoptado la definición suní del islam, oponiéndose, con ello, a la dinastía chií que gobernaba Egipto, las fuerzas musulmanas de Oriente Próximo se hallaban divididas. Gracias en parte a esta falta de unidad, la Primera Cruzada obtuvo un sorprendente éxito. Tras seis semanas de asedio a Jerusalén (junio-julio de 1099), los latinos vencieron a los defensores de la ciudad y masacraron a toda su población. Luego, los caballeros occidentales eligieron como rey a Godofredo de Bouillon, uno de sus jefes, estableciendo así un enclave cristiano en Tierra Santa. Este triunfo provocó una profunda frustración entre los musulmanes y judíos, para quienes Jerusalén constituía un lugar especialmente sagrado. Su exclusión de la ciudad, que había estado bajo el dominio islámico desde 638, provocó un particular resentimiento.

Jerusalén seguiría siendo punto de encuentro de aspiraciones enfrentadas durante todo el siglo XII. Cuando las fuerzas musulmanas renovaron sus esfuerzos por recuperar la ciudad, el reino latino volvió a recabar la ayuda de los caballeros occidentales. La Segunda Cruzada no logró reconquistar Damasco, y ni siquiera llegó a Jerusalén, pero llegaron nuevas fuerzas por mar. Pese al éxito considerable a la hora de establecer una colonia eficiente, con una exuberante producción artística patrocinada por la reina Melisenda, que gobernó Jerusalén de 1131 a 1153, el enclave cristiano se veía constantemente amenazado. Los cruzados construyeron castillos como el Krak de los Caballeros para proteger el reino, mientras que la iglesia del Santo Sepulcro, consagrada en 1149, simbolizaba la mezcla de elementos cristianos antiguos, árabes, románicos y bizantinos presente en la arquitectura de las Cruzadas. Finalmente, en 1187, Saladino, un general de origen kurdo que se había convertido en sultán de Egipto, reconquistó la Ciudad Santa para el

islam, y el compasivo trato que dio a su población no musulmana sería extensamente elogiado. Sin embargo, el hecho de que Jerusalén cayera de nuevo bajo el control islámico desencadenó una reacción en Occidente, donde las autoridades eclesiásticas volvieron a pedir nuevas Cruzadas. Resultado de ello fueron la Tercera Cruzada, de 1189 a 1192, y la Cuarta, de 1202 a 1204.

En todos estos encuentros entre Oriente y Occidente, la lengua representaba un problema básico: pocos griegos sabían latín, y todavía había menos occidentales que hablaran griego. En el siglo XII, el emperador Manuel I (1143-1180) incrementó el número de occidentales empleados en la corte imperial, donde ejercían de traductores y de embajadores. La creciente influencia occidental en Bizancio resultaba ya evidente a partir de la afición del emperador a practicar el deporte de las justas, a llevar pantalones y a elegir a princesas occidentales para que se casaran con miembros de la familia imperial. Aunque en ocasiones esta política era objeto de denuncia, por otra parte también se apreciaba, aunque a regañadientes, la capacidad de lucha y el valor de los latinos. Ya fuera a caballo o a pie, aquellos «francos» —como se llamaba a todos los occidentales— eran admirados por su fortaleza. Ana Comnena admite que Bohemundo, el enemigo normando de su padre, era un hombre alto y apuesto, y Nicetas Choniates, el historiador de finales del siglo XII, tenía palabras de elogio para Conrado de Montferrato, yerno y aliado de Manuel I. Choniates incluso establece una comparación poco lisonjera entre los afeminados y cobardes bizantinos y sus homólogos latinos, anchos de hombros, valientes y audaces.

Aparte de las dificultades lingüísticas, también los comerciantes italianos generaban cierta tensión en el seno del imperio. Como ya hemos visto (capítulo 19), en

Constantinopla los venecianos controlaban un barrio entero con su propia iglesia y sus propios almacenes a lo largo del Cuerno de Oro, mientras que los mercaderes genoveses y pisanos mantenían asimismo una presencia constante en los puertos de las costas del Adriático, el Mediterráneo y el Egeo. Pese a la importancia del comercio internacional para Bizancio, las relaciones políticas no siempre fueron buenas, y los mercaderes locales estaban resentidos por las ventajas comerciales de las que disfrutaban los italianos. Las tensiones estallaron en 1171 y, de nuevo, en 1182, cuando Manuel I y su sucesor, Andrónico I (1182-1185), ordenaron sendos ataques a comerciantes venecianos, así como a sus barcos y propiedades. Las pérdidas sufridas fueron tan grandes que la república pidió compensaciones: en 1203, la larga lista de casas, barcos y bienes destruidos todavía no se había saldado, lo que probablemente vino a exacerbar aún más el antagonismo.

Las bases lingüísticas, sociales y económicas de la hostilidad mutua entre los cristianos se vieron acrecentadas también por las diferencias litúrgicas. La cláusula de *filioque* —es decir, «y del Hijo» (véase el capítulo 4)—, recitada en el credo latino, pudo haber pasado inadvertida para los griegos locales hasta 1054, pero a partir de entonces se convirtió en un importante elemento de división, mientras que las diferencias en torno al uso o no de levadura en el pan, el número de genuflexiones y los días y grados de ayuno resultaban evidentes y visibles para todo el mundo. A los bizantinos les chocaba el hecho de que los obispos y clérigos occidentales lucharan a lomos de corceles, como caballeros, mientras que los latinos juzgaban impropio que los sacerdotes y el clero menor ortodoxo pudieran casarse. Para el patriarca de Constantinopla y su entorno, la pretensión de primacía papal resultaba especialmente amenazadora, puesto que

otorgaba a Roma, la sede fundada por san Pedro, un poder superior sobre todas las iglesias.

Otro grave desacuerdo fue el derivado de la política bizantina de mantener relaciones diplomáticas con los califas musulmanes, así como con otros emires musulmanes y líderes turcos. Los caballeros occidentales no sabían apreciar la larga tradición bizantina de intercambio de embajadas con los enemigos del imperio, que había establecido una verdadera red de contactos diplomáticos y de inteligencia. Sobre esta base, a menudo los bizantinos podían evitar la guerra, intercambiar prisioneros y mantener la paz. Pero en Occidente eso se condenaba como traición. Y esa acusación resurgió de una manera más aguda durante la década de 1180, cuando se dijo que Andrónico I se había aliado con Saladino y los turcos. Magnus de Reichersberg, un monje alemán, se limitó a denunciar a los griegos como traidores y hostiles a las fuerzas occidentales. La acusación contiene cierto grado de propaganda y es posible que fuera falsa. Pero lo que resulta evidente es que a los latinos les sorprendía el hecho de que tradicionalmente los emperadores bizantinos establecieran contactos diplomáticos con los líderes musulmanes de Oriente Próximo, un comportamiento que no apreciaban.

Estos sentimientos ambiguos generaban también recelos y temores que irían en aumento, mientras las peticiones bizantinas de ayuda militar occidental contra los turcos continuaron durante todo el siglo XII. Durante la Segunda Cruzada, en 1147, el rey Luis VII de Francia y el emperador germánico Conrado fueron a la capital bizantina, donde el emperador Manuel les organizó extravagantes entretenimientos y se aseguró de que los soberanos visitaban los monumentos y reliquias más importantes de Constantinopla. Hay ecos de esta real visita en las sagas islandesas y en la epopeya de la peregrinación de Carlomagno

a Jerusalén. Los caballeros occidentales se sentían asombrados ante las riquezas del imperio, especialmente las iglesias y los mercados de la gran metrópolis de Constantinopla, mientras los bizantinos temían que los cruzados pudieran volverse ambiciosos. Así, en Federico Barbarroja reconocían a un brillante y ambicioso líder que muy bien podría volver sus fuerzas contra la Ciudad Reina.

Paralelamente, los turcos consolidaban su dominio de la meseta central de Asia Menor. En 1176, Manuel se enfrentó al sultán Kilij Arslan en las inmediaciones de Miriocéfalo, donde sufrió una contundente derrota. Esto vino a confirmar la permanencia de la presencia turca en el sultanato de Rum, lo que obligó a los obispos a huir y presionó a los cristianos para que se convirtieran al islam.

En las dos últimas décadas del siglo XII, tanto las fuerzas occidentales como las bizantinas tenían razones para el mutuo recelo. Durante la Tercera Cruzada, el emperador Isaac II Ángelo (1185-1195) fue ferozmente criticado por negociar una tregua con los mamelucos de Egipto mientras los cruzados restauraban el control cristiano de Acre. Para asegurar Jerusalén, el papa Inocencio III predicó la Cuarta Cruzada en 1198. Un año después, Alejo III Ángelo (1195-1203), que reemplazó a su hermano Isaac II como emperador de Constantinopla después de cegarle, envió una embajada a Roma pidiendo ayuda para atacar a los turcos. El Papa respondió que Alejo tendría que contribuir a la cruzada y que la Iglesia de Oriente habría de volver a someterse a la autoridad de Roma. Esta amenaza a la independencia de la Iglesia de Constantinopla estaría presente en todas las negociaciones posteriores entre los cruzados y Bizancio.

En la Cuarta Cruzada, los caballeros del norte de Europa, encabezados por Godofredo de Villehardouin, adoptaron una

nueva estrategia: atacarían a los musulmanes desde Egipto. De modo que pidieron ayuda a Venecia para transportar sus fuerzas a través del Mediterráneo hasta Alejandría, un acuerdo que se estableció a un precio considerable. Sin embargo, a la hora de la verdad llegó a Venecia un número insuficiente de cruzados para poder pagar el transporte, que había de ser en barcos especialmente diseñados. Los venecianos propusieron entonces desviarse ligeramente de la ruta planificada para atacar Zara, una ciudad cristiana de la costa dálmata. Si querían zarpar, los cruzados no tenían más remedio que aceptar el trato, y con el botín obtenido en Zara pudieron financiar la cruzada. Pero en Zara también conocieron al príncipe Alejo, hijo de Isaac II, que había escapado de su prisión en Bizancio para acudir al encuentro de los líderes de la cruzada. El joven aspirante al trono, que conspiraba contra su tío Alejo III, les ofreció una aportación de 200 000 marcos de plata si le restituían el trono imperial. Aceptó asimismo que la Iglesia de Constantinopla se sometiera al Papa. Tras un largo debate, se acordó que la flota se desviara de nuevo, esta vez rumbo a Constantinopla, para instaurar a Alejo como legítimo emperador, recoger la suma prometida y luego seguir la ruta hacia Alejandría. No obstante, muchos caballeros abandonaron la expedición en ese punto, desilusionados por los constantes retrasos para llegar al Mediterráneo oriental.

En la primavera de 1203, la flota zarpó diligentemente de Zara, ancló frente a las murallas de Constantinopla, y en cuestión de semanas instauró a Alejo IV Ángelo en el trono. Pero, a continuación, este debía cumplir el trato acordado en Zara, lo que se revelaría mucho más difícil. Después de transcurrido casi un año sin que Alejo pagara a los cruzados, se envió una delegación a advertirle:

> Nuestros señores os han requerido con frecuencia […] que cumpláis el

> contrato que hicisteis con ellos. Si así lo hacéis, se sentirán extremadamente complacidos; pero si no, dejarán de consideraros su señor y su amigo, mas usarán todos los medios que estén en su poder para cobrar su deuda[66].

Prosigue así Godofredo de Villehardouin: «Los griegos se sintieron muy sorprendidos y profundamente conmocionados por este mensaje abiertamente desafiante […] El ruido de voces airadas llenaba la sala». En su historia de la cruzada, escrita posteriormente, explica que se alegró sobremanera de salir vivo del palacio de Blachernae. Una vez lanzado el desafío, resultaba mucho más probable que se emprendiera una acción hostil, y cuando se hizo evidente que no había pago alguno en perspectiva, esta se hizo inevitable. En abril de 1204, los cruzados atacaron Constantinopla con sus armas de asedio más sofisticadas, que en principio estaban destinadas a la Jerusalén musulmana. Después de cuatro días de asedio, lograron abrir una brecha en las murallas marítimas, y sometieron la capital bizantina a un saqueo que duró otros cinco días. Luego nombraron emperador al conde Balduino de Flandes, y patriarca al veneciano Tomás Morosini, estableciendo así el denominado Imperio latino. Los bizantinos se vieron obligados a exiliarse.

En todos estos acontecimientos desempeñó un papel decisivo el dogo de Venecia, Enrico Dandolo, que había vivido en Constantinopla en la década de 1180 y había perdido un ojo en un ataque a las propiedades venecianas. Dandolo sugirió que los sitiadores aceptaran una división del botín de guerra estimado, una técnica veneciana que también se había utilizado en Zara. Así, en 1204 se redactó la *Partitio terrarum Imperii Romaniae* para justificar y consolidar las ganancias anticipadas a partir de las riquezas no solo de la ciudad sino también del territorio de Romania, uno de los nombres que Occidente daba al imperio. Cuando las impresionantes fortificaciones de la ciudad parecían

inexpugnables, el experto conocimiento que Dandolo tenía del Cuerno de Oro se revelaría crucial para el éxito del ataque final. Asimismo, Venecia fue la potencia que más salió ganando con ello, ya que la conquista de Constantinopla le otorgaba derechos de ocupación sobre todos los puertos comerciales que utilizaba. El imperio comercial veneciano, creado como resultado de la Cuarta Cruzada, resultaría ser mucho más fructífero y permanente que el Imperio latino de Constantinopla, que duraría menos de seis años.

Para Bizancio, no obstante, la experiencia del saqueo de abril de 1204 dejaría heridas indelebles. Tanto los autores griegos como los latinos recogen vívidos relatos de testigos presenciales: Godofredo de Villehardouin, Roberto de Clari, Gunther de Pairis (un monasterio de Alemania) por la parte occidental, y Nicetas Choniates, el gran historiador medieval bizantino, por la oriental. Ambos bandos coinciden en la envergadura del saqueo y la devastación, que se incrementó con diversos incendios. Escribe Gunther:

> … tan grandes riquezas de oro y plata, tan grande magnificencia de gemas y ropajes, tan grande profusión de valiosos productos comerciales, tan grande prodigalidad de alimentos, hogares tan excepcionales y tan llenos de mercancías de toda clase […] les transformaron de repente [a los cruzados] de extraños y pobres en ciudadanos muy ricos[67].

Nicetas, por su parte, se lamenta:

> La hermosa ciudad de Constantino, el común deleite y orgullo de todas las naciones, fue devastada por el fuego y ennegrecida de hollín, tomada y vaciada de toda riqueza, pública y privada, así como de aquello que estaba consagrado a Dios, por las dispersas naciones de Occidente […] echando por tierra los venerables iconos y arrojando las reliquias de los santos […] apoderándose como botín de los preciosos cálices y patenas […] los gritos de los hombres, los chillidos de las mujeres, la toma de cautivos […] y la profanación de cuerpos[68].

• • •

Al cabo de cinco días, Choniates y su familia solo pudieron escapar a la destrucción gracias a un amigo veneciano, comerciante en vinos, que fingió que se los llevaba presos

como botín.

La ocupación latina de Constantinopla tendría muchos y duraderos efectos, entre ellos el traslado de numerosas reliquias, antigüedades y tesoros a Occidente. En 1207, por ejemplo, Enrique de Ülmen ofreció un magnífico relicario de oro y esmalte de la Vera Cruz, elaborado alrededor de 963, a su obispo local. Su presencia hoy en el tesoro de la catedral de Limburgo constituye un recordatorio del saqueo de la mayor ciudad cristiana del mundo medieval. Cuatro antiguos caballos de bronce que habían guardado el Hipódromo e inspirado a quienes en él competían desde el siglo V fueron trasladados a Venecia para decorar la fachada de San Marcos, donde actualmente pueden verse todavía sus reproducciones (lámina 30). Los cruzados se llevaron también las tallas del siglo VI de la iglesia de San Polieucto, además de esculturas, iconos, sedas, manuscritos y preciosos objetos litúrgicos, todo ello parte del inmenso botín que se repartieron los cruzados.

De este modo, los responsables de la Cuarta Cruzada vinieron a subvertir los ideales de la Primera. El espíritu cristiano de peregrinación y aventura, inspirado por el sermón del papa Urbano II en Clermont, quedó destruido por la ocupación latina de Constantinopla. Aunque este hecho no puso fin a las Cruzadas, su tenebrosa sombra se proyectaría sobre todos los intentos posteriores de reconstruir la unidad cristiana frente al islam.

25

Las torres de Trebisonda, Arta, Nicea y Tesalónica

> Un coloso en altura que atraviesa el aire, y que se esfuerza de algún modo para llegar hasta el cielo […] la forma de la torre, a saber, la forma de una delicada colmena; un hexágono eleva su forma más hermosa hasta las estrellas y hasta la belleza del firmamento. Dios nos dio una torre de fuerza […] una elevada fortificación de belleza, una torre de inefable alegría[69].
>
> JUAN GEÓMETRA, poema a una torre, posterior a 989

El 12 de abril de 1204, la mayor ciudad de la cristiandad estaba llena de ruinas humeantes; sus palacios y las grandes casas de sus principales familias habían sido saqueadas; sus cortinas y espléndidos roperos, chamuscados; sus tejados, engullidos por el fuego. Bibliotecas enteras, con los archivos documentales que contenían, cuando no calcinados, quedaron expuestos a la lluvia y se convirtieron en alimento para insectos y roedores. Muchos y reveladores objetos de la vida cotidiana, desde utensilios de cocina hasta iconos y libros de oraciones, acumulados durante cientos de años, quedaron rotos o destruidos. Parte del botín que se llevaron los conquistadores se conserva actualmente formando parte de diversos tesoros occidentales, pero muchos de los más finos objetos bizantinos se perdieron en 1204. Cuántos fueron es algo que no sabemos, y la posibilidad de que más tarde se hubiera perdido un número mayor de ellos frente a otros enemigos está fuera de lugar; el caso es que la destrucción se produjo allí y en ese momento.

Recientemente, aquellos días del mes de abril han sido objeto de un intenso reexamen por parte de eruditos de todo el mundo con motivo de la conmemoración del 800 aniversario del saqueo de Constantinopla. El papa Juan Pablo II pidió perdón por lo sucedido, lo que dio ocasión de evaluar las actitudes de los historiadores modernos con respecto a

Bizancio. Pese a la evidente presencia de Bizancio en el Occidente medieval, sigue existiendo una ignorancia generalizada acerca de la contribución del imperio al desarrollo europeo en cuanto que fue la fuerza que frenó la expansión del islam en los Balcanes y el escudo protector tras el que los fragmentados reinos occidentales desarrollaron la noción de Europa. Este hecho sigue influyendo todavía en algunos de los debates occidentales en torno a la Cuarta Cruzada, que se basan en el estereotipo de Bizancio como una zona gris y difusa: una serie de emperadores y batallas a lo largo de un millar de años, y poco más. Bien podría ser que hubiera que culpar de ello a los bizantinistas por escribir historias complicadas que no logran dar vida a la dinámica interna del imperio. Pero, por su parte, también los especialistas en la historia medieval de Occidente se han adherido a esta torpe descripción. Resulta demasiado fácil volver a la visión del imperio característica de los inicios de la Ilustración: un estado moribundo, totalmente peculiar, y que no merece una mayor atención.

Una de las fuentes de esta visión estereotipada —por más que esta resulta muy difícil de documentar— parece ser el propio asalto y destrucción de la capital bizantina en 1204. En parte, fue el propio imperio el que desencadenó el ataque sobre sí mismo. El emperador Alejo IV y sus consejeros se mostraron extraordinariamente estúpidos y complacientes al permitir que un ejército de asedio completamente equipado se quedara acampado ante sus puertas, no pagando a los cruzados como les habían prometido, ni tampoco atacándoles y destruyéndoles. El detallado conocimiento que poseía el dogo de Venecia de las murallas marítimas contribuyó al éxito del asalto, pero los venecianos habían aprendido las técnicas de la diplomacia y la salvaje combinación de comercio y fuerza de Bizancio. Venecia era en parte un

producto del imperio, además de su competidora. Tras la toma de la ciudad, cuando los cruzados se repartieron el imperio, Venecia reclamó la parte del león. El papa Inocencio III envió clérigos occidentales para que ocuparan las tierras ahora sometidas a la autoridad de la Iglesia de Roma, obligando a exiliarse a los obispos y monjes ortodoxos.

Pero ahora el Occidente cristiano había de explicarse y justificar la bárbara matanza y destrucción de la más hermosa ciudad de la cristiandad. ¿Cómo era posible que las fuerzas consagradas a combatir al infiel musulmán hubieran quemado los iconos y profanado las iglesias de la mayor metrópolis cristiana? ¡Solo porque los bizantinos lo merecían! El Imperio bizantino había de verse como algo traicionero, condenado, afeminado, repugnante y desobediente a Roma. El resultado de la Cuarta Cruzada también vino a confirmar en la mente del papa Inocencio y sus sucesores, así como en la de los gobernantes y monjes occidentales que habían participado en las Cruzadas, la idea de que los griegos eran esencialmente ladinos y traicioneros. Siempre utilizaban la diplomacia para ocultar su debilidad, y cuando se les obligaba a combatir, mostraban su cobardía. El sistema bizantino de gobierno imperial se consideraba asimismo inestable, puesto que permitía a un rebelde convertirse en emperador, y deponer y cegar a un gobernante que no tuviera éxito, algo que daba una imagen de debilidad a las nacientes monarquías de Europa, donde los soberanos estaban tratando de reforzar su autoridad. Por otra parte, la condena de este antiguo sistema político iba de la mano con la admiración por sus reliquias, sus objetos de oro y plata, iconos y sedas, que para ellos merecían mejores hogares que los de Bizancio. De ese modo, los cruzados justificaron su propio pillaje y expolio. El estereotipo negativo del término «bizantino», en el sentido de caracterizar a una cultura que no merece existir, tiene su

origen precisamente en la mala fe del saqueo de 1204.

Fue tal la devastación, que Bizancio podría no haberse recuperado jamás. Pero mientras que muchos estados habrían sucumbido a un golpe directo al corazón como aquel, el de ser ocupados durante medio siglo, Bizancio de hecho resurgiría en una pluralidad de nuevas formas y en diferentes centros. Gracias a la vitalidad interna de su civilización, el imperio habría de durar todavía otros doscientos cincuenta años.

Esta es una de las cosas más sorprendentes que descubrí al escribir el presente volumen. Yo esperaba, obviamente, que la propia Constantinopla desempeñara un papel fundamental en él, dado su carácter de ciudad fabulosa y excepcional destacable por sus edificios y su comercio. Pero lo que no esperaba era con qué frecuencia habría de dejar constancia de la fascinante novedad e inventiva de los más diversos aspectos de la civilización bizantina, desde su gobierno y su religión hasta sus dotes militares a intelectuales. Esta civilización había tenido la habilidad de desarrollar una explosiva arma de artillería transportable por mar, y de mantener su secreto durante siglos. Había podido generar y sobrevivir a un debate profundamente divisorio sobre el papel de los iconos, la identidad y la creencia religiosa. Cuando la cristiandad latina y el Oriente musulmán insistían en mantener sus Escrituras en los lenguajes sagrados del latín y el árabe, Bizancio había tenido la audacia de traducir la Biblia griega a un lenguaje escrito que sus propios eruditos habían inventado para facilitar la conversión de los eslavos. Había tenido la disciplina de acuñar y mantener una moneda estable durante más de setecientos años. Había tenido el ingenio de desarrollar formas monárquicas de poder al tiempo que mantenía la administración romana. Una y otra vez, la extraordinaria combinación de los legados romano, pagano,

cristiano y griego le otorgó la capacidad de recuperarse de las adversidades, en lugar de desaparecer dejando apenas un rastro de sus logros. La Bizancio que contradice el estereotipo negativo generalmente aceptado es esta sociedad de vida e inventiva, que creía apasionadamente en sí misma.

La prueba de este argumento, que la grandeza de la metrópolis se sustentaba en los profundos recursos de la civilización de la que era cabeza visible, llegó en el momento en que Bizancio fue decapitada y el resto del territorio hubo de responder frente a su conquista y posesión a manos de fuerzas extranjeras. Lo que ocurrió a partir de 1204, cuando los occidentales establecieron un imperio latino en su centro y ocuparon su palacio durante cincuenta y siete años, debe considerarse revelador de los elementos esenciales del resto de la sociedad bizantina. Y lo que ocurrió fue que brotaron una serie de «mini Imperios bizantinos» y Bizancio resurgió en una pluralidad de ciudades, un hecho que vino acompañado de una eclosión de actividad artística bizantina.

En Trebisonda, en la frontera oriental, dos hermanos Comneno establecieron un imperio que sería mucho más que una ciudad-Estado y que continuaría rigiendo sus propios destinos desde 1204 hasta 1461. A dos mil kilómetros de distancia en dirección oeste, en la Grecia occidental, Epiro se convirtió en el centro de otra potencia bizantina, cimentada en las ciudades de Arta y Tesalónica, esta última el puerto más activo del imperio, que se declaró a sí misma la auténtica heredera de Bizancio. Y más cerca de las murallas de Constantinopla, al otro lado del mar de Mármara, otro imperio, asentado en Nicea y gobernado por refugiados de Constantinopla, gozó de un magnífico resurgimiento. Incluso algunas zonas que permanecieron permanentemente bajo el dominio veneciano, como le ocurrió a Creta hasta que los turcos la conquistaron en 1669, jamás perdieron su carácter

bizantino, que se hallaba indeleblemente inscrito en la lengua y la religión griegas, y se manifestó en nuevos frescos, iconos, historias y poemas. La fuerza y el contexto de las distintas respuestas a la pérdida de Constantinopla vienen a confirmar la profundidad de las capacidades educativas, administrativas, culturales y militares de las tradiciones bizantinas, así como su habilidad para responder a los desafíos. El estereotipo de un imperio monolítico, burocrático, débil, corrupto, excesivamente complicado e ineficaz parece, pues, completamente falso.

Durante las dos últimas décadas del siglo XII se habían producido ya revueltas en las provincias, lo que reflejaba un creciente antagonismo con respecto al gobierno central de Constantinopla. La usurpación de Andrónico Comneno en 1182 y el asesinato de su sobrino, el joven emperador Alejo II, parecen haber sido la señal de partida de las revueltas balcánicas: en Serbia, Esteban Nemanja extendió su poder, fundando una dinastía independiente que gobernaría hasta 1371, mientras que en Bulgaria, dos hermanos, Iván y Pedro Asen, rompieron con Bizancio y establecieron una nueva capital en Tarnovo. Resulta evidente cierto sentimiento de frustración en las áreas periféricas, por pagar fuertes impuestos a Constantinopla y no recibir nada a cambio, en las quejas de Miguel Choniates, metropolitano de Atenas (1180-1205):

> ¿De qué carecéis? No de las llanuras productoras de trigo de Macedonia, Tracia y Tesalia, que nosotros cultivamos; ni del vino de Eubea, Pteleón, Quíos y Rodas, que nosotros prensamos; ni de los finos ropajes que tejen nuestros dedos tebanos y corintios, ni de toda nuestra riqueza, que fluye, como fluyen muchos ríos hacia un solo mar, a la Ciudad Reina[70].

Esta desafección tenía también su reflejo en Chipre, que se rebeló en 1185, proporcionando a Ricardo I de Inglaterra (llamado «Corazón de León») un pretexto para su conquista de la isla durante la Tercera Cruzada (posteriormente se la

vendería a Guido de Lusignan, ex rey de Jerusalén). Del mismo modo, dentro de Bizancio surgieron líderes independientes que se hicieron con el control de sus propias ciudades: en Filadelfia, en Asia Menor occidental, Teodoro Mankafas acuñó su propia moneda; en Grecia, León Sgouros hizo del castillo de Acrocorinto su centro, y un gobernante no identificado se hizo con el control de Metone, en la costa suroccidental del Peloponeso. Estos jefes locales, o arcontes, se atribuyeron una autoridad cuasi imperial, causando una gran perturbación al gobierno central de Constantinopla.

Los acontecimientos de 1204 vinieron a sellar la fragmentación de la autoridad imperial: los hermanos Comneno en Trebisonda, Miguel Comneno Ducas en Arta y Teodoro Láscaris en Nicea reforzaron la partición regional de Bizancio. Paralelamente, Alejo III Ángelo siguió considerándose emperador *in absentia*; se alió con León Sgouros, hizo campaña contra Láscaris en Asia Menor, y murió en cautividad en Nicea, en 1211 o 1212. Algunos cruzados que habían participado en el saqueo de abril de 1204 volvieron a casa con su botín, pero otros se dispusieron a reclamar los territorios adjudicados en la *Partitio terrarum Imperii Romaniae*, de modo que, cuando los caballeros cristianos se enfrentaron a los arcontes locales a fin de apoderarse de sus tierras, todas las provincias del imperio se vieron afectadas por disturbios políticos. Desde Constantinopla, Bonifacio de Montferrato dirigió a un grupo de cruzados hacia Tesalónica, que el emperador latino, Balduino, le había otorgado; varios miembros de la familia De la Roche se dirigieron a Tebas y Atenas, al tiempo que Godofredo de Villehardouin —sobrino del historiador— y Guillermo de Champlitte avanzaban hacia el sur para establecer su propio principado en Acaya, en el Peloponeso. Todos ellos se encontraron con la resistencia organizada por

el ex emperador Alejo III, así como por otros líderes bizantinos desafectos y por los búlgaros. Paralelamente, los venecianos establecieron su control sobre numerosos puertos del Egeo, a los que añadieron Creta, comprada a Bonifacio, que carecía de medios navales para conquistarla. Estos centros marítimos formarían el núcleo de su imperio comercial en el Mediterráneo oriental hasta el siglo XVII.

La fragmentación del territorio imperial podía tener resultados positivos a escala local, dado que todos los aspirantes al poder imperial bizantino crearon sus propias cortes, lo que requería contar con administradores, retóricos, maestros, artistas y generales para respaldar sus aspiraciones. Gracias a los sistemas educativos de cada centro, y a una jerarquía eclesiástica formada por obispos de un alto nivel cultural, las nuevas cortes surgieron muy bien dotadas en cuanto a personal directivo. Los gobernantes de Trebisonda, Arta y Nicea invirtieron sus esfuerzos en edificios, leyes, agricultura y comercio, fomentando el desarrollo y patrocinando el arte en nuevas iglesias y monasterios. En su rivalidad por representar a Bizancio, los nuevos centros recurrieron a una rica variedad de cualidades regionales, y compitieron entre sí utilizando la propaganda local brillantemente expresada por sus historiadores e intelectuales, los sermones escritos por sus eclesiásticos y los edificios imperiales construidos y decorados por obreros locales.

Esta plétora de estados sucesores hubo de afrontar asimismo otra consecuencia de 1204: la oportunidad, ávidamente aprovechada por el papa Inocencio III y sus sucesores, de someter a su control a la Iglesia de Oriente, tal como había aceptado Alejo IV Ángelo en Zara. Se nombró de inmediato a obispos latinos para todas las grandes sedes de Bizancio controladas por los cruzados, y se envió a frailes dominicos, franciscanos y cistercienses a ocupar los

monasterios, que se convertirían en los centros de la conversión de la ortodoxia griega al cristianismo latino. Bizancio fue, pues, invadida por segunda vez por una fuerza religiosa, decidida a mostrar a los griegos los errores de su teología. Pero este intento de conquista espiritual se vio frustrado en gran medida. Los habitantes del imperio permanecieron leales a su propio clero, aun cuando sus obispos se vieron forzados a exiliarse. Bizancio resistió y mantuvo su herencia cultural, incluso en aquellas regiones remotas que los gobernantes de Constantinopla jamás lograrían recuperar.

En Chipre, por ejemplo, las iglesias ortodoxas con frescos, mosaicos e iconos siguieron constituyendo un rasgo dominante en la isla, aunque la historia de esta a finales de la Antigüedad y comienzos de la Edad Moderna está marcada por sus ocupantes extranjeros: cruzados, francos, venecianos y otomanos. Aparte de la inmensa catedral gótica de Famagusta, el monasterio de Bellapais y los castillos de San Hilarión, Kyrenia y Saranda Kolonnes, las tradiciones locales bizantinas fueron adaptadas y desarrolladas. Del mismo modo, en la Grecia central y meridional pueden verse ventanas ojivales adornando las iglesias góticas y monasterios reconstruidos por los frailes occidentales en Dafni y Andravida (lámina 34), mientras que los castillos de estilo occidental de Karytaina y Mistra, y las torres francas esparcidas por toda la Grecia central, exhiben asimismo técnicas de construcción occidentales. La acrópolis de Atenas se transformó en un castillo fortificado, que encerraba el palacio celebrado por Shakespeare en *El sueño de una noche de verano* como la idílica residencia del duque Teseo. Pero siguió siendo griega, no latina.

Esta sociedad mixta de griegos y latinos, bizantinos y cruzados, aparece maravillosamente ilustrada en la *Crónica de*

Morea, una epopeya de la conquista del Peloponeso escrita a comienzos el siglo XIV. Es posible que el término «Morea» aluda al ubicuo cultivo de la morera, *morea* o *murus*, un ingrediente esencial en la producción de seda. Esta *Crónica*, escrita en verso, se conserva en francés, aragonés, italiano y griego demótico, lo que constituye un reflejo del carácter políglota de la población. Los matrimonios mixtos daban origen a los denominados *gasmules* —medio griegos, medio latinos—, cuyos derechos y estatus estaban regulados por los llamados Edictos de Romania, basados en el libro de leyes del reinado de Jerusalén. Aunque los conquistadores impusieron un gobierno feudal de tipo occidental, el carácter bizantino de las regiones resulta muy evidente en los monumentos que se han conservado, especialmente iglesias rurales decoradas con frescos e iconos al estilo tradicional. Aunque fueron los nuevos centros provinciales los que alentaron este desarrollo, también se vio favorecido por la lealtad local a la Iglesia ortodoxa, que encarnaba las tradiciones bizantinas más allá del ámbito puramente religioso.

TREBISONDA

De estos nuevos centros, Trebisonda, en el extremo suroriental del mar Negro, resulta especialmente notable debido al hecho de que se convirtió en el centro de un próspero imperio independiente que duró más de doscientos cincuenta años, desde 1204 hasta 1461. Durante las incursiones selyúcidas del siglo XI, un notable local, Teodoro Gabras, luchó y negoció para hacer que Trebisonda fuera relativamente independiente de Constantinopla. En 1204, dos nietos del emperador Andrónico I (1182-1185) obtuvieron el control de la ciudad con la ayuda de la reina Tamar de Georgia. Aprovechando su tradición de autonomía, así como sus recursos naturales, David y Alejo Comneno hicieron de Trebisonda una nueva capital. Esta se convirtió en un centro

internacional del comercio en el mar Negro, debido en parte al hecho de que controlaba el extremo occidental de una de las rutas terrestres más importantes de Extremo Oriente, lo que se traducía en la obtención de ingresos derivados de los impuestos comerciales. Trebisonda obtenía asimismo una considerable riqueza de las minas de plata de los Alpes Pónticos, que forman una defensa natural por el sur.

El sugerente título de la novela *Las torres de Trebisonda*, de la escritora británica Rose Macaulay, se basa en una visión romántica del pintoresco puerto del mar Negro, con su grandiosa ciudadela elevándose sobre el mar, y sus magníficas iglesias y monasterios, incluyendo uno dedicado a san Eugenio, el santo patrón de la ciudad. Las torres fueron en gran parte reconstruidas en los siglos XIII y XIV por los emperadores, que también construyeron su palacio en la ciudadela, que ofrece una maravillosa vista sobre el mar Negro. Estos adoptaron el título de «Grandes Comnenos» a fin de reforzar sus pretensiones políticas como sucesores de los gobernantes de Bizancio, y siguieron la misma tradición filantrópica de construir iglesias y monasterios. A mediados del siglo XIII, Manuel I fundó el monasterio de Santa Sofía, ampliamente reconstruido más tarde, y en el que se conservan extraordinarios frescos, así como la decoración exterior tallada. Tanto en el ámbito de la administración como en el del comercio internacional, las instituciones del imperio de Trebisonda siguieron estrechamente el modelo de las de Constantinopla. Se otorgaron privilegios a los mercaderes genoveses y venecianos, a los que se permitió establecer sus propios barrios cerca del puerto, que también era utilizado por numerosos comerciantes caucasianos y rusos.

Trebisonda fue siempre apreciada como un lugar de una espectacular belleza. En el siglo XI, el erudito local Juan Xifilino (que más tarde sería patriarca de Constantinopla)

escribió un relato sobre el martirio de san Eugenio y un registro de sus milagros, entre los que se incluía la curación de varios soldados escitas (varegos). Más tarde, el sacristán local, Juan Loukites, reescribió los milagros añadiendo nuevos e interesantes detalles; así, describe al santo como «la gran atracción y el glorioso nombre de todo el Oriente y de la dorada Trebisonda». Pero la descripción más importante de Trebisonda es la que aparece en dos famosos discursos: el de Juan Besarión, que nació en la ciudad alrededor de 1400 y posteriormente se convertiría en cardenal de la Iglesia católica, y el del clérigo Juan Eugénico, que la visitó para rendir tributo al lugar de nacimiento de su padre a mediados del siglo XV. Ambos son obras retóricas de elogio, que siguen un género preestablecido (*ekfrasis*) e incluyen muchos elementos prefijados; pese a ello, no obstante, revelan numerosas cualidades de la vida de la urbe. Besarión la elogia como «mercado del mundo», con sus poderosas fortificaciones y su hermoso palacio, mientras que Eugénico señala especialmente su hermoso entorno y su fértil agricultura. Juntos, proporcionan un rico y contrastado panorama de una ciudad justamente célebre.

Debido a su posición fronteriza, Trebisonda sirvió de conducto canalizador de las ideas, además de los productos, procedentes del califato musulmán y de los territorios más remotos del este. En la década de 1290, Gregorio Quioniades, un monje griego, viajó a través de Trebisonda hasta Tabriz, la capital del iljanato mongol (en el actual Irán), a fin de saber más sobre la astronomía árabe de la mano de un famoso erudito llamado Shams Bujari. Su largo período de estudio allí dio lugar a la traducción de varios textos árabes clave sobre astronomía y sobre el uso del astrolabio, uno de los pocos casos en los que Bizancio aceptó la erudición superior de una cultura extranjera. A su regreso, se asignó a Quioniades la

tarea de enseñar tanto astronomía como ciencia médica en Constantinopla, utilizando su importante biblioteca de escritos científicos y médicos. La trascendencia de sus traducciones al griego sería reconocida mucho después por parte de Copérnico, que las utilizó en su trabajo sobre los modelos planetarios. En 1305, Quioniades fue enviado de nuevo a Tabriz, esta vez como obispo, y sirvió a la comunidad cristiana del iljanato durante unos cinco años antes de retirarse a un monasterio en Trebisonda, donde moriría alrededor de 1320.

Mediante prudentes alianzas diplomáticas y matrimoniales con diversos gobernantes turcos, mongoles y georgianos, los Grandes Comnenos lograron sostener a Bizancio hasta 1461, cuando su capital finalmente sucumbió a los otomanos. Gracias a la amplia investigación llevada a cabo por Anthony Bryer, hoy podemos ver de qué modo hicieron bueno el dicho de que «lo pequeño es hermoso» en términos imperiales.

Poco a poco Trebisonda se fue convirtiendo en Trabzon, pero muchas de sus características bizantinas pervivieron, especialmente los monasterios de los Alpes Pónticos, como atestigua la fundación del de Sumela, que sobreviviría hasta comienzos del siglo XX. Diversas comunidades aisladas preservaron un dialecto del griego póntico así como el arte de tocar la lira de una sola cuerda. En la actualidad, Trabzon sigue siendo una ciudad impresionante colgada sobre el mar Negro, que obtiene parte de su riqueza de la venta de avellanas de la comarca a la fábrica británica Cadbury para la elaboración de tabletas de chocolate con frutos secos.

EPIRO

En 1205, Miguel Comneno Ducas estableció otro imperio rival en Epiro, un territorio que se extendía a lo largo de la costa adriática en la parte occidental de Grecia. Miguel era

primo de los emperadores bizantinos Isaac II Ángelo y Alejo III, pero heredó de su padre Juan los nombres de Comneno y Ducas, lo que le permitió reafirmar su pertenencia a estos dos clanes, más distinguidos. Tras servir brevemente en las fuerzas latinas de Bonifacio de Montferrato, Miguel huyó a Arta, en la Grecia occidental, donde organizó la resistencia local a los cruzados. En diez años logró hacerse con el control de toda la franja litoral que se extendía desde el golfo de Corinto en dirección norte hasta la frontera albana, así como de Kérkira (Corfú) y de otros territorios situados tan al este como Larisa, en la Tesalia central. Este pequeño estado, cimentado en la capital, Arta, quedaba aislado del resto de Grecia por los montes Pindo. Así pues, estaba orientado principalmente hacia el oeste, y los comerciantes locales y extranjeros fomentaban la explotación de sus ricos productos agrícolas. En 1249, el hijo ilegítimo de Miguel, Miguel II Comneno Ducas, adoptaría el título de *despotes* («señor»), término que los historiadores posteriores utilizarían para identificar a este estado como el «despotado de Epiro».

En 1215, Teodoro Comneno Ducas sucedió a su hermanastro Miguel I. Recuperó Ohrid, y derrotó y capturó al emperador latino, Pedro de Courtenay. En 1224 se había hecho con el control de Tesalónica y luego pasó a conquistar Adrianópolis (actual Edirne), a solo un par de días de marcha de Constantinopla. Cuando fue coronado emperador (*basileus*) en la catedral de Tesalónica por el metropolitano Demetrio Comateno de Ohrid, en torno a 1225-1227, vio cumplida su aspiración de heredar el manto de Bizancio. Durante casi veinte años, Teodoro gobernó la segunda ciudad del imperio además del despotado de Epiro. Le sucedió Miguel II Comneno Ducas, que consolidó la independencia del despotado. Desde su capital en Arta, los déspotas gobernarían hasta 1318, embelleciendo su territorio con

elegantes monumentos.

Para estos estados rivales era difícil alcanzar una posición dominante; su pequeña extensión se traducía en el hecho de que habían de forjar alianzas incluso con sus enemigos. En Grecia, ello implicaba tratar con los líderes cruzados y las potencias occidentales ansiosas por afianzarse. Como resultado, la historia de la Bizancio occidental a partir de 1204 se caracteriza por las constantes rivalidades, el realineamiento de fuerzas, las batallas campales y los asesinatos autodestructivos que no hacían sino perpetuar las divisiones. Asimismo, diversos gobernantes occidentales ambiciosos, como Carlos de Anjou —rey de Nápoles y Sicilia (1265-1285) — o las familias italianas de Tocco y Acciajuoli, y grupos de mercenarios como los almogávares, intervinieron también en el fermento político, tanto en calidad de aliados como en el papel de adversarios de los reinos cruzados y los estados bizantinos sucesores.

Pese a ello, los déspotas de Epiro crearon una capital en Arta con una corte y una administración basadas en los modelos bizantinos. Utilizaron el mecenazgo imperial para atraer a artistas y eruditos, así como para fundar monasterios e iglesias. Con su aliento, arzobispos como Juan Apocauco y Demetrio Comateno aplicaron el derecho bizantino en sus propios tribunales y extendieron las prácticas de Constantinopla a la administración eclesiástica. Como señalábamos en el capítulo 7, los registros de sus decisiones judiciales constituyen una lectura inusualmente interesante, y revelan una preocupación humanitaria por mejorar situaciones poco satisfactorias. Mientras que Miguel II construyó una gran iglesia en Arta consagrada a la Virgen (que actualmente se conoce como Kato Panagia, o «iglesia inferior»), su esposa Teodora construyó un monasterio y fue enterrada en el nártex que ella misma había hecho añadir

alrededor de 1270. Hoy se la reconoce como santa, y los relatos sobre su vida registran sus actividades piadosas. Su hijo Nicéforo fue también mecenas de las artes. Alrededor de 1290 fundó el monumento bizantino más importante del despotado: la iglesia de la Panagia Parigoritissa (la Santísima Virgen del Consuelo, láminas 35 y 36). Esta esbelta estructura de cinco cúpulas se eleva a una altura de tres pisos sustentada en varios niveles de columnas hasta la cúpula central, decorada con un mosaico del Pantocrátor. Las paredes están revestidas de mármol hasta la altura de la galería. Aunque algunos de sus relieves reflejan un estilo occidental románico, el impacto de su interior es indudablemente bizantino.

NICEA

El imperio establecido en Nicea fue distinto. Esta quedaba, en todos los aspectos, más próxima a Constantinopla, a un corto trayecto en barco y a un día de marcha. Nicea era un asentamiento antiguo y bien fortificado, con una famosa y prestigiosa historia como sede de dos concilios ecuménicos, y todos los monumentos urbanos que podía necesitar una capital. Desde el primer momento estuvo dominada por exiliados de Constantinopla y fue la que sostuvo las mayores pretensiones imperiales. Teodoro Láscaris se había casado con Ana, una hija de Alejo III Ángelo, y trasladó todo lo que pudo salvarse del sistema imperial de gobierno de Constantinopla a Nicea. Cuando el patriarca Juan Camatero se negó a trasladarse a Nicea, Teodoro persuadió a un clérigo adecuadamente cualificado, Miguel Autoreianos, para que se convirtiera en el patriarca ortodoxo en el exilio. Y en 1208, Autoreianos llevó a cabo una coronación imperial que hizo de Teodoro el primer emperador bizantino aclamado en los estados sucesores.

Antes de convertirse en su soberano, en 1254, el primer

nieto y homónimo de Teodoro compuso un elogio de la ciudad, que pronunció en presencia de su padre, Juan III Ducas Vatatzes, y de los ciudadanos. Decía así:

> Vuestra ciudad, nicenos, hoy […] corona vuestras cabezas con la púrpura de la grandeza y la verdad […] Y a cambio del bienestar del que le habéis dotado con majestuosidad es de hecho una ciudad entre ciudades, dado que tiene unos habitantes que se han hecho ilustres por el saber antes que por la riqueza y un gran ejército […] [Nicea] es la reina de todas las ciudades y ostenta, gracias a su saber, el rango auténticamente supremo[71].

Llamando la atención sobre la belleza física del lugar, las riquezas de sus tierras agrícolas y de su lago, sus viñas y sus fuentes de agua, afirma que pueden satisfacer a cualquier amante de la comida y del lujo, mientras que la cultura de la ciudad emana hacia la campiña circundante, haciendo sabia incluso a la población rural.

Esta apreciación al papel civilizador de una ciudad constituye un lugar común, pero Teodoro hace hincapié en los beneficios del saber de Nicea para elevarla por encima de la antigua Babilonia, de las ciudades de la India e, incluso, de Atenas. En 1290, las reglas preestablecidas de los discursos de elogio todavía se siguieron más fielmente en una oración posterior compuesta por Teodoro Metoquites con ocasión de la visita del emperador Andrónico II Paleólogo. El futuro funcionario público llama aquí la atención sobre el hermoso emplazamiento de Nicea y su lago, y «el abundante placer de los baños, con un encanto que añade el lujo a la utilidad», así como los albergues populares para quienes sufren la enfermedad junto a la pobreza, incluidos los afectados por la enfermedad sagrada (la epilepsia). Proporciona asimismo detalladas descripciones de iglesias, monasterios, murallas y residencias, recordando a Andrónico que Nicea contiene

> reverendos tesoros de belleza, los ilustres monumentos de la sabiduría de nuestros tiempos, los frutos de ella, sus brillantes y soberbios ritos, los santos lugares de meditación para quienes han elegido retirarse de las cosas materiales y dedicar su tiempo solo a Dios[72].

Mientras Constantinopla estaba ocupada por los latinos, los emperadores de Nicea crearon una estructura imperial viable en Asia Menor occidental y desarrollaron el potencial agrario de la región a fin de reforzar su capacidad económica para sobrevivir por sí misma. Durante su largo reinado (1224-1254), el emperador Juan III Vatatzes se pudo permitir el lujo de prohibir la importación de productos y alimentos extranjeros gracias a que la propia Nicea podía cubrir todas sus necesidades básicas. Hubo numerosos elementos que contribuyeron a cimentar este desarrollo agrario, que aparece documentado en los archivos del monasterio consagrado a la Virgen Lembiotissa cerca de Esmirna (actual Izmir). Diversas y prudentes alianzas con los genoveses, la primera comunidad italiana que participó en el lucrativo comercio del mar Negro, comportaron una creciente inversión en comercio internacional. El emperador prefirió vivir en Nimfaion, donde estaban situadas la ceca y el tesoro, y en la década de 1230 trasladó allí a su corte, pero el patriarca se quedó en Nicea.

Además de llevar a cabo vigorosas campañas contra los latinos, los turcos y las fuerzas de Epiro y Tesalónica, los emperadores de Nicea y sus patriarcas tomaron parte activa en las negociaciones para la reunificación de las iglesias. Numerosas embajadas, a menudo dirigidas por frailes occidentales, pasaron por Nicea y Constantinopla para celebrar debates, que contaron con la participación de Elías de Cortona y Juan de Parma, ambos vicarios generales de la orden franciscana. En 1249-1250, una delegación papal encabezada por Juan debatió la cuestión clave del *filioque* (véase lo que comentábamos en el capítulo 4 sobre la procedencia del Espíritu Santo) en la corte de Nimfaion. Nicéforo Blemmides, un teólogo del siglo XIII, representó al bando bizantino. Algunos de los occidentales tenían intereses

más amplios. El dominico flamenco Guillermo de Moerbeke, por ejemplo, estaba especialmente interesado en la filosofía griega antigua. Recogió manuscritos, pidió ayuda para aprender griego, visitó Nicea y Tebas en 1260, y realizó traducciones de *Las partes de los animales*, de Aristóteles, así como de varias obras de Alejandro de Afrodisias, Proclo, Arquímedes y Galeno. Como legado papal, en 1274 trabajó en favor de la reunificación de las iglesias y en 1278 fue nombrado arzobispo latino de Corinto. Sus traducciones latinas se basaban en un método de comparación palabra por palabra tan estricto (denominado *kata poda*, es decir, «a pie» o «paso a paso») que hoy pueden ayudar a reconstruir el griego original de los textos perdidos o solo parcialmente conservados.

Para los bizantinos, los frailes parecían distintos de los demás occidentales. Estaban imbuidos de ideales cristianos tales como la pobreza y la humildad, y a diferencia de los clérigos integrados en las Cruzadas, éstos no tomaban parte en combates. La desaprobación bizantina del clero armado occidental había exacerbado un sentimiento antilatino a partir de 1204, y asimismo había revigorizado la oposición ortodoxa. Pero aquellos educados frailes parecían deseosos de conectar con la teología griega, antes que condenarla de antemano, y muchos de los debates realizados en Nicea prepararon el terreno a los posteriores intentos de reunificación de las iglesias. Los papas Gregorio IX e Inocencio IV respaldaron diversas conversaciones exploratorias, aunque se negaron a autorizar otro concilio universal. Y los emperadores Juan III y Teodoro II desempeñaron un importante papel a la hora de dirigir y presidir las negociaciones. En su carta al papa Alejandro IV (1254-1261), el patriarca Arsenio de Nicea (1254-1260), que posteriormente lo sería de Constantinopla (1261-1265), hacía

hincapié en el papel absolutamente crucial del emperador: no podía plantearse ninguna cuestión relativa a una posible reunificación de las iglesias sin su participación. El peligro de esta posición, que se veía reforzada por la experiencia de Nicea, era que el emperador usurpara las funciones patriarcales y con ello rompiera el delicado equilibrio entre los poderes civil y eclesiástico.

Tras la ocupación latina de 1204, Bizancio ya no volvió a ser la misma, y el sentimiento antioccidental aumentó, intensificando los recuerdos del saqueo. Por otra parte, el asediado Imperio latino de Constantinopla jamás contó con los suficientes recursos humanos para crear una sociedad floreciente. Al igual que otros enclaves occidentales de Oriente Próximo, hubo de hacer constantes llamamientos a Occidente pidiendo caballeros armados que ayudaran en su defensa. Los venecianos sustentaban su comercio; los frailes franciscanos y dominicos reconvirtieron las iglesias bizantinas para el uso occidental, y la dinastía establecida por Balduino de Flandes había de concertar prudentes alianzas matrimoniales con otras potencias en un intento de incrementar su fortaleza. La rivalidad cristiana, obviamente, también vino a reducir la posibilidad de una reunificación de las iglesias. La lealtad ortodoxa resistió todos los intentos occidentales de asegurar «la sumisión de la Iglesia de Constantinopla a la Iglesia de Roma», y esa negativa se convertiría luego en el principal escollo para lograr una nueva cooperación en forma de cruzada contra los turcos. Esta compleja relación todavía estaba en sus inicios en el verano de 1261, cuando el comandante naval de Nicea tuvo la buena fortuna de enterarse de que toda la flota veneciana había partido en campaña hacia el mar Negro, dejando a Constantinopla sin defensa alguna. De inmediato se apoderó de la capital en nombre de Miguel Paleólogo, protector del

joven emperador Juan IV Láscaris, que se convertiría en el primer gobernante griego que volvería a ocupar el corazón de Bizancio.

26
Rebeldes y patronos

> De entre nosotros [los pobres], salen los labradores de la tierra, los constructores de casas y barcos mercantes y los artesanos… ¿y quiénes salen de entre vosotros?… jugadores, licenciosos, gentes que provocan calamidades públicas con su codicia, perturbadores del orden cívico, extendiendo la pobreza[73].
>
> ALEJO MACREMBOLITES, *Diálogo entre el rico y el pobre*, primera mitad del siglo XIV

Tras la apariencia de una jerarquía imperturbable, cultivada por las ceremonias de la corte imperial, en Bizancio, como hemos visto, había una flexibilidad, una movilidad social y una innovación considerables. Tanto antes como después de 1204, el hecho de ser «bien nacido» se reconocía naturalmente como una cualificación para pertenecer a la élite de los gobernantes —tanto civiles como eclesiásticos— y los administradores cultos. Del mismo modo, los que mandaban presuponían que las personas nacidas en el seno de familias de clase baja, consagradas al trabajo de la tierra o a las actividades comerciales urbanas, debían mantenerse en esa posición. La educación y el ejército proporcionaban vías de movilidad ascendente, y también el hecho de emparentar matrimonialmente con una familia bien establecida constituía un método habitual de progreso social. Inversamente, el poder del emperador de confiscar las propiedades y exiliar a sus adversarios creaba un drástico movimiento descendente. Pero para los miembros menos privilegiados de la sociedad bizantina, los estatus superiores, por más que ardientemente deseados, solían quedar fuera de su alcance.

La noción imperial de *taxis* («orden») no contemplaba, sin embargo, la posibilidad de ningún tipo de gobierno que no fuera el de la élite. Al primer signo de malestar popular, los

autores contemporáneos denunciaban al populacho y sus ambiciones empleando términos como *demokratia* («gobierno del pueblo») y *ochlokratia* («gobierno de la plebe»). En Constantinopla, las multitudes solían organizarse a través de los Azules y los Verdes, pero en ocasiones también podían tomar las calles espontáneamente para protestar contra determinadas medidas impopulares. Se dice que en 1203, cuando huyó de la ciudad, Alejo III Ángelo afirmó que la población estaba «empeñada en la revuelta» e «infectada de inestabilidad». Pero dicha población también fue la primera en dar la bienvenida a las fuerzas bizantinas cuando estas regresaron a la ciudad en junio de 1261. En aquel momento, el emperador latino, Balduino II, y el patriarca latino partieron de inmediato rumbo a Occidente, junto con los monjes franciscanos y dominicos.

En Constantinopla se restauró, pues, el gobierno bizantino. Un mes más tarde, Miguel VIII Paleólogo, que había usurpado el poder, entraba en la ciudad tras un icono de la Virgen —era el 15 de agosto, la fiesta de la Dormición (o Asunción) de esta, una festividad famosa ya en la vida del imperio— y daba gracias en la catedral de Santa Sofía por la liberación de Constantinopla del dominio latino. Hasta entonces no había visto nunca la Ciudad Reina, que los latinos habían dejado en un estado de abandono. Miguel y su esposa, Teodora, fueron coronados por segunda vez en Santa Sofía por el restaurado patriarca Arsenio Autoreianos, y el emperador encargó un nuevo mosaico de Cristo flanqueado por la Virgen y el Bautista para la galería de la iglesia. Siguiendo la tradición imperial, erigió su propia columna honoraria en la iglesia de los Santos Apóstoles. Las iglesias utilizadas por los sacerdotes latinos se recuperaron para el rito ortodoxo, y las murallas de la ciudad se reforzaron con nuevas fortificaciones. Los comerciantes venecianos fueron

castigados por su papel en los hechos de 1204 exiliándolos de la ciudad, al tiempo que los genoveses, reintegrados a su propio barrio en Pera, se hicieron con el control del comercio internacional.

Tras este regreso triunfal, Miguel mandó cegar al emperador legítimo, Juan IV Láscaris, con lo que le incapacitó para gobernar, si bien viviría durante cuarenta años más. El usurpador, al igual que hiciera Basilio I, basó su reinado en la violencia, pero dio origen a la dinastía de los Paleólogos, la cual, como la Macedonia, duraría casi doscientos años. Pese a las guerras civiles de las décadas de 1320 y 1340, el trono bizantino estaría ocupado por un Paleólogo hasta la conquista otomana de la ciudad en 1453. La mayoría de ellos patrocinaron las artes y erigieron nuevas iglesias, monasterios y castillos. Muchos fueron eruditos; Manuel II escribió numerosos tratados, incluido un *Diálogo* sobre religión entre un griego y un turco, y otro sobre los beneficios del matrimonio; y todos ellos alentaron el extraordinario florecimiento del arte y la cultura bizantinos que constituye el rasgo característico de la última fase del imperio.

Aunque Miguel VIII Paleólogo restableció el gobierno bizantino en Constantinopla en 1261, los imperios rivales de Epiro y Trebisonda no tenían la menor intención de someterse a él. De modo que solo pudo reafirmar su autoridad sobre las provincias occidentales de Tracia, Macedonia, parte de Morea (el Peloponeso) y el territorio del imperio de Nicea (Asia Menor occidental). Su principal activo era el control del paso marítimo que unía el Egeo con el mar Negro a través de los Dardanelos y el Bósforo, lo que permitía a Bizancio gravar las mercancías que lo atravesaban en ambas direcciones; de ahí derivaría la denominación moderna de imperio «de los Estrechos» para referirse a la Bizancio de esta época. Este imperio, enormemente reducido, no podría

resistir a la nueva amenaza de los turcos otomanos, lo que vendría a añadir otro factor divisorio a la ya fragmentada Bizancio. A partir de 1204, pues, no habría ninguna posibilidad de una plena recuperación imperial.

Aunque muchos grupos turcos seguían siendo pueblos de pastores, aproximadamente a partir de 1282 la tribu encabezada por Osmán, o Uzmán (como pasaría a conocerse entre los otomanos), pasó a asumir el mando de la campaña contra Bizancio en la tradición de la guerra santa. Superando las rivalidades tribales subyacentes, Osmán logró persuadir a los líderes de los pequeños emiratos de que se unieran a él para atacar la provincia bizantina de Bitinia. Varios importantes terratenientes bizantinos de la región que no sentían ninguna lealtad hacia Miguel VIII también se pasaron al bando de Osmán a condición de que pudieran seguir controlando sus propiedades. Otros mercenarios cristianos combatían con los turcos en unidades mandadas por sus propios jefes, ataviados con sus uniformes bizantinos y armados al estilo griego. Con estas fuerzas adicionales, Osmán pudo atacar antiguas ciudades protegidas por grandes fortificaciones como Nicea, Nicomedia y Prusa. En 1302, una importante victoria en Bitinia abrió la región al asentamiento turco, y justo antes de la muerte de Osmán, en 1326, su hijo Orhan tomó finalmente Prusa tras un prolongado asedio.

Orhan la convirtió en su capital, rebautizándola como Bursa, y siguió amenazando al resto de las regiones bizantinas de Asia Menor occidental. Nicea capituló en marzo de 1331, mientras que Nicomedia lo haría seis años después. Orhan trasladó los restos de su padre a un grandioso y nuevo mausoleo (*turbe*) añadido a la iglesia de San Elías y actualmente convertido en una mezquita. Muchos emires y sultanes posteriores construirían mezquitas y estructuras funerarias en Bursa. La administración turca de los territorios

conquistados normalmente siguió la práctica bizantina, a menudo empleando a los mismos funcionarios cristianos para registrar la posesión de tierras, los derechos de propiedad y la recaudación tributaria. Con este control estratégico sobre los accesos orientales a Bizancio, Orhan forzó al imperio a depender en mayor medida de sus extensiones europeas. Pero no todas sus relaciones con Bizancio fueron hostiles. De hecho, cooperó con Andrónico III (1328-1341) en el intento del emperador de recuperar Fokaia (cerca de Esmirna), que se había convertido en el centro de la producción de alumbre bajo el mando de la familia Zaccaria de Génova. El alumbre es una sustancia que fija los colores y resulta esencial para todos los procesos de teñido, así como en peletería y pintura, y las minas de alumbre se habían convertido en un negocio muy rentable. Más tarde, Orhan forjó una alianza con Juan VI Cantacuceno y se casó con su hija Teodora; este fue solo un ejemplo de las políticas matrimoniales que unieron a turcos y bizantinos. Sin embargo, durante la guerra civil que estalló en 1341, los turcos y otros vecinos de Bizancio se aprestaron a intervenir de inmediato.

Cuando Andrónico III murió, en junio de 1341, su hijo mayor tenía solo nueve años de edad, y no se había hecho ninguna disposición clara para el caso de una posible regencia. La emperatriz viuda, Ana de Saboya, estaba decidida a proteger la herencia legítima de su hijo, e inicialmente contó con el respaldo de Juan Cantacuceno, el más estrecho colaborador de su esposo, que asumió el papel de regente. Pero el patriarca Juan Calecas también reclamó para sí el derecho a asumir la regencia, creando así una rivalidad que los serbios, búlgaros y turcos se apresuraron a explotar. En julio de 1341, cuando Cantacuceno abandonó la capital para defender el imperio, Calecas conspiró contra él y persuadió a la emperatriz de sus traicioneras intenciones. Las propiedades

de la familia Cantacuceno en Constantinopla fueron atacadas, y Ana ordenó la disolución del ejército. En su intento de controlar al joven emperador, Calecas contó con el respaldo del gran duque Alejo Apocauco, comandante de la flota y eparca de Constantinopla.

Como respuesta, Cantacuceno se proclamó emperador en Didymoteicos (Tracia), en octubre de 1341, iniciando así una guerra civil que se caracterizaría por las luchas intestinas en el seno de la aristocracia tradicional. En Constantinopla, el patriarca Calecas excomulgó al «pretendiente» (Juan VI Cantacuceno) y coronó a Juan V Paleólogo como emperador. La noticia del desafío planteado por Cantacuceno a la dinastía gobernante de los Paleólogo generó un creciente malestar, ya que la gente tomó partido a favor o en contra de los emperadores rivales. Por otra parte, en lo que constituía un fenómeno relativamente nuevo, en Adrianópolis estalló una oleada de violencia antiaristocrática encabezada por Branos, un obrero que alentaba a la gente a atacar las propiedades de los ricos. Dado que los Cantacuceno eran extremadamente ricos, es muy posible que hubiera un gran resentimiento reprimido hacia ellos y que los pobres hubieran visto la oportunidad de vengarse. De una manera absolutamente calculada, el gran duque Apocauco les apoyó y nombró a su propio hijo Manuel gobernador de Adrianópolis. El propio Apocauco solo había conseguido alcanzar una posición influyente gracias al patrocinio de Cantacuceno, que alentó sus ambiciones y le permitió amasar una considerable riqueza (parte de la cual, dicho sea de paso, la gastó en encargar la redacción de manuscritos: una famosa copia de Hipócrates, actualmente conservada en París, exhibe su retrato como donante; Apocauco apoyó asimismo la práctica médica, y el distinguido doctor y médico de la corte Juan Actuario le dedicó su obra *El método de la medicina*).

Por entonces, Tesalónica era un importante puerto y un centro no menos importante del saber y la cultura del siglo XIV, representado por diversos eruditos y pintores locales, como el artista anónimo que decoró la iglesia de San Nicolás Huérfano. La declaración de Cantacuceno provocó una reacción antiaristocrática entre sus habitantes. Los denominados *celotas* (literalmente, «entusiastas», «celosos» de su causa) expulsaron al gobernador y establecieron un consejo de doce arcontes para gobernar la ciudad. Para apoderarse del poder político recurrieron al bien organizado gremio de marineros, los cuales ejercían una gran influencia en el puerto, que constituía una verdadera ciudad dentro de la ciudad. Al parecer, su rebelión obtuvo cierto apoyo de las clases medias (los *mesoi*, un estrato reconocido de pequeños propietarios entre los que se incluían comerciantes judíos). Durante los siete años siguientes, los celotas gobernaron de hecho la ciudad y obtuvieron el apoyo de otros centros. Dado que se declararon oficialmente en favor de Juan V Paleólogo, Apocauco trató de hacerse de nuevo con el control de la ciudad nombrando gobernador a otro de sus hijos, aunque parece ser que este hecho apenas influyó en el consejo de los doce instaurado por los celotas.

¿Quiénes eran aquellos rebeldes que habían obtenido tan inesperado éxito? Se tiene constancia de los nombres de algunos de sus líderes: Andrés Paleólogo, jefe del gremio de marineros; Alejo Metoquites; Miguel Paleólogo, que también sería arconte hasta que fue asesinado por orden de Apocauco; y quizá el más radical, Jorge Cocalas, cuya familia estaba muy bien representada en la zona. Aunque Andrés y Miguel compartían el apellido de la familia imperial, no procedían de su círculo gobernante; asimismo, se ignora la relación entre Alejo Metoquites y los otros miembros de esta familia. No parece que muchos de los celotas procedieran de las capas

más bajas de la sociedad; sin embargo, afirmaban representar a los pobres contra la depredación de los ricos. Probablemente su éxito se debiera al hecho de que Tesalónica era un gran puerto con un gran número de marinos, que protegían su sustento a través de una especie de gremio. El caso es que estos fueron capaces de formar una milicia, dirigida por Andrés Paleólogo, que derrotó a la facción pro Cantacuceno.

Aunque las estructuras administrativas erigidas por los rebeldes nos resultan bastante difusas, es evidente que lograron gestionar la defensa de la ciudad contra los enemigos externos además de los partidarios de Cantacuceno. En 1343, cuando Umur, el emir otomano de Aydin, envió a un contingente adicional de seis mil soldados para reforzar el asedio a la ciudad, resistieron desafiantes. Dos años después, los asesinatos de Miguel Paleólogo en Tesalónica y, más tarde, del gran duque Apocauco en Constantinopla llevaron a la facción de los Cantacuceno a tratar de derrocar al consejo celota. Pero los celotas respondieron asesinando al hijo de Apocauco y a todos los aliados pro Cantacuceno. Aquella matanza sería condenada, pero nadie podía dudar de que controlaban la ciudad. De hecho, cuando Gregorio Palamas fue nombrado metropolitano de Tesalónica, en 1347, los celotas le impidieron la entrada. No está claro si se oponían a la tradición hesicasta de culto espiritual y contemplación mística que este respaldaba, o si simplemente se negaban a aceptar a ningún clérigo elegido por Constantino, pero el caso es que lograron dejarle fuera y mantener el control durante otros dos años.

Dado que la mayoría de las fuentes documentales que tratan de los celotas están escritas por sus adversarios, resulta difícil deducir qué era exactamente lo que defendían. Entre los historiadores del período, Nicéforo Gregoras condena al

gobierno rebelde como una oclocracia, o gobierno de la plebe, algo que para los bizantinos tradicionales resultaba auténticamente temible. Otra versión es la que proporciona Demetrio Cidones, originario de Tesalónica, que escribió una monodia dedicada a los que murieron en la revuelta de 1345. Esta oración se lamenta del «mundo al revés» creado por los celotas, donde los esclavos, campesinos y aldeanos atacaban a sus superiores. Lógicamente, él se pone en el papel de los aristócratas que más sufrieron, aunque menciona que ni siquiera el celota radical Cocalas había podido salvar a su propio yerno de morir asesinado a manos de la multitud. Similares preocupaciones se manifiestan en diversas cartas escritas por Tomás Magistro, residente en Tesalónica durante mucho tiempo, y dirigidas a varios amigos de Constantinopla. Como erudito y maestro de opiniones conservadoras, Tomás se mostraba perturbado por el desorden provocado por los celotas, a los que identificaba como unos inútiles que no valían más de tres óbolos. Condenaba su falta de respeto por los propietarios decentes, personas que invertían en propiedades agrarias y que mantenían sepulcros ancestrales.

En contraste con estas predecibles quejas, Alejo Macrembolites escribió un *Diálogo entre el rico y el pobre* donde plantea una serie de cuestiones que bien pudieran haber motivado a los celotas. En este fascinante texto, el representante de los pobres acusa a los ricos de numerosas actitudes inapropiadas y malas acciones, en especial la codicia, la explotación egoísta de los beneficios de la naturaleza, la insaciable determinación de poseer y atesorar todo lo posible, y la preferencia por los valores corporales antes que los espirituales. Como respuesta, el rico trata de justificar su situación superior, y acusa a los pobres de ser el origen «del latrocinio, la embriaguez, la negligencia, la calumnia, la envidia y el asesinato». El pobre comenta

entonces:

> Los medios de adquirir dinero resultan obvios para cualquier hombre inteligente: algunos se hacen ricos mediante el conocimiento, o mediante el comercio, otros mediante la abstinencia, y aun otros mediante la rapiña, muchos mediante la dominación, o la herencia o caminos similares. Las razones opuestas llevan a los otros a la pobreza[74].

Pero aún se muestra más irritado por una serie de medidas sociales humillantes, incluyendo la negativa a sentarse a la misma mesa o a hablar a los pobres con un discurso normal, o a permitir las bodas entre ricos y pobres, una estrategia que el pobre cree que haría desaparecer la pobreza. Compartiendo la abundancia de los ricos, «la mezcla de opuestos […] produce, de modo bastante asombroso, el saludable término medio». Se enumeran luego los extremos de la diferencia: elaborados alimentos y buenos vinos, finos ropajes, residencias elegantes, buen consejo médico y asientos preferentes en las asambleas, en oposición a un pan malo y un vino agrio, una andrajosa capa «llena de mugre e infestada de piojos», y una protección insuficiente contra el mal tiempo. El «consumo ostentoso» de los ricos funerales (con magníficas tumbas, salmos y cantos, elogios, candelabros, parientes velando y mujeres llorando) se contrapone al humilde sepelio «que contribuye a una más espléndida resurrección». El pobre se mofa del rico, afirmando que incluso los judíos y los musulmanes cuidan de su parentela mejor que los cristianos ricos, que no imitan a Cristo y merecen verse despojados de las recompensas del otro mundo.

Macrembolites no era en absoluto un rebelde. Al igual que otros autores del siglo XIV, pertenecía a un grupo de literatos: eruditos que escribían discursos para ser pronunciados en la corte imperial y se ganaban el sustento en la administración pública. Pero su interpretación de los acontecimientos del siglo XIV, especialmente del éxito de los turcos, le hace parecer más realista que otros. Pese a ello, interpretó el hundimiento

de la cúpula de Santa Sofía en 1346 como un signo del fin del mundo (aunque esta se construyó de nuevo), y culpó de ello a los bizantinos por su pecaminosa codicia y su conducta inmoral.

El *Diálogo* es un texto artificioso, no una descripción simple y llana de la pobreza en bizantino. Pero las agraviadas quejas que pone en boca del pobre, así como la justificación y el desprecio del rico, debieron de hallar eco entre sus contemporáneos. Muchos de quienes se unieron a los celotas y otras fuerzas antiaristocráticas que se oponían a la extrema riqueza acumulada por familias como la de los Cantacuceno habrían reaccionado como el pobre frente a aquel abismo que separaba a quienes tenían de quienes no tenían. Lo que no deja de ser excepcional es el duradero impacto de la revuelta celota, que apartó a Tesalónica del dominio imperial durante siete años cuando se quebró el control tradicional.

A la larga, sin embargo, el consejo de los doce se dividió con respecto a la forma de abordar la aparente resolución de la guerra civil. En febrero de 1347, Juan Cantacuceno logró entrar en Constantinopla y obligó a la emperatriz Ana a aceptar un compromiso, que incluía la renuncia del patriarca Calecas y la boda de Elena Cantacucena (la hija de Juan VI) con el joven Juan V Paleólogo. Así, las dos familias rivales quedaban unidas, a pesar de que algunos partidarios de la facción de Cantacuceno se sintieron decepcionados ante el hecho de que el emperador no estableciera su propia dinastía. Frente a este cambio, los celotas mostraron su hostilidad mediante la quema pública de todas las órdenes que llegaban de la capital. Se propusieron entonces invitar a Esteban Uros IV Dusan, que se había autoproclamado ya emperador de los serbios y los griegos, a convertirse en su líder, calculando que su propia independencia se vería menos comprometida aceptando el dominio serbio que reconociendo a Juan VI

Cantacuceno como su soberano. Esteban Dusan no pudo por menos que sentirse encantado de intervenir en la contienda, y envió a sus fuerzas a hacerse con el control de la ciudad.

Sin embargo, esta invitación provocó una escisión entre los celotas, lo que predispuso a Alejo Metoquites a emprender acciones contra Andrés Paleólogo. Este derrotó al gremio de marineros, anunció su apoyo a Cantacuceno y se negó a permitir a los serbios entrar en la ciudad. Al enterarse de la noticia, Juan VI zarpó de la capital acompañado de su joven co-emperador, enviando a su hijo Mateo con un ejército reforzado por auxiliares turcos. Con la ayuda de un oficial serbio desafecto y de las fuerzas navales turcas, entró en Tesalónica en 1350, forzando a Andrés Paleólogo a buscar refugio en el monte Athos. Los celotas que quedaban fueron apresados, exiliados o enviados a Constantinopla para ser juzgados. Juan V Paleólogo, a quien habían respaldado los celotas, fue saludado como emperador, y Gregorio Palamas fue debidamente instaurado como metropolitano de la ciudad. En uno de sus primeros sermones, condenó a los rebeldes como bestias salvajes, aunque pidió la paz y la armonía bajo el gobierno de la familia Paleólogo.

Cuando Juan VI Cantacuceno se vio forzado a retirarse de la vida pública por otra demostración de desaprobación popular frente a su política de alianzas con los turcos, adoptó el nombre monástico de Joasaf y escribió sus *Memorias*. En un intento de justificar su propio papel en la guerra civil, acusó a los celotas de excesiva violencia y presentó su rebelión como un movimiento generalizado:

> Se propagó como una maligna y terrible enfermedad, produciendo las mismas formas de exceso incluso en quienes hasta entonces habían sido hombres moderados y sensibles […] Todas las ciudades se unieron a esta rebelión contra la aristocracia, y quienes tardaron en hacerlo recuperaron el tiempo perdido superando el ejemplo marcado por otros. Perpetuaron toda clase de inhumanidades e incluso matanzas. El impulso insensato fue glorificado

con el nombre de valor, y la falta de compañerismo o compasión humana se denominó lealtad al Emperador[75].

Describía asimismo a los aristócratas como una élite que los pobres que buscaban venganza habían elegido por su alta cuna, y afirmaba que las clases medias se habían visto obligadas a apoyar a los rebeldes. Esta denuncia de la violencia de las turbas urbanas se ve corroborada por un funcionario de Constantinopla, Teodoro Metoquites, que perdió casi todas sus propiedades cuando su palacio en la capital fue atacado en 1328, mucho antes de los acontecimientos de Tesalónica. Posteriormente, este refundaría y decoraría la iglesia monástica del Salvador (en Chora), donde aparece representado como mecenas ataviado con sus ropas cortesanas (láminas 26 y 33). Es evidente que los rebeldes canalizaron un antagonismo popular y agresivo hacia los hombres considerados extremadamente ricos en Bizancio; pero también que, como era de prever, los más acaudalados pudieron rehacer sus fortunas.

En la historia posterior de Tesalónica, la madre de Juan V Paleólogo, Ana de Saboya, reinstauró el gobierno de la élite. Desde 1351 hasta su muerte, alrededor de 1365, gobernó la ciudad como si le perteneciera. En Constantinopla, durante la guerra civil, cuando había andado escasa de dinero, había entregado en prenda las joyas de la corona a los venecianos a cambio de un préstamo de 30 000 ducados, que jamás se devolvió. Entre los posteriores gobernadores de la ciudad se incluyen al joven Manuel II (emperador de 1391 a 1425), que se vio forzado a huir en 1387, y su hijo Andrónico, que entregó su defensa a Venecia en 1422. Por entonces, Tesalónica se hallaba bajo un bloqueo casi continuo por parte de los turcos, y los funcionarios venecianos no tendrían más éxito que los bizantinos a la hora de evitar la capitulación final de la ciudad, que se produciría en 1430. La experiencia

de los celotas no se repitió, pero su experimento de siete años con una forma de gobierno más comunitaria y popular vendría a representar la tendencia del futuro: varias ciudades italianas habían abrazado ya formas en gran medida republicanas, y varios centros importantes de Occidente, tan distantes entre sí como Barcelona y Gdansk, seguirían su ejemplo. La actividad comercial de Tesalónica y el gremio de marineros facilitaron la subversión del orden natural, por el que los ricos gobernaban a los pobres, y los celotas demostraron que Bizancio también podía generar rebeldes que descartaban el gobierno tradicional y tenían presentes las desventajas sociales.

Casi al mismo tiempo que los rebeldes se apoderaban de Tesalónica, un espectacular castillo franco colgado sobre la antigua Esparta emergió como el nuevo centro de la cultura bizantina. Entre 1348 y 1460, Mistra fue la capital de Morea, gobernada por hijos de emperadores de Constantinopla que se autoproclamaron «déspotas». Guillermo II de Villehardouin, el cuarto príncipe de Acaya, había fundado este castillo en 1247 en lo alto del monte Taigeto, dominando la Lacedemonia medieval. Durante los siguientes cuarenta años cambió de manos varias veces. Siguiendo la práctica común de pedir ayuda a fuerzas externas para sostener los estados cruzados, Guillermo forjó una alianza con Carlos de Anjou, gobernante de Nápoles y Sicilia, que heredó el principado tras la muerte de Guillermo, en 1278. Para contrarrestar la grave amenaza planteada por estos acontecimientos, Miguel VIII Paleólogo forjó varias alianzas europeas, que en última instancia desembocaron en una matanza de tropas francesas en 1282, en Sicilia. Estas intrigas, que proporcionarían a Verdi el libreto de su famosa ópera *Las vísperas sicilianas* (1855), generaron también una rivalidad entre Occidente y Bizancio por el control de Morea. Pero

Mistra siguió siendo una posesión bizantina.

A partir de finales del siglo XIII, los habitantes de la Lacedemonia medieval ascendieron la ladera para establecerse más cerca de las fortificaciones de Mistra, creando una nueva población al pie del castillo. Este asentamiento estaba dominado por el palacio del gobernador, probablemente construido sobre cimientos francos, además de varias iglesias, incluyendo la catedral consagrada a san Demetrio, a la que los posteriores eclesiásticos incorporarían varios añadidos. Constantinopla mantenía allí a un gobernador (o *strategos*, también denominado *kefale*, literalmente «cabeza»), y la ciudad fue expandiéndose poco a poco. Uno de aquellos gobernadores era miembro de la familia Cantacuceno y padre de Juan VI. Florecieron los monasterios financiados por mecenas locales, algunos de ellos conmemorados en retratos y otros en inscripciones. En el complejo del monasterio de Brontocheion, con sus dos iglesias construidas entre 1290 y 1310, la variedad de diseños arquitectónicos y de frescos sugiere la intervención de un considerable abanico de artesanos cualificados, al tiempo que diversas copias pintadas de crisobulas imperiales preservan la lista de sus privilegios.

Aislado de la capital por los ducados francos de Atenas y Tebas, que seguían ocupando la Grecia central, y amenazado constantemente por otras fuerzas occidentales —los mercenarios almogávares, las familias italianas de Acciajuoli y Tocco, y los príncipes titulares de Acaya—, el Peloponeso fue convirtiéndose poco a poco en una región distintivamente bizantina. En 1349, Juan VI Cantacuceno nombró a su hijo Manuel *despotes* de esta provincia autónoma, que pasaría así a conocerse como el «despotado de Morea» y que normalmente sería gobernada por un joven miembro de las dinastías Cantacuceno o Paleólogo. El largo reinado de Manuel como déspota, desde 1349 hasta 1380, comportó una gran

estabilidad y prosperidad. Probablemente fuera él el responsable de la construcción de la parte principal del palacio, una residencia de dos pisos con espaciosas salas en el piso superior, erigido en torno a un atrio central y con vistas a la llanura de Esparta. También construyó la iglesia local de Santa Sofía, que posiblemente se utilizó como iglesia de palacio, y que más tarde se incorporaría a un monasterio. En 1361, su padre, el ex emperador Juan VI Cantacuceno, ahora convertido en el monje Joasaf, huyó del monte Athos cuando la zona se vio azotada por un brote de peste, y buscó refugio en Mistra. Tras la muerte de Manuel, en 1380, Juan V Paleólogo nombró déspota a su hijo Teodoro, y durante los ochenta años siguientes Mistra seguiría constituyendo una especie de legítima testamentaria para la dinastía gobernante.

Sin embargo, al igual que el resto del mundo bizantino en el siglo XIV, Mistra no estaba libre del temor a posibles ataques otomanos. La primera invasión del Peloponeso se produjo en 1388, y parece ser que entre las incursiones posteriores, en la década de 1390, se incluyó un asedio a la propia Mistra. Frente a las amenazas militares turcas, los déspotas buscaron alianzas con diversas potencias occidentales, atrayendo a soldados latinos para colaborar en la defensa del despotado. Estos se casaron con damas nobles y ricas como Isabel de Lusignan, Bartolomea Acciajuoli, Cleopa Malatesta, Maddalena-Theodora Tocco y Caterina Zaccaria, y luego se encontraron con que también habían de combatir contra algunos de sus ambiciosos suegros. Sin embargo, en 1430 el despotado había echado por tierra las pretensiones de Tocco y Zaccaria, y se había anexionado el principado de Acaya y la ciudad veneciana de Patras, situada en el extremo noroccidental del Peloponeso. Así ampliada y fortalecida, Mistra sería apreciada también como pacífico refugio. Manuel II, por ejemplo, dejó a su esposa e hijos en el Peloponeso

cuando hubo de partir en una larga embajada a Occidente. Entre 1417 y 1418 estalló una epidemia en Constantinopla, y Mistra también se utilizó como lugar seguro; y cinco años después, cuando Andrónico Paleólogo, el último gobernador bizantino de Tesalónica, se vio obligado a entregar la ciudad a los venecianos, también se retiró a Mistra. La aparentemente inexpugnable fortaleza del despotado parecía garantizar la seguridad, incluso en medio de la devastación provocada por las intensas rivalidades de unas fuerzas enfrentadas.

Aunque jamás llegaría a convertirse en un importante centro urbano, confinada como estaba por su entorno geográfico a una reducida extensión en la ladera del monte Taigeto, Mistra sí se convirtió en una ciudad rica y cosmopolita. Esta pequeña zona amurallada parecía una antigua ciudad-Estado, y su proximidad con Esparta le sirvió de fuente de inspiración. La población vivía de un próspero territorio agrícola donde abundaban las viñas, los olivares y las moreras. Había una arraigada comunidad judía dedicada a tejer y a la fabricación de alfombras, la confección de ropa y la producción de seda, y la zona atraía asimismo a muchos comerciantes extranjeros: genoveses, venecianos, españoles y florentinos. Tanto a través del río Eurotas como por mar, la comunicación con Occidente resultaba más fácil que con Constantinopla, y muchas embajadas procedentes de la capital pasaban por Mistra. La ciudad caracteriza, de este modo, la excepcional vitalidad de Bizancio aun en la época en la que el imperio se hallaba más fragmentado.

En los siglos anteriores, Bizancio había reservado el término de «heleno» (*ellenes*) para designar a los paganos, pero a finales del XII y comienzos del XIII, este término se había transformado en una forma peculiarmente griega de proclamar la propia superioridad cultural sobre los latinos. Los literatos y la corte imperial de Nicea incorporaron la

antigua sabiduría helénica, especialmente la filosofía, a su identidad bizantina; Juan III Vatatzes, por ejemplo, hablaba de su ascendencia «helénica». Obviamente, todos los eruditos de Bizancio eran conscientes de esa afinidad con el mundo antiguo, e incluso algunos monjes como Isidoro (más tarde obispo de Kiev y cardenal romano), Besarión (obispo de Nicea, y más adelante también cardenal) y Jorge Escolario (posteriormente patriarca), que vivieron durante un tiempo en Mistra, no hallaron dificultad alguna en combinarla con su educación cristiana. Durante la última fase del período bizantino, los maestros de escuela de Constantinopla, Trebisonda y Tesalónica perpetuaron y profundizaron esta conciencia. Pero esta parte del legado griego se haría más llamativa y evidente en Mistra, dada su estrecha conexión con un aspecto muy particular del mundo antiguo: la civilización de Esparta. Demetrio Cidones escribía a un filósofo, por lo demás desconocido, llamado Jorge: «En tu excesivo amor al helenismo imaginas que el propio suelo de Esparta te permitiría ver a Licurgo [el antiguo legislador espartano]».

Este era el contexto en el que entró en escena Jorge Gemisto, también conocido como Pletón, alrededor de 1410, cuando fue exiliado por el emperador Manuel II de Constantinopla a Mistra por herejía. Gemisto era su apellido, Pletón su seudónimo (bajo el que escribió su más importante obra de filosofía, *Sobre las diferencias entre Aristóteles y Platón*); ambos nombres significan «pleno», pero el segundo sugiere una relación con el filósofo antiguo Platón, a quien Gemisto se sentía estrechamente vinculado. Mientras sus enemigos afirmaban que «se llamaba a sí mismo Pletón como si quisiera insinuar un vínculo con el alma de Platón», sus partidarios hablaban de él como «un segundo Platón» o «superado solo por Platón». La corte de los déspotas de Mistra había atraído ya a numerosos eruditos y artistas, que

crearon un vibrante centro de cultura bizantina y helénica. Pletón, que había ejercido de maestro en la capital, llevó su experiencia al Peloponeso. Más que otros filósofos, albergaba la idea de que los filósofos griegos del siglo XV encarnaban la antigua sabiduría helénica y de que esta podía servir con fines prácticos. En Mistra, planteó constantemente propuestas radicales para el desarrollo político y administrativo, al tiempo que ejercía como juez. Los déspotas le recompensaron con concesiones de tierras, y tanto los gobernantes de Mistra como los de Constantinopla solicitaban regularmente su consejo.

Para Manuel Paleólogo, Pletón recomendaba cambios drásticos que recordaban a los objetivos de los celotas: «Toda la tierra debería ser propiedad común de todos sus habitantes […] el producto del trabajo de todos […] debería dividirse en tres partes», que se repartirían entre los trabajadores, los granjeros y el fisco. Consideraba que el ejército debía estar exento de impuestos y debía mantenerse gracias al Estado y a los servicios de una clase de trabajadores-contribuyentes denominados «helotas»:

> Cada soldado de infantería debería tener asignado a un helota, y cada hombre a caballo debería tener dos; y así cada soldado […] estaría en situación de servir en el ejército con el equipamiento adecuado y de mantener permanentemente ese nivel[76].

Pletón deseaba también reformar la moneda: «Es el colmo de la necedad utilizar esas monedas de bronce extranjeras —y malas— que estamos utilizando: tal cosa solo acarrea beneficios a otros y un gran ridículo a nosotros». Junto con otras recomendaciones adicionales para controlar el comercio, potenciando la autosuficiencia, Pletón confiaba en presenciar la creación de un ejército ciudadano eficaz y la provisión de una base impositiva bien organizada, lo que aseguraría el buen gobierno y el éxito militar. Como en otras

regiones que aspiraban a la independencia, Pletón veía en Mistra la necesidad de hacer más responsable al gobierno, así como de incorporar las demandas populares de una mayor igualdad en la administración local.

En conjunción con estas sugerencias de cara a una sociedad de estilo espartano, Pletón proponía un resurgimiento de los valores sociales y de la religión de la antigua Grecia. Su *Libro de leyes* debía de contener sin duda una completa liturgia para el culto a Zeus, aunque solo se han conservado dieciséis de los cien capítulos que contenía repartidos en tres volúmenes, y algunos solo de forma parcial. En cualquier caso, los títulos de los capítulos reflejan la amplitud de temas de su obra, dedicada a la teología, la ética, la política, los ceremoniales y la ciencia natural, que incluye asimismo una oración a los dioses del saber:

> ¡Venid a nosotros, oh, dioses del saber, quienesquiera que seáis y por más que seáis!; vosotros, que sois guardianes del conocimiento científico y la auténtica creencia; vosotros, que los distribuís entre quienes deseáis, según los dictados del gran padre de todas las cosas, Zeus el Rey [...] Conceded que este libro tenga una gran prosperidad, que sea consolidado como perenne posesión antes de que aquellos hombres que lo desean terminen su vida, establecido tanto en privado como en público de la mejor y más noble manera[77].

Zeus es interpretado aquí como el bien absoluto; es increado, eterno, padre de sí mismo, padre y creador preeminente de todas las demás cosas. Los dioses del Olimpo son muy pocos y de naturaleza supracelestial; no tienen cuerpo y existen fuera del espacio. Los dioses menores, en cambio, son más numerosos, así como los demonios terrestres.

Aunque es posible que muchos de los capítulos estuvieran dedicados a asuntos de observancia religiosa (oraciones para la mañana, la tarde y la noche), las funciones sacerdotales y los nombres de los dioses, también hay secciones dedicadas a la metafísica (cuestiones abstractas relativas a la eternidad del

universo), la ética (contra el incesto y la poligamia) y a diversas cuestiones prácticas de gobierno (administrativo, judicial, económico…). Pletón tenía propuestas claramente peculiares para mejorar la sociedad bizantina de la época, en especial la de que podía ponerse freno a la conducta sexual indecente mediante la amenaza de morir quemado. A las mujeres condenadas por adulterio se les raparía la cabeza y se las obligaría a vivir como prostitutas. La violación, la homosexualidad y el sexo con animales se castigarían con la quema en un lugar especial, detrás del cementerio público, donde se mantendrían áreas distintas y separadas para las tumbas de los sacerdotes, las personas normales y corrientes, y los criminales. En su último apéndice al *Libro de leyes*, Pletón invocaba los poderes de los dioses, así como las doctrinas enseñadas por Pitágoras, Platón y Zoroastro, como superiores a todas las demás. Descartaba las enseñanzas de ciertos sofistas, que engañaban a la gente prometiendo una mayor felicidad a través de una verdadera inmortalidad (una alusión a las enseñanzas cristianas), señalando que su idea de la eternidad era solo futura; en contraste, él creía que la filosofía esbozada en su *Libro* ofrecía al alma una eternidad absoluta, tanto pasada como futura, una referencia a la doctrina de la continua y repetida reencarnación de las almas.

Cuando se iniciaron las negociaciones para la reunificación de las iglesias, en 1438, Pletón viajó a Ferrara y luego a Florencia, donde estableció contacto con diversos eruditos italianos. Su conocimiento de la teología cristiana puede que no fuera profundo, pero sí era capaz de entablar un debate con argumentos lógicos en caso necesario. Con una brillante intervención, demostró que un documento latino, supuestamente promulgado por el VII Concilio Ecuménico en 787, y donde aparecía consignado el credo con la cláusula del *filioque*, no podía ser auténtico. Si lo fuera —señalaba—,

cosa que hasta entonces habían aceptado tanto los griegos como los latinos, no habría problema. Pero el caso es que no había evidencias de que en 787 se hubiera mencionado ya la cláusula adicional del *filioque*. Antes al contrario, los papas Adriano I y León III, que celebraron el final de la iconoclasia, todavía recitaban ambos el credo sin ella. Solo en el transcurso del siglo XI, el papado había aceptado lo que ya se había convertido en una práctica habitual en el resto de Europa, a saber, la de recitar el credo con la cláusula.

Las conferencias que Pletón dio sobre el platonismo a los eruditos italianos de Florencia causaron una gran impresión en sus contemporáneos, que, de manera entusiasta, trataron de identificar, traducir y leer todos los textos antiguos de Platón que pudieron encontrar. Su relativa ignorancia estimuló la principal obra de Pletón, *Sobre las diferencias entre Aristóteles y Platón*, en la que ataca al primero al tiempo que ensalza al último. Su erudición dio un gran impulso al estudio de la filosofía platónica en Occidente, lo que más tarde fructificaría en la fundación de la Academia Florentina por parte de Cosme de Médicis alrededor de 1460. Bajo la dirección de Marsilio Ficino, que tradujo *El banquete* de Platón al latín y escribió una importante introducción a dicho texto, el descubrimiento y estudio de los textos platónicos experimentó una considerable expansión. Pletón se interesó en cuestiones geográficas, y su análisis de la *Geografía* de Estrabón probablemente desempeñó también un papel significativo en el debate de los eruditos renacentistas de la década de 1430. Paolo Toscanelli fue uno de los que conocieron a Pletón, al que mostró nuevos mapas de las islas más septentrionales de la tierra: Escandinavia, Groenlandia y Thule, que por entonces se estaban explorando. En 1474, Toscanelli pudo escribir que la ruta más rápida para llegar al Extremo Oriente era navegando hacia el oeste desde Europa.

No cabe duda de que Estrabón sería considerado una guía fiable a la hora de realizar el mayor de todos los viajes de exploración: el intento de Cristóbal Colón de llegar a las Indias cruzando el Atlántico en 1492.

Hasta su muerte, en 1452, Pletón seguiría defendiendo a Platón frente al aristotelismo de Jorge Trapezuntius (es decir, «de Trebisonda») y Jorge Escolario. Sus dedicados pupilos, Miguel Apóstoles y Juan Argyropoulos, así como sus defensores, incluyendo al cardenal Besarión, prosiguieron su estudio de los textos platónicos, aunque esta corriente seguiría siendo minoritaria. Los argumentos aristotélicos se habían incorporado a la teología cristiana ya en una fecha tan temprana como el siglo VI, y constituían una parte aceptada del saber bizantino. En Occidente, por su parte, el estudio de la lógica en las escuelas medievales y la *Summa contra gentiles* de santo Tomás de Aquino (1259-1264) habían convertido el aristotelismo en una herramienta precisa de argumentación racional. Escolario defendió este nuevo escolasticismo occidental, que trató de introducir en el tradicional currículo bizantino; asimismo, tradujo y comentó varios textos de santo Tomás. Su oposición a Pletón se basaba no solo en el ataque de este a Aristóteles, sino también en el *Libro de leyes*, que había llegado a sus manos tras la caída de Constantinopla por parte de los turcos. Escolario, que por entonces todavía era un monje con el nombre de Genadio, había sido nombrado patriarca por Mehmet II el Conquistador. En calidad de tal, condenó como herético el ferviente entusiasmo de Pletón por la religión helénica, y ordenó que todos los ejemplares de su *Libro* se quemaran. Luego se aseguró de que el resto de los escritos de Pletón siguieran siendo prácticamente desconocidos.

Unos años después de esta censura forzosa, Segismundo Malatesta dirigió una campaña contra los turcos, que en 1460

habían tomado Mistra y habían obligado al déspota Demetrio y a su esposa Teodora a huir a Constantinopla. En 1464, Malatesta recuperó la denominada «ciudad baja» de Mistra, donde encontró la tumba de Pletón. Años antes, él mismo había tratado de persuadir a Pletón de que dirigiera su escuela cortesana de Rimini, aunque sin éxito. Ahora, sin embargo, sí podía conseguir un entierro más apropiado para su héroe, de modo que se llevó los huesos de Pletón de Mistra para enterrarlos, con la debida reverencia, en el muro de su Templo Malatestano, donde todavía puede leerse la inscripción dedicatoria: «Los restos de Gemisto el bizantino, príncipe de los filósofos de su época…».

Mistra perdió, así, la tumba de su más famoso filósofo. Durante el largo período de dominación turca del Peloponeso, la ciudad fortificada quedó en gran parte abandonada. Muchas de sus iglesias, monasterios y casas quedaron en ruinas; hoy, sin embargo, están siendo restaurados, sus frescos conservados y sus inscripciones publicadas. El palacio de los Déspotas va a ser techado de nuevo, y probablemente se utilizará como atracción turística en el marco del recién fundado Centro de Estudios Bizantinos. Asimismo, en homenaje al aprecio que sintiera el historiador Steven Runciman por este lugar, y que celebrara en su libro sobre Mistra, se ha dado su nombre a una calle. Quizá haya llegado también el momento de que una calle o una plaza de esta ciudad, la de más espectacular belleza entre todas las ciudades bizantinas, reciba el nombre de Jorge Gemisto Pletón.

27

«Mejor el turbante turco que la tiara papal»

Sentencia atribuida a LUCAS NOTARAS, gran almirante en los años 1444-1453[78]

Entre la recuperación de Constantinopla de manos de los latinos en 1261 y su caída ante los otomanos en 1453, la política exterior bizantina estuvo dominada por la cuestión de la reunificación de las iglesias. Las consideraciones políticas requerían que los emperadores siguieran esta orientación debido a que necesitaban desesperadamente la ayuda militar de Occidente para combatir a los turcos, y los líderes espirituales de Occidente habían hecho de la reunificación de las iglesias, con Constantinopla subordinada a Roma, un requisito previo para ofrecer su ayuda. Tras las acciones de los cruzados en 1204, muchos en Bizancio consideraban esta posibilidad detestable, cuando no directamente herética, y, en consecuencia, se negaban a respaldarla. Los emperadores Paleólogo se encontraron, pues, en un dilema: si el precio de una alianza con unas fuerzas militares occidentales efectivas era la reunificación, entonces tenían que encontrar una política eclesiástica de compromiso y acuerdo. Pero tal política sería condenada por quienes se preocupaban por la teología correcta, así como por la inmensa mayoría de los bizantinos, que seguían siendo devotos a su Iglesia, sus iconos y su ortodoxia. La mayor parte de los bizantinos querían apoyo, no subordinación.

Conforme en Occidente la ecúmene cristiana se había ido expandiendo desde comienzos de la época medieval, al tiempo que en Oriente se había contraído debido a la presión del islam, para luego reunificarse durante el período de las Cruzadas, determinados rasgos específicos de la práctica litúrgica se habían ido alzando como diferencias

significativas. Para los bizantinos, cualquier cambio en la redacción del credo se consideraba siempre tan incomprensible como inaceptable. La primacía de san Pedro, tal como era interpretada por sus sucesores —los obispos de Roma—, chocaba con el concepto oriental de la pentarquía, el gobierno de los cinco patriarcas. Y en las distintas formas del pan eucarístico (con o sin levadura), todos los cristianos podían apreciar una divergencia visual bastante evidente. Que todos los clérigos estuvieran obligados o no a mantener el celibato, o que todos los cristianos ayunaran o no en los mismos días, eran quizá problemas menores. Del mismo modo, la geografía explicaba el uso del griego o el latín en la liturgia, así como ciertos hábitos poco familiares que habían dado a las iglesias historias distintas en el ámbito de la cristiandad.

Pese a ello, existía un deseo fundamental de sostener la unidad cristiana, especialmente frente a las creencias musulmanas. Los obispos de la Antigua y la Nueva Roma tradicionalmente se profesaban un gran respeto mutuo, y cada uno de ellos se aseguraba de incluir en sus servicios oraciones por el otro. Pese a la ruptura de relaciones en el siglo IX bajo la égida del patriarca Focio y el papa Nicolás, y, de nuevo, en 1054, la mutua excomunión no se prolongó más allá de las vidas de los individuos implicados. Cuando Alejo I Comneno apeló al papa Urbano II para respaldar a los cristianos de Oriente contra los infieles turcos, lo hizo precisamente porque ambos compartían una fe común. Cualesquiera que fuesen las divergencias en sus prácticas, la Primera Cruzada fue debidamente predicada sobre esta base, y con ello se restauró el control cristiano sobre Jerusalén.

Los acontecimientos de 1202-1204, sin embargo, vinieron a agravar la sensación de que existía una profunda diferencia, y dejaron en ambas partes un poso de hostilidad y recelo. Los

ortodoxos se sintieron especialmente ofendidos por la ocupación de sus iglesias y monasterios por parte de los cruzados, por no mencionar la profanación de Santa Sofía. Desde los nuevos centros establecidos tras la Cuarta Cruzada, los prelados griegos denunciaron a los obispos y frailes latinos nombrados para tomar posesión de «sus» sedes y monasterios en la capital ocupada y el territorio conquistado. No obstante, en el imperio de Nicea, Juan III Vatatzes y Teodoro II Láscaris habían respaldado los contactos entre representantes latinos y griegos, y habían encontrado a los frailes occidentales menos dogmáticos que el cardenal Humberto. Se celebraron entonces serias conversaciones en torno a la reconstrucción de la unidad entre los cristianos. A partir de 1261, Miguel VIII Paleólogo decidió intensificar esos contactos.

Los acontecimientos políticos, no obstante, siguieron impidiendo el proceso. Cuando el último emperador latino, Balduino II, huyó de Constantinopla, el papa Urbano IV le recibió en Roma y le prometió que le restituiría en el trono, una política que sería activamente respaldada por su sucesor, Clemente IV (1265-1268). En Viterbo, en 1267, el Papa dio su bendición a una formidable alianza antibizantina encabezada por Carlos de Anjou y sellada por medio de matrimonios políticos: Carlos casó a su hija con el hijo de Balduino, y a su hijo con la hija de Guillermo de Villehardouin, príncipe de Acaya. Afortunadamente para Bizancio, Clemente IV murió, y tras un interregno papal de tres años, en 1272 fue elegido Gregorio X como su sucesor. La principal y única preocupación del nuevo Papa era la de planificar una nueva Cruzada contra los musulmanes, y para ello anunció un concilio general de la Iglesia que impondría reformas eclesiásticas y reunificaría las iglesias de Oriente y Occidente.

Esta prometedora declaración alentó a Miguel VIII a tratar

de ganarse a los clérigos de Bizancio que habían expresado sus dudas e incluso habían denunciado la idea de la reunificación: el patriarca José, así como numerosos obispos y monjes que se oponían a la «sumisión» a Roma. Contra el deseo del emperador de «ahorrar a los griegos las terribles guerras y el derramamiento de sangre que amenazan al imperio», consideraron inaceptable su propuesta de reconstruir la unidad cristiana, debido a que esta aceptaba la primacía de San Pedro sobre todas las demás iglesias y la redacción latina del credo. Tenían también otras preocupaciones; sin embargo, dado que la declaración de fe se consideraba un método fundamental de enseñar y predicar el cristianismo, cualquier desacuerdo en torno al texto estaba destinado a provocar escisiones (véase el capítulo 4). Durante los debates celebrados en el siglo XII entre los teólogos occidentales y orientales, la cuestión del *filioque* surgía regularmente como un obstáculo insalvable: tanto Pedro Grossolano como Anselmo de Havelberg escribieron sobre ello tras sus visitas a Constantinopla y Tesalónica. Como respuesta, Nicetas de Maronea, que posteriormente sería arzobispo de Tesalónica, escribió seis diálogos que defendían la interpretación occidental, aunque se negó perversamente a añadir la cláusula del credo.

Con pleno conocimiento de este telón de fondo de desacuerdos, Miguel VIII inició una campaña destinada a ganarse a los bizantinos que se oponían a la reunificación. En 1273, encarceló al patriarca José y obligó a Juan Beccos, archivero de Santa Sofía y posteriormente patriarca, a encabezar la campaña. Sin embargo, el tratamiento del tema a manos de Juan logró atraer a muy pocos clérigos para la causa latina, y ello a pesar de que el emperador y su hijo y heredero habían declarado su adhesión personal a la definición romana de la fe. Incluso se hizo difícil encontrar a clérigos de alto

rango dispuestos a representar a la Iglesia de Constantinopla en el Concilio General que había convocado el papa Gregorio X y que había de celebrarse en Lyon en 1274. La delegación bizantina estaba dirigida por Jorge Acropolita, el jefe del gobierno, el antiguo patriarca Germano III (que ejerció su autoridad muy brevemente en 1266) y el arzobispo Teófanes de Nicea. Era, pues, mucho más fuerte en el ámbito civil que en el eclesiástico.

Tras un difícil viaje, en el que todos los iconos y valiosos objetos eclesiásticos que llevaban para obsequiar al Papa se perdieron en el mar, llegaron a Lyon, donde se había inaugurado el concilio con tremenda fanfarria y ceremonial el 7 de mayo de 1274. En las dos semanas que pasaron en el concilio, se debatieron la cuestión del *filioque*, la primacía papal y un aspecto relativamente nuevo de la teología occidental: la existencia del purgatorio. Desde la década de 1230, los teólogos de ambos bandos habían estado discutiendo acerca de qué podría sucederles a los pecadores que no tenían tiempo de arrepentirse de sus pecados antes de morir. El papa Inocencio IV (muerto en 1254) y Tomás de Aquino en 1263 habían elucubrado sobre la posibilidad de que los pecados menores se purgaran en el fuego mencionado en los Evangelios. Pero en la Iglesia ortodoxa no existía la idea de una existencia post mórtem alternativa, dado que el alma en última instancia sería juzgada y enviada al cielo o al infierno; de modo que no estaba dispuesta a aceptar la nueva definición occidental. Como resultado, la fórmula de compromiso adoptada en 1274 no aludía al purgatorio, pero sí hacía hincapié en el poder de las misas, las oraciones y las limosnas piadosas para ayudar a las almas de los difuntos, unos términos que ambas partes aceptaron.

En Lyon, los tres delegados bizantinos firmaron la profesión de fe previamente acordada con el emperador,

Jorge Acropolita hizo un juramento de lealtad al Papa y a la versión romana del credo, y el concilio aceptó diligentemente la «sumisión» de los emperadores Miguel VIII y Andrónico. La reunificación de las iglesias se celebró el 6 de julio de 1274 en la catedral de Saint Jean, y el papa Gregorio acogió de nuevo a los griegos en el redil. Roma interpretó el concilio como la sumisión de toda la Iglesia ortodoxa, y no de sus dirigentes; en Oriente, Miguel VIII quedó legitimado, y ahora pudo pedir la ayuda cristiana frente al infiel, pero no logró persuadir a los ortodoxos de que aceptaran los términos de la reunificación. Así, a partir de 1274, el emperador se vería obligado a suplicar al Papa…

> que se permita [a su Iglesia] recitar el sagrado credo como se había hecho antes del cisma y hasta nuestra época, y que podamos seguir observando los ritos que teníamos antes del cisma, dado que tales ritos no son contrarios a la fe antes declarada.

En sus últimas profesiones de fe enviada a Roma, no obstante, tanto Miguel VIII como su sucesor Andrónico II aceptaban la existencia del purgatorio, mencionando «las penas de purgatorio o purificación».

La reunificación fue debidamente celebrada en Constantinopla por Juan Beccos, que se convirtió en patriarca en sustitución de José I; pero Jorge Metoquites, uno de los miembros de la delegación bizantina, registraba la presencia de una fuerte oposición:

> En lugar de un conflicto de palabras, en lugar de una prueba refutatoria, en lugar de argumentos derivados de las Escrituras, lo que escuchan constantemente los enviados es: «Os habéis convertido en francos». Si fuéramos pro unionistas […] ¿se nos llamaría partidarios de una nación extranjera, y no patriotas bizantinos?

Desde Constantinopla —donde los recuerdos del saqueo de 1204 todavía seguían vivos— hasta Epiro —donde el déspota se presentaba a sí mismo como un auténtico representante de la tradición ortodoxa— se creó un bando antiunionista.

Serbia y Bulgaria también respaldaban esta corriente, que combinaba de manera conveniente su antagonismo político hacia Bizancio con la defensa de una teología correcta. Por su parte, tampoco la reunificación produjo los resultados prometidos, en parte porque Gregorio X murió en 1276 y Carlos de Anjou prosiguió su campaña en favor de la restauración del Imperio latino. Ocho años después del concilio, cuando murió Miguel VIII, sus impopulares políticas fueron abandonadas de inmediato. Andrónico II (1282-1328) se vengó entonces de Juan Beccos, que fue depuesto, juzgado y encarcelado; tres años después, el nuevo patriarca, Gregorio II, repudiaba la reunificación.

A partir de los textos que circulaban en Oriente resulta obvio que la oposición a la reunificación se basaba en las numerosas diferencias existentes entre las prácticas eclesiásticas latina y griega. Sobre la cuestión del pan que debía utilizarse en la eucaristía, o bien el pan leudado, o bien la oblea occidental, denominada pan ácimo por el hecho de carecer de levadura (*zymos*), los bizantinos opinaban lo siguiente:

> Los que todavía comen el ácimo están bajo la sombra de la ley y comen de la mesa de los judíos, no de la razonable y viviente mesa de Dios ni del pan que es a la vez supersustancial y consustancial a nosotros los hombres […] Ya que de hecho el ácimo sencillamente carece de vida, tal como enseña aún más sencillamente la verdadera naturaleza de las cosas[79].

Más adelante, este panfleto anónimo prosigue:

> ¿Por qué vuestros sacerdotes no se casan? […] La Iglesia no prohíbe al sacerdote tomar esposa, pero vosotros no os casáis. En lugar de ello tenéis concubinas, y vuestro sacerdote envía a su criado a traerle a su concubina, y apaga el cirio y la tiene allí durante toda la noche[80].

El mismo texto critica a los latinos por no venerar iconos, por denominar a la Theotokos «Santa María» —es decir, por calificarla de una simple santa—, por utilizar dos dedos para santiguarse al revés, por comer «carne estrangulada», y por

muchos otros hábitos que a los griegos les parecían tan extraños como incorrectos. Estas diferencias volverían a surgir en la década de 1440, cuando la población de Constantinopla renegó de la unión de las iglesias negociada por Juan VIII.

Aunque el intento de unificación de las iglesias hubiera fracasado en 1274, la esperanza de que las fuerzas cristianas occidentales acudieran finalmente, con la bendición papal, en ayuda de los bizantinos se mantenía viva gracias al creciente interés en la teología latina y a las primeras traducciones de los padres de la Iglesia latina por parte de los eruditos griegos. El conocimiento del latín medieval en Bizancio, así como de las lenguas vernáculas habladas por los comerciantes, los cruzados, los diplomáticos y los peregrinos, se había expandido desde el siglo XI. Cuando el erudito y monje Máximo Planudes (*c.* 1255-*c.* 1305) empezó a traducir a autores latinos clásicos, así como a san Agustín, revolucionó el conocimiento de Occidente en el mundo de Bizancio. Su versión completa en prosa de las *Metamorfosis*, las *Heroidas* y algunos versos eróticos de Ovidio, además de otras obras como *Sobre la consolación de la filosofía* de Boecio, la *Retórica* de Cicerón, diversos textos de Macrobio y *La ciudad de Dios* de san Agustín, todo ello sirvió para poner por primera vez a disposición del público bizantino algunos textos latinos fundamentales. Los hermanos Demetrio y Prócoro Cidones, así como Manuel Calecas, ampliaron su trabajo, al tiempo que Gregorio Quioniades demostraba la importancia de la astronomía islámica a través de sus traducciones del persa al griego.

Ello representó un nuevo avance en la cultura bizantina, que reflejaba cierta conciencia del valor del conocimiento extranjero no griego, así como el distanciamiento de los presupuestos de superioridad intelectual en todos los ámbitos,

al tiempo que revela el hecho de que Bizancio podía adaptarse y aprender de los dos bandos en los debates en torno a la reunificación de las iglesias. La mayoría de quienes tradujeron textos del latín al griego habían aprendido la nueva lengua de los frailes establecidos en Bizancio. Como hicieran los «apóstoles de los eslavos», aquellos emplearon sus propias habilidades lingüísticas para potenciar la cultura bizantina. Planudes ejerció también como embajador en una misión diplomática enviada en 1296 a Venecia, donde despertó un amplio interés por la cultura griega antigua. Asimismo, realizó una edición de los teoremas de Diofanto y otras obras matemáticas, además de copiar y ampliar la *Anthologia Greca*, una colección de epigramas de la Antigüedad tardía. En contraste, dos generaciones más tarde, Demetrio y Prócoro Cidones se ocuparon principalmente de la teología y participaron directamente en la política eclesiástica del siglo XIV. Los dos hermanos fueron los responsables de la traducción al griego de la *Summa contra gentiles* y de la *Summa theologiae* de santo Tomás de Aquino, dos obras que infundieron nuevo vigor al bando unionista. También dedicaron una gran atención a las obras de Agustín, Boecio y san Anselmo de Canterbury, además de traducir la *Refutación del Corán* de Ricoldo de Montecroce.

Pese al creciente interés por la filosofía occidental, el estilo de lógica aristotélica adoptado en las nacientes universidades medievales de Europa no causó un gran impacto en Bizancio. Aquí el sistema educativo tenía sus propias tradiciones, basadas en los textos originales de Aristóteles y enriquecidas por numerosos comentarios posteriores dedicados a la metafísica, la cosmología, la ética y la lógica, que en Oriente siempre se habían enseñado. Otra razón puede estar en el aumento del hesicasmo y la enseñanza de la iluminación a través de la contemplación espiritual, algo que debía más a

Platón que a Aristóteles (véase el capítulo 18). Los monjes hesicastas del monte Athos resultaron ser adversarios implacables de la reunificación eclesiástica en los términos negociados en Lyon. Por su parte, los intelectuales bizantinos favorables a la unificación estaban más influenciados por los argumentos occidentales basados en traducciones latinas de Aristóteles, una tradición lógica que ignoraba los comentarios orientales.

Sin embargo, Juan V Paleólogo aspiraba a realizar sus planes de cooperación militar contra los turcos mediante su conversión personal al catolicismo. Sus viajes a Hungría e Italia en 1366-1369 culminaron con su sumisión a la autoridad romana. Aunque esta era una decisión propia y no implicaba a la Iglesia bizantina, confiaba en que le sirviera para asegurarse la ayuda militar. Pero el hecho de que a su regreso los venecianos le apresaran por deudas revela la precaria situación de Bizancio en aquel momento. Su hijo Manuel se vio obligado a pagar el rescate y, antes de que Juan V pudiera regresar, hubo de entregar a Venecia la isla de Ténedos en compensación por el dinero que se debía. Aunque finalmente la prometida intervención militar tomó forma bajo liderazgo serbio, en 1371 los turcos derrotaron a esta fuerza cristiana en el río Maritsa, y a partir de ese momento el emperador abandonó su política pro occidental. Pese a ello, varios destacados líderes bizantinos se convirtieron al catolicismo romano y siguieron abogando por la reunificación de las iglesias como la única manera de romper el cerco, cada vez más estrecho, de los otomanos en torno a Constantinopla. Uno de ellos, Demetrio Cidones, escribió un tratado formulando propuestas para ganarse la ayuda latina en 1389, pero fue ignorado. Las divisiones en el seno de la élite contribuyeron, pues, a debilitar a Bizancio, mientras los turcos se concentraban en su expansión por Europa.

En 1422, la capital sobrevivió a un importante asedio, pero ocho años después cayó Tesalónica, lo que permitió a los turcos rodear Constantinopla por el oeste además de hacerlo por el este. En estas críticas circunstancias, Juan VIII Paleólogo inició otro intento de reunificación eclesiástica, con lo que obtuvo un serio compromiso de ayuda militar occidental con el respaldo del papado. En 1438 dirigió una delegación de alto nivel —en la que se incluían el patriarca José II, los dos principales representantes eclesiásticos Marco Eugénico de Éfeso y Besarión de Nicea, dieciséis metropolitanos, funcionarios y monjes, formando en total un grupo de más de setecientas personas— que viajó a Ferrara para reunirse con la representación papal. Pero al llegar, el patriarca José se sintió tan ofendido por la exigencia de que él, como todos los funcionarios, había de besarle los pies al Papa, que se negó a bajar del barco en tanto no se resolviera la cuestión. Como resultado, el papa Eugenio IV le concedió una audiencia privada en lugar de recibirle en una ceremonia pública. El concilio se inició oficialmente el 9 de abril después de veinte días de debate en torno a dónde debían situarse los tronos para los principales personajes. Tras muchos retrasos y reuniones poco concluyentes, en enero de 1439 un brote de peste y la falta de dinero obligaron a los dos grupos a trasladarse a Florencia, donde la familia Médici pasó a financiar el concilio.

Aunque se llevaron registros detallados de los largos debates que precedieron al acuerdo, la descripción más interesante del concilio vendría de la mano de Silvestre Syropoulos, un funcionario del patriarcado. Sus memorias registran sus impresiones sobre los debates extraoficiales que acompañaron a las negociaciones: cómo los participantes bizantinos discutieron entre ellos (ya que había grandes desacuerdos entre Juan VIII y Marco Eugénico) y eligieron

temas de discusión que no reflejaran esas diferencias (como la existencia del purgatorio); o cómo se hizo cada vez más evidente que si los griegos no sabían latín, no podían debatir con los teólogos occidentales, que contrarrestaban cada texto oriental con su propia argumentación, a menudo inspirada en escritos muy poco familiares.

La adición del *filioque* al credo siguió representando una importante barrera, no solo como cláusula extra añadida a la redacción del credo como se había acordado en el Primer y el Cuarto Concilios Ecuménicos, sino también como afirmación de la teología ortodoxa. Tras muchos meses de presiones por parte de los latinos, se llegó a un acuerdo sobre la base de que todos los santos estaban inspirados por el mismo Espíritu Santo, ya fueran occidentales u orientales, y que, en consecuencia, su fe debía ser la misma en esencia aunque se expresara de forma distinta en latín y griego. El desacuerdo en torno a la primacía papal, sin embargo, se reveló más profundo. Mientras que la redacción del credo podía aceptarse, el poder que reclamaba Roma significaba sometimiento, algo que para la Iglesia de Constantinopla resultaba mucho más difícil de tolerar. Tras varios siglos de elaboración y refuerzo a través de la posición judicial de Roma en Occidente, los papas habían reafirmado una autoridad superior sobre todas las iglesias basadas en su fundador san Pedro. Y consideraban asimismo que los patriarcas de Bizancio debían someterse a Roma antes de poder celebrar la reunificación de las iglesias. Ello no solo implicaba inferioridad, sino que también negaba la tradición de las cinco principales sedes que se reunían en concilio como autoridad superior del cristianismo. Aunque la Nueva Roma reconocía el lugar de honor más elevado que ocupaba la Antigua, la teoría oriental de la pentarquía resultaba difícil de reconciliar con la pretensión de Roma de ostentar la primacía

universal.

Bajo las presiones de Juan VIII, no obstante, los clérigos orientales se dejaron convencer de que aceptaran una terminología que permitiera redactar la unificación. Las cuestiones pendientes, como el uso de pan con o sin levadura, el matrimonio en los rangos inferiores del clero ortodoxo, y los hábitos de ayuno y genuflexión, se identificaron como costumbres locales, que podían ser aceptadas. Cuando finalmente se leyó el Decreto de Unión en latín y griego, en Florencia, el 6 de julio de 1439, y fue aclamado por todos los presentes, las iglesias quedaron oficialmente unidas en una sola fe. La figura de Juan VIII fue conmemorada en miniaturas y bronces, así como en un medallón obra de Pisanello, donde se le representa ataviado con el gran sombrero puntiagudo que entonces estaba de moda. El proceso de negociación de la unificación duró casi tres años, y el grupo imperial no regresó a Constantinopla hasta febrero de 1440.

Como consecuencia, los príncipes de la Europa central —Hunyadi de Transilvania, Vladislav I de Hungría y Jorge Brankovic de Serbia— dirigieron una cruzada en los Balcanes que supuso la derrota de los turcos entre 1443 y 1444. Murat II aceptó una tregua de diez años, que podría haber sido efectiva de no ser porque algunos de los cruzados quebrantaron sus condiciones en Varna. En noviembre de 1444, atacaron la ciudad y fueron derrotados. Constantinopla quedó abandonada a su suerte, y la «cruzada de Varna» resultó ser la última. Aunque Hunyadi se mantuvo fiel a la política de ayudar a Bizancio, y Brankovic, que no había participado en el ataque, siguió siendo un aliado cristiano, la debilidad esencial de Constantinopla se hizo manifiesta cuando Juan VIII Paleólogo se vio obligado a felicitar al sultán por su victoria.

Solo Marco Eugénico de Éfeso y otro metropolitano se habían negado a firmar el Decreto de Unión, y Eugénico se convirtió entonces en el portavoz de la resistencia a dicha medida. Por su parte, Syropoulos, tras afirmar que había firmado bajo presión, se unió a la mayoría de griegos que consideraban que se habían abandonado tanto sus creencias como sus tradiciones. En 1452, el papa Nicolás V envió a Isidoro de Kiev, que se había convertido y ahora era cardenal de la Iglesia católica, a predicar la Unión en la acosada capital bizantina. Llegó acompañado de un cuerpo de doscientos arqueros reclutados a su propia costa, lo que inicialmente animó a los habitantes de la ciudad. El historiador griego Ducas informaba «de la mayor parte de órdenes sacerdotales y monásticas, abades, archimandritas, monjas… nadie de entre ellos aprobaba la Unión. Incluso el emperador únicamente fingía hacerlo». Las monjas —decía— se mostraban particularmente hostiles e imploraban el apoyo de Genadio Escolario, que estaba en el monasterio del Pantocrátor de Constantinopla. Finalmente, escribió su panfleto de oposición a la Unión y lo clavó en su puerta: «Desdichados romanos, ¿cómo habéis sido engañados…? Junto con la ciudad que pronto será destruida, habéis perdido vuestra piedad»[81]. Cuando aquellos monjes y monjas hicieron correr la noticia de la resistencia, la población pidió a la Madre de Dios que les protegiera frente a los turcos tal como había hecho en el pasado frente a Cosroes, los ávaros y los árabes. Asimismo, le imploraban: «Mantén lejos de nosotros el culto de los *acimitas*».

El 12 de diciembre de 1452 se celebraba la Unión en Santa Sofía en medio de la desesperación y con los turcos acampados ante las murallas de Constantinopla. Aunque Isidoro de Kiev informó al Papa de que la liturgia había sido un éxito, Genadio y otros monjes no participaron, y la Unión

no tuvo una aceptación generalizada en Bizancio. Pese a ello, en 1453, el propio Isidoro combatió en las murallas, resultó herido y fue hecho prisionero. Posteriormente logró escapar, disfrazado, a Creta, donde se lamentaría constantemente por la pérdida de la ciudad. Besarión, el otro gran defensor de la Unión, también siguió apoyando los intentos de recuperar Constantinopla tras la caída de la ciudad. En su calidad de cardenales que ejercían de legados papales, los ortodoxos les consideraban traidores. Ambos, no obstante, alentaron la erudición humanista, escribieron numerosas obras de teología y contribuyeron al crecimiento de las bibliotecas griegas en Occidente. El legado de Besarión a Venecia en 1468 aseguraba que su colección permaneciera intacta, convirtiéndola en la joya de la Biblioteca Marciana, mientras que Isidoro enriqueció la Biblioteca Vaticana con sus propios textos y *scholia* de numerosos manuscritos.

Entre quienes se opusieron a la Unión, Genadio también fue hecho prisionero en 1453, pero más tarde fue descubierto en el mercado de esclavos, rescatado e instaurado como patriarca por Mehmet el Conquistador. Su firme lealtad a lo que constituía la original y verdadera teología cristiana refleja una opinión contemporánea de la que se haría eco Lucas Notaras, consejero de los tres últimos emperadores: «Mejor el turbante turco que la tiara papal». Bizancio no podía aceptar la teoría de la primacía papal ni la subordinación de Constantinopla a Roma. Los bizantinos, por pocos que fueran, seguían fielmente comprometidos con lo que ellos consideraban la ortodoxia. Preferían mantener su propia teología bajo el dominio otomano que sufrir la unificación con la Iglesia de Roma y el dominio occidental; una postura que probablemente era un eco del sacrilegio de 1204.

28

El asedio de 1453

> El veintinueve de mayo, Dios nuestro Señor decidió que era Su voluntad que la ciudad cayera ese día […] a fin de cumplir todas las antiguas profecías […] Las tres se habían cumplido, dado que los turcos habían pasado a Grecia, que había un emperador llamado Constantino, hijo de Elena, y que la luna había mostrado una señal en el cielo[82].
>
> NICOLÒ BARBARO, *Diario del asedio de Constantinopla*

En 1354 se produjo un importante cambio en el equilibrio de poder entre Bizancio y los otomanos, cuando un terremoto destruyó toda la costa de Tracia. Las fortificaciones de las ciudades de la parte europea del Helesponto se derrumbaron, lo que obligó a su población a huir y permitió al hijo de Orhan, Solimán, cruzar los Dardanelos junto con un gran número de tropas y familias turcas. Al no encontrar resistencia alguna, inició una campaña destinada a asegurar la ocupación permanente de las provincias occidentales de Bizancio desde su nueva base en Kallipolis (literalmente, «ciudad hermosa»; es la actual Gallípoli). La expansión turca en los Balcanes contra los serbios venía acompañada asimismo de las amenazas a Constantinopla desde Tracia. El sultán Murat I (1362-1389) tomó Adrianópolis (Edirne), que se convirtió en la capital occidental de los otomanos. En 1371, en la batalla del río Maritsa, los turcos derrotaron al rey serbio Vukasin y luego pasaron a conquistar Sofía y Tesalónica, incorporando así Serbia, Bulgaria y Macedonia al estado otomano. Tanto Vukasin como Juan V Paleólogo pasaron a ser vasallos. En 1387, Teodoro Paleólogo, déspota de Morea, reconoció la autoridad de Murat, aunque se resistió a los intentos turcos de tomar Mistra.

En menos de veinticinco años, el sultán había rodeado Constantinopla y estaba en condiciones de realizar un

movimiento de pinza sobre ella tanto desde el este como desde el oeste, por tierra y por mar. Sin embargo, la ciudad resistió durante otros ochenta años, debido en parte a que Murat I había hecho vasallos a todos los gobernantes bizantinos y, en consecuencia, ahora contaba con su apoyo. En 1372-1373, obligó a Juan V Paleólogo a ayudarle en sus campañas militares contra los cristianos que quedaban en Asia Menor. En palabras del historiador Chalcocondyles:

> Juan entabló una alianza con Murat, que recientemente había cruzado a Europa […] En homenaje a Murat, Juan y sus hijos también habían de seguirle en cualquiera de sus campañas[83].

El mismo autor cuenta que esta pauta de tratamiento se impuso asimismo a Draga, el líder serbio, y a Bogdan de Moldavia, que habían quedado al mando de los territorios adyacentes al río Axios (Vardar); de ese modo, el sultán acumulaba tropas y vasallos. Algunos serbios y bosnios, sin embargo, siguieron resistiendo y desafiaron conjuntamente a Murat I. En 1389, los turcos se enfrentaron a esta fuerza en Kosovo Polje, donde el sultán murió asesinado. Los historiadores se hallan divididos con respecto a cuál de los dos bandos fue el que de hecho ganó la batalla, pero el resultado fue un incremento del control turco sobre los Balcanes.

La historia de Bizancio en este último siglo fue escrita, desde perspectivas opuestas, por Ducas, en el bando bizantino, y Chalcocondyles, en el otomano. Ambos escribieron después de acaecida la conquista de Constantinopla. Lo que Ducas considera una humillación del emperador, Chalcocondyles lo pasa por alto como el tratamiento normal dado a un vasallo por parte de su señor. Ambos, sin embargo, hacen hincapié en la rivalidad casi suicida entre los numerosos hijos de Juan V, que trataron de manera alternada de hacerse con el poder durante el largo

reinado de este (1341-1391). El mayor de ellos, Andrónico IV, junto con su hijo Juan VII; el segundo, Manuel II, y el tercero, Teodoro, participaron en sendas revueltas, utilizando a aliados genoveses, venecianos y turcos. El emperador había tratado de evitarlo nombrándoles gobernadores de los dispersos restos de Bizancio, unos territorios que poco a poco se fueron convirtiendo en unidades autónomas: Morea, con su capital en Mistra; Tesalónica, centro de lo que quedaba del territorio balcánico, y Selimbria, fortificada por Juan VI Cantacuceno en su base de Tracia durante la década de 1340. Estos pequeños reinos, una especie de legítima testamentaria en la que cada hijo podía actuar como un gobernante independiente, sugieren un sistema cuasi feudal similar al de Europa occidental, donde un gran número de pequeños reinos y ducados competían por el dominio territorial. Pero mientras que en Occidente los reyes nominales de Francia, Inglaterra, Castilla y Alemania trataban de extender su autoridad, lo que de hecho hacían los Paleólogo era dividir el antaño unificado imperio de Bizancio en unidades más pequeñas. A diferencia de las fuerzas centralizadas que potenciaban a los estados de la cristiandad occidental, una presión centrífuga de signo opuesto estaba reduciendo los recursos imperiales y el territorio de Oriente.

La muerte de Murat en Kosovo Polje, en 1389, vino a intensificar las presiones otomanas sobre Constantinopla. Su sucesor, Bayaceto I (1389-1402), construyó la fortaleza de Anadolu Hisar en la costa oriental del Bósforo a fin de evitar que los bizantinos consiguieran refuerzos navales. Cuando Manuel II fue coronado emperador en la ciudad, en 1391, sabía que habría de enfrentarse a un asedio casi inmediato; y efectivamente, en 1394, los turcos habían sitiado la ciudad por mar y por tierra. La noticia de este dominio completo galvanizó finalmente a los cristianos de Europa llevándoles a

organizar una ayuda militar en la forma de una fuerza internacional, dirigida por el rey Segismundo de Hungría y por el mariscal Boucicaut de Francia. La cruzada occidental avanzó hasta llegar a la fortaleza otomana de Nicópolis, a orillas del Danubio (actual Nikopol, en Bulgaria), y los turcos la consideraron un desafío tan grave que el sultán Bayaceto abandonó el asedio para hacerle frente. En 1396, la cruzada fue aplastada, con muy pocos prisioneros capturados con vida. Entre los supervivientes, Segismundo y Boucicaut fueron ambos capturados y posteriormente rescatados. El mariscal francés se negó a abandonar a los cristianos en el este y persuadió al rey Carlos VI de Francia de que enviara a una pequeña fuerza para aliviar la situación de Constantinopla. En 1399, estas tropas lograron romper el bloqueo turco de la ciudad, y Boucicaut se unió a Manuel II en sus acciones militares.

En ese punto, el mariscal sugirió que el emperador dejara a su sobrino Juan VII a cargo de la defensa y recorriera las monarquías occidentales a fin de recabar más apoyo militar para Constantinopla. Juan VII había sido coronado por su padre Andrónico IV, y había conspirado con los turcos para hacerse con el poder absoluto frente a las pretensiones de Manuel II. Pero tras pasar un tiempo como rehén del sultán Bayaceto, a Juan se le confió ahora la defensa de la capital, mientras que Manuel y el mariscal lograron atravesar el bloqueo en diciembre de 1399. Manuel se embarcó en lo que resultaría ser un largo recorrido por Europa, que posteriormente evocaría de forma maravillosa en sus cartas a los hermanos Demetrio y Manuel Crisoloras, a Eutimio —más tarde patriarca de Constantinopla— y a Manuel Potos.

Dado que ya había visitado Venecia antes, reservó sus descripciones más elaboradas para las otras grandes capitales: París, donde fue recibido con espléndidas ceremonias por

Carlos VI en el verano de 1400, y Londres, donde celebró las Navidades del año siguiente con Enrique IV en el palacio de Eltham. Desde París, Manuel describió la «nobleza de alma, la amistad y el constante celo por la fe» exhibido por el rey, sus parientes y funcionarios. Se alojó en el palacio del Louvre, donde observó sus finos tapices y elaboró una descripción de sus bellezas. Confiaba en que en breve plazo podría regresar a Constantinopla con ayuda militar. Carlos VI también le invitó a celebrar el octavo día de la festividad de Saint-Denis en el famoso monasterio del mismo nombre, en el norte de París. Algunos criticaron este hecho, afirmando que los griegos no estaban en comunión con Roma; pero el rey insistió en ello, recordando a Manuel que sus intentos de obtener ayuda dependerían de la unión de las iglesias griega y latina.

En el invierno de 1400-1401, Manuel visitó Londres, donde pudo apreciar la hospitalidad de Enrique IV, quien

> se ha convertido en un verdadero refugio para nosotros en medio de una doble tempestad, la de la estación y la de la fortuna […] Su conversación no es sumamente grata; nos complace en todos los sentidos […] Nos está proporcionando ayuda militar, con soldados, arqueros, dinero y barcos para transportar al ejército a donde sea necesario.

El sacerdote y cronista Adán de Usk, que fue testigo de la embajada, escribía de los bizantinos:

> Este emperador andaba siempre con sus hombres, todos vestidos por igual, del mismo color, blanco, con largas túnicas cortadas como tabardos […] Jamás navaja alguna había tocado la cabeza o la barba de sus capellanes. Estos griegos eran muy devotos de los servicios de su iglesia, en los que participaban tanto soldados como sacerdotes, pues todos cantaban sin distinción en su lengua natal. Yo pensaba para mis adentros en la terrible experiencia que suponía para el gran príncipe cristiano del Lejano Oriente ser empujado a la fuerza por los infieles a visitar las distantes tierras del oeste para buscar ayuda contra ellos[84].

Mientras Manuel II estaba en Occidente tratando de persuadir a los gobernantes de Francia e Inglaterra de que enviaran tropas a defender su capital, en Asia Menor surgió

un aliado inesperado. Timur Lang (Tamerlán), el jefe mongol conocido como «la Espada del Islam», había devastado Georgia en 1399-1400, y saqueado y quemado las grandes ciudades de Alepo, Damasco y Bagdad. Ahora avanzaba hacia el oeste para atacar al sultán Bayaceto con unas tropas extremadamente disciplinadas, organizadas según la característica forma mongola en unidades de cien soldados, y consagradas a la *yihad*. Estas tropas se enfrentaron a los turcos en las afueras de Ankara el 28 de julio de 1402. Los otomanos no solo fueron derrotados, sino que el sultán y su hijo Musa también fueron hechos prisioneros. Bayaceto moriría más tarde en cautividad. Aunque el éxito de Timur les conmocionó tanto como les aterrorizó, los gobernantes occidentales Enrique III de Castilla, Carlos VI de Francia y Enrique IV de Inglaterra le felicitaron por la victoria en Ankara, con la que había destruido a su enemigo Bayaceto. Desde Constantinopla, el regente Juan VII Paleólogo prometió rendir tributo a Timur si este seguía protegiendo a Bizancio de los turcos. Para los cristianos acorralados en Constantinopla, los mongoles habían realizado un gran servicio, pero seguía existiendo cierta inquietud con respecto a qué era lo que Timur iba a hacer a continuación. Sin embargo, tras aniquilar a los caballeros hospitalarios en Esmirna, el jefe mongol regresó al este, donde albergaba la ambición, mucho mayor, de conquistar China. Sería allí donde se ganaría el título que posteriormente se convertiría en su epitafio: «Conquistador del mundo».

Tras la derrota de 1402, Manuel regresó a Constantinopla, mientras los cuatro hijos de Bayaceto iniciaban de inmediato una lucha por el poder supremo, que se resolvería en 1413 cuando Mehmet I triunfó sobre sus hermanos y reanudó la campaña contra Bizancio. Manuel encargó una copia de los escritos del Seudo-Dionisio, junto con un magnífico retrato

de grupo de la familia imperial, que envió al monasterio de Saint-Denis como forma de agradecimiento a Carlos VI (lámina 40). Sin embargo, en 1422, cuando Constantinopla se enfrentó a otro grave asedio otomano, no llegó ninguna ayuda militar. Ese año Manuel sufrió una apoplejía, y Juan VIII tomó el control de Bizancio, ahora reducida únicamente a la capital, la cual, sin territorios anexos, no era ya reina de imperio alguno. En 1453, el nieto de Mehmet I entraría a caballo en Constantinopla como conquistador.

La formación del poder otomano se produjo a lo largo de muchos siglos de continua interacción con el Imperio bizantino. Conforme el primero iba expandiéndose y haciéndose más fuerte, el segundo se encogía y debilitaba. El largo período de rivalidad política, junto con su estrecha interrelación, desembocaron en una gran influencia mutua. Las princesas bizantinas enviadas a desposarse con maridos turcos introdujeron la presencia cristiana en sus cortes. El sistema bizantino de concesiones de tierras (*pronoia*) se transformó en el *timar* otomano, mientras que los registros tributarios musulmanes siguieron estando a cargo de funcionarios cristianos y llevándose al estilo bizantino. En cuanto a los servicios sociales, bizantinos y otomanos adoptaron pautas filantrópicas similares, aunque la importancia que el islam daba a la limosna se traducía en el hecho de que una parte de los ingresos de todo musulmán se reservaba a este fin, mientras que en el mundo cristiano se dejaba a la conciencia individual. Algunas instituciones como el *waqf* musulmán se parecían mucho al monasterio cristiano en cuanto a la multiplicidad de sus funciones sociales. Pero durante la conquista otomana, los recursos cristianos, así como la población, las propiedades eclesiásticas y los impuestos, fueron redirigidos hacia instituciones islámicas: caravasares, madrasas y mezquitas, a menudo gestionadas por

cristianos conversos (*gulam*). Aunque estas instituciones proporcionaban alojamiento y comida gratis a los viajeros de todas las religiones, en realidad los fundamentos del *waqf* venían a reforzar el islam a expensas del cristianismo.

Esto resulta evidente a partir del número de metropolitanos y obispos activos en Asia Menor, que se redujo de forma drástica en la medida en que las iglesias se fueron convirtiendo en mezquitas, las propiedades cristianas fueron confiscadas por los conquistadores y los campesinos cristianos se encontraron con que les resultaba más beneficioso renunciar a su fe y convertirse al islam. Como explicaba Cidones en un discurso en el que instaba a los emperadores a buscar la ayuda de Occidente:

> Toda la región que solía sustentarnos, y que se extendía hacia el este desde el Helesponto hasta las montañas de Armenia, nos la han quitado. Han destruido completamente las ciudades, expoliado las iglesias y saqueado las tumbas, y lo han llenado todo de sangre y de cadáveres. Incluso han corrompido las almas de los habitantes, obligándolos a rechazar al verdadero Dios y a tomar parte en su inmundicia[85].

Las sedes episcopales de las provincias europeas vinieron a reemplazar al tradicional dominio de Asia Menor en la jerarquía de los centros eclesiásticos. En 1324, cuando el patriarca de Constantinopla pidió ayuda financiera, solo se nombraron tres grandes sedes: Cícico, Proconeso y Lopadio. Muchos clérigos destinados a iglesias de Asia Menor se veían imposibilitados de residir en sus sedes y se convertían en refugiados en la capital, pasando a depender del respaldo del patriarcado. Y a finales del siglo XV, una *notitia* (lista de iglesias) oficial informaba de que en Asia Menor «cincuenta y un metropolitanatos, dieciocho arzobispados y cuatrocientos setenta y ocho obispados están desiertos». Solo sobrevivían un arzobispado y tres obispados.

En términos artísticos, los selyúcidas habían adoptado ya el águila bicéfala de Bizancio, al tiempo que, inspirándose en

Santa Sofía, las mezquitas del siglo XIV habían adaptado las cúpulas y los azulejos a su propio uso. La Mezquita Verde de Bursa, construida con una magnífica cúpula en 1424 por Mehmet I, serviría de modelo para muchas mezquitas posteriores, como, por ejemplo, la de Edirne; un modelo que alcanzaría un nuevo rango distintivo en los edificios construidos en el siglo XVI por el arquitecto Sinan, especialmente la Mezquita Azul de Constantinopla/Estambul. Sinan, cristiano de nacimiento, fue esclavizado por los musulmanes en su habitual reclutamiento forzoso de muchachos destinados al servicio de palacio (*devsirme*), y alcanzaría grandes honores gracias a sus magníficos diseños de baños y estructuras civiles, además de las mezquitas.

Pese a este largo proceso de influencia mutua, seguía habiendo grandes diferencias en el ámbito del derecho y las costumbres familiares que hacían del islam algo distante. Frente a la exigencia cristiana a la monogamia y la renuencia a permitir los segundos matrimonios, a los hombres musulmanes se les permitía tener cuatro esposas con tal de que pudieran mantenerlas apropiadamente. Los sultanes se entregaban a sus preferencias sexuales no solo con sus esposas oficiales, sino también con numerosas concubinas que formaban el núcleo de su harén. Estas mujeres confiaban en dar a luz a un gran número de hijos, todos los cuales posteriormente querían heredar el poder de su padre. El resultado era una tremenda rivalidad entre las madres, así como una guerra fratricida entre los hermanos y hermanastros cuando moría el sultán. El islam no reconocía la práctica medieval de la primogenitura, que aseguraba que fuera el hijo mayor el que heredara las tierras del padre. Así, el sultán podía favorecer a un hijo menor nacido de su concubina favorita por encima de sus hermanastros mayores. La guerra civil de 1402-1413 entre los hijos de Bayaceto fue

un presagio de las numerosas guerras similares que habrían de venir.

Obviamente, tales conflictos también eran familiares en Bizancio y en Occidente. Andrónico II había sido desafiado por su hijo Andrónico III en los años 1321-1328, y Juan VI Cantacuceno provocó una lucha de seis años cuando reclamó el trono heredado por Juan V (1341-1347). Cuando Juan VIII (1425-1448) y Constantino XI (1449-1453) pidió ayuda a sus hermanos menores, Teodoro y Demetrio, para defender la capital, los déspotas de Morea se encontraban demasiado ocupados combatiendo entre sí. Pero en el mundo musulmán, la estructura de la corte y el harén generaban una mayor competencia e inestabilidad en los momentos de la sucesión. Y dado que los otomanos habían adoptado la monarquía como su estructura política, tenía que haber un soberano que estableciera su autoridad sobre todos sus rivales. Normalmente cada sultán accedía al poder tras una serie de fratricidios y asesinatos, que venían a intensificar su propia determinación de sobrevivir. Y, asimismo, cada uno de ellos pretendía ser el gobernante otomano que conquistara finalmente la metrópolis de Constantinopla.

En 1422, Murat II, anticipándose a ese triunfo, dio instrucciones precisas en cuanto al botín que esperaba obtener. Según relata un testigo presencial:

> El déspota de los turcos también envió heraldos a proclamar a todos los rincones de la tierra que el emir prometía entregar todas las riquezas y personas de la ciudad a los musulmanes. Esto lo hizo para atraer a todos los musulmanes […] que vinieron a sacar provecho, no solo los que se beneficiaron del botín y la guerra, sino los aventureros y comerciantes, perfumistas, zapateros, e incluso algunos monjes turcos […] Algunos vinieron a comprar prisioneros, algunos mujeres; otros vinieron a coger animales, y otros bienes; y los monjes turcos vinieron a llevarse a nuestras monjas y el botín gratis del déspota de los turcos[86].

En esta ocasión, según Juan Canano, que presenció el

asedio, la Madre de Dios protegió Constantinopla; incluso los turcos la vieron luchando en las almenas. El emperador Manuel, sin embargo, se las arregló para que se proclamara a un sultán rival en Bursa, lo que obligó a Murat II a abandonar el sitio.

Viendo frustradas sus ambiciones, el sultán volvió su atención hacia Morea, y forzó a Demetrio y a Tomás Paleólogo a rendirle tributo. Mientras que Demetrio acogió favorablemente esta alianza con Murat II, Tomás encabezó una coalición antiturca en alianza con sus contactos genoveses, la familia Zaccaria. En 1448, cuando murió el emperador Juan VIII, su madre Elena insistió en que Constantino, que era mayor que Demetrio y Tomás, fuera coronado emperador. Dado que resultaba obvio que la amenaza sobre Constantinopla era la más grave de su historia, Constantino apeló de inmediato a sus hermanos para pedirles ayuda militar. Pero estos se negaron, y en 1451 sería ya demasiado tarde.

Ese año, Mehmet II sucedió a su padre Murat como sultán. Tenía entonces solo diecinueve años, pero estaba decidido a completar la conquista otomana de Constantinopla. Tanto él como Constantino XI sabían que estaba en juego la supervivencia de Bizancio. La construcción de un segundo gran castillo otomano en Rumeli Hisar, en la orilla europea, sirvió para alcanzar el objetivo otomano de controlar toda la navegación del Bósforo, al tiempo que evitaba la llegada a la ciudad de ayuda militar a gran escala. A partir de ese momento, la suerte de Constantinopla estaba echada. Si Constantino XI hubiera podido pagar al ingeniero húngaro que le ofreció fundir un nuevo cañón para la defensa de la ciudad, posiblemente esta hubiera sobrevivido durante unos cuantos años más. Pero el soberano bizantino andaba muy escaso de dinero, de modo que el ingeniero se fue con su

invento a los turcos. Fue esta arma gigantesca, mayor que cualquier cañón fabricado hasta entonces, la que les aseguró la victoria. Las murallas del siglo V, construidas en una línea recta de fortificaciones triples, no podían resistir la fuerza de la pólvora con toda la potencia de esta arma del siglo XV.

El emperador bizantino hizo numerosas peticiones de ayuda a Occidente, a las que respondieron algunos aliados. En el otoño de 1452, el legado papal, cardenal Isidoro (anteriormente obispo de Kiev), llegó a la ciudad con Leonardo de Quíos, acompañado de un cuerpo de arqueros reclutados y pagados por el propio cardenal. Se incorporaron a las fuerzas navales barcos de Ancona, Provenza y Castilla, y un grupo de barcos griegos de Creta decidieron permanecer en la ciudad, pese a que más tarde seis de ellos se escabulleron. En enero de 1453, los habitantes de la urbe sintieron un gran alivio con la llegada del condotiero genovés, Giovanni Giustiniani Longo, que se enfrentó al bloqueo turco y lo atravesó con sus dos barcos y alrededor de setecientos hombres. Constantino XI le asignó la parte más débil de las murallas de la ciudad, la sección de la Puerta de Romano, y

> alentó e incluso ordenó a la gente que no perdieran la esperanza y mantuvieran una fe inquebrantable en Dios […] Todo el mundo le admiraba y le obedecía en todo.

En su diario del asedio, Nicolò Barbaro, un cirujano de Venecia, registra la experiencia de haber vivido los últimos días de Bizancio. Cuando la gente se dio cuenta de que solo un milagro podía salvarles de «la furia de esos malvados paganos», lloraron, rezaron y

> cuando se tocó a rebato para que cada uno fuera a ocupar su puesto […] las mujeres, y también los niños, llevaron piedras a las murallas y las depositaron en las almenas, a fin de que pudieran arrojarse sobre los turcos[87].

Su vívido relato resulta obviamente parcial y favorable a los venecianos; así, acusa a Giustiniani de abandonar su puesto en la Puerta de Romano. En realidad, tras planificar la defensa

con el emperador, el líder genovés había resultado herido por una flecha, y moriría más tarde en Quíos.

Las peticiones de ayuda de Constantino XI al general Hunyadi se tradujeron en una embajada que llegó en abril de 1453 para negociar con Mehmet II. Pero para entonces el sultán percibía ya la victoria, e ignoró la amenaza húngara de atacarle. Había formado un vasto ejército de probablemente sesenta mil soldados y hasta ciento cuarenta mil auxiliares, mientras que Constantino apenas pudo reunir a ocho mil defensores. Con el estruendo oyéndose ya al otro lado del Cuerno de Oro, el emperador se concentró en defender los 19 kilómetros de muralla perimétrica contra las abrumadoras fuerzas turcas. El asedio estuvo dominado por el nuevo cañón de gran calibre del sultán, apodado «el imperial», que disparaba balas que pesaban de 5000 a 6000 kilogramos contra las murallas. Pese a los valerosos esfuerzos realizados para reparar las defensas con barriles, escombros y otros materiales, al cabo de veinte días de bombardeos se abrió una brecha a través de la cual pudieron entrar los turcos. El 19 de mayo de 1453, izaron su bandera sobre la ciudad.

El heroico emperador, Constantino XI, que había sido el alma de la resistencia, desapareció durante el ataque, y su cuerpo jamás se encontró, dando origen a la leyenda bizantina de que se lo habían tragado las murallas y que un día volvería. La noche antes del ataque definitivo había hecho un último recorrido a caballo por las murallas en compañía de su consejero, Sfrantzes, que cuenta que vieron el vasto campamento de los otomanos, sus hogueras y preparativos, y supieron que solo la intervención divina podía salvar a Bizancio. Pero lejos de ello, la ciudad fue sometida a un saqueo que duró tres días, en el que Sfrantzes y muchos otros fueron hechos prisioneros. Cuando Mehmet II finalmente entró en la ciudad, algunas fuentes afirman que lloró al

contemplar las pérdidas y la belleza de los edificios; otras, en cambio, señalan que los turcos se vistieron, e incluso vistieron a sus perros, con ropajes eclesiásticos, que arrojaron todos los iconos a una enorme hoguera en la que luego asaron carne, y que se bebieron el vino puro de los cálices.

El sultán ordenó que lo que quedaba de la población permaneciera en la ciudad bajo el dominio otomano, y organizó el traslado de otras cinco mil familias más a la urbe, iniciando con ello el proceso de islamización. En 1454 nombró patriarca al conocido erudito y monje Genadio Escolario. Como líder de los *millet* griegos (un grupo étnico empleado por los otomanos para controlar a la población conquistada), trató de proteger la ortodoxia de la injusticia. Aún hoy, su sucesor —actualmente el patriarca Bartolomé— reside en esta misma sede gracias a los términos negociados con el primer gobernante de la moderna Turquía, Mustafá Kemal —más conocido como Atatürk—, en el Tratado de Lausana (1923). Aunque hay pocos cristianos en la ciudad, la Iglesia de la Nueva Roma, reconocida por Constantino I y elevada a la misma posición que la Antigua Roma por Teodosio I, persiste como guía de la fe ortodoxa. Pero es la victoria del joven Mehmet la que se conmemora en la mezquita del Conquistador, o Fatih Camii, erigida en el lugar donde antes se alzara la iglesia de los Santos Apóstoles. Con esta simbólica sustitución, Mehmet el Conquistador hizo de Bizancio la capital de lo que se convertiría en el Imperio otomano.

Conclusión

La grandeza y el legado de Bizancio

La característica más notable de Bizancio no fue su cristianismo, proclamado en sus históricos concilios y conversiones, a la vez que celebrado en iglesias inmensas como Santa Sofía o en la intimidad doméstica de los iconos familiares; ni tampoco su organización y administración romanas o su imperial autoconfianza; ni su perdurable herencia griega o su sistema educativo. Fue la combinación de todo ello, un hecho cuyo origen se remonta al siglo IV con la creación de la nueva capital, sus monumentos y puertos, que hizo arraigar a Bizancio en una rica variedad de tradiciones y recursos.

Sin embargo, el moderno estereotipo de Bizancio es el de un gobierno tiránico ejercido por afeminados, unos hombres cobardes y unos eunucos corruptos, obsesionados con rituales vacuos, y una burocracia interminable, compleja e incomprensible. Montesquieu desarrolló estas caricaturas en el siglo XVII cuando trataba de explicar las razones de la decadencia del Imperio romano, y Voltaire les dio una relevancia aún mayor, añadiendo su propia y apasionada preeminencia de la razón por encima de la religión. Mientras el primero desechaba «el Imperio griego», como él lo llamaba, debido al excesivo poder de los monjes, la demasiada atención a las disputas teológicas, y la ausencia de la aconsejable separación entre los asuntos eclesiásticos y los laicos, el segundo lo condenaba sin paliativos como una «deshonra para la mente humana». Quizá ambos se sintieran también provocados por el uso que hiciera Luis XIV de modelos bizantinos como medios de celebrar el gobierno monárquico despótico.

La descripción, más familiar, de Edward Gibbon, en su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, que se extendía hasta 1453, se basaba en esos mismos rasgos e identificaba a Bizancio como un mero eslabón «pasivo» con la Antigüedad greco-romana. En sí misma, argumentaba, carecía de interés, salvo por el hecho de que conectaba el período clásico con las naciones bárbaras de la Europa occidental y «las más espléndidas e importantes revoluciones que han cambiado el estado del mundo»[88]. Pero quizá la expresión más clara de la reputación negativa de Bizancio sea la del historiador irlandés decimonónico William Lecky. En una opinión tan desdeñosa como misógina, afirmaba:

> De ese Imperio bizantino, el veredicto universal de la historia es que constituye, sin una sola excepción, la más absolutamente vil y despreciable forma que la civilización haya asumido jamás. No ha habido otra civilización duradera tan absolutamente desprovista de todas las formas y elementos de la grandeza, y ninguna a la que puede aplicarse tan categóricamente el epíteto de «mezquina» […] La historia del imperio es un monótono relato sobre las intrigas de sacerdotes, eunucos y mujeres, de envenenamientos, de conspiraciones, de constante ingratitud[89].

Como espero haber mostrado, lejos de ser pasiva, Bizancio fue tan activa como sorprendente y creativa, en tanto fue capaz de reelaborar sus preciadas tradiciones y su herencia. Legó al mundo un sistema imperial de gobierno basado en una cualificada administración pública y un sistema tributario; una estructura legislativa fundamentada en el derecho romano; un currículo único de educación laica que preservaba gran parte del saber clásico pagano; una teología ortodoxa, una expresión artística y unas tradiciones espirituales encarnadas en la Iglesia griega, y unos rituales de coronación y cortesanos que tendrían numerosos imitadores. En el siglo VI, el comerciante Cosmas Indicopleustes señalaba asimismo:

> Hay otra señal del poder de los romanos, que Dios les ha dado, a saber, que todas las naciones llevan a cabo su comercio con su *nomisma*, que se acepta en

todas partes de un extremo a otro de la tierra […] En ninguna otra nación existe algo así[90].

Durante siglos, tras la caída de la Ciudad Reina a manos de los turcos, seguiría utilizándose el término *bezante* como una reminiscencia de la famosa fiabilidad del oro de Bizancio. Pese a la devaluación del siglo XI, el bezante alude a la poderosa contribución de la moneda de oro al comercio en la alta Edad Media, cuando Bizancio protegía el crecimiento de Venecia y de otras ciudades-Estado italianas.

Artísticamente, sus sedas y marfiles marcaban la pauta de la belleza y de la habilidad artesana, mientras que sus imágenes todavía siguen inspirando a los pintores de iconos en las comunidades ortodoxas de todo el mundo. Teológicamente, su intensa lucha interna, de todo un siglo de duración, con las restricciones iconoclastas de los diez mandamientos, precipitada por su forzosa adopción del islam, se convertiría en punto de referencia para los puritanos casi mil años después. Su capacidad de conquistar y, sobre todo, de defenderse a sí misma y a su magnífica capital, habría de proteger al mundo noroccidental del Mediterráneo durante el caótico —por más que creativo— período que siguió a la caída del Imperio romano de Occidente. Sin Bizancio no habría existido Europa.

Durante el crítico período altomedieval, cuando los árabes irrumpieron desde el desierto para conquistar los Santos Lugares de manos de los judíos y cristianos, así como los graneros de Egipto, solo Constantinopla se interpuso en el camino de sus ambiciones. Si las fortificaciones de la Ciudad Reina y la determinación y capacidades de sus habitantes —su emperador, su corte y su pueblo— no hubieran garantizado la seguridad de su sistema defensivo, el islam habría suplantado a Bizancio en el siglo VII. Tras haber completado la conquista de Damasco, Jerusalén, Alejandría y el Imperio persa,

seguramente los musulmanes habrían invadido también el imperio mediterráneo creado por Roma una vez incorporada Constantinopla, con sus recursos e ingresos, sus astilleros y sus redes comerciales. Del mismo modo que avanzaron por el litoral sur del Mediterráneo penetrando en España, lo habrían hecho a través de los Balcanes para llegar a dominar también la costa norte.

Bizancio fue, pues, parcialmente definida en oposición a sucesivos estados árabes, y las relaciones entre el cristianismo y el islam tuvieron una influencia configuradora en el desarrollo del imperio. Como ya hemos visto, su contacto inicial con el islam en el siglo VII se produjo completamente por sorpresa. La histórica derrota de Persia a manos de Bizancio desvió la atención de lo que al principio no parecían más que una serie de saqueadores tribales, por más que revestidos de cierto milenarismo. Lejos de ello, la aparición de los árabes bajo la enseña del Profeta se convirtió en un prolongado trauma. El impacto de sus inmediatos triunfos militares entre los años 632 y 642 forzó a Bizancio a retroceder a los límites de Asia Menor, abandonando los centros más sagrados de la cristiandad, así como algunos de los más antiguos emplazamientos monásticos de Egipto, Palestina y Siria. Pese a ello, también fue capaz de repeler numerosos asedios musulmanes a su capital y de mantener la frontera de los montes Tauros. El auge y frustración del islam se tradujo en una configuradora división del mundo antiguo en tres partes desiguales: el oriente musulmán, que se extendía desde Siria y Egipto a través de la costa de África hasta penetrar en la península Ibérica; la parte occidental, que adoptaría el nombre de «Europa», y la parte oriental, que seguiría formando el núcleo de Bizancio.

Durante el primero y prolongado encuentro con el islam, la consternación bizantina ante los constantes éxitos militares

de los musulmanes vino aparejada con la condena de su teología. Se la consideraba una herejía, aunque de cariz completamente distinto de otros errores doctrinales del siglo VII. Aunque posteriormente Bizancio aceptaría que el islam era una revelación del único y mismo Dios, lo cierto es que tardaron en adquirir un conocimiento detallado del Corán, o de ser conscientes de la pretensión de que el islam había venido a reemplazar al cristianismo como la verdadera revelación. Lejos de ello, lo que se hizo fue reformular los argumentos empleados durante largo tiempo en las polémicas cristianas con el judaísmo y dirigirlos contra el nuevo adversario; se elaboraron vigorosos diálogos para reafirmar al bando cristiano al tiempo que se condenaba al musulmán. En los siglos VIII y IX, estos adoptaron formas todavía más estridentes con el desarrollo de la iconoclasia bizantina, que representó tanto una reacción frente al islam como un medio de consolidar el imperio a fin de combatir el desafío islámico.

A partir de 750, las luchas internas y la guerra civil entre los musulmanes llevaron a la dinastía Abasí a trasladar la capital desde Damasco hasta Bagdad, a orillas del Tigris. El auge de los Abasíes dividió el mundo islámico en califatos rivales, dejando a los Omeyas el territorio de la península Ibérica, lo cual vino a aliviar la presión sobre Bizancio. Aunque los nuevos centros del poder musulmán en Bagdad y Córdoba se hallaban ahora más distantes de Constantinopla que Damasco, seguirían siendo un foco de constantes negociaciones. Bizancio trató de mantener relaciones diplomáticas con todas las autoridades islámicas rivales.

A partir del siglo XI, otros pueblos musulmanes vinieron a reconfigurar el mundo islámico. En su largo viaje hacia el oeste desde Mongolia, la principal actividad de los turcos selyúcidas consistió en derrotar a todas las fuerzas que se les oponían, y tomar y saquear grandes ciudades en busca de

botín. En el siglo XI, tras conquistar Bagdad y convertirla en su capital, lo primero que hicieron fue entrar en contacto con Bizancio. Sus creencias suníes les hacían hostiles a todas las autoridades chiíes del islam, como la dinastía Fatimí de El Cairo. Cuando los selyúcidas rompieron el control fatimí de Jerusalén, Bizancio y el Occidente cristiano creyeron que había llegado el momento de recuperar los Santos Lugares. Y la triunfante recuperación de la ciudad para la cristiandad en 1099 se logró en parte gracias a la explotación que hicieron los cruzados de las disensiones entre muchos musulmanes suníes y chiíes locales. Finalmente, después de casi ochenta años, el control cristiano volvería a perderse a manos del general kurdo Saladino en 1187.

Para Bizancio, las diferencias entre árabes y turcos resultaban evidentes. Los turcos selyúcidas eran un pueblo mongol que hablaba una antigua lengua uigur (que sigue siendo una lengua común todavía en uso desde Turquía hasta Extremo Oriente, donde es hablada por la minoría musulmana de China occidental). Los selyúcidas, y más tarde los turcos otomanos, no eran árabes ni cultural ni históricamente, y en un primer momento mostraron claramente su determinación de desafiar a las autoridades musulmanas establecidas antes que a las cristianas. Su avance por Asia Menor y en dirección a la Ciudad Reina supuso prácticamente un desvío, originado cuando se dieron cuenta de que por aquella ruta apenas encontrarían una oposición seria que frenara su avance. Al ir reemplazando gradualmente al control imperial en Asia Menor, a finales del siglo XI y a lo largo del XII, Bizancio pasó a identificarles como una fuerza hostil, dividida en varios emiratos distintos, y trató de asimilar sus victorias militares. A la larga, los turcos otomanos reunieron una gran fuerza, que cruzó los Dardanelos en 1354, e iniciaron la conquista de las provincias

occidentales del imperio.

Poco después de este dramático acontecimiento, Constantinopla se encontró rodeada por los otomanos por todas partes, en circunstancias completamente distintas de las de los sitiadores árabes de la ciudad setecientos años antes. Su prolongado contacto con el imperio había contribuido a transformar a los otomanos, que habían pasado de ser un conjunto de tribus nómadas a convertirse en un pueblo sedentario. Además de construir mezquitas y caravasares para facilitar el comercio terrestre con Extremo Oriente, habían adaptado las tradiciones administrativas y las normas imperiales bizantinas, absorbiendo la antigua experiencia. Al mismo tiempo, los centros bizantinos rodeados por los turcos florecerían durante siglos en una relación simbiótica con ellos, como, por ejemplo, en Trebisonda, donde los Grandes Comnenos mantendrían el gobierno cristiano forjando alianzas con sus vecinos —y más tarde señores— musulmanes. La considerable proporción de matrimonios mixtos entre los gobernantes de esos estados engendraría una tolerancia e intercambio constantes.

En 1391, el recién instaurado emperador, Manuel II Paleólogo, había heredado de su padre el estatus de vasallo otomano, y se vio obligado a pagar considerables impuestos y a entrar en campaña al lado del sultán Bayaceto I. Tras las operaciones militares de aquel verano, el emperador acompañó al sultán a un campamento cerca de Ankyra, en Anatolia, donde se dedicaron a la caza durante el día y a los banquetes por la noche. Esto ocurría varios años antes de la visita de Manuel a Londres y París, de la que hemos hablado en el capítulo anterior. Cuando llegó el invierno, con las primeras nieves, las bajas temperaturas y las noches largas y oscuras, Manuel y sus compañeros idearon una forma de pasar el tiempo: debatirían con los *müderris* musulmanes

locales (un término técnico para designar al cadí, un juez o maestro religioso) sobre los méritos relativos de sus respectivas religiones. De esta filosófica manera llenarían las tardes y obtendrían un juicioso entretenimiento. Manuel II era un prolífico escritor de cartas y de ejercicios retóricos al antiguo estilo griego, y posteriormente consignó su versión de los debates invernales celebrados en Ankyra en un considerable volumen de trescientas páginas.

Este aspecto del legado de Bizancio sería recogido por el papa Benedicto XVI en la conferencia especial que pronunció en Ratisbona —el lugar donde había ido a la universidad— el 12 de septiembre de 2006. El Papa citó en concreto un ataque especialmente duro contra el islam extraído de la sección séptima del *Diálogo con un persa*, escrito por Manuel II en algún momento posterior a 1391. Decía el emperador:

> Muéstrame también lo que Mahoma ha traído de nuevo, y encontrarás solamente cosas malas e inhumanas, como su disposición de difundir por medio de la espada la fe que predicaba[91].

De repente, el nombre de un emperador hasta entonces oscuro —por más que erudito— de la última época de Bizancio saltaba a las portadas de los periódicos más serios. Las palabras del emperador se propagaban para legitimar lo que parecía ser un ataque frontal a la naturaleza del islam; y por un momento, Bizancio fue reclutada para participar en la denominada «guerra contra el terrorismo». El propio Papa diría, en una nota a pie de página añadida posteriormente, que solo había citado aquel pasaje para hacer hincapié en su coincidencia de opinión con Manuel II con respecto a «la relación esencial entre fe y razón […] sin respaldar su polémica». En esto revelaba su ignorancia del mundo bizantino, puesto que la versión íntegra del *Diálogo* resulta mucho más compleja y curiosa que el diminuto fragmento seleccionado, que resulta inequívocamente una descripción

hostil y reductora del islam. El texto de Manuel también demuestra que bajo el dominio otomano los musulmanes podían llevar a cabo argumentaciones y debates razonados con sus oponentes cristianos bizantinos.

La conferencia del papa Benedicto plantea la cuestión, más amplia, de la relación global de Bizancio con sus oponentes islámicos. El texto sugiere asimismo que el adversario teológicamente más importante del Papa no era tanto el islam como sus correligionarios cristianos de creencia evangélica. Y ello, porque la idea clave de su argumentación es acerca de la naturaleza divina de la fusión de las enseñanzas de Cristo con las tradiciones helenísticas del mundo, la cual —insiste— integra razón y revelación, refutando así cualquier pretensión de que el cristianismo pueda reducirse únicamente a la predicación y la presencia de Cristo. Pese a ello, parece poco sincero sugerir que tras la conferencia no había también una intención antimusulmana, dado que el papa Benedicto proponía:

> Este acercamiento interior recíproco que se ha dado entre la fe bíblica y el planteamiento filosófico del pensamiento griego es un dato de importancia decisiva […] este encuentro […] permanece como fundamento de lo que, con razón, se puede llamar Europa[92].

En contraste, presenta la fe musulmana como una ideología religiosa monolítica, implícitamente antieuropea, cuyos fieles, gracias a su propia creencia, se ven despojados de la capacidad de combinar fe y razón. Lejos de ello, fusionan violencia y revelación, de modo que son intrínsecamente incapaces —parece dar a entender el Papa— de aceptar la idea de la preeminencia del derecho laico o, incluso, el propio concepto de universidad.

En su *Diálogo*, citado por el papa Benedicto, se identifica al *müderris* con el persa. Este no responde de inmediato a la acusación de que su Profeta es malo e inhumano, sino que

contraataca recordando al emperador que el islam es la revelación definitiva de Dios al hombre y viene a reemplazar a todas las anteriores. Del mismo modo —afirma— que el cristianismo reemplazó al judaísmo, así también el islam ha reemplazado ahora al cristianismo, y es deber de todo el que cree en un solo Dios convertirse al islam. Obviamente, el texto se escribió en griego bizantino para reflejar la superioridad de la fe cristiana tal como la practicaba Manuel II. Es improbable que este preservara los argumentos musulmanes en su forma más consistente. En la mayor parte de las disputas el emperador exhibía sus habilidades teológicas y filosóficas, argumentando que el Paráclito mencionado en el Evangelio de san Juan (normalmente asociado al Espíritu Santo) no podía ser el profeta Mahoma; disputando la novedad de la ley islámica, que calificaba de mosaica, y criticando la visión musulmana del Paraíso como una promesa profundamente inmoral y engañosa. En los últimos volúmenes incluso sugería que había convencido al *müderris* de la superioridad del cristianismo, y que esperaba que se convirtiera.

El debate se llevó a cabo a través de intérpretes, ya que Manuel no sabía turco y el *müderris* no hablaba griego. De modo que el *Diálogo* debió de ser un proceso lento, carente de las ingeniosas réplicas de la conversación directa, que a la vez dio trabajo a quienes se ganaban el sustento con la relación entre ambas sociedades. Al parecer, los dos bandos se quejaron de que los traductores se reunían y cuchicheaban entre sí; acaso un símbolo de la interrelación de los intereses bizantinos y turcos. Pese a ello, cada noche, cuando la discusión llegaba a su fin, ambas partes hablaban de lo interesantes que habían sido sus debates y resolvían reunirse de nuevo al día siguiente. Así pasaron, pues, parte del invierno en Anatolia.

A finales del siglo XIV, el islam había desarrollado una multitud de escuelas teológicas distintas, suníes y chiíes, incluyendo una tradición otomana de poesía mística. Y mucho antes, los árabes de Bagdad, El Cairo y Córdoba habían incorporado ya las obras de Aristóteles a su sistema educativo, elevándolo a un nivel superior de razonamiento lógico. Fue esta versión árabe de la filosofía griega, expuesta en un estilo altamente racional por el filósofo y erudito del siglo XII Averroes en la España musulmana, la que causaría un poderoso impacto en Occidente cuando fue traducida al latín. Como los intelectuales bizantinos que fueron acusados por la Iglesia de propagar opiniones heréticas, Averroes también fue criticado por las autoridades religiosas de al-Ándalus. Pero resulta evidente que el islam no era en absoluto una religión monolítica.

De ahí que la elección por parte del Papa de una cita de un diálogo cristiano con el islam para demostrar que este último es incapaz de un debate razonado parece desacertada. Y ello porque, durante más de setecientos años, Bizancio mantuvo una disputa con diferentes estados y sociedades islámicos. También coexistió con ellos, se distinguió entre ellos y los influenció con su propio legado, de manera especialmente profunda en Turquía, pero también, por ejemplo, en los mosaicos decorativos de diversos santuarios musulmanes en Jerusalén y Córdoba. Este legado externo de Bizancio reflejaba sus logros internos, que le proporcionaban una gran flexibilidad.

Bizancio, por su parte, representaba también una rama concreta del cristianismo, la ortodoxia griega, que existía paralelamente a la pluralidad de otras versiones. Y aunque el imperio estaba profundamente configurado por las creencias cristianas, también se distinguía del Occidente medieval por su incorporación activa de una gran parte de la antigua

cultura precristiana. Algunos elementos paganos eran relativamente primitivos, como la veneración de imágenes de los dioses y la quema de incienso en su honor; otros se derivaban de fuentes externas al mundo de Roma, como las prácticas cortesanas de Persia. En los niveles superiores de conocimiento, la cultura bizantina incluyó asimismo antiguas nociones de debate filosófico: si el mundo era eterno o creado, plano o redondo […] Las matemáticas, la geografía, la ciencia médica y veterinaria, la literatura, la ética y la moral, ámbitos que abarcaban la mayoría de las cuestiones humanas, arraigaron en su erudición y fueron transmitidos junto con numerosos comentarios. Bizancio adaptó y desarrolló los modelos literarios, de modo que en su seno florecieron el antiguo romance griego, varias formas de métrica poética, los himnos y la épica. Aunque el teatro antiguo no sobrevivió durante mucho tiempo en la era cristiana, los grandes dramaturgos griegos fueron leídos, estudiados y aprendidos de memoria por una generación tras otra de escolares bizantinos.

De esta manera fundamental, pues, Bizancio era intrínsecamente clásica y todavía parcialmente pagana. Cuando Constantino XI encontró su imperio reducido a una desesperada ciudad-Estado rodeada por los turcos otomanos, que estaban a punto de abrir brecha en las murallas utilizando el cañón que él no podía permitirse comprar ni sabía cómo fabricar, el más cristiano de los emperadores apeló en griego a sus gentes para que demostraran que eran auténticos romanos. Al hacerlo, evocaba una historia que desde 1453 retrocedía hasta la consagración de la ciudad, en 330, mil ciento veintitrés años antes, e identificaba a los bizantinos con sus gloriosos antepasados, los griegos y romanos paganos.

Esta herencia pagana a menudo queda oculta tras la envoltura de la cultura cristiana. En la propia descripción que

hiciera el patriarca Focio de los numerosos libros que leía, la mayoría de ellos de origen cristiano, se incluían los *Discursos pirrónicos* de Enesidemo (un oscuro escéptico griego) y diversas obras de Galeno y de Oribasio (el médico de Juliano el Apóstata), así como los sesenta y cinco discursos auténticos de Demóstenes, que enmarca en un relato sobre la vida y la época del gran orador. Las observaciones sobre la épica de Homero realizadas por el arzobispo del siglo XII Eustatio de Tesalónica presentan una relación más directa e inmediata con la poesía antigua. En general, los eruditos y funcionarios bizantinos consideraban las composiciones de los autores antiguos superiores a las suyas propias (una modestia sobre la que quizá deberíamos reflexionar). Eso no significaba que se inhibieran a la hora de criticar a sus ilustres predecesores. Leían, editaban y comentaban toda clase de textos precristianos, lo que hacía que hubieran de disponer de una proporción de textos paganos mayor de la que habrían conservado en caso contrario.

La actividad intelectual bizantina era posible gracias al sistema educativo, que seguía basándose en el antiguo currículo griego y se sustentaba en un profundo conocimiento de los textos paganos más sobresalientes. Aunque la Iglesia añadió su propio contingente de escritos teológicos y espirituales, este jamás pudo rivalizar con la formación proporcionada por la memorización del material antiguo. Esta práctica secular penetró en todos los rincones del imperio a lo largo de los siglos. En circunstancias favorables, condujo a un análisis tan original como elaborado, como en los versos de la monja Casiana o del monje Juan Geómetra, los obispos Juan Mauropo y Jorge Quioniades, Ana Comnena y los miembros de su círculo literario, o los filósofos Miguel Pselo y Jorge Gemisto Pletón. Como muestra Juan Mauropo en su oración por las almas de Platón y

Plutarco, existía un genuino aprecio de las cualidades morales de algunos autores precristianos.

Otros, que podían carecer de ese nivel de educación superior, también reflejaron la curiosidad bizantina por lo que habían escrito los autores antiguos, cómo se habían construido sus ciudades y a quién se conmemoraba en las inscripciones y esculturas precristianas. Estos autoproclamados filósofos se consagraron a una clase distinta de comentario sobre el pasado pagano, como la identificación de los edificios, monumentos y bustos escultóricos antiguos que siguieron adornando las ciudades de Oriente Próximo hasta bien avanzada la Edad Media. Por supuesto, con frecuencia cometían errores y mezclaban las ideas antiguas con las cristianas, como, por ejemplo, al escribir que Atenea, la diosa virgen, era una prefiguración de la Virgen María. Pero la devoción completamente pagana de Pletón a Zeus, que dio origen a su liturgia en honor de los antiguos dioses, no podía haber surgido sin una larga tradición de observación y estudio del mundo antiguo.

En la corte y las residencias de las familias gobernantes, esta educación se les daba a las hijas además de a los hijos, lo que permitió que las mujeres desempeñaran un papel activo en Bizancio. Obviamente, esto dependía siempre de las circunstancias, pero podía asegurar su participación en los más elevados niveles de la sociedad. Algunas de estas mujeres ejercieron su influencia de forma indirecta, aunque abierta, a través de su relación con gobernantes varones, como ya hemos visto que fue el caso de las emperatrices Irene y Teodora, que revocaron la iconoclasia, o de las hermanas Zoé y Teodora, que sustentaron los últimos años de la dinastía Macedonia. Durante casi mil doscientos años, toda una sucesión de prominentes mujeres sin parangón se extiende desde Elena, la madre de Constantino I, que en 326 fue en

peregrinación a Jerusalén para construir iglesias y distribuir dinero entre las tropas, hasta Elena Paleóloga, que se casó con Juan II, el gobernante lusitano de Chipre, y se convirtió en regente de la isla entre 1442 y 1458.

Su constante fascinación por el pasado clásico distingue a Bizancio de la cristiandad occidental durante toda la alta Edad Media. La devoción bizantina por los antiguos fue una constante actividad tradicional de tal importancia a largo plazo, que funcionó a la vez como una restricción y como una fuente de inspiración. Aunque hubo etapas particularmente creativas, como, por ejemplo, a finales del siglo XIII y principios del XIV, no se produjo un desarrollo esencialmente nuevo. En cambio, cuando los italianos empezaron a explorar su pasado precristiano, fueron capaces de generar un resurgimiento del interés por él, que daría lugar a lo que hoy denominamos el Renacimiento. Su relativo distanciamiento del pensamiento y la cultura de la Antigüedad griega y romana alentó una clase distinta de curiosidad y compromiso, que condujo a un uso cada vez más confiado de la ciencia y al nacimiento de la historiografía laica. Siguiendo esta tradición, la Ilustración occidental condenó la mayor parte de la cultura bizantina como irracional o irrelevante, a pesar de que fueron precisamente sus líderes quienes establecieron el estudio moderno de la historia. Espero haber proporcionado aquí una explicación razonable de por qué esto no supo apreciarse.

La Ilustración continuó, pues, una línea de antagonismo occidental a Bizancio que se había configurado a lo largo de muchos siglos. Aunque la continuación del Imperio romano de Oriente durante más de mil años fue vital para Occidente y le proporcionó numerosos recursos, puede detectarse una clara tendencia de hostilidad sistemática ya a partir del siglo VIII. No solo Bizancio fue responsable de la iconoclasia —

denunciada como herejía—, sino que el uso bizantino de la lengua griega también se contempló desde una perspectiva negativa, asociada al mundo pagano precristiano. Tal intolerancia dirigida contra el griego no pudo ser mitigada siquiera por la definitiva condena de la iconoclasia en 843. Lejos de ello, y como ha demostrado Chris Wickham, la actitud de Occidente hacia Bizancio se endureció aún más en el siglo IX con la desdeñosa evaluación por parte de Notker Balbulus de los griegos como necios y cobardes. Esto se convertiría en un prejuicio tan arraigado, que otro historiador, C. M. Woodhouse, afirmaría: «Incluso casi un siglo después de 1439 [el Concilio de Ferrara-Florencia], Erasmo se iba a encontrar con que [...] la aptitud para el griego despertaba recelo en la Iglesia»[93].

La hostilidad hacia la lengua griega coincidió con la creciente vitalidad económica de Venecia y Génova, mientras los bizantinos luchaban contra el constante avance de los selyúcidas. Pero el punto de inflexión, como he tratado de demostrar aquí, fue 1204: el degradante saqueo de una ciudad cristiana por parte de unos cruzados que supuestamente se dirigían a enfrentarse a los infieles, y el tremendo botín que se llevó a Occidente. El único modo de justificar la profanación de antiguos lugares cristianos, el asesinato, la violación y el maltrato a los propios correligionarios, así como el botín ilegítimamente conseguido, era denunciar a los bizantinos como cismáticos, heréticos y otras cosas peores. Las sistemáticas calumnias dirigidas hacia Bizancio como imperio que continúan aún hoy se originaron en el intento de los cruzados de justificar su codicia y pillaje contra sus correligionarios cristianos.

Bizancio no perdió esa mala reputación ni siquiera cuando sus propios eruditos, como Manuel Crisoloras, realizaron

notables contribuciones al saber renacentista italiano. En la Florencia de finales del siglo XIV, Crisoloras dio clases de griego antiguo y proporcionó un conocimiento estructurado de dicha lengua. Su gramática ayudó a muchos intelectuales occidentales a leer los textos de Platón y Aristóteles en su lengua original, y sus alumnos extendieron el conocimiento de la erudición antigua, además de la bizantina, a través de sus traducciones. Unos cuantos italianos, como Francisco Filelfo, incluso se buscaron maestros griegos en Constantinopla; en la década de 1420, Filelfo estudió con Jorge Crisococces, se casó con una hija de Crisoloras y preparó traducciones latinas de Jenofonte y de Plutarco, entre otros.

El Concilio de Ferrara-Florencia (1438-1439), que reunificó oficialmente las iglesias, tampoco pudo transformar el prejuicio en simpatía. Aunque las conferencias de Pletón sobre textos de Platón generaron admiración entre los florentinos que le conocieron, y su fama atrajo a diversos mecenas —incluyendo a Cosme de Médicis y Segismundo Malatesta—, los representantes occidentales en el concilio no mostraron aprecio por sus homólogos griegos. Solo el dominio de los textos griegos clásicos por parte de Pletón fue apreciado independientemente de que sus admiradores supieran o no que creía realmente en los antiguos dioses. Guarino, alumno de Crisoloras, utilizó la versión completa de Pletón de la *Geografía* de Estrabón para traducirla al latín, y más tarde, Marsilio Ficino traduciría la edición de Pletón de los oráculos caldeos (otra antigua y misteriosa fuente de oscuras profecías). Tampoco los bizantinos supieron apreciar la gran obra de Pletón *Sobre las diferencias entre Aristóteles y Platón*, que sería sistemáticamente quemada como alentadora del paganismo. Así, el estereotipo de Bizancio se vería potenciado también por las fuerzas internas del propio

imperio.

En cambio, la caída de Constantinopla ante los turcos sí alentó el aprecio occidental por la erudición bizantina. Ello resulta evidente en el modo en que se acogió a los refugiados y sus manuscritos. En particular, entre la colección del cardenal Besarión legada a Venecia —que constituiría el núcleo de la Biblioteca Marciana— había numerosos e importantes testimonios de la antigua ciencia y filosofía griegas. Por ejemplo, se hizo una traducción latina de su manuscrito griego de la *Aritmética* de Diofanto, compuesta en el siglo III de nuestra era, y completada con los comentarios de varias generaciones de matemáticos bizantinos, desde Teón, pasando por su hija Hipatia, que enseñó filosofía en la Alejandría del siglo V, hasta Pselo en el XI, Planudes en la Constantinopla de finales del XIII, y Cortasmeno a comienzos del XV. Esta traducción se relaciona, a su vez, con la versión bilingüe en griego y latín de Diofanto que Fermat leería en el siglo XVII y en la que escribiría su famosa nota: «He descubierto la prueba más maravillosa de este teorema, pero el margen es demasiado pequeño para contenerla». Estas grandes muestras de erudición y conocimiento se aceptaron, no obstante, con el mismo sentimiento de superioridad que puede detectarse en el expolio de la Ciudad Reina en 1204. La ganancia de Occidente no era un reflejo de la contribución de Bizancio, sino una nueva evidencia de su inferioridad intrínseca.

Tras la conquista otomana de 1453, Bizancio se mantuvo de una forma simbólica y eclesiástica mediante el patriarca establecido en Constantinopla. El monje Genadio (antes Jorge Escolario) fue designado para este puesto por parte de Mehmet el Conquistador y convertido en el primer líder de los *millet* griegos. Aunque posteriormente Moscú reclamaría para sí el manto del liderazgo ortodoxo, el patriarca de

Constantinopla conservó la tradición del gobierno eclesiástico, basado en la pentarquía de los cinco grandes patriarcados, e insistió en la tradición hesicasta de culto espiritual, que tenía escasa resonancia en Occidente. Esta sirvió para sostener al mundo ortodoxo a través de varios siglos de dominio otomano, y continúa generando devoción no solo en Oriente Próximo, sino también en muchas comunidades de diáspora de todo el mundo.

Mehmet el Conquistador también insistió en que los artesanos cristianos permanecieran en la ciudad. No todas sus iglesias fueron convertidas en mezquitas. Como ya hemos visto, Bizancio pervivió bajo un nuevo disfraz otomano junto con su cosmopolita población, que hablaba numerosas lenguas y atraía a comerciantes de todas partes. Constantinopla se convirtió en una ciudad aún más gloriosa bajo el gobierno de los primeros sultanes, que añadieron nuevos y elegantes edificios públicos, un grandioso palacio en Topkapi y magníficas mezquitas adornadas con cúpulas que emulaban a Santa Sofía. La ciudad, así renovada, reasumió su papel en el corazón de un gran imperio del Mediterráneo oriental, esta vez otomano. Hizo a los turcos herederos de una historia que también fusionaba tradiciones distintas y permitía a los griegos y a otras minorías cristianas como los armenios convertirse en destacados comerciantes, administradores y diplomáticos. Cuando los judíos sefardíes fueron expulsados de España en 1492, hallaron un nuevo hogar en Constantinopla, que aceptó su dialecto ladino y sus tradiciones judaicas.

Más tarde, cuando los otomanos penetraran en Europa, iban a encontrarse con una cristiandad revigorizada. Las dos fuerzas interactuaron durante siglos, chocando repetidas veces cada vez que los turcos pretendían avanzar hacia el oeste y eran rechazados. Durante siglos, el Imperio otomano

fue una potencia europea. De hecho, cuando llegara su decadencia, en el siglo XIX, pasaría a conocerse como «el enfermo de Europa». Cuando el último sultán parecía a punto de fenecer, fueron las potencias europeas las que se dispusieron a establecer protectorados en el territorio del hasta entonces gran imperio. En Anatolia, sin embargo, sus ambiciones se verían frustradas por Mustafá Kemal, ahora conocido como Atatürk, que dirigió la revuelta que daría origen a la moderna República de Turquía. Como reacción a la «enfermedad» y la debilidad del Imperio otomano, insistió en adoptar una Constitución nacional laica y de estilo europeo, que estableció un Parlamento y unos tribunales, romanizó la escritura otomana y prohibió el fez (el gorro tradicional). En la actualidad, Turquía sigue viviendo al amparo de dicha Constitución, que permite a los musulmanes asistir a las plegarias de los viernes pero establece para todo el mundo el fin de semana de sábado y domingo como días no laborables.

Como observaban los obreros de la construcción del King's College de Londres, Bizancio tiene que ver con Turquía, y Turquía ciertamente tiene que ver con Bizancio. Sea uno o no de la opinión de que el rico pasado bizantino de Turquía le da derecho a ocupar un lugar entre los demás estados de la Unión Europea, hay algo del espíritu y el legado del imperio medieval que sigue influyendo en el mundo desde sus antiguos emplazamientos en el Bósforo y a través de Anatolia. Aún hoy, en su enorme y extenso conglomerado de barrios, con dos puentes que unen el lado europeo y el asiático y una red de metro en construcción, Estambul conserva su carácter bizantino; no solo en la presencia cristiana, sino también en la grandiosa forma de la ciudad, su bulliciosa actividad comercial como metrópolis internacional, y su población políglota.

Espero haber convencido al lector que me ha acompañado hasta aquí de que Bizancio debe desprenderse de su estereotipo negativo. Recientemente, tres importantes exposiciones realizadas en el Museo Metropolitano de Nueva York, el Museo Benaki de Atenas y el Museo Getty de Los Ángeles han revelado, respectivamente, la «Gloria de Bizancio», su «Fe y poder» y su «Imagen sacra, sagrado suelo», exhibiendo tesoros del arte bizantino de todo el mundo, además de iconos y manuscritos del monasterio de Santa Catalina del monte Sinaí. A través de estas —presentaciones de Bizancio, exquisitamente cuidadas a la par que inesperadamente populares—, la opinión pública ha podido vislumbrar una parte del mundo bizantino que, a pesar de no contar con un estado sucesor concreto, no obstante ha influido en muchos de ellos. El arte bizantino ayuda a corregir el estereotipo en parte gracias a la habilidad que entraña y a su mera belleza, pero también por el hecho de que ha estimulado un interés mucho más amplio en la sociedad que fue capaz de producir objetos tan poco familiares y de tan alta calidad a lo largo de un período tan prolongado. Junto con el Congreso Internacional de Estudios Bizantinos, celebrado en Londres en fecha más reciente —concretamente en 2006—, ello ha dado origen a una nueva etapa en la apreciación de Bizancio.

De este modo, si necesitamos una palabra para describir la mendacidad de nuestros actuales líderes políticos, la estrafalaria incompetencia de nuestras burocracias, el taimado egoísmo y las maquinaciones ilegales de nuestras grandes empresas, o bien el enrevesado atractivo de los pasillos globales de la fama, debemos encontrar un término apropiado, y no es el de *bizantino*. No es que el imperio estuviera libre de corrupción, de crueldad y de barbaridades, nada más lejos de la realidad; pero al proyectar en él las ideas

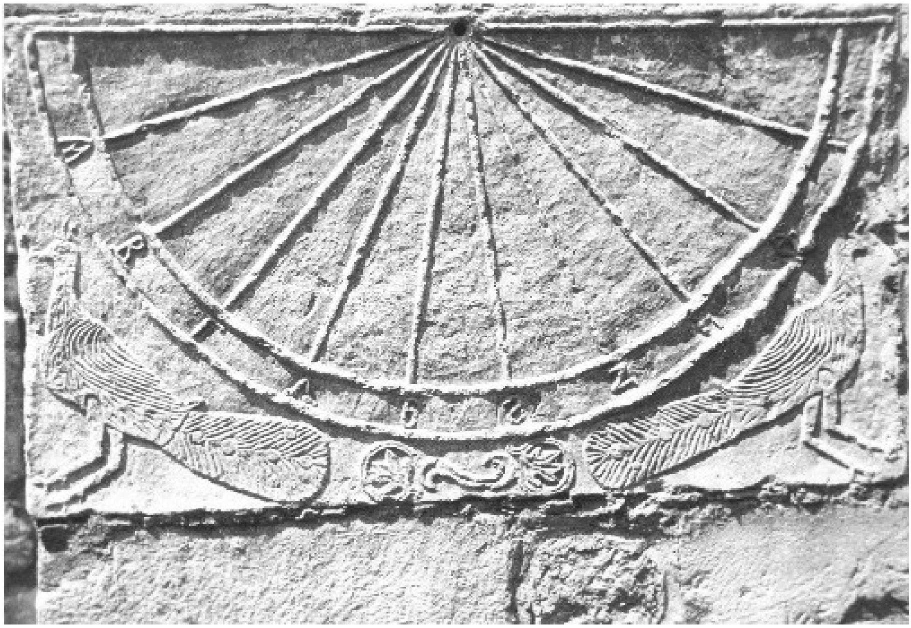
que todavía evoca el término *bizantino*, estamos sugiriendo que todos esos defectos pertenecen a una sociedad remota y condenada, ajena a nuestro carácter y absolutamente desvinculada de nuestras propias tradiciones.

¿Que tal vez aquí he hecho excesivo hincapié en la ingeniosa, culta e imaginativa perseverancia de la sociedad bizantina, desde sus constructores hasta sus eunucos, desde sus monjes hasta sus emperatrices, desde sus sederos hasta sus maestros, en lugar de centrarme más en la historia de sus grandes emperadores y generales o en las repeticiones de sus ceremoniales cortesanos? De ser así, ha sido por dos razones.

En primer lugar, porque hemos de ser conscientes de la excepcionalmente persistente y hábil fusión de tradiciones y herencias de Bizancio, y de cómo esta dio origen a una civilización variopinta y confiada que supo crecer tantas veces como perdió terreno y que luchó hasta el fin para sobrevivir. Resulta asombroso que Bizancio siguiera existiendo después de 1204, cuando Occidente tomó y ocupó su capital durante cincuenta y siete años, y a pesar de que los miniimperios que entonces surgieron en su lugar no fueron auténticos estados imperiales. Algo de esa misma combinación de recursos —clásicos, paganos, cristianos, orientales y occidentales— debía de haber en el ADN originario de Bizancio, que a lo largo de los siglos se revelaría una fuerza vital firme y constante.

En segundo lugar, porque espero haber demostrado que el espíritu de Bizancio ha sobrevivido no solo a la conquista de 1453, sino también a los siglos transcurridos desde entonces hasta hoy, y que su legado pervive más allá del mundo de la Europa central, los Balcanes, Turquía y Oriente Próximo. He tratado de transmitir algunos aspectos de lo que era ser bizantino. Al hacerlo, mi propósito ha sido ampliar —siquiera sea en pequeña medida— nuestro conocimiento y experiencia

de otros, y entrever cómo las gentes de una sociedad cosmopolita, de naturaleza urbana, con una confianza conscientemente histórica en sí mismas, además de una piadosa creencia en el más allá, podían ser tan distintas de nosotros mismos y, a la vez, resultarnos tan reconocibles.



Reloj de sol flanqueado por pavos reales, Skripou, Grecia central, 873-874.

Lista de emperadores mencionados en el texto

Constantino I, llamado el Grande y san Constantino	306-337
Constancio II	337-361
Julián, llamado el Apóstata	361-363
Valente	364-378
Teodosio I	379-395
onorio, emperador de Occidente	395-423
Arcadio, emperador de Oriente	395-408
Teodosio II, emperador de Oriente	408-450
Valentiniano III	425-455
Marciano	450-457
Zenón	474-491
Anastasio I	491-518
Justino I	518-527
Justiniano I	527-565
Mauricio	582-602
Focas	602-610
Heraclio	610-641
Constante II	641-668
Constantino IV	668-685
Justiniano II	685-695
Leoncio	695-698
Justiniano II (segundo reinado)	705-711

Filípico	711-713
Anastasio II	713-715
Teodosio III	715-717
León III	717-741
Constantino V	741-775
León IV	775-780
Constantino VI y su madre Irene	780-790
Constantino VI solo	791-797
Irene sola	797-802
Nicéforo	802-811
Miguel I Rangabé	811-813
León V el Armenio	813-820
Miguel II el Amoriano	820-829
Teófilo	829-842
Miguel III con su madre Teodora como regente	842-856
Miguel III solo	856-867
Basilio I el Macedonio	867-886
León VI el Sabio	886-912
Alejandro	912-913
Constantino VII Porfirogéneta con regencia	913-920
Romano I Lecapeno	920-944
Constantino VII Porfirogéneta solo	945-959
Romano II	959-963
Basilio II con regencia	963-976
Nicéforo II Focas	963-969
Juan I Tzimisces	969-976
	76-1025

Basilio II solo	
Constantino VIII	1025-1028
Romano III Argiro, primer esposo de Zoé	1028-1034
Miguel IV, segundo esposo de Zoé	1034-1041
Miguel V, adoptado por Zoé	1041-102
Zoé y Teodora	1042
Constantino IX , tercer esposo de Zoé	1042-1055
Teodora sola	1055-1056
Miguel VI llamado el Viejo, esposo de Teodora	1056-1057
Isaac I Comneno	1057-1059
Constantino X Ducas	1059-1067
Romano IV Diógenes	1067-1071
Miguel VII Ducas	1071-1078
Alejo I Comneno	1081-1118
Juan II Comneno	1118-1143
Manuel I Comneno	1143-1180
Alejo II Comneno	1180-1182
Andrónico I Comneno	1182-1185
Isaac II Ángelo	1185-1195
Alejo III Ángelo	1195-1203
Alejo IV Ángelo e Isaac II	1203-1204

DURANTE LA OCUPACIÓN LATINA DE CONSTANTINOPLA

Balduino, conde de Flandes	1204-1205
Pedro de Courtenay	1217-1219?
Balduino II	1240-1261

GOBERNANTESDE NICEA

Teodoro I Láscaris	1204-1222
Juan III Vatatzes	1222-1254
Teodoro II Láscaris	1254-1258
Juan IV Láscaris	1258-1261

Gobernantesde Epiro

Miguel I Ducas Comneno	1205-1215
Teodoro I Ducas Comneno	1215-1230
Miguel II Ducas Comneno	1230-1266 / 1268
Nicéforo I Ducas Comneno	1266 / 8-1296 / 1298

Gobernantes de Trebisonda

Alejo I Comneno y su hermano menor David Comneno (1204-1212, soberano de Paflagonia)	1204-1222
Manuel I Gran Comneno	1238-1263

Tras la reconquista de Constantinopla

Miguel VIII Paleólogo	1259-1282
Andrónico II Paleólogo	1282-1328
Andrónico III Paleólogo	1328-1341
Juan V Paleólogo	1341-1391
Juan VI Cantacuceno, emperador rival durante la guerra civil	1347-1354
Andrónico IV Paleólogo	1376-1379
Juan VII Paleólogo	1390
Manuel II Paleólogo	1391-

	1425
Juan VIII Paleólogo	1425-1448
Constantino XI Paleólogo	1449-1453

Cronología

306	Constantino I es aclamado emperador en York, en el norte de Inglaterra
312	Victoria de Constantino en la batalla del puente Milvio, en las afueras de Roma
313	El Edicto de Milán declara la tolerancia religiosa
324	Victoria de Constantino sobre Licinio en Crisópolis y fundación de Constantinopla
325	I Concilio Ecuménico en Nicea
326	Peregrinaje de Elena a Jerusalén
330	11 de mayo, inauguración de la ciudad de Constantino, o Constantinopla
337	Muerte y funeral cristiano de Constantino I
356/ 357	Constancio II deposita reliquias de santos en la iglesia de los Santos Apóstoles
378	Muere Valente a manos de los godos en la batalla de Adrianópolis
380	Teodosio I entra en Constantinopla
381	II Concilio Ecuménico en Constantinopla
402	Honorio traslada su corte de Milán a Ravena
406	Retirada de las fuerzas romanas de Inglaterra
410	Roma es saqueada por Alarico y los godos
412/ 413	Se amplía Constantinopla con nuevas murallas
437	Matrimonio de Valentiniano III con Eudoxia, hija de Teodosio II

	Teodosio II
437/438	Se promulga el *Codex Theodosianus*
451	IV Concilio Ecuménico en Calcedonia
455	Roma saqueada por vándalos del norte de África
489	Victoria de Teodorico en Ravena
524	*Consolación de la filosofía*, de Boecio
529	Se cierra la Academia Platónica de Atenas
532	Paz Eterna con Persia; rebelión Niká en Constantinopla
533	Derrota de los vándalos en África
534	Se promulga el *Codex Iuris Civilis*
540	Captura del rey godo Vitiges en Ravena
541/542	La peste bubónica se propaga por el Mediterráneo
547	Consagración de la iglesia de San Vitale de Ravena
608	El Senado de Constantinopla llama a Heraclio, exarca de Cartago
610	Focas es derrocado por Heraclio, hijo del exarca
622	Hégira de Mahoma de La Meca a Medina
626	Asedio de Constantinopla por fuerzas combinadas ávaras y persas
628	Heraclio derrota a Persia, muere Cosroes II
630	Heraclio restituye la Vera Cruz a Jerusalén
632	Muerte de Mahoma
636	Victoria árabe en la batalla de Yarmuk
638	Los árabes toman Antioquía y Jerusalén
642	Los árabes conquistan Egipto
655	Los árabes derrotan a Constante II en la batalla naval de

	Finike
662	Constante II traslada su corte a Siracusa, en Sicilia
674-678	Largo bloqueo y asedio de Constantinopla por los árabes
680/681	VI Concilio Ecuménico en Constantinopla
691/692	El califa ʻAbd al-Malik construye la Cúpula de la Roca
692	Concilio *in Trullo* (o «Quinisexto») en Constantinopla
698	Los árabes conquistan el exarcado de Cartago
711	Los árabes derrotan a los visigodos en España, y cruzan el Oxus en Uzbekistán
717-718	Asedio de Constantinopla por los árabes
726	Erupción volcánica submarina en Thíra (Santorín)
730	León III destituye al patriarca Germano e impone la iconoclasia
740	León III y Constantino V promulgan la *Ekloga*; victoria bizantina sobre los árabes en Akroinon
750	Revuelta abasí y traslado del califato a Bagdad
751	Ravena cae ante los lombardos
754	Concilio iconoclasta en Hiereia; alianza entre el papa Esteban II y Pipino, rey de los francos
787	VII Concilio Ecuménico en Nicea
800	El papa León III corona emperador a Carlos, rey de los francos, en Roma
815	Concilio iconoclasta en Santa Sofía
829	Traslado de las reliquias de san Marcos de Alejandría a Venecia
843	Teodora pone fin a la iconoclasia con el *Synodikon* de la

	ortodoxia
858-867	Primer reinado del patriarca Focio; conversión de los búlgaros y bautismo del kan Boris
860	Ataque ruso a Constantinopla
863	Misión de Constantino-Cirilo y Metodio en Moravia
867	Muerte de Miguel III a manos de Basilio I el Macedonio
869/870	VIII Concilio Ecuménico en Constantinopla
877-886	Segundo reinado del patriarca Focio
905	Nacimiento de Constantino Porfirogéneta
907	Cuarto matrimonio de León VI
911	Primer tratado entre Bizancio y los *rus*
941	Ataque ruso a Constantinopla
944	Segundo tratado con los *rus*, seguido de la visita de Olga a Constantinopla
961	Reconquista bizantina de Creta a manos de Nicéforo Focas
965	Reconquista bizantina de Chipre
972	Matrimonio de Teófano con Otón II en Roma
969	Reconquista bizantina de Antioquía a manos de Juan Tzimisces
989	Bautismo de Vladimiro de Kiev y matrimonio con Ana Porfirogéneta
992	Basilio II promulga la primera crisobula bizantina para Venecia
1004	Matrimonio de María Argyropoulaina con Giovanni Orseolo
1004/	

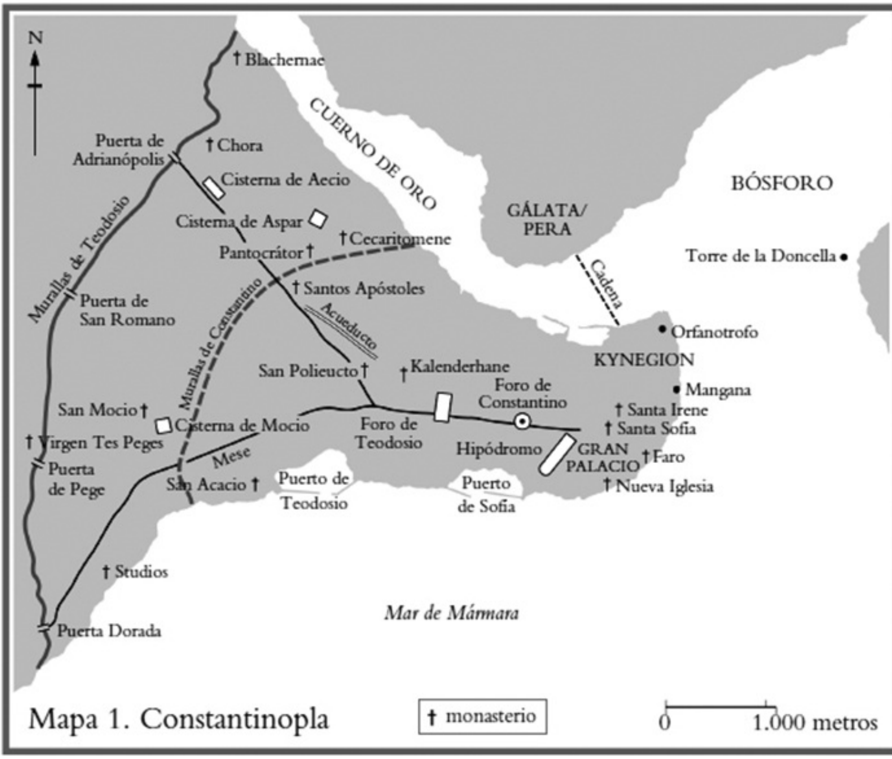
1005	Introducción del tenedor en Venecia
1034	Harald Hardrada llega a Constantinopla con los varegos
1046-1053	Los pechenegos cruzan las fronteras del Danubio y devastan los Balcanes
1048	Constantino IX Monómaco inicia la devaluación de la moneda de oro
1054	Cisma entre Constantinopla y Roma
1071	Los normandos toman Bari, en el sur de Italia; los turcos selyúcidas derrotan y capturan a Romano IV Diógenes en la batalla de Manzikert
1082/1084	Alejo I Comneno promulga la segunda crisobula para Venecia
1082-1085	Invasión normanda de Epiro
1087	Los turcos selyúcidas toman Jerusalén
1092	Alejo I Comneno reforma la moneda de oro
1095	Alejo I Comneno pide la ayuda militar occidental contra los turcos
1096-1099	Primera Cruzada.
c 1111	Basilio el Bogomilo es quemado en la hoguera
1146-1148	Segunda Cruzada
1171	Ataque bizantino a colonias venecianas en todo el imperio
1182	Nuevos ataques bizantinos a propiedades venecianas, pisanas y genovesas
1187	Saladino reconquista Jerusalén y expulsa a los cruzados
1189-	Tercera Cruzada, Ricardo I de Inglaterra, llamado

1192	Corazón de León, invade Chipre
1202-1204	Cuarta Cruzada
1203	Primer asedio de Constantinopla; huida de Alejo III Ángelo; los cruzados instauran a Alejo IV junto con su padre Isaac II Ángelo
1204	Segundo asedio de los cruzados y saqueo de Constantinopla; fundación del Imperio latino de Constantinopla
1204/1205	Fundación de estados bizantinos rivales en Trebisonda, Nicea y Epiro
1208	Teodoro I Láscaris es coronado emperador en Nicea
1216	Teodoro Comneno Ducas toma Ohrid
1224	Teodoro Comneno Ducas toma Tesalónica
1225/1227	Teodoro Comneno Ducas toma Adrianópolis y es coronado emperador en Tesalónica
1248	Guillermo II de Villehardouin funda Mistra
1249	Miguel II Comneno Ducas adopta el título de déspota de Epiro
1249/1250	Debates teológicos entre bizantinos y frailes en Nimfaion
1259	Miguel Paleólogo derrota a las fuerzas de Epiro en Acaya; Guillermo II de Villehardouin es hecho prisionero
1261	Los latinos son expulsados de Constantinopla; regreso triunfal de Miguel VIII Paleólogo
1274	El Concilio de Lyon declara la unificación de las iglesias
1278	Muere Guillermo de Villehardouin; Carlos de Anjou hereda el principado de Acaya

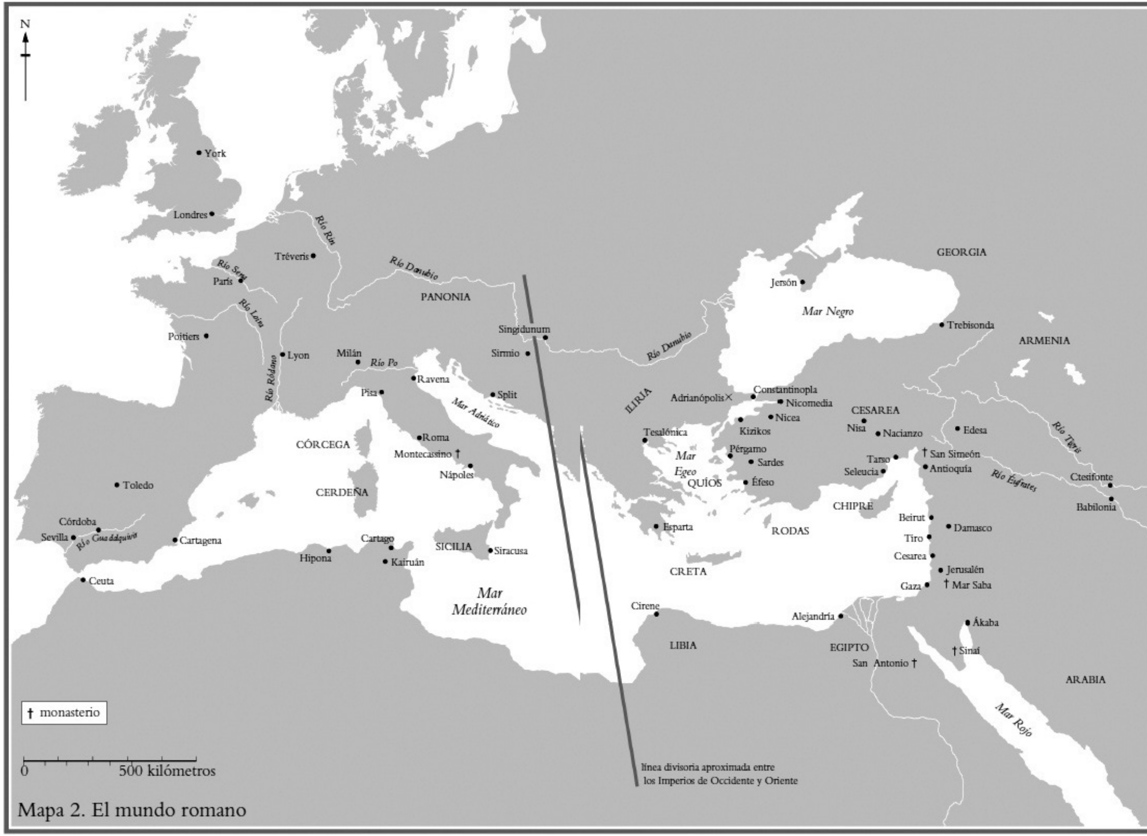
1282	El ataque a Carlos de Anjou conocido como las Vísperas Sicilianas detiene su proyectada invasión de Bizancio
1327	Los otomanos toman Prusa/Bursa
1331	Los otomanos toman Nicea/Iznik
1337	Los otomanos toman Nicomedia/Izmit
1341-1347	Guerra civil entre Juan V Paleólogo y Juan VI Cantacuceno
1342-1349	Los celotas se hacen con el control de Constantinopla
1351	Un concilio en Constantinopla aprueba la doctrina del hesicasmo
1354	Fuerzas otomanas cruzan los Dardanelos y toman Gallípoli
1369	Los otomanos toman Adrianópolis/Edirne
1396	La cruzada del rey Segismundo es derrotada en Nicópolis
1397-1402	Asedio de Constantinopla
1399-1403	Viajes de Manuel II por Europa occidental
1402	Tamerlán derrota a los otomanos en Ancira (Ankara); caen prisioneros el sultán Bayaceto y su hijo Musa
1422	El sultán Murat II asedia Constantinopla
1438/1439	Concilio de Ferrara-Florencia, otro intento de unificación eclesiástica
1444	Murat II derrota a la cruzada de fuerzas cristianas en Varna
1453	El 29 de mayo, el sultán Mehmet II toma Constantinopla; muerte de Constantino XI en las murallas de la ciudad

1460	Los otomanos toman Mistra
1461	Los otomanos toman Trebisonda/Trabzon

Mapas



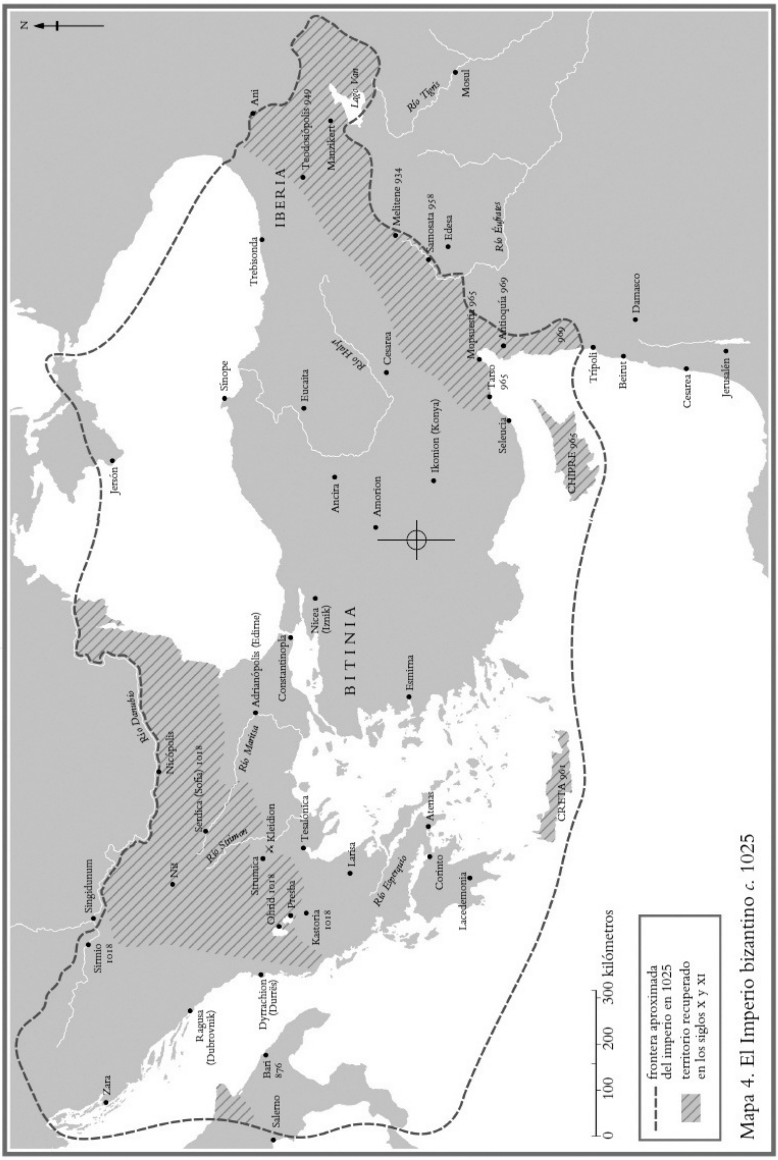
Mapa 1. Constantinopla



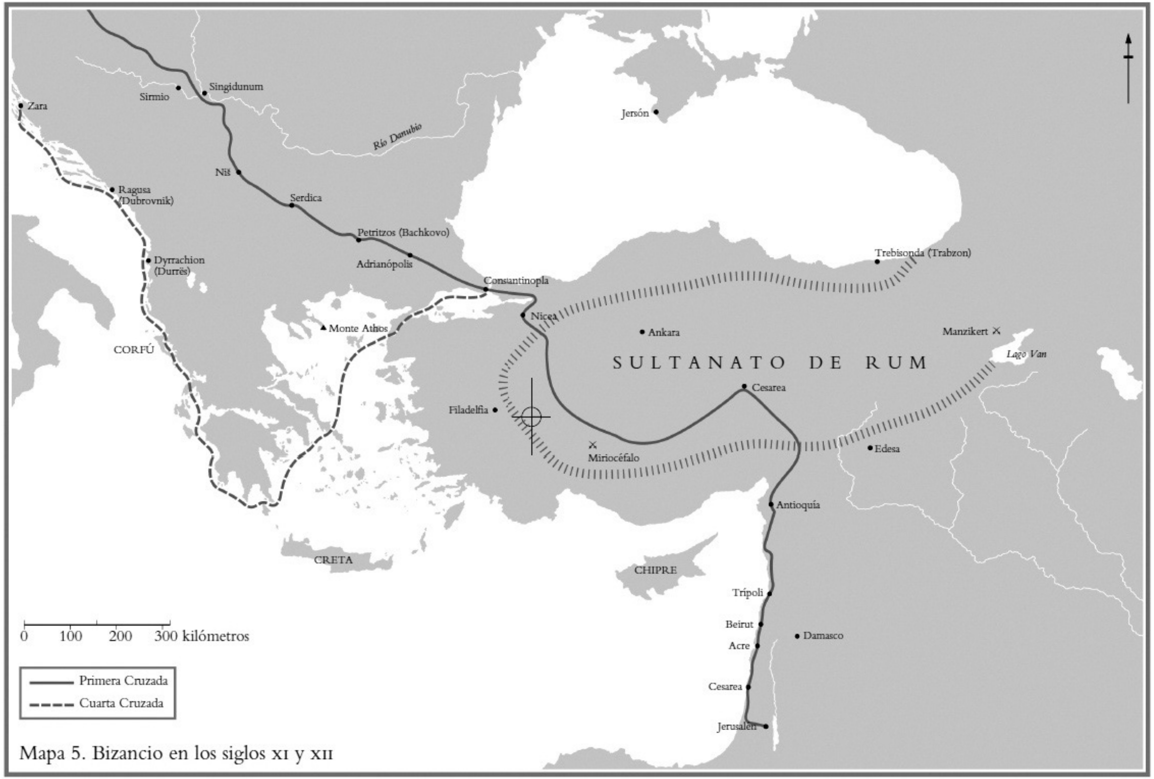
Mapa 2. El mundo romano



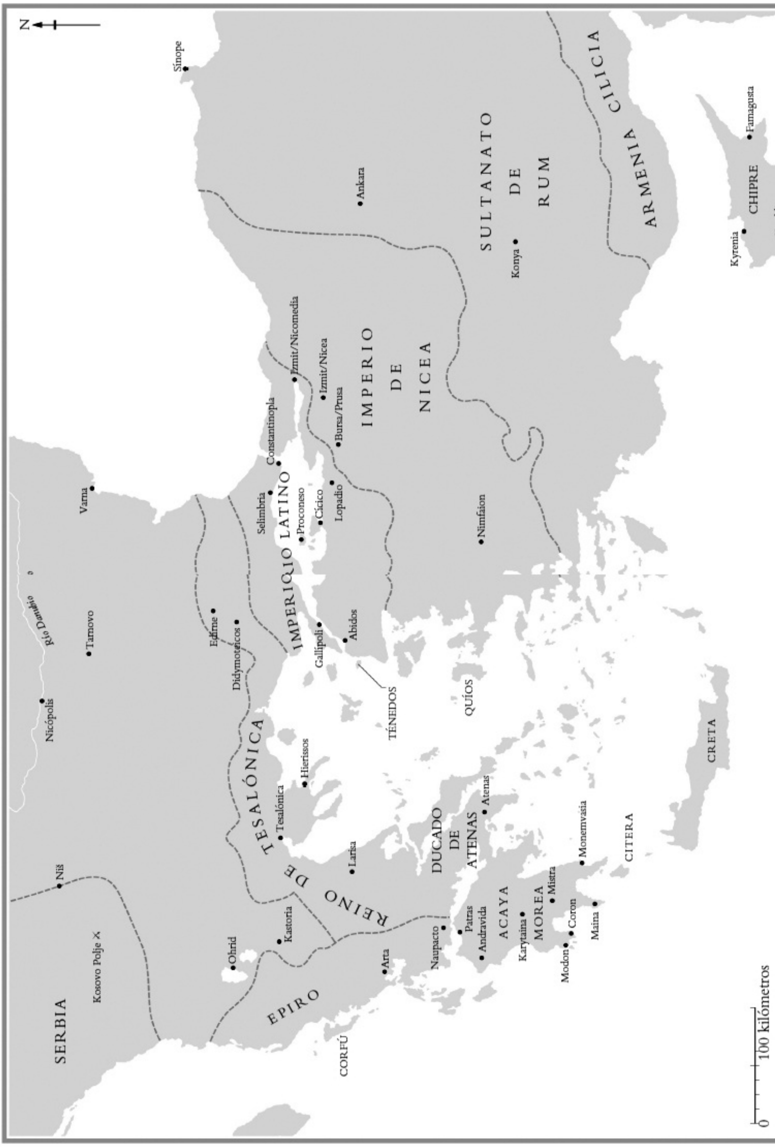
Mapa 3. El Imperio bizantino y los *temas c.* 800



Mapa 4. El Imperio bizantino *c.* 1025



Mapa 5. Bizancio en los siglos XI y XII



Mapa 6. La división de Bizancio a partir de 1204

Agradecimientos

Deseo manifestar mi agradecimiento por el apoyo financiero recibido para la elaboración de este libro a la Fundación A. G. Leventis, la Fundación Benéfica Michael Marks, el doctor Alkisti Soulogianni, director de Relaciones Internacionales del Ministerio de Cultura de la República Helénica, y el profesor Rick Trainor, director del King's College de Londres. Me gustaría asimismo dar las gracias a mis colegas de los departamentos de estudios griegos clásicos y bizantinos y modernos por prestarme su tiempo y su aliento.

Por sus sabios consejos en las últimas fases de redacción, doy las gracias en particular a Stuart Proffitt, que se leyó dos veces el texto íntegro. En un momento clave de la elaboración del libro, el doctor Alexandros Papaderos, director de la Academia Ortodoxa de Creta, me obsequió con su más generosa hospitalidad. Mis amigos Dionysios Stathakopoulos, Charlotte Roueché y Carol Krinsky encontraron tiempo para leer los borradores y hacer numerosas mejoras; Murat Belge, Neil Belton y Anthony Cheetham me ayudaron con su atención a los detalles, y los informes de Bob Ousterhout y Chris Wickham, así como los de otros dos lectores no identificados por la editorial, me salvaron de algunos errores y me sugirieron nuevos temas para incluir en la versión definitiva.

Doy también las gracias a Georgina Capel por su apoyo entusiasta, a Brigitta van Rheinberg por haber creído en el producto final, y a Catherine Holmes, Demetra y

Charalambos Bakirtzis, Cécile Morrisson, Archie Dunn, Elizabeth Jeffreys, Costas Kaplanis, Anna Contadini, Rustam Shukurov, Charalambos Bouras y Jessica Rawson por su ayuda al proporcionarme copias de libros y artículos raros, textos inéditos y orientación acerca del modo de conseguir otros. Maria Vassilaki hizo posible mi participación en la peregrinación al monasterio de Santa Catalina del monte Sinaí organizada por la Sociedad para la Conservación del Legado Griego, por lo que les doy las gracias tanto a ella como a Lydia y Costas Carras, y a Anna Lea. Por último, deseo manifestar mi especial agradecimiento a Kallirroe Linardou por su ayuda para localizar las ilustraciones, así como a Lioba Theis y al personal del Instituto Barber de Bellas Artes de Birmingham, la Colección Bizantina de Dumbarton Oaks, el Museo Benaki de Atenas y el Instituto de Arte Courtauld por su generosa ayuda.

Más que nunca, reconozco el constante apoyo de quienes han convivido y han defendido el libro en todas sus etapas: Anthony, Tamara y Portia.



1. El monte Athos, en la península de Calcídica, norte de Grecia, visto desde el mar. Desde el siglo IX es sede de numerosos monasterios bizantinos.



2. El monasterio de Santa Catalina, en el monte Sinaí, Egipto, construido por Justiniano a mediados del siglo VI. El muro protege la zarza ardiente, que ha sido un foco de atracción para los monjes cristianos ya desde el siglo IV.



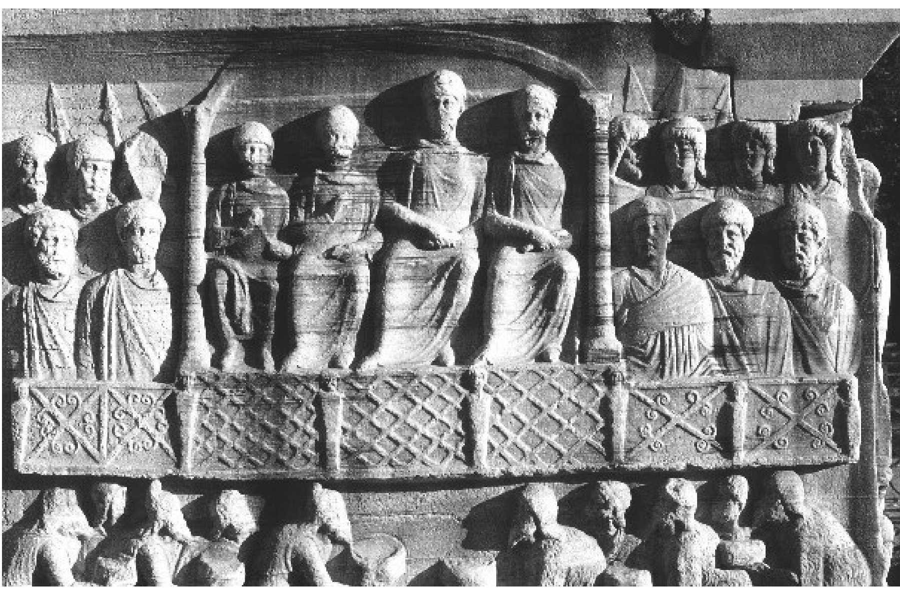
3. Las murallas terrestres de Constantinopla, una triple línea de defensa completada en 413 bajo el reinado de Teodosio II, vistas desde el lado oeste; puede apreciarse el foso (hoy cubierto) y la muralla exterior, la muralla intermedia con sus torres y la muralla interior con sus torres.



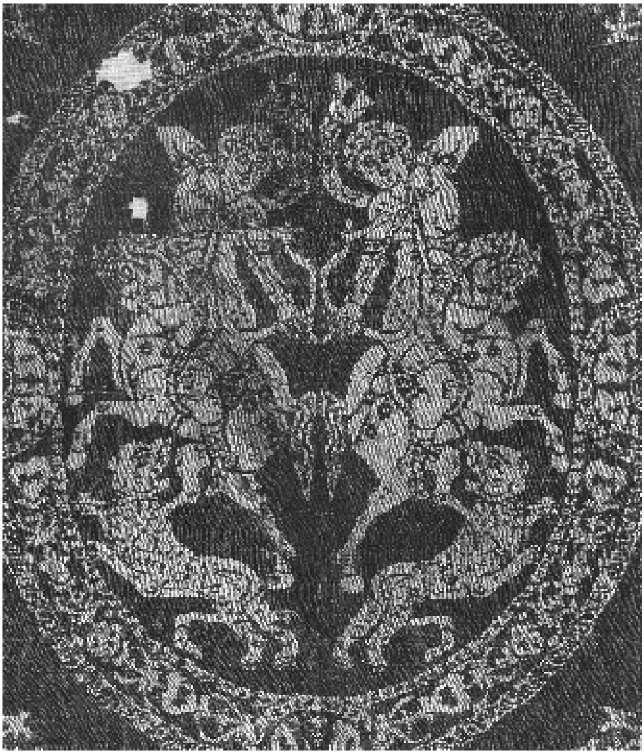
4. Las murallas de la ciudadela de Tesalónica, probablemente construidas a mediados del siglo V, con más de veinte puertas y un centenar de torres, vistas desde el lado norte.



5. El acueducto de Valente, inaugurado en 373, en el centro de Constantinopla (fotografía tomada en 1966 durante la construcción del paso subterráneo de Saraçhane).



6. La cara sur de la base del obelisco de Teodosio I en el Hipódromo de Constantinopla, erigido en 390, representa al emperador y sus hijos sentados en el palco imperial, flanqueados por senadores y soldados, recibiendo el tributo de unos bárbaros arrodillados.



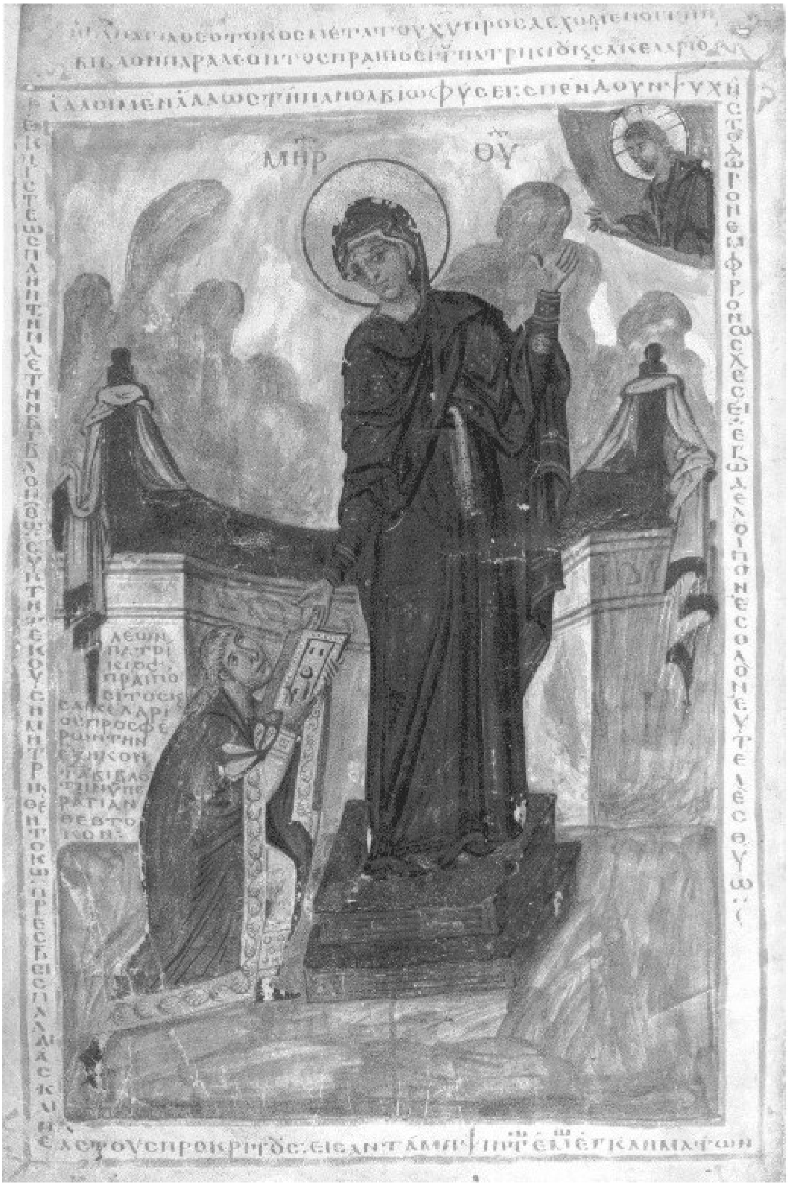
7. Orla de seda (22 × 19 cm), probablemente de Siria o Egipto, y de finales del siglo VII o comienzos del VIII, donde se representa a unas amazonas cazando leopardos. Refleja la persistencia de los temas laicos y míticos en las sedas del mundo cristiano de Bizancio.



8. Sello de plomo de Synetos y Nicetas, *kommerkiarioi* generales de Koloneia, Kamacha y Armenia Cuarta durante el reinado de Anastasio II (713-715). El emperador aparece representado de pie en el anverso (*izquierda*) con los títulos de los funcionarios en el reverso (*derecha*).



9. Petaca de peregrino de arcilla (*ampulla*), con san Menas representado de pie entre sus dos camellos, probablemente de Egipto, siglo VI o VII.



10. Frontispicio de la Biblia de León, realizada en Constantinopla *c.* 940, donde se representa a León ofreciendo su Biblia a la Virgen, que a su vez señala a la figura de Cristo. El rostro imberbe y el cabello rubio e infantil de León indican que se trataba de un eunuco, un hecho confirmado por los títulos anotados en la inscripción que aparece tras él: *patrikios sakellarios* (tesorero) y *praipositos* (mayordomo de palacio). La inscripción que aparece en el marco es un epigrama que compuso León, donde se compara su humilde ofrecimiento con el de los monjes que ofrecen su alma a la Virgen.



11*a*. Justiniano II (685-695): sólido con un retrato de Cristo, con barba y cabello largo, en el anverso (*izquierda*), y del emperador de pie y sosteniendo una cruz, en el reverso (*derecha*).



11*b*. Justiniano II (segundo reinado, 705-711): sólido con un retrato de Cristo joven, con el cabello corto y rizado, en el anverso (*izquierda*), y del emperador y su hijo pequeño Tiberio sosteniendo una cruz, en el reverso (*derecha*).



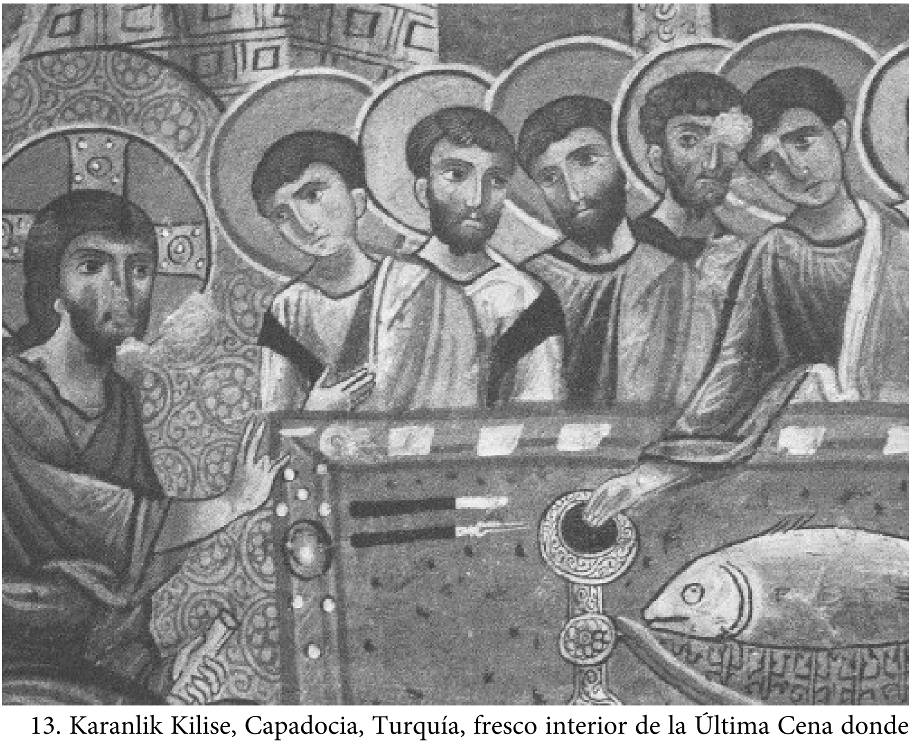
11*c*. La emperatriz Irene (797-802): sólido con su propio retrato tanto en el anverso como en el reverso, en marcado contraste con las monedas imperiales normales.



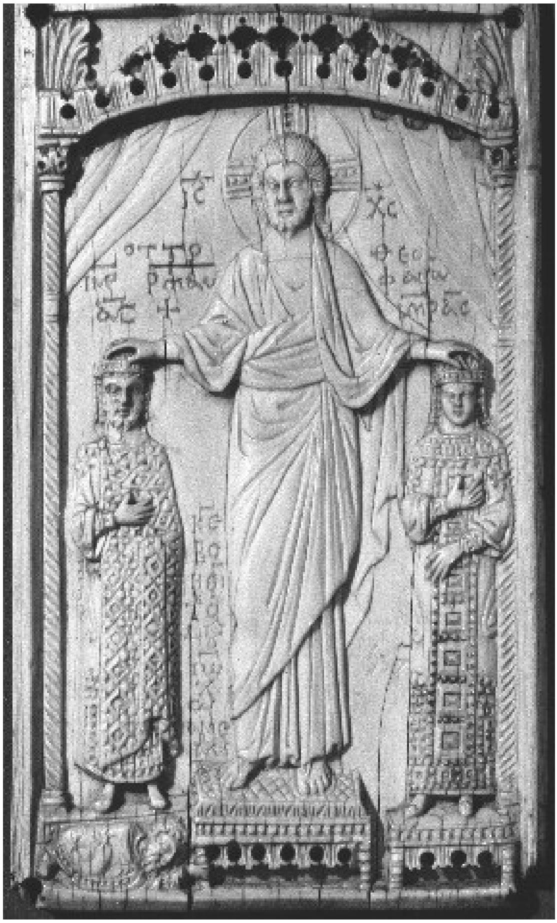
11*d*. Constantino VII (945-959): sólido con un retrato de Cristo en el anverso (*izquierda*) y del emperador sosteniendo un orbe y una cruz en el reverso (derecha).



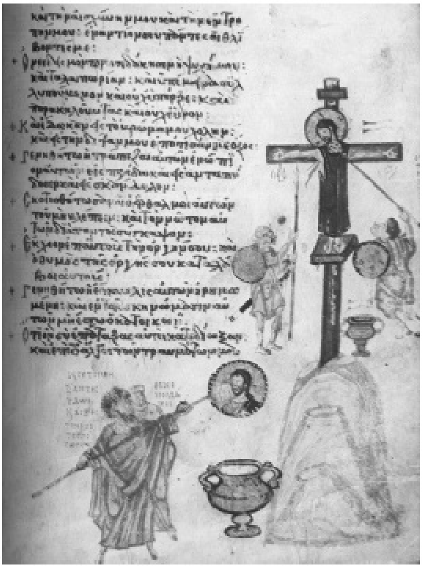
12. Karanlik Kilise, Capadocia, Turquía, iglesia rupestre del siglo XI-XII de esta región permitía que se excavaran iglesias, monasterios y viviendas, creando estructuras subterráneas que se mantienen calientes en invierno y frescas en verano.



13. Karanlik Kilise, Capadocia, Turquía, fresco interior de la Última Cena donde se representa a Jesucristo con los apóstoles y un tenedor de dos puntas, siglo XII.



14. Placa de marfil del siglo X donde se representa a Jesucristo coronando a Otón II y a Teófano, realizada para conmemorar su boda en 972, con inscripciones en latín y griego que identifican a ambas figuras. La figura más pequeña arrodillada a los pies de Cristo ante el escabel de Otón es Juan Filagato, que le pide ayuda a Cristo con la familiar fórmula griega: «Señor, ayuda a tu siervo». Es posible que fuera él quien encargara la placa.





15. Dos miniaturas del Salterio Jludov, de mediados del siglo IX (*izquierda* folio 67r), con judíos en la crucifixión a los que se compara con iconoclastas encalando un icono de Cristo, y el Salmo 52 (*derecha*; folio 51v), con san Pedro pisoteando a Simón Mago, el primer hereje, mientras el iconófilo patriarca Nicéforo pisotea a Juan el Gramático, el hereje iconoclasta. El amor de los herejes por el dinero se representa con un saco de monedas de oro.



16. Vista desde el mar de Santa Sofía, la gran iglesia de Constantinopla consagrada por Justiniano en 537, donde se aprecia el ábside oriental y la cúpula central.



17. Mosaico de Jesucristo flanqueado por el emperador Constantino IX y la emperatriz Zoé, de la galería de Santa Sofía. Originalmente se había representado a los anteriores esposos de Zoé. En junio de 1042, cuando se casó con Constantino, su tercer esposo, la inscripción que le identificaba se cambió, al tiempo que se rehicieron los tres rostros. Constantino entrega una bolsa de oro a Cristo, y Zoé sostiene un rollo con el nombre de su esposo: Konstantinos, emperador de los romanos, leal a Cristo.



18. Interior de Santa Sofía donde se aprecia el extremo oriental y la cúpula, con invocaciones musulmanas en los escudos que cuelgan al nivel de las galerías, donde apenas resultan visibles los mosaicos imperiales. Por encima, las pechinas, decoradas con mosaicos del siglo VI de serafines (criaturas aladas con rostro), sostienen la cúpula en las cuatro esquinas de su base.

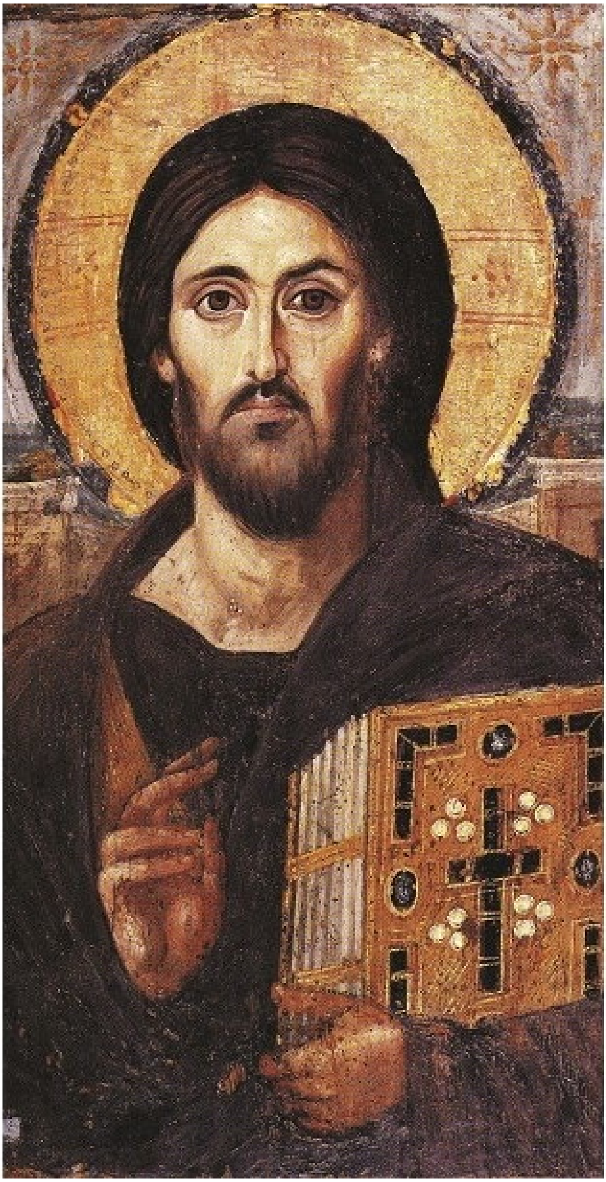


19. Mosaico de la iglesia de San Vitale de Ravena, consagrada en 547, donde se representa a Teodora y sus damas de compañía. Mientras que la emperatriz lleva su corona oficial, un collar de joyas y una capa púrpura, las ropas de seda, las joyas y los zapatos rojos de sus acompañantes reflejan el elegante estilo cortesano.



20. Mosaico del emperador Justiniano de la iglesia de San Vitale de Ravena,

donde se representa a este junto al obispo Maximiano, que completó su construcción en 547, con sacerdotes y soldados.



21. Icono de Jesucristo del monasterio de Santa Catalina, monte Sinaí, pintado al encausto sobre madera (85 × 45 cm), siglo VI o VII. Se representa a Cristo como Pantocrátor, o «Gobernador de Todo», en un entorno arquitectónico, sosteniendo un grueso Evangelio con cubiertas enjoyadas y alzando la mano como bendición. El tratamiento asimétrico puede reflejar las definiciones teológicas de sus dos naturalezas, humana y divina: un ojo parece juzgar, mientras el otro se muestra más

compasivo.



22*a*. Moneda de oro de Constantino I (306-337), con una Victoria en el reverso (*derecha*), acuñada en Nicomedia (diámetro 21 mm, peso 4,5 g).



22*b*. Moneda de oro de Basilio II (976-1025), con un retrato de Cristo en el anverso (*izquierda*), y Basilio y Constantino sosteniendo una cruz en el reverso (*derecha*), acuñada en Constantinopla (diámetro 21,5 mm, peso 4,38 g). Bizancio mantuvo una moneda de oro de pureza garantizada durante más de setecientos años.



23. Cáliz de Romano II, de sardónice, oro y placas de esmalte alveolado, con representaciones de Jesucristo y los santos, y decoración de perlas, *c*. 960. Este es el tipo de artículo de lujo bizantino que se enviaba a las potencias extranjeras. Podría haber formado parte del botín llevado a Venecia tras el saqueo de Constantinopla en 1204.



24. Pendiente del siglo VI o VII, hecho de oro y decorado con piedras semipreciosas en nueve colgantes que penden de un marco circular de alambre de oro entallado, en el que se representa a dos pavos reales flanqueando un monograma con las letras «N-A-E–T-O» (probablemente un apellido, hasta ahora no descifrado). El colgante de suspensión se ha perdido.



25. «Fuego griego», del manuscrito de la *Crónica* de Juan Skylitzes, probablemente elaborado en Sicilia en el siglo XII o XIII. La leyenda que acompaña a la imagen reza: «La flota de los romanos prendiendo fuego a la flota de los

enemigos», y muestra el mecanismo bizantino del sifón y su proyección de líquido ardiente.



26. Mosaico de Teodoro Metoquites del monasterio de Chora, en Constantinopla, restaurado por él entre 1316 y 1321. Se le identifica por la inscripción de la izquierda como el fundador y ministro principal, logothetes tou genikou. Ataviado con su vestimenta cortesana y un turbante, ofrece la iglesia a Cristo. La inscripción central identifica a la iglesia como «la morada de los vivos».



27. El «Triunfo de la Ortodoxia», icono pintado en Constantinopla *c.* 1400 (39 × Se trata de una copia de un icono anterior que conmemoraba la restauración de la veneración de iconos en 843. En el nivel superior, la emperatriz Teodora junto a su hijo pequeño Miguel III (*izquierda*) y el patriarca Metodio y sacerdotes (*derecha*) flanquean una imagen de la Virgen y el Niño. Debajo, un grupo de mártires iconófilos y figuras sagradas, incluida la monja ficticia Teodosia (abajo, izquierda), sosteniendo una cruz y un icono.



28. Frontispicio del Salterio de Basilio II (976-1025), probablemente pintado *c.* 1000 en Constantinopla. Se representa al emperador bendecido por Dios, coronado y armado por los arcángeles, y rodeado por santos militares. Debajo de él, unos cortesanos o enemigos derrotados se postran a sus pies.



29. Fachada oeste de San Marcos de Venecia, completada en el siglo XII, en gran parte en estilo bizantino. Los caballos (*véase debajo*) se alzan sobre plintos encima de la puerta central.



30. Dos de los cuatro antiguos caballos clásicos de bronce llevados a Constantinopla probablemente por Teodosio e instalados sobre la entrada del Hipódromo, y posteriormente, a partir de 1204, trasladados por los venecianos y erigidos en la fachada oeste de San Marcos.



31. Monasterio de San Lucas, Steiris, Grecia central, siglo XI, con las cúpulas de las dos iglesias anexas; la primera de ellas está consagrada a santa Bárbara, y la iglesia principal está enriquecida con mosaicos y decoración de mármol.



32. La pobre viuda apela al emperador Teófilo cuando este sale a caballo del palacio de Blachernae. Ilustración de la *Crónica* de Juan Skylitzes, probablemente elaborada en el siglo XII o XIII en Sicilia. Al emperador, representado con un halo, se le identifica mediante una inscripción, al igual que el palacio. La viuda es una de las dos mujeres que presentan sus peticiones.



33. Monasterio de Chora, en el extremo noroccidental de Constantinopla, en una fotografía tomada a principios del siglo XX. Fundado en el siglo VI, sus edificios fueron restaurados, ampliados y redecorados por Teodoro Metoquites en 1316-1321.



34. Iglesia monástica de Dafni, Grecia central, consagrada a la Virgen. Fundada a finales del siglo XI, fue ampliada con un exonártex y un claustro góticos por los monjes cistercienses (1207-1211), y permaneció bajo el control latino hasta la conquista otomana de 1458.



35. Exterior de la iglesia de la Parigoritissa de Arta, construida por el déspota Nicéforo I Comneno Ducas *c*. 1290.



36. Interior de la iglesia de la Parigoritissa, donde se aprecia el mosaico del Pantocrátor en la cúpula central.



37. Vista del castillo de Mistra, fundado por Guillermo II de Villehardouin en 1274, con edificios de la posterior ciudad bizantina, en la ladera del monte Taigeto.



38. Ilustración de un comentario al Libro de Job, copiado por Manuel Tzykandeles en 1362, probablemente en Mistra, donde se representa a cuatro personas en un entorno rural observadas por Cristo. Las letras que aparecen entre las dos parejas aluden al capítulo 27 de las tribulaciones de Job, cuando este defiende su fe en Dios: «Los hombres darán palmadas y silbidos para echarle de su sitio». Los sombreros, la capucha, la túnica de manga larga y la vestimenta de la mujer sugieren que se trata de la ropa que se llevaba cuando se pintó.



39. Juan VI Cantacuceno presidiendo el Concilio Eclesiástico de 1351 que condenó los escritos anti hesicastas de Barlaam de Calabria y otros. Aparece rodeado de cuatro obispos (Calixto, patriarca de Constantinopla; Filoteo Coquino, de Heraclea; Gregorio Palamas, de Tesalónica, y Arsenio, de Cícico), monjes, soldados y cortesanos. Se trata de una de las raras representaciones de los concilios eclesiásticos bizantinos.



40. Manuel II Paleólogo y su esposa Elena bendecidos por la Virgen, junto a sus tres hijos, los porfirogénetas Juan, Teodoro y Andrónico. Todos ellos llevan su vestimenta imperial y sostienen cruces. La imagen aparece en el manuscrito de los textos del Seudo-Dionisio, copiado por el rey Carlos VI de Francia, que Manuel Crisoloras ofreció en nombre del emperador al monasterio de Saint-Denis, en el norte de París, en 1408.



41. «La fabricación del plomo», página de una traducción árabe del tratado farmacéutico de *Dioscórides De materia medica*, copiado en 1224 por el escriba Abd Allah ibn al-Fadl. Muchas copias griegas de este famoso texto tienen anotaciones en árabe, lo que indica que se leyeron en países musulmanes, como la copia que Romano II le envió al califa de Córdoba en el siglo X.

Bibliografía

A continuación se detalla la bibliografía recomendada para ampliar información, así como las fuentes de los textos citados capítulo a capítulo.

INTRODUCCIÓN: UNA HISTORIA DE BIZANCIO DISTINTA

Braudel, Fernand, *The Mediterranean and the Mediterranean World inthe Age of Philip II*, 2 vols., Londres, 1975. [Hay trad. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo*, Fondo de Cultura Económica, Madrid]. Herrin, Judith, *The Formation of Christendom*, Oxford y Princeton, 1987.

—, «The Imperial Feminine in Byzantium», *Past and Present*, 169 (1000), pp. 3-35.

—, *Women in Purple: Rulers of Medieval Byzantium*, Londres y Princeton, 2001. [Hay trad. cast.: *Mujeres en púrpura. Soberanas delmedievo bizantino*, Taurus, Madrid, 2002]. Jefferys, Elizabeth, ed., *Rhetoric in Byzantium*, Aldershot, 2003.

Maguire, Henry, ed., *Byzantine Court Culture from 829 to 1204*, Dumbarton Oaks, Washington, 1997.

Schapiro, Meyer, *Late Antique, Early Christian and Medieval Art*, Londres, 1980. *The Oxford Dictionary of Byzantium* (ed. Alexander P. Kazhdan), 3 vols., Oxford, 1991.

Wickham, Chris, *Framing the Early Middle Ages: Europe and the Mediterranean, 400-800*, Oxford, 2005.

1. LA CIUDAD DE CONSTANTINO

Brubaker, Leslie, «Memories of Helena: Patterns of Imperial Female Matronage in the Fourth and Fifth Centuries», en Liz James, ed., *Women, Men and Eunuchs: Gender in Byzantium*, Londres, 1997, pp. 51-75.

Eusebius, *Life of Constantine* (trad. Averil Cameron y Stuart G. Hall), Oxford, 1999. [Hay trad. cast.: Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*, Gredos, Madrid, 1994].

Warner, Marina, *Monuments and Maidens: The Allegory of the Female Form*, Londres, 1985.

2. Constantinopla, la mayor ciudad de la cristiandad

Bassett, Sarah Guberti, *The Urban Image of Late Antique Constantinople*, Cambridge, 2004.

Mango, Cyril, y Gilbert Dagron, eds., *Constantinople and its Hinterland*, Aldershot, 1995.

Mango, Cyril, «Constantinople as Theotokoupolis», en Maria Vassilaki, ed., *Mother of God: Representations of the Virgin in Byzantine Art*, Milán, 2000, pp. 209-218.

Mansel, Philip, *Constantinople: City of the World's Desire, 1453-1924*, Londres, 1997. [Hay trad. cast.: *Constantinopla, la ciudad deseada por el mundo, 1453-1924*, Almed, Granada, 2006].

Matthews, John F., *Laying Down the Law: A Study of the Theodosian Code*, New Haven y Londres, 2000.

3. El imperio romano de Oriente

Brubaker, Leslie, «Sex, lies and textuality: the Secret History of Prokopios and the rhetoric of gender in sixth-century Byzantium», en Leslie Brubaker y Julia M. H. Smith, eds., *Gender in the Early Medieval World: East and West, 300-900*, Cambridge, 2004, pp. 83-101.

Heather, Peter J., *The Fall of the Roman Empire: A New History of Rome and the Barbarians*, Oxford, 2005. [Hay

trad. cast.: *La caída del Imperio romano*, Crítica, Barcelona, 2008].

Nelson, Janet, «Symbols in context: inauguration rituals in Byzantium and the West in the early Middle Ages», *Studies in Church History*, 13 (1976), pp. 97-111; reeditado en su colección *Politics and Ritual in Early Medieval Europe*, Londres, 1986.

Procopius, *Secret History* (trad. G. A. Williamson), Penguin Classics, Londres, 1981. [Hay trad. cast.: Procopio de Cesarea, *Historia secreta*, Madrid, Gredos, 2007].

4. La ortodoxia griega

Brown, Peter, *The Rise of Western Christendom: Triumph and Diversity AD 2.00-1000*, 2.ª ed., Oxford, 2003.

Chrysos, Evangelos, «1054: Schism?», en *Cristianità d'Occidente e Cristianità d'Oriente (secoli VI-XI)*, 2 vols., Spoleto, 2004, vol. 1, pp. 547-567.

Dalrymple, William, *From the Holy Mountain: A Journey in the Shadow of Byzantium*, Londres, 1997. [Hay trad. cast.: *Desde el Monte Santo: viaje a la sombra de Bizancio*, Península, Barcelona, 2000].

Eusebius de Cesarea, *A History of the Church from Christ to Constantine* (trad. G. A. Williamson), ed. rev., Londres, 1989; sobre Blandina, véase Libro 5.i.47-61, pp. 144-148. [Hay trad. cast.: *Historia eclesiástica*, BAC, Madrid, 2008].

Evans Helen, C., y Bruce White, *St. Catherine's Monastery, Sinai, Egypt: A Photographic Essay*, Nueva York, 2004.

5. La iglesia de Santa Sofía

Bowersock, Glen, *Mosaics as History*, Cambridge (MA), 2006.

Cameron, Averil, *Procopius and the Sixth Century*, Londres, 1985.

Dautermann Maguire, Eunice, y Henry Maguire, *Other Icons: Art and Power in Byzantine Secular Culture*, Princeton, 2007.

Muthesius, Anna, «Silken diplomacy», en Jonathan Shepard y Simon Franklin, eds., *Byzantine Diplomacy*, Aldershot, 1992, pp. 237-248.

Sobre la construcción de Santa Sofía, véase Cyril Mango, *The Art of the Byzantine Empire, op. cit*., pp. 78-102.

6. Los mosaicos de Ravena

Barber, Charles, «The imperial panels at San Vitale: a reconsideration», *Byzantine and Modern Greek Studies*, 14 (1990), pp. 19-42.

7. El derecho romano

Laiou, Angeliki, «On Just War in Byzantium», en *To Hellenikon: Studies in Honor of Spyros Vryonis Jr*., vol. 1, New Rochelle, 1993, pp. 153-172.

Macrides, Ruth, «The law outside the lawbooks: law and literature», *Fontes Minores*, 11 (2005), pp. 133-145.

Matthews, *Laying Down the Law, op. cit*.

Oikonomides, Nikos, «The Peira of Eustathios Romaios», *Fontes minores*, 7 (1986), pp. 169-192.

8. El bastión contra el islam

Crone, Patricia, y Michael Cook, *Hagarism: The Making of the Islamic World*, Cambridge, 1977.

Fletcher, Richard, *The Cross and the Crescent: Christianity and Islam from Muhammad to the*

Reformation, Londres, 2003. [Hay trad. cast.: *La cruz y la media luna. Las dramáticas relaciones entre cristianismo e islam desde Mahoma hasta Isabel la Católica*, Península, Barcelona, 2005].

Herrin, Judith, *The Formation of Christendom, op. cit.*

Pennas, Vasso, «The Island of Orovi in the Argolid: Bishopric and Administrative Center», *Studies in Byzantine Sigillography*, 4, Nicolas Oikonomides, ed., 1995, pp. 163-172.

Pirenne, Henri, *Mohammad and Charlemagne*, Londres, 1939. [Hay trad. cast.: *Mahoma y Carlomagno*, Alianza, Madrid, 2008].

9. Los iconos, una nueva forma de arte cristiano

Bacci, Michele, «With the Paintbrush of the Evangelist Luke, Mother of God», en Maria Vassilaki, ed., *Representations of the Virgin in Byzantine Art, op. cit.*, pp. 79-89.

Belting, Hans, *Likeness and Presence: A History of the Image Before the Era of Art* (trad. Edmund Jephcott), Chicago, 1994.

Cameron, Averil, «The Language of Images: The Rise of Icons and Christian Representation», en D. Wood, ed., *The Church and the Arts*, Studies in Church History 28, Oxford, 1992, pp. 1-42.

Cormack, Robin, *Writing in Gold: Byzantine Society and its Icons*, Londres, 1985.

Hunt, Lucy-Ann, «For the Salvation of a Woman's Soul: an icon of St Michael described within a medieval Coptic context», en Anthony Eastmond y Liz James, eds., *Icon and Word: The Power of Images in Byzantium*, Aldershot, 2003, pp. 205-232.

Mathews, Thomas F., *Byzantium: From Antiquity to the Renaissance*, Nueva York, 1998.

Vassilaki, Maria, ed., *Images of the Mother of God: Perceptions of the Theotokos in Byzantium*, Ashgate, 2005, esp. Thomas F. Mathews y Norman Muller, «Isis and Mary in early icons», pp. 3-11.

10. La iconoclasia y la veneración de iconos

Barber, Charles, *Figure and Likeness: On the Limits of Representation in Byzantine Iconoclasm*, Princeton, 2002.

Cormack, Robin, *Painting the Soul: Icons, Death Masks and Shrouds*, Londres, 1997.

Herrin, Judith, *Women in Purple, op. cit*.

11. Una sociedad culta y elocuente

Browning, Robert, «Teachers», en Gugielmo Cavallo, ed., *The Byzantines*, Chicago, 1997.

Cameron, Averil, y Judith Herrin, eds., *Constantinople in the Early Eighth Century: The «Parastaseis Syntomoi Chronikai»*, Leiden, 1984.

Holmes, Catherine, y Judith Waring, eds., *Literacy, Education and Manuscript Transmission in Byzantium and Beyond*, Leiden, 2002.

Puede verse un interesante texto introductorio sobre el fundador del álgebra en www-history.mcs.st-andrews.ac.uk/Biographies/AlKhwarizmi.html.

Simeonova, Liliana, *Diplomacy of the Letter and the Cross: Photios, Bulgaria and the Papacy, 860s-880s*, Amsterdam, 1998.

12. Los santos Cirilo y Metodio , «apóstoles de los eslavos»

Vavsínek, V., «The Introduction of the Slavonic Liturgy and the Byzantine Missionary Policy», en *Beiträge zur*

byzantinischen Geschichte im 9-1. Jh., Praga, 1978, pp. 255-284.

—, y B. Zástsrová, «Byzantium's Role in the Formation of Great Moravian Culture», *Byzantinoslavica*, 43 (1982), pp. 161-188.

13. El «fuego griego»

Haldon, J. F., *et al.*, «Greek Fire revisited», en Elizabeth M. Jeffreys, ed., *Byzantine Style, Religion and Civilization in Honour of Sir Steven Runciman*, Cambridge, 2006, pp. 290-325, con fotografías en la p. 312.

Haldon, John, *Warfare, State and Society in the Byzantine World 5651204*, Londres, 1999.

14. La economía bizantina

Laiou, Angeliki, «Exchange and trade, seventh-twelfth centuries», en A. Laiou, *et al.*, eds., *The Economic History of Byzantium*, Washington, 2002, y online en http://www.doaks.org/EconHist/EHB36.pdf.

Lefort, Jacques, «The rural economy, seventh-twelfth centuries», en Angeliki Laiou, *et al., op. cit.*, y online en http://www.doaks.org/Econ Hist/EHB14.pdf.

Morrisson, Cécile, «Byzantine money: its production and circulation», en Angeliki Laiou, *et al., op. cit.*, y online en http://www.doaks.org/EconHist/EHB42.pdf.

Neville, Leonora, «Taxing Sophronia's son-in-law…», en Lynda Garland, ed., *Byzantine Women, Varieties of Experience 800-1200*, Aldershot, 2006, pp. 77-89.

Oikonomides, Nicolas, «Title and Income at the Byzantine Court», en Henry Maguire, ed., *Byzantine Court Culture from 829 to 1204*, Dumbarton Oaks, Washington, 1997, pp. 199-215.

Treadgold, Warren, *The Byzantine State Finances in the*

Eighth and Ninth Centuries, Nueva York, 1982.

15. Los eunucos

Ringrose, Kathryn M., *The Perfect Servant: Eunuchs and the Social Construction of Gender in Byzantium*, Chicago y Londres, 2003.

Miller, Timothy S., *The Orphans of Byzantium: Child Welfare in the Christian Empire*, Washington, 2003.

Tougher, Shaun, ed., *Eunuchs in Antiquity and Beyond*, Londres, 2002.

16. La corte imperial

El Cheikh, Nadia Maria, *Byzantium Viewed by the Arabs*, Cambridge (MA), 2004.

Haldon, John, «Chapters II, 44 and 45 of *De Cerimoniis*. Theory and practice in tenth-century military administration», *Travaux et Memoires*, 13 (1999).

Kazhdan, Alexander P., y Michael McCormick, «The Social World of the Byzantine Court», en Henry Maguire, *Byzantine Court Culture, op. cit*., pp. 167-197.

Trilling, James, «Daedalus and the Nightingale: Art and Technology in the Myth of the Byzantine Court», en Henry Maguire, ed., *Byzantine Court Culture from 829 to 1204, op. cit*., pp. 217-230: excelente descripción de las virtudes del «fuego griego» y la tecnología de la corte, dos aspectos mutuamente relacionados de la capacidad de los bizantinos para impresionar a un tiempo a extranjeros y cortesanos.

Vasiliev, A. A., «Harun ibn Yahya and his description of Constantinople», *Seminarium Kondakovianum*, 5 (1932), pp. 149-163.

18. El monte Athos

Bryer, Anthony, y Mary Cunningham, eds., *Mount*

Athos and Byzantine Monasticismc, Aldershot, 1996.

Connor, Carolyn L., y W. Robert Connor, trads., *The Life and Miracles of St Luke*, Brookline (MA), 1994.

Karakatsanis, A. A., ed., *Treasures of Mount Athos*, 2.ª ed., Tesalónica, 1997: un catálogo con una maravillosa serie de ensayos y fotografías de los monasterios de la Montaña Sagrada y sus colecciones de arte.

Russell, Norman, *The Doctrine of Deification in the Greek Patristic Tradition*, Oxford, 2006.

Talbot, Alice-Mary, ed., *Holy Women of Byzantium: Ten Saints Lives in English Translation*, Washington, 1996; incluye un capítulo sobre la vida de santa María la Joven (trad. Angeliki Laiou).

19. Venecia y el tenedor

Elias, Norbert, *The Civilizing Process* (ed. y trad. Edmund Jephcott), Oxford, 2000. [Hay trad. cast.: *El proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1988].

Herrin, Judith, «Theophano: On the Education of a Byzantine Princess», en A. Davids, ed., *The Empress Theophano*, Cambridge, 1995, pp. 64-85.

McNeill, William H., *Venice: The Hinge of Europe 1081-1797*, Chicago, 1974.

Nicol, Donald M., *Byzantium and Venice: A Study in Diplomatic and Cultural Relations*, Cambridge, 1988.

Vroom, Johanna, *After Antiquity: Ceramics and Society in the Aegean from the Seventh to the Twentieth Century*, Leiden, 2003, p. 321.

20. Basilio II el Bulgaróctono

Crostini, Barbara, «The Emperor Basil II's Cultural Life», *Byzantion 66* (1996), pp. 55-81.

Holmes, Catherine, *Basil II and the Governance of Empire*, Oxford, 2006.

21. La crisis del siglo xi

Ierodiakonou, Katerina, ed., *Byzantine Philosophy and its Ancient Sources*, Oxford, 2002, con interesantes capítulos sobre Pselo de la propia editora, además de John Duffy y Polymnia Athanassiadi.

Kaplanis, Costas, «The Debasement of the "Dollar of the Middle Ages"», *Journal of Economic History*, 63.3 (2003), pp. 768-801.

Oikonomides, Nikos, «The Peira of Eustathios Romaios», *op. cit*.

22. Ana Comnena

Gouma-Peterson, Thalia, ed., *Anna Komnene and Her Times*, Nueva York y Londres, 2000.

Magdalino, Paul, *The Empire of Manuel I Komnenos, 1143-80*, Cambridge, 1993.

23. Una sociedad cosmopolita

Benjamin, Sandra, ed., *The World of Benjamin of Tudela: A Medieval Mediterranean Travelogue*, Madison (CA), 1995. [Hay trad. cast.: Benjamín de Tudela, *Libro de viajes*, Ediciones y Libros, Cordovilla (Navarra), 2002].

Blöndal, S., y B. S. Benedikz, *The Varangians of Byzantium*, Cambridge, 1978.

Ciggaar, Krijnie, *Western Travellers to Constantinople: The West and Byzantium, 962-1204*, Leiden, 1996.

Garland, Lynda, y Stephen Rapp, «Mary "of Alania": Woman and Empress Between Two Worlds», en Lynda Garland, ed., *Byzantine Women, op. cit*., pp. 91-123.

24. El punto de inflexión de las Cruzadas

Abulafia, David, *Frederick II: A Medieval Emperor*, 2.ª

ed., Londres, 2002.

Harris, Jonathan, *Byzantium and the Crusades*, Londres y Nueva York, 2003.

Magdalino, Paul, *The Empire of Manuel I Komnenos, 1143-1180, op. cit*.

Sitio web con imágenes del famoso salterio elaborado para la reina Melisenda de Jerusalén y conservado en la Biblioteca Británica: http://en.wikipedia.org/wiki/Melisende_Psalter.

25. Las torres de Trebisonda, Arta, Nicea y Tesalónica

Angold, Michael, *A Byzantine Government in Exile: Government and Society under the Laskarids of Nicaea, 1204-61*, Londres, 1974.

—, *Church and Society in Byzantium under the Comneni: 1081-1261*, Cambridge, 1995.

Bryer, A. A. M., *The Empire of Trebizond and the Pontos*, Londres, 1988.

Harold E. Lurier, *Crusaders as Conquerors: The Chronicle of Morea*, Londres, 1964. [Hay trad. cast.: José M. Egea Sánchez, *La crónica de Morea*, CSIC, Madrid, 1996].

Laiou, A., ed., *Urbs Capta: The Fourth Crusade and its Consequences*, París, 2005.

Macaulay, Rose, *The Towers of Trebizond*, Londres, 1956 (y varias reediciones posteriores).

Nicol, Donald M., *The Despotate of Epiros*, Oxford, 1957.

Oikonomides, N., «The Chancery of the Grand Komnenoi: Imperial Tradition and Political Reality», *Archeion Pontou*, 35 (1979), pp. 321-332.

Rosenqvist, J. O., ed. y trad., *The Hagiographic Dossier*

of St Eugenios of Trebizond in Codex Athous Dionysiou 154, Uppsala, 1996.

Sobre la influencia bizantina en los Balcanes véase S. C'urcic', «Religious Settings of the Late Byzantine Sphere», en Helen C. Evans, ed., *Byzantium: Faith and Power 1261*-1557, New Haven, 2004, pp. 65-77.

26. Rebeldes y patronos

Barker, John W., «Late Byzantine Thessalonike: A Second City's Challenges and Response», *Dumbarton Oaks Papers*, 57 (2003), *Symposium on Late Byzantine Thessalonike*, pp. 5-26.

Chatzidakis, Manolis, *Mystras: The Medieval City and the Castle*, Atenas, 1981.

Runciman, Steven, *Mistra: Byzantine Capital of the Peloponnese*, Londres, 1980.

—, *The Sicilian Vespers: A History of the Mediterranean World in the Later Thirteenth Century*, Cambridge, 1958. [Hay trad. cast.: *Vísperas sicilianas*, Alianza, Madrid, 1979].

Tinnefeld, Franz, «Intellectuals in late Byzantine Thessalonike», *op. cit.*, pp. 153-172.

27. «Mejor el turbante turco que la tiara papal»

Geanakoplos, Deno, *Interaction of Sibling Byzantine and Western Cultures in the Middle Ages and Renaissance*, New Haven, 1976.

Imber, Colin, *The Ottoman Empire 1300-1650: The Structure of Power*, Houndmills y Nueva York, 2002. [Hay trad. cast.: *El imperio otomano, 1300-1650*, Ediciones B, Barcelona, 2005].

Le Goff, Jacques, *The Birth of Purgatory*, Chicago 1984. [Hay trad. cast.: *El nacimiento del purgatorio*, Taurus,

Madrid, 1989].

Nicol, Donald M., *The Last Centuries of Byzantium, op. cit*.

28. El asedio de 1453

Crowley, Roger, *Constantinople: The Last Great Siege, 1453*, Londres, 2005.

Marozzi, Justin, *Tamerlane: Sword of Islam, Conqueror of the World*, Londres, 2004.

Runciman, Steven, *The Last Byzantine Renaissance*, Cambridge, 1970.

Conclusión: La grandeza y el legado de Bizancio

Bowersock, Glen, *Mosaics as History, op. cit*.

Evans, Helen C., ed., *Byzantium: Faith and Power, op. cit*.

Evans, Helen C., y William D. Wixom, eds., *The Glory of Byzantium: Art and Culture of the Middle Byzantine Era AD 843-1261*, Nueva York, 1997.

Herrin, Judith, «Mathematical Mysteries in Byzantium: The Transmission of Fermat's Last Theorem», *Dialogos: Hellenic Studies Review*, 6 (1999), pp. 22-42.

Griffith, Sidney, «Images, Islam and Christian icons», en P. Canivet y J. P. Rey-Coquais, eds., *La Syrie de Byzance a l'Islam*, Damasco, 1992, pp. 121-138.

Nelson, Robert S., y Kristen M. Collins, eds., *Holy Image, Hallowed Ground: Icons from Sinai*, Los Ángeles, 2006.

Reinert, Steven W., «Manuel II and his Müderris», en S. Curcic y D. Mouriki, eds., *Twilight of Byzantium*, Princeton, 1991, pp. 39-51.

Robinson, Chase F., *'Abd al-Malik, op. cit*., p. 7.

Sobre los bezantes, véase *The «Historia Constantinopolitana» of Gunther of Pairis*, en Alfred. J. Andrea, ed., *op. cit*., p. 100: «Las "gentes modernas" llaman bezantes a esas monedas de oro debido a que fueron acuñadas en Bizancio». En torno al año 1400, John Wycliffe empleó el término «bezante» para traducir el griego *dracma* de la Biblia, y también aparece en *La muerte de Arturo* y *La canción de Roldán*. Actualmente se emplea en heráldica.

Wickham, Chris, «Ninth-century Byzantium through western eyes», en *Byzantium in the Ninth Century: Dead or Alive*?, en Leslie Brubaker, ed., Aldershot, 1998, pp. 245-256.



JUDITH HERRIN (1942) se licenció en Historia por la Universidad de Cambridge y obtuvo su doctorado en la de Birmingham. Ha trabajado como arqueóloga de la British School en Atenas, y en la excavación de la Mezquita Kalenderhane en Estambul, además de haber sido titular de la biblioteca de investigación Dumbarton Oaks, en Harvard. Es una reconocida especialista en Bizancio y en la Europa medieval, y autora de obras fundamentales como *The Formation of Christendom* (1987), *Miscelánea medieval* (Grijalbo, 2000) o *Mujeres en púrpura: soberanas del medievo bizantino* (2002), sin contar sus numerosos artículos académicos. Además, ha ejercido la docencia en universidades de todo el mundo: París, Munich, Princeton o Londres. Actualmente es catedrática emérita y profesora titular de Estudios Bizantinos y de Antigüedad Tardía en el King's College de Londres. Entre otras distinciones, recibió en 2000 la Medalla del Colegio de Francia y en 2002, de manos del presidente de la República de Grecia, la Cruz de Oro de Honor, en reconocimiento por su labor de investigación del

pasado helenístico.

Notas

[1] Zosimos, *New History* (trad. Ronald T. Ridley), Canberra, 1982, pp. 37-38. [Hay trad. cast.: Zósimo, *Nueva historia*, Gredos, Madrid, 1992]. <<

[2] *The Acts of the Council of Chalcedon* (trad., introducción y notas de Richard Price y Michael Gaddis), 3 vols., Liverpool, 2005, vol. 2, p. 240. <<

[3] Niketas Choniates, *O City of Constantinople, Annales of Niketas Choniates* (trad. H. Magoulias), Detroit, 1984, p. 325. <<

[4] *Ágion Óros*, o «Montaña Sagrada», es como se denomina el monte Athos en griego. *(N. del T.)* <<

[5] V. Minorsky, «Marvasi on the Byzantines», en *Medieval Iran and its Neighbours*, Londres, 1982, pp. 455-469. <<

[6] Nadia Maria El Cheikh, *Byzantium Viewed by the Arabs*, Cambridge (MA), 2004, p. 204. <<

[7] *The Fall of the Byzantine Empire: A Chronicle by George Sphrantzes 1401-1472* (trad. Marios Philippides), Amhurst (MA), 1980, p. 122. <<

[8] San Máximo el Confesor, *Mystagogia*, citado por el patriarca Germano en *Commentary on the Divine Liturgy* (trad. Paul Meyendorff), Crestwood, Nueva York, 1984, p. 93. <<

[9] Procopius, *The Buildings* (trad. H. B. Dewing y Glanville Downey), Cambridge (MA), 1940, p. 21; también en Cyril Mango, *The Art of the Byzantine Empire 312-1453*, Englewood Cliffs, New Jersey, 1972, pp. 72-78. <<

[10] *The Russian Primary Chronicle (Laurentian Version)* (trad. y ed. Samuel Hazzard Cross y Olgerd P. Sherbowitz-

Wetzor), Cambridge (MA), 1973, p. 111. <<

[11] Agnellus, *Book of the Pontiffs of the Church of Ravenna* (trad. D. M. Deliyannis), Washington, 2004, p. 200. <<

[12] Cassiodorus, *Variae* I.1.3, en *Theoderic in Italy* (trad. John Moorhead), Oxford, 1992, p. 44. <<

[13] Cassiodorus, *Variae* (trad. S. J. B. Barnish), Liverpool, 1992, v. 6 al senador Simaco, pp. 75-76; II.27 a los judíos de Génova, pp. 34-35. <<

[14] Thomas Magistros, *On the Duty of a King* (trad. Ernest Barker), en *Social and Political Thought in Byzantium from Justinian I to the Last Palaeologus*, Oxford, 1957, p. 166. <<

[15] Ruth Macrides, «The Ritual of Petition», en Dimitrios Yatromanolakis y Panagiotis Roilos, eds., *Greek Ritual Poetics*, Cambridge (MA), 2004, pp. 356-370. <<

[16] Gilbert Dagron, *Emperor and Priest: The Imperial Office in Byzantium*, Cambridge, 2003, p. 257. [Hay trad. cast.: *Emperador y sacerdote. Estudios sobre el «cesaropapismo» bizantino*, Universidad de Valencia, Universidad de Granada y Centro de Estudios Bizantinos, Postbizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2007]. <<

[17] Thomas Magistros, *On the Duty of a King, op. cit*. <<

[18] *Chronicle of Dionysios of Tel-Mahre* (trad. Andrew Palmer), *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*, Liverpool, 1993, p. 212. <<

[19] *The Chronicon Paschale, 284-628 AD* (trad. Michael y Mary Whitby), Liverpool, 1989, pp. 183-188. <<

[20] Chase F. Robinson, *'Abd al-Malik*, Oxford, 2005, p. 7. <<

[21] Raymond Davis, trad., *The Book of Pontiffs (Liber pontificalis): The Ancient Biographies of the First Ninety Bishops of Rome to AD 715*, ed. rev., Liverpool, 2000,

pp. 73-74. <<

[22] Sermón de Eustatio de Tracia, en E. A. Wallis Budge, *Saint Michael the Archangel: Three Encomiums*, Londres, 1894, pp. 79-80. <<

[23] *Greek Anthology*, XVI, 80 (trad. W. R. Paton), 5 vols., Nueva York y Londres, 1916, vol. 5, p. 201. <<

[24] Daniel Sahas, ed. y trad., *Icon and Logos: Sources in EighthCentury Iconoclasm…*, Toronto, 1986, pp. 96, 101; y St John of Damascus [san Juan Damasceno], *On the Divine Images: Three Apologies Against those who Attack the Divine Images* (trad. D. Anderson), Crestwood, Nueva York, 1980, pp. 64, 72. <<

[25] Antiguo Testamento, Éxodo 20, 4; Deuteronomio, 5, 8-9. <<

[26] y 4. Daniel Sahas, *Icon and Logos, op. cit.*, p. 101. <<

[27] Kekaumenos, *Book of Advice and Anecdotes* (trad. inédita de Charlotte Roueché, quien, con gran amabilidad, la puso a disposición del autor). [Hay trad. cast.: Cecaumeno, *Consejos de un aristócrata bizantino*, Alianza, Madrid, 2000]. <<

[28] N. G. Wilson, *Photius: The Bibliotheca*, Londres, 1994, n.º 166, pp. 149-153; n.º 170, pp. 154-155. <<

[29] *The Vita of Constantine and the Vita of Methodius* (trad. Marvin Kantor y Richard Stephen White), Ann Arbor (MI), 1976, p. 49. <<

[30] *Ibid.*, pp. 49 y 55. <<

[31] Liutprand of Cremona [Liutprando de Cremona], *The Embassy to Constantinople and Other Writings* (trad. F. A. Wright), Londres, 1930; reimp. Londres, 1993, p. 136. [Hay trad. cast.: *La antapódosis o retribución de Liutprando de Cremona*, CSIC, Madrid, 2007]. <<

[32] Elizabeth Jeffreys, ed. y trad., *Digenis Akritis. The Grottaferrata and Escorial versions*, Cambridge, 1998, p. 205. [Hay trad. cast.: *Poesía heroica bizantina: Canción de Armuris, Digenís Akritas, Poema de Belisario*, Gredos, Madrid, 2003]. <<

[33] *The Book of Strangers: Medieval Arabic Graffiti on the Theme of Nostalgia* (trad. Patricia Crone y Shmuel Moreh), Princeton, 2000, p. 40. <<

[34] *The Chronicle of Theophanes Confessor*, ed. y trad. Cyril Mango y Roger Scott, Oxford, 1997, Anno Mundi 6287, p. 645. <<

[35] *The Life of St Andrew the Fool* [«Vida de san Andrés el Necio»], Lennart Rydén, ed., 2 vols., Uppsala, 1995, vol. 2, pp. 81-83. <<

[36] Odo of Deuil [Odón de Deuil], *De profectione Ludovici VII in Orientem* [«El viaje de Luis VII a Oriente»] (ed. y trad. Virginia Gingerich Berry), Nueva York, 1948, p. 69. <<

[37] Véase Gavin Menzies, *1421: el año en que China descubrió el mundo*, Grijalbo, Barcelona, 2003. *(N. del T.)* <<

[38] Liutprando de Cremona, *op. cit*., p. 154. <<

[39] Elizabeth Jeffreys, *Digenis Akritis…*, *op. cit*., p. 121. <<

[40] John Thomas y Angela Constantinides Hero, eds., *Byzantine Monastic Foundation Documents*, Washington, 2000, n.º 12, *Typikon* del emperador Juan Tzimisces, p. 238; también disponible online en www.doaks.org/typikaPDF/typo 19.pdf. <<

[41] Al-Marwazi [médico de la corte de Malik Sha], *Properties of Animals* (trad. V. Minorsky), «Marvasi on the Byzantines», en *Medieval Iran and its Neighbours*, Londres, 1982, pp. 455-469. <<

[42] Constantine Porphyrogenitus [Constantino

Porfirogéneta], *De Administrando Imperio* (ed., Gy. Moravcsik; trad., R. Jenkins), Washington, 1967, p. 55-57. <<

[43] *Ibid*., pp. 59-61, 151. <<

[44] Paul Lemerle, *Byzantium Humanism: The First Phase* (trad. Helen Lindsay y Ann Moffatt), Camberra, 1986, pp. 325-326. <<

[45] *The Fall of the Byzantine Empire: A Chronicle by George Sphrantzes 1401-1472* (trad. Marios Philippides), Amhurst (MA), 1980, p. 67. <<

[46] Jean Skylitzes [Juan Skylitzes], *Empereurs de Constantinople* (trad. Bernard Flusin y Jean-Claude Cheynet), París, 2003, p. 361. <<

[47] Constantino Porfirogéneta, *De Administrando Imperio, op. cit*., pp. 73-75, 113. <<

[48] Michael Psellos, *Fourteen Byzantine Rulers* (trad. E. R. A. Sewter), Londres, 1966, p. 260. [Hay trad. cast.: Miguel Pselo, *Vidas de los emperadores de Bizancio*, Gredos, Madrid, 2005]. <<

[49] *Typikon* de Atanasio (973-975) (trad. George Dennis), párrafo 38, *Byzantine Monastic Foundation Documents, op. cit*., n.º 13, p. 260; también en http://www.doaks.org/typikaPDF/typ020.pdf. <<

[50] *Typikon* de Constantino IX Monómaco (trad. Timothy Miller), párrafo 14, *Byzantine Monastic Foundation Documents, op. cit*., n.º 15, p. 289; también en http://www.doaks.org/typikaPDF/typo22.pdf. <<

[51] Robert E. Sinkewicz, *Saint Gregory Palamas: The One Hundred and Fifty Chapters*, Toronto, 1988, p. 201. <<

[52] Pedro Damián, *Institutio monialis*, opúsculo 50, dirigido a la monja Blanca, capítulo II, en J. P. Migne, ed., *Patrologia Latina*, vol. 145, col. 744. <<

[53] Ley de 996 de Basilio II, parcialmente traducida por Geanakoplos en *Byzantium: Church, Society and Civilization, op. cit*., pp. 245-247. <<

[54] Marc D. Lauxtermann, *Byzantine Poetry from Pisides to Geometres: Texts and Contexts*, Viena, 2003, pp. 236-237; verso trad. en Paul Stephenson, *The Legend of Basil the Bulgar-Slayer*, Cambridge, 2003, p. 49. <<

[55] Jean Skylitzes [Juan Skylitzes], *Empereurs de Constantinople, op. cit*., p. 393. <<

[56] Michael Psellos, *Fourteen Byzantine Rulers*, p. 327-328. <<

[57] «Elogio de Ana Comnena», en Jean Darrouzes, ed., *Georges et Demetrios Tornikes, Lettres et Discours*, París, 1970, pp. 220-323. <<

[58] *The Alexiad of Anna Comnena* (trad. E. R. A. Sewter), Penguin Classics, Londres, 1969, pp. 104-105, 112, 115-120, 129-130, 366-368, 504. [Hay trad. cast.: Ana Commeno, *La Alexiada*, Universidad de Sevilla, 1989]. <<

[59] Juan Tzetzes (trad. A. P. Kazhdan y Ann Wharton Epstein), en *Change in Byzantine Culture in the Eleventh and Twelfth Centuries*, Berkeley y Los Ángeles, 1985, pp. 259-260. <<

[60] Snorri Sturlson, *King Harald's Saga* (trad. M. Magnusson y H. Palsson), Penguin Classics, Londres, 2005, p. 63. <<

[61] Barry Baldwin, trad., *Timarion*, Detroit, 1984, pp. 43-45. <<

[62] Nadia Maria El Cheikh, *Byzantium Viewed by the Arabs*, Cambridge (MA), 2004, p. 206. <<

[63] Papa Urbano II, citado por Gilberto de Nogent (trad. A. C. Krey), en *The First Crusade. The Chronicle of Fulcher of*

Chartres and other source materials, en Edward Peters, ed., 2.ª ed., Filadelfia, 1998, pp. 35-36. <<

[64] Fulquerio de Chartres, en *op. cit.*, pp. 52-53, y Roberto de Reims, en *op. cit.*, pp. 27-28. <<

[65] Salomón ben Simpson de Spira, en *op. cit.*, p. 126, y Alberto de Aquisgrán, en *op. cit.*, p. 139. <<

[66] Geoffrey Villehardouin [Godofredo de Villehardouin], Joinville y Villehardouin, *Chronicles of the Crusades* (trad. M. B. B. Shaw), Penguin Classics, Londres, 1963, pp. 82-83. <<

[67] Gunther de Pairis, en Alfred. J. Andrea, ed. y trad., *The Capture of Constantinople. The «Historia Constantinopolitana» of Gunther of Pairis*, Filadelfia, 1997, p. 107. <<

[68] Niketas Choniates [Nicetas Choniates] (trad. H. Magoulias), *O City of Constantinople, op. cit.*, pp. 315-316. <<

[69] Juan Geómetra (trad. Henry Maguire), «The beauty of castles: a tenth-century description of a tower at Constantinople», *Deltion tes Christianikes Archaiologikes Etaireias*, 17 (1993-1994), pp. 21-24. <<

[70] Miguel Choniates (trad. Judith Herrin), «The collapse of the Byzantine Empire in the twelfth century: a study of a medieval economy», *University of Birmingham Historical Journal*, 12 (1970), p. 198. <<

[71] *Nicaea: A Byzantine Capital and its Praises* (trad. Clive Foss), Brookline (MA), 1996, pp. 132, 143. <<

[72] Teodoro Metoquites, en *Nicaea, op. cit.*, pp. 177-917. <<

[73] «Alexios Makrembolites and his Dialogue between the Poor and the Rich» (trad. Ihor Sevcenko), en *Zbornik Radova Vizantolos gog Instituta 6* (1960), p. 222. <<

[74] *Ibid.*, p. 219. <<

[75] Juan Cantacuceno (trad. Donald M. Nicol), *The Last Centuries of Byzantium 1261-1453*, 2.ª ed., Cambridge, 1993, pp. 193-194. <<

[76] Pletón (trad. C. M. Woodhouse), *George Gemistos Plethon: The Last of the Hellenes*, Oxford, 1986, pp. 104-105. [Hay trad. cast.: Juan Signes, *Jorge Gemisto Pletón*, Orto, Madrid, 1998]. <<

[77] Oración de Pletón a Zeus, *op. cit*., pp. 328-329. <<

[78] Véase Doukas [Ducas], *Decline and Fall of Byzantium to the Ottoman Turks* (trad. Harry J. Magoulias), Detroit, 1975, p. 210. <<

[79] Miguel VIII Paleólogo (trad. en Deno Geanakoplos), *Byzantium: Church, Society and Civilization, op. cit*., p. 219; Jorge Metoquites, *On the Procession of the Holy Spirit*, en Deno Geanakoplos, *Byzantium, op. cit*., p. 158; panfleto anónimo *Libellus (c.* 1274) contra la reunificación de las iglesias (trad. en Geanakoplos), *op. cit*., pp. 179-188. <<

[80] *Libellus, op. cit*. <<

[81] Ducas, *op. cit*., p. 204. <<

[82] Nicolò Barbaro, *Diary of the Siege of Constantinople, 1453* (trad. J. R. Jones), Nueva York, 1969, p. 61. <<

[83] Laonikos Chalkokondyles, *Demonstrations of Histories* (trad. Nicolaos Nicoulides), Atenas, 1996, pp. 131-133. <<

[84] Cartas de Manuel II (trad. George Dennis), *The Letters of Manuel II Palaeologus: Text, Translation and Notes*, Washington, 1977, pp. 100-103; Adán de Usk (trad. E. M. Thompson), *The Chronicle of Adam of Usk, AD 1377-1421*, 2.ª ed., Oxford, 1904, p. 220. <<

[85] Demetrio Cidones (trad. Speros Vryonis Jr.), *The Decline of Medieval Hellenism in Asia Minor and the Process of Islamization from the Eleventh through the Fifteenth*

Century, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1986, p. 307; sobre el número de obispados, *Ibid*., p. 286. <<

[86] Juan Canano (trad. en Denos Geanakoplos), *Byzantium: Church, Society and Civilization, op. cit*., pp. 387-388. <<

[87] Nicolò Barbaro, *Diary of the Siege of Constantinople, op. cit*., p. 60. <<

[88] Edward Gibbon, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, en J. B. Bury, ed., Londres, 1909-1914. [Hay trad cast.: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Eds. de Bolsillo, Barcelona, 2003]. Se subraya la pasividad de Bizancio en el vol. IX, al comienzo del capítulo 48, donde enumera los defectos del imperio y esboza el plan de los últimos cuatro volúmenes. <<

[89] William Lecky, *A History of European Morals from Augustus to Charlemagne*, 2 vols., Londres, 1869, vol. 2, p. 13. <<

[90] Cosmas Indicopleustes, *The Christian Topography* (trad. J. W. McKrindle), Londres, 1897, p. 73. <<

[91] *Diálogo con un persa* de Manuel II Paleólogo, *Entretiens avec un Musulman, 7e controverse* (trad. Theodore Khoury), París, 1966, citado por el papa Benedicto XVI en la conferencia pronunciada en el aula magna de la Universidad de Ratisbona. El extracto del *Diálogo* de Manuel II ha sido editado, en traducción francesa, por el profesor Theodore Khoury en *op. cit*.; el texto griego íntegro ha sido editado, con un comentario en alemán, por Karl Forstel en *Manuel II. Palaiologus, Dialoge mit einem Muslim*, 3 vols., Wüzburgo-Altenberge, 1993-1996. <<

[92] Conferencia del papa Benedicto XVI. Véase el texto íntegro en: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/200

september/documents/hf_ben-xvi_spe_20060912_university-regensburg_sp.html. <<

[93] C. M. Woodhouse, *George Gemistos Plethon, op. cit*., p. 150. <<

Índice